

The background of the entire page is a dark, almost black, space filled with intricate, ethereal patterns of glowing pink and magenta light. These patterns resemble wisps of smoke, delicate threads of light, or perhaps the movement of a dancer captured in a long-exposure photograph. The light trails are most concentrated in the center and lower half of the image, creating a sense of dynamic energy and movement. The overall effect is both mysterious and beautiful, evoking a sense of the sublime or the otherworldly.

INFIERNO Y PARAÍSO

VERÓNICA A. FLEITAS SOLICH

1. Almas de piedra.

Si me pinchase un dedo con la punta del cuchillo que tengo en la mano, de seguro no sangraría, es más, estoy convencida de que siquiera lograría cortarme. Temo haber endurecido tanto por dentro como por fuera, igual que si me hubiese fosilizado en un proceso resumido de un par de semanas, en vez de millones de años.

En realidad no me da miedo haberme convertido en piedra, doy gracias que mi alma se haya vuelto una roca, de otro modo no sé qué habría sido de mí, es probable que hubiese muerto de tristeza.

¿No habría sido eso mejor para todos?, sobre todo para Lucas, cuya constante mirada irradiaba tal cantidad de esperanza, que en cuanto me percaté de que sus ojos se posan en mí, me siento instantáneamente abrumada por sus deseos que sé, no se concretarán.

El filo se encuentra demasiado cerca de mi mano izquierda... tendré el coraje para hacer una prueba; después de sopesar el peso de su hoja, no me creo capaz de hacerlo, y eso se debe a que todavía prefiero engañarme a mí misma pensando en que quizá un día, él decida regresar.

¡Cómo puedo ser tan masoquista y necia! ¡Vicente no va a volver! ¡No va a volver! ¡No te ama, no te ama, no te ama! —me grité a mí misma para tratar de hacerme entrar en razón—. ¡Se fue y no te ama! ¡Nunca te amó! ¡Listo, ahí está, esa es la verdad!

Regañarme no suele servir de mucho, suelo hacer oídos sordos a lo que me digo, y para no faltar a la costumbre, esta vez tampoco surtió efecto.

Tengo demasiado tiempo libre y eso no es saludable.

—¿Te ayudo con eso?

Su voz, aunque familiar y dulce me hizo dar un salto, el mango de acero del cuchillo se me escurrió por los dedos húmedos de sangre (no la mía, cabe destacar, sino la perteneciente al trozo de carne que descansaba flácido sobre la tabla de picar). El chuchillo voló por el aire y fue a parar a dentro de la pileta vacía.

Mis manos se echaron a temblar.

—Te asusté, lo siento mucho —me dijo Lucas con una sonrisa en los labios posando por una fracción de segundo, su manos sobre mis hombros. Me soltó y medio en broma, medio en serio, me preguntó si tan concentrada estaba en la cena.

Me guardé para mí la respuesta: no, no pensaba en la cena, sino en él, y no, la

cena no requería mayor concentración, ni podía pedírsela a mi cerebro, éste estaba demasiado concentrado en uno de sus arranques de tintes sino suicidas, al menos, autodestructivos.

—¿Te cortaste? —Recogió la cuchilla de dentro de la piletta de acero.

Negué con la cabeza.

—¿Sigo yo?

La mueca en su rostro insinuaba que desconfiaba de mí, me pregunté si lo habría visto en mi mente.

—¿Por qué no buscas una fuente? —continuó diciendo—. Habría que prender el horno ya, no te parece.

Me aparté de la mesada, y por consiguiente de la tabla de picar y el trozo de carne, haciéndole espacio para que pudiese continuar con lo que yo ni siquiera había empezado.

Lucas tomó mi lugar, sin efectuar ningún otro comentario, si lo había visto, tuvo la amabilidad de guárdaselo para él. Creo que aún hoy, no alcanzo a concebir lo que debe significar para él tener completo acceso a la cruda realidad de mis pensamientos y sentimientos, que me figuro le llegan, libre de cualquier censura, ya que últimamente, no consigo siquiera ponerme límites a mi misma, en cuanto a lo que pienso y siento; no tengo fuerzas para hacer nada semejante.

En silencio me moví por la cocina en procura de una fuente, para no ser menos de mí, provoqué un derrumbe de fuentes, ollas y sartenes en la resolución de mi sencilla misión. Por suerte nadie salió herido, ni tampoco hubo que lamentar bajas.

Coloqué la asadera a la derecha de la tabla sobre la que Lucas trabajaba con la precisión de un neurocirujano.

Con un parpadeo me agradeció que le alcanzara la fuente, y yo con otro, le dije de nada. Después de eso, me agaché frente al horno para encenderlo.

—Tu madre me pidió que la ayudara con la organización de la cena del veintinueve... —comenzó a decir; se quedó mirándome fijo, yo estaba de rodillas en el suelo de la cocina, con la mano izquierda presionando sobre la perilla que regulaba la cantidad de gas que salía por las boquillas del horno, y la derecha expectante frente al botón que liberaba chispas detonadoras de combustión.

Cruzamos una mirada, luego de la cual él continuó hablando.

—¿Te molesta si le digo que sí?

Ni me molestaba, ni se lo negaría jamás, Lucas había encontrado en mi

familia, la familia que él había perdido, abrirle las puertas del hogar de mis padres era lo único que podía hacer por él, bien, en realidad mi madre, de *motus* propio, le había abierto las puertas de su casa sin sentir la necesidad de consultarme a mí primero, y eso estaba bien.

—Claro que no me molesta, no seas tonto, cómo podría molestarme que ayudes mi madre si ella te lo pidió. Jamás tuve nada en contra de que convivas con mi familia, todo lo contrario, me gusta verte allí con ellos.

—Ese es un comentario poco racional —me culpó sonriendo de oreja a oreja, mi aprobación lo había hecho feliz. Con que poco se conformaba.

—No volvamos a esa discusión, el tema está gastado—. Me aburría soberanamente desenterrar viejos cadáveres del pasado; no, los demonios ya estaban dentro de mi vida, eran parte de ella, y es más, yo ya no reconocía mi vieja existencia, en la que ellos y sus sorprendentes habilidades eran completamente desconocidas para mí.

—Como quieras... es que por momentos me da...

—Lucas, por favor ¿sí? Dejemos las cosas como están—. No iba a disuadirme de lo contrario. Con un último vistazo comprobé que el horno estuviese debidamente encendido, cerré la puerta del mismo y me puse de pie.

—Está bien, está bien, no te enojas—. Alzó las palmas en señal de rendición.

—No me enojo, estoy satura de dar siempre vueltas sobre lo mismo, lo que sucedió en el pasado, allí quedó.

—Perfecto, si eso está bien para ti, está bien para mí.

—Bien, entonces está acordado—. Di media vuelta y fui en búsqueda de las papas que debía pelar.

—Me alegra que tus padres aceptaran venir a cenar aquí.

—Sí, es todo un hito que la cena de los viernes no se haga en su casa; a mi madre la deben tener estresada los pintores y el hecho de tener la casa patas para arriba y semi desmantelada—. Cuando me volví, me percaté de que Lucas sonreía sin enseñar los dientes.

—Sí, tú mamá se oía un poco tensa cuando hablé con ella esta tarde.

—¿Llamó esta tarde?

—Sí, todavía no regresabas de tu entrevista de trabajo... ella quería saber qué tal te había ido; a propósito, qué tal te fue.

Se me escapó un suspiro.

—Obviamente aspiro a algo que se encuentra completamente fuera de mi alcance, era para un simple puesto de ventas en una especie de licorería en algún rincón perdido de la ciudad.

Lucas arrugó los labios en una mueca de desagrado.

—Lo lamento —susurró, parecía más decepcionado que yo porque no encontrara trabajo, incluso a sabiendas de que yo era muy conciente de que a él lo hacía inmensamente feliz tenerme en casa todo el día y que no le molestaría en lo más mínimo terminar por hacerse cargo de todos los gastos que insumía el departamento y mi patética existencia—. La próxima vez, será —entonó despilfarrando energía y entusiasmo.

—¿Te parece? —descargué el peso de mi cuerpo sobre mi cadera izquierda, el borde de la mesada se clavó en mi costado pero no me molestó, en cierta medida yo ya no era susceptible a dolor físico—. No soy tan optimista, no al menos en lo que respecta a encontrar un puesto que realmente valga la pena, la verdad es que desde que Julio decidió no volver a reabrir el local veo todo más negro de lo que ya era.

—No puedes culpar a Julio por eso, ni siquiera puedes culpar a los de la aseguradora por no querer pagarle, la culpa es nuestra, es decir de nosotros, de los míos, no tuya —aclaró; en realidad semejante aclaración no era para nada válida, yo no soy inocente ni estoy libre de culpa, me responsabilizo por cada unas de mis decisiones, vivo con ellas cada día de mi vida, si es que a esto se le puede llamar vivir.

—No lo culpo, simplemente... —se me fue la voz.

Lucas recorrió los dos pasos que nos separaban y me abrazó.

—Todo va a estar bien, ya verás.

Con menos cuidado, me aferré a su cintura, la cercanía de su cuerpo ya no me intimidaba, apretujarme a su lado era una de los pocos placeres que me quedaba; él era mi refugio, mi paño de lágrimas, mi amigo y confidente, mi pilar y mis pilas para seguir adelante; vivía de su energía, de sus ganas, de su eterna juventud y de su amor. Quedaba manifiestamente claro que mi existencia orbitaba a su alrededor igual que un insignificante asteroide a una enorme y reluciente estrella.

—No pienses más en eso. Intenta disfrutar la cena —me dio un apretón—. Vayamos de a poco.

Lucas había ideado para mí, una especie de proceso pasos para rehabilitarme de aquella terriblemente adictiva sustancia llamada Vicente Francisco Campo; cuya primer consigna era: vivir de a un día a la vez. ¡Si eso fuese posible!

Avergonzada de mentirme a mí misma, de mentirle a él, hundí la cabeza entre su hombro y su cuello, allí su aroma era más intenso, su perfume no me recordaba a Vicente por la similitud de aromas que lo componían, sino por la

intensidad y la perfección del buqué, que aunque distintos, no tenían comparación con nada que uno pudiese oler en el mundo humano. Aquellos eran perfumes sobrenaturales, infernalmente perfectos, aromas capaces de derretir la piedra, de convertirla en lava ardiente, de levantar muertos y alterar hasta la mente más racional y lógica. Allí me qué, inspirando aquella esencia sobrenatural, hasta que el teléfono se puso a sonar. Lucas se apartó de mí, le echó una mirada al aparato y luego me miró.

—Yo atiendo —le dije, él todavía tenía las manos sucias.

La voz que me contestó al otro lado de la línea no tenía nada de misterioso ni peligroso, no al menos en los términos que Lucas podía entender como peligrosos.

—Hola mamá.

—Pensé que te había tragado la tierra, esperaba tu llamado, hablé con Lucas en la tarde y me dijo que todavía no habías regresado, que no tenía ni la menor idea de cómo te había ido. ¿Por qué no te compras un celular? Me molesta mucho no poder ubicarte cuando deseo hablar contigo.

—No estoy para efectuar gastos innecesarios.

—Un celular no es un gasto innecesario, tu madre necesita tener una vía de comunicación contigo.

—Tienes una vía de comunicación conmigo, estamos hablando por ella — repliqué medio fastidiada; esta noche, mis niveles de resistencia a ataques maternos no eran del todo buenos; en resumidas cuentas, no era un día bueno para mí, estaba a horas de completarse un año desde que Vicente entró en mi vida; en otro mundo, en uno paralelo a éste, él y yo debiéramos estar conmemorando una ocasión especial.

—Sabes a qué me refiero. En fin, no vas a contarme qué tal te fue.

—Mal, me fue mal, no era lo que aparentaba.

—Evidentemente no estás buscando bien; sé que sonaré repetitiva, que hemos discutido esto infinidad de veces, pero... por qué no le pides a Lucas que te contacte con alguien de su círculo social, él está en el mundo de los negocios, ¿no es así?, debe conocer a mucha gente y quizá alguna de esas personas que él conoce tenga alguien que quizá esté en el rubro.

—Mamá...

—Eliza no seas mojigata, así se maneja el mundo de los negocios, a nadie le da vergüenza insistir, ni pedir, ni utilizar los contactos de otros para hacerse un sitio.

—Yo no soy de ese tipo de personas, además no tengo intenciones de molestar

a Lucas con eso.

Ante mis palabras, Lucas alzó las cejas. Dos arcos negros ocuparon su frente.

—No me vengas con eso, es perfectamente conocido por todos que a Lucas le daría gusto ayudarte.

—Soy consciente de eso, pero ya me estoy aprovechando demasiado de él.

Lucas comprendió el significado de mis palabras y amenazó con lanzarme el cuchillo y no precisamente como parte de uno de esos espectáculos de circo en que el lanzador de cuchillos no le toca ni un solo cabello a la exuberante dama amarrada una rueda giratoria, sino para clavármelo con odio entre los dos ojos. A él no le importaba en lo más mínimo que me aprovecharse ni de sus dones, ni de su disponibilidad monetaria y mucho menos de los tiernos cuidados que me prodigaba.

Con un ademán intenté ponerle en claro que no se metiera en la conversación, que yo tenía razón en aclararle a mi madre que no obligaría a nadie a tironear de ningún hilo para conseguirme un trabajo, y menos a Lucas (además, lo último que él haría en esta vida, es arrojarme al nido de serpientes que consideraba al resto de sus congéneres, incluido Vicente, sobre todo Vicente, tal me lo hiciera saber en más de una ocasión).

—Mejor dejemos esta conversación para otro momento.

—Sí, mejor.

—Para cuando estemos frente a frente —acotó mi madre.

—No pienso discutirlo esta noche mamá, la cena es importante para Lucas y no voy a arruinar todo su esfuerzo con una discusión que no viene al caso.

—Eso es lo que tú crees, pero yo estoy segura de que a él no le parece lo mismo.

—¿Me llamaste para pelear?

—No, te llamo para que le preguntes a Lucas si quiere que lleve el postre.

—Ya tenemos postre, Lucas se encargó de eso también, en mi ausencia preparó una terrina helada de castañas y chocolate, una que papá le comentó que había probado una vez en un restaurante y que le gustaba mucho.

Mi madre enmudeció al otro lado de la línea.

—Bien —gruñó en un tono indeciso, ella odiaba perder el control de cualquier situación, por insignificante que pudiese ser.

—Tengo que regresar con Lucas, nos queda mucho trabajo que hacer. Nos vemos en una hora —le dije a modo de despedida.

—Sí, hasta entonces.

Temerosa de que se recuperara del impacto, aparté el teléfono de mi oreja y

pulse el botón rojo que cortaba la comunicación.

—No lo hace por molestarte—. Entonó Lucas en cuanto coloqué el teléfono sobre su base.

—Lo sé.

—Es tu madre, te ama y se preocupa por ti.

—Soy consciente de eso, pero me vendría bien que me hiciera un poco de espacio, en ocasiones no me deja respirar, y odio que ponga en tela de juicio todo lo que digo. Me da rabia que piense que lo sabe todo y que tiene el derecho de opinar sobre todo en este mundo, cuando me pusiste cara de suficiencia, ella me estaba diciendo que quizá fuese buena idea que te pidiera a ti que me buscaras entre tus contactos alguna oferta de trabajo; fue por eso que la mandé volar, no por otra cosa.

Lucas torció la boca.

—Sí, esa no es una buena idea.

—Ves, por una vez yo tengo razón.

—Si no te consigo un trabajo tu madre va a pensar que soy un desinteresado, un mal amigo.

—Ni se te ocurra sentirte culpable por eso también —exclamé al borde de un ataque de histeria—. ¿Qué tienen ustedes los demonios con la culpa, además de una simbiosis obsesiva?! ¡Por favor, Lucas! —cuando él hablaba así me recordaba demasiado a Vicente y la supuesta opresión que le causaba la culpa de todo, de lo que hacía, de lo que dejaba de hacer, y de lo que hiciera en el pasado, por supuesto, en su caso, no era más que una mentira que como único objetivo era engañarme a mí, hacerme caer tonta, ciega y sorda en sus brazos, para luego romperme el corazón y abandonarme.

—No es eso.

—Perfecto, entonces terminemos esta conversación aquí mismo, no me voy a ofender porque no me encuentres un trabajo. ¡Esto es ridículo!

Lucas me lanzó una mirada por el rabillo del ojo y continuó con lo suyo.

Pasaron un par de segundos en silencio, pero la presunta calma nos abandonó luego de que Lucas me pidiese permiso para enjuagarse las manos en la pileta que yo estaba ocupando.

—Quería preguntarte algo más —articuló a modo de introducción al tiempo que se secaba las manos con un repasador.

—Dispara.

—Voy a estar aquí para las fiestas...

Esa era una noticia estupenda, yo no podría sobrevivir a las fiestas de fin de

año sin él a mi lado, eran demasiadas las cosas que se acumulaban dentro de mi pecho por estas fechas, en su mayor parte todas angustias derivadas de momentos que creí perfectos y puros. Le hice saber cuan feliz me hacía la noticia. Saber que no se separaría de mi lado era un alivio al inmenso dolor que se me venía encima desde una semana atrás. En realidad llevaba mucho más tiempo pensando en el día de mañana, faltarían cinco días para la noche buena...

Que tan distinto sería todo este año, que tan horrorosamente distinto era todo. A mi alma le salió una grieta más, igual que una arruga de edad, provocada por el resecamiento, por la oxidación de las células de la piel ante el envejecimiento. Estaba envejeciendo, muriendo, cada día estaba más próxima del día de mi muerte, día que desde que me convencí de su amor, creí que nunca llegaría, pero que ahora se avecinaba sobre mí implacable y me aterrorizaba a un extremo inimaginable. Incluso sin Vicente a mi lado, me emperraba en no abandonar este mundo, es que la distancia entre mi muerte y su eternidad me resultaba todavía incluso menos soportable que continuar viviendo en el mundo en el que él vivía, incluso aunque jamás volviésemos a juntarnos o vernos.

Si Lucas supiese que yo todavía contemplaba la posibilidad de cambiar. Este truculento pensamiento moraba en lo más profundo de mi mente, apartado de cualquier mirada curiosa, dentro de un cofre con siete llaves, y sé que él no tiene ni la menor idea de mi deseo, sino, ya hubiese puesto el grito en el cielo en una escena insoportablemente incomoda para mí. Es posible que con el tiempo, si las cosas en mí se reacomodaban, si él lograba ver que yo podía resistir a su mundo, quizá terminase por convencerse de que lo mejor para los dos sería que yo cambie, incluso tenía pensado sobornarlo con la idea de que así, podría tenerme a su lado por el resto de la eternidad. Este despreciable artilugio que me disponía a implementar en cuanto llegase el momento preciso, daba cuenta de cuan vil y egoísta me estaba poniendo, incluso más cada día, cada hora, cada minuto.

Mi alma de piedra cumplía las veces de despiadada arma de doble filo, dispuesta a herir a quién se le acercara lo suficiente como para palpar su borde.

—Lo que quería preguntarte si podíamos pasar las fiestas juntos, digo, si puedo pasarlo contigo y con tu familia —tanteó con una timidez injustificada, él ya era parte de esto, de mí, no tenía ni que preguntarlo.

—¡Que pregunta más estúpida!

—¡Eliza!

—Te apuesto el alquiler del mes que viene —me frené—, es una tontería, lo más probable es que el mes que viene te veas obligado a pagar el alquiler ya que yo no tendré ni un centavo... el caso es que te apuesto el alquiler del mes que viene a que mi madre ya te tiene contado para las celebraciones de navidad y año nuevo, es más, te juego toda la compra del supermercado del mes a que ya tiene previsto junto a quién te va a sentar.

Lucas soltó una carcajada. Me tomó de la mano y me sonrió.

—No te preocupes, no permitiré que me ubique junto a nadie más que no seas tú. Me comprometo a ser tu acompañante y escolta ambas noches.

—Mófate todo lo que quieras, pero no vayas tan rápido con promesas que luego no serás capaz de cumplir, es muy difícil resistirse a las dotes organizativas, y mucho menos, a las habilidades en relaciones públicas de mi madre. Te tendrá ambas noches pivotando de aquí para allá, de un pariente a otro.

—No te preocupes, tengo mucha fuerza de voluntad.

—Mi madre es muy cabeza dura—. Al decir esto, se me escapó una sonrisa, la que produjo en él, una ola de entusiasmo. Tironeó de mi mano, por ende de mi brazo y del resto de mi cuerpo, acercándose a él, con cuidado, posó mi mano sobre su pecho.

—Me encanta verte sonreír —dijo con un sedoso hilo de voz. Sus parpados cayeron suavemente, hasta convertir sus ojos en finas ranuras negras que brillaban más que obsidianas. El poder de su mirada, y el de su sonrisa, eran incalculables, y juntos, invencibles.

Aquel gesto suyo, tan platónico, tan dulce y romántico me hizo avergonzarme de mí misma. No tenía con qué responderle, no sabía si deseaba ser capaz de corresponderle.

Apreté su mano con mis inútilmente largos dedos y él terminó por cerrar los ojos, entregándose a ese ínfimo gesto mío.

—Me odio a mí misma por esto—. Las palabras se me escaparon y lo tomaron a él desprevenido.

—No me gusta oírte decir esas cosas. Todo está bien, todo lo que sucedió... aún es tan reciente.

Por qué continuaba haciéndose esperanzas respecto a nosotros.

Me dio una palmadita en el dorso de la mano y luego me soltó.

—Terminemos con esto de una buena vez, si no nos damos prisa, cuando

lleguen tus padres la cena todavía estará en veremos.

Sin acotar nada, acepté su propuesta y continué pelando las papas. Minuto a minuto, lo sucedido fue quedando atrás, tanto es así, que sin darme cuenta, volvimos a ser nosotros dos, los amigos de siempre, el dúo inseparable, “el dúo dinámico” como a mi papá le gustaba llamarnos. Casi pude sentir como las arrugas de ansiedad de mi cara, se iban alisando. Al final, suspiré aliviada. Sí, éramos un dúo dinámico, por eso nos movimos por el diminuto espacio de la cocina, sin chocarnos, en perfecta coordinación, hasta que todo estuvo listo: la carne en una asadera, dorándose en el horno, el suflé de papas y crema sobre la hornalla apagada esperando a que fuese su hora de entrar a la gran boca caliente. El mantel extendido sobre la mesa, la reluciente bajilla de estreno, las delicadas copas, los cubiertos, el pan en una canasta cubierto por una servilleta, la botella de vino ya descorchada para que el brebaje pudiese respirar, las velas en el candelabro... Lucas depositando la ensaladera en el centro...

El tiempo se detuvo por completo, a mis oídos no llegó más que silencio, un silencio de vacío y luego... las imágenes desfilaron por delante de mis ojos, estábamos en la cocina de su casa, aquel catorce de febrero, yo había llegado con una botella de champagne para pasar nuestro primer día de los enamorados juntos. Recuerdo igual que si fuese hoy, lo ridícula e inmensamente feliz que me sentía, también recuerdo con fidelidad extrema, la sonrisa que se desplegó en su perfecto rostro y el gesto entre infantil y tímido con que se rascó la nuca.

—*¿Qué, qué pasa?*

Le preguntaba yo procurando contener el aleteo de las cientos de mariposas que daban vueltas y más vueltas dentro de mi estómago queriendo salir para estirar sus alas y disfrutar del esplendoroso sol del verano.

—*Es que resulta que tengo una botella igual a esa en la heladera, esperando por ti. La verdad es que la había comprado para festejar el día en que me vendieses tu alma.*

Algo se me atragantó, un reflejo lejano de lo sucedido aquella vez. Vi sus ojos penetrando los míos y me dio un ataque de vértigo; esos ojos, ¿por qué no conseguía olvidarme de éstos?

—*Supongo que no podemos escapar a la verdad, pero si vamos a estar juntos, tenemos que admitir lo que ha sucedido entre nosotros, lo que también debo admitir es que me hace infinitamente más feliz abrirla por esta razón, que por cualquier otra razón.*

—¿Y que razón es esa?

—Porque te amo y tú me amas.

Me contestaba él, derritiéndome con sus ojos y su voz.

No puedo parar de preguntarme cómo es que le resultaba tan sencillo mentir e inventar todas aquellas cosas que me decía sin sentirlas. Sé que es un tanto masoquista, pero daría lo que fuese por saber qué pasaba por su cabeza en esos momentos.

El recuerdo se evaporó con la misma velocidad con la que había llegado, dejándome depresiva y amargada.

—¡Hey!- Lucas chasqueó los dedos delante de mi rostro—. ¿A dónde te fuiste?

—curioseó forzando una sonrisa que le tensó las mejillas deformando su bonito rostro.

Como prefería no responder a eso, simplemente le sonreí.

—¿Pensabas en él, no es cierto? Sí, estabas pensando en él. Por qué insistes en hacerte eso. No ganarás nada con torturarte de ese modo. Desearía tanto poder arrancarlo de tu cabeza.

—Voy a ponerme presentable —le dije dándole la espalda. En mi defensa, debo decir que ya tenía pensado cambiarme de ropa y que este no era simplemente una excusa para huir de la verdad que el no se resignaba a permitir que yo ignorase; los dos éramos completamente conscientes de que mi madre no aprobaría el vestuario que lucía en este momento (un short que en sus buenas épocas fueron mis jeans preferidos, una simple camiseta musculosa y con el cabello sujeto con una goma en una cola).

Lucas no me detuvo, tampoco puede decirse que me dejó escapar; resoplando, me siguió hasta la habitación.

—Ni creas que esto se va a quedar así —entonó en cuanto me detuve frente al armario medio vacío (desde el incendio no había sentido demasiado entusiasmo por comprar ropa, y a causa de éste, eran pocas las prendas de ropa que tenía; mis queridos shorts de jean se habían salvado gracias a que habían quedado en la casa de Vicente cuando mi departamento ardió)—. Cuándo vas a terminar de entender que él no siente ni nunca sintió lo mismo por ti, Vicente no es capaz de amar a nadie más que a sí mismo, es un egoísta, un embustero, un hipócrita y un hijo de puta, y tú continúas pensando en él como si fuese un ángel, como si lo que viviste a su lado fuese lo más maravilloso y perfecto del universo.

No estoy muy segura de la procedencia del ardor que me encendió el rostro, pero para cuando Lucas pronunció la última de sus palabras, yo ya estaba

furiosa. Así era yo últimamente: pasando de la depresión a la euforia, de la alegría y la tristeza más miserable, con o sin razón, pero siempre, de una fracción de segundo a la siguiente.

—¡Para mí fue lo más maravilloso y perfecto del universo!

Lucas no atinó ni a parpadear, y mucho menos a apartarse de mí.

Nos quedamos en silencio otra vez.

—Disculpa. Me fui de lengua, lo siento.

—No tiene importancia—. Estaba revolviendo entre el pequeño montón de remeras cuando noté que Lucas se removía en su sitio. Lo espí por el rabillo del ojo y ahí noté que ahora era su turno de ponerse rojo.

—Sabes qué —me dijo estallando con la potencia destructiva de una bomba de hidrógeno —¡sí!, sí es asunto mío; eres mi mejor amiga, y yo... —titubeó, pero luego de apretar los dientes tanto que le chirriaron, pareció juntar fuerzas y continuó adelante —yo te amo, ¡listo, ya lo he dicho! Sé que no quieres oírlo pero es la verdad. ¡Es momento de que empecemos a decirnos la verdad! Quizá pienses que no tengo derecho a exigirte nada, pero por el amor de Dios, ya no te engañes. ¡Vicente no está aquí y no va a volver! Todo lo que dijo, todo lo que hizo, no fue más que un engaño. Esta es la realidad —declaró plantándose firme frente a mí—, ésta es la única realidad, grábate eso en tu dura cabeza —hizo el amague de acercármeme pero evidentemente se arrepintió. Permaneció en su sitio, muy quieto. Parpadeó, volvió tragar y luego continuó hablando—, tú y yo somos la única realidad —añadió bajando la voz—. Dame una oportunidad... date una oportunidad a ti misma.

Yo también intenté tragar sin embargo mi garganta no obedeció, la boca se me llenó de saliva.

—No tengo con qué Lucas.

—Eso no es verdad.

—Sí, sí que lo es.

—Si por una vez intentaras no pensar en él.

—No puedo evitarlo.

—No quieres esforzarte por evitarlo. Vamos, sé honesta: no quieres olvidarlo. Me costó un momento admitirlo.

—No quiero quedarme vacía.

—No te quedarás vacía; eres mucho más que lo que fuiste con él —dio el paso que tanto le costaba y me tomó por ambas manos.

—Ya no puedo sentir nada.

—Mentira —susurró; su aliento me hizo cosquillas en el rostro.

La cercanía de su cuerpo, de su rostro y su boca no me molestaban, pero tampoco infundían en mí, ningún sentimiento chispeante, no alteraba mis células como Vicente, ni me hacía sentir esa desesperante necesidad de acercarme al él y no separarme jamás de su lado tal como me sucedía con él.

—Mentira —repitió con voz tan baja que a penas si pude oírlo. Todo sucedió rápido y al mismo tiempo, lánguidamente lento; me soltó las manos y me tomó del cuello—. Permíteme demostrarte que sí eres completamente capaz de sentir —me dijo al oído acariciando mi piel con sus labios. Su mano izquierda bajó por mi cuello hasta mi espalda y no se detuvo sino hasta llegar a la cintura, para allí instalarse firme.

No pude detenerlo y tampoco sabía si realmente deseaba hacerlo. Sus labios siguieron viaje hasta los míos, dejando sobre mi mejilla, un rastro ardiente del cual me sorprendí percibir. Mis párpados cayeron pesados y mi cuello se relajó; de repente me sentí igual que si fuese de goma. Inspiró sobre mi boca, acarició mi otra mejilla con la suya.

Cuando abrí los ojos en un intento de tomar conciencia de lo que sucedía, me lo encontré viéndome. No dijo ni una palabra, sus ojos ya expresaban lo suficiente. Aproximándose más, rozó mis labios con los suyos y luego se apartó.

Toda parte de su cuerpo, dejó de tener contacto con el mío.

Fue extraño, desconcertantemente extraño. Fui incapaz de elaborar el menor pensamiento lógico, ni tampoco el más burdo y trivial; esto no podía estar sucediendo.

—Te lo dije —entonó y me percaté de que sus palabras estaban cargadas con una pequeña porción de suficiencia, que no tenía como objetivo vanagloriarse de su victoria ni nada parecido; no es que estuviese satisfecho por salirse con la suya, sino feliz, por demostrarme que quizá el interior de mi alma de piedra, no fuese de roca sólida, sino de aquella que líquida y ardiente, es capaz de abrirse camino hacia la superficie, atravesando kilómetros de duras cortezas terrestres.

2.

Lee mi mente.

—Buenas noches; bienvenidos —exclamó Lucas en cuanto mis padres atravesaron la puerta del departamento, a un paso por delante de mí. Supongo que hasta último momento dudó que mis padres realmente viniesen a casa a

comer; para él esto era realmente muy importante, yo ya me había percatado de que constantemente, buscaba que ellos lo aceptaran, buscaba su aprobación; necesitaba sentirse parte de mi familia y no se daba cuenta de que ya lo era.

Su cara se alegró hasta lo imposible, incluso todavía más de lo que ya estaba desde hace cuarenta minutos atrás, momento en que aquella sonrisa de triunfo se plantara en su rostro luego de lo sucedido en mi habitación; apostarí cualquier cosa a que él tiene la sensación de haber logrado un gran triunfo y en parte es cierto, me ha demostrado a mí que quizá no quedé tan insensibilizada como creía. Eso en realidad no cambia demasiado las cosas, si vuelvo a sentir algo, es probable que no sea por él, razón por la cual, preferiría que no estuviese sonriendo; me amarga pensar en lo que pueda suceder a partir de ahora, espero que lo que pasó no le dé demasiados ánimos, no se me apetece pasar por una situación en la que me vea obligada a rechazarlo, no quiero perder su compañía, y mucho menos su amistad. ¡Por que tiene que sentir eso por mí! ¡Mierda!

Por estar demasiado metida en mis propios pensamientos, reaccioné cerrando la puerta con un golpe, lo cual atrajo en mi dirección, las miradas de las tres personas con las que compartía los pocos metros cuadrados de mi departamento, por suerte, rápidamente perdieron el interés en mí.

Con mi madre intercambié abrazos y besos, parecía que ella, sin problemas, lo había adoptado como hijo; se llevaba mejor todavía, con él, que con Vicente, su relación era distinta, a Vicente le profesaba una especie de admiración basada en una imagen que ella veneraba como perfecta y absoluta, en cambio con Lucas era algo muy distinto, más real y humano, mi madre se había encariñado con él hasta lo inimaginable, pero no ciegamente, sino aceptándolo con todo lo bueno y lo malo que ella encontraba en él. Mi madre no se reprimía de ningún modo tanto a la hora de elogiarlo, como a la hora de reprenderlo, y mucho menos al momento de demostrarle cariño, cosa que sucedía con tanta frecuencia que yo ya comenzaba a creer que él había obrado un verdadero milagro con ella —jamás fue de hacer grandes demostraciones de afecto—.

El saludo con mi papá no fue tan efusivo, de cualquier modo se desprendió de aquel apretón de manos, un floreciente compañerismo del que a mí me agradaba ser testigo.

—Qué bien que huele eso.

—Gracias —contestó Lucas. Me dio la impresión de que se ruborizaba ligeramente-. La cena está casi lista.

—¿Te tuvieron toda la tarde cocinando? —le preguntó mi padre apuntándome a mí con la cabeza como si los hombres soliesen ser esclavizados dentro de la familia Pérsico, por las mujeres.

Lucas soltó una carcajada.

—Me convirtieron en un amo de casa sometido —bromeó divertido guiñándome un ojo, lo cierto es de que no ser por él, en esta casa no se comería y que si yo me preocupaba por mantener una limpieza y orden básico, era porque compartía mi departamento con otro ser vivo.

—Eliza, te estás abusando de este pobre chico.

—Mamá, por favor.

—No es cierto, Noemí, ella no se abusa de mí, puede que a Eliza no le atraigan demasiado los quehaceres hogareños últimamente, pero no importa, nosotros hacemos una pareja perfecta, yo me encargo de las cosas de la casa, y ella del resto.

Al mencionar eso de la “pareja perfecta” Lucas me lanzó una mirada de las suyas que me fue imposible esquivar, en mi departamento no existían trincheras detrás de las cuales guarecerme

—¿Ah sí, y qué resto es eso?, porque llevas semanas sin trabajar.

La patada de mi madre impactó directo en mi tobillo haciéndome ver las estrellas.

—Todavía tienes dinero para pagar el alquiler —me cuestionó.

—Noemí, por favor —le pidió mi padre.

—No tendríamos que esperar hasta estar sentados a la mesa y con la comida frente a nosotros, para tener esta discusión.

—No seas sarcástica conmigo, Eliza, que soy tu madre.

—Si lo que quieres es arruinar la cena...

—No, no quiero arruinar la cena, simplemente quiero ver que no arruines tu vida por un capricho, eso es todo.

—¿Un capricho?

—Noemí —entonó mi padre instándola a cerrar la boca.

—Dos, para ser exactos, estás encaprichada con ese hombre que te dejó y por eso vas por ahí como alma en pena, y encaprichada por conseguir un trabajo que no existe. ¡Que soy tu madre y estoy preocupada por ti! ¡Listo, ya se lo he dicho! —le dijo a mi padre—. Tu padre no quería que discutiese lo contigo ahora, dice que aún es demasiado pronto, y sí, quizá lo sea; prefiero no tener que esperar hasta que ya sea demasiado tarde y no pueda hacer que des un paso para que te perca de que debes continuar adelante, que si no

encuentras un trabajo perfecto, pues igual está bien, tienes que hacer algo y ya no vegetar. ¡Por todos los santos! Y para de llorar a ese hombre, que ya se ha ido y nada lo traerá de vuelta, o al menos eso espero yo. Va siendo hora de que abras la puerta para dejar entrar a alguien más en tu vida o te convertirás en la única viuda que no ha contraído matrimonio antes de enviudar.

Por las caras de los otros dos espectadores al discurso de mi madre, quedó manifiestamente claro que no fui la única en el departamento, en quedarse de piedra; yo estaba acostumbrada a los crudos comentarios de mi madre, pero ninguno antes había llegado a mí cargado de tanta cantidad de preocupación y angustia como la que se desprendió del tono de su voz y su mirada mientras lo soltaba. Me di cuenta de que no me retaba por el simple gusto de reprenderme una vez más, estaba realmente afligida por mi situación.

—Lucas.

El que ella entonara así de la nada, en medio del silencio formado, su nombre, me hizo pegar un salto.

Lucas la miró y parpadeó.

—¿Si? —le preguntó temeroso, supongo que así como yo, él no tenía ni la menor idea de con qué iba a salir mi madre a continuación, y las respuestas o reacciones, a ciertas cosas inherentes al mundo humano, para él, no eran tan sencillas u obvias como para mí, por lo que usualmente, ante ciertos comentarios o proposiciones de mi madre, discutíamos juntos la mejor solución, que le evitase a él un mal momento y a mí, la necesidad de tomar decisiones que no quería.

—Sé que él y tú eran muy buenos amigos...

De un tiempo acá, mi madre se cuidaba de no pronunciar el nombre de Vicente, es más, de esa adoración ciega que antes mencioné, había pasado a un rencor frío y una desilusión solamente comparable a los niveles de dicha adoración.

—Así era —convino Lucas asintiendo con la cabeza, remarcando el “era” con una mueca de desagrado en sus labios.

—No pretendo ofenderte con esto... tú amigo no se portó de la mejor manera con Eliza—. Esto lo decía solamente sabiendo que Vicente me había dejado, así de la nada, de un día para el otro; con una confesión de falso amor y engaño sin igual y quizá eso fuese lo único que ella necesitaba saber, todo lo demás, considerando la razón por la cual terminó conmigo, en realidad no importaba.

—No considero la verdad una ofensa, Noemí, me sobran pruebas para

convencerme de que Vicente se portó como una porquería con Eliza y admito que a mí también me decepcionó.

—Entonces no te molestará si te pido que ayudes a mi hija a quitarse a ese hombre de la cabeza.

Lucas se mordió la comisura del labio al tiempo que me miraba por el rabillo del ojo.

—No tiene ni que pedírmelo, Noemí, procuro hacer que ella se olvide de él desde el día en que Vicente se fue.

Que hablasen de mí y de mi relación con Vicente igual que si yo no estuviese allí, o no fuese lo suficientemente consciente o racional para discutir el asunto me revolvió las tripas, si yo quería seguir deprimida y triste era mi condenado problema.

—Ya, terminen con eso. Mamá, por favor, deja a Lucas en paz.

—A mí no me molesta que tu madre...

No lo dejé terminar.

—Sé muy bien que no te molesta, Lucas, pero esto es algo sobre lo que ninguno de ustedes tiene derecho a opinar.

—¡Soy tu madre!

—A nadie le agrada verte sufrir —soltó Lucas con la misma cara de haber sufrido terrible desplante, que mi madre.

El único en guardar silencio fue mi padre, lo malo es que su mirada, decía mucho más de lo que las palabras de Lucas y mi madre juntos, si en este living había alguien real y desinteresadamente preocupado por mí, era él.

—Sé que no, solamente quiero que por una vez, dejemos mi situación fuera del menú, ¿sí? Mamá, te prometo que si para la semana que viene no consigo ningún trabajo que medianamente se acerque a lo que pretendo, tomaré el primer cargo que me ofrezcan, sea lo que sea, y por lo demás... lo demás llegará cuando llegue—. ¿Nunca, talvez? No iba a decir eso en voz alta—. Lucas, por favor—. Esto no era un asunto para discutir frente a mis padres.

Lucas se disculpó y mi madre se quedó masticando unas cuantas palabras más, un gesto de mi padre la instó a guardárselas para otro momento.

Para no perder el hilo de mi propia integridad, fui hasta la cocina y serví cuatro copas de vino que luego repartí. Necesitaba mantenerme ocupada para evitar ceder a los recuerdos que hoy me tenían a mal traer, de pronto, me había venido a la mente aquella noche, en casa de mis padres, en la que por accidente derramé mi copa de champagne sobre Vicente al ser llevada por

delante por uno de mis primos pasado en copas. Se me escapó una sonrisa en los labios ante el fognazo de aquella estúpida vergüenza mía por verlo medio desnudo.

Me estremecí y se me puso la piel de gallina al recordar la textura y el calor que emanaba de su piel, tanto es así, que la copa de vino casi se me cae de las manos.

Pese a mis tortuosos desvaríos, y a la situación antes acontecida, la noche no fue un completo desastre, sino todo lo contrario, la cena salió perfecta. Mis padres se quedaron hasta tarde, bien pasada una segunda ronda de café.

—Dame, te ayudo con eso —se ofreció Lucas arrancándome de las manos la copa que acaba de secar y que me disponía a guardar. Mientras terminaba de secar la bajilla, él se encargó de guardar dentro de las alacenas. Por su silencio poco común, y su lenguaje corporal, era obvio que deseaba decirme algo y no se animaba. Yo no estaba de humor para conversaciones serias, ni nada por el estilo, pero era mucho más molesto verlo echarse atrás cada dos segundos con la boca abierta y una bajada de miradas cada vez que sus ojos se topaban con los míos, que terminar con esto de una vez.

—Lucas, dime qué es lo que sucede, en qué piensas.

De espaldas a la heladera, se recostó contra la mesada y se agarró del borde de piedra, sus hombros ascendieron sobre su pecho con aquel movimiento.

—¿Por qué tanto suspenso? —Hice un bollo con el repasador y lo arrojé sobre la mesada—. ¿Qué sigue en el menú?

—Me lo preguntas como si a mí me gustara esta situación.

—No pienso eso.

—No es mi intención complicarte la vida y tu madre tampoco disfruta con todo esto, es simplemente que...

—¿Que qué?

—Mis intenciones son serias.

—¿Perdón?

—No estoy jugo, tú para mí no eres un juego.

—Lucas...

—No, permite que termine—. Se soltó del borde de la mesada y dio un paso hacia mí, moviendo el aura de energía y fuerza, que en este momento flotaba a su alrededor, aquella suerte de mágico poder me envolvió, tenía el potencia de un potentísimo imán, por un nanosegundo llegué a pensar que pudiese estar utilizando conmigo su encanto demoníaco—, te amo y no me avergüenza

decirlo —entonó sellando mis pupilas con las tuyas para que ya no pudiese escapar a su mirada; la intensidad de sus ojos atravesó mi cráneo para pulverizar mi cerebro, entre mis pensamientos no hallé rastros de los tuyos, pero algo, una tenue sensación, me indicó que estaba allí, como al umbral de mi mente esperando a obtener el permiso pertinente para poder entrar—, es más, no pienso seguir ocultándolo, no encuentro ninguna razón para hacerlo, no creo que haga falta intentar engañar a nadie, es evidente que tu madre y tu padre se percataron de eso.

¿Desde cuándo, ¡cómo!? —me pregunté. ¿Había sido tan insensata como para no verlo?, o simplemente estuve engañándome pretendiendo que lo obvio no existía más que para mí.

Me dio asco de mí misma este ferviente deseo de que diese un paso atrás y se retractase de lo que acababa de decir, o quizá que me confesara que era una broma, que no iba en serio.

¡Mierda!, sí que iba en serio y en esta ocasión no me permitiría escapar, esto no era un beso tentador, una incitación o un juego de sensaciones, y mucho menos un hipnótico encanto demoníaco, era una discusión políticamente correcta, sería.

Se me empezó a formar una bola en la garganta. Si esto seguía por el rumbo que había tomado iba a terminar atorada igual que un gato atragantado con una bola de pelos.

—A mí no me molesta que seas humana, es más, eso es lo que más me agrada de ti.

Vicente me había dicho algo muy parecido una vez y así habían salido las cosas.

—No soy un crío, puede que no me vea muy maduro por aquello de que no puedo envejecer, pero he experimentado muchas cosas en esta vida, no soy un experto en relaciones sin embargo con lo que siento es suficiente para saber que ya estoy listo para sentar cabeza.

Ahora se me aflojaron las rodillas. ¿Sentar cabeza? ¿Qué, conmigo? Por qué no mejor echaba una miradita dentro de mi cabeza, con un leve vistazo sería suficiente para que comprendiera que yo todavía estaba enamorada de otro y que más allá de mi nariz yo no era capaz de ver nada más.

—Quiero dejar de tener que dormir en el sofá.

El suelo se estremeció debajo de mis pies, esas palabras rajaron la tierra en toda su circunferencia y se quedaron reverberando en mis oídos una y otra vez.

—Quiero intentarlo, de verdad que sí.

Quise decir algo pero ninguna palabra brotó de mis labios.

Dio otro paso deteniéndose frente a mí, para luego encadenar sus manos a las mías.

—No sé cómo hacer esto.

Por Dios que no estuviese preguntándose como hincarse de rodillas ante mí.

—Quiero pasar el resto de tu existencia acompañándote, quiero ser tu amigo, tu compañero, tu pareja.

Mi corazón experimentó serias dificultades para continuar funcionando con normalidad.

—Te amo y no me cabe la menor duda de que encontraremos el modo.

—Lee mi mente —las palabras se escaparon por entre mis labios igual que si tuviesen voluntad propia.

—No hay necesidad.

—Sí, sí la hay.

Lucas me soltó.

—Si no has vuelto a echar una mirada por ahí es porque existen demasiadas cosas que no quieres ver. Lamento tener que ser cruel pero...

—¡Eso es un puto montón de mierda! No lo lamentas, eres innecesariamente cruel contigo y con los demás. Y te emperras en hacerte la vida más difícil de lo que ya es. Desde hace semanas te veo hundirte cada vez más y más en un estado casi catatónico.

Fui mi turno de gritar.

—Eso no es cierto, yo estoy intentado seguir con mi vida, seguir adelante, acepto salir contigo aunque no tenga ganas de asomar la nariz más allá de la puerta de calle y me estoy esforzando por encontrar un trabajo que me dé alguna gratificación.

—¿Y tú te crees que para mí es importante que salgas conmigo cuando yo tengo ganas de salir o que le des el gusto a tu madre encontrando un trabajo “supuestamente” mejor que el que perdiste? Yo te estoy hablando de voluntad, de tú voluntad, para ser más exactos —soltó apuntándome con un dedo acusador—, lo que me molesta —se sacudió como queriendo quitarse de encima una desagradable sensación—, es tu autismo interior; la farsa que urdes a tu alrededor no tiene ni el más mínimo valor para mí. Puede que no me haya animado a leer tu mente nunca más por miedo a ver cuanto todavía lo amas, no por eso ignoro el hecho de que lo aún te sientes de ese modo en relación a él. No soy un iluso, si permanecí en silencio con la cabeza gacha, todos este tiempo es porque creí que debía darte espacio, que debía respetar

el proceso de duelo por lo que perdiste, pero por el amor de Dios Eliza, yo te estoy ofreciendo algo real, no un simple recuerdo y ni mucho menos un engaño.

—¿Y te crees que yo estoy bailando de alegría?

—¡Por supuesto que no!, pero ya fue suficiente. Puedo haber sido por mucho tiempo para ti, un hombro compasivo sobre el que llorar, y sin lugar a dudas, he sabido cultivar nuestra amistad... ya no puedo contenerme.

Se abalanzó sobre mí con las intenciones impresas en la frente y me tomó por los brazos. Con los dedos engarfiados alrededor de mis bíceps me arrastró hasta él.

—Deja de intentar escaparte de ti misma.

Protesté a sus palabras con un gruñido, pero en contrapartida, no sé cómo, no sé de dónde, algo intentaba abrirse camino desde lo más profundo de mi pecho hacia el exterior.

—Sé que no estás siendo completamente sincera contigo misma —susurró. Estábamos tan cerca el uno del otro que igual hubiese oído sus palabras si solamente las pensaba. Se me puso la piel de gallina otra vez, quería soltarme de su agarre y al mismo tiempo...

—No quieres herirme, yo tampoco pretendo lastimarte.

Lucas aproximó su cara a la mía sin cerrar los ojos; yo tampoco pude dejar de mirarlo.

En el más completo silencio comenzó a besarme y yo... yo tardé en reaccionar, pero reaccioné, fue un beso tímido, delicado y corto, pero un beso al fin. En ningún momento tuve el impulso de lanzarle una bofetada, de empujarlo para apartarlo de mí y mucho menos, de huir de sus labios. Aquí estaba, frente a mis narices, la evidencia de que él tenía razón, no entiendo cómo o porqué, pero él tenía razón; yo no lo amaba, de eso estoy segura, no al menos del modo en que amo y siempre amaré a Vicente, pero tampoco sentía la necesidad de terminar con esto, es más, esto me hacía sentir mejor. Bien, mejor en un solo aspecto: la seguridad de que después de esto, no me abandonaría, que esta noche no terminaría durmiendo sola en el departamento tal cual me había imaginado cuarenta segundos atrás; el resto... —suspiré mentalmente—, el resto era el por caos nunca imaginado. De repente el rostro de Vicente copó todos mis pensamientos; con una mueca de indignación y una mirada fulminante me increpaba en el más opresivo silencio, mi imperdonable engaño. Mortificada, sintiéndome la peor clase de basura radioactiva del universo, me eché atrás. Lucas me soltó al instante.

—¿Qué sucede? —me preguntó contrariado, no debía tener ni la menor idea de por qué primero le devolvía el beso de buen grado y después me apartaba de su lado con el rostro deformado de vergüenza.

La culpa me corroía por dentro, estaba engañando a la parte dominante de mis sentimientos por besar a Lucas y a esta agradable sensación de aspecto iridiscente que cubría mi exterior. También, ridículamente, sentía que lo engañaba a él, ¡que estupidez más grande, si Vicente no me ama, ni nunca me amo! Por qué tengo la sensación de que si él hubiese presenciado esta situación estaría con el corazón destrozado y peor sería todo si adivinara que había encontrado de lo más agradable, el beso que Lucas me diera. Esto no tiene sentido, aun así, tengo la impresión de haber apuñalado a mi amor por la espalda. Que vil y cobarde soy, bajé los brazos sin siquiera intentar rescatar aquello que creí inigualable e irremplazable —patiné sobre un resbaladizo suelo mojado—, ¡no, un momento, eso nunca existió! ¡Sí, sí, sí! —gritó mi corazón en respuesta—. Te estás dando por vencida sin siquiera luchar. Te rendiste en cuanto el viento empezó a soplar en contra y ahora te vendiste al enemigo a cambio de unas cuantas migajas de cariño. ¡No, nada de eso! Esto es mucho más de lo que la mayoría de las personas tienen, Lucas me ama y haría cualquier cosa por mí, y sin duda, yo haría cualquier cosa por él... ¡Alto! —tenía que dejar de discutir conmigo misma y pasar a la acción otra vez.

Alcé la mirada y reparé en su rostro, él pobre no entendía nada y tampoco se animaba a husmear dentro de mi cabeza para ver qué sucedía allí dentro.

Convulsionada y a punto de perder el control... Me mordí el labio inferior; no podía despegar mis ojos de los suyos. Mi corazón estaba fuera de control. Fui consciente de que estaba dispuesta a dar el paso, cuando mi pie derecho ya estaba en el aire. Mis manos, fueron derecho —más bien, se lanzaron —directo a su cuello, mis brazos allí se cerraron en un apretado abrazo. Mi boca chocó contra la suya; él pudo haber sido suave, dulce y tímido, pero yo me comporté como una loca desahogada que no tiene ni la menor idea de dónde ha perdido la cabeza, porque la perdí, de eso no hay ninguna duda.

Lo besé buscando algo que sabía que no iba a encontrar, pero liberar aquello que llevaba tanto tiempo encerrado en mi interior era completa y absolutamente estupendo y al mismo tiempo, increíblemente perturbador, era como si estuviese entregándome al demonio que había dentro de mí. Sentí mis manos llenas otra vez. La cabeza me daba fuerza y me creía capaz de derribar una pared de un puñetazo, capaz de volar, capaz de encender en llamas todo lo

que me rodeaba.

Lucas adoptó de buen grado mi entrega, sin embargo mi fuego se extinguió demasiado pronto para su gusto, cuando volví a apartarme de él, se quedó con los ojos cerrados y la boca abierta jadeando igual que si yo me hubiese desmaterializado así de la nada.

—Mejor vayamos con calma, ¿sí?

Abrió los ojos, le brillaban como si dentro tuviese contenida la energía de una supernova. Parpadeó y luego intentó mirarme.

—¿A eso le llamas calma? —curioseó con una mueca burlona en el rostro y una sonrisa increíblemente amplia, la cual amenazaba con tragarse sus mejillas y su nariz. Se le escapó una carcajada de felicidad—. Eso fue... increíble —calificó pasándose una mano por el pelo—. No tenía ni idea de...

—Lucas por favor—. Al instante me había puesto roja, nunca antes nadie me había calificado de ese modo y la verdad es que esta situación me resultaba de lo más incómoda.

—¿Eso fue un sí?

—¿Qué?—. Ni un buen golpe lograría hacerme arrancar, en mi cerebro había aparecido una brillante pantalla azul, igual que la que aparecía en mi ya calcinada computadora de vez en cuando.

Me lanzó una mirada suplicante.

—¿Podemos intentarlo, no vas a pedirme que me largue?

—Lo último que quiero en esta vida, es que te vayas, Lucas. Pero no estoy lista para que dejes el sofá.

Me sonrió.

—Sí, supongo que eso fue un tanto extremo, además, bien, hay ciertas cosas que debemos considerar antes de dar ese paso, no es que a mí me falten ganas —soltó a chorro y yo sentí que mis mejillas se ponían moradas. Lucas se interrumpió, avanzó hasta mí y me abrazó; este era uno de sus abrazos de amigo, no uno que anteciedera a un nuevo y aparatoso beso—. Veremos cómo seguir adelante.

Yo me veía tan lejos de todo eso.

—Lo único que pido es que me des un poco de tiempo, no soy capaz de hacer *clic* de la noche a la mañana. Y además... bueno, tú y yo sabemos que esto... Vicente y yo nunca... era demasiado arriesgado —me encogí de hombros entre sus brazos-, no sé si era cierto pero...Y qué va a suceder cuando... —de repente mi cerebro cobró la velocidad de un tren bala; no sé por qué me puse a pensar en el futuro, yo todavía continuaba convencida de que prefería

convertirme en demonio que morir y apartarme así tan rotundamente de Vicente, como la muerte implicaba, pero Lucas... él me había dicho una vez que no era buena idea cambiar —entregar tu alma— por amor a otro demonio, ¿o solamente se refería a él?, y qué sucedería en el caso de que lo nuestro funcionase, al menos de algún modo, ciertamente no como creí que funcionaría con Vicente, y luego yo me convertía en lo que ellos dos, ¿Vicente cambiaría de opinión ante mi cambio, yo cambiaría de opinión con respecto a Lucas y a lo que estábamos empezando? La cabeza me estallaba.

Lucas estampó un beso en la frente.

—Quédate tranquila, lo que me diste esta noche es mucho más de lo que esperaba obtener de ti, sé que me jacté un poquito —comenzó a decir haciendo una mueca —de estar muy seguro de lo que sucedería, pero la verdad es que tenía miedo de que me pidieses que me fuera. Tampoco tengo muy en claro cómo seguir, la verdad es que estoy sorprendido, imaginé esto cientos de veces, pero nunca pensé en lo que vendría después. No tengo un plan... con el tiempo, podremos elucubrar uno—. Posó su caliente palma izquierda sobre mi mejilla derecha—. Juntos... lo haremos juntos.

No quería que siguiese hablando, me sentía demasiado extraña en este momento como para oír nada más. Gracias a Dios que se había apartado de mi mente. Cerré los ojos y me apreté a su pecho. Como me hubiese gustado perder la conciencia en ese preciso instante o al menos tener la capacidad de poder arrancar de mi cerebro todos los pensamientos que no me permitían gozar de dos segundos de tranquilidad y felicidad.

—De ser por mí, me quedaría aquí parado contigo entre mis brazos, toda la noche, pero tú tienes que dormir—. Me acarició la cabeza y luego me apartó de su lado.

Sentí una brisa fría en la nuca, y eso que estaba haciendo un calor sofocante.

—Buenas noches —le deseé.

—Buenas noches —me contestó y se hizo a un lado para dejarme partir rumbo a mi cuarto.

En condiciones normales no me hubiese ido a dormir con la cocina a medio ordenar, pero en este momento necesitaba con suma urgencia, un rato de soledad entre las únicas cuatro paredes que formaban mi refugio. Sin mirar atrás, me metí en mi cuarto y cerré la puerta. Ante la oscuridad rayada por la luz de la calle que entraba por las hendidias de la persiana, me quedé dura. Si solo tuviese cinco minutos más a su lado —pensé; tenía tantas cosas que discutir con Vicente, tenía tantas cosas que decirle.

Él jamás te escuchará, no en tanto y en cuanto seas humana —me dije a mi misma—. Al mismo tiempo dejó claro que no deseaba toparse conmigo en el Infierno, ¿incluye eso quedarme en el purgatorio que es este mundo, convertida en una de los suyos? Me pregunto si prestaría atención a lo que tengo para decirle, en una charla de igual a igual.

Llevo un año teniendo horribles pesadillas y esta noche no fue la excepción. Con la voz quebrada, el pecho entumecido y lágrimas en los ojos, Vicente me gritó que yo no tenía corazón, que era una desalmada. Me recriminó mi falta de lealtad y de vergüenza. Repitió una y otra vez que nunca lo amé en realidad, que lo único que había querido de él, es que efectuara el cambio en mí. Gritó a voz en cuello que yo sería la peor y más temida de todos los demonios que hayan pisado esta tierra jamás, me acusó de ser la hija del mismísimo Diablo. Me culpó de no entender nada ni del amor y ni de los sacrificios que éste implica. Me tildó de cobarde y derrotista. Y con las rodillas hundidas en un barrial inmundo en cuya superficie marrón se reflejaba un cielo entre amarillo y morado, y lágrimas de sangre en los ojos, me aseguró que yo acababa de romperle el corazón al engañarlo con su hermano.

Salté de la almohada ahogada, empapada en sudor y lágrimas, hipando y tosiendo y con la impresión de estar sufriendo un ataque al corazón.

Sin poder hacer otra cosa que llorar a moco tendido, hundida en la tristeza más profunda que experimentara jamás, esperé a que Lucas, después de haberme oído toser y llorar, entrase en mi habitación, sin siquiera llamar antes. Nunca llegó, por suerte para mí esta noche debía estar prendido a los auriculares de su iPod escuchando parte de sus sesenta gigabytes de música preferidos a todo volumen sin miedo a quedarse sordo o a que se el pulverizaran las neuronas.

Me tomó un buen rato calmarme. Dormir se tornó imposible, pese a que recliné otra vez la cabeza sobre la almohada y apreté los parpados. Me daba pánico volver a encontrarme con Vicente en mis sueños, su presencia en el mundo del subconsciente era tan real como una de carne y hueso, es más, por un momento llegué a pensar que quizá él tuviese el poder de ponerse en contacto conmigo, podía ser que quizá su cuerpo estuviese a miles de kilómetros de mí, sin embargo sus pensamientos y sensaciones habían viajado hasta mí y se habían dado a conocer. Creí que de algún modo inexplicable se había enterado de que había besado a Lucas, y si bien eso no era lo peor, lo peor se circundaba al hecho de que ese beso me había gustado y que meditaba la posibilidad de abrirle las puertas de mi corazón; al menos sabría

demostrarle, sino con pasión, al menos con cariño, que lo quería y necesitaba tenerlo a mi lado, y que quizá tarde o temprano, aceptase que dejara de dormir en el sofá cama, para instalarse aquí a mi lado.

Verdad o no, lo único cierto es que no pude volver a pegar un ojo. Poco a poco el alba se filtró entre las tabillas de la persiana, y cuando la claridad pasó de gris claro a dorado, me levanté.

Todavía sentada sobre el borde de la cama me di cuenta de que era muy probable que nunca vuelva a dormir, para así evitar tener que verlo juzgarme.

Salí de mi cuarto, me encontré con un Lucas ocupado en aquellos menesteres domésticos a los que yo llevaba mucho tiempo sin prestar atención. No se percató de mi presencia hasta un par de segundos después, cuando moviéndose al ritmo de la música que brotaba de los auriculares en sus oídos, se daba vuelta para acomodar sobre la mesa un cartón de leche y la azucarera; las tazas ya estaban en su sitio, una frente a la otra, y en medio había una montaña de pan tostado medio cubierto con una servilleta, dos frascos de dulce y la manteca. De un tirón y con una placida sonrisa, se arrancó los auriculares y apagó su adorado trocito de tecnología.

—Buenos días—. Su voz sonó como el típico toque castrense de diana al alba demasiado entusiasmada y fuerte para mi gusto y estado actual, el cual reverberó una y otra vez en mis oídos igual que si el interior de mi cabeza no estuviese compuesto de huesos y demás tejidos blandos, sino de placas de metal instadas sobre soportes flexibles que vibraban igual que un inmenso gong ante el más mínimo estímulo. Me pasé las manos por la cara y para disimular el gesto de abatimiento, y después por el cabello, acomodando parte de mi enredada melena castaña detrás de mis orejas.

En cuanto mis manos dejaron de obstruirle el camino, ahora las tenía sujetando mis brazos en un nudo sobre mi estómago, Lucas me estampó un rápido beso sobre la mejilla izquierda y me invitó a sentarme apartando una de las sillas, en un gesto caballeresco que me hizo acordar a quien él prefería que yo olvidara.

Me tragué el recuerdo con la poca y amarga saliva que rondaba por mi boca y me senté. Una vez que me encontré instalada dio media vuelta y comenzó a trajinar a mi espalda: retiró del fuego las últimas cuatro rebanadas de pan tostado y las ubicó debajo del abrigo de la servilleta, luego me dejó otra vez: lo oí sacar la jara de la cafetera de dentro de su soporte y medio segundo más tarde, me servía un humeante café; llenó su taza y luego se sentó.

—¿Leche? —Su espléndida sonrisa aún persistía en aquellos labios que

besara ayer.

La verdad es que se me antojaba beberme la taza de café que tenía frente a mí y la jarra entera, que Lucas había colocado sobre la tablita de madera que evitaba que la mesa se quemara por el calor del fuerte brebaje, para ver si lograba despabilarme un poco. Bien sabía que eso no le haría nada bien a la ulcera que sentía me saldría de un momento al otro.

Asentí con la cabeza rechazando la idea de embeber mi órganos vitales en café para ver la bebida lograba reanimarme un poco.

La leche cayó sobre mi café manchándolo de un blanco espumoso.

—Gracias—. Mi voz sonó como de ultratumba, opaca, rasposa.

—De nada —me contestó con una sonrisa—. Qué tal dormiste anoche.

—Igual que siempre.

Su sonrisa se agrió tanto que podría haber cortado la leche de no ser porque ésta estaba bien protegida dentro del embase compuesto de varias capas de cartón y plástico.

—Tendríamos que hacer algo con respecto a eso.

En el momento no comprendí dónde quería llegar.

—Yo puedo hacer algo al respecto —se ofreció y ahí lo entendí.

—No es necesario, es que simplemente hay noches mejores que otras —mentí, venían empeorando de un tiempo aquí. Eso no tenía la menor importancia, de modo alguno le permitiría ver mis sueños, ni siquiera al principio cuando intentara apartarlos de mi mente para permitirme dormir en paz; los riesgos eran muchos, entre ellos, que no se me antojara que viera que yo me mentía terriblemente culpable por besarlo, como si verdaderamente estuviese engañando a Vicente con él. Además, permitirle meterse en mi cabeza podía traer dobles interpretaciones con las cuales no podía lidiar ahora mismo.

Lucas no pareció convencerse con mi mentira, extendió un brazo y me cubrió la mano con la suya.

—Necesitas descansar.

—Estoy bien, además, ¿descansar de qué?, si casi no hago nada en todo el día.

—Quizá sea ese el problema, pasar los días así sin poder hacer nada productivo puede resultar agotador y desgastante. ¿Qué te parece si nos tomamos un tiempo para nosotros? Lejos de aquí, quiero decir—. Los ojos empezaron a brillarle tanto como anoche cuando me besó—. Necesitas recargas tus baterías antes de empezar otra vez. ¿Por qué no nos tomamos unas buenas vacaciones?

—Vacaciones de qué si llevo semanas sin trabajar.

—Vacaciones de esto —hizo un gesto con las manos abarcando todo el departamento y más allá, era perfectamente evidente a qué se refería con “esto”: el departamento recién recuperado del incendio, la pérdida de mi trabajo, el abandono de Vicente, las presiones de mi madre y todo lo demás. A decir verdad, pensando un poco, no era tan mala idea, yo hubiese preferido a largarme a una isla desierta yo sola, pero no sobreviviría ni media hora sin él. Por otro lado, me asustaba un poco la libertad que unas vacaciones lejos de todo y de todos podía despertar en Lucas, en un lugar distinto, donde no fuésemos más que dos extraños más, no tendría razón alguna para contenerse o para intentar fingir nada. Yo realmente deseaba sentirme completa y absolutamente cómoda y feliz a su lado, pero me estaba costando mucho simplemente dejarme llevar por la situación. Deseaba tanto que mis brazos y mi boca, y todo mi ser estuviesen constantemente en el mismo estado que anoche los había comandado hacia él y por él.

—¿Qué tienes pensado?

Su sonrisa en vez de limón, se hizo de la cosa más dulce de este mundo.

—En realidad se me acaba de ocurrir.

No le dije que no me lo creía.

—Puedo hacer unos arreglos en el correr de la mañana, si todo sale bien, en la tarde estaríamos en viaje, regresaríamos el martes a la noche o el miércoles a la mañana para terminar de ayudar a tu madre con todo lo necesario para la cena de noche buena y demás —se encogió de hombros—. Serán solo un par de días. Nos vendrán bien a ambos; si quieres, podemos volver a largarnos de aquí luego de las fiestas, a mí por ahora no me ha salido ningún trabajo y no hay necesidad de que tú sigas buscando uno frenéticamente.

—No quiero que me mantengas—. En realidad me negaba a aceptar más del Infierno de lo que ya estaba tomando, no en tanto y en cuanto no lograra un trato para intentar conseguir lo que yo deseaba.

—No me molestaría hacerlo.

—A mí sí me molesta que lo hagas.

—¿Es por orgullo?

—Estoy aceptando que me lleves a unas mini vacaciones.

—Sí —rió—, voy a marcar este día en el almanaque.

—No te burles.

—¿Será que te estás pasando al lado oscuro?

Que bromeara con respecto a eso quizá fuese una buena señal, prefería que no montara en cólera el día que yo le dijera que continuaba —pese a todo— con

intenciones de cambiar. Entre tantas cosas que me daban vueltas por la cabeza en estos días, me encontraba a mí misma pensando, más de una vez al día, en que cambios se ejercerían sobre mí, si es que lograba encontrar a algún inconciente —o temerario hasta la médula— que se atreviese a desafiar la decisión de Vicente de alejar mi alma del Infierno lo más posible. Solamente ahora me puse a pensar en que si ese inconciente (porque si Lucas me ayudaba a concretar el trato que yo esperaba cerrar, lo haría por una inconciencia derivada del amor), era el demonio que tenía enfrente mío en este preciso instante, aparte de crear más roses entre ambos, Lucas se convertiría en mi maestro, en mi mentor. Sin duda yo lo defendería a muerte frente al Infierno, pero luego, cuando los convenciera a ambos de que no tenían por qué pelear, haría todo lo posible para procurar la paz entre Vicente y yo; no puedo decir que me conformaría simplemente con disfrutar de su presencia, porque eso no es enteramente cierto, pero al menos, tener la oportunidad de verlo, de estar a su lado, era mejor que nada. Tendría a Lucas a mi lado y a él en mi corazón. ¿Quién sabe, quizá un día, hasta podamos ser amigos? ¿Estoy delirando, querrá volver a saber de mí o le importará un rábano el hecho de que yo haya cambiado? Me pregunto si seguirá encontrándome insulsa y aburrida después de cambiar.

—¿Qué te parece? —Lucas me lanzó una mirada con las cejas en alto—. ¿Eliza?

—¿Qué?! ¿Qué me parece qué? Lo siento, no te oí.

—¿Dónde estabas?

—En ninguna parte, es que estoy medio dormida, es todo.

Me miró con desconfianza.

—Te preguntaba si no te parece buena idea que tú vayas armando un bolso mientras me ocupo de organizar lo referente al viaje.

—Sí, claro.

—Y tienes que llamar a tu madre para avisarle que nos vamos.

—¿A dónde es que vamos?

—Ariel tiene varias propiedades por todo el país, creo que no habrá problema en que le pidamos que nos permita usar alguna de las casas que tiene en la costa, nadie más las usa, están todas demasiado cerca del mar y ya sabes —se reclinó sobre el respaldo con la taza de café en alto—, no todos son capaces de resistir la proximidad de tamaña cantidad de agua, aunque la verdad es que el agua salada resulta menos repulsiva que la dulce, no sé por qué. ¿Te molesta? ¿Preferirías ir a un hotel?

Sería muy hipócrita si dijese que sí, después de todo, medio alquiler de este departamento salía de su bolsillo, y por más que no me gustase demasiado la idea de tener tratos con Ariel, me parecía, que lo más razonable, según mis planes, era que me fuese haciendo a la idea de que de un modo u otro, dependería en cierto modo, de él, por toda la eternidad.

La mayor incomodidad que se suscitaba en mí, no era pedirle a Ariel, como favor, que nos permitiese a Lucas y a mí, pasar unos días en una de sus tantas propiedades, sino aparecer otra vez en escena, pero de la mano de Lucas en esta ocasión; qué pensaría de mí, tomaría mi relación con Lucas como un agravio hacia su hijo adoptivo alias “pupilo”, o simplemente le importaría un cuerno lo que a mí me sonaba demasiado a traición, a volubilidad, después de todo, se suponía que para los demonios la traición era moneda corriente, ¿o no?, Vicente me habría mentado también en eso igual que con aquello de que los demonios son buenos para convivir en grupo.

—Te prometo que nadie nos molestará —posó la taza otra vez sobre la mesa y se inclinó hacia delante para tomarme de la mano otra vez—, estaremos solos y tendremos un poco de la paz que nos merecemos... Te amo. No sabes lo inmensamente feliz que me haces. Apenas si puedo creer que esté sucediendo; tú y yo... —dejó de escapar por entre sus labios una mezcla entre suspiro y risa—, lo único que podía hacer hasta ayer era imaginármelo—. Su mano trepó por mi brazo hasta mi cuello para que finalmente sus dedos se hundieran en mi cabello hasta tocar mi nuca. La piel se me erizó por completo, el tacto de su mano me hizo perder el hilo de mis pensamientos una vez; todavía no entendía por qué reaccionaba así, Lucas... yo quería muchísimo a Lucas sin embargo mis razones no condecían con el tipo de sentimiento que me llevaba a permanecer a su lado, y lo más extraño de todo es que él no parecía notar la diferencia entre lo que decía mi corazón y ocasionalmente mi cerebro con respecto a Vicente, sería que finalmente lo había logrado, había ocultado mis pensamientos y ahora era demasiado tarde para detenerme.

3.

Ilusión perfecta.

Todo salió perfecto, a pedir de boca; mi madre no puso el grito en el aire cuando la llamé para contarle que me largaba a la costa en compañía de Lucas, por un par de días, y Lucas consiguió organizar, sin problemas, el viaje en menos de media hora, con tan solo dos llamados muy cortos a Ariel, con quien

no cruzó más que unas pocas palabras.

Para el medio día, soleado y terriblemente caluroso, ya estábamos montados en mi camioneta, con la música a todo volumen y el aire acondicionado funcionando, dejando atrás la ciudad, con sus edificios y su aire relajado de fin de semana acompañado de aquel característico perfume a jazmines tan típico de la navidad; en unas horas, las pequeñas lucecitas que alegraban la ciudad con motivo de la navidad y el fin de año, se encenderían, pero nosotros no estaríamos aquí para verlas, en un par de horas, tendríamos un paisaje muy distinto delante de nuestros ojos, un horizonte de mar de un oscuro verde azul, iluminado por el sol que caería a nuestras espaldas, perfumado con olor a sal y mar, a pinos y verano.

Me sorprendió que no me estresara aún más tener que armar un pequeño bolso de viaje o volver a ir al supermercado para aprovisionarnos de víveres para el camino.

Cuando los edificios y la ciudad quedaron atrás, desconectamos la refrigeración y bajamos las ventanillas. Sentir el viento en la cara resultaba increíblemente agradable, mezclada con una ligera sensación de *dejá vu*, debido a aquel viaje con Vicente hacia su casa de campo. Por suerte logré apartar de mí ese recuerdo, lo suficientemente rápido como para que no se me notase en el rostro. Creo que Lucas ni se percató de que nuevamente pensaba en Vicente, ya que en ese preciso momento, subió todavía más el volumen de la música y se puso a cantar. Estaba radiante, feliz, se le notaba, no hacía falta ser demasiado perceptivo para darse cuenta de que este viaje, mejor dicho, este viaje conmigo, ya que para él, viajar solo era cosa de todos los días — por su trabajo—, era verdaderamente importante.

Soltó la palanca de cambios y me tomó de la mano. Me lanzó una fugaz mirada por el rabillo del ojo y sonrió dejando de cantar.

—Lo pasaremos muy bien, ya verás—. Sus palabras vinieron acompañadas de un ligero apretón—; sé que podemos ser felices juntos —añadió acariciando mi mano con la yema de su pulgar—; no importa lo que otros piensen, estoy seguro que nosotros somos más fuertes que los demás.

Sus palabras despertaron cierta incomodidad en mí.

—¿Qué es lo que otros piensan de nosotros? —Dije poniéndole cara de que entendía de que por “otros” se refería a Ariel.

—No tiene importancia.

—No debe hacerle ninguna gracias que salgamos después de lo mío con... — su nombre flotó dentro de mi cabeza pero me abstuve de pronunciarlo, para

qué, no hacía falta, los dos comprendíamos a la perfección a quien me refería —; es como su hijo y yo ahora estoy... —Lucas me frenó alzando una mano.

—¿Te olvidas que lo de Vicente contigo no fue más que una farsa? ¡Esto es completamente distinto! No tiene nada que ver con aquello; no tengo ningún interés por tu alma, es decir, ningún interés comercial, no me interesa comprarla o apoderarme de ella para beneficio propio, y mucho menos me importa si tienes algún poder o ninguno, eso es completamente irrelevante. Yo te amo, eso es lo único que cuenta para mí. Lo nuestro nada tiene que ver con que yo sea un demonio y tú una humana. Ciertamente nuestra relación no se define por eso.

Lucas estaba excusándose demasiado, hablaba a chorros y eso no era buen síntoma.

—Así es que Ariel puso objeciones —dije dando un diagnóstico que lamentablemente me parecía demasiado acertado. En parte me daba la impresión de que yo no tenía derecho a sentirme enojada u ofendida por lo que Ariel pudiese pensar de mí, después de todo, si hasta a mí misma me daba la un “no sé qué” haberme dejado llevar tan a la ligera por esto que nos unía a Lucas y a mí, fuese lo que fuese.

—No precisamente —sus manos rodaron la circunferencia del volante con una rigidez artrítica—. No tiene derecho a decirme con quién debo salir y con quién no, mientras haga mi trabajo y cumpla con las reglas, ese no es asunto suyo.

Me estiré, bajé la música y me coloqué de frente a su perfil.

—No te habrás metido en problemas por mí otra vez.

Lucas no me contestó inmediatamente, primero me miró en silencio, luego regresó su atención al camino y por último, separó los labios.

—No prestó su casa ¿no es así?

—¿Es así? —consulté, meterme de polizón en la casa de un demonio no me parecía muy buena idea, menos si este demonio no era uno cualquiera, sino alguien con cierta categoría, alguien a los que los de sus propia especie debía rendirle respeto y honores, y por sobre todo, si al demonio en cuestión no le parecía correcto que yo formase parte de la ecuación otra vez.

—Por supuesto que sí. Ariel tuvo el descaro de decirme que no sabré como manejar la situación —soltó en un arrebato de rabia que impregnó el aire de un desagradable olor a mar sulfuroso, que por suerte, gracias a la correntada que circulaba por las cuatro ventanillas abiertas, se ventiló rápidamente.

Otra vez me dio la impresión de que abreviaba la historia para minimizar el

asunto. Me contuve, para no amargarlo y no amargarme yo, de decirle que quizá Ariel tuviese razón, si con Vicente todo había sido tan difícil y él era mucho más experimentado, pero bueno, no sé hasta que punto Vicente simplemente fingía, quizá hubiese mentido en absolutamente todo, incluso en aquello de que temía no poder controlarse en la intimidad a mi lado, es posible que simplemente yo no despertara en él, más que una profunda repulsión, el fruto no cae nunca demasiado lejos del árbol, de modo que es absolutamente plausible que Vicente heredara de su padre adoptivo, el desagrado y desprecio por los seres humanos. Con solo pensar en esto caí en un arrebatado de vergüenza y dolor; que torpe había demostrado ser.

—Las cosas son diferentes entre tú y yo —sentenció, y sonó a que trataba de convencerse a sí mismo.

—Me alegra que lo creas así.

Casi poniéndose de pie sobre el freno, Lucas paró la camioneta en medio de la ruta. El corazón se me subió a la garganta y no se me escapó por la boca porque el cinturón de seguridad le cortó el paso de un tirón seco. Por el espejo retrovisor comprobé en un fugaz atisbo, que detrás de nosotros no venía ningún vehículo, sino, nos habrían llevado por delante más que seguro, aquella frenada seca dejó marcas negras sobre el asfalto y una nube blanca que el calor que irradiaba el reflejo del sol sobre la ruta, hizo subir a la atmósfera en un parpadeo.

—¿Estás dudando de mis intenciones?

El “no”, con el que le contesté salió de mis labios dudoso, no porque creyese que él esperara sacar algún provecho de mi alma, o de los ridículos poderes que yo pudiese obtener si algún día me convertía en lo que él, sino más bien porque lo que estaba desarrollándose entre nosotros era demasiado confuso y complicado para mí.

—¿Quieres que dé media vuelta?, todavía estás a tiempo de echarte atrás.

Metafóricamente hablando, me estaba reclamando una decisión que nada tenía que ver con dar la vuelta en U y regresar a la ciudad.

—No tengo intenciones de retractarme en nada de lo que he dicho u hecho, es que todo esto es difícil para mí. No deseo arruinar ninguna otra vida.

—¿Qué es lo que te preocupa, lastimarme?

Asentí con la cabeza.

—Sé que no me amas, no necesito que me lo digas; también sé muy bien que sientes un cariño muy fuerte por mí, también soy consciente de que no te molesta la proximidad de mi cuerpo, me lo mostraste anoche... —puso el

motor en marcha otra vez, colocó primera—, no estoy viviendo una ilusión. Tal vez yo sí —pensé—, y él también si esperaba que un día lo amara.

—Me amarás un día, lo sé —dijo en voz muy baja.

El alma se me escurrió hasta la planta de los pies. Allí estaba, la ilusión perfecta.

—No lo crees posible, pero yo sé que sucederá.

—No quiero que termines odiándome—. Ya me odiaba yo a mí misma.

—Deja de torturarte, odio ver como te debates por dentro cuando dudas en hacer una cosa o no, se te nota en el rostro, sobre todo en los ojos. Lo nuestro no tiene porque ser así. A mí no me importa amarte más de lo que tú me quieres a mí, siempre y cuando no te sientas forzada a estar a mi lado.

—No me siento forzada a estar a tu lado.

—Es suficiente para mí.

—No debería, podrías tener a alguien que te ame plenamente.

—¿Tú crees? Te olvidas de lo que soy.

—He sido testigo de suficientes pruebas de que los demonios son capaces de amar, de sentir cariño, de formar familias y convivir.

—Mi amor basta y sobra para los dos —insistió haciendo oídos sordos a lo dicho por mí.

No es que tuviese la intención de apartarlo de mi lado, pero la preponderante parte egoísta de mi ser deseaba dejarle claro que si aceptaba seguir adelante con esta ilusión debía ser consciente del riesgo y admitirlo como parte del contrato. Esa horrorosa parte de mí, no deseaba que le reclamaran luego, si todo salía pésimamente mal; la otra parte de mí, la que todavía estaba medianamente cuerda se consumiría a sí misma, si todo salía mal, ese sería mi castigo, perderme a mí misma por completo.

—Todo irá bien —me aseguró.

Me pregunté cómo y por cuánto tiempo; cuánto tardaría esto en convertirse en una catástrofe de proporciones descomunales, quién de los dos desistiría primero: en el peor de los casos, ninguno de los dos, ¿hasta dónde llegaríamos juntos, tendría a su lado lo que Vicente no había sabido o no había querido darme?, ¿viviría eternamente amando a una persona que no podía tener? Apreté los dientes y pensé en si sería justo consentir que te amen sin ser capaz de retribuir el mismo sentimiento. No, desde luego que no, pero Lucas demostraba estar muy seguro de que para él era suficiente, supongo que porque tenía demasiadas esperanzas en que yo tarde o temprano pudiese amarlo.

Lucas aceleró un poco más y volvió a subir el volumen de la música.

La ruta estaba prácticamente vacía, nos habíamos cruzado con algún que otro vehículo en el peaje; el resto del tiempo había sido un camino solitario animado solamente por unas cuantas vacas pastado al costado del camino y cientos de miles de girasoles vueltos en dirección al sol y a nosotros, con sus caras amarillas y brillantes contrastando contra el verde eléctrico del paisaje. Lucas no conoce el significado de la palabra silencio, sino está hablando, o escuchando (cosa a lo que no es demasiado afín), se ocupa de llenar sus oídos con música, con los discordantes pitidos de alguno de sus juegos de gráficos de última generación o en su defecto con los diálogos de alguna película. De modo que para él no conversar, no tienen necesariamente porqué ser un indicador de quietud y tranquilidad, es por eso que una hora más tarde, la cabeza me retumbaba; me daba la impresión de que los pájaros salían espantados de los árboles que bordeaban la ruta, a nuestro paso, gracias al ensordecedor volumen de la música que no paraba de salir de los parlantes escondidos por doquier dentro de la camioneta.

El clima se puso todavía más insoportable, cuando la banda escogida por Lucas para hacer de banda de sonido de nuestra tercera hora de viaje, fue una de rock pesado. Creí que me estallarían los tímpanos.

Resoplé y me incliné hacia la ventanilla. Con un insipiente dolor de cabeza, clavé el codo sobre el costado de la puerta y mi sien derecha sobre la palma de la mano; inspirando hondo en un intento de disipar el dolor le di la cara al viento que entraba por la ventana, volví a inspirar hondo con los ojos cerrados... los abrí, al hacerlo me percaté, gracias a su reflejo en el espejo retrovisor de mi lado, que un automóvil se nos acercaba a toda velocidad. En un principio no registré ni la marca, ni el modelo, solo que era de color un color claro, metalizado, su brillo parecía el de un espejismo producido por los rayos del poderoso sol. El automóvil se hizo cada vez más grande en el espejo retrovisor. Sin mover la cabeza de aquella desganada posición presté atención en el velocímetro de la camioneta, el cual marcaba por encima de los ciento veinte kilómetros por hora por lo cual deduje que el automóvil debía correr a unos ciento sesenta kilómetros por hora. Demasiado, incluso para una ruta desierta, incluso para mí que últimamente me agradaba correr encima de mi camioneta.

Miré a Lucas, él no parecía haber notado al automóvil que ahora se nos acercaba claramente por la derecha. El ruido del motor del vehículo todavía no había llegado a mis oídos cuando noté el inconfundible símbolo en la parrilla delantera, era un Mercedes-Benz, de eso no había ninguna duda, como

tampoco la había, no al menos para mí, de que era un modelo similar al de Vicente.

Sin ser completamente consciente de mis propios movimientos, cambié de posición: bajé el brazo y enderecé la espalda. El automóvil tenía los vidrios ligeramente tintados de negro; una sola persona ocupaba su interior, pero no logré identificar los rasgos de quien se encontraba al volante. Todo mi cuerpo se puso en alerta; mi estomago se retorció sobre si mismo y mi corazón empezó a latir descoordinado. La simple sospecha de que pudiese ser él me hizo perder la cabeza, ya no alcanzaba a pensar en nada más que en él, en su boca, en su piel, en sus brazos rodeándome.

Se me agitó la respiración, me palpitaban los oídos. De repente no oí más la atronadora música elegida por Lucas y ya no pude despegar los ojos del espejo retrovisor. No tenía idea de si era él o no, no era capaz de reconocer la patente del automóvil, y de ser él, tampoco existía ningún indicio que indicase que había vuelto por mí, bien podría estar aquí por motivos menos agradables, bien podría haber venido para causarnos muchos problemas y dolor.

Pero está aquí. Está aquí y volveré a verlo.

Me dieron ganas de lanzarme de la camioneta, de arrebatarle a Lucas el volante y pararme yo también sobre el freno tal cual lo había hecho él hacía un rato.

Mis dedos se clavaron en la butaca.

Mi amor resurgió arrasando con todo, con la impotencia de un lanza llamas, consumiendo todo, tanto los pensamientos más racionales, cuanto aquellas sensaciones que me habían llevado a arrojarme a los brazos de Lucas.

Mis piernas se tornaron gelatina.

Arrastrando conmigo el cinturón de seguridad, separé la espalda del respaldo, el automóvil plateado se encontraba a la cola de la camioneta. Frente a mis ojos, el conductor volanteó, su maniobra despegó un vehículo del otro; sin desacelerar, el Mercedes vino directo hacia mi lado. Me dio la impresión de que iba a vomitar mi corazón; cuantas ganas tenía de gritar su nombre.

Mis dos manos buscaron el borde inferior de la ventanilla, de éste me sostuve. Sin pestañar ni una sola vez, seguí el avance del auto hasta que llegó junto a mí. Se me cortó la respiración cuando no me topé con un cristal alzado para conservar el fresco del aire acondicionado, sino con un rostro perfecto, algo enrojecido en las mejillas y la nariz debido al calor y el sol. Perfecto, así era él, indiscutiblemente perfecto para mí. El viento revolvía su cabello, el cual era exactamente del mismo modo en que yo lo recordaba, sus ojos grises

tampoco habían cambiado en lo más mínimo, tuve certeza de ello cuando giró levemente la cabeza y me miró. Si las miradas tuviesen el poder de matar, aquella me habría fulminado igual que un síncope fugaz y ningún médico patólogo hubiese podido dictaminar la verdadera razón de mi fallecimiento.

Muerte por amor, por rencor, por abandono y engaño, muerte por una mirada que lo decía todo, que me culpaba de todo.

Creo que le mis uñas arrancaron la capa de pintura color ópalo que cubría la negra original. Quise pronunciar su nombre y las letras no llegaron a brotar de mi garganta; él no hizo el amague de decirme nada, igual no hubiese podido oírlo, la música preferida de Lucas volvía a coparlo todo otra vez, entremezclada con el sonido de ambos motores, igual, aquella mirada decía mucho más de lo que cualquier palabra pudiese expresar: Vicente me odiaba porque yo lo engañaba, y con su mejor amigo para colmo.

Vicente frenó deliberadamente y la mano que yo pensaba extender hacia él para pedirle que me perdonara, se cerro en el aire, atrapando las últimas moléculas de odio que quedaron flotando entre los dos vehículos.

Por el espejo retrovisor vi el Mercedes-Benz plantarse en mitad de la nada, al costado de la ruta.

—¡Frena! Frena, frena, frena —chillé como una desquiciada al tiempo que luchaba con el cinturón de seguridad para librarme de su sujeción, en cuanto nos detuviésemos, saltaría de la camioneta y correría hasta el auto de Vicente, cuya imagen se achicaba cada vez más en el espejo retrovisor. Me dio la sensación de que no me importaría tirarme de la camioneta aunque está estuviese en movimiento, solo que si lo hacía, lo más probable es que luego no pudiese correr hasta Vicente—. ¡Frena ya! —le grité a Lucas a la cara desviando por el menor tiempo posible, mis ojos del parabrisas delantero del Mercedes, detrás del cual todavía distinguía la sombra de Vicente.

—La estación de servicio está a doscientos metros nada más. ¿No puedes esperar? —me preguntó con una cara de desconcierto que no supe de qué modo interpretar, además, para qué demonios necesitábamos una estación de servicio, acaso creía que era buena idea tener testigos humanos, o es que pensaba que frente a media docena de personas Vicente no se atrevería a arrancarnos la cabeza a ambos por lo que le estábamos haciendo; lo más probable es que el detalle de tener audiencia humana no contara en lo más mínimo para él. Es más, quizá tuviese ganas de montar un lindo espectáculo de fuego y explosiones, de seguro eso aplacaría un poco su ira.

El condenado cinturón de seguridad por fin se soltó.

—¡Frena! —repetí. Era la única palabra de mi vocabulario que había sobrevivido a la mirada de Vicente, la cual obviamente no me mató pero si pulverizó varias de mis neuronas.

—¿Vomitarás? Estás pálida y ojerosa. ¿Te bajó la presión?

—Detén la maldita camioneta.

Lucas me obedeció al instante en cuanto amenacé, llevando las manos a la manija, con tirarme del vehículo en marcha.

Los cambios bajaron uno tras otro. Esta vez el freno fue accionado con suavidad.

Lucas se desarmó de su cinturón de seguridad con un movimiento limpio y rápido, a mí en cambio me costó bastante más poder abrir la puerta y saltar al asfalto ardiente.

—¡¿Eliza?!

Su grito quedó a mis espaldas. Toqué tierra firme y me di media vuelta; no atiné a cerrar la puerta, la puerta no tenía ni la menor importancia.

Corría, cuando mis ojos siguieron el camino negro que no me llevaría a ninguna parte. El corazón se me estrujó al darme cuenta de que el Mercedes-Benz plateado ya no se hallaba detenido en la banquina, de hecho no estaba por ninguna parte.

—¿Eliza, qué te sucede, estás bien?

Lucas me puso las manos en los hombros pero yo me deshice del él al instante.

—¿Dónde está? —lo increpé como si fuese su culpa que el auto ya no estuviese allí.

—¿Dónde está quién?

—Estaba allí —con una mano temblorosa indiqué un punto incierto en la ruta.

Lucas me rodeó y miró hacia donde yo indicaba. De repente sus manos tomaron la mía.

—Tiemblas —me obligó a bajar el brazo—. ¿Qué te sucede?

—No puede haberse evaporado —jadeé con una presión insoportable sobre el pecho, que apenas si me permitía respirar—. Volvió, nos vio, sabe que estamos juntos.

—¿De qué estás hablando? —mientras una de sus manos me tenía sujeta por la muñeca, la otra trepó hasta mi hombro y allí se clavó, supongo que Lucas tenía miedo de que yo me desmayara. Mi único temor es que Vicente, sin darme tiempo a darle una explicación, saliera de la nada y nos arrancase la cabeza a ambos, bien, mejor dicho, tenía miedo de que acabara a Lucas frente a mis ojos con su fuego purificador, y después del terrible espectáculo, el cual

posiblemente terminase con lo poco humano que restaba de mí, pusiese fin a mi vida del modo más cruel.

—¡Vicente! Venía siguiéndonos.

Entre mis palabras y su reacción no medió absolutamente nada. Lucas me soltó y se apartó de mí igual que si yo hubiese amenazado con usar poderes similares a los de Vicente, en su contra.

—Nos estaba siguiendo. ¡¿Acaso no viste su auto?! —No era mi intención, pero rompí a llorar—. Se colocó a la par de mi ventanilla y simplemente me miró; su mirada lo decía todo, lo ofendí, está dolido por lo que le hice, sabe que lo engaño. Me odia —las rodillas se me afloraron—. Me odia—. El dolor resultante al estrellarse mis rótulas contra el camino, no significó nada, no importó nada.

Lucas se clavó de rodillas frente a mí.

—Nadie nos seguía; la ruta ha estado vacía los últimos cuarenta minutos.

Alcé la vista, un automóvil venía en dirección a nosotros, no era el Mercedes-Benz plateado, sino un auto familiar rojo, con un par de bicicletas montadas sobre el techo y sujetas al portaequipajes con sogas de colores, como de esas que se usan para escalar. En ese instante fui conciente de que la camioneta había quedado semi abandonada en medio del camino. Lucas había cerrado su puerta, pero no la mía, por lo que una alarma en forma de pitido que parpadeaba, igual que la guiñada de las balizas amarillas de las luces traseras, advertían mi descuido.

Los del automóvil nos tocaron bocina dos veces, y luego de bajar la velocidad, nos dejaron atrás a nosotros y a la camioneta.

—Eliza, Vicente no está aquí, el siquiera está en el país—. Me tomó por los hombros otra vez—. Solamente estamos tú y yo—. Me sacudió ligeramente y yo flameé cual bandera, no tenía fuerzas para resistir a la suya, de no tener sus brazos sujetándome, seguro me habría desmoronado sobre el asfalto igual que un castillo de arena—. No nos sigue, es más, apuesto cualquier cosa a que él siquiera ha vuelto a pensar en nosotros desde que se fue, no le importa en lo más mínimo lo que hagamos o lo que suceda. Ya no forma parte de nuestras vidas ni nosotros de la de él.

—Pero lo vi.

—Creo que será mejor que te lleve de vuelta a casa—. Me obligó a ponerme de pie.

—No lo entiendes, lo vi.

—Desvarías, eso es lo que sucede, y es mi culpa, te presioné demasiado.

—No —de un sacudón me solté de sus manos—. No me lo imaginé, lo vi, igual que te veo aquí ahora.

—Eso es imposible; lo que si es posible, o más bien probable, es que yo acabe con él cuando vuelva a cruzármelo. ¡Mira lo que te he hecho! —Su grito rasgó la tierra—. Te condenó a sufrir incluso sin estar presente para ejecutar la condena. De nada sirvió que se largara al otro lado del mundo, continúa haciendo tanto daño como cuando estaba aquí, o quizá esto sea peor aún. ¡¿Cómo no lo entiendes, cómo no lo ves?! ¡Ve en lo que te convirtió! Y yo no soy capaz de hacer nada para solucionarlo, para arreglarlo. No ser capaz de ayudarte me tortura; sí es que no puedo pensar en nada más que en buscar un modo para lograr que al final te olvides de él. Dime tú que tengo que hacer. ¿Qué hago Eliza, dime que puedo hacer por ti?

—Hazme más fuerte. Haz que nada importe.

—¿Cómo esperas que haga eso? —Me espetó con el entrecejo fruncido—. Además crees que sería feliz al convertirte en una insensible.

- No me refería a eso. Tú sabes a qué me refiero, hazlo- le rogué.

Por la grotesca mueca que afloró de repente en su rostro, quedó claro que empezaba a comprender lo que yo quería.

—No.

—Por favor.

—Nunca. No lo hice por él ni tampoco lo haría para mí, ninguno de nosotros te merece a ese extremo.

—Entonces hazlo por mí.

—Esa no es la solución a nada. Nadie en su sano juicio tomaría en consideración lo que tú pides estando en este estado, no tienes ni idea de lo que quieres y yo no voy a darte un placebo para el dolor, que a la larga o a la corta, será peor que la enfermedad. Tienes que salir de esto sola, por tus propios medios, yo estaré a tu lado apoyadote, pero no pienso permitir que empeores tu condición con algo que... Cambiar no me parece la mejor opción, nunca es la mejor opción.

—Es mi única opción para dejar de sufrir.

—Eso no es así, yo soy una opción y sin embargo tú no terminas de aceptar tomarla. Dame una oportunidad, pero dámela de verdad, no de la boca para afuera, no te engañes, sé sincera contigo misma y conmigo, de otro modo, no servirá de nada. No deseo que sigas viva por mí, ni tampoco que te conviertas en un demonio por mí, quiero que lo que hagas, sea lo que sea, lo hagas por ti. Me haría inmensamente feliz verte vivir otra vez y no me refiero solamente a

que tu corazón y el resto de tu organismo funcione, no me interesa convivir con una planta, lo que yo quiero es ver otra vez a la Eliza que conocí, a aquella que una noche hace un año llamó a la puerta que yo atendí, aquella que estaba nerviosa y avergonzada, aquella que podía sentir.

De repente me sentí ingravidez, flotando en el aire y no fue precisamente una sensación agradable.

—Tú escoges, si prefieres seguir penando por él, allá tú; no me quedaré a tu lado viéndote sufrir, no me interesa ser parte de esa patética procesión de dolor, Vicente no se lo merece por lo que yo no pretendo perder mi tiempo por él. Por otro lado, si estás decidida a volver a vivir, si realmente quieres volver a ser la persona que eres, si deseas volver a intentar ser feliz, pues entonces aquí me tienes—. Sus brazos, con las palmas hacia el frente, se alzaron hasta la altura de su corazón, como dispuesto a recibirme.

No lo pensé, me arrojé a sus brazos, le rodeé el cuello con los míos y me aferré a él llorando todavía más. Tendría que dejarlo ir, tendría que dejar de pretender ilusiones perfectas que jamás se concretarían, ya no tenía sentido continuar sosteniendo la esperanza de que volviera a mí, no después de esto, no después de lo de recién. Delirar con su presencia no era un buen indicio. No quería enloquecer, perder la noción de la realidad ya no me parecía una buena opción, una mucho mejor, se encontraba entre mis brazos. Es horrible tener que dejar ir lo mejor que te ha pasado en la vida, pero peor todavía es aferrarte al pasado despreciando el presente y el futuro que se te ofrece.

—Me tendrás por siempre.

Por siempre —susurró una voz a mi oído la cual acallé de inmediato.

Disculpa —le dije a Vicente mentalmente; él no tenía los poderes de Lucas, pero quizá igualmente pudiese oírme—. Lo siento, pero tendré que dejarte ir.

Algo se desprendió de mi corazón y no solo metafóricamente hablando, pude sentir el dolor provocado por la rotura, un trozo de mí que quedaría allí mismo, en medio de la ruta. Ese algo era mi amor por él.

Se me fue un peso de encima y al mismo tiempo me sentí agónicamente vacía.

Esto era, así terminaba todo.

4. Paranoica.

Lucas pisó el freno. La camioneta se detuvo en la esquina de una pintoresca calle de frondosos árboles y mansiones de playa.

—La casa es aquí a la vuelta —me indicó Lucas con el dedo índice apuntando

hacia la derecha, el resto de su mano todavía sujetaba el volante—. Todavía estamos a tiempo de ir a un hotel.

—No hace falta, a menos que tú quieras.

—No, por mí la casa está bien; mientras tú te sientas cómoda. Si no te gusta damos media vuelta y buscamos un hotel.

—No te preocupes tanto, voy a estar bien—. Tenía la intención de esforzarme lo más posible para que así fuera; seguir fastidiando mi vida con experiencias similares a la que acababa de pasar un par de horas atrás en medio de la ruta terminarían por hacerme pasar los límites fronterizos de la razón y esa no era la idea, ya no tenía sentido alguno seguir pensando por él—. Además, esto realmente me agrada, el lugar es muy bonito. Ya tengo ganas de quitarme esta ropa, ponerme el traje de baño y tirarme al sol hasta achicharrarme.

Lucas me miró y se sonrió.

—Así es como me gusta verte: feliz —puso primera y dobló en la esquina. No debemos haber avanzado más de veinte metros cuando volvió a detenerse frente a un portón de madera. El portón era la una vía de acceso hacia el otro lado de un paredón de apariencia interminable.

Lo poco que se dejaba ver de la casa, por encima del paredón de tres metros era una belleza, pequeñas ventanitas con persianas de madera, canteros rebosantes de plantas en flor.

Por la ventanilla baja, extendiendo el brazo, tipeó una clave de seis dígitos en el panel de seguridad sobre un teclado sin identificación alguna; el extremo izquierdo del control de seguridad, se puso en verde, acto seguido, el portón comenzó a abrirse para enseñar un árbol de camelias a la sombra de la casa.

La camelia no era lo único que adornaba el cuidado jardín, estaba repleto de árboles, arbustos y otras plantas en flor.

—Espera a verla por dentro —entonó entusiasmado.

El portón se cerró solo en cuanto la camioneta atravesó la línea imaginaria que formaban la vegetación que tapiaba el muro del lado interno de la propiedad.

Lucas llevó el vehículo por un camino que terminó frente a una pérgola en la cual crecía una planta de carnosas flores color fucsia.

El motor de la camioneta se silenció y casi de inmediato, me pareció escuchar el lejano sonido de las olas rompiendo sobre la playa.

—Es hermoso.

—¿Fue buena idea venir aquí, no?

El que me gustara lo hacía feliz, se le notaba.

Asentí con la cabeza, este lugar era exactamente lo que necesitaba: un rincón

apartado y fuera de la mirada del resto del mundo. Un lugar cálido, acogedor y sencillo, casi salvaje, como si todo aquí quedase libre de la mano del hombre. Esa sensación me daba el jardín, todo aquí creía de manera desproporcionada, sin demasiado concierto, dentro de una cúpula verde que formaban los altísimos árboles que rodeaban la propiedad hasta dónde se alcanzaba a ver. Incluso la casa en sí tenía ese aspecto de sencillez hogareña: sus paredes eran rústicas, rugosas y nada allí parecía pretender demasiado.

Abrí la puerta de la camioneta y bajé. A mi derecha estaba una puerta pintada de azul. Lucas llegó hasta mí y me tomó de la mano.

—¿No te da la sensación de que podrías quedarte aquí toda la vida? — Caminó hasta el masetero más cercano y de dentro extrajo un manojito de llaves que utilizó para abrir la puerta.

Adentro estaba muy oscuro. En cuanto la puerta se abrió, empezó a sonar un pitido que daba la impresión de contar los segundos. Perfectamente consciente de dónde se encontraba, Lucas dio media vuelta, al lado de la puerta, empotrado, se hallaba un panel similar al del portón de entrada, que recibió de sus dedos, un nuevo código. El pitido cesó.

—Abramos unas ventanas. Aquí está muy oscuro.

En cuanto Lucas se apartó de mi lado lo perdí de vista, pero volví a verlo cuando luego de abrir una primera ventana, empujó las celosías de madera hacia fuera. Por el rectángulo de luz de sol, apareció un retazo de jardín; por la segunda venta un parque de amplias proporciones, con una piscina al fondo. Ahora con todas las ventanas abiertas de par en par pude apreciar el interior de la casa en todo su esplendor. No era demasiado grande, la planta baja estaba conformada por dos ambientes conectados entre sí por una arcada, living y comedor compartían espacio de frente al parque que daba a la pileta, del otro lado se hallaba una cocina bien equipada pero pequeña, y la escalera de madrera que daba al segundo piso.

Sin duda el interior de la vivienda se complementaba a la perfección con el exterior, continuando esa sensación de sencillez y calidez que yo había percibido en una primera instancia.

—Arriba están las habitaciones, ¿quieres que te las enseñe ahora o primero bajamos las cosas de la camioneta? Te gusta, ¿no? —me preguntó metiéndose las manos en los bolsillos en una actitud muy tímida y muy suya también.

—De no ser porque mi madre pondría el grito en el cielo, creo que fácilmente podría quedarme aquí toda la temporada.

Lucas rió.

—Sí, claro. Mejor bajemos las cosas primero.

Con el aire cálido circulando por el interior de la fresca casa, salimos en busca de nuestras cosas. El contraste del fresco de la casa con el vivo rayo de sol que impactó contra mi piel en cuanto puse en pie fuera, hizo que se me pusiese la piel de gallina. El sol además, imprimió un fogonazo sobre mis retinas, allí donde había luz, todo se puso de un blanco enceguecedor; acto seguido las se tornaron oscuras, cobrando la densidad del humo que brotaría de un incendio en una fabrica de productos plásticos o algo así. Me detuve en seco, ya que si bien veía, no me era posible distinguir distancias o densidades. Una nube de aire frío me rodeó; sentí un cosquilleo sobre el hombro derecho, cuando volví el rostro hacia ese lado, percibí una sombra oscura sobre mí, una sombra que no tenía su fuente en ningún árbol o ninguna planta, y tampoco en la casa o alguna estructura que dependiera de ella. La sombra flotaba junto a mí y sobre mí.

Los segundos no pasaron. Perdí consciencia de Lucas y de la camioneta estacionada a pocos pasos de mí.

La presencia no me causaba miedo, sino aprensión, reconocer y admitir la existencia y posterior comparecencia de este tipo de manifestaciones ya era parte de mi vida, pero no terminaba de acostúbrame. Puede que otro humano, en mi lugar, hubiese salido despavorido pero ya sabía que no deliraba ni nada por el estilo, estas cosas eran tan reales para mí, como lo más cotidiano que cualquiera pueda nombrar, lo que no parecía tener una explicación coherente, era el hecho de que esto estuviera aquí otra vez. Se suponía que ya no había demonios tras de mí, que Vicente los había apartado definitivamente al momento de liberar mi alma, y posteriormente con su abandono.

¿Entonces por qué estás aquí? —le pregunté mentalmente a la sombra—.

¿Quién eres...qué quieres? ¿Qué esperas conseguir?

Las sombras no tienen garganta, ni cuerdas vocales, ni labios para terminar de articular las palabras. No obtuve respuesta.

¿No vas a dejarme nunca?

La sombra se mantuvo en silencio.

Quiero que te vayas, que me dejes en paz—. Le pedí, más bien le ordené—. Fuiste tú quien me dejó—. Le recordé; de repente esa sombra ya no era una sombra, sino una extensión de Vicente. Su presencia a mi lado resultaba sobrecogedoramente real—. Lárgate, tú no tienes lugar aquí. No te queremos cerca de nosotros, nos lastimaste demasiado.

Podría haber apretado los labios con una mezcla de furia y dolor de haber

pronunciado esas palabras en voz alta, pero como no salieron de mi mente, la única constatación de agonía y la pena que me causaba unirlas en una oración dedicada a él, fue la presión que amenazaba con hacer estallar mi cráneo.

La piel de mi entrecejo se frunció, el dolor de cabeza se intensificó. Mis ojos se cerraron a causa del dolor que el sol acentuaba.

Ni bien terminé de pronunciar aquellas palabras, el aire cambió, ya no era fresco y liviano con olor a sal, sino denso, pegajoso y apestado de un vaho malsano irrespirable.

Una mano de fuego atravesó mi lado izquierdo a la altura de mi corazón, una mano que derretiría y destruiría hasta los corazones más duros si se lo propusiese.

Experimenté su enfado en carne propia, la rabia era tanta que terminó apoderándose de mí, y no venía sola, estaba cargada con toneladas de abrumador sufrimiento, un suplicio solamente semejante al calvario de un dios que ve a sus hijos perderse en la tentación, al sufrimiento de cientos de alma sumergidas en un río de fuego en eterno penar, la inmensidad del dolor y la pena de toda criatura viviente desde la creación de este incomprensible mundo.

Pensé que lo odiaría por soltarme esta bomba experimental a modo de contraataque, pero no pude más que sentir empatía por lo que su mente y su corazón albergaban, quién podría vivir así ciento cincuenta años y no acabar perdiendo la cordura. Quizá yo no era la excepción, no podría, era demasiado débil.

La sombra retiró su mano de mí sin embargo no se alejó; se quedó un momento más, flotando a mi lado, tal vez para que comprendiera la advertencia que intentaba comunicarme: nunca me dejaría en paz. Jamás, no hasta que mi alma abandonase el Purgatorio, no hasta que al alcance de una mano demoníaca, se encontrara mi piel.

La fresca sombra de los pinos y los cipreses, absorbió la oscuridad mefítica igual que la boca de un monstruo, no maligno, sino solo digno de un cuento de hadas, la bestia que ayuda a la bella a no caer en manos del maligno, para no acabar así, con la historia antes de tiempo. Algo o alguien no deseaba acortar la trama, estirando mi vida en capítulos a los que yo no conseguía adjudicarles sentido aún; no es que esos capítulos fuesen terroríficos, ni carentes de alegría alguna, es que simplemente tampoco creía que fuesen a conducirme al típico y dulce “vivieron felices y comieron perdices”. No si no lograba apartar de mí a cierta fuerza o persona que por lo visto, no deseaba abandonarme del todo.

Volví en mí, el tiempo no había pasado para Lucas, su camino hasta la puerta del conductor siguió desde el punto en que estaba cuando yo cerré los ojos.

—¿Qué te parece si damos un paseo por la playa antes de cenar? Todavía queda un rato de sol; ¿o estás cansada? —Sacó un par de bolsas del interior del vehículo. Evidentemente luego accionó el sistema que controlaba el baúl de la camioneta, porque éste se destrabó. Lucas llegó allí antes que yo. En un movimiento claro y preciso, sacó mi bolso y me lo tendió, después recogió el suyo.

—Arriba hay tres habitaciones, ambas tienen baño privado—. El cambio de tema fue rotundo. Lucas se quedó contemplándome como esperando una respuesta pero yo siquiera había identificado la pregunta—. Puedes escoger la que más te agrada. Como yo no necesito una cama- añadió.

Solo por desafiar a la sombra iba a decirle que no necesitaba privacidad, pero no pude, por lo que Lucas evitando mostrarse insistente con el asunto, dejó correr la idea de que nos instalásemos los dos juntos en un solo cuarto. No creo que haya perdido las esperanzas, simplemente debía pensar que era cuestión de tiempo para que todo fluyese como la seda, entre nosotros dos.

Quise volver a intentar pedirle que se quedara conmigo en mi habitación, para pasar la noche, cuando íbamos subiendo las escaleras pero otra vez me fue imposible. Me dio la impresión de que me boicoteaban, o quizá me estuviese boicoteando a mí misma, no lo sé, me resultaba difícil diferenciar qué de mis pensamientos y reacciones se originaban en mí y qué en parte de lo que Vicente dejara dentro de mí ser. Aborrecía el hecho de haberme mezclado tanto con su persona, porque ahora, pese a su partida física, continuaba dentro de mí.

—Bien, aquí estamos —anunció cuando llegamos al corredor en el que moría la escalera.

Alrededor nuestro había cuatro puertas, una daba a la parte posterior de la casa, con vista al parque, la otra al lado sobre el que entráramos con la camioneta y las otras dos daban al paredón frontal, con vista a la calle.

—Si no me equivoco —comenzó para retomar el hilo de lo que venía diciendo—, está de aquí —puso la mano sobre la manija de la puerta que debía dar al parque—, esta es la habitación más importante de la casa. Asumo que te gustará.

En cuanto presionó la manija, la puerta se abrió.

Estaba en lo cierto. La habitación era enorme, y por eso, la cama de proporciones olímpicas se ajustaba a la perfección entre dos mesas de luz de

estilo provenzal. Tampoco quitaban demasiado espacio los dos sillones muy parecidos al menos en forma, a la vieja poltrona de mi abuela y la mesita de bronce con tapa de mármol.

En la habitación no había mucho más que ver, aparte de esos muebles y algunos cuantos objetos de utilidad puramente decorativa. Para hacer honor a la verdad, este lugar no necesitaba hacer ningún esfuerzo para resultar confortable y acogedor.

El perfume a vainilla en el que estaba impregnado el aire, completaba la idea. Faltaba que la dulce abuelita me llamara desde abajo.

A mi izquierda había una puerta también de limpia madera.

Lucas se me adelantó, por lo visto él ya conocía el lugar y no precisaba hacer reconocimiento de los espacios o el mobiliario. Moviéndose con seguridad, entró delante de mí, descorrió las vaporosas cortinas blancas abrió las dos ventanas, que sí, daban al parque.

—Este de aquí es el baño—. Encendió un juego de luces cuando llegué hasta él—. Aquí tienes el vestidor —apuntó hacia mi izquierda.

El lugar no era más ancho que un pasillo, pero tenía lugar a ambos lados, suficiente para albergar el doble de prendas que y hubiese logrado juntar en el momento de mi vida más inspirado y fashion. Un lujo innecesario en este momento de mi vida.

—Tienes ducha e hidromasaje con vista al verde del parque.

¡Y qué vista!

No expresé el comentario en voz alta, ni que falta que hacía, mis ojos se abrieron como platos. Aparte de la pequeña porción de pared sobre la que estaba empotrado el lavatorio sobre el cual colgaba un hermoso espejo con marco de cobre repujado, todo el resto de la pared que daba al fondo de la casa era de límpido cristal de un solo paño. Me iba a dar algo de pudor bañarme aquí —pensé removiéndome sobre mi sitio sobre la piedra laja verde del suelo—; más allá de eso, el baño era soñado, como siempre, tan bien decorado, prolijo y limpio como todas las casas de demonios en las que yo hubiese estado antes.

Toda la comunidad debía hacer uso de los mejores arquitectos y decoradores disponibles, además de presupuestos ilimitados por supuesto; y por cierto, también debían tener a su servicio batallones de empleados de limpieza y mantenimiento, y supongo que también jardineros, puede que aquí las plantas diesen la impresión de crecer libremente, pero seguro que más de un par de manos se ocupaban de mantener cada detalle de este pretendido jardín perdido de ensueños.

Ni la más concienzuda y psicótica inspección hubiese detectado rastro de la más mínima mota de polvo aquí, tampoco olía a encerrado o a humedad, por lo que me figuré que alguien debía mantener la casa limpia y ventilada incluso cuando su dueño no la ocupaba.

Sin querer ambos permitimos que la conversación decayera y cuando la proximidad obligada por los límites de espacio físico del baño se tornó algo incómoda, salimos en silencio, en un acuerdo tácito que nos favorecía a los dos, por partes iguales. Ninguno de los dos tenía la intención de forzar nada,

no estábamos dispuestos a perder, y apresurar cualquier gesto, podía ser desastroso.

En fin, las palabras no estaban a la orden del día, sobre todo de parte mía, las alucinaciones y las sombras pueden ser perjudiciales para la salud, tener a Vicente acechándome a cada momento y pensamiento, igual que un fantasma que se niega a abandonar el mundo de los vivos, sobre todo, ahora que intentaba comenzar algo que podía llegar a transformarse en mi futuro, me agobiaba.

Es impresionante lo difícil que resultaba librarme de él; y su presencia, por desgracia, lo distorsionaba todo de modo que no había forma en que pudiese intentar hacer funcionar una relación de tres.

—Ocuparé la habitación de enfrente. Bueno, te dejo para que te pongas cómoda. Cualquier cosa que necesites sólo llámame.

Lucas se apartó de mí, antes de cruzar el umbral, se inclinó y recogió su bolso.

—¿Todo en orden no? —consultó un tanto temeroso.

Le contesté que sí con la cabeza, para que ahondar en lo que por el momento, no se podía solucionar.

Lucas salió cerrando la puerta a su espalda.

—Bien, esto es —me dije a mi misma inspirando hondo—. Será como un viaje a una clínica de desintoxicación.

En este mismo momento. No vi la sombra, sin embargo lo sentí allí conmigo, dentro del cuarto, flotando a mi alrededor.

—Déjame en paz quieres, intento rehacer mi vida—. Gruñí en voz alta.

Di media vuelta y dándole la espalda a su presencia, fui por mi bolso.

—Vamos a ver quién gana la pulseada—. Arrojé el bolso sobre la cama, abrí los cierres y hundí mi brazo derecho entre las ropas buscando una prenda en particular, bueno, en realidad eran dos partes de una misma cosa. Victoriosa, alcé mi mano con la bikini firmemente asida entre los dedos—. Mira y aprende —le dije en claro tono de desafío.

No me llevó ni tres minutos cambiarme y cuanto estuve lista, me planté frente a la puerta abierta del cuarto de Lucas.

—¡Qué velocidad! —exclamó en cuanto me vio allí parada, en hojotas, short y remera. Frunció la frente.

—Asumo que estás lista para ir a la playa.

—¡Exacto! —Mi exclamación salió un tanto aguda y desafinada, es que me sentía nerviosa, la sombra si bien se mantenía pasiva, no se alejaba de mí—. ¿Vas a ir así o tienes que cambiarte? Atardece y me muero por dar un paseo

descalza por la arena y tomar un primer trago de sol.

Lucas soltó una carcajada.

—Dame tres segundos.

—Perfecto, te espero abajo.

Bajé y esperé, no fueron tres segundos, fueron poco más de cinco minutos pero al final Lucas llegó.

—Lo lamento, justo llamó Ariel, quería comprobar que todo estuviese en orden y que no nos faltara nada, ha dicho que tomemos lo que queramos de la despensa, que no hace falta que salgamos a hacer compras.

—Que amable —mi comentario sonó socarrón, es que yo sabía a la perfección que a Ariel no le simpatizaban los humanos y por eso me daba cierta incomodidad su detallista preocupación por mi alimentación.

—Bien, ahora que estamos listos.

Como nunca —pensé yo.

—¿Nos vamos? —Lucas me tendió su brazo.

—En este instante.

Los shorts de Lucas empezaron a sonar.

—Tu teléfono —le avisé, pero realmente había necesidad, el aparatito causaba un escando descomunal audible a kilómetros de distancia.

—Ya lo sé —resopló—. Es Ariel otra vez—. No es que fuese adivino, Ariel tenía su propio tono de llamada en el celular de Lucas—. ¿Sí? —pausa—. No, está bien, no hay problema, podemos hablar ahora—. Lucas revoleó los ojos y me hizo señas de que esperara un poco, remoloneando en unos cuantos pasos, se metió en la cocina, por lo general, no hablaba con Ariel frente a mí.

Por otros cinco minutos, esperé apoyada contra la parte trasera del respaldo del sillón, cruzada de brazos esperé y esperé viendo a Lucas pasearse de un lado al otro de la cocina mientras el sol decaía en intensidad sobre el horizonte. ¿Acaso Ariel lo hacía a propósito? ¡Por supuesto, debía estar de lado de su hijo!

De un respingo me levanté del sillón y fui directo a la cocina. Lucas alzó la vista.

—¿Podemos seguir con esto luego?

Lucas había entendido a la perfección la mueca en mi rostro.

—Sí, hablamos en la noche—. Le dijo a modo de despedida—. Buen momento para ponerse conversador —comentó ladeando la cabeza—; disculpa eso, es que quería discutir unas cosas de trabajo conmigo. Nada urgente, pero bueno... ¿Nos vamos? Sé que ya es algo tarde; al menos podremos pasear un

rato. ¿Estás enojada conmigo?

—No, no contigo. Que sentido de la oportunidad tiene.

—Sí, ¿no? —Esta vez me tendió la mano en vez de su brazo.

Eso es para que tengas sombra —me jacté, en voz alta, dentro de mi cabeza al tomar a Lucas de la mano. Y para dejar en claro mi punto, en ningún momento la solté. Llegamos a la playa tras andar tan solo dos cuadras; bien habría valido la pena tener que caminar diez veces más para llegar aquí. La extensión de arena era casi completamente plana, tanto es así que daba la impresión de nunca acabar, y lo mejor de todo, es que estaba casi desierta; alguna sombrilla aquí, otra allí, la casilla del guardavidas a un par de metros a la derecha y no más alta que el cordón de medanos de arena inmovilizados por una alfombra de vegetación carnosa de color gris. Aquel lugar era un paraíso perdido para la privacidad, un rincón libre de demonios, con este enorme mar aquí cuantos de ellos se atreverían a acercarse aquí.

Otra vez, le agradecí a Lucas por haberme sacado de mi departamento.

Caminamos casi dos horas; la sombra no se cansó, en ningún momento la perdí de vista, de lo que sí estoy casi convencida, es que logré hacerla enojar y bien merecido se lo tenía.

Cuando regresamos a la casa estaba hecha polvo de tanto andar sobre la arena blanda, y algo calada de frío, pero inmensamente satisfecha de haber ganado la primera batalla.

—La cena está lista —gritó Lucas desde abajo.

El rico aroma de la comida ya había perfumado toda la casa, incluido mi cuarto. Las tripas me crujieron de hambre, lo cual era una buena señal. Me quité la toalla de la cabeza y me asomé al pasillo.

—Enseguida voy —le contesté yo con otro grito. Venir aquí había sido una muy buena idea, pese a todo, incluida la sensación de que Vicente no me quitaba el ojo de encima, o más que eso, que se estaba tomando más que unas cuantas molestias en el intento de echar a perder mis mini vacaciones y de asegurarse que lo mío con Lucas no avanzara hasta el punto que se suponía teníamos como meta, flotaba en el aire cierto clima festivo, como si algo completamente insustancial y etéreo nos hubiese infectado a ambos con el virus de la esperanza.

—No te tardes que la comida se enfría.

Me asomé por el hueco de la escalera para ver el rostro de Lucas, cuya sonrisa se amplió todavía más al verme.

—Te espero en la cocina —canturreó alegre con la cabeza completamente alzada a mí.

—Allí estaré; tengo tanto apetito que siento que podría comerme un elefante.

—Qué bueno —festejó—, porque creo que como siempre, preparé demasiada comida —añadió sonriente colgándose de la baranda al pie de la escalera—. Vamos, date prisa —dijo llamándome con una mano—, no quiero que la cena se eche a perder.

—Deja que le ponga un poco de concierto a esta mata rebelde —entoné apartando mi húmeda y enredada cabellera de delante de mi cara —y bajo.

—Por mí podrías bajar así como estás, tu cabello no tiene nada de malo.

—Debería darte vergüenza mentir así tan descaradamente.

—No es mentira, la única avergonzada aquí eres tú que no puedes aceptar un simple elogio.

Resoplé y revoleé los ojos; aquello a oídos de terceros podía resultar muy tonto, incluso demasiado meloso; para mí, recibir aquellas palabras de una persona que contaba del modo en que Lucas me importaba y del peso que tenía él en mi vida, obraba el mismo efecto contra el dolor, que el más poderoso bálsamo jamás inventado.

—Mejor desenredo esta maraña —exclamé apartándome de la escalera.

Lucas se rió mientras se alejaba.

Navegando entre ficticias mariposas de colores me topé con la puerta de la habitación entornada, yo no recordaba haberla cerrado; lo más probable es que en cualquier otra situación ese detalle no hubiese tenido la menor importancia, es más, podría haberla cerrado sin darme cuenta o bien la brisa que entraba por las ventanas abiertas podría haberla empujado contra el marco mientras hablaba con Lucas. Lo verdaderamente extraño de la circunstancia, no era la posición de la puerta en sí, sino algo más que flotaba en el aire.

Mis pasos acompañaron el movimiento de la puerta guiado por mis dedos que la empujaban. Sin esperar a que la puerta estuviese abierta de par en par, me asomé hacia el interior de la estancia, todo se encontraba tal cual lo había dejado, la ropa sucia sobre la cama, las toalla húmeda tendida sobre el respaldo de la silla, las luces de ambos veladores encendidas, las cortinas flotando con la brisa salada del mar.

Con paso cauto me interné hacia el corazón del espacio vacío, ubicado entre los pies de la cama, los sillones y la puerta que daba al baño y el vestidor; eché un vistazo en dirección a la oscuridad del corredor que daba al anexo de la habitación, no parecía haber nada fuera de lo normal allí, es más, olfateé el

aire sin percibir nada que pudiese ser adjudicado a una fuerza superior maligna ni nada por el estilo.

—¿Vicente? —llamé sin alzar demasiado la voz, no quería que Lucas me oyera, no es que estuviese clamando su nombre, no tenía intenciones de volver a llamarlo para que recurriera a mí —no al menos de la boca para fuera—, ni aunque mi corazón agonizase de dolor. Si era preciso, para sobrevivir, moriría en su nombre primero, para luego renacer limpia de todo pasado y experiencia, un borrón y cuenta nueva que con un poco de suerte, me permitiría llevar una vida al menos medianamente feliz y en el peor de los casos, no demasiado miserable.

Nadie respondió. Eso era bueno, ¿no?

Tomé la toalla de la silla y me puse a refregar mi cabello, el cual me goteaba por las puntas. Intenté seguir con lo mío como si nada pero el cosquilleo en mi nuca no desaparecía, esa sensación de que había alguien más allí conmigo era tan certera que no me hacían falta los ojos para verla, ni una piel para sentirla.

—Déjame en paz; sé lo que intentas y no te saldrás con la tuya, tú te fuiste, mi lugar es junto a Lucas ahora. No tienes ningún derecho a reclamarme nada, yo ya no soy tuya, nunca le fui, jamás te importó...

La puerta se cerró con un estruendo un tanto difícil de pasar por alto; difícil de ignorar fue también la fuerte correntada que entró por las ventanas y que a mi entender o al entender de cualquier ser humano lógico que no tuviese ni la menor idea de que en este mundo existen fuerzas muy poderosas de origen muy distinto a las que se pueden racionalizar, fue la causante del portazo.

Lentamente separé la toalla de mi cabeza y la arrojé sobre la silla.

—Si eres tú da la cara, no te tengo miedo—. Mentira, estaba a punto de ponerme a temblar. ¿Cuánto tardaría Lucas en subir a ver qué sucedía? ¿Podría subir o esto que se desarrollaba en mi cuarto era solamente un suceso aislado y nada paranormal?

A sabiendas de que nada podría herirlo, no al menos de muerte, recorrí todo lo que me rodeaba en busca de un arma con la cual pudiese defenderme, dudo que me animara a intentar lastimarlo, creo que primero preferiría perder una mano, pero mi intención era que creyera que ya no me importaba un rábano su persona. No encontré nada, pero al girar y quedar de cara a la cama, me topé con un rostro mudo y un par de ojos que lo decían todo.

Tropezando con mis pies descansos, reulé; ni un metro, ni dos, ni veinte, me pondrían a salvo de sus garras si su intención era lastimarme, pero un metro fue todo lo que conseguí alejarme de él, porque verlo otra vez, para ser más

precisos, por segunda vez en un mismo día, comenzaba a minar mi férrea intención de seguir adelante.

Motivada por una mezcla de orgullo, dolor y amor, enderecé la espalda, y le hice frente.

—¿Qué quieres?

No dio señales de que fuese a responderme, y mucho menos, de que me hubiese oído.

—No eres real, Lucas tiene razón, te estoy imaginando... en lo más profundo de mí deseo volver a verte..., al final, sé que lograré eliminar esa necesidad y entonces te borraré de mi mente, ya no tendrá valor lo que sucedió entre nosotros.

Su cabeza se movió hacia mí, por lo que di un respingo.

—No eres real, soy yo la que hace esto —me gruñí furiosa a mi misma, entre dientes. Apreté los párpados y luego volví a abrir los ojos, tenía la intención de hacerlo desaparecer, sin embargo el truco no dio resultado, el parpadeó le sirvió a él, para aproximarse a mí sin ser visto.

—No importa si eres real o no, de ningún modo voy a permitir que me separes de Lucas, grábate eso, no pienso pasar el resto de mi experiencia llorando por ti—. Mis palabras le pusieron fin a cualquier sonido, luego de eso, llegó un silencio, profundo y opresivo.

Lo inesperado de sus palabras no me permitió reponerme de la impresión inicial causada por el movimiento silencioso de sus labios que en un principio, simplemente pareció ser un intento de absorber algo de aire, igual que si recién saliese del agua, a la superficie, cosa completamente ridícula, puesto que él ni siquiera tenía la necesidad de respirar.

—Te amo.

¡Paff! Ahí se terminó todo, con esas simples dos palabras se perdió toda mi determinación otra vez. Lo disimulé, me mantuve estoica igual que una estatua de frío mármol.

El mundo entero se redujo al estrecho espacio que ocupábamos los dos.

—Mientes —lo acusé. Ya me había mentido tantas veces.

—Aléjate de él.

El sonido de su voz produjo otro frío latigazo en mi estomago.

—No quiero.

—Aléjate de mi mundo.

—Ahora también es mi mundo. No tienes derecho a pedirme eso—. Ante su presencia mi cuerpo se puso a temblar, aquella vieja sensación renació, algo

en mi estómago tironeaba de mí hacia él, como si fuese un enorme imán y yo una mísera limadura de hierro que no tiene con qué o cómo defenderse a tan irresistible fuerza de atracción.

—Sí, sí tengo, nunca debió serlo.

—Es un poco tarde para decir eso —apreté los dientes—, no hay posibilidad de volver atrás.

—En tanto y en cuanto conserves tu alma, no será tarde —replicó sin dar el brazo a torcer.

—Esa no es una decisión que te incumbe —me rodeé el estómago con los brazos, tenía la sensación de que se me iban a escapar todos los órganos vitales por el ombligo, de los tirones experimentaba en esa zona—. Perdiste todo derecho a opinar el día que te fuiste.

—Liberé tu alma, te lo advertí, no quiero toparme contigo ni en el Infierno, ni sobre la tierra convertida en un esbirro del Diablo.

—Lo que suceda conmigo dejó de ser asunto tuyo desde el día en que me abandonaste.

—Tú serás asunto mío por toda la eternidad—. Entonó sin que su tono se inmutase.

—El sentimiento no es recíproco —le dije liberando una fina hebra de dolor cuidadosamente filtrada con un agujerito de mi corazón que me disponía volver a tapar antes de que se agrandara lo suficiente como para provocar una falla de estructura que luego terminase por dañar demasiado los pilares de esta inestable fachada que esperaba un día, tuviese la sustento necesario para mantenerse en pie por sí sola.

—Eso no importa, regresa a casa y apártate de Lucas.

—No.

—Sí lo dejas, prometo desaparecer.

Apreté los dientes.

—No te contentas con lo que has hecho, ahora quieres quitarme todo.

—Nada de esto te pertenece.

—Pero será mío muy pronto, si todo sale como espero.

La frente de Vicente se frunció en un centenar de arrugas.

—Te lo advertí —se mordió el labio inferior-, no me hagas enojar.

—No te tengo miedo.

—Pues deberías—. Giró quedando de perfil a mí—. No se termina aquí.

—No, claro que no, tú no tienes la última palabra, el Infierno la tiene; alguien más me dará lo que yo quiero y no podrás hacer nada al respecto.

El estallido que como una burbuja de aire en un medio acuoso demasiado denso, me lanzó de espaldas contra uno de los sillones, caí con medio cuerpo sobre el almohadón del asiento y la otra mitad despatarrada sobre el piso, las luces parpadearon y finalmente se apagaron. La explosión dejó a su paso no solamente oscuridad, sino también aquel consabido vaho asfixiante a azufre mezclado con algo similar a como huele el pelo quemado.

Vicente había desaparecido.

Despacio, resbalé hasta el piso, para quedar sentada con la espalda apoyada en el sillón.

En un principio, cuando oí aquel agudo sonido, no reaccioné, es más, no tenía con qué asociarlo, pero cuando llegó a mí, lo identifiqué como una suerte de timbre. El timbre, ¿había alguien llamando a la puerta?

Las luces volvieron a encenderse. Por sí sola, la puerta de la habitación se abrió.

De un salto me puse de pie, en dos trancos llegué hasta la mesa de luz, manoteé mi gancho para el cabello y luego me lancé hacia el corredor. Mientras bajaba las escaleras recogí el cabello de cualquier modo, oí a Lucas hablar pero no detecté una segunda voz.

—¿Lucas?

Él llegó al living desde la cocina, al mismo tiempo que yo, desde las escaleras.

—¿Eso fue la puerta? —le pregunté antes siquiera de tener tiempo para reparar en la mueca de su rostro, por la cual, cuando le puse atención, me preocupé; tenía el entrecejo fruncido y los ojos achinados, estaba furioso y también preocupado.

—Creí que me estaba engañando a mi mismo cuando sentí la presencia, es que últimamente estoy tan paran... —dejó la palabra inconclusa.

—Paranoico —completé yo, por lo visto, no era la única.

—Solamente intento cuidarte lo mejor posible y eso me hace estar demasiado pendiente de todo lo que nos rodea; siempre son falsas alarmas, personajes que no tienen nada que ver ni contigo ni conmigo. Esta vez fue más fuerte sí, pero supuse que sería por este lugar, por la casa, no porque alguien... hubiese jurado que... —sus ojos se alzaron en dirección al techo, por debajo de dónde me figuré, estaba mi habitación. Acaso era más de una visita la que se acercara a nosotros esta noche—. No debí tomarme la presencia tan a la ligera, lo lamento muchísimo, te fallé—. Lucas me dio la espalda para ponerse de frente a la puerta de entrada.

—¿Lucas?—. Le puse una mano sobre el hombro. No pude evitar tener la sensación de que iba a vomitar, sus palabras sonaron tan ominosas que creí que quien había desaparecido de mi cuarto estaba a punto de atravesar la puerta ahora, en carne y hueso, para evitar cualquier tipo de duda o sospecha sobre su real presencia.

—No digas nada, no hagas nada, deja que me encargue, no permitiré que te hagan daño.

Mofándose de la pobre e ilusoria protección que nos brinda a los seres humanos, una buena cerradura, nuestras visitas, abrieron la puerta.

La luz oblicua de la luna formaba luces y sobras sobre los dos rostros apartados del reflejo directo de las luces de origen eléctrico del exterior, pero por sus contexturas y algunos aspectos de sus atuendos, incluidos los zapatos, muy importante detalle, una de las presencias llevaba unos zapatos de taco inestablemente alto, deduje que eran un hombre y una mujer, es decir un demonio de sexo femenino y otro masculino, y eran demonios, de eso no cabe la menor duda, porque incluso así, a media luz, daban la impresión de ser completa y absolutamente perfectos.

Fue el hombre el primero en poner un pie dentro; no por eso, la mujer se quedó atrás.

—Buenas noches —entonaron los dos casi a dúo, con voces salidas de un coro de talentos envidiables; sobre todo la voz femenina, que no demasiado aguda, pero si cálida y potente, se despegó de la de su compañero, llenando mis oídos de un tintineo fresco.

Lucas rescató mi mano de su hombro y la tomó entre las suyas para apretarla con firmeza (se excedió un poco en firmeza, por lo que los dedos me crujieron, pero inmediatamente, supongo que al percatarse del ruido que acusaron las coyunturas de mis nudillos, la sostuvo con delicadeza y al mismo tiempo, sin alguna intención de soltarme o de permitir que me apartaran de su lado).

En la palma de mi mano sentí como se calentaba Lucas, sin duda era una reacción de su cuerpo al estado de alerta ante los extraños (bueno, al menos para mí eran extraños).

Lucas no contestó al saludo y yo tampoco, la verdad es que ni me puse a pensar si estaba siendo grosera con mis futuros congéneres o no, todavía no lograba asimilar que quien había llamado a la puerta no era Vicente sino alguien más.

—Disculpen la interrupción.

Lucas retrocedió un par de pasos y yo con él, cuando los dos extraños

terminaron de entrar y cerraron la puerta. En ese instante pude verlos con claridad, ya que dentro todas las luces se hallaban encendidas. El demonio de sexo masculino tenía la apariencia de un hombre que pudiese rondar los cuarenta años, de contextura media, piel olivácea y enormes ojos castaños que hacían juego con su cabello oscuro, de nariz afilada, y labios delgados, su rostro era una mezcla de razas de innumerables orígenes; vestía una camisa de mangas azul con pantalones color tostado, todo de impecable factura, como no podía esperarse de otro modo en un demonio, porque sin duda, eso era, para mayor seguridad bastaba con echarle una rápida mirada a su perfecta y blanca sonrisa. La mujer era muy distinta al hombre, debía ser al menos diez o quince centímetros más alta que su compañero y esto lo digo sin contar los tacos sobre los que estaba subida, no era extremadamente delgada pero sí lo suficiente como para inspirar un poco de envidia en alguna que otra mujer, sobre todo por el hecho de que llevaba puestos unos pantalones claros y ajustados no aptos para cualquier mortal, acompañados por una simple remera musculosa azul y una chaqueta del color del pantalón, remangada sobre sus gráciles brazos. Como buena mujer (en alguna ocasión afloraban ciertos rasgos femeninos que me ayudaban a notar típicas cosas de mujeres), noté que sus cortas uñas estaban pintadas de un azul muy oscuro, y que el bolso que tenía entre los dedos era de una marca francesa de cuyo local un día salí espantada, luego de que Vicente intentase comprarme un bolso por el cual le pedían una suma vergonzosa que él de todos modos pagó gustoso, a decir verdad, el bolso a mí me gustaba mucho, pero me daba no sé que gastar tanto dinero, me parecía obscuro; admito que hasta que se incineró con el resto de mis cosas, usé mucho ese bolso.

Lo más llamativo de la mujer no era ni su cuerpo, ni lo que llevaba puesto, ni siquiera la perfecta cabellera de un rubio oscuro que le caía acariciando sus hombros, sino lo que encerraba un par de ojos grises de profundidad insondable, acorazados dentro de su propia genética, que revolviéron algo en lo más profundo de mi ser.

—Por ponerlo de algún modo, vimos luz y entramos —dijo el hombre sin perder el sello demoníaco que imprimían sus labios.

—Sintieron mi presencia —me susurró Lucas.

La explicación realmente no era necesaria, yo sabía que los demonios se olían entre sí, algunos eran tan buenos rastreando a los suyos que podían sentirlos a kilómetros de distancia, incluso eran capaces de diferenciar entre el montón, a aquel que deseaban encontrar.

Lucas se quedaba corto, si lo sucedido en el primer piso, dentro de mi habitación había sido algo más que el resultado de una mente perturbada y paranoica, los recién llegados habrían detectado las emanaciones de una fuente de poder realmente extraordinaria, un poder muy particular que incluso era sobresaliente entre aquellos que ha logrado traspasar el límite de lo creíble y conocido, para internarse en lo que los simples humanos no ven, aquello en lo que prefieren no tener que creer.

—Percibimos más que eso —acotó el hombre a sabiendas de que Lucas me había hablado a mí—. ¿Eres solo tú? —preguntó fijando sus ojos en Lucas, obviamente ya se había percatado de que yo no era de su especie.

—Sí, por qué —soltó Lucas en un tono claramente desafiante, hinchando el pecho y alzando la frente.

El hombre dio un paso atrás sin dejar de sonreír.

—Vinimos en son de paz, no deseamos iniciar una disputa ni nada parecido, además —alzó la vista—, esta casa merece respeto y me imagino que si ella está aquí, debe ser con la autorización de aquel a quien debemos respetar.

—Eso mismo —escupió Lucas sin cambiar el tono.

—Es extraño —el hombre recuperó su posición avanzando un par de pasos hacia nosotros; frunció el entrecejo y clavó sus pupilas en las mías—, se ha desvanecido, era enorme y potente, pero ya no está.

Lucas tironeó de mi mano para colocarme detrás de su espalda; su palma se calentaba cada vez más.

—¿De qué hablas?—gruñó enseñándole los dientes igual que un perro rabioso. Me impresionó la diferencia de actitudes entre Lucas y los recién llegados, el primero estaba visiblemente alterado (también sentía el disgusto apoderándose de su cuerpo, el cual en cualquier momento se convertiría en un infierno caminante), en contraste la pareja se veía relajada, como si se sintiesen a gusto; bien, la mujer tenía una actitud más distante, casi rayana en la desconfianza, pero no parecía estar buscando problemas, sino más bien intentado evitarlos, incluso me arriesgo a decir que percibí cierta timidez en su mirada, después de aquel primer contacto visual entre nosotras, ella esquivaba mis ojos con alevosía, dato que me llamó poderosamente la atención; jamás se me hubiese ocurrido que pudiese existir un demonio tímido o carente de seguridad en sí mismo, todos siempre se me habían antojado altivos, incluso un poco orgullosos, nunca tímidos; quizá estuviese interpretando mal su actitud, es probable que no fuese timidez, sino desidia o incluso asco, asco de mí y de cualquier otro insignificante ser humano,

después de todo si eran amigos o conocidos de Ariel no resultaba tan improbable que compartiesen con él, algunos de sus puntos de vista.

—Hubiese jurado que había más de uno de los nuestros aquí. ¿Seguro que hay nadie más contigo, alguien que quizá se fue al tiempo que nosotros arribamos?

—No tuvimos ninguna visita y la verdad es que no esperábamos recibir ninguna tampoco, solo somos nosotros dos y así preferiríamos seguir.

Me encantó que Lucas usara el plural para incluirme en el grupo de que el recién llegado insistía en mantenerme al margen.

—También creo que no es de buen gusto llegar de sorpresa en la casa de nadie, pero la verdad es que no tenemos dónde pasar la noche y pensamos que quizá al dueño de casa no le importara que nos quedásemos aquí por hoy—. El hombre miró fugazmente a la mujer—. Es más, nos alegramos cuando percibimos que la casa no estaba vacía, de vez en cuando es agradable tener compañía—. Hizo una brevísima pausa en la que simplemente se quedó sonriendo; no fue una sonrisa ni burlona ni grotesca, tampoco desafiante ni rebotante de felicidad, sino más bien amena, simple, incluso hasta me arriesgaría a decir que sincera; ni modo, las apariencias engañan, sobre todo si hablamos de demonios. El hombre le tendió la mano a Lucas—. A propósito, permíteme presentarme, mi nombre es Rafael, Rafael Picabia y ella es Lucía Corot.

Lucas dejó el saludo incompleto. En condiciones normales esto me hubiese parecido una grosería de parte de Lucas, en esta ocasión su modo de proceder tenía un justificativo: intentaba protegerme (en verdad, con el correr de los segundos, a mí los recién llegados ya no me provocaban la aprensión del principio, sino todo lo contrario, estos dos personajes resultaban enigmáticos y en cierto modo casi humanos, no sé por qué, había algo en ellos a lo que no le encontraba explicación, tal vez fuese por lo que el hombre dijo acerca de que necesitaban un lugar para pasar la noche ¿por qué?, ellos no dormían, siquiera necesitaban descansar, y hasta lo que yo sabía, para ellos lo mismo daba el día como la noche).

—Mi primera impresión al llegar a la puerta, fue que seríamos recibidos como entre amigos, luego cuando percibí aquella fuerza lo dudé, ahora todo regresó a la sensación inicial —el hombre miró a la mujer por el rabillo de sus ojos castaños, ella le devolvió un devaneo placido de su mirada gris, que como un abanico se meneó en el aire—. Lucía está de acuerdo conmigo.

La joven mujer se aclaró la garganta y luego despegó los labios.

—Será como estar en familia.

—No cree que se está apresurando un poco con semejante afirmación —le espetó Lucas todavía a la defensiva.

—Les repito que no vinimos en busca de problemas —insistió el hombre.

—Ni tampoco en busca de un alma —soltó la mujer, pronunciando aquello a lo que Lucas y yo más le temíamos.

Lucas se crispó ante aquellas palabras, tanta sinceridad lo alteró, y admito que a mí también me pareció demasiada crudeza.

—¿Entonces por qué están aquí?

Ya que estábamos en términos de sinceridad.

—Necesitamos refugio por esta noche.

—¿Refugio? Deduzco que están en problemas. Nosotros no queremos problemas, no estamos en condiciones de meternos en problemas.

—Nadie sabe que vinimos aquí —dijo la mujer para fortalecer su argumento.

—Sea quién sea que va tras ustedes podría encontrarlos con facilidad, no creo que sea necesario que yo se los explique, ¿o sí? Ustedes no son ningunos novatos.

Me pregunté cómo es que Lucas sabía aquel detalle, acaso había podido penetrar sus mentes o era acaso por su olor; si fuesen muy antiguos y poderosos es probable que yo hubiese notado el olor, se supondría que debían apestar, y no era así, aunque bien podía ser que mis sentidos no estuviesen funcionando demasiado bien, o que ellos, por demasiado poderosos y antiguos pudiesen controlar el modo en que olían ¿sería eso posible?

—Nada malo sucederá, ahora estamos a salvo, todos estamos a salvo, lo que nos seguía se fue en cuanto llegamos a la puerta de calle.

—¿Esperan que les crea? —Lucas me soltó la mano y se cruzó de brazos.

La mujer me miró y oh sorpresa, me sonrió, me dio la impresión, no con segundas intenciones, sino... no sé, parecía feliz y al mismo tiempo algo triste.

—No le pediría a ningún demonio que confiase ciegamente en otro, pero la única verdad es que no tenemos necesidad de mentir, nosotros también somos un tanto renegados, no todos nos ven con buenos ojos; no convivimos con humanos, pero hemos hecho cosas que a no todos les parecen bien. Mira —dio otro paso al frente, por lo que quedó a unos escaso veinte o treinta centímetros de Lucas—, todos estaremos más seguros esta noche, si permanecemos juntos.

—Lo lamento, no me parece muy buena idea, tendrán que irse.

—Lucas... ¿podemos hablar un momento a solas?—. No le di tiempo a contestar; esta vez fui yo quién lo tomó de la mano y él cedió sin resistencia alguna a mi tirón, entre medio de sus gruñidos, lo arrastré hasta la cocina.

Lucas nos encerró de un portazo.

—¡Te volviste loca! —exclamó entre susurros exagerados. No me cupo la menor duda de que ya había adivinado lo que yo estaba pensando—. ¡No pueden quedarse! Podrían ser peligrosos.

—¿Podrían?

—No logré ver sus pensamientos, tienen barreras impenetrables —soltó con exagerados ademanes al tiempo que lanzaba miradas en dirección a la puerta a su izquierda.

—Hay algo extraño en ellos, no te parece.

—¿Perdón? Es que estoy hablando en chino, son demonios y acaban de caer de sorpresa cuando tú estás aquí, esta casa está casi siempre vacía, eso no te parece lo suficientemente sospechoso, y por sobre todo, que hacen dos demonios tan cerca de agua. Una de dos, o son demasiado poderosos, lo cual es realmente malo, no hace falta que te diga que dos contra uno... bien, no es negocio, podrían aplastarme; o bien tienen un motivo lo suficientemente succulento como para pasar por la incomodidad que le provoca a la mayoría de los míos, la proximidad del agua, más claro: soportarían cualquier cosa ante la tentación de quedarse con tu alma.

—¡Tonterías! Esos dos no vinieron por mi alma.

—Te dejas llevar por las apariencias, es que acaso no escuchaste ni una palabra de lo que dijeron, eso de una fuerza poderosa... ¡yo también lo sentí! Fue demasiado-; que tal si fueron ellos y no eso o esos que supuestamente los siguen, los que causaron ese efecto con el solo objetivo de engañarnos. ¡No, desde luego que no, no pienso brindarle asilo a ningún demonio, al menos no en tanto y en cuanto eso signifique un riesgo para ti!

El riesgo era aceptable, comparado con lo que los recién llegados quizá pudiesen decirme de aquello que diera semejante espectáculo dentro de mi cuarto, quedaba claro que ellos tenían más de experiencia que Lucas, por lo cual era probable que pudiesen brindarme alguna respuesta a lo que para mí comenzaba a parecerse demasiado a la locura humana.

—¿Qué sería lo peor que pudiese sucederme? — dije simulando una frescura y despreocupación que no sentía ni en lo más mínimo.

—No pienso discutir eso en este momento y mucho menos se me antoja ver lo que piensas. Les diré que deben largarse, ahora.

—Yo quiero que se queden.

—No.

—Sí. Llámalo intuición femenina o como quieras, sé que ellos no nos harán

daño.

—La intuición humana deja bastante que desear.

—Sí, puede ser, pero recuerda que yo soy un tanto anormal, mi intuición no es como cualquier otra —me jacté tontamente, no tenía ni la más mínima certeza de que aquello que parecía o podía llegar a tomarse como un indicio de alguna clase de poder o algo así, lo fuese realmente. La verdad es que no tenía demasiado de dónde agarrarme para sostener mi postura.

—No.

Esto tenía que servir; sabía que no le haría la menor gracia oírlo, pero ni modo, era la razón por la cual quería que los recién llegados se quedaran a pasar la noche en la casa.

Sin anestesia, le solté a Lucas, sin ahondar demasiado en detalle, lo que había sucedido arriba, segundos antes de que la pareja tocara el timbre de la casa, y no me ahorré recordarle que Rafael había expuesto haber sentido una fuerza fuera de lo normal, que así, súbitamente, se había ido en cuanto ellos llegaron a la puerta.

El pobre Lucas se quedó mudo mirándome fijo. Se abstuvo de parpadear más de lo humanamente posible.

—Necesito saber lo que está sucediendo—. Sin querer cerré tanto los puños que me clavé las uñas en las palmas, la ansiedad me carcomía por dentro, necesitaba tanto una respuesta como al aire que entraba por mi nariz.

—¿No te parece demasiado coincidencia?, esa visión, su llegada.

—Te diría que sí, si fuese la primera vez que veo a Vicente, pero no, bajo estas condiciones no. Ellos parecen entender más de esto que nosotros dos—. Sin intención hice una larga pausa, que Lucas no se atrevió a interrumpir—. Necesito que alguien me explique qué es lo que me pasa.

—También sentí esa fuerza, pero bien pueden haber sido ellos.

—No insistas con eso.

—Es que no quieres dejarlo ir —jadeó en tono lastimero. Sus ojos se opacaron.

—Esto realmente me ayudaría.

—No creo que sea buena idea que les hables de Vicente y de lo que sucedió.

—Ya los oíste, ellos también son renegados.

—¡Eso es lo que ellos dicen!

—No mienten.

—¿Otra vez con ese asunto de tu intuición? —resopló.

—Me hago completamente responsable de lo que suceda —le dije colgándome

de sus brazos cruzados—. Por favor.

—No me gustan ni un poco.

—Es solamente una noche y tu puedes cuidarme mientras duermo.

Lucas revoleó los ojos. Era una de sus reacciones de fastidio a mi díscola insistencia; cuando me emperraba en alguien no había quien me moviese de mi lugar.

—¡Tenía que enamorarme de ti! —chilló falsamente enojado.

—¡Gracias! —exclamé abrazándolo—. ¡Muchas gracias!

—Sí te torturan para arrancarte el alma no me lo vas a agradecer tanto.

—No pasar nada—. Mentí, no estaba cien por ciento segura de eso, pero como dije, bien valía la pena arriesgarme, si seguía así terminaría por enloquecer.

...

—Bien, pueden pasar la noche aquí —les informó Lucas a regañadientes, echándome una mirada de pocos amigos a mí, y una de desafío a nuestras visitas.

—Muchas gracias —dijo Rafael mirándome directamente a mí—. Significa mucho para nosotros que nos abran la puerta de esta casa; es realmente un alivio. No se arrepentirán de su amabilidad.

—Eso espero —remusgó Lucas por lo bajo y luego alzando la voz añadió—, les advierto que los estaré vigilaré, de modo que no intenten nada extraño o se arrepentirán de haberse metido conmigo.

Tironeé de la manga de la remera de Lucas para hacerlo callar, el tono de las amenazas y el ambiente que éstas provocaban me incomodaba, lo mejor para todos, sería que intentásemos serenarnos, a mí me convenía contar con un ánimo más relajado si esperaba poder sentarme con nuestras visitas a conversar, y así tener la oportunidad de formularles unas cuantas preguntas.

—Nosotros estábamos por sentarnos a cenar —continuó diciendo Lucas en un tono no mucho más ameno que el que usó para decirles que ni se les ocurriera siquiera arriesgarse a amenazar con hacer nada en mi contra o se las verían con él.

—Sí, claro, los interrumpimos... —ladeó levemente la cabeza y miró a la mujer—, bien, no se preocupen por nosotros.

—Pueden acompañarnos si gustan —propuse, e instantáneamente Lucas me fulminó con la mirada; su expresión fue tan cómica que me dio risa, hasta los recién llegados se tentaron, procurando no reírse, para que no se enojase

todavía más; seguí adelante—, hay comida suficiente para todos, es decir, si es que ustedes acostumbran comer.

Rafael sonrió.

—No es nuestra costumbre pero no nos negamos a una invitación tan amable; si la situación lo amerita no nos oponemos a sentarnos a la mesa.

—Y la situación lo amerita —acotó Lucía. Los músculos de su rostro se habían relajado tanto, que su rostro se veía diferente, más joven y candido, si en un principio me imaginé que al momento de su cambio debía tener entre veinticinco y treinta años, ahora me daba la impresión de que si apenas rondaba los veinte; sin duda era joven, muy joven cuando cambió, talvez no tanto como Lucas pero sí lo suficiente para que su rostro no hubiese terminado de adquirir los rasgos definitivos de una mujer adulta, y mucho menos para que en su piel surgiese ni el más ínfimo síntoma de envejecimiento.

—Créanme que sí, Lucas es muy buen cocinero.

Lucas me tomó de la mano y me la estrujó. Se me escapó un quejido.

—Pueden tomar la primera habitación de arriba a la izquierda... si quieren instalarse antes de cenar. Los esperamos en la cocina cuando estén listos—. Lucas me apartó del medio del camino de un tirón—. Por la escalera a su izquierda, no tienen por qué perderse —les sonrió con ironía—, les conviene no perderse. ¿Estamos claros?

Ante la obvia advertencia de que no metieran sus narices dónde nadie los había llamado, Rafael y Lucía adoptaron una actitud un tanto sumisa, es más, me pareció ver que inclinaban sus cabezas.

—Estaremos de regreso en menos de cinco minutos.

Lucas hizo un claro gesto de que no le importaba un rábano si bajaban a cenar o no.

—Lucas, por favor —le pedí al oído en voz muy baja.

—Vamos —fue su respuesta empujándome dentro de la cocina.

—Tu idea sigue sin gustarme ni un poco —rezongó mientras sacaba dos platos y dos copas más de la alacena de encima de la mesada.

—¿Qué crees que los trajo aquí?

—¿Además de tu alma servida en bandeja de plata?

—No es tan así, aquí estás tú para defenderme —prepuse acomodando los cubiertos alrededor de los platos que él iba añadiendo a la mesa ya puesta, con velas y todo, para nosotros dos, recién ahora me percataba de que nuestras visitas no invitadas, no sólo le suponían a Lucas un motivo más de tensión,

sino que al yo insistir en que se quedaran, había terminado por arruinar la velada—. No fue mi intención —le dije a modo de disculpa deteniéndome detrás de una de las seis sillas que rodeaban al mesa, con un par de cubiertos y una servilleta en la mano.

Lucas apoyó la última copa en si sitió y se quedó mirándome.

—¿Qué es lo que no fue tu intención?

—Arruinar la noche —hice una mueca—, arruinar todo esto —expliqué señalando la mesa bellamente puesta —pretendía ser una cena romántica y yo...

—Eso no importa, no es nuestra última noche.

Le sonreí.

—Te lo estás tomando con mucha filosofía —la mueca que puso me inspiró tanto cariño que me dio unas incontenibles ganas de estrecharlo en mis brazos en un gesto casi maternal.

—No, no es así —se tironeó del cuello de la remera—, me da bronca que mis planes se echaran a perder, pero más me molesta la presencia de esos dos —apuntó con la cabeza en dirección al primer piso—, de modo que... —se interrumpió y resopló —no tengo tiempo para pensar en mí o en lo que quiero, me preocupa más tu seguridad.

—No dejas de sorprenderme —la frase se me escapó en un hilo de voz; ojalá yo también pudiese ponerme igual de firme en mi intención de no permitir que saliera lastimado de esta aventura; por desgracia, me resultaba bastante difícil no dudar. Es que para empezar, dudaba de mí misma, ya no confiaba demasiado en mi cabeza, y mucho menos en mi corazón, después de lo sucedido con Vicente tenía la sensación de que éste me jugaba en contra. Se me escapó un suspiro.

—¿Y eso por qué? —curioseó con una sonrisa tímida casi sonrojándose.

—Me asustan estas demostraciones tuyas.

—¿Lo dices por las velas? —me preguntó sin llegar a mirarme a los ojos. Su brillante cabello negro le caía sobre la cara, me sorprendí al darme cuenta de que había pasado mucho desde la última vez que lo viera de este modo: tan parecido al muchacho que me abrió la puerta de la casa de Vicente para recibir un pedido que sospechosamente no había sido entregado, hacía mucho tiempo que estaba convencida de que ese error, de algún modo había sido provocado por el propio Vicente para llevarme hasta las puertas de su casa; Lucas me confirmó una vez que a modo de prueba, el propio Vicente le había pedido que me abriese la puerta (era para ver si resistía a la tentación). ¡Que

estupidez! Pero le había salido bien, su plan había marchado a la perfección.

—Lo digo por todo: por la cena y por todo aquello que estarías dispuesto a hacer por mí.

—Mi idea no es asustarte, sino hacer que te sientas protegida.

Se me puso la piel de gallina y me estremecí.

—¿Algún problema?

Dejé los cubiertos y la servilleta en el puesto que faltaba.

—¿Algún día se terminará esto? Me refiero a que... nunca nos dejarán completamente en paz, siempre tendremos esa sombra tras nosotros, en tanto y en cuanto yo sea humana.

—No, eso no es cierto; tarde o temprano se olvidarán de ti.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro —contestó sin mirarme a los ojos.

Por los siguientes diez minutos, Lucas y yo trajinamos silencio por la cocina, en realidad no es que tuviésemos mucho por hacer, simplemente necesitábamos evitar más momento incómodos, y yo sobre todo, precisaba de un momento para organizar mi cabeza, tenía por delante una tarea que me había autoimpuesto, la cual no me imaginaba cómo llevar a buen puerto.

—Están de vuelta—. La exclamación de Lucas sonó a pregunta, a como si se estuviese cuestionando a sí mismo, porque nuestros invitados se habían demorado tan poco en instalarse y volver a bajar.

Cerré la puerta de la heladera y di media vuelta, la mujer demonio se encontraba a no más de cuatro pasos de mí y me miraba fijo.

—Les repito que si es mucha molestia... no es necesario que nos sentemos a comer —entonó Rafael.

Todos nos miramos en silencio, en medio de una incomodidad que no se disolvería sí como así. Luego fue el turno de Lucas de inspirar hondo.

—Ni modo —rezongó por lo bajo—, siéntense, la comida ya está lista.

Sin demasiadas ceremonias, Lucas se sentó en una de las cabeceras, yo en la otra, Lucía a mi derecha y Rafael a mi izquierda. La comida se encontraba sobre la mesa. Lucas se encargó de servir los platos.

—Buen provecho —les deseé a nuestros dos acompañantes procurando ser el eje conciliador entre seres de una especie que no era la mía y que quizá por ello me causaban tamaña fascinación.

Rafael me sonrió.

—Huele muy bien —comentó sin dejar de inspirar por la nariz, siguiendo el rumbo del vapor que emanaba de su plato servido. Su rostro parecía un

barrilete a punto de ser remontado por una corriente cálida, hacia lo más alto del cielo—. Felicitaciones —le dijo a Lucas—, debes sentirte orgulloso de tu don.

Lucas alzó los ojos y me miró, aquella palabra era tabú en nuestra pequeña burbuja de fantasía, en la que pretendíamos vivir entre los demonios y los humanos.

—No son muchos de los nuestros los que pueden jactarse de haber conservado la capacidad de saborear la buena comida y muchos menos los que pueden prepararla—. Rafael ladeó la cabeza en mi dirección—, lamento tanto haber perdido eso, no sabes cuanto te envidio; tendría que haber sido un poco más inteligente y cuidadoso en mis primeros años. Lamentablemente no lo fui, enderezó la cabeza (me pareció que sus labios se curvaban en una sonrisa melancólica)—, por aquellos días nada me importaba demasiado, es decir, lo que tuviese que ver con lo que nos hace humanos. En fin, las cosas son muy diferentes ahora.

—¿A sí, diferentes en qué sentido? —cuestionó Lucas en un tono bastante desagradable. Yo estuve a punto de formular la misma pregunta, con distintas intenciones, para Lucas esto formaba parte de un interrogatorio destinado a averiguar si estos dos demonios que nos hacían compañía, significaban un riesgo para nosotros o no; aunque creo que le contestaran lo que le contestaran, a las cientos de preguntas que me figuro tenía para hacerles, no se quedaría tranquilo, siempre serían un peligro para nosotros —para nuestra relación, fuera la que fuese— por el mero hecho de ser demonios.

—Lucas, no eres como la mayoría de los demonios, aun así sabes perfectamente de qué hablo, todos aquí sabemos de qué hablo, ¿o me equivoco? —dijo esto último mirándome a mí. Rafael no esperó una respuesta y siguió—. En un principio me desagradaban los humanos porque me desagradaba lo que había sido siéndolo, llegué a alienarme de todo lo que significaba ser una persona; con el pasar del tiempo uno llega a ver las cosas con mayor claridad. Admito que exceptuando alguna que otra entidad, me siento más cómodo entre humanos que entre demonios.

—Ustedes son más comunes de lo que se creen —comenté. Todavía perdura patente en mí, los tontos intentos de Vicente por hacerme creer que la mayoría de los demonios estaban incapacitados para convivir juntos y mucho menos, entre humanos.

—¿Nosotros? ¿Te refieres a los de tipo que estamos alrededor de esta mesa? Lucas lo miró torcido.

Quedó claro que nuestras visitas ya se habían dado cuenta (de un modo que ni alcanzo a sospechar) que nuestra relación no era de tipo comercial ni buscaba ningún provecho del estilo que el común denominador de demonio perseguirá.

—Así es —le contesté a Rafael.

—Pues no te fíes de eso —dijo después de mirar a Lucas—. Tu percepción se limita a un pequeño grupo de mis congéneres, por lo que no es de sospechar que todos aquellos, o mayor parte de los que hayas conocido, sean del tipo que no tienen demasiados problemas con los humanos, es por eso que los conociste —acotó entre sonrisas—, los que son del otro tipo no sociabilizan con los humanos y procuran no aproximarse a ellos estrictamente más de lo necesario.

¡*Touché!* Comprendí que tenía razón, de todas maneras, seguían siendo más los que deseaban conservar la cercanía con la esencia que nos hace humanos, de lo que yo hubiese podido imaginar en un principio de toda esta locura.

—En eso tienes toda la razón —concordó Lucas inclinándose sobre la mesa—. Entonces... esperan que creamos en su palabra, que nos traguemos todas sus mentiras.

—No he dicho ninguna mentira—. Rafael posó los cubiertos sobre el plato.

—¿Por qué supones que yo soy del tipo al que le simpatizan los humanos?

—No estaríamos teniendo esta conversación si no fuese así, no te parece. ¿Él no quiere comprar tu alma, o sí? —me preguntó Rafael mirándome a mí. Una nueva sonrisa apenas insipiente, curvaba sus labios hacia arriba.

Negué con la cabeza. Tenía la sensación de que mis pies habían echado raíces.

—Ahí lo tienes —entonó Rafael alzando las manos con las palmas dirigidas al cielo. Lucía se mantenía en silencio, mirando por turnos a quien tenía la palabra.

—Todavía no respondes a mi pregunta. Dices que eres conocido de Ariel, o al menos eso dejaste entrever, me figuro que como mínimo has oído hablar de él, y sabes que ésta es su casa, entonces también debes saber que a Ariel no le agrada demasiado el contacto con los humanos. Si tu relación con él es cierta, por qué debería tomar cómo válida tu confesión de sentir cierta añoranza por lo que fuiste un día.

—Tú eres hijo de su hijo y aún así estás aquí con ella.

—Esa no es la respuesta que pido —replicó Lucas negando con la cabeza—. ¿Por qué están aquí? Puede que tengan alguna ventaja contra mí por ser dos contra uno, pero no festejen antes de tiempo, no pienso ponérselos nada fácil, lucharé contra ustedes hasta que no pueda más.

—No hemos venido a luchar, muchacho—. Le aseguró Rafael apartando las manos del plato sobre el que descansaban los amenazadores cubiertos. Los cuchillos tenían un filo mortal y cada uno de los dientes de los tenedores gruesas y asesinas agujas de plata. Supongo que con ese simple gesto, deseaba demostrarle a Lucas que no tenía intención alguna de reñir. Pero también es cierto, que a la velocidad que podían moverse los demonios, aquello no era ningún aliciente; en una fracción de segundo, podía manotear el cuchillo y lanzarse con éste empuñado firmemente, a la garganta de Lucas.

—Te lo hemos dicho, vinimos aquí huyendo de otros —entonó Lucía en un tono casi desesperado, en un abrir y cerrar de ojos el aire se había cargado de aquel nauseabundo vaho de furia que nunca auguraba nada bueno. Rafael no— tenía idea de a quién pertenecía esta casa. Nos seguían, corríamos peligro, estábamos por la zona; yo recordé que Ariel tenía una casa por aquí, y supuse que aquellos que nos seguían, no se atreverían a forzar la entrada de su morada. Mi intención era engañarlos y dio resultado. Todo el mundo respeta a Ariel, si él nos acogía en su hogar pues... ellos ya no tendrían derecho a captúranos. Mancillar este lugar tiene sus consecuencias, todos somos concientes de eso.

—¿Se escudaron en Ariel para salvarse de los que los perseguían? —le preguntó Lucas a Lucía y ella asintió con la cabeza—. Así que eres tú la que conoce a Ariel.

—Así es, llevo mucho tiempo sin verlo, aun así estoy al tanto de sus actividades.

—Medio mundo debe saber lo que Ariel hace o deja de hacer, pero me sorprende que conocieras la existencia de esta casa.

—Alguien que yo conozco es muy cercano a Ariel.

—A sí... ¿Quién?

—Eso no te incumbe —le contestó Lucía a cara de piedra.

—Te recuerdo que fui yo quien te abrió la puerta—. Se lo estaba advirtiendo.

—Y te lo agradecemos —dijo Rafael haciendo una ligera reverencia con la cabeza.

—Lo bien que hacen, de no ser por mí los abrían atrapado.

—¿No te basta con saber que nos salvaste del tipo de demonios que no habría tenido el más mínimo problema en poner fin a su existencia sin siquiera pestañear? —le preguntó Lucía lanzándome una mirada potente y directa.

—No —le dedicó una morisqueta de furia que incluía una sonrisa cáustica—, no me basta para nada, de hecho me molesta todavía más; eso significa que

para mañana o quizá pasado, habrá un batallón de demonios sanguinarios llamando a mi puerta.

—Sabes que eso no sucederá —replicó Lucía—. Para mañana nosotros nos habremos ido, y si ella está aquí, es porque Ariel está bien dispuesto a defenderla, o al menos a mantenerla alejada de las garras de los demonios que nos perseguían, por el motivo que sea —Lucía me miró de arriba abajo—, ya sea por su vida o por su alma.

—Ni la vida ni el alma de Eliza son negociables, está completamente fuera del mercado —saltó Lucas dando un respingo.

—Fuera del mercado en todo sentido —rumió Lucía por lo bajo mirándome. Le sostuve la mirada básicamente porque no entendía a qué venía semejante comentario.

—Oigan, oigan, mantengamos la calma. Tienes razón, lo mejor para todos es que hablemos con la verdad. Lucas, Lucía y yo también tenemos poderes, es por eso que sabíamos de antemano que tú no eres del tipo que se relaciona con los humanos por simple interés, en cuanto pusimos un pie dentro de la propiedad nos dimos cuenta de que intentabas ver dentro de nuestras mentes.

—¡Y no me dejaron! ¡No soy idiota!

—Nosotros tampoco somos tontos.

—Si venían en son de paz debían haberme permitido comprobarlo.

—Actúas como un niño de pecho —soltó Lucía cruzándose de brazos—. Y lo eres —añadió como quien no quiere la cosa.

—¡¿Perdón?! —Lucas se puso de pie de un salto.

Lucía lo vio levantarse con una mirada lánguida y desinteresada. Si a mí alguien me hubiese enfrentado con la masa de huesos y músculos que ostentaba Lucas, yo hubiese salido corriendo, pero Lucía se mantuvo sentada en su silla, tal si no le importara en lo más mínimo.

—Solamente alguien demasiado ingenuo se confiaría de otro demonio.

—Debo entender que ustedes no se fían de mí, pero yo sí debo confiar en ustedes.

—No es eso lo que intentamos hacerte entender, es simplemente que...

—¿Qué? —rugió Lucas a la cara de Rafael inclinándose sobre él.

—Es demasiado arriesgado, tanto para ti, como para nosotros, dejarte ver toda la verdad.

—¿Intentas protegerme? —Se mofó Lucas—. Eso es pura mierda.

—No, no lo es, es completamente cierto —entonó Lucía poniéndose de pie para enfrentar a Lucas—. ¿Acaso no sabes en qué mundo vives?

—¡Claro que lo sé!

—No te diste cuenta de lo que sucedía arriba.

Esas palabras de Lucía se convirtieron en mi señal para intervenir.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Eliza, ahora no —me cortó.

—Lucas, si no es ahora, cuándo.

—Tú no deberías estar aquí, él no debería haberte traído a esta casa, ni debería estar contigo.

Lucas y yo despotricamos al mismo tiempo por ese comentario.

—¿Quién te crees que eres para meterte así en nuestras vidas?—. Fulminó a Lucía con la mirada—. Los que no deben estar aquí son ustedes.

—Esto no es normal —añadió Lucía sin arredrarse frente a los ojos de Lucas que vibraban de furia—. Nada de esto está bien.

—Disculpa, pero no tienes derecho a opinar en esto—. Ahora yo también me había cabreado, necesitaba respuestas, pero más que nada, precisaba de Lucas en mi vida para seguir adelante. Bien podía prescindir de las respuestas.

—Eso que hizo acto de presencia en tu habitación fue muy fuerte y poderoso, y viene a ti porque tú estás abierta a él, porque insistes en no apartarte de nuestro mundo. Corres un grave riesgo, mucho mayor del que imaginas.

—Y tú lo sabes muy bien ¿no? —le espetó Lucas de muy mal modo, ya no había razón para sostener las apariencias—. Lárguense, los quiero fuera de aquí ahora.

Rafael se puso de pie pero no pronunció palabra.

—No es solamente tu vida lo que corre peligro.

Por un instante me perdí dentro de los ojos grises de Lucía. No entendía por qué se refería a la aparición de Vicente en esos términos; en una de mis visiones Vicente ya me había dejado en claro que no le agradaba mucho que yo estuviese con Lucas, pero por lo demás, qué iba a hacerme él a mí, si su intención era no querer volver a verme nunca más, ni viva, ni muerta; y no en vano había salvado a Lucas de unas cuantas para luego simplemente deshacerse de él porque estuviese a mi lado.

—Yo estoy con ella —soltó Lucas apartando a Lucía del camino. El contacto de su mano caliente sobre su hombro me hizo regresar a la realidad.

—Eso no la ayudará —replicó Lucía imponiéndose.

—¡Lárguense! ¡Ahora! —les ordenó Lucas con un grito que me hizo pegar un salto.

Lucía y Rafael se miraron.

—Tomen sus bártulos y esfúmense antes de que arrepienta de haberlos dejado partir vivitos y coleando. ¡Todavía no entiendo por qué mierda los dejé entrar! Ustedes no son diferentes a todos los demás, son la misma clase de basura que se cree superior.

Rafael miró a Lucas, luego me miró a mí, y sin que mediara ni una sola palabra de defensa o ataque, o ni siquiera un sonido de aceptación, salió por la puerta de la cocina. No oí la puerta de entrada, por lo que supuse que debía haber subido al primer piso a recoger sus cosas.

Lucía arrastró la silla hasta acomodarla contra la mesa en la cual estaba servida la cena sin tocar, y después me enfrentó, Lucas hizo el ademán de apartarla de mí, pero yo corté su intención alzando una mano, dudaba que fuese a atacarme, al menos no físicamente, y si lo hacía verbalmente, quizá doliera, pero al menos cabía la posibilidad de que de sus palabras, luego de la primera intención, que bien podía ser algo dolorosa, pudiese destilar alguna idea clara de lo que me pasaba, y de lo que se entretejía a mi alrededor. Sin sombra de dudas, Lucía sabía mucho más de lo que decía o insinuaba.

—Este es un gran error, tú destruirás nuestro mundo.

Lo dijo, y dolió, de hecho me sentí horrible, yo no deseaba convertirme en la destructora de ningún mundo y mucho menos, del mundo al que pertenecían dos de las personas a las que yo más quería en esta vida. Me pregunté si mañana o talvez dentro de unos días, pudiese a llegar a sacar algo en claro de semejante frase.

—Cierra la boca—. Soltó Lucas sin poder contenerse.

Los ojos se me llenaron de lágrimas; es posible que fuese una reacción exagerada, pero ya estaba probado que últimamente no soy completamente responsable de lo que mi cuerpo hace o deja de hacer.

—Tú también serás responsable —las acusaciones volaban de aquí para allá.

—¿Acaso eres una maldita pitonisa o te lo estás inventando para molestar?

—Abre los ojos Lucas, no estás siendo capaz de ver lo que sucede a tu alrededor—. Lucía dio un paso al costado—. Están advertidos.

Sentí una presencia en la puerta, en cuanto giré la cabeza vi que Rafael había regresado.

—Quizá él nunca lo comprenda, pero tú sí Eliza, confío en que tú lo harás. Eres inteligente.

—¿Me estás llamando idiota? —bramó Lucas.

—Se me ocurren un par de adjetivos más, pero prefiero no gastar salvia en ti.

Cómo se me pasó por la cabeza pensar que aquella joven mujer pudiese ser

realmente amable. Había algo extraño en ella, parecía que dentro suyo se estuviese combatiendo una sangrienta lucha entre dos bandos que tironeaban de su voluntad en direcciones completamente opuestas; era como si no terminase de optar por proceder de un modo o de otro. Por momentos me daba la sensación de que me odiaba, y en otros, de que realmente deseaba protegerme.

—Ten mucho cuidado —me dijo después de que su mirada resbalase por el aire, de Lucas, a mí. Lucía dio media vuelta y se largó pasando por delante de Rafael. Esta vez sí escuché la puerta al abrirse.

—Lamento mucho lo sucedido, sé que no querían oír lo que ella dijo, pero Lucía tiene razón, esto no es bueno para ninguno de ustedes, ni para nuestro mundo, ni para el tuyo Eliza—. Rafael dio un paso al frente y allí se arrepintió de seguir adelante. Se frenó y se volvió a mí otra vez—. Cierra la puerta que has abierto —añadió, y así, sin más, se largó.

La puerta se cerró sola después de que se largaran de la casa.

En un arrebato de furia, Lucas tomó una escultura de había en una repisa en el hall de entrada y la lanzó con todo el odio del mundo, contra la puerta. La porcelana se hizo añicos, mejor dicho, quedó reducida a ínfimas partículas más finas que la arena.

—¡Maldita la hora que dejé entrar a esos dos!

—Lucas, crees que Vicente sea capaz de... capaz de algo lo suficientemente malo que justifique lo que Lucía dijo.

Lucas dio media vuelta para quedar de frente a mí otra vez.

—Ya no sé de qué es capaz, lo que sí sé, es que tiene con qué lograr aquello que quiera conseguir, sea lo que sea.

—A qué te refieres.

—¿Sabes cómo les llaman a los que son como él, a los que tienen su poder?

—¿Por el fuego?... —me encogí de hombros—, no, ni idea.

—Hijos pródigos —me pareció que soltaba el título con algo de desprecio.

—¿Hijos pródigos? —repetí.

—Hijos del Diablo mismo. Cómo o por qué poseen el poder que se supone debía ser únicamente privilegio del Diablo es un misterio, lo que sí sé, es que el poder de Vicente no se limita a eso, de hecho, no tiene límites. Si Vicente así lo quisiera, podría convertirse en rey del mundo.

—¿Cómo? Por favor, eso es... —eso es lo que sonaba: ridículo, digno de una película apocalíptica de esas que se ven en los cines por cientos, junto con las de cine catástrofe.

—Dentro de mi sociedad hay jerarquías que todos debemos respetar, pero ellos, los del tipo de Vicente, son la excepción, la excepción a todo, cuentan con el apoyo del Diablo.

—Para traducirlo a un idioma que yo pueda entender, eso significa que Vicente, si lo quiere, puede romper con todos los órdenes preestablecidos.

Lucas asintió con la cabeza y prosiguió.

—Sí, suena demasiado apocalíptico y si me lo preguntas, creo que es ridículo. Vicente está en Europa, dándose la buena vida, probablemente asoleándose sobre la cubierta de algún gran yate, dudo que esté intentando conquistar el mundo, o siquiera que se moleste en hacerte visitas. A él no le importa nadie ni nada que no sea él mismo.

Eso me dolió.

—Disculpa—. Dio un paso hasta mí y me tomó de las manos—. Esa mujer ha de estar loca.

—Si ella está loca, entonces yo también; sino fue Vicente quien apareció en mi cuarto entonces eso significa que estoy teniendo alucinaciones. Aun así, eso no lo explica todo, cómo justificas el hecho de que haya notado una presencia en mi cuarto.

—Probablemente fue ella la que al creo —me sonrió con ternura—; han dicho que tenían poderes, ¿no lo recuerdas?

—¿Para qué haría una cosa así?

—¿Para quedarse con tu alma tal vez?

—En ningún momento amenazaron con hacer nada.

—Esta es la casa de Ariel, aquí dentro no pueden hacer nada.

Su explicación no me conformó.

Sin cenar —mi apetito se había esfumado— y con un nudo en el estomago, me fui a dormir, mejor dicho, a acostar, apenas si puede pegar un ojo, eso no sucedió hasta la madrugada, y tampoco duró demasiado, afuera se desató una tormenta tal, que los truenos me hacían saltar del colchón cada cinco minutos, además, las ráfagas de viento que amenazaban con hacer volar por los aires el tejado de la casa y con arrancar de cuajo los árboles del parque me ponían más nerviosa todavía. A las siete de la mañana bajé a la cocina en busca de algo caliente que beber para entrar en calor y allí me encontré con Lucas.

No volvimos a tocar el tema de la noche anterior, al menos para mí, no significaba que me hubiese olvidado del asunto, intuía que para Lucas tampoco había significado agua clara que pasaba por debajo de un puente, es más, esto era una correntada que amenazaba con tarde o temprano, reventar la represa

que la contenía.

El día hubiese sido de lo más silencioso de no ser por la lluvia que caía en intermitentes chaparrones.

No fue un día de playa ideal, y de cualquier modo al atardecer, luego de que nos diésemos un panzazo con las provisiones traídas de una pastelería más leche chocolatada caliente, y luego de haber estado todo el día vegetando, en una tregua que nos brindó el mal tiempo, salimos a dar una vuelta por la playa. Dos horas más tarde, con las piernas agarrotadas de tanto caminar y calados de frío hasta los huesos, regresamos a la casa, chorreando agua. El mal tiempo había empeorado y llovía tanto que apenas si podíamos mantener los ojos abiertos.

Llamaron a la puerta, la cual yo había dejado entreabierta, eso me hacía sentirme un poco más cerca de Lucas y al mismo tiempo, separada de él lo más sanamente posible, de un modo sutil, tal vez, pero lo justo para que se respetase la tregua de calma y velocidad media con que esta relación debía avanzar.

Una taza de porcelana blanca, con la etiqueta de un saquito de mi té preferido colgando por fuera, apareció entre el canto de la puerta y el marco.

—¿Algo para entrar en calor? —me preguntó Lucas asomando la cabeza dentro de la estancia. Antes de que yo tuviese tiempo para contestarle que una taza de té me vendría como anillo al dedo, él ya se había hecho espacio. Traía una taza para él también, además de una caja de alfajores, sujeta entre el brazo y el pecho.

Lucas todavía tenía el pelo mojado, pero al igual que yo, ya se había quitado las ropas empapadas en lluvia. Llevaba puesta una vieja remera gris que tenía impreso el logo de una marca de zapatillas de las cuales era fanático, y unos pantalones de deporte azules.

—¿Estabas lista para dormir? —preguntó luego de hacer un repaso visual de mi situación, yo ya estaba metida en la cama, medio acurrucada entre las mantas y la almohada.

—Sí; en realidad no tengo sueño—. Últimamente dormir no resultaba demasiado tentador, sobre todo porque no lograba descansar ni un poco, Vicente me atormentaba en interminables pesadillas cada vez que cerraba los ojos; y la noche de anoche no había servido para otra cosa que para empeorarlo todo.

Lucas no precisó de una invitación formal, en cuanto me senté con la espalda

contra el respaldo de la cama, vino y se acomodó junto a mí.

Me pasó una de las tazas, y dejó la caja de alfajores entre ambos.

Con las piernas cruzadas cual indio, sopló la superficie de su infusión.

—No para de llover —comenté mientras esperaba a que se enfriase la mía-. Si sigue así mañana no tendremos día de playa otra vez.

—No me molestaría quedarme todo el día metido en la cama —acotó el con picardía.

Un segundo pasó, entre mi suspiro y su soplido sobre el té.

—¿No tienes frío en los pies? —había llegado descalzo y no llevaba medias.

—No, estoy bien —me contestó con una infaltable sonrisa.

Las visiones llevaban días molestándome, pero en este momento no parecía siquiera estar cerca de aquí. Ansiaba tanto que Lucía estuviese equivocada; necesitaba que ella estuviese equivocaba, perderlos a los dos sería más de lo que pudiese resistir y tampoco me agradaba pensar que pudiese ser yo, la fuente de destrucción de ese misterioso mundo al que deseaba pertenecer. No, de ningún modo, Lucía no tenía que tener razón.

No puedo seguir viviendo pensando en él, o sintiéndome culpable por lo que pueda suceder, sé que tengo derecho a ser feliz —me dije—, Lucía se equivoca —entoné con énfasis dentro de mi cabeza—, las visiones están erradas, esto no está mal, no tiene por qué estar mal. Tengo todo el derecho del mundo.

Como para envalentonarme, le di un sorbo al té y dejé la taza sobre la mesa.

—¿No te gustó? —me preguntó al percatarse de mi movimiento.

—Sí, está muy rico —articulé y luego apreté los labios. Los ojos de Lucas me hacían flaquear, por qué, no lo sé. Bajé la mirada he inspiré, mis pulmones se llenaron de su perfume. Se me puso la piel de gallina. Pude sentirlo, había algo en el aire, entre nosotros dos y no era precisamente algo malo.

—¿Demasiado caliente?

Mi respuesta fue quitarle la taza de las manos.

Lucas se quedó mirándome con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—Bésame —le pedí.

No tuve que repetírselo. Clavándole la rodilla derecha a la caja de alfajores, se puso de rodillas frente a mí, y luego de tomarme por la cintura me besó. Mis labios se abrieron con una facilidad insospechada. Resultaba tan extraña la sencillez con que todo fluía entre nosotros dos, después de tantos malos pasos, de tantas ideas de venidas, incluso después de tan pésimos augurios. No más situaciones incómodas, no más vergüenza, los temores aún estaban allí,

pero lo más importante de todo es que yo ya no permitía que estos me dominasen. Tenía que intentar ser fiel a mí misma y eso procuraba. Si bien esto no era lo más placentero del mundo —no me refiero a su beso, su beso era perfecto— sino a toda la situación, para que una relación se encamine se precisa de algo más que mera química (al menos si la intensidad es que dure), no titubeé, mis manos actuaron con tanta precisión como las de Lucas y en cuanto quise constatar qué tan lejos llegaríamos, mis manos ya le estaban arrancando la remera.

Lucas se apartó de mí un momento para dejarme hacer.

—Te amo —entonó antes de volver a mí. Sus labios se enterraron de lleno en mi cuello. No se sentía mal, sino más bien lejano, semejante a si estuviese besando mi piel a través de una gruesa capa de tela o un traje de neopreno, completamente óptimo para meterse en el frío mar en un día como éste. Apreté los párpados intentando concentrarme en lo que deseaba lograr, en lo que quería sentir, pero el sentimiento y las sensaciones se me estaban escapando y delante de mis pupilas aparecían rostros, el de Lucía, el de Rafael y finalmente el de Vicente. Lo que vino como un arrebato tan concreto como el hormigón armado, se me estaba escurriendo por entre los dedos igual que un puñado de arena fina y seca. Insistiendo por recuperar lo que había iniciado puse manos a la obra, no me apetecía ser simplemente una espectadora de lo que sucediese dentro de este cuarto. Mis dedos fueron tanteando los costados del torso de Lucas, hasta que encontraron su espalda, plagada de desarrollados músculos que si todo se salía de control, podían dejarme hecha puré, pero no lo hicieron. Desesperada, clavé los dedos entre sus costillas; Lucas interpretó el gesto como lo que se suponía debía ser en una situación similar a esta, pero que no era, y arremetió contra mí sin él menor reparo. Me derrumbó de espaldas, el peso de su cuerpo me aplastó contra el colchón. Un par de resortes se me clavaron aquí y allí, no les hice caso, no podía concentrarme también en los malditos resortes, esto pendía de un hilo.

Admito que me quedé medio tiesa, pero en cuanto los labios de Lucas regresaron a los míos me relajé un poco.

Con vida propia mis piernas se enredaron en las suyas. Sentir su cuerpo sobre mí era estupendo y al mismo tiempo extraño; mi carne reaccionaba del modo esperado, no así mi cerebro.

—Va a salir bien, va a salir bien—. Me repetí a sabiendas de que debería estar disfrutando del beso y no intentando auto convencerme de que esto estaba bien. ¡Mierda!

Lucas soltó un gemido luego de apartar sus labios de mí. Puso mala cara.

—¿Qué pasa?—. Pese a todo, mis manos seguían ancladas en la parte baja de su espalda desnuda. Necesitaba que volviese a mí.

—Nada —me respondió con voz quejumbrosa.

Su nada sonó tan convencido cuanto yo estaba, de que debíamos seguir adelante.

—¿Seguro? —insistí.

—Sí.

Bajó otra vez hasta mí, su rostro quedó suspendido sobre el mío. Sus manos, que hasta ahora habían sido decorosas, entreteniéndose únicamente con mi cabello todavía húmedo, y con la piel de mi cuello, perdieron el recato y la delicadeza que las caracterizara hasta este instante; con decisión sus dedos buscaron la parte externa de mis muslos para finalmente encontrar mi cadera, y allí todo se fue al demonio.

Soltando alaridos, Lucas se apartó de mí. De su boca no solamente salieron gritos y quejidos, sino también un muestrario muy bien nutrido, de un lenguaje que podía viciar el aire hasta tornarlo irrespirable. Yo, sin aliento y con una sensación de vacío en el estómago, me quedé tendida en la cama sin tener ni la más pálida idea de lo que estaba sucediendo.

—Lucas, ¿qué te pasa?

—Mi espalda —se quejó.

Quedé más descolocada aún.

La visión regresó a mi lado al mismo tiempo que Lucas dio la media vuelta para enseñarme su espalda, o quizá, ya estaba aquí antes, pero yo no la veía hasta ahora.

—¿Cómo pudiste? ¡¿Cómo eres capaz de hacerme algo así?! ¡¿Cómo puedes, Eliza?! —la voz berreó violenta dentro de mi cráneo aturdiéndome.

—¡Lárgate! —le grité, pero por desgracia la palabra me salió en voz alta.

—¡¿Qué?! —Lucas tenía la cara contorsionada de dolor y desconcierto.

—Te lo advertí —rugió la vez en mis oídos, aunque no estoy segura de que Lucas la oyera también lo cual suponía una complicación todavía mayor.

Me lo había advertido, la espalda de Lucas tenía unas horribles quemaduras.

—Por Dios —gemí llevándome ambas manos a la boca, como si las quemaduras me doliesen también a mí (en cierto modo me dolían, psíquicamente, no en lo físico)—. ¡Fue él! —exclamé—. ¡Fue Vicente! No fui yo, te juro que yo jamás te haría algo así.

—¡¿Qué?! —su cara pasó de dolor a horror.

—¡Es Vicente, es él! Se niega a irse. No se aparta de mí, está siempre presente como una sombra que me sigue sea de día o de noche.

—¿De qué estás hablando? —Inquirió olvidándose de las feas quemaduras—. ¡No puedo creer que vuelvas a la carga con eso! ¡Esa loca de Lucía si que te convenció!

—No es eso, es que él no me deja en paz, jamás me dejará en paz —admití comprendiendo que quizá fuese la única verdad de la que pudiese estar segura. Me angustió todavía más el tono histérico en que salió mi voz. Nos seguirá a donde vayamos —rematé. Era totalmente cierto, allí dónde yo fuese, él estaría conmigo, siempre seríamos tres en esta relación. Nosotros tres y un mundo al cual yo no pertenecía.

—Aquí no hay nada... no hay nadie más que nosotros dos. Eliza, estás paranoica—. Dijo regresando a los pies de la cama—. Deja eso de una buena vez, y hazme el favor de no prestarle oídos a una extraña cuyos motivos para intentar protegerte son bien dudosos.

—No, no estoy paranoica. Vicente me siguió. Y no sé si los motivos de Lucía pueden ser puestos en duda, pero sí sé que él me habla, grita dentro de mi cabeza—. Decir esto en voz alta fue un golpe más duro para mí que lo que puede haber sido para él, intentar darle la espalda a lo que pasaba era como intentar tapan el sol con una mano.

—¡Eliza, Vicente está en Europa y los demonios extraños por lo general, no son de fiar!

—No soy una boba ingenua, ni estoy loca —chillé y se me fue el tono de voz al demonio, lo cual le quitó cualquier posibilidad de resultar creíble a mí aseveración—, sé lo que veo, también sé que yo jamás te haría daño. Ha sido él, él te quemó—. No podía ser yo, no quería ser yo la responsable de eso.

—¿A través de tus manos? —exclamó incrédulo completamente fuera de sí—. Si quieres que me largue de tu cuarto tan solo dilo —berreó trastornado.

—¡¿Qué?! Yo no...

—Esto es demasiado. No entiendo nada —se llevó las manos a la parte baja de la espalda pero no se la tocó—. No entiendo cómo es que...

—Una vez le hice lo mismo... a Vicente —completé casi sin aliento. En esta ocasión sin duda, era peor para mí, con Lucas todo era más complicado de lo que fuera con Vicente.

—Yo... yo... —con sus ojos fijos en los míos, Lucas cerró la boca y tragó saliva, lo sé porque su cuello se ensanchó—. Tengo que... —sin poder acabar la frase, manoteó su remera de encima de la cama y se largó, azotando la

puerta al salir.

Si existía un modo de arruinarlo todo definitivamente, éste era.

Me derrumbé en la cama, esta vez por cuenta propia. Me abrasé a la almohada deseando morirme; apagué la luz y me envolví en las mantas y como toque final le dije en voz alta a aquella visión, que la aborrecía. Mentira. La visión no me creyó ni yo a mí. Llorando tanto como fuera llovía entré en la madrugada sin pegar un ojo por segunda noche consecutiva.

En alguna hora perdida en la oscuridad de una noche especialmente lóbrega, la puerta volvió a abrirse. No me asusté pese a que un cuerpo se movió hacia dentro de la habitación, con sospechoso sigilo, ya había reconocido su perfume.

Sin decir una palabra, Lucas trepó a mi cama, se tendió junto a mí y me abrazó.

—¿Por qué no puedo apartarme de ti? —Dijo al oído en voz muy baja—. ¿Quieres que me aparte de ti? —me preguntó poniéndome una mano sobre el hombro.

—No —le contesté todavía llorando.

—¿Qué fue todo esto?

—No tengo idea—. Me acomodé boca arriba y lo enfrenté cara a cara.

—Me quemaste... y yo que pensaba que eras tú la que podía resultar herida —ironizó.

—Estoy perdiendo la cabeza —sollocé aferrándome a su remera, la misma que el arrancara antes. Ya no podía más—. Siento que me hundo un poco más cada día.

—No pienso dejarte caer, ¿me oíste?, no pienso permitir que te hundas. No sé cómo, pero te prometo que encontraremos una solución.

5. No soy un ángel.

Con los ojos todavía cerrados, rodé sobre el lado derecho de la cama, suponía que me toparía con un cuerpo caliente antes de llegar al borde del colchón, no fue así, mis manos acariciaron la fría sabana que quedara al aire libre, después de que Lucas se levantara, apartando el acolchado y las mantas. Despegué los parpados; la habitación estaba iluminada pero no había sol, el opaco brillo grisáceo era síntoma de que aún continuaba el mal tiempo; al menos no se oía llover.

Haciéndome un bollo sobre mí misma, por debajo del abrigo de la ropa de cama, me refregué la cara y los ojos. Hacía frío, demasiado para un día de verano. Mis pies estaban helados, y por causa de haberme acostado con el cabello mojado, tenía una incómoda sensación de frío y humedad en la nuca; me dolían todos los huesos y me faltaban las ganas hasta para respirar.

Entregándome a la debilidad, permití mis parpados se juntaran otra vez; no perdí la conciencia, por más que mi cuerpo se negara a realizar trabajo alguno, mi cerebro ya estaba bien despierto y funcionando.

Me puse a pensar, no es que me lo hubiese propuesto, simplemente mi neuronas decidieron intentar formular una recapitulación de lo sucedido en este último año de mi existencia y no tenía buena apariencia.

Había aceptado lo que me habían contado, lo que me habían hecho creer; ahora, mirando las cosas desde una mejor perspectiva, me daba cuenta de que lo más probable es que Vicente me hubiese dejado ver únicamente lo que él necesitaba que viera, es más, ni siquiera sabía a ciencia cierta si las cosas que me había contado de su vida privada, no eran más que una gran mentira, todo, absolutamente todo podía ser mentira, lo cual le daría validez a las palabras de Lucía. Se me antojaba un ultraje creer en las palabras de una extraña y no en las de Vicente, pero después de todo, Vicente había demostrado que para él, mentir, no era algo que le costara demasiado.

Más allá de descubrir quién mentía y quién decía la verdad, existía un punto que me incomodaba todavía más: yo misma. Lo que pasaba dentro de mí y conmigo, era un completo misterio: atraía demonios, de eso no cabía la menor duda, y no a cualquier tipo de demonios, en su mayoría, los que me rondaban, eran bichos raros, poderosos bichos raros unos; y otros, bichos de tipo oveja negra. Además —y no considero que esto sea un detalle menor— tengo la capacidad de quemar demonios siendo humana. Con todo esto, más allá de las locuras que suceden y sucedieron a mí alrededor estoy empezando a creer que quizá hay algo en mí, que no está bien. No soy un ángel, jamás he proclamado serlo, pero esto...esto... ¿Acaso están jugando con mi mente?, ¿por qué, para qué?

Apretando los parpados hasta que todo se llenó de destellos plateados, me tapé la cara con la almohada y hundí en ella mi nariz; al respirar, me llegó el perfume de Lucas; mi subconsciente en vez de reaccionar recordando a quién había estado en esta cama junto a mí toda la noche, añoró a quién mi corazón todavía clamaba. Un día como ayer, hacía un año, Vicente había entrado en mi vida, y a pesar de hoy no contar con su presencia física cerca de mí, seguía

más a mi lado que nunca, ahora quizá más como una maldición que como una bendición en la que creí encontrar un amor para toda la vida. La puerta se movió sobre sus goznes. Aflojé la presión que mantenía la almohada sobre mi rostro y abrí los ojos.

—¿Eliza, estas despierta? —me preguntó Lucas en voz muy baja.

Le contesté que sí, asomándome por el borde de las mantas, para luego apartarme de su lado de la cama, él venía hacia aquí.

—Llovizna otra vez —comentó—, afuera está horrible; ¿qué tal estás, cómo dormiste?

Había experimentado mis pesadillas de siempre, de modo que realmente no existía ningún motivo para mencionarlas, había sido una noche de lo más normal, por lo típicamente anormal, quiero decir.

Lucas trepó a la cama y se sentó de frente a mí.

—Hablé con Ariel —comenzó a decir cruzándose de piernas.

Esperando el resto de la historia, trepé por las almohadas y me apoyé en la cabecera.

—Llamó él, para preguntarme si habíamos tenido problemas anoche, le informaron que por la zona se habían perdido dos demonios muy peligrosos y rebeldes.

—¿Qué se perdieron? —inquirí con sorna. Únicamente se les habían perdido a quienes venían persiguiéndolos, y sin duda, por el comentario de que eran muy peligrosos, no eran santos de la devoción de Ariel y otros de su tipo.

—Estuvimos bajo serio peligro anoche, Ariel dice que supone que andaban tras de ti.

Se me escapó un resoplido de fastidio, Ariel había hecho mucho por mí y se lo agradecía, sin embargo esos dos no eran peligrosos, no al menos para mí en el sentido estricto de la palabra, quizá sí, para lo que otros esperaban que sucediese conmigo.

—Si hubiesen querido algo de mí, lo habrían obtenido, ¿estoy viva, no? No me hicieron daño alguno y en ningún momento intentaron nada extraño.

—¿Tú crees? —me desafió cursándose de brazos—. Por qué están tan segura de que no obtuvieron lo que deseaban.

—¡Vamos!, hasta lo que yo sé no se llevaron mi alma.

—Es cierto, pero quién te ha dicho a ti que para eso vinieron.

—Lucas, de qué estás hablando.

—Ariel me contó quienes eran esos dos.

—¿Y quiénes eran?

—Son cazatalentos.

No fue mi intención quedarme boquiabierto como una reverenda idiota, pero así fue, tenía una vaga idea de lo que significaba para los demonios, ser un cazatalentos. De talentos sí sabía, al menos un poco, en ese aspecto de las cualidades demoníacas no era una completa neófito.

—¡No es cierto! ¿Cómo lo sabe?

En respuesta, Lucas simplemente me miró.

—¿Vinieron a espiar o algo así?

—Algo así —fue su respuesta.

—¿Quién los envió?

—Supongo que no conoceremos esa respuesta hasta que los atrapen, si es que los atrapan, literalmente desaparecieron del mapa.

La palabra atrapar no sonaba nada bien, sobretodo porque detrás de ésta se escondían otros verbos todavía menos agradables; para criaturas que no pueden morir más que con un solo método muy específico, seguramente existe una variada gama de torturas posibles de soportar, torturas que me figuro, le arrancarían una respuesta —la que fuese que le pidieran—, hasta al demonio más aguerrido, ¿o no? ¿Hasta que punto eran capaces de soportar el dolor? Eso era algo más que yo tampoco sabía.

Nos quedamos en silencio.

Lucas bajó los ojos.

—Ariel nos quiere de regreso en Buenos Aires para esta noche. Insistió en que estaremos mucho más seguros en el departamento —apretó los labios —, allí puede protegernos mejor que aquí. Incluso con tanta agua de por medio, quedó demostrado que lo que sea que los moviliza es suficientemente fuerte, por ti se atreven a enfrentarse al cualquier cosa, por desagradable que sea.

—No es la primera vez.

—No, no es la primera vez. De todos modos este viaje ya no tiene demasiado sentido, yo también creo que estaremos mejor en casa.

En un silencio casi constante juntamos nuestras cosas, hicimos orden, cerramos todo y nos largamos de allí.

El viaje se hizo largo y lento a causa de la tormenta que se descargó sobre nosotros en cuanto entramos a la ruta. El cielo estaba tan bajo y oscuro que parecía que se nos caería encima de un momento a otro y el agua que corría por el asfalto era tanta que las gomas de la camioneta levantaban olas a los costados del vehículo igual que si estuviésemos en una lancha remontando un río turbulento y no en tierra firme.

Yo no había dicho una palabra al respecto, pero tenía un nudo en el estomago, ya tenía suficiente de persecuciones y estaba cansada de esconderme. Cansada de esperar.

—¿Lucas?

—¿Sí? —preguntó sin desviar los ojos de la ruta después de chuparse los dedos, acababa de tragar su séptima porción de masa dulce. Jamás descubriré dónde mete tanta comida.

—Si consigo el permiso de Vicente, tú lo harías por mí.

No era necesario que le explicase nada más, entendía perfectamente de qué le hablaba.

—¿Es eso lo que quieres? —me preguntó sin tonos melodramáticos y sin espamentos.

—Sí, nunca en toda mi vida estuve más segura de nada, no me preguntes ni cómo ni por qué... creo que esto es para lo que existo.

—No sé de nadie que haya venido a este mundo con el propósito de convertirse en demonio.

—Aun así, es lo que quiero —, insistí buscando sus ojos sin encontrarlos, pese a que me acomodé de costado sobre la butaca, Lucas ni siquiera me miró de reojo—, llegué a un punto que ya no tiene vuelta atrás, no puedo simplemente ser una humana por la simple razón de que no puedo olvidarme de todo lo que sé y lo que sé no se olvida de mí —se me escapó una sonrisa amarga—. Además tengo la constante sensación de que estoy a mitad de camino, y como no puedo andar marcha atrás, e insistir en quedarme así como estoy no me da ninguna garantía de poder llegar a la vejez... cambiar es el único futuro que se me ocurre.

Lucas soltó un “hummm” grave y profundo, el cual retumbó en su amplia caja torácica, al tiempo que fruncía la boca. Me miró y entonces me di cuenta por qué había estado evitando hacerlo: sus ojos estaban llenos de abrumadora contrariedad, tanto es así que me costó horrores resistir a la tentación de darle la espalda y cambiar de tema.

Lo que me pides no es lo más agradable que se pueda hacer por aquel a quien amas.

—No estarías condenándome, me estarías salvando de algo mucho peor.

Lucas apartó la mirada. Con la vista puesta otra vez en el horizonte gris, añadió: —de verdad confías en que él te dará su permiso.

¿Eso era un sí?

—Él o alguien superior a él. Si Vicente se niega a hablar conmigo siempre

está la opción de recurrir a Ariel. Es su superior, tiene suficiente poder para decidir, ¿no?

—Supongo —contestó encogiéndose de hombros.

—Necesito averiguar dónde está o cómo me puedo poner en contacto con él.

—No me agrada la idea de que vuelvas a ver a Vicente—. Involuntariamente sus dedos retorcieron el volante, parecía estar retorciéndole el cuello a una gallina. Sí eso era lo que provocaba en él la mera mención de que volviese a enfrentarme a Vicente ni me atrevo a pensar en lo que sucedería si alguna vez, volvemos a estar los tres en una misma habitación. Sacudí la cabeza para olvidarme de eso.

—Es el único modo de terminar con esto—. Cien por ciento, pura verdad, él lo había iniciado y podía terminarlo.

Lucas giró el volante a la derecha y detuvo la camioneta en la banquina, apagó el motor y así se extinguió el ronroneo en enturbiaba el sonido de la lluvia. Los brazos le cayeron a los costados del cuerpo, exangües, igual que si se hubiese quedado sin fuerzas.

El camino de vuelta se parecía mucho al camino de ida, me dio la sensación de que mi vida giraba en círculos sobre el mismo eje una y otra vez. ¡Dios, cuanto necesitaba escaparme de esta rueda infernal!

—Nunca tomé el alma de nadie de ese modo.

—Pues seré tu primer alma —le dije con una sonrisa intentando aplacar sus miedos y dudas. Mi insistencia comenzaba a dar sus frutos.

—Soy un hipócrita por estar tan dispuesto a darte lo que me pides después de haberte dicho más de una vez, que cambiar, era lo peor que podías hacer.

—Quizá en el momento en que lo dijiste aquello era lo correcto. Las cosas son muy distintas ahora. Todos tienen derecho a cambiar de opinión.

Los labios de Lucas se tensaron en una sonrisa tirante y algo amarga.

—Sigo pensando que ayudar a una persona a convertirse en demonio no es hacerle ningún bien a la humanidad; tampoco estoy dispuesto a dejarte sufrir y mucho menos a morir, lo cierto es que si no queda otra opción, tomaría tu alma gustoso.

—No hay otra opción—. El corazón se me aceleró, la balanza se inclinaba cada vez más hacia el lado del sí. Podría volver a respirar tranquila algún día, incluso sin tener necesidad de hacerlo. Un fugaz pensamiento atravesó mi cerebro: qué se experimentaría al no tener la necesidad de respirar.

—Siempre hay otra opción —replicó Lucas cortando mis delirios.

—¿Y cuál es?

—Todavía no lo sé, pero lo averiguaré.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto tendrás que confiar en mí y hacer lo que te digo; tenía razón con respecto a esos dos y no me hiciste el menor caso, así jamás podré mantenerte segura.

—Está bien, ese es un punto a tu favor.

—Llevo más tiempo que tú metido en esto, es mi mundo, lo conozco. Deja de pensar en mí como si yo fuese el hermano menor al que debes cuidar, siempre piensas en mí de ese modo, puede que me vea muy joven... sabes que soy un hombre, un demonio. Yo te protejo a ti, no tú a mí.

—No me agrada la idea de tener una niñera, en parte es por eso que quiero cambiar, me fastidia no ser capaz de defenderme por mí misma.

—Eres capaz de defenderte de todo lo humano, pero esto es algo que está fuera de las manos de cualquier humano.

—Me das la razón. Por favor, Lucas, no demoremos esto más, quiero cambiar. Pídele a Ariel que me ponga en contacto con Vicente.

Lucas se mordió la parte interior del labio inferior y permaneció así en silencio por un par de segundos que se me antojaron una eternidad.

—Bien. Lo haré. No prometo nada y no te hagas demasiadas ilusiones, es probable que ni el propio Ariel esté dispuesto a dar su permiso.

—¿Por qué no?, si yo cambio dejaré de ser un problema para él.

—Tal vez sí, tal vez no. Nada de lo sucedido contigo hasta ahora fue normal, de modo que lo que yo sé de este tipo de cosas, puede no contar demasiado en tu caso. ¿Tú de verdad quieres cambiar, no te arrepentirás luego?

—Quería esto ayer, lo quiero ahora y voy a seguir deseándolo mañana. No me arrepentiré ni voy a culparte cuando ya haya cambiado. No quiero ir al cielo si tú no vas a estar allí. Soy una pecadora, quiero vivirlo todo, quiero sentirlo y experimentarlo todo; deseo poder tener lo que ustedes tienen. Estoy harta de la tibieza que ha sido mi vida durante tanto tiempo. Necesito deshacerme de esta cáscara sensible e indefensa que me contiene. Nunca tuviste la sensación de querer escaparte de tu cuerpo, de arremeter contra la vida con toda la fuerza posible, y no lo digo en un mal sentido, sino... —apreté los dientes, ahora mismo tenía esa sensación de querer separar mi costillar en dos para escaparme de este cuerpo al que estaba atada—, necesito vivir y si para eso primero debo morir como humana, pues entonces está bien, lo haré. Como te dije, sé que esto es para mí, tengo la impresión de que siempre lo supe.

—Sí que eres realmente particular, una en un millón.

—Llévame a casa y empecemos con esto de una buena vez.

La sonrisa que afloró en su rostro ahora, era un tanto más alegre que la anterior. Yo también me alegré, había recuperado la esperanza, con un poco de suerte, este año sería el último que yo contara con cánones humanos, luego, el tiempo, perdería sentido y la vida imperaría sobre todo lo demás, la vida pura y sincera, sin parámetros, sin límites, me convertiría en fuerza, en naturaleza, en poder y sensaciones, me convertiría en lo más humano que nadie jamás hubiese soñado ser, en un humano puro, en un demonio, en una explosión de vida.

6. Revelaciones.

El tiempo empezó a perder sentido antes de lo esperado, es decir, ya realmente no importaba porque sabía que a la larga, el pasar de los días no me afectaría en lo más mínimo. ¡Qué más da unos días más o unos días menos! Incluso aunque pasaran un par de meses, no habría la menor diferencia, en una eternidad dos o tres años no son nada, a nadie dañaría la diferencia entre veinticinco y veintiséis años, aunque yo esperaba que no se demorara tanto, no tenía intención de seguir escondiéndome mucho tiempo más.

Lucas intentó ponerse en contacto con Ariel en cuanto llegamos al departamento pero no hubo caso, no respondía a su celular; a la mañana siguiente me enteré de sus labios, que Ariel había salido del país y que no regresaría hasta pasadas las fiestas, y que tampoco estaría disponible. Precisé tomarme un momento para serenarme y hacerme a la idea de que mi cambio estaba encaminado.

—¡Eliza! —llamó Lucas desde el living con una voz tan alegre que resultaba contagiosa.

—Ya voy —le grité en respuesta desde la habitación, luego de arrojar el último almohadón sobre la cama recién hecha—. ¿Qué pasa?—. En cuanto lo salí del cuarto, lo vi, estaba de rodillas frente a nuestro flamante árbol de navidad, lo habíamos comprado, junto con todos los implementos para decorarlo, en el supermercado, el mismo día que regresamos de la costa. Lo había armado y por lo que me pareció, estaba buscando un lugar en el que ubicarlo.

—¿Te parece bien aquí?

—Ahí está perfecto—. Había sido su idea comprar el árbol, también había sido su idea, que festejásemos hoy, con amigos y por adelantado, la navidad en nuestro departamento, pero la verdad es que no me había costado amoldarme a sus planes, estaba tan entusiasmada cuanto él, no por las fiestas de fin de año en particular, sino por todo lo demás, por lo que vendría.

—Eso me pareció —dijo al ponerse de pie, con las manos en la cintura—. ¿Me ayudas a decorarlo? A partir de aquí no tengo ni la menor idea de cómo seguir.

—No hay problema.

—De hecho, te molestaría mucho hacerlo tú sola, le prometí a tú mamá que iba

a encargarme de preparar algunas cosas para mañana y todavía no empiezo a cocinar, además tampoco he hecho nada para la cena de esta noche.

—Hagamos una cosa, tú empieza a cocinar, en cuanto yo termine con esto te ayudo.

—No hará falta.

—¿Qué, temes que arruine tus comidas? —lo chanceé.

Se me acercó y me dio un suave beso sobre los labios.

—No, para nada, me encanta tenerte en la cocina conmigo —me susurró apenas separándose de mí. Si sus ojos hubiesen tenido dientes me habrían devorado—. Pero me dijiste que querías ir a comprar los regalos de navidad para tu madre y tu padre.

—Cierto.

Lucas sonrió mordiéndose la comisura derecha del labio. El gesto aumentó el brillo pícaro de sus ojos oscuros, tornándolos más profundos que un agujero negro.

—¿No quieres venir conmigo?

—No creo que termine a tiempo, además, yo ya hice mis compras.

—¿Tendré que salir sola?

—Así parece.

—¿Qué tramas?

—Nada.

—Conozco esa cara de póquer tuya —lo acusé con un dedo en alto—, no puedes mentirme.

Finalmente no pudo más y sonrió de oreja a oreja.

—No tengo cara de póquer, estoy contento, eso es todo; y no, no te estoy mintiendo —añadió apartándose de mí.

—Entonces, no hay problema con que salga sola. Pensé que eras mi niñera —le sostuve la mirada y él no parpadeó—. ¿Qué?

—Nada.

—¿No corría peligro?

—La ciudad es más segura para ti.

—¿Es que acaso tengo más de una niñera?

Lucas dio un paso atrás. Gesto que interpreté como que se ponía en evidencia.

—Confórmate con saber que estarás segura allí afuera. En tanto y en cuanto salgas en la camioneta, hagas tus compras y regreses a casa, todo saldrá bien.

—¿Cuánto tiempo llevan cuidando de mí?

—Desde que Vicente se fue; no fue mi idea, fue suya... suya y de Ariel, y la

verdad es que no me molesta tener ayuda a la hora de preservar tu integridad. No notaste su presencia hasta ahora y tampoco los notarás hoy.

Esa era una revelación de peso. ¿Vicente había puesto demonios a cuidarme? ¿Es que estaban ahí afuera realmente para cuidarme o para espiarme, temía que hiciese algo, o que me hiciesen algo? ¿Le pasarían informe con lo que yo hacía, a dónde iba, a qué horas y con quién? Pensar en que pudiese realmente saber de mí, de mi vida sin él, me ponía nerviosa. Si esto me afectaba así, qué me sucedería el día que tuviese que enfrentarlo para pedirle que revocara su decisión, que me liberara de la sentencia con la que me había condenado a permanecer humana.

Al llegar a la mesada, quedándose con una mano en alto en su viaje hasta el imán del cual colgaban los filosos cuchillos japoneses que eran su orgullo y alegría, Lucas dio media vuelta y me miró.

—Te enojaste—. No me lo preguntaba, lo aseveraba, y se equivocaba. Se debía haber hecho idea porque mi cara se había derretido igual que si fuese cera al calor, sin embargo las razones para eso eran muy diferentes a las que él suponía.

—No, para nada; no estoy enojada y mucho menos contigo, no tienes nada que ver en todo eso.

—No te lo había dicho, y sé cuanto odias que te oculten cosas.

Sí que me conocía, pero esta vez, realmente no estaba enojada, sino simplemente sorprendida.

Se me ocurrió una idea.

—¿Sabes quiénes son?

—¿Los que te cuidan? Bueno, realmente no los conozco muy bien, de vista a su mayoría, de otros sé como se llaman y no más que eso.

—Pero me imagino que ellos conocen a Vicente y mantendrán contacto con él, de otro modo no se habrían prestado a esto—. Debían ser de su confianza, de otro modo jamás los hubiese metido en esto, de eso estaba casi segura.

—Veo por dónde vas, y quizá sea una buena idea, es probable que alguno de ellos pueda ponernos en contacto con Vicente... Por qué no primero me dejas intentar hablar con Ariel, no pasarán más que unos días de aquí a que regrese. ¿Puedes esperar unos días más, no?

Contesté que sí con la cabeza puesto que no era capaz de articular palabra, el malestar del estómago se me había subido a la garganta, tenía el rostro de Vicente invadiendo mis retinas y no conseguía pensar en otra cosa que no fuese el momento en que tuviese que enfrentarme.

—Siempre serás mía —la voz de Vicente retumbó en mis oídos. Era obvio que Lucas no la escuchaba, su rostro permanecía impassible—. No tienes ni idea de lo que vas a hacer, no te conoces a ti misma. Vas por mal camino Eliza. Este es un gran error.

—Mejor me preparo para salir —solté desafinando a causa de lo alterada que me ponía oírlo en mi cabeza—. No quiero que se me haga muy tarde.

—Me parece buena idea.

A Vicente también le parecía buena idea que me alejara de Lucas, experimenté una sensación extraña, un alivio que no era mío en forma de ronroneo felino, constante y suave.

Con las antenas en alto y bien desplegadas, puse un pie en la calle. Inmediatamente hice un reconocimiento a mí alrededor, en busca de la presencia que se suponía, debía cuidar mis pasos. No detecté nada anormal a mi alrededor. No había motos negras de aspecto sobrenatural, ni personajes que exudaran esa energía y ese olor tan particular, apostados en las esquinas o más allá. Frente a mí, estaba mi camioneta, y justo por detrás de ésta, el auto de Lucas. La dueña de la casa de al lado baldeaba la vereda, bien, realmente estaba tomándose un descanso, otra vecina del barrio se había detenido a conversar con ella, cargaba una bolsa con compras y parecía feliz y entusiasmada, éste era el ánimo que flotaba a mi alrededor mezclado con el perfume a jazmines que tanto me perdía. Giré la cabeza y eché un vistazo hacia el otro lado, venían dos chicos de unos diez años, montados en sus bicicletas. Ya tenía las llaves de la camioneta en la mano, de modo que solamente me bastó con presionar el control remoto para tener a un paso, la seguridad de mi camioneta blindada a prueba de demonios. Me subí, coloqué las llaves en el encendido y espí por los espejos retrovisores, ningún auto se movió de su estacionamiento junto al cordón, no hubo prisas ni corridas por no perderme de vista.

Quitó el freno de mano, encendí el motor, puse primera y aceleré. La dirección de la camioneta reaccionó sedosa como siempre, pese a lo pesado y macizo de la estructura. En cuanto me separé del cordón, integrándome al tránsito de la ciudad, volví a fijarme a ver si alguien me seguía pero estaba sola. Hice un par de cuerdas antes de decidir a dónde ir, es que realmente no tenía ni la menor idea de lo que deseaba comprar, no estaba demasiado inspirada para efectuar compras navideñas. Esperaba que la algarabía colectiva por gastar se me pegara en cuanto llegase al shopping.

Lo único que se me pegó fue el calor humano de la gente que se amontonaba en los corredores.

Miles de rostros se movían por encima y por debajo de mí, pero en ninguno de ellos encontré lo que deseaba hallar.

Dos horas, mucho cansancio y menos dinero en el bolsillo, más tarde, estaba yo en una perfumería, esperando a que me envolvieran el último regalo que me había quedado por comprar: el de mi padre. Con el cerebro estrujando en un intento de ser creativa con mis presentes navideños, terminé decantándome por una opción clásica y segura, un perfume. Más allá de la idílica y típica imagen de espíritu navideño que pudiese transmitir, con las bolsas de regalos en las manos y un enorme árbol navideño a mis espaldas, el cual estaba decorado con pequeños frasquitos de perfume, piezas de maquillaje que más parecían verdadero adornos en vez de simples embases y pequeñas lucecitas blancas, mi mente no acompañaba el ritmo de la música navideña que salía por los parlantes del sistema de música funcional del shopping, yo estaba en otra parte, concentrada en que no se me escapase ni un solo rostro que examinar.

La docena de empleadas trajeadas de impecable sastrería, se movía entre la marea de clientes desesperados por comprar. Me hice a un lado, para dejarlos hacer; con el fin de largarme y regresar a casa lo antes posible, me coloqué en la fila que había para pagar, frente a la caja registradora. ¡Sí, había fila para pagar!

Procurando no perder nada en el proceso, saqué la billetera de mi bolso y me moví hacia el mostrador para ver si mi paquete ya estaba listo, con tal mala suerte, que me llevé por delante a un hombre que hasta un segundo atrás no estaba allí. Literalmente para mí, se había materializado de la nada, pero gracias a mi distracción, bien pudiese ser que el pobre hombre hubiese caminado hasta allí como cualquier otro mortal, sin que yo me percatara.

Sin querer lo pisé. Suerte para él que yo no era del tipo que va por la vida constantemente trepada en zapatos de tacón.

Me disculpé apartándome cuidando de no llevarme por delante a nadie más.

El hombre se volvió hacia mí y fue cómo si diese de lleno contra una pared de concreto, en un segundo mis ojos, mis oídos y mi nariz se llenaron de sensaciones y percepciones que sobrecargaron de trabajo a mi cerebro. Con un fognazo sus ojos de un azul turquesa hicieron que me olvidara de los demonios que deseaba encontrar; jamás en la vida había visto tanta claridad y luz en un par de ojos, era como estar contemplando al cielo mismo, un cielo libre de polución o cualquier otro agente contaminante.

Mi foco visual se expandió igual que la lente de una cámara, su rostro se desplegó en todo su esplendor; va a sonar cursi pero fue como si un pimpollo se abriese delante de mi, un pimpollo de pétalos muy pálidos. La piel de este hombre era tan perfecta y tersa como la que muchas mujeres que gastaban cientos de billetes en productos de belleza en este mismo loca, desean tener; libre de imperfecciones, arrugas y con el mínimo de marcas de expresión. Sus rasgos cuidadosamente proporcionados conformaban un rostro sólido y excepcionalmente extraordinario pero no agresivo, el cual se imponía ante todas las otras caras que me rodeaban. Me figuro que yo no era la única allí que se sentía atraída por ese hermoso rostro que no tenía nada de particular.

Lo siguiente en descubrir fue su tupido cabello castaño, del cual, nacía al frente, un mechón de canas plateadas que daban la impresión de ser un accidente de la naturaleza entre tanta perfección. Mi vista se deslizó hacia abajo por su cuello y se expandió todavía más al llegar a la altura de un par de hombros anchos y fuertes cubiertos por la impecable costura que como sello personal de un sastre de primer nivel, de esos que ciertas personas pueden darse el lujo de tener, se ajustaba al contorno de sus músculos y huesos evidenciando que aquella prenda, posiblemente hubiese sido cosida sobre su cuerpo.

Mis ojos acabaron cayendo al suelo; a centímetros de los míos, un par de relucientes zapatos abotinados azules confeccionados en un cuero que parecía glaseado por lo brillante gritaba: ¡esto no se consigue en cualquier parte!

Algo ruborizada por mi descaro, levanté la vista, sus indulgentes ojos turquesa me consolaron.

—No, disculpe usted, no la vi llegar —me sonrió —es que con tanta gente uno acaba mareándose. Esto es una locura, un infierno, el lugar está lleno.

—Sí, es la razón por la que uno no debería dejar las cosas para último momento —comenté y luego me arrepentí, probablemente al hombre no le importaba mi opinión y simplemente había dicho lo que había dicho nada más por ser educado.

—Se hace lo que se puede —me dijo sonriendo al tiempo que se encogía de hombros.

Su voz desprendía calidez y gentileza cualidades que a un día de la noche buena, contrariamente a lo que debiera esperarse, muchos han perdido; muchos como la cajera que a cara de perro, me preguntó cual paquete era el mío.

—Ese de ahí —le contesté apuntando hacía lo que creí era el perfume de mi padre.

Con un tono bastante desagradable, la mujer me soltó como escupidas, los datos del producto que figuraban en el ticket que se suponía debía cobrar.

El extraño me sonrió al mismo tiempo que me miraba de costado siguiendo el trabajo de la joven mujer que envolvía una caja ya preparada para regalar, conteniendo un perfume, una crema y algo más que no sé que era.

—¿Es para tu novio? —me preguntó apuntando con la cabeza en dirección a la bolsa con el perfume, que todavía estaba sobre el mostrador de grueso vidrio de reflejos verdosos.

Su curiosidad me tomó desprevenida, principalmente porque creí que la conversación ya había muerto y segundo, porque jamás me hubiese esperado que aquel hombre fuese del tipo que se pone a entablar conversaciones con desconocidos en lugares públicos, y menos de hacer preguntas que quizá intentasen solapar segundas intenciones. ¿Era idea mía o coqueteaba conmigo?

—Es para mi padre, no tengo novio —contesté con voz entrecortada soportando el recuerdo de Vicente en mi cabeza y olvidándome por completo de Lucas. Al instante me sentí pésimo por semejante omisión y por tener el descaro de seguirle la corriente a aquel hombre, hablando de más, ¡¿qué esperaba yo, conseguirme una cita con un humano justo ahora?! ¿Desde cuando yo jugaba este tipo de juegos?, si nunca había sido del tipo que anda por ahí dando su número de teléfono al primero que se lo pide.

—Ya veo—. Los ojos del hombre bajaron hasta el resto de mis bolsas examinándolas—. Soy Eleazar —se presentó y como punto final a la frase sonrió. Con su cabeza al inclinarla, me hizo una especie de reverencia.

—Eliza —medio balbuceé tensa e incómoda.

—Es un placer conocerte, Eliza.

Si por un segundo me dio la impresión de que estaba a punto de pedirme mi número de teléfono me había equivocado, eso nunca pasó. La cajera nos interrumpió al tenderme el comprobante que debía firmar para completar el pago. Lo firmé y se lo devolví.

—Tienes buen gusto, es un perfume simple y exquisito, a tu padre le gustará—. Me sonrió—. Felices fiestas.

—Igualmente —di media vuelta y prácticamente me escapé corriendo.

—¡Por Dios, apestas, te huelo desde que saliste del ascensor!

Lucas me soltó aquello sin siquiera darme tiempo a terminar de entrar o tan solo, a sacar la llave de la cerradura.

—¡¿Yo apesto?! —tiré de la llave para sacarla del ojo de la cerradura, desde

el incendio la puerta se trababa a cada dos por tres. En cuanto lo logré me abaniqué la cara, lo único queapestaba era el departamento, olía a ajo reconcentrado—. ¿Acaso estás preparando un menú anti vampiros?

—No te quejes, ya verás que rico queda todo cuando esté terminado.

Al contrario del desastre que esperaba encontrar después de haber dejado a Lucas por cuatro horas solo, cocinando (indefectiblemente cada vez que cocinaba ensuciaba todos y cada uno de los implementos de cocina que teníamos), todo estaba en condiciones aceptables, las pocas cosas que había por el medio se contaban con los dedos de una sola mano y él en este momento, utilizaba tres de ellas: una tabla de picar, una cuchilla y un cuenco en el que tenía cubos de pollo todavía crudo. Lucas estaba picando jengibre.

—Por lo visto hiciste todas tus compras.

Le había faltado el tiempo para espiar. Como entre todas las bolsas tenía su regalo enfilé directamente para mi cuarto.

—Hueles a como si hubieses probado los perfumes más fuertes que tenían en la perfumería- me gritó sin soltar su labor.

—Estuve en la perfumería, compré un perfume para mi papá, pero no me probé ninguno y el que compré es realmente suave —me defendí alzando la voz mientras me desabrochaba los jeans.

—¿De verdad? —insistió con voz rara, debía estar tapándose la nariz. Le costaba tan poco convertir cualquier situación en un evento gracioso y divertido.

—De verdad. Ha de ser porque el lugar estaba lleno de gente probando perfumes.

—Deberías darte un buen baño.

Terminé de cambiarme los jeans por uno shorts y me arranqué la blusa para reinstalarme en mi cómoda remera de dormir. Para culminar en el summun de la comodidad, ya pisaba sobre el suelo descalza.

—No tengo la culpa de que tengas un olfato tan sensible. En fin, qué tal todo por aquí.

—Bajo control. La señora de la casa puede sentarse a descansar hasta la cena de la noche, está todo casi listo.

Con curiosidad, pasé por detrás de él y destapé una de las cacerolas que estaba sobre el fuego, dentro borboteaba una salsa color caramelo de aroma penetrante.

—Estoy experimentado —explicó.

—¿Seguro que podremos comer esto? —dije en broma para molestarlo; era mi

venganza por haberme dicho que apestaba.

—¿Cuándo te he hecho pasar hambre?

—Siempre hay una primera vez para todo.

—No será ésta. Es una receta que bajé de internet—. Lucas hizo una pausa, frunció la nariz y se acercó a mí olfateándome.

—¿Qué?

—Te bañarás antes de cenar, ¿no?

Tuve un primer impulso de agachar la cabeza y fijarme si realmente olía tan mal, pero no lo hice, estaba segura de que no tenía mal olor, ni tampoco olor a perfume, en este momento lo único que invadía mi nariz era el olor del ajo que adiviné, se cocinaba en el horno (sentía el calor que éste despedía, a la altura de mis rodillas).

Le di un empujón aunque no logré apartarlo demasiado.

—¡Eres un fastidio!

El teléfono empezó a sonar.

—Yo atiendo.

—¡Mierda!

—¿Qué?—le pregunté mientras caminaba los escasos pasos que me separaban del teléfono que no dejaba de sonar.

—Me olvidé de comprar las cosas para hacer la ensalada.

—No importa, creo que tenemos comida suficiente.

—Pero no la puedo servir sin la ensalada, es parte del menú.

—Lucas, no hay problema —tomé el teléfono —nadie se va a enterar de que falta la ensalada.

—Voy a buscar las cosas antes de que la verdulería cierre.

—No hace falta —le dije y luego atendí—. ¿Hola? —la línea hizo ruido.

—Enseguida regreso.

—¿Sí? Hola—. La línea hizo más ruidos—. Lucas, no necesitas salir corriendo a comprar nada, podemos improvisar una ensalada con lo que tengamos —dije tapando el auricular.

Lucas sacudió la cabeza negando, se limpió las manos, caminó hasta la puerta, recogió algo de encima de la repisa que estaba a su izquierda y salió.

Luego de un último intento de conseguir una respuesta, el cual falló, colgué. No pasó ni una décima de segundo para que el teléfono empezase a sonar otra vez.

—¿Hola? —solté en un tono cansino, por la llamada Lucas se me había escapado—. ¿Quién habla?

—Eliza, soy Lucía, me recuerdas. Nos conocimos hace unas noches en la casa de Ariel en...

—Te recuerdo perfectamente. ¿Cómo...?

—No tengo mucho tiempo, y además, lo más probable es que alguien más esté escuchando esta llamada de modo que escucha atentamente lo que tengo para decir, no lo repetiré. Tienes que confiar en mí Eliza, no mentí ni tengo razones para hacerlo, yo no soy quién te han hecho creer que soy.

—¿Qué supones que me han hecho creer? — No se lo iba a poner fácil.

—A más de uno de los míos no le conviene que confíes en mí. Intentan e intentarán hacerte creer que tengo segundas intenciones. Nada de eso es cierto. No gano nada de todo esto.

—¿Con todo qué? —después de esto o pensaba que yo era un reverenda idota o que realmente no tenía intenciones de dejarme engañar tan fácilmente.

—Corres un grave peligro.

—Eso me han dicho y la verdad es que no es una novedad.

—¿Les crees no es así? Pues haces mal. No soy el enemigo. Quiero ayudarte a que puedas liberarte de mi mundo.

—¿Y quién te dijo que eso es lo que deseo?

—No tienes ni la menor idea de en lo que te metes.

Este discurso me lo sabía de memoria y ya me tenía algo cansada.

—Disculpa, creo que sí, además, a ti que te importa, no tiene nada que ver contigo.

—Indirectamente nos involucra a todos.

—¿A sí?, no veo cómo.

—No puedes ni debes cambiar. Hazme caso, aléjate de mi mundo, pídele a Lucas que se aparte de tu vida.

—No voy a pedirle a Lucas que se vaya. Tú no tienes ni la menor idea de lo que me pides.

—No lo amas, ¿o sí?

—No es asunto tuyo—. La garganta se me cerró tanto que me costó tragar.

—Sí intentas cambiar él pagará las consecuencias, quienquiera que intente ayudarte pagará las consecuencias.

Se hizo un silencio.

—¿Quién te mandó a decirme eso? ¿Fue Vicente?

—No me sorprendería que intenten deshacerse de mí y de todo el que vaya en contra de lo que ellos quieren, aun así, estaré vigilándote, si haces algo que no debes, te las verás conmigo.

—Cuando hables con Vicente dile que estoy en todo mi derecho de hacer lo que se me dé la regalada gana.

—Si te emperras en seguir con tus planes acabarás con todo aquello que supuestamente admiras. Eliza, tú no puedes entrar en nuestro mundo, no debes.

—No pienso...

Unos gritos agudos que parecían uñas de acero rapando cristal me perforaron los tímpanos. Solté un “mierda” en voz fuerte y clara, más por las palabras de Lucía que por el sonido que casi me deja sorda. Como era de esperarse, la comunicación se cortó, o la cortaron, o lo que fuese. Los demonios tenían serios problemas con la tecnología: ruidos raros en las líneas telefónicas, apagones, mal funcionamiento de aparatos en general.

Colgué y me quedé mirando el teléfono mientras pensaba en cuanto me gustaría ser Lucas, para poder leer la mente de las personas y así descubrir quién miente y quién dice la verdad.

Más allá de las dudas tenía la impresión de que algo muy grande e importante comenzaba a revelarse ante mí, es como si una gran puerta se abriera; del otro lado brillaba una luz intensa, de la que yo no lograba atisbar más que un tenue reflejo por una pequeña hendidura; esa luz empezaba a iluminar la enmarañada telaraña de conocimientos de ese fascinante mundo al que tan atraída me sentía y del que Vicente, por lo visto, se esforzaba por apartarme. Tenía que ser él, me quería fuera, lejos de su mundo y de los suyos, pero por qué, qué mal podía hacerle yo.

No sé por qué, levanté el teléfono, no es que pretendiese llamar a nadie. La línea estaba muda.

Quince minutos más tarde, Lucas entró cargando bolsas con la suficiente verdura para hacer ensalada todos los días de aquí al año nuevo.

Mientras él terminaba con sus cosas, intentando darme charla, a la que yo en este estado de embotamiento y desconcierto, no podía reaccionar, puse la mesa, y luego, para que dejase de decirme que apestaba fui a ducharme; nuestros invitados no tardarían mucho en llegar.

La música ya sonaba, Lucas servía vino en las copas, todavía no habíamos bebido ni una sola gota de alcohol, y tampoco había necesidad de que lo hiciésemos para estar alegres. El departamento había sido invadido por una atmósfera festiva, casi de jolgorio. Las luces del árbol de navidad estaban encendidas, y competían en brillo con las velas que decoraban la mesa.

Susana soltó una carcajada de las suyas ante algo que dijo Lucas, Matías

también festejó su chiste y la novia de éste (la misma chica con la que salía desde finales del año pasado) se sonrió tímidamente, todavía no se sentía demasiado en confianza entre nosotros, no nos conocía tanto como el marido de Susana, por lo que se quedaba en ascuas cuando alguno de nosotros tres, o cuatro, si contábamos a Lucas, quién tenía perfecta relación con Susana y le bastaba cruzar una mirada con ella para entenderse.

—Aquí tienen —entonó Lucas tendiéndole una copa de vino a cada uno.

—Yo paso —dijo Susana sacudiendo las manos—, prefiero una copa de agua.

—Pero iba a proponer un brindis; no puedes brindar con agua —gimoteó Lucas haciendo pucheros, superficialmente decepcionado—. ¿Desde cuando eres abstemia?

Susana miró a Sebas, cruzaron una mirada cómplice y al volver el rostro al frente, dejó que una enorme sonrisa copase todo su rostro. Al instante me percaté de que los ojos le brillaban de felicidad y lo entendí...

—Desde que me enteré de que estoy embarazada.

Hubo gritos y exclamaciones de algarabía general, intercambio de abrazos, besos y felicitaciones y unos cuantos comentarios graciosos, todos sabíamos que Sebas quería tener muchos niños y que si así empezaban, acabarían teniéndolos, apenas si llevaban un par de meses de casados y ya estaban en la dulce espera.

Susana finalmente brindó con jugo de naranja, Lucas insistió en que era mala suerte brindara con agua. Brindamos por su embarazo, por la navidad y por el año nuevo.

—¿Para cuando tienes fecha? —curioseé cuando Lucas arrastró hasta la cocina a los hombres para mostrarles no sé qué, con ellos también se fue la novia de Matías. Debía estar como mucho en el primer trimestre de embarazo, me figuré, todavía no se le notaba ni un asomo de barriga.

—Espero para mediados de agosto, estoy de un par de semanas nada más. Todavía no les habíamos dicho nada porque queríamos esperar ver que estuviese todo bien. Todavía no termino de caer en cuenta que voy a tener un bebé, estoy inmensamente feliz, y aterrada, no tengo ni la menor idea de qué haré con una criatura, no tengo ninguna experiencia con chicos, ni siquiera sé poner pañales.

—Es impresionante cuanto cambió todo en este último tiempo —el comentario se me escapó en voz alta, mi vida era irreconocible, en este último año me habían pasado más cosas que en toda mi existencia, cosas espectaculares, cosas terribles y cosas increíbles. Susana compartía y había compartido

algunas conmigo, ella sabía mucho más de ese mundo paralelo imposible de revelar, que cualquier otro humano que no hubiese sido visitado por un demonio, y probablemente el hecho de saberlo no le hacía ningún favor; ni modo, al menos, para descargar y no reventar, nos teníamos la una a la otra.

—Ni que lo digas. Y hablando de eso —bajó la voz—, qué tal todo por aquí. ¿Cómo están las cosas entre ustedes dos?

—Para serte sincera no tengo ni la menor idea—. Con Lucas nos habías alejado físicamente en estos días, pero al mismo tiempo se notaba, lo notaría cualquiera, que entre nosotros había algo más, algo que yo no sabía cómo describir; todavía me resultaba extraño pensar en él como mi novio, había dado muestras de eso en la tarde, no terminaba de asimilarlo; tampoco podía negar que él me gustaba.

—¿Lucas es tu amigo? —el tono que utilizó sonó del estilo de un test de revista femenina, de esos que supuestamente podrían ayudarte a saber si realmente estás enamorada

Asentí con la cabeza. Amagué con llevarme la copa a los labios pero no bebí.

—¿Lo quieres mucho?

—¿Qué pregunta?! Lo quiero horrores. Lucas era mi fuente de esperanza.

—¿Pero no como lo querías a él.

Suspiré y negué con la cabeza.

—¿Y tus intenciones...?— Puso una cara que me tentó de risa. A ella no le parecía gracioso, estaba seria como prócer patrio en un cuadro.

—Pienso llegar hasta el final.

Me escrutó con una ceja en alto.

—¿Hasta el final? ¿Eso qué significa? ¿Tienes en cuenta que él...?

—Sí, lo tengo en cuenta- contesté y luego me llevé la copa a los labios.

—Sigo sin entender a qué final te refieres, digo: uno en una relación pueden proponerse ir andando ciertos pasos... no sé, mudarse juntos...

—Vivimos juntos y nos llevamos estupendamente bien. Por supuesto tenemos nuestras diferencias —como que él disfrutaba de la música y a mí, luego de la partida de Vicente, básicamente me molestaba—; no son un problema, mientras Lucas me soporte todo estará bien.

Susana revoleó los ojos.

—Comprometerse.

—¿Casarse? —resoplé—. No gracias, no necesito pasar por eso otra vez. Además ningún registro civil ni ninguna ceremonia religiosa me darán nada que no pueda obtener a mi manera. No necesito nada de eso para sentirme

unida a la persona que quiero.

—No, eso es cierto, yo pensaba como tú, pero... ¿es que tienes pensado formar una familia o algo así? —Fruunció la frente—. ¿Pueden? Hasta lo que yo sé Lucas no envejecerá jamás y...

—Shhh—. Le rechisté para que cerrara la boca, había hablando en voz muy baja pero de todas maneras temía que nos pudiesen oír. Me di vuelta y comprobé que no nos prestaban atención, Lucas sacaba del horno su *focaccia* cubierta de quesos, tomates y jamón crudo. Todo un abanico de tentadores aromas se abrió en el ambiente—. Hay familias y familias, no todas tienen por qué se necesariamente convencionales.

—No te sigo. No me malinterpretes, Lucas me agrada muchísimo, después de todo lo que pasó he llegado a comprender muchas cosas y no tengo resentimientos contra él, es que sinceramente no entiendo qué es lo que esperas obtener de esto. Con Vicente las cosas eran muy distintas, te tomó desprevenida e ignorante de muchas cosas, pero creí que habrías escarmentado, lamento tener que decir esto: no te parece que es un imposible. ¿No deberías buscarte a alguien...?

—¿Normal? ¿Humano? No hay nadie más humano o normal que Lucas.

—También lo quiero mucho y aprecio sus cualidades, él es un amigo fiel, es amable, cariñoso, divertido y terriblemente dulce, además de un magnífico cocinero... no por eso deja de ser lo que es.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —me preguntó titubeando como si caminase sobre terreno cenagoso.

—Nada, no hay nada —mentí. Ella nunca aceptaría que yo cambiara, podría haber aceptado a Lucas después de conocer la verdad sobre lo sucedido con Mauro, no por eso le agradaban los demonios ni mucho menos. No se me antojaba pasar por eso ahora, ni tampoco más tarde, si ella algún día sabía de mi cambio iba a ser cuando ya no hubiese vuelta atrás, es decir: cuando yo ya fuese un ser nuevo, no antes, eso seguro.

—Exactamente, qué es lo que te une a Lucas.

Esta conversación se parecía más a una conversación madre hija que entre amigas.

—No me lo tomes a mal, pero no todo el mundo tiene el mismo “proyecto de vida”, no todos sueñan con casarse, tener hijos, mudarse a una linda casita y envejecer entre nietos.

No dijo una palabra, igual así me di cuenta de que se había ofendido.

- No te estoy criticando. No es nada de eso, pero no me critiques tú a mí, cada quien es feliz como puede; no todos encontramos la alegría en el mismo lugar.
—Ni siquiera te das la oportunidad de buscar a alguien entre los nuestros. Saliste de los brazos de uno para caer en los del otro.
—Y eso está bien para mí. No me quejo.
—¿De verdad eres feliz con esto?
—Todo lo que puedo ser.
—Qué pasará... —me vi obligada a interrumpirla otra vez.
—¿Tú sabes a ciencia cierta lo que pasará contigo y con Sebas de aquí a diez años?
—Bueno, tengo una idea de lo que podría llegar a ser...
—Yo también tengo una idea de lo que podría llegar a ser mi vida con Lucas.
—Lo que dices hace que se me ponga la piel de gallina.
—Voy a estar bien, no tienes que preocuparte por mí, tienes cosas más importantes con las que ocupar tu mente ahora.
Susana se llevó la mano que tenía libre, a su vientre todavía plano. Alzó la cabeza y me sonrió.
—Tengo tiempo libre para preocuparme por todos —ironizó—, estoy desempleada, ¿lo olvidaste? Tengo todo el tiempo del mundo.
—No, no me olvidé —reí—. Mejor dejémoslo así, no amarguemos la velada ¿sí?, se supone que nos reunimos para festejar. Tenemos muchas cosas importantes que festejar.

7. Entusiasmo.

—Empezaba a preocuparme por ustedes —soltó mi madre después de besar y abrazar a Lucas, esquivando las bandejas y bolsas que él cargaba; cuando la pronunció aquellas palabras, me miró solo a mí.
—Según mi reloj llegamos temprano.
Mi madre se apartó de la puerta para dejarnos pasar al fresco y angosto corredor y así poder cerrar la puerta de calle, sin embargo no nos permitió ir mucho más allá.
—No lo digo por eso, lo digo porque no me llamaron en todo el día—. El reproche iba dedicado a mí, probablemente también le hubiese molestado que Lucas no la llamase para nada en más de veinticuatro horas, pero jamás le pasaría factura a él por eso, no al menos en modo de recriminación y sí

requiriendo más su atención con sus típicos gestos de madre: como que la ayudase en la cocina, le alcanzara tal o cual cosa o simplemente acomodándole al ropa o el cabello.

—Tampoco nos llamaste; estuvimos todo el día en casa y no ocupamos el teléfono para nada, si estabas tan preocupada nos hubieses llamado.

—¿Estuviste todo el día metida en tu casa?

—Sí, estuvimos cocinando.

—Te hacía buscando un trabajo.

¡Aja, eso era lo que ella suponía que yo debía haber estado haciendo!

—¿Acaso no tuviste suficientes vacaciones ya?

—Mamá, es veinticuatro de diciembre, quién me daría una entrevista de trabajo para hoy.

—La mayoría de las oficinas abren al menos medio día. No todo el mundo puede darse el lujo de quedarse en casa vagueando.

—No vagueé—. No se lo iba a decir: pero qué caso tenía que buscara un empleo si en poco tiempo renacería a la vida como un nuevo ser, uno que ya tendría un trabajo, y que sin duda, no podría amoldarse, es más, ni siquiera intentar hacer congeniar dos tareas tan dispares. No tenía caso que aceptara un trabajo humano para luego tener que renunciar, además, esperaba que mi cambio no se demorase más que un par de semanas, y tener algo de tiempo libre antes del cambio, para reorganizar ciertas cosas me venía muy bien, es más, contaba con ese tiempo extra.

—Estuvimos todo el día haciendo cosas —soltó Lucas en mi defensa, en un tono mucho más conciliador que el que yo usaba para dirigirme a mi madre, en momentos como éste, en los que me sacaba de quicio con sus innecesarios reproches y sus eternas recriminaciones.

Mi madre le arrancó a Lucas la pila de bandejas que llevaba en los brazos, él quiso resistirse y ella no se lo permitió; sabiamente, Lucas la dejó salirse con la suya.

—Seguiremos con esto en un minuto —me dijo con un tono mezcla de amenaza y advertencia—. Tú padre está adentro esperándolos, te tiene una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —de un tiempo para acá esa palabra había dejado de gustarme.

—¡Ahhh! ¡Llegaron! —exclamó mi papá abalanzándose en nuestra dirección en cuanto nos vio atravesar la puerta de entrada. Nos estampó en la mejilla, un beso a cada uno—. Ya los echaba en falta, la casa ha estado muy vacía sin

ustedes—. Eso debía ser más por la ausencia de Lucas, que por la mía, mientras yo salía a buscar trabajo o hacer tramites, él siempre aprovechaba para darse una pasadita por la casa de mis padres.

—Papá, si solamente nos fuimos unos pocos días.

—Sí, es que resulta que ustedes me tienen demasiado mal acostumbrado a sus visitas.

Eso podía ser cierto, casi todos los días, después de deambular por la ciudad de entrevista de trabajo en entrevista de trabajo, usualmente terminaba cayendo en casa de mis padres para encontrarme allí con Lucas, y por lo general, cenábamos con ellos.

—En fin, estoy muy contento de tenerlos aquí, esta navidad va a ser muy especial...toda la familia aquí reunida...

—Augusto, no te pongas melodramático, no hay necesidad de moquear —le gritó mi mamá desde la cocina.

—Lo sé, es que como el año pasado... —comenzó a decir con voz aguada y yo lo corté en seco, prefería que nadie me recordase dónde estaba yo el veinticuatro de diciembre del año pasado, y mucho menos con quien.

—Mamá tiene razón, no nos pongamos melancólicos, sino en cualquier momento todos nos vamos a poner a llorar.

—Es que siento mucho haberte dejado sola el año pasado.

—Mejor llevemos todas estas cosas a la mesa y todo esto —añadí alzando las bolsas con regalos —al árbol.

—Sí, sí—. Me arrebató las bolsas—. Pero antes... ¡Tengo una sorpresa para ti! ¡No me pongas esa cara! La noticia que te voy a dar te va a agradar mucho. Lucas me dio un codazo amistoso, para que cambiase la cara. ¡Tu maravilloso padre te ha conseguido una entrevista de trabajo!

Eso no me entusiasmaba demasiado de hecho complicaba mi existencia un poquito más, y creo que se me notó con la cara.

—¿A sí...?

—¡Sí! El otro día estaba hablando de ti con Jorgito, mi amigo. ¿Sabes de qué Jorge te hablo, no?

—Sí, papá, Jorge, tu amigo de siempre—. Jorge o Jorgito, como mi papá lo llamaba, era un amigo suyo de toda la vida, mi padre y él se habían conocido cuando mi papá tenía tan solo dieciséis años, Jorge en esa época era dueño de una ferretería, por aquel entonces mi papá buscaba trabajo, lo necesitaba en serio, su madre se había quedado viuda y tenía otros tres hijos que mantener; el buen Jorge confió en la decisión y las ganas de aprender de mi padre, que

sin ninguna experiencia parecía no resultar tentador como empleado para absolutamente nadie, le dio trabajo. Jorge también era huérfano, solo que desde muy pequeño, y luchando contra la adversidad, a los veinticuatro años ya era dueño de su propia empresa. Mi papá trabajó mucho tiempo con Jorge, gracias a su ayuda logró terminar los estudios y luego ingresar a la universidad. En resumen, Jorgito era más que un amigo para mi papá, era como un hermano mayor, casi un padre; se veían casi todos los días ya que su casa estaba tan solo a dos calles de la nuestra.

—El asunto es el siguiente, Jorge me preguntó si habías conseguido trabajo y yo le comenté que la cosa estaba difícil, él me preguntó si todavía estabas en el rubro de los vinos y demás, y le dije que sí, entonces —sus ojos se abrieron de par en par y empezaron a brillar—, no va y me dice que él tiene un amigo que conoce a alguien que es dueño de un montón de bodegas exclusivísimas por todo el mundo.

—Genial —solté con los dientes apretados. La sorpresa no me agradaba ni un poco.

—Para resumir, Jorgito me llamó al medio día, para avisarme que te consiguió una entrevista con este hombre que se apellida Trueba... ¿lo conoces?

Negué con la cabeza.

—Es que es un hombre de negocios muy reservado, por lo que sé sus vinos no se venden en cualquier parte, son solamente para entendidos, parece ser que sus botellas valen cientos de miles de dólares cada una.

—¡Estás exagerando!—. Debía estar exagerando.

—De algún modo tiene que costear su estilo de vida, Jorgito me comentó que tiene *châteaux* por toda Francia y otros castillos en el resto de Europa, además de propiedades en todas las principales capitales del mundo, si hasta tiene avión privado y todo.

—¿Y me necesita a mí?

—Eliza —canturreó mi papá a modo de reto por el tono burlón que usé.

—Este tal Trueba ya sabe dónde trabajabas y lo que hacías, y por más que a ti te pese o te parezca que no das con el *target*, él quiere conocerte, necesita a alguien que le ayude a manejar sus negocios—. Se metió una mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un papelito—. Este es su número, ¡un número privado! —Festejó igual que si fuese la octava maravilla, pobre, él estaba realmente entusiasmado y yo realmente molesta por lo que este trabajo podía significar, tendría que rogar que esto no se convirtiese en una nueva piedra en mi camino hacia mi nueva vida—. Su secretaria te atenderá, debes pedirle a

ella que te concrete una cita, ya tiene tu nombre. Trueba se quedará en la ciudad por un par de días más. ¡Es toda una casualidad que viniera!, según tengo entendido cada vez que viene a la Argentina se va directo a Mendoza para atender los viñedos que tiene allí y nunca permanece demasiado tiempo. Miré a Lucas, él alzó las cejas como diciendo: ni modo, no te queda otra opción que aceptar.

—¿No estás contenta?! —soltó mi papá alzando la voz con entusiasmo que pocas veces le había visto demostrar antes; me tomó por los hombros y me sacudió como para hacerme reaccionar, debía pensar que yo estaba anonadada de felicidad (lo estaba, pero no exactamente de felicidad, una parte de mi cerebro ya se había hecho a la idea de que el cambio se encontraba muy cerca, y en cierto modo comenzaba a olvidarme y a dejar atrás algunas cosas que hacen o se ven obligados a hacer los humanos), sin duda, para cualquier mortal semejante oportunidad significaba uno de esos momentos cruciales en la vida, que con un poco de suerte, se presentan una sola vez (otros no la ven nunca), y que de ellos, puede depender el futuro profesional o incluso la propia felicidad—. ¿Te he dejado sin palabras, no es así? —me preguntó riendo. Me soltó y alzó los brazos a modo de festejo—. Jorgito me contó a modo de rumor, que se puede decir que el trabajo es tuyo, ¿no es eso magnifico? Es extraoficial, claro; de todos modos yo sé que en cuanto ese tal Trueba te conozca, se enamorará de ti.

De refilón vi la mala cara que puso Lucas; por su puesto mi papá no estaba hablando de ese tipo de amor, pero él no pareció darse cuenta.

—Todo ese tiempo trabajando con Julio dará sus frutos. ¡Es la oportunidad de tu vida! ¡Estamos tan contentos por ti! Por supuesto que te vamos a extrañar cuando viajes, pero nos traerás fotos de todos los lugares que conozcas ¿no es así? ¡Tu madre ya fantasea con el día que pueda acompañarte a Francia, sabes que ella siempre ha querido conocer París!

Mi madre rezongó algo en la cocina pero no pude captar sus palabras.

—¡Vamos!, ¿no me merezco un beso y un abrazo? —Sin esperar una respuesta, mi papá me agarró y me apretujó entre sus brazos—. Estamos tan orgullosos de ti.

Al borde de la asfixia, estrujada entre sus brazos, me las arreglé para darle unas palmaditas a los costados del cuerpo, Lucas era el responsable de este gesto mío, con muecas y ademanes me había incitado a reaccionar. Intuía que después de nombrar la palabra amor, Lucas deseaba mucho menos que yo, que esa entrevista con el tal Trueba se concretase, dadas como estaban las cosas,

no tendría escapatoria, no existía ninguna excusa ni medianamente valedera para que no llamase al número del papel, yo no tenía otro trabajo en miras y mis ahorros comenzaban a escasear, y no era una buena idea hablarles a mis padres de un cambio de vida que implicaría hacer otro tipo de trabajo, sin antes tener una respuesta de Vicente o de Ariel, es más, todavía no tenía decidido si les contaría algo de eso, la verdad es que no tenían por qué enterarse, no al menos a corto plazo, y quizá me estuviese prohibido contárselos a largo plazo también... Sí, mejor dejemos ese asunto para otro momento, además, no perdía nada con llamar, concertar una entrevista ni tampoco con trabajar unas semanas con este hombre, es más, puede que hasta aprenda muchas cosas, cosas que siempre había querido aprender... ¡Mierda, por qué no aceptarlo, si este era el trabajo que yo había esperado conseguir desde hacía mucho tiempo! Es más, lo más probable es que un cambio de aire, un interludio entre tanta locura, me viniese como anillo al dedo para esperar una resolución de mi caso.

Le estampé un beso en la mejilla.

—Gracias papá, esto es magnífico.

—¡Claro que lo es, ahora realmente harás carrera!

Le eché un vistazo al papel.

—Por las dudas no festejemos antes de tiempo.

—No te digo que Jorgito me aclaró que básicamente el trabajo es tuyo.

—Igual, no se te pasó por la mente que puede que no le agrade a ese hombre.

Lucas se cruzó de brazos.

—Solamente a un idiota no le agradecerías, y además, dudo que sea ciego — replicó mi papá.

No, no ciego, pero lo cierto, seamos sinceros, tampoco hay demasiado que ver en mí, nunca fui del tipo de mujer que provoca que la gente se de vuelta para mirarla cuando va andando por la calle, y ni falta que hace, si hay algo que no me gusta es ser el centro de atención. Ante el comentario desproporcionado de mi papá, Lucas puso cara de ex convicto con ganas de volver a cometer un crimen. Me entró la duda de si debía hablarle a mi padre de Lucas y yo, supongo que Lucas esperaba que lo hiciera (y con toda la razón del mundo), pero las cosas estaban tan confusas entre él yo que no tenía ni la menor idea de qué explicar ni cómo decirlo.

—No necesito ningún pretendiente, papá, estoy muy bien como estoy.

—No te estoy vendiendo, pero es cierto, es que estás muy bonita esta noche — mi papá giró la cabeza y miró a Lucas —¿no te parece? —le preguntó.

Los brazos de Lucas cayeron, se le borró la mala cara; a cambio de ésta apareció una imposible de describir más que como una amalgama de vergüenza, sorpresa, miedo (sí, miedo) e indecisión. El pobre se puso pálido.

Mi papá alzó las cejas como preguntándole: ¿y bien?

Ahora Lucas se puso rojo.

Mi papá le sonrió y con esa sonrisa lo dijo todo, por su cuenta, había descubierto lo que Lucas sentía por mí, es más, seguramente también intuía lo que pasaba entre nosotros.

—Sí, está muy bonita esta noche —soltó tropezándose con sus propias palabras.

—¡Claro que sí! Ustedes dos ocúpense de acomodar los regalos alrededor del árbol y pónganse cómodos, yo me llevaré estas cosas a la mesa —dijo arrebatándole a Lucas las demás bolsas y bandejas con comida.

—Nunca antes había visto a tu papá así de entusiasmado —me dijo Lucas en cuanto nos quedamos solos. Ni tampoco creí que fuese... —dejó la frase en suspenso y se acercó a mí— ¿lo sabe? De nosotros, digo —completó en voz muy baja.

—Eso creo —le contesté después de echar un vistazo en dirección a la puerta que daba al jardín copado de sillas y mesas bellamente armadas, incluso así de refilón, todo se veía esplendido... con los jazmines y rosales en flor, las guirnaldas de luces...

—¿Me odia?

Se me escapó una carcajada que ahogue casi de inmediato.

—Y me lo preguntas a mí, eres tú el capaz de leer mentes, además, por qué habría de odiarte.

—Porque estoy con su hija.

—Mi papá no te odia, Lucas.

—¿Seguro? —se me acercó todavía más y me puso una mano sobre la cintura. El contacto se sintió bien—. Si viajas iré contigo —me susurró al oído. Su aliento me acarició la piel de un modo muy agradable. No me resistí a sentir aquello, era lo que deseaba sentir.

—Eres como mi padre, ¿acaso se olvidan que todavía no tengo el trabajo?

—Ya lo oíste, Jorgito dice que extraoficialmente el trabajo es tuyo —remedó.

—Como sea, es algo pasajero.

—¿Todavía sigues decidida a cambiar?

—¿Esperabas que cambiase de opinión?

—La verdad, y debería darme vergüenza admitirlo, es que no, no lo esperaba

—entornó los ojos y me miró fijo—, ni lo deseo. Que más quisiera que seamos simplemente tú y yo conviviendo en la misma dimensión—. Su rostro se aproximó al mío—. ¿Soy un egoísta, no?

La única egoísta aquí era yo.

El brazo de Lucas se movió rodeando por completo mi espalda, mentiría si digo que no tenía ganas de besarlo también. Tenía ganas de besarlo y lo besé, fui yo quién se movió primero.

El timbre de la puerta sonó a todo volumen junto con un grito de mi madre.

—¡Están aquí!—. Su alarido fue similar al que una típica actriz de película de terror soltaría ante una mano enguantada, que empuñando un filoso puñal amenaza con pronto regar sus intestinos de forma artística y bien iluminada — por supuesto— por una escenografía creada para tales efectos. Antes semejante puesta en escena, se me escapó una carcajada y Lucas también rió.

—¡Augusto, Augusto, ya llegaron!

Se refería a mis parientes.

Mi madre apareció desde la cocina luchando con el moño de su delantal para quitárselo. —¡Augusto! —Gritó una vez más—. ¡Augusto te necesito aquí ahora!

-Voy, ya voy—. Mi padre regresó al interior de la casa y en cuanto se topó con nosotros nos lanzó una mirada cómplice y se sonrió.

—¿Te odia? —le pregunte en cuanto mis padres nos dejaron solos para ir recibir a nuestros parientes.

Alzó una ceja.

—Quizá todavía no le he dado razones.

—Vamos a darle una —las palabras me salieron en un hilo de voz, casi como un quejido; de pronto ya no tenía aire. Me estiré y lo besé sin pizca de vergüenza.

Fue una de las noches buenas más memorables de mi vida, junto a Lucas; él lo tornaba todo alegre, reluciente y vivo. Fui feliz, porque la felicidad es eso, puntadas espaciadas del hilo conductor que es la vida, un simple hilván flojo que puede soltarse de la tela al menor tirón; incluso así, con esa inestabilidad que presupone cualquier momento bueno, me sentía tan esperanzada que la felicidad me supo a solidez, a roca granítica de la más dura, y esos momentos me hicieron creer que viviría siempre así. Que maravilloso sería una eternidad a su lado con un sol constante sobre nuestras cabezas y aunque por momentos se nublara, Lucas haría las veces de sol para mí, no fue hasta esta noche, que

comprendí que más que mi salvación, que mi sustento sería siempre parte de mí, si Vicente se había quedado con mi corazón y mi alma, incluso con una buena parte de mi cerebro el cual él dominaba invadiéndome con recuerdos que ahora tenían gusto amargo, Lucas era dueño de todo lo demás, de cada una de mis inspiraciones, de mis ojos, mi boca, mis manos y por sobre todo, de mi vida humana, la cual le entregaría en cuanto me diesen permiso para cambiar. Los dos quedaríamos unidos de un modo inigualable, por el resto de la eternidad, o lo que eso durase.

Lucas se convertiría en mi padre, mi hermano, en mi amigo y compañero, algo que Vicente jamás conseguiría para sí, ni aunque quisiese regresar a mi lado. Lo mío con Lucas había sido, era y sería siempre completamente diferente a lo que había tendido con Vicente, eran dos clases de amor absolutamente diferentes, los dos, poderosísimamente intensos pero opuestos como el día y la noche; Vicente lo que siempre soñé, Lucas la realidad.

...

Lucas bebió un sorbo de café y se desparramó todavía más sobre la cama. En la televisión el del servicio meteorológico anunciaba un calor sofocante.

—¿Llamarás al sujeto?—. Tenía la cabeza apoyada sobre el respaldo y la giró hacia mí para hablarme.

—¿El del trabajo? Sí, supongo que sí, sino lo hago mi papá se sentirá despreciado y mi madre montará en cólera y no tengo ganas de pasar por eso —. Esperé un momento—. ¿Hay algún problema con que lo llamé?

—¿Problema?

Me pareció que se ruborizaba. No le preguntaba si el daba celos pero él evidentemente lo interpretó así.

—Me refiero a que si supone un problema en el proceso de mi futuro cambio. Lucas titubeó un momento con una media sonrisa algo avergonzada.

—No, no hay problema, luego puedes renunciar o lo que sea, incluso puedes decirle a tu padre que con lo que has aprendido de ese hombre te sientes segura para arriesgarte a hacer negocios por tu parte.

—Es una buena idea, no se me había ocurrido.

—No me extraña, el demonio soy yo. Con el tiempo te acostumbras a inventar excusas para intentar amoldarte al mundo de los humanos sin levantar sospechas, o al menos no demasiadas; muchos de los míos consideran que mentir es un arte, para mí es un mierda —se encogió de hombros—, una

mierda necesaria pero ni modo. En ocasiones no te queda remedio que optar nada más que entre el menor de los males.

Eso me sonó familiar.

Lucas se silencio y me observó sin parpadear.

—Nuestra existencia no es un lecho de rosas.

—Lo sé, no tienes que explicarte.

—Yo no miento al menos que sea imperiosamente necesario.

Dejé mi taza de café con leche sobre la mesa de luz.

—No tienes que darme explicaciones.

—¿Quieres saber si te he mentado alguna vez?

Su pregunta me desconcertó. Me quedé boquiabierta sin saber qué contestarle, por aquel dicho que dice “ojos que no ven, corazón que no siente”, se me antojaba preferible contestarle que no. Por desgracia siempre he sido del tipo de persona que prefiere la crudeza de los hechos a la más bella ficción.

—Sí—. No soné muy convencida, lo admito: estaba confusa, además no parecían horas para confesiones y menos aquellas del tipo que pueden traer aparejadas un aluvión de problemas; no después de nuestros últimos tres fenomenales días, juntos.

—Te mentí más de una vez.

—¿Alguna que revierta vital importancia para nosotros?—. Lo interrumpí, simulando bromear, antes de que dijese nada más, no tenía ganas de interiorizarme en los detalles.

Lucas me sonrió.

Negó con la cabeza al tiempo que remontaba por el cabezal de la cama.

—No para nosotros ahora, supongo que ya no importa lo que dije en ese entonces, no podemos cambiar lo que pasó por más que queramos, además desde que él se fue no te he vuelto a mentir.

O sea que la razón para que me mintiera en el pasado había sido Vicente, ¡que deprimente! (para mí, claro).

—No es que intente minimizar lo que hice en el pasado.

—Yo sé que no es eso, Lucas.

—En ocasiones tienes que hacer cosas que no te gustan y que no quieres hacer.

—¿Él te pedía que hicieses ese tipo de cosas?

—Intentaba no cuestionar lo que él me decía que hiciera... lo respetaba mucho. Nunca te obligaré a hacer nada por mí, lo juro. No quiero de modo alguno, que sientas por mí lo que yo siento ahora por él.

Conteniendo el aire, temía no poder volver a inhalar, me mordí el labio

inferior.

—Yo soy en parte responsable de lo que sucedió de modo que...

—¿Te preocupa que lo odie?

—Sinceramente sí, no por lo que tú crees, no es que lo defienda ni nada, es que no quiero que cargues con ese resentimiento y tampoco quisiera ver que esa enemistad dura para siempre, después de todo, él, en cierto como es como un padre para ti, como un hermano mayor.

—¿Cuándo te canonizaron? — se burló de mí—. No sabía que ya eras santa Eliza. Óyeme —me apuntó con un dedo—, él no se merece siquiera que hablemos de él y mucho menos de que te preocupes por lo que nosotros éramos en el pasado o por lo que podamos ser en el futuro. Mejor terminemos con esta conversación aquí ¿sí?

—Odiar ya es lo suficientemente desgraciado para un humano mortal como para tener que vivirlo como demonio por toda la eternidad.

—Estaré perfectamente bien, no te preocupes por mí —me dio unas palmaditas sobre la mano izquierda y luego me la apretó—. Tan solo quisiera que los dos pudiésemos librarnos de su recuerdo. Algún día esto habrá quedado muy lejos —dijo a modo de consuelo, no sé si para mí, para él o para ambos.

A los quince minutos de muerta la conversación, Lucas me abandonó, no definitivamente por suerte, sino simplemente por un par de horas, mi madre llamó requiriendo su ayuda, le pidió si no podía acompañarla al supermercado para comprar las últimas cosas que le habían quedado pendientes para la cena del veintinueve. Lucas no tuvo el menor problema en aceptar, a él le encantaba hacer cosas con mi madre; y por suerte o para desgracia para mí, mi mamá que recordó que yo tenía cosas más importantes que hacer que simplemente acompañarlos al supermercado para empujar el carrito, debía llamar a la secretaria de ese tal Trueba para pedirle una entrevista.

Lucas me deseó suerte con palabras y con un beso, antes de recoger las llaves de su auto y déjame sola en el departamento. Remoloneando entre los muebles con el papelito del número de teléfono, enredado entre los dedos, no me decidía a llamar, para ser sincera, temía que el trabajo realmente me gustara y que me costase dejarlo cuando llegara el momento; soy una tonta, supongo que una vez que cambiara nada realmente me detendría a hacer negocios por mi lado si eso era lo que realmente quería, Lucas disponía de mucho tiempo libre, de modo que yo también lo tendría. Gaspar tenía otro trabajo, sus hijos también, incluso los del circo dedicaban la mayor parte de su tiempo a otras

ocupaciones que no tenían nada que ver con almas.

Debería parar de tener tanto miedo a aferrarme a la vida humana, salvando algunas diferencias, no era tan distinta a la vida como demonio. No es que tuviese que abandonarlo todo.

Con una erupción de coraje, manoteé el teléfono y marque el número.

Sonó y sonó, tantas veces que me sentí tentada a colgar y no volver a llamar, pero entre mis dudas y nervios, finalmente me atendieron. En un principio creí que quien me daba los buenos días era la voz de una mujer real, de una de carne y hueso me refiero, incluso llegué a contestarle pero tarde me percaté de que hablaba con un contestador automático que luego de unas frases de cortesía me instó a dejar mi nombre, número de teléfono y asunto a tratar, anunciándome que mi llamado sería devuelto a la brevedad.

La señal sonora me indicó que ahora sí era mi momento de hablar.

—Sí, buenos días, mi nombre es María Eliza Pérsico, llamo de parte de Jorge Couso, es por una entrevista de trabajo, mi número de teléfono es...

Listo, está hecho —me dije a mi misma al cortar la comunicación—. Como una tonta me quedé obnubilada contemplándolo; se me había formado un nudo en el estómago a causa de la ansiedad; el hecho de no saber qué querer de mi vida y de mí, me tenía a maltraer; Vicente además de todo lo otro, también me había robado la confianza.

Sinceramente no esperaba que el teléfono sonara tan rápido, y menos que menos en respuesta a mi llamado.

—Sí, soy yo —le contesté a la mujer de voz amable pero recta que evidenciaba una actitud seria, además de increíblemente responsable, que preguntó por mí.

—Mi nombre es Evangelina Prieto, soy la secretaria del señor Trueba. Tengo órdenes de concertarle una cita con él para lo antes posible. ¿Estaría usted dispuesta a reunirse con el señor Trueba esta misma tarde, a las tres, por ejemplo?

—¿Hoy? —eso era tanto más rápido y definitivo de lo que esperaba.

—Sí, hoy, ¿hay algún problema?

—¡No! No, hoy es perfecto —respondí pensando en mi padre y en mi madre y en no decepcionarlos—. Hoy a las tres está muy bien. Dónde...

—Si tiene para tomar nota le paso la dirección.

Le pedí que esperara dos segundos y busqué un papel y una birome con la que escribir; la mujer me pasó una dirección y un nombre, eran los de un hotel céntrico cinco estrellas el cual yo no conocía más que de afuera (alguna que

otra vez había pasado por su puerta, quedaba en una zona muy cara y exclusiva de la ciudad).

—En cuanto llegue al hotel vaya directo a la recepción y anúnciese allí, no hable con nadie más ni se demore en ningún sitio, es imperioso que tenga una actitud reservada.

—Muy bien —contesté medio a regañadientes; quién era ella para decirme con quién hablan, con quién no y qué hacer. ¡Que rebuscada!

—Le ruego que sea puntual, la agenda del señor Trueba es muy apretada y cualquier demora supone la desorganización de un esquema meticulosamente elaborado.

—Por supuesto—. Carraspeé para aclararme la garganta. Cuanta pompa y circunstancia—. ¿Algo más? —quizá quisiese recomendarme cómo vestir, cómo caminar, o qué decir.

—Sí, de hecho ya que lo pregunta, hay un detalle más.

Esperé a oírlo, esto me estaba fastidiando. Si así era ahora cómo sería si llegaba a trabajar para él; esta mujer no me simpatizaba.

—Si usted habitualmente usa perfume, no lo lleve hoy, al señor Trueba le desagradan los olores fuertes.

¿Eh? Lo próximo sería que me dijera que no podía vestir de otro color que no fuese negro o gris, por decir algo. Me mordía la lengua para contenerme de contestarle algo poco amable que de seguro me dejaría sin entrevista y desde ya, sin trabajo.

—No se preocupe, no uso perfume.

—¡Perfecto entonces! —soltó con un tono casi jocoso, que no parecía pertenecer a la misma persona con la que habla hasta hace cinco segundos atrás—. Hasta esta tarde a las tres.

Nos despedimos y corté.

Era medio día, de modo que tenía que poner manos a la obra si deseaba llegar a tiempo, quería darme un baño, mi cabello no estaba ni remotamente presentable y no tenía ni la menor idea de qué vestir para ir a un lugar así y mucho menos para presentarme ante una persona la cual me imaginaba demasiado estirada, caprichosa, obsesiva y quizá un tanto pedante también. Mi papá se había equivocado de cabo a rabo, ese tal Trueba me odiaría con solo mirarme, yo no tenía el tipo que él debía estar buscando para acompañarlo en sus negocios, no me van los puntillismos, no al menos a ese extremo, y eso de que alguien te esté insinuando que por trabajar para él te hace propiedad de su persona me molesta soberanamente; no soy propiedad de nadie, y menos de un

magnate caprichoso y altanero con una secretaria tan fastidiosa como él.

Tragándome las ganas de no ir a ninguna parte, llamé a Lucas y le avisé que cuando llegara a casa, no me encontraría. Me pidió que me cuidara y que lo llamara en cuanto la entrevista terminara; yo sabía que no era para que le contara qué tal me había ido, sino para mantenerme dentro de su radar de seguridad, lo más probable es que quisiera reunirse conmigo para volver juntos a casa o algo así.

Corté con él y me puse a la tarea de intentar convertirme, al menos por fuera, en el tipo de persona que pudiese encajar medianamente en el molde de actitud del tipo de alguien que frecuenta un hotel de esos; de ser por mí, a esta altura de mi vida, mandaría todo al demonio e iría vestida como yo, como Eliza, pero esto, si todo salía bien, sería una de las últimas tontas cosas de los humanos, que me viese obligada a hacer: encajar, eso intentaría.

8. Un hombre en la multitud.

Seguí las instrucciones de la secretaria del señor Trueba al pie de la letra; luego de dejar mi camioneta en los alrededores del hotel, entré en el gran hall coronado por una gigantesca y majestuosa lámpara de cristal la cual parecía una galaxia de resplandecientes brillantes de la mejor calidad; el revestimiento de madera y yeso de las paredes tampoco se quedaba atrás en cuanto a lujo se refiere. Sin hablar con nadie, incluso intentando no establecer contacto visual para evitar cualquier posibilidad de ser interceptada en mi camino hacia el mostrador de recepción, atravesé todo el amplio hall, esquivando una gran mesa de marquetería de estilo francés sobre la que se lucía un desproporcionado florero en forma con cientos de pequeñas florcitas blancas en forma de campanillas y una multitud de magnolias blancas.

Focalicé mi objetivo y hacía allí me dirigí después de pasar junto a un muchacho de aspecto muy joven, el cual empujaba uno de esos altos carros de caño dorados tan típicos de los hoteles, el cual contenía una docena de valijas de una marca muy mundialmente conocida; la mujer que iba detrás del botones, sosteniendo entre sus brazos a un diminuto chihuahua blanco de ojos saltones y orejas como radares que no debía pesar más de un cuarto kilo, lucía colgando de su antebrazo, una cartera de tela con el mismo estampado del logotipo de las valijas.

Sin querer me topé con la mirada de la mujer, pero ella no pareció sentir la menor curiosidad por mí, es más, el intercambio fue un instante demasiado

fugaz creo, como para que haya reparado en mí, y eso resultó un alivio. Sinceramente no sé por qué me sentía tan obligada a hacer exactamente lo que la secretaria de Trueba me había pedido, no tenía demasiado sentido y la verdad es que las excentricidades de los ricos y poderosos me fastidian, sobre todo aquellas que no son más que meros caprichos sin un fundamento razonable que los avale al menos en parte, y tampoco era que yo me sintiese demasiado obligada a obtener el trabajo.

Antes de llegar a la recepción me aclaré la garganta y me acomodé dentro de mis ropas; me sentía tan incómoda, tan fuera de lugar, y mi autoestima no era de lo más alta por estos días. En lo más profundo de mí, rastros desagradables de la vieja Eliza sobrevivían y esperaba poder deshacerme de ellos cuando cambiara, para así por fin, completar mi mutación a un ser menos defectuoso, más fuerte y seguro de sí.

—Buenas tardes y bienvenida, señora —me contestó la recepcionista después de que la saludara—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Mi nombre es Eliza Pérsico, vine para reunirme con el señor Trueba, tengo una cita con él.

—¿María Eliza Pérsico? —me preguntó como intentando confirmar mi identidad, como si yo no supiese mi propio nombre.

—Sí, María Eliza Pérsico. La secretaria del señor Trueba, la señora... o señorita Prieto me citó aquí a las tres de la tarde.

La mujer giró la cabeza, a su derecha había un monitor de computadora encendido, en la barra inferior el reloj digital marcaba exactamente las quince cero, cero.

—Un momento por favor —me dio la espalda y levantó el auricular del aparato de teléfono que tenía más próximo, me percaté de que había otros tres en su lado de la imponente barrera de madera que nos separaba. Con dedos diligentes, marcó unos pocos números y se quedó esperando. Le contestaron casi de inmediato; antes de entonar ni una palabra, se apartó de mí y con algo más que simple reserva para preservar la privacidad de sus huéspedes habló. No fueron muchas las palabras que intercambié con quien se hallaba al otro lado de la línea.

—Señorita, puede subir ahora —con un dedo apuntó hacia detrás de mi espalda—, por el ascensor a su izquierda, décimo tercer piso, tome el corredor a su derecha, suite mil trescientos trece.

Esto se estaba pareciendo al juego de la búsqueda del tesoro, todo por etapas y lleno de pistas que revelaban un camino por postas, misterioso y rebuscado.

El corredor estaba vacío, silencioso y apenas iluminado.

Las puertas del ascensor se cerraron a mi espalda. Giré hacia mi derecha y empecé a andar; esporádicas puertas con *boiserie*, algunas de doble hoja, otras simples, pero todas con lánguidos números de un dorado desvaído, me guiaron hacia la habitación que buscaba en un privado y apartado recodo que culminaba a mi derecha en un callejón sin salida decorado una alta mesa de tres patas sobre la cual descansaba un delgado florero de apariencia por igual inestable que la mesa. Era la entrada más amplia de todas. Sin duda una suite, si mi sentido de orientación no me fallaba, la habitación debía dar al ángulo de la edificación, haciendo esquina con dos de las calles más elegantes y costosas de la ciudad. Más que una habitación debía ser algo así como un amplio departamento, un lugar con todas las comodidades a las que podía estar acostumbrado a tener al alcance de la mano alguien que no parpadeaba al firmar una cuenta de hospedaje que por día debía equivaler a un muy buen sueldo mensual para un empleo soñado.

No lo niego, pese a todo, estaba nerviosa, no se me antojaba pasar vergüenza y mucho menos defraudar a nadie, había demasiadas personas metidas de por medio en esta entrevista de trabajo.

Inspiré hondo y alcé el puño para llamar a la puerta; no llegué a hacerlo, la puerta se abrió lentamente. Fue una reacción exagerada y ridícula; el corazón se me subió a la garganta y los dedos de las manos y los pies se me pusieron fríos, y no debido al aire acondicionado que mantenía un fresco microclima en el pasillo, haciendo parecer increíble los treinta y siete grados de sensación térmica que sofocaban en la calle.

—Buenas tardes—. La voz sonó antes de que pudiese divisar el rostro que contenía los labios de los cuales se desprendieron aquellas palabras—. Bienvenida.

Me quedé muda y no pude parpadear, jamás olvido una cara, por eso sé, que esta ya la había visto antes, de hecho, la tuve frente a frente hace un par de días atrás. En mi vida olvidaría unos ojos semejantes. Era el hombre que había llevado por delante en la perfumería la tarde en que fui a comprarle a mi padre su regalo de navidad.

Intenté hablar; no salieron más que unos discordantes quejidos bastante patéticos, pese a ello, el hombre me sonrió.

—Buenas tardes, ¿es usted el señor Trueba?

—El mismo que viste y calza —confirmó sin que la sonrisa se le borrara del

rostro.

—Yo soy...

—Tú eres la joven que estaba comprando un perfume la otra tarde—. Completó estrechando la mano que sostenía yo en el aire, tendida en su dirección—. Vaya coincidencia; que mundo.

Se me escapó una risita tonta; así como la primera vez que topé con él, este hombre me hizo sentir desconcertada, me obnubilaban sus ojos y la prolijidad y solidez de su aspecto presencia; él era algo que no podías evitar contemplar, ejercía sobre mí, y ahora con más intensidad, una especie de magnetismo, no sexual, sino... era como si tuviese frente a mí la caja de Pandora: hacía que te entrasen ganas de saber todo de él, de adivinar lo que rondaba por su mente, o incluso, investigar qué fue de su pasado y todo aquello que hacía día a día, en cada segundo de su fascinante vida.

Eleazar Trueba soltó mi mano, dio un paso atrás y apartó por completo la hoja de la puerta dejando al descubierto un amplio hall de entrada, que hasta lo que divisé, conectaba a otros ambientes de la suite por al menos dos puertas.

—Adelante, Eliza —se apartó un poco más—. Pasa, pasa, considérate muy bienvenida.

Me costó dar el primer paso, parecía que las suelas de mis zapatos se habían pegado a la alfombra del corredor.

—Disculpa que te hiciera venir con tanta prisa, es que mi agenda está fríamente calculada en minutos y segundos, y la verdad es que no quería dejar pasar la oportunidad de conocerte; sólo Dios sabe cuando podría haberse vuelto a presentar un momento tan propicio para reunirnos.

—Le agradezco que me reciba, señor Trueba.

—No tienes nada que agradecer, soy yo el que necesita ayuda y tú la que puedes ayudarme, así que el que está en deuda contigo soy yo—. Hizo una pausa para cerrar la puerta.

—Exagera —le dije para evitar dilatar demasiado el incómodo silencio.

—No es cierto, pero si eso te tranquiliza, dictaremos un empate, ambos nos beneficiaremos el uno del otro. ¿Te parece bien?

—Como usted diga.

—No tienes que darme la razón solo porque sí —señaló con las cejas en alto.

—No lo hago.

—Me gusta que la gente tenga sus propias ideas y las defienda, no es que sea muy permeable a lo que los demás opine pero no por eso pretendo que todo el mundo piense como yo; siempre me ha parecido que lo más correcto es

aceptar que no todos somos iguales, que no todos queremos y necesitamos lo mismo.

—Eso es bastante coherente.

—Sí, lo es ¿no? No por eso te confíes de mí, no todo el mundo me cae bien, de hecho, son muy pocas las personas que andan por la faz de la Tierra que me simpatizan o me han simpatizado; de hecho, soy un tanto exigente con respecto a los rasgos de aquellos a los que permito formar parte de mi entorno. Puedes llamarlo manías, o incluso excentricidades...

Me sonrojé, por una fracción de segundo temí que pudiese leer mi mente y ver lo que yo opinaba de eso.

—... no lo son, no veo por qué debamos ser obligados de convivir con aquellos que no nos caen bien, con aquellos que no consideramos nuestros iguales. Mientras no pongas un pie dentro de mi terreno puedes hacer y decir lo que quieras, pero una vez que cruzas la frontera debes apegarte a mis reglas —terminó diciendo ya sin sonrisa y con un tono un tanto más sombrío. Ahora volvía a ser aquella imagen que me había formado de Trueba a base de lo que su secretaria me dijo por teléfono borrando de un plumazo esa fresca imagen que me hice de él en el tiempo que llevaba a su lado desde que me abrió la puerta y por lo que recordaba de nuestro primer y fugaz encuentro.

—Estoy comportándome de un modo horrorosamente descortés contigo; te he soltado un discurso sin siquiera ofrecerte asiento o preguntarte si deseas algo de beber—. Con el brazo derecho extendido dio un paso al costado y abrió la puerta central—. Pasa, por favor, no tengo intenciones de mantenerte ahí de pie todo lo que dure la entrevista.

La puerta daba acceso a una amplísima sala de estar en forma de ele que tenía armado tres espacios diferentes, a mi derecha, doblando la esquina, una especie de despacho, con un gran escritorio, una biblioteca y un juego de sillones, en la esquina misma del edificio un espacio de relax con unos sillones, una otomana y una mesita para el café, y dónde estábamos nosotros, cuatro sillones de respaldo muy alto, otra mesita junto con una lámpara de pie, completaban una especie de antesala para el comedor inmenso que se filtraba por la rendija de la puerta entreabierta sobre la pared de la izquierda.

—¿Gustas tomar asiento?

Asentí con la cabeza y me acomodé en el sillón que me quedaba más cerca. Reparé que sobre la mesita del café había una botella de cristal con agua, y dos vasos en una bandeja de plata con un mantelito blanco.

Trueba se sentó justo frente a mí.

Me quité la cartera del hombro y me senté lo más recta posible, procurando parecer una dama; todo lo que me rodeaba me hacía sentir la necesidad de comportarme con corrección, es decir, en concordancia con el ambiente.

Trueba por su parte, le quitó el tapón en forma de bola a la botella y rellenó a la mitad ambos brazos. Con parsimonia, volvió a tapar la botella y me tendió una de las bebidas.

Le agradecí y bebí un sorbo, el agua me venía bien, tenía la boca seca.

—Muy bien, ahora que estamos instalados y cómodos, permíteme decirte que no ha sido, para nada una decepción, conocerte.

¿Por qué debía haberlo sido? Trueba sí que debía ser muy especial, ¿insoportablemente exigente también?; no tenía apariencia de ser pedante, sino demasiado sincero, quizá era del tipo de personas que no puede ni fingir ni mentir frente a los demás, que no le va poner cara de piedra o hacer de tripas corazón con aquellas personas que no le caen bien. Si podía llegar a resultar maleducado o poco cortés con aquellos sujetos que no le caían en gracia eso yo no lo sabía, pero hasta ahora conmigo, había hecho gala de un comportamiento bastante normal salvo por algún que otro comentario, incluido este último; seguramente, su círculo cercano debía ser bastante reducido y no sé porqué, pero me daba la impresión de que si este hombre tenía amigos, esto debían poder contarse con los dedos de una sola mano y de seguro sobraban, es más, una imagen mental me llegó de repente, lo vi solo, sin familia, sin seres queridos, me lo imaginé viajando de aquí para allá, por las ciudades más bellas de este mundo, en la sola compañía de su secretaria, e incluso, cenando a solas todas y cada una de sus noches. Me dio pena por él, que complicado debía ser sentirse así y no poder evitarlo, o es que le importaba un rábano no tener a nadie, no soportar a nadie.

—Me complace mucho que acudieras a mí esta tarde, me han hablado maravillas de ti. Espero que no te resulte demasiado perturbador: he investigado sobre ti, y absolutamente toda la información que obtuve me provocó que se me hiciese agua la boca. ¡No me malentiendas! La nuestra será una relación estrictamente comercial, yo no acostumbro mezclar mi vida privada con los negocios, no al menos en la mayor parte de los casos. No te preocupes, este no es el caso, lo que me interesa de ti es tu cerebro.

En este instante ya no tenía ni la menor idea de qué tomar a modo de elogio o qué como insulto.

—Lo que quiero de ti es tu aptitud para los negocios, la frescura de tus decisiones y la garra que le pones a las cosas. Necesito sangre nueva a mi

lado y dudo que pueda encontrar alguien más apto que tú.

Otra vez me quedé desconcertada.

—Además, por lo que he oído por ahí, muestras interés por aprender todavía más de este rubro, y no hay mejor cualidad para un nuevo empleado, que la buena predisposición. Mi querida Eliza, eres exactamente lo que necesito.

Trueba cerró la boca y se quedó viéndome.

—Tiene usted razón, al menos en parte, tengo ganas de aprender, siempre me ha interesado mucho... mejor dicho, siempre me atrajo lo que debe ser la vida cotidiana del manejo de un viñedo y la producción de los vinos en sí. Desde afuera parece un mundo idílico, casi poético—. Tanta sinceridad no fue más que un lapsus en que las barreras de mi inteligencia se vinieron a bajo para dejar paso a la sinceridad más tonta y burda.

—Tiene algo de eso —convino Trueba dedicándome una mirada beatífica y una sonrisa benevolente que calzarían a la perfección con una aureola de luz sobre su cabeza. Yo creí que le desagradaría mi comentario, sin embargo me parece que fue todo lo contrario—. Cada viñedo es como un universo en sí mismo, cada cosecha un mundo y cada botella una personalidad, es por eso que se me complica tanto hacer todo solo, preciso de una persona de confianza que me de una mano, puesto que no tengo un viñedo sino unos cuantos más. No sé si te lo han comentado: tengo tierras aquí en Argentina, en Chile, en los Estados Unidos, en Australia, en Sudáfrica, en España, en Portugal, en Italia, en Francia, en Alemania y en algunos otros rincones del planeta. Como te imaginarás, no puedo con todo. Me he esforzado por conseguirlo pero acabé aprendiendo que en ocasiones, necesitamos admitir que un poco de ayuda nos vendría muy bien—. Trueba se movió hacia delante en el sillón para inclinarse hacia mí—. Como te mencioné en cuanto llegaste: preciso tu ayuda, Eliza, de modo que el trabajo es tuyo.

Mi corazón se desbocó de emoción. ¡¿Así nada más, el trabajo era mío?!

—Tan solo me resta formularte una pregunta cuya respuesta afirmativa es imprescindible y por lo tanto, no negociable, para que te unas al pequeño grupo que conforma mi entorno —hizo una breve pausa—. ¿Tienes pasaporte?

—Trueba soltó una carcajada antes de que yo tuviese tiempo de responder—. No, en realidad esa no es la pregunta, si no lo tienes puedo arreglar todo para que te lo entreguen en mano en menos de dos días. La real cuestión es si tienes algún problema con tener que salir del país y viajar de aquí para allá siguiéndome o por tu propia cuenta, cuando así lo requiera.

—No, la verdad es que nada me impide viajar y de hecho sí, sí tengo

pasaporte—. Mi pasaporte tenía poco más de un año y todavía no lo había estrenado, supuestamente, lo usaría para irme de luna de miel, y más tarde creí que quizá llegaría a aprovecharlo para viajar a aquel lugar que Vicente dijo que tenía en Francia, pero como muchas otras cosas, eso también quedó en la nada.

—¡Magnífico! —exclamó con una mueca de felicidad casi completamente injustificada, la que debía estar exultante debía ser yo, no él—. Eliza, desde este día, trabajas para mí. Parto mañana —se puso de pie —mis negocios me reclaman, pero tú despreocúpate, cuando pase el fin de año, volveremos a hablar.

Me levanté del sillón.

—Ah, por cierto, haré que esta misma tarde mi secretaria te llame para acordar ciertos detalles, entre ellos tu sueldo. A mí no me gusta discutir de dinero; no te preocupes, me figuro que la suma que te ofrecerá la señora Prieto te complacerá, además, debes saber que cuando viajes para mí, no te verás en la obligación de gastar ni un solo centavo, cada uno de tus viajes, cada una de tus comidas y así como todo lo que necesites cuando estés fuera del país correrá por cuenta mía. De mi mano descubrirás que allí afuera existe un mundo completamente distinto al que imaginabas.

—Me parece que comienzo a divisarlo.

—Te equivocas... —soltó en un tono que no sobrepasaba el de un susurro, parecía que deseaba darle un aire de misterio a sus palabras—, ya lo verás, con el tiempo te darás cuenta de lo mucho que tendrás al alcance de la mano, al estar bajo mi ala.

—No sé cómo agradecerle la oportunidad, señor Trueba.

—Empieza por dejar de agradecerme tanto, que hace que me sienta como si fuese un dios y no lo soy; no soy más que un hombre, un hombre en la multitud, así fue como me conociste... uno más del montón.

—Bien, no todos los hombres son iguales por más que estén entre el montón —dije y luego pensé para mí: muchos tienen una cara oculta, una que siquiera nos atreveríamos a imaginar; ¿y Trueba creía conocer el mundo?, me pregunto qué reacción tendría si le contara las cosas que he visto y las que he vivido.

—De eso no me cabe la menor duda. Lo importante aquí es que no debemos perder nunca la perspectiva; pese al éxito que he tenido en los negocios, pese a todo lo que he aprendido viajando, a la experiencia acumulada y a mi estilo de vida, siempre intento mantener la cabeza fría, es imprescindible tener en cuenta todos los ángulos de la imagen, no solamente puedes andar por la vida

mirando hacia arriba, hacia donde quieres llegar... al ras del suelo también suceden cosas muy importantes.

Se hizo un silencio profundo, como si todos los sonidos de la tierra hubiesen muerto. Así, en ese silencio nos miramos; para mí los ojos de Vicente siempre habían sido el par más impresionante y bello de este mundo, hacían que se me pusiese la piel de gallina, que sintiese que llevaba el alma a flor de piel, pero en cambio los ojos de Eleazar Trueba me daban ganas de encerrarme dentro de una coraza de acero reforzado, lo cual contrastaba de sobre manera con el poder hipnótico del azul turquesa que no podía dejar de mirar.

—No tienes de qué preocuparte, no soy ningún ogro, ni tampoco un loco, tengo algunas mañas como todos, sin embargo no me cabe la menor duda de que tú y yo nos vamos a llevar muy bien. Doy respeto y exijo lo mismo, eso es todo, el día que no podamos tener eso... bien, confío en que ese día no llegará para nosotros.

—Señor Trueba, me halaga su confianza y espero que no piense que soy una tonta, pero qué es lo que se supone que haré para usted.

—No pienso nada de eso, el único descuidado aquí he sido yo, es que me complace tanto que estés aquí que ni siquiera te he explicado en que consisten tus labores. Bien, la verdad es que no es un misterio, quiero que te conviertas en mi mano derecha, necesito de alguien que conozca mis negocios y que pueda tomar decisiones si no estoy ahí para tomarlas, y por supuesto, si me lo permites, te enseñaré todo lo que me sea posible, sobre el vino, sobre el alma virgen encerrada en cada uva y sobre sus posibilidades para convertirse en la expresión más perfecta de su propia esencia—. Se sonrió—. Tienes razón, esto sí que tiene mucho de poesía. ¡Espero no te moleste ensuciarte las manos de vez en cuando! —soltó en un tono alegre—. No hay mejor punto de partida para conocer esta tarea que comenzar por el suelo, por la tierra que es el alimento de cada viña, así como su entorno y quienes las cuidan. Experimentarás por ti misma lo glorioso que es caminar al atardecer entre las viñas. Si tienes un poco de lo que yo tengo, sentirás que has llegado al paraíso, que el mundo es absolutamente perfecto.

Si mis planes se concretaban, ese sería el único paraíso al que yo podría entrar.

—Esta alianza entre nosotros tendrá éxito; lo sé —entonó antes de despedirse de mí a las puerta suite—. Estaremos en contacto.

Nos despedimos con todas las formalidades que pueden esperarse.

Bajo su atenta mirada me metí dentro del ascensor.

La puerta espejada se cerró ante mí; contemplando mi reflejo en ésta me puse a pensar en cuan bizarro había sido todo, sin duda debería acostumbrarme a este tipo de cosas. Por lo visto Eleazar Trueba era un hombre fuera de lo común, pese a que predicaba lo contrario. Un excéntrico, un maniático, un hombre que quizá intentase fundirse en la multitud, pero quizá con poco éxito. Todavía continuaba experimentando la necesidad de abrir su cráneo para así descubrir lo que encerraba su cerebro; me daba la sensación, por lo poco que había dicho, que existía mucho más, cosas que justificaban sus decisiones y su comportamiento; una historia pasada y presente que hubiese sido digna de ser plasmada en un libro —o talvez fuese necesaria toda una enciclopedia—. Si existen personas que despiertan tu deseo sexual, también existen aquellas que avivan tu sed de conocimiento, que te hacen desear de forma desesperada saber más y más hasta descubrirlo todo, personas que parecen encerrar un mundo en sí mismas, personas que te hacen perder por completo la noción de tu propia realidad, realidad que se me vino encima de un modo ensordecedor y sorpresivo cuando me detuve frente a mi camioneta y tuve un flash de un recuerdo que se negaba a abandonarme: la primera vez que nos besamos, en la cocina de su casa de campo. A mí volvieron todas las sensaciones que percibí en ese momento, tanto los olores, como los sabores, incluso el tacto de sus labios sobre los míos.

Los brazos se me deshacían en ganas de abrazarlo y mis oídos estaban dispuestos a entregar lo que fuese por oír su voz otra vez.

Por un instante y por culpa de las sobras de los árboles que reparaban mi vehículo del sol, me lo imaginé sentado dentro de la camioneta, al volante, esperando por mí. Seguro que se pondría contento si supiese que por fin había obtenido el trabajo que tanto quería (bueno, lo estaría si las cosas continuaran bien entre nosotros, si realmente me hubiese amado alguna vez, al menos un poco).

Si antes mi corazón se aceleró de emoción, ahora apenas si latía a causa de la tristeza más honda: lo necesitaba aquí y ahora. Si bien pensaba en él a cada momento, llevaba mucho tiempo sin desear tan fervientemente volver a tenerlo a mi lado. Vicente dejó de ser un simple hombre entre un mar de gente que vaga por la Tierra sin tener ni la menor idea de para qué están aquí en realidad, en cambio, al conocerlo, él se transformó en mi razón, en la razón para que el mundo mismo existiera.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Sentí un cosquilleo en la nuca. Di media vuelta, no había nadie allí.

Incomoda, usé el control remoto para liberar las trabas de las puertas de la camioneta.

Sin poder deshacerme de la inexplicable incomodidad que no me dejaba en paz corrí hasta la puerta del lado del conductor, la abrí y salté al asiento. Metí la llave en el encendido, arranqué el motor, pero no hice nada para sacar mi mastodonte del lugar en el que estaba estacionado, solamente me quedé allí sentada, sintiendo el soplido del aire acondicionado frío sobre mi rostro y mis brazos desnudos. Me llevó un momento ser capaz de seguir adelante.

Mi intención era asomarme para verificar que no pasase ningún auto y así poder salir al tránsito pero me frené en seco en cuanto divisé la moto negra que dobló por la esquina hacia mí. Circulaba a muy baja velocidad, casi como si estuviese buscando algo.

Puede que fuese una reacción exagerada de mi parte, entré en pánico.

—¡Por qué mierda no le hice caso a mi madre y me compré un celular! — rezongué entre dientes; quería llamarlo a Lucas para pedirle socorro y no tenía como.

La moto era conducida por un sujeto enfundado en ropas negras y casco negro; la imagen no era nueva para mí y por eso mismo, me causaba tanta aprensión. ¿Sería de los buenos o de los malos? Hubiese deseado poder identificar la dorada cabellera de Sofía, o el porte de alguno de los otros hijos de Gaspar; eso no sucedió.

A Dios gracias que todavía no me había puesto el cinturón de seguridad, y que la cabina de la camioneta tenía espacio de sobra para mí, el más valioso: entre el asiento que aparté para atrás y los pedales. Apretujándome en forma fetal, me escondí debajo del volante después de bajar las trabas para encerrarme dentro de mi coraza blindada y apagar el motor.

Oí la moto acercarse, y para aumentar mi miedo, detenerse justo al lado de mi camioneta, al otro lado de la puerta. El sonido del motor de ésta era tan potente que lo sentía como si estuviese dentro del habitáculo y no fuera sobre el adoquinado de la calle, incluso, percibía en mi espalda, las vibraciones de la máquina. Empecé a sudar frío. Me daba miedo alzar la cabeza; lo hice; no logré ver mucho y con ello esperaba que quien estaba afuera tampoco lograra verme a mí, ahí acurrucada tan cobardemente. Puede que no hayan sido más de treinta segundos, como mucho un minuto, pero aquello fue peor que un eterno suplicio en el Infierno, sobre todo porque no tenía ni la menor idea de si estaba haciendo bien o no al esconderme. Al final, la moto aceleró y se fue, dejándome congelada y al límite de casi echarme a temblar sobre el piso de la

camioneta.

Lentamente salí de mi escondite, entumecida y asustada, con el corazón latiéndome en los oídos, repasé con cuidado todo lo que me rodeaba y cuando creí que era seguro, puse la camioneta en marcha y emprendí el regreso a casa, preguntándome durante todo el trayecto, quién andaba tras mis pasos otra vez y qué quería ese alguien de mí.

—¿Cómo te fue? ¿Obtuviste el trabajo? ¡Seguro que sí! ¡Compré champagne para festejar! ¿Lo abrimos ahora? —propuso Lucas abalanzándose sobre la heladera.

Terminé de entrar en el departamento y cerré la puerta empujándola, luego, pese a que sabía que no serviría de nada, pase llave a ambas cerraduras y puse la traba.

—¿Eliza? —Lucas se olvidó de la heladera y del champagne casi de inmediato; quedó helado sobre el piso de la cocina, rígido y muy serio. Cuando volvió a dirigirse a mí lo hizo con un tono completamente diferente al anterior, tan sombrío que me entró pánico; ¿lo habría visto en mi mente?—. ¿Qué fue lo que...? —estrujó el repasador que tenía entre las manos, lo lanzó sobre la mesada y se me vino encima—. ¿Te encuentras bien? ¿Quién era, le viste la cara? —me tomó por los codos y me sacudió. Al instante se apartó de mí poniendo cara de asco—. Por Dios, apestas.

—¿Lucas! —No era lo que esperaba oír de él en este momento.

Apretándose la nariz entre dos dedos se disculpó, pero no volvió a acercármese. Dejando a un lado su tonta reacción, tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparme, arrojé mis bártulos sobre la mesita del café y fui a servirme un vaso de agua, estaba sedienta, me sentía deshidratada y el gusto metálico en mi boca me incomodaba hasta para hablar.

—Entonces, no sabes quién era.

—Esperaba que pudieses decírmelo—. Tomé un vaso de la alacena y abrí la heladera—. Me da la impresión de que no fue uno de los hijos de Gaspar si bien es obvio que el individuo montaba una de sus motos—. Vi la botella de champagne, era uno muy bueno, mi preferido para mayores especificaciones; mi mano no se dirigió el cuello de esa botella, sino al mango de la jarra de agua.

—No sé si Gaspar regresó al país.

—¿Lo sabrías si así fuera?

Lucas negó con la cabeza.

—Durante el tiempo que pasé junto a Vicente no solíamos hacer visitas sociales a otros demonios; conozco a los integrantes del clan Salleses sin embargo nunca tuve mayor contacto con ellos. Por lo que sé de la situación... ¿no crees que si hubiese sido uno de ellos no habría intentado acercarse a ti de otro modo?

—No lo sé, me escondí debajo del volante; quizá su intención era buena; no les di pie a nada, entré en pánico, casi al instante. Llené mi vaso y comencé a beber.

—¿Te escondiste?

—Sí y no necesito que me recuerdes lo patética que soy siendo humana.

Lucas torció la boca en una mueca de disgusto.

—Esto se tiene que terminar lo antes posible.

—A donde vayas con ese nuevo trabajo tuyo yo iré contigo.

—El problema va más allá de dónde vaya con mi nuevo trabajo, Lucas, los dos lo sabemos muy bien.

—Ese no es un asunto que pueda resolverse de la noche a la mañana.

—Lo sé. Es que me dio miedo. No quiero morir, Lucas, y tengo la sensación de que lo que otros demonios quieren de mí no es exactamente mi alma, sino mi vida. Buscan revancha, quieren venganza, les enfurece lo que hice.

—Corrección, lo que Vicente hizo. Es su culpa, no tuya. Haremos una cosa... Saltaré unos cuantos pasos

—¿Qué? ¿Por qué?! ¿A qué te refieres?!

—No pienso permitir que tu vida continúe corriendo peligro por mucho tiempo más. Vicente fue increíblemente negligente respecto a tu seguridad, yo no lo seré. No pienso esperar a Ariel, y tampoco a Vicente, voy a procurar ver a alguien más, a alguien que tenga un poder de decisión que avale tu decisión, alguien cuya voz deba ser oída y respetada por todos sin excepción. Alguien que pueda darnos una sentencia definitiva e inapelable.

Iba a decir algo para hacerlo cambiar de parecer, no es que yo no quisiese cambiar, es que tampoco tenía intenciones de meterlo a él en un problema todavía mayor al mío por saltarse las jerarquías impuestas en su mundo, pero me dio la impresión de que Lucas estaba completamente decidido y que cualquier cosa que yo dije, no haría más que afianzarlo todavía más sobre su decisión.

Pasadas cantidades atroces de comida y bebida, quedaron atrás los festejos de fin de año y el aniversario de bodas de mis padres, fue una semana atípica que se pasó volando, días que me parecieron perdidos; me fastidiaba de sobremanera tener que reducirme a la condición de quién espera de brazos cruzados sin poder hacer nada, tener que dejar que Lucas se ocupase de todo era realmente frustrante, sobre todo, porque él no estaba logrando demasiado; no es que le recrimine la falta de resultados, no para nada, lo que sucede es que él también había terminado de pésimo humor al no obtener ninguna respuesta de nadie, parecía que todos los demonios habían decidido tomarse unos cuantos días libres para disfrutar de los festejos de fin de año.

Esta situación resultaba casi cómica: ver al pobre de Lucas dejando mensajes en todos los contestadores de los teléfonos a los cuales llamaba para intentar concretar una reunión en la que se discutiese mi estado actual y aquel al que pretendía cambiar. Por un momento el mundo de los demonios se semejó demasiado al de nosotros los humanos, con las mismas burocracias, las mismas fallas, el mismo desinterés y similar egocentrismo, todos estaban de festejos y nadie tenía tiempo para prestar oídos a nuestro problema, mejor dicho, a mi problema.

El viernes de esa semana, fue el peor de todos, mi carácter potenciado por la tensión y la angustia de la espera se chocó de frente con el de Lucas y terminamos discutiendo a los gritos, por una tontería. Por suerte la enemistad entre nosotros duró menos que poco, nos amigamos a la hora de la cena, cuando ya los dos estábamos aburridos de permanecer en silencio cada uno en un extremo del departamento sin nada que hacer.

—¡Es ridículo! Todavía no puedo creer que no haya podido ponerme en contacto con nadie. Sé que soy un don nadie para muchos y que los demonios a los que llamé probablemente no me reconozcan si no estoy en compañía de Ariel o de Vicente... —Lucas se detuvo luego de pronunciar su nombre. Me miró con cara de culpabilidad, como pidiéndome disculpas por habérmelo recordado y continuó—. Es increíble que ni uno solo de ellos me devolviera el llamado. ¡¿Es que ni siquiera les interesa saber de qué quiero hablarles?! ¡Además, qué demonios los dio a todos, que tuvieron que irse de viaje justo en esta fecha! ¿Desde cuando los demonios se toman vacaciones de estas cosas?

—Lucas, no nos ayuda en nada que te pongas así. Démosles hasta la semana que viene, es más, con un poco de suerte en estos días también regresará Ariel ¿no es así? —Lucas me contestó que sí con un moviendo de cabeza mientras le

arrancaba un buen pedazo a la jugosa empanada de carne que tenía envuelta en una servilleta, sujeta con ambas manos, con tanta decisión que daba la impresión de que temía que fuese a intentar escapársele.

—Tienes razón, es que la espera me mata, te dije que quería corregir sus errores y me pone de muy mal humor no poder cumplir con mi palabra.

—En ningún momento se me ocurriría recriminarte nada, no quiero que te tomes esto como si fuese tú responsabilidad.

—¡Es mi responsabilidad!

—No, simplemente me ayudas. Quizá se me dejases intentar...

—¿Esperas que te lleve directo a la boca del lobo, sin tener ninguna garantía de que no serás devorada? Procura mantener siempre presente el peligro que los demonios son para ti.

Se me escapó un bufido. Aburrida me abandoné sobre el respaldo de la silla. Así, de la nada, se me ocurrió una idea.

—¿Crees que nos sea posible conseguir ubicar a Gaspar Salleses? Me gustaría hablar con él para ver si puede darnos una mano, es una de las personas más coherentes y a mi modo de ver: más inteligentes que yo haya conocido jamás, y no olvidemos que es importante y respetado dentro de tu mundo, además tenemos que tener en cuenta que Vicente me llevó a verlo porque deseaba averiguar si yo tenía algún poder...

—Sí, y no nos olvidemos que todavía no sabemos con exactitud qué pasó entre Vicente, tú y Gaspar, él jamás te dio una respuesta certera y no tenemos idea si descubrió algo sobre ti o no. Todo ese asunto fue muy raro, todavía no estoy seguro de para qué bando juegan Gaspar y su familia, sé que todo nos empuja a creer que es probable que tuviera una suerte de desacuerdo con Vicente...

—¿Una suerte de desacuerdo? En su momento más me pareció que huyeron de él—. Una parte de mí se negaba aún hoy a creer que Vicente había sido responsable de las misteriosas huidas del clan Salleses y del grupo de circo "*Panis et circenses*"; la otra, necesitaba, al menos por ahora, y para efectos prácticos, pensar que Gaspar podía darme su respaldo a la hora de apelar a favor de mi cambio. Quizá el día en que fuese como ellos, lograrse comprender por qué Vicente había hecho todo lo que había hecho y ya no me atreviese a volver a intentar culparlo de nada, hacerlo en este instante era como atacarme a mi misma, como si mi sistema inmunológico estuviese intentando matar cada una de mis células, era horrible y doloroso. Soy la serpiente que se muerde la cola y se envenena a sí misma.

—A mí me lo parece también, solo intentaba comportarme, de ser por mí le gritaría a los cuatro vientos que Vicente es un maldito que amenaza a todos los que intentan atravesarse en su camino.

—Lucas, por favor —le pedí reculando sobre mis propios pasos. Esto estaba tan condenadamente mal que me avergonzaba de mí misma.

Pasaron un par de segundos de silencio.

—Bien, intentaré averiguar dónde están los Salleses; hablaré primero con Gaspar, y luego, si creo que no es una amenaza para ti, te pondré en contacto con él.

—No es lo que más feliz me hace. Tampoco sería mala idea ponernos en contacto con Jan.

—Sí, sí es mala idea, no entiendo qué pasó esa última vez entre Vicente y él, pero lo que sí puedo decirte es que ellos han sido amigos por el suficiente tiempo como para que yo me atreva a confiar tú futuro a él. No, nada de Jan por ahora, lo dejaremos como último recurso.

El enunciado recién, era nuestro plan en conjunto, pero en mi cabeza, yo había elucubrado otro, uno que llevaría a cabo por mi cuenta y que también consistía en reparar los errores del pasado. Mi misión sería encontrar a Vicente y enfrentarme a él, definitivamente nosotros dos necesitábamos una clara y sincera conversación para darle un corte definitivo a todo esto; esperaba poder descubrir la razón de todo lo que había hecho y dicho, y en lo más profundo de mí deseaba poder convencerlo de que el lugar para cada uno de nosotros en este mundo era estar juntos, fuese en el lugar que fuese; ese era otro asunto, uno que apenas si me atrevía de reconocerme a mí misma, como primer objetivo, por la urgencia que demostraba por estos días, era el mismo de siempre, cambiar, después tendría toda la eternidad para intentar hacerlo entrar en razón.

También intentarí echar un manto de claridad sobre otros asuntos que mantenían mi corazón en vilo: las muertes de Mauro y Cristian eran dos agujeros oscuros que si bien no crecían en tamaño dentro de mi pecho, se mantenían constantes en vez de sanar; sobre todo ésta última, representaba demasiadas dudas, encerraba demasiados misterios. Otra cosa que deseaba hacer era ponerme en contacto con Ana, la viuda de Cristian, creo que nos quedaron unas cuantas cosas pendientes de conversar desde el día en que vino a verme para avisarme que se iba del país. Con este recuento se me hizo más larga la lista de puntos oscuros: la isla en el maldito atlas, los viajes, los ataques, las desapariciones, los poderes de uno y otro bando... Todo en mi

vida desde que conocí a Vicente ha quedado en puntos suspensivos. Cada cosa representa una pregunta sin respuesta y dudo que pueda esperar a cambiar para saber la verdad, además, no sé por qué, tengo la sensación de que aunque cambie, algunas cosas continuarán siendo un misterio y yo no puedo vivir de ese modo, yo necesito saber por qué pasó todo lo que pasó, lo necesito para poder seguir adelante, para poder dejar el pasado atrás.

Continuaba masticando la empanada cuando una fuerte necesidad me urgió de repente. Si en un principio no tenía ni la menor idea de por dónde empezar, ahora lo sabía, en alguna parte, sé que tenía la tarjeta de Ana, la que ella me dejó en aquella última y significativa vez que nos vimos, la vez en que me contó que Cristian le había confesado que había hecho pactos con una mujer demonio. La dichosa tarjeta no se había quemado en el incendio, es que jamás me desprendí de ella, si no recuerdo mal, estaba dentro de mi agenda, dentro de mi cartera, en mi habitación.

Me puse nerviosa y ansiosa, tal es así que me descuidé y me mordí la lengua. Dudo que Lucas le haya adjudicado mi estupidez a otra cosa que no fuese mi torpeza normal de todos los días, pero por las dudas intenté disimular, soltando un insulto de esos que afloraba de mi boca a causa de la bronca que me daba ser tan torpe.

Le di las buenas noches y me encerré en mi cuarto, sabía por experiencia que en estos momentos Lucas debía estar conectándose a su iPod, cosa que generalmente hacía para pasar la noche de aburrimiento que le provocaban mis horas de sueño tan humanas, de modo que no me escucharía hablar. Esperé en silencio y en penumbras, sentada sobre la cama, por un par de minutos, luego me levante. Con mucho cuidado de no hacer ningún ruido, abrí la puerta y lo espí por la hendidura. El sofá cama estaba abierto; el living se encontraba en penumbras, Lucas no necesitaba de luz para ver, sus ojos de demonio eran mucho más sensibles que los míos, de modo que le bastaba con la luz de la calle que entraba por la ventana de la cocina. Por sobre el sonido de mi propia respiración, escuché el susurro eléctrico de la música. Acerté, ya estaba en otro mundo. A las prisas pero con mucho cuidado, volví a cerrar la puerta.

En puntas de pies fui directo a buscar mi bolso y de allí regresé a la cama, me senté en el borde del colchón y a la luz del velador me puse a rebuscar en la agenda. Me llevó un par de minutos encontrar la tarjeta entre tanto papel acumulado a lo largo de todo un año, año que por suerte, acababa de terminar; finalmente la hallé.

Sin pensar en nada más, tomé el teléfono de la base que estaba sobre la mesa de luz y marqué el número. Mientras oía el repiqueteo del tono de llamada me puse a pensar en qué decir y cómo decirlo, no estaba muy segura de que fuese seguro hablar demasiado abiertamente, pero si deseaba llegar a algo, tenía que ser clara. Me odiaría Ana cuando le confesara que yo estaba al tanto de la existencia de ese mundo demoníaco que Cristian le había mencionado, y qué tal si comenzaba a unir cabos y llegaba a algún tipo de conclusión... digamos: que quizá de algún modo yo era en parte responsable de la muerte de Cristian, porque después de todo, gran parte de lo sucedido se debía a que los demonios me querían a mí.

El teléfono sonó, sonó...

—Hola —entonó una voz femenina que sonaba soñolienta—. ¿Allô?

Era ella, reconocí su voz, de lo que también me di cuenta es de que acababa de despertarla, y por ese “¿allô?” me percaté de que no estaba en el país; sin duda Ana había extendido algo más de lo previsto, su escapada por seguridad (o sería otro el motivo por el que estaba fuera, ¿presumiblemente en Francia?).

—Ana, soy Eliza. María Eliza Pérsico, la ex nov...

—¿Eliza? Qué... ¿estás bien? ¿Sucedió algo? ¿Qué hora es?

—Por aquí son las once y treinta y tres de la noche, pero me parece que tú no tienes esta misma hora... lo lamento, no creí que todavía estuvieses fuera.

—No hay problema. Sí, todavía estoy fuera del país, mejor dicho, es que me mudé aquí... ¿Realmente eres tú?

—Sí, soy yo. Sé que esto es muy extraño y que ni siquiera tomé en cuenta la hora pero necesito hablar contigo, la última vez que nos vimos...

—La última vez que nos vimos yo estaba realmente alterada y no sabía lo que hacía.

—¿A qué te refieres?

—Estaba paranoica y no pensaba con claridad —dijo y su voz sonó rara, como si se estuviese pasando una mano por la cara para despabilarse—. Exageraba.

—Quizá no; es por eso que te llamé.

—Disculpa, no pretendo ser ruda contigo pero la verdad es que no quiero volver a hablar de ese tema, estoy intentando rehacer mi vida.

—¿En otro país?

—Eso no es asunto tuyo.

—No, claro que no, no pretendía insinuar eso, lo que quiero decir es que... es posible que no estuvieses paranoica, ni exageraras, es más, lo más probable es

que nunca en tu vida hayas visto todo con tanta claridad como el día en que hablamos. Además, ¿si crees que irte del país fue una exageración por qué aún no has regresado?

—No me oíste decirte que intento rehacer mi vida —replicó molesta y con toda la razón del mundo, pero no por eso yo iba a dejar de insistir.

—Sí, fuera del país —le solté temiendo que me cortara.

Ana no me cortó; se tomó un momento para seguir adelante, y cuando lo hizo fue en un tono muy distinto al que usara con anterioridad: —La distancia ayuda.

—La distancia es segura —entoné como si fuese una frase arrojada al aire sin un destinatario en particular.

—No tiene nada que ver con eso, he viajado a la Argentina un par de veces; nunca he permanecido demasiado allí porque en ese país ya no hay nada para mí.

—¿Dices la verdad? ¿Rehacer tu vida es la única razón por la que no regresas aquí definitivamente?

La cuestión quedó planteada vaporosa e inmóvil, como una de esas nubes que parecen pintadas en el cielo. Me dio un escalofrío. Ana enmudeció, a mi parecer, definitivamente; por lo que la pausa se tornó mucho más larga de lo esperado.

Echando primero, un vistazo hacia atrás, para asegurarme de que Lucas no estaba detrás de mí, despegué los labios y me dispuse a sincerarme con ella.

—Todo lo que te contó Cristian es cierto, él no deliraba y tú no exageraste al irte del país. Los demonios existen, lo sé—. Estrujé el teléfono entre mis manos creyendo que ahora sí me cortaría y que nunca más volvería a atenderme, no lo hizo, continuó muda. Ella se encontraba al otro lado de la línea, podía oír su respiración, sin embargo todavía no reaccionaba a mis palabras—. Hasta lo que sé es muy probable que un demonio asesinara a Cristian, y aunque no estoy del todo segura, creo tener alguna idea del porqué. Fue un error no contarte esto antes, quizá se pudiesen haber evitado cosas que sucedieron más tarde; si todos hubiésemos sido sinceros desde el principio la cosas habrían sido muy diferentes.

—No eres la única que cree que ha cometido errores —dijo resucitando a la voz—. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que existen?

—Los he visto. Por alguna razón o circunstancia que todavía no logro entender, ellos entraron en mi vida. Sé que son reales Ana y también sé muy bien todo lo que son capaces de hacer con tal de salirse con la suya,

incluyendo asesinar, mentir y engañar. No tenía ni la menor idea de que él supiese nada de todo esto, es más, él nunca me lo dijo, lo averigüé casi al final. Ni siquiera supuse que Cristian pudiese estar envuelto en todo esto. Hasta muy poco antes de su muerte yo creí que era algo que tenía que ver solamente conmigo en lo que él no estaba incluido. Las cosas han cambiado mucho desde entonces, lo que creí era una insignificancia se tornó un embrollo de proporciones demasiado grandes, un embrollo que no logro desenmarañar, es por eso que te llamé. Necesito tu ayuda, sé que existe una verdad detrás de todo esto, una verdad que preciso averiguar para comprender el por qué. Como te dije, si al principio creí que lo que me sucedía era un hecho aislado... pues ya no lo creo y temo por lo que pueda suceder.

—¿Estás insinuando que todo esto tiene que ver contigo? ¿Es tu culpa?

Quizá siempre lo supe, quizá lo intuía y prefería no verlo y mucho menos reconocerlo. ¿Todo esto era por mí, por mí nada más? ¡Pero eso no tenía sentido!, ¿o sí?

Para qué tanta movilización, para qué involucrar a tanta gente si al final Vicente se había marchado con las manos vacías abandonándolo todo incluida a mí. ¡No, esto no tenía sentido! Yo no soy el ombligo del universo; tenía que haber algo más detrás de todo esto, es más, siquiera se me antojaba creer que todo sucedió simplemente porque sí. Sería que tanto sufrimiento no tenía otra razón de ser que el divertimento de un grupo de demonios que no tenía nada mejor que hacer de sus respectivas existencias que jugar a la casita con de humanos igual que si fuesen muñecas, que podía matar y causar mucho dolor y desconcierto solo porque se les antojaba. ¡No, no podía ser! Que unos simples demonios sin rango y sin fuerzas hiciesen este tipo de cosas hasta resultaba coherente, pero no de parte de alguien como Vicente, mucho menos me figuro de Ariel (él había mandado a Susana directo a mi local en busca de un empleo y a su vez entregó a Lucas a la custodia de Vicente cuando éste no pudo controlar al que por aquella época era novio de Susana), tampoco creo que a alguien de la posición de Gaspar Salleses tuviese las ganas y el tiempo de inmiscuirse en un absurdo semejante, y menos que menos esos demonios que me había perseguido por tierra, cielo y mar hasta atraparme y casi matarme.

¡Por Dios, que locura!

Otro escalofrío me recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza.

—Tal vez sea por mí, no lo sé; te aseguro que yo no los llamé, y que nunca en mi vida deseé que Cristian muriese. Sí pudiese deshacer todo lo malo que ha sucedido en este último año lo haría; no tengo cómo, mi único consuelo es que

si me esfuerzo, talvez logre evitar que algo más suceda. No estoy segura de por qué los demonios buscaron a Cristian, siquiera lo estoy de porqué realmente me buscaron a mí.

—Cristian no me dio una explicación, tal vez quiso hacerlo, la verdad es que yo no le di pie para confesarse, la última vez que lo vi... la vez en que me entregó aquellos papeles y el libro me contó que los demonios lo perseguían, me dijo que había cometido un error, que había hecho algo muy malo; en cuanto mencionó la palabra demonio yo me cerré por completo. Fingí no creer ni una sola palabra, es más, creo que le hice sentir que para mí, se había vuelto loco; lo cierto es que lo hice, le creí, yo siempre supe cuando mentía y cuando no, por eso obedecí a su último requerimiento; me pidió que me fuera si le sucedía algo, o si... o si moría, que me fuera y me escondiera, que buscara ayuda y que me mantuviese del lado de la luz. Me pidió que tuviese fe, me pidió que creyera que el bien existe, incluso en los rincones más oscuros, en los lugares más impensados. Lo siento —sollozó; supe que se estaba disculpando con él y no conmigo—, lo siento tanto—. Hizo una pausa en la que se oyeron unos ruidos raros por el auricular, supongo que se estaba limpiando las lágrimas—. Tienes razón, me escondo. Tengo miedo... no he dejado de tener miedo desde el día que Cristian murió, es por eso que no permanezco en ninguna parte más de un par de días. Estoy agotada Eliza, estoy agotada de huir, ya no confío en nadie, cada rostro que veo, cada persona que se me cruza por la calle... veo en cada uno un demonio, y si sigo así, terminaré enloqueciendo.

—Créeme, sé cómo se siente.

—¿De qué va todo esto Eliza, por qué se acercaron a ti y que relación tiene eso con Cristian?

—Es una historia larga.

—No importa, tengo todo el tiempo del mundo, últimamente duermo poco y nada.

Sin saber muy bien por dónde empezar, me removí sobre la cama.

—Hace poco más de un año, conocí a un hombre que resultó ser algo completamente impensado, ese hombre llegó un día al local en el que yo trabajaba, para comprar unas cosas...

Sin pensar en que esta era una llamada internacional, y en factura que seguramente se engrosaría en detrimento de mis ahorros, le conté a Ana toda la historia, toda de pies a cabeza, incluyendo la relación que me unía a Susana por medio de su antiguo novio Mauro, y demás hechos de importancia,

solamente procuré dejar a un lado detalles demasiado íntimos que no venían al caso, pero sí le conté que Vicente me había propuesto devolverme a Cristian a cambio de mi alma y que había sido él quien me contara toda la verdad sobre como éste me había engañado con ella. En un principio mi intención era no soltar demasiado, pero bien, ya le había dicho yo que lo más probable es que todos nos hubiésemos ahorrado muchos malos momentos si hubiésemos sido más sinceros, de modo que lo fui. Me abrí a ella todo lo que me fue posible sin revolver demasiado en lo más hondo del dolor que todavía me causaba y que me figuro me causaría siempre, hablar de Vicente y del amor que había sentido y que por desgracias, todavía sentía por él. Le hablé de Gaspar y su familia, por supuesto solo en lo referente a mí, las cuestiones referentes a las visitas sociales no tenían demasiada importancia. Sí le conté sobre el peso de la tarea que Gaspar, sus hijos y su pareja realizaban en este mundo, para el mundo de los demonios y también le expliqué porque Vicente me había llevado a verlos. Le conté de Jan, de Ariel, de la vez que terminé en el hospital, de cómo había terminado todo y del estado actual de las cosas. No con poca vergüenza admito que me abstuve de confesarle mi plan de cambiar, tal vez algún día se lo dijera, tal vez no; ciertamente este no era el momento para hacerlo; dudo que reaccionara bien ante semejante confesión y no la culpo, oyó de mi boca, que tal cual como Cristian le dijo, podía encontrarse luz hasta en los rincones más oscuros y que no necesariamente todos los demonios tenían por qué ser malos, así como es un error creer que todos los humanos tendrían que ser buenos, pero hasta que ella no lo experimentase en carne propia, no lo comprendería. Estaba asustada y supongo que en su condición, cualquier demonio era un sinónimo de muerte, peligro y miedo, es como cuando un perro te muerde: crees que todos los otros perros te morderán también, pero el día en que te cruzas con uno que te demuestra que puedes confiar en él, y entonces, todo, pero absolutamente todo, cambia para ti. Nunca creí que pudiese sincerarme sobre esto, así tan abiertamente con alguien, y menos se me hubiese ocurrido pensar que alguien prestaría sus oídos tan desinteresadamente a mí, como Ana lo hacía.

No me criticó, no me culpó, simplemente aceptó mi relato. Para bien o para mal, así fueron las cosas, y así estaban ahora.

—Tienes razón, debe haber algo más detrás de todo esto. No entiendo muy bien a esas criaturas; por lo que acabas de contarme supongo que un libro y unos papeles con los relacionan con una isla en particular, no deben ser motivo suficiente para asesinar a alguien, sí esa isla, o quizá su propietario, o

incluso tú misma. Lo que me desconcierta es: por qué ahora se han ido todos y te han dejado.

—No creo que se fueran definitivamente.

—Sí, sí, lo olvidaba... esa moto que te siguió el otro día—. Se quedó pensativa.

—Ana, no te lo tomes a mal, es que le he dado muchas vueltas al asunto y siempre termino contra la misma pared en un callejón sin salida—. Mi mente se desconectó por dos segundos y una idea cayó por su propio peso—. No sé a razón de qué, si con un soborno, o por medio de amenazas... de algún modo creo que hicieron que Cristian arreglase las cosas para llevarme a esa isla de luna de miel.

—Mencionaste que la elegiste de un mapamundi con los ojos cerrados. Eso no tiene sentido. ¿Cómo? Es imposible.

—Sí, sé cómo suena; para los demonios nada es imposible.

—Eliza por aquel entonces nosotros...

—Sé que ya estaban juntos, pero ese no es el asunto.

—No tengo idea de si hubiese notado o no que él recibiera una suma de dinero significativa como para pensar que anduviese en algo raro.

—¿Una amenaza?

—Sino hasta el final, nunca noté que estuviese asustado, que se escondiera o huyera.

Me rasqué la cabeza ansiosa, llevaba mucho tiempo al teléfono contándole a alguien que hasta ayer era casi una extraña para mí, una verdad más que incomoda y peligrosa, una verdad que quien estaba al otro lado de la puerta escuchando música, debía preferir que no se supiera. Aceptaba la opinión de Lucas y su ofrecimiento de hacerse cargo, pero no por eso iba a sentarme a esperar a que las cosas se resolviesen por sí solas.

—No logro hacerme a la idea de que Cristian pueda haber hecho pactos con esos seres.

—No necesariamente tiene que haberlos hecho, puede que lo obligaran; son muy eficaces a la hora de asustarte si se lo proponen.

—Pero por qué no buscó ayuda.

—No creo que nadie pueda ayudarte en una situación así, yo no encontré ayuda... ayuda externa fuera del universo de los demonios.

—No tiene sentido ni puede ser cierto, Cristian me pidió que buscase ayuda, él me dio esperanza, mencionó eso de la luz y —se interrumpió bruscamente—. Cristian no buscó ayuda porque no la quería, él creía no necesitarla. ¡Ah

por Dios Eliza, no quería creerlo pero ahora lo veo con claridad! Cristian se metió en esto a voluntad. Tienen que ser así. Sabía lo que estaba haciendo, ese era el precio que debía pagar a cambio de algo. Era conciente de lo que hacía, no lo engañaron —soltó horrorizada. Ella había estado intentando defenderlo, sin duda las cosas no fueron tan así como Vicente me las contó, puede que Cristian y Ana no se amasen profundamente, pero ella lo conocía a él, lo conocía muy bien, tal vez mejor de lo que yo llegué a conocerlo jamás, y lo quería, lo quería mucho, es por eso que le dolía tanto arribar a semejante conclusión; conclusión de la que ni ella ni yo estábamos seguras.

—No te precipites, no sabemos cual es la verdad.

—A cambio de qué te arrojó en los brazos de esos demonios. ¡Por todos los cielos Eliza, es que acaso ni siquiera te respetaba, que te hizo una cosa así! ¡No era capaz de ver más que su ombligo!- bramó furiosa.

—No Ana, no creo que...

—¿Cómo pudo?! —lanzó rompiendo a llorar otra vez.

—Ana... Ana, escucha, ya no importa. No tiene la menor importancia. No lo culpo y jamás lo culparía. No quiero que pienses en Cristian como el responsable de todo esto.

—Era débil, no tenía carácter. ¡Era un egoísta, un insensible!

—Sabes que eso no es cierto. Lo conocías. Nadie es perfecto, ni él, ni nosotras, nadie. Pudo haber cometido un error; no puedes ni debes descargar toda la culpa en él. Hay más de un responsable en este asunto, puedes apostararlo.

—¡No lo defiendas! Llevo una eternidad escondiéndome por su culpa. Lo perdí todo por lo que él hizo. ¡Me engañó, nos engañó a todos!

—Ana, guardarle rencor no te dejará seguir adelante, lo único importante aquí es que tenemos que averiguar qué se esconde detrás de todo esto, y ponerle fin, para que tú puedas seguir adelante con tu vida, para que yo pueda seguir adelante con la mía. No lo odies, porque si lo querías al menos un poco, te estarías odiando a ti misma.

—¿Y cómo se supone que haremos para seguir adelante, cómo averiguaremos a quienes y porqué les debemos esta locura?

—La verdad es que yo esperaba que tú pudieses decirme algo, pensé que quizá Cristian te había contado algo más, no sé... creí que quizá hubieses atado algunos cabos.

—La verdad es que desde que me fui he intentado no pensar en lo que sucedió, no creo recordar nada que pueda servirnos de ayuda para descubrir la verdad;

intentaré hacer memoria, es más, te prometo que haré algunas averiguaciones, si Cristian cobró algún dinero o andaba metido en un negocio extraño con esas criaturas o con quien fuere, que ameritaba meternos a todos en este universo paralelo en el que existen esas criaturas bíblicas, lo sabremos. Así me vea obligada a gastar hasta el último centavo de mi herencia, llegaré al fondo de este asunto.

La mención de una herencia no se me pasó desapercibida, pero tampoco supe cómo plantear la cuestión con el suficiente tacto como para no parecer una metida.

Mi indecisión dejó lugar a otro profundo silencio.

—No es necesario que gastes toda tu herencia y todo tu dinero.

—No me molestaría hacerlo, no me cabe la menor duda de que la única forma de hacerle justicia a la muerte de mi padre es descubriendo quienes fueron sus asesinos. Si tengo que gastar todo el dinero que él me legó para desenmascararlos lo haré.

—Desenmascararlos —repetí atontada por las connotaciones de esa palabra.

—Fueron ellos quienes lo mataron, tengo la certeza de que así es. En cuanto me fui del país empezaron a acosar a mi padre, querían saber de mí, querían hacerme volver... y volví... para su funeral, y luego para cerrar los asuntos de mi herencia y de la venta de las empresas de mi padre. Desde entonces, vivo igual que una fugitiva.

—Lamento lo de tu padre.

—Gracias.

—Por mi parte, veré que puedo averiguar por aquí, mientras tanto, haz lo que hazas, por favor, ten mucho cuidado.

—También tú. Te llamaré en cuanto tenga novedades—. Ana inspiró hondo, la oí a través de la línea—. Nunca fui una persona valiente, pero el miedo se acaba aquí, me has dado el valor que me faltaba; tu llamado ha sido lo mejor que podía pasarme en este día.

—Dudo haberte hecho favor alguno, las cosas que te conté podrían ponerte en peligro.

—Las cosas que me contaste me han abierto los ojos.

—Ojalá sigas pensando así mañana.

—Lo haré.

—Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Ambas colgamos al mismo tiempo.

Con cuidado de no hacer ningún ruido deposité el teléfono sobre su base y fijé mi atención en el reloj despertador, percatándome de que llevaba al teléfono casi dos horas.

La casa estaba en silencio, Lucas debía seguir conectado al diminuto aparatito reproductor de música.

Apagué la luz y me tendí sobre el colchón. Estuve no sé cuánto tiempo pensando y mirando el techo, hasta que finalmente me dormí.

...

—¿De verdad crees que te mintió? —me preguntó Gaspar sin siquiera parpadear. El sol daba de lleno en sus ojos, así tanto como en los míos. A él parecía no molestarle, en cambio a mí no me impedía ver casi por completo, tenía que achinarlos para protegerme de la fuerte luz dorada.

Nos encontrábamos en un parque, en lo que parecía ser lo más alto de un grupo colinas de ondulaciones suaves. Nosotros nos hallábamos en el centro de dicho parque, sentados en un banco de madera; alrededor nuestro había juegos de niños: hamacas, sube y baja, toboganes, calesitas, pero no había niños allí, es más, me daba la impresión, por las buenas condiciones en que se encontraban los juegos, que jamás un niño se había subido en estos, lo cual era un desperdicio, el lugar era precioso, perfecto. Ese extraño pensamiento me angustió, fue como si me diese la sensación de que ya no quedaban más niños en ninguna parte, me sentí igual que hubiese llegado al final de algo, a lo último de una era, y ese sentimiento no condecía en nada con lo armonioso del entorno; alrededor nuestro floraba una brisa cálida perfumada con el dulce aroma de lilas, el sol brillaba sobre un cielo de inigualable e increíble azul celeste y el mundo parecía en calma, salvo por ese detalle... la falta de niños. Sin poder responderle, miré a mí alrededor. Las hamacas eran mecidas por el viento y pese a ser nuevas, las cadenas crujían sobre el travesaño que las sostenía.

—¿Dónde están los niños? —fue lo único que atiné a decir.

—No lo sé, tú dime —contestó Gaspar en tono aleccionador.

—¿Están muertos?

Gaspar se tomó su tiempo para responder.

—No, aún no —hizo una breve pausa—. Sus vidas dependen de tu respuesta.

¿Crees que te mintió?

Que pusiese sobre mis manos la continuidad de tan jóvenes vidas, me puso

nerviosa.

—¿Crees que todo lo que viviste junto a Vicente fue una farsa?

Sacudí la cabeza, tenía un miedo horrible de responder y además no comprendía qué tenía que ver mi pasado junto a Vicente, con la vida de los niños inocentes que debían haber estado jugando en esta plaza en este mismo momento.

—No sé qué creer. Ya no sé qué pensar.

—No tienes que pensar, debes sentir. ¿Qué sientes, Eliza?

—Lo amo.

—¿Y crees que para él fue solamente una farsa?

—No, no quiero creer eso. Me duele pensar así. Solamente quiero que los niños regresen —le supliqué y sigo son entender por qué, ni siquiera sé a qué niños me refería, tenía la sensación de que alguien ponía esas palabras en mi boca, suponía que debía existir una razón para ello, pero no tenía ni la menor idea de cual era esa razón.

—Los niños no pueden regresar, no todavía.

—Por qué no, este lugar queda tan triste sin ellos.

—Sufren, están enfermos, no pueden venir a jugar —soltó con una lentitud pasmosa que me heló la sangre, mientras con su mano izquierda se atajaba el sol de la cara. De repente el sol había caído sobre el horizonte y se encontraba justo perpendicular a nuestros ojos. Los rayos de un color naranja cobrizo eran potentes y no me dejaban ver. El sol parecía mucho más cercano de la tierra por su gran tamaño.

—¿Enfermos? No quiero que sufran—. En este momento, pese a esa sensación de total desamparo que se había adueñado de mí, me sentí como si realmente no fuese yo la que hablaba, sufría, y no comprendía bien porqué.

—Puedes hacer que dejen de sufrir —dijo con una naturalidad tal que sonaba obvio, como si yo fuese un estúpida que no logra darse cuenta de que así es.

—Pero qué. No sé que hacer. ¿Qué se supone que debo hacer, Gaspar? Ayúdame, por favor—. Colgándome de sus manos lo miré a los ojos, el color marrón dorado que usualmente lucía, sobresaltaba aún más, gracias a los rayos del sol.

—Lo siento, lo siento mucho —Gaspar se soltó del agarre de mis manos y luego me tomó por las muñecas—. No puedo ayudarte, no puedo decirte qué hacer—. Soltó mis muñecas y me dio unas palmaditas en la mejilla izquierda. Mis manos se quedaron suspendidas en el aire a mitad de camino entre él y yo, igual que si todavía me tuviese sujeta—. Lo resolverás, no te preocupes Eliza,

tengo fe en ti.

—Pero yo no tengo fe, no creo poder ser capaz de... —Gaspar me tapó la boca con su mano para no impedirme terminar.

—Cierra los ojos y respira hondo.

Le hice caso. Mis brazos cayeron a los costados de mi cuerpo.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

El brillo dorado me atravesó los párpados y me llegó a las pupilas; de pronto se tornó de un naranja intenso, el parque se disolvió en un torbellino de oscuridad. El aroma de las lilas fue reemplazado por el del café recién hecho. Comencé a percibir, por debajo de mi espalda y mis piernas, incluso debajo de las yemas de los dedos y en las palmas, el tacto de las sabanas de algodón. Estaba otra vez en mi cuarto.

Lentamente despegué los párpados. El sol daba de lleno sobre mi rostro luego de filtrarse por las hendijas de la persiana, lo que significaba ya debía ser media mañana.

Confusa, parpadeé un par de veces.

Oí a Lucas trajinar en la cocina, el ruido del tránsito en la calle, de los niños y demás humanos que circulaban por la cuadra.

De la nada, dándome un susto de muerte, el teléfono se puso a sonar. Me estiré y lo agarré; cuando atendí me percaté de que Lucas había sido más rápido; debió atender desde la cocina; el teléfono estaba mudo. Al instante lo oí hablar, me parece que entre murmullos.

—¿Eliza?—. Ahora su voz sonó con perfecta claridad. Lucas entró a mi cuarto abriendo la puerta lentamente—. ¿Estás despierta? Buen día —me sonrió—, tienes teléfono, es la secretaria de Trueba—. Tapando el teléfono con una mano se acercó a la cama—. Le digo que le devuelves el llamado en cinco minutos.

—No, está bien—. Le contesté después de echarle un rápido vistazo al reloj despertador, eran las once y cuarto de la mañana, demasiado tarde para seguir en la cama.

Lucas me tendió el teléfono y se largó.

Antes de decir hola, bostecé y me aclaré la garganta, esperaba no parecer demasiado dormida, no quería que pensara que era del tipo de persona que duerme hasta el medio día porque no tiene nada mejor o más interesante que hacer que dormir.

—Buenos días, soy Eliza Pérsico.

—Buenos días, señorita Pérsico, soy la secretaria del señor Trueba, la llamo

porque el señor Trueba me ha pedido que me reúna con usted para ultimar asuntos concernientes a su nuevo empleo, y además, para que convine con usted los arreglos para su primer viaje.

—Sí, claro, por supuesto.

—El señor Trueba está en Europa y necesita que usted se ocupe de completar unos trámites que deben hacerse con respecto al viñedo que posee en la provincia de Mendoza. Sé que el señor Trueba aún no le ha especificado sus actividades, pero le aseguro que esto es muy sencillo que no requiere de mayor entrenamiento...

De no estar tan dormida creo que no me habría tomado tan a la ligera esas últimas palabras de la señora Prieto.

—Su tarea es muy simple, debe ir a retirar unos papeles al viñedo y tráemelos a mí.

—Claro, no hay problema.

—Puedo pasar esta tarde por su casa para ultimar los detalles que quedaron pendientes.

—Sí, cuando usted guste.

—Perfecto. Hoy a las dos treinta, ¿le parece bien?

—Sí, hoy a las dos y media es perfecto.

—Combinado entonces, nos veremos esta tarde. Ah, casi me olvidaba, por favor, tenga a mano su pasaporte, necesito sus datos para los tickets de avión.

De mi boca se escapó un “humm” que quería decir muchas palabras que no me salían. ¿Ya iba a viajar, tan pronto? Y yo que creí que tendría de tiempo para resolver esos otros asuntos un tanto más importantes que tenía pendientes.

—Cuando el señor Trueba lo requiera, deberé comprar para usted un ticket para que se reúna con él en Europa. No sé exactamente cuándo será eso, quizá dentro de los próximos veinte días.

—Oh, bien—. Viajar a Europa no estaba tan mal dentro de todo, es más, podía ser una gran oportunidad para encontrarme con Ana cara a cara.

—Acordado entonces. No la molesto más. Hasta esta tarde.

—Hasta la tarde.

En cuanto presioné el botón de encendido y apagado del teléfono, Lucas apareció otra vez dentro de mi cuarto, cargando el desayuno para los dos.

—¿Qué quería? —curioseó tendiéndome una taza.

—Vendrá en la tarde para que terminemos de acordar lo referente a mi nuevo empleo, el cual parece comenzaré a desempeñar muy pronto.

—No tienes por qué tomar ese tonto trabajo si no quieres, ya sabes que yo

puedo mantenerte—. Me repitió por enésima vez mientras se acomodaba a mi lado.

—No puedo ni debo. No quiero defraudar a mi padre y además quiero hacerlo por mí.

—Como quieras; lamentaré no tenerte todos los días aquí en casa, ya me había acostumbrado a tenerte todo el día cerca—. Me dedicó una sonrisa pícar—. Es fácil acostumbrarse a lo bueno. Aunque ni creas que te abandonaré, estaré cuidándote muy de cerca, o todo lo cerca que me sea posible, me voy en cuanto termine mi café con leche.

—Te vas, a dónde.

—Hará cosa de una hora conseguí comunicarme con Ariel, regresó al país; está en el norte y no se quedará allí por mucho tiempo, mañana vuela otra vez para no sé dónde, así es que hoy mi oportunidad de encontrarlo. Mi vuelo sale en un rato. Con un poco de suerte estaré aquí de regreso en la noche, o a más tardar, si me da un poco más de trabajo del que espero, volveré en el vuelo de mañana por la mañana—. Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro—. Espero volver con buenas noticias... con las mejores.

—Prométeme que no te pondrás en problemas por recibir una respuesta afirmativa. Eso que mencionaste, de saltarte las reglas o los pasos normales que deberían seguirse en esta cuestión, hace que me preocupe.

—Tu preocupación me halaga sin embargo realmente no es necesaria. Recuerda que también soy un demonio, puedo defenderme.

No lo mencioné, pero acaso no sabía él lo que le habían hecho a Vicente por negarse a acatar los designios de otros. Podía ser que Ariel como salvador del propio Vicente tuviese una veta más humana, sin embargo dudaba que utilizase esa misma veta en detrimento de los intereses de su propio hijo; dándole así la razón al demonio que en cierto modo, lo había traicionado.

—Ten cuidado.

—¿Te arrepentiste?

Negué con la cabeza.

—Una de las primeras veces que tuve contacto con Vicente, me explicó que los demonios golpean a tu puerta porque en cierto modo tú los llamas y quizá fuese así. Creo que yo no sirvo para vivir una vida humana, creo que siempre lo he sabido, en mi interior siempre supe que no encajaba con los demás, lo intenté pero en realidad no es algo que saliese de mí con naturalidad. Supongo que nunca quise lo mismo que otros quieren.

—Tenías una vida normal, ibas a casarte.

—Y así resultó semejante plan. Mi vida era un completo desastre hasta que los conocí a ustedes.

Lucas soltó una carcajada.

—Casi te muerdes por envolverte con nuestro mundo.

—Pero paradójicamente, desde ese primer día en que Vicente entró en el local, me siento más viva de lo que me haya sintiera jamás. Veo las cosas con mayor claridad, siento y percibo todo lo que me rodea de un modo que jamás hubiese imaginado antes. Es como si ustedes me hubiesen abierto los ojos.

—A algo que quizá nunca debiste ver.

—Me parece que el único error que se debe corregir, es el que cometí yo al decirle a Vicente que no. No me preguntes ni por qué ni cómo: creo que yo pertenezco a tu mundo.

—¡Se te zafó el último tornillo que te quedaba en su sitio!

—Lucas, por favor, puede que para los humanos esto no suene nada bien, pero es como si... —se me revolvió el estomago y creí que el pecho me explotaría, mi cuerpo era una bomba de emociones de cientos de kilotonnes, una gigantesca bomba de hidrogeno—. Esta sensación es reciente; si me hubiese percatado de esto antes no habría perdido el tiempo del modo en que lo hice... En verdad, creo que acabo de descubrirlo—, o más precisamente, desde que abrí los ojos; pero no se lo dije—. Pertenezco a tu mundo, para bien o para mal, le pese a quien le pese creo que es así.

—Mi mundo no me enorgullece.

—Tu mundo es exactamente igual a este mundo, con personas buenas y personas malas; no puedes negármelo, eres la prueba, Gaspar y su familia son la prueba.

—No intentes defender al Infierno.

—No creo hacer apología del delito, ni siquiera tengo intenciones de entrar en una discusión de religión ni de moral. ¿¿Quiénes son los buenos, quienes son los malos?! ¿No crees que el universo entero se divida en mucho más que eso? La vida es demasiado rica y llena de tonos como para encajonarla solamente en blanco o en negro.

—Lo que dices suena bien pero no es así. Nosotros estamos del lado del Infierno, junto al demonio, junto al mal.

—Dentro del partido nazi había quienes querían asesinar a Hitler.

—Y terminaron muertos.

—Yo creo que hay algo más.

—¿Esperas poder purificar el Infierno?

—¿Tú te consideras así de malo?

—Pregunte primero.

Resoplé, si no le contestaba no me respondería.

—No, no aspiro a nada de eso, simplemente sé que no seré del tipo de demonio que hostiga y mata.

—Pueden obligarte.

Era cierto. No contesté.

—De seguro te negarías y acabarían matándote, y así todo habrá terminado, habrías cambiado por nada.

—Te equivocas, no sería por nada, ellos aprenderían que incluso, dentro de la maldad existe la bondad.

—Ese es un pensamiento demasiado inocente.

—Piensa lo que gustes, la maldad y la bondad están dentro de cada uno de nosotros, la hacemos nosotros, Lucas, no los que nos rodean o los que intentan obligarnos a hacer cosas. Ahora contéstame, te consideras así de malo. Tú te negaste. Estás vivo.

—Alguien más se vio obligado a hacerlo por mí.

—¿Eso te transforma a ti en un ser malvado? No fue tu responsabilidad si él aceptó hacerlo.

—Fue para salvarme a mí.

—¿Y eso lo transforma en un ser despreciable a él también? Lo hizo para salvar a su amigo.

—Quizá él también debiese haber dicho que no, estamos hablando de una vida.

—Corrección, de dos vidas: de la de Mauro y la tuya. Vicente aceptó la carga por ti.

—Nuestras vidas no valen lo que las de los humanos.

—De verdad piensas que a los ojos del dios con el nombre que más te guste, o quién sea que represente el lado opuesto al Infierno, las almas no valen todas lo mismo. No soy la persona más religiosa de este mundo, pero no se supone que incluso hasta el más malvado puede redimirse y pedir la absolución de los pecados aceptando la culpa.

—Este tipo de discusiones no me agradan y voy a perder mi vuelo¹. Soltó y se levantó de la cama.

—A mí tampoco me agradan—. Lo imité y me levanté—. Tienes que reconocer que ni tú, ni yo, ni ningún demonio tiene derecho a juzgar a dónde pertenece cada uno, eso es cosa de...

—¿De quién?

—De Dios.

Lucas resopló sonoramente.

—A más de uno no le agradecería oír lo que tú acabas de decir, y no me refiero solamente a los demonios. Cuantas madres de hijas asesinadas les gustaría oír que el maldito asesino que las mató y quizá violó terminará yendo al cielo porque ha pedido perdón. ¡Despierta, el mundo no funciona así!

—No tengo ninguna duda de que todo lo que se hace en esta vida se paga, pero tampoco me cabe ninguna duda, de que incluso el alma más oscura, es susceptible de aprender de sus propios errores.

—Quizá debas convertirte en ángel, no en demonio.

—Tengo la sensación de que esa nunca ha sido una opción para mí. Es probable que muchos asesinos no estén dispuestos a pedir perdón, pero también es muy probable que personas que se dejaron tentar por el camino equivocado la mayor parte de sus vidas, al final de éstas, se percaten del gran error que cometieron y pidan perdón. Las almas tienen un solo dueño, y ese, de seguro, no es el Diablo.

—Lo que dices es que no tienes miedo de quedar atrapada en el Infierno.

—Lo que intento explicarte es que intentaré hacer lo mejor que pueda con las herramientas a mi alcance.

—¿Esperas poder enseñarle una lección al resto de la humanidad?

—No en palabras tan grandilocuentes y solamente cuando se presente la oportunidad.

—Pensando así nadie te dejará entrar en nuestro mundo.

—¿Quieres apostar? —le pregunté como si supiese exactamente de lo que hablaba, tal es así que me sentí igual que me había sentido durante ese extraño sueño en el que vi a Gaspar.

—Sí que eres rara. Si no te conociera bien, diría que juegas el papel del abogado del Diablo.

—No lo soy. Es que todo esto es... —me interrumpí, me dio la sensación de que no existía una palabra que le hiciese justicia a lo que quería expresar—. Es enorme —dije al fin—. Hay mucho más de lo que se puede ver a simple vista. ¿Nunca tuviste esa sensación?

—La verdad es que no. He visto lo suficiente y no estoy muy seguro de querer ver nada más, si es que hay algo más. Tengo que irme. ¿Entonces: todavía quieres hacerlo?

—Sí, por favor.

—¿Segura?

—Así me lo preguntes en centenar de veces, la respuesta va a ser siempre la misma. Por muchas razones, la respuesta será siempre sí.

Lucas rodeó la cama, caminó hasta mí y me abrazó. En silencio estuvimos así juntos por un par de segundos, luego, simplemente se fue.

10.

Trabajo.

Puse todo mi empeño en intentar darle al departamento, la apariencia de ser habitado por dos personas comunes y corrientes, eso demandó trabajo. Ordené e hice algo de limpieza. Guardé y tiré, según correspondiera, restos de comida y paquetes y demás embaces de productos alimenticios que Lucas tenía la condenada costumbre de dejar por todas partes, después de arrasarlo con ellos; su apetito era voraz, en este último tiempo comía más que nunca, yo no sabía si adjudicárselo a un posible ataque de ansiedad por lo que sucedía conmigo, si era producto del aburrimiento por tener tan poco trabajo, o precisamente por eso, por el poco trabajo y quizá eso demandaba un consumo mayor de energía que no estaba obteniendo de otra parte (las almas).

En fin, dos horas más tarde, el departamento daba toda la impresión de ser una vivienda común y corriente. Al terminar puse manos a la obra de intentar convenirme también a mí en algo normal, tarea que no resultó nada sencilla. Al verme al espejo del baño antes de entrar en la ducha me percaté de que tenía peor aspecto que de costumbre, mi conversación de Ana había marcado una profunda huella de un gris azulino debajo de mis ojos, y la mala noche de pesadillas y sueños extraños quedaron evidenciados en mi cabello, mi pelo era una maraña anudada y desprolija.

Al intentar desenredarlo recordé que llevaba meses sin cortarme el pelo, últimamente dedicaba poco o ningún esfuerzo en cuidar de mí misma. Tomé un peine y comencé a desenredarme los nudos que tenía detrás de la nuca. Por desgracia para mi cuero cabelludo, la paciencia se acabó muy rápido; resumen, quedé con unos cuantos pelos menos.

Procurando ignorar la furia que se había desatado dentro de mí, por nada, me metí a la ducha. Me enjabonaba la cabeza, cuando oí sonar el teléfono; no tenía intención de salir corriendo a atenderlo, igual paré el oído para intentar escuchar el mensaje que se grabaría —y saldría en voz alta en simultáneo —en el contestador.

El agua hacía bastante ruido al caer, pero me había dejado la puerta del baño abierta.

—Eliza, soy Gaspar Salleses...

Al oírlo se me subió el corazón a la boca. Mis dedos se quedaron paralizados entre la maraña de pelo y espuma. Tenía los ojos cerrados para que no me entrara el jabón, sentía la espuma bajándome por la frente y el agua caliente corriéndome el cuerpo sin embargo todo dentro de mí se había detenido en seco, incluso mi respiración, lo único que funcionaba, y a toda máquina, era mi cerebro.

— ... necesito hablar contigo. Quizá no quieras saber de mí; es importante que tengamos una conversación seria y sincera. No estoy en el país, sin embargo tengo pensado hacerte una visita. Por razones de seguridad, tuya y mía, no puedo dejarte un número en el que puedas encontrarme. Volveré a llamarte.

Abrí los ojos, manoteé la toalla y salí de la ducha. La espuma del champú me escoció en los ojos; no le hice caso, no tenía tiempo para atender ese malestar.

—No le comentes a nadie que te he llamado, a absolutamente nadie; y borra el mensaje tan pronto acabes de oírlo.

Resbalando sobre el piso de cerámicos a causa de mis pies mojados llegué al teléfono justo cuando Gaspar se despedía.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Gaspar?

No obtuve más respuesta que el tono del teléfono.

—¡Mierda! —Gruñí furiosa por mi torpeza. Debí haber salido de la ducha en cuanto oí la campanilla. De muy mal modo y como si el teléfono tuviese la culpa de mi estupidez, estrellé el aparato sobre su base y apreté el botón de play para escuchar el mensaje otra vez.

— ...tan pronto acabes de oírlo. Cuídate mucho. Adiós —entonó su voz teñida por el tinte metálico del grabador del contestador. Al final saltó mi voz y después el tono.

Dejando otra huella húmeda sobre el aparato, borré el mensaje. No me aparté de la mesita. Allí, contemplando el aparato, chorreando agua sobre el piso que acababa de limpiar me puse a pensar en que el llamado de Gaspar no podía ser una simple casualidad, debía existir un motivo, por el que después de haber soñado con él anoche, ahora me llamaba por teléfono. ¿Pero cual? Descubrir la verdad oculta detrás de todas las cosas bizarras que sucedían conmigo y en mi entorno iba a ser un trabajo arduo, así y todo no pensaba rendirme. Enfurecí, tenía la sensación de que no estaba logrando ver un inmenso elefante que alguien pretendía esconder de mí, simplemente

ocultándolo con una mano. Era como si la verdad estuviese aquí y yo era tan idiota que no podía verla, es más, por algún motivo presentía que el problema entre los demonios y yo iba mucho más allá de haber forzado o influido sobre alguien para quebrantar las reglas, y un incómodo y persistente cosquilleo en mi nuca indicaba que esto no se acabaría por el mero hecho de entregarme al Infierno y mucho menos; pero al menos, siendo una de los suyos, dejaba de ser tan susceptible a cosas que atemorizan a muchos humanos, tales como la muerte, el dolor y el sufrimiento o mejor dicho, a un nivel diferente, también se puede sufrir y sentir dolor, incluso morir como demonio, pero de igual a igual, sin duda la lucha sería mucho más justa.

...

—Ahora que aclaramos lo concerniente a la parte administrativa y legal de tu nuevo empleo, creo que ha llegado el momento de que te diga cual es tu primer trabajo—. Haciendo a un lado la montaña de planillas y demás papeles que me había hecho firmar, la señora Prieto colocó sobre la mesita del café, una carpeta, apartó los elásticos negros que la mantenían cerrada, y la abrió. Esta situación y el misterio resultante, parecían dignas de una película de detectives secretos.

Para hacer un poco más de espacio, movió a un lado la taza su taza de té.

—Es una copia del contrato que debes retirar firmado —me tendió unas hojas y sin darme ni un segundo para echarle una mirada al supuesto contrato sacó otro papel de la carpeta y me lo dio —de esta dirección y esta persona a la que debes ver.

El papel llevaba en el encabezado el nombre de una empresa vitivinícola. Debajo había una dirección y más abajo constaba un nombre.

—Esta es la autorización para que retires el contrato —agregó tendiéndome otro papel en el que figuraban mi nombre, mi numero de documento y una breve nota escrita de puño y letra (una letra exquisita, clara y elegante), en tinta azul (de una pluma estilográfica para ser más exactos), con la firma y aclaración del propio Eleazar Trueba—. Y esto —me ofreció un grueso sobre de papel marrón—, es lo que debes entregar a cambio del contrato firmado. Por ningún motivo debes regresar sin ese contrato firmado por la persona que figura en el papel que te entregué con la dirección a la que debes dirigirte para retirar los papeles, ni entregar el sobre —me advirtió todavía sosteniendo el sobre por un extremo, sin soltarlo, mientras yo lo tenía por el otro—. Dudo

que vayas a encuentres dificultades para llevar a cabo la tarea; estudia el contrato, si es posible memorízalo, y cuando te entreguen el original léelo y cerciórate de que no hayan cambios; comprueba la firma y recién entonces entrega el sobre. ¿Has entendido? —inquirió medio de mal modo sin liberar el sobre a mis manos.

—Creo que sí.

—Muy bien—. Soltó el sobre y dejó que yo lo colocase con el resto de los papeles sobre mi regazo—. Entonces vamos por lo último a tratar—. Se inclinó de costado hacia su maletín y extrajo un par de cosas más. Una de ellas era una caja de un celular—. Esto es para ti —me entregó la caja—. La cuenta de las llamadas está a cargo de la compañía. Supongo que no es necesario decirte que si bien lo puedes usar para llamadas personales debes tener prudencia y no excederte, el señor Trueba es generoso pero no te abuses, no le agrada que la gente se desubique. Esta es una tarjeta de crédito también a cargo de la compañía. Permíteme que te aclare con son muy pocos los empleados que cuentan con este privilegio, de modo que otra vez: úsala con prudencia. Personalmente reviso los resúmenes de cuenta y notifico al señor Trueba si encuentro gastos que no tenga nada que ver con los que pueden derivarse del trabajo en sí. Si piensas hacer un gasto extra que no esté relacionado con tu tarea debes notificarme antes y yo así luego te lo deduciré de tu sueldo.

No tenía en mente gastar en nada pero aun así asentí con la cabeza; es más, a pesar de que mi sueldo, según me había enterado quince minutos atrás iba a ser casi el cuádruple de lo que ganaba trabajando para Julio, y que más allá de gastar en mantener la casa, en alimentos o lo poco que pudiese necesitar para mi persona, no me vería obligada a gastar ni un solo centavo, el señor Trueba pagaría todos mis gastos, desde los viajes, hasta las comidas, y según me había aclarado, para cuando mis tareas así lo requiriesen, tendría un chofer y un automóvil a mi disposición.

—Me olvidaba de informarte que en el teléfono que acabo de entregarte tienes grabado mi número de celular, si necesitas cualquier cosa y si algo sucede, no dudes en llamarme.

—Y qué pasa si surge algo y necesito hablar con el señor Trueba.

—Me llamas a mí. Para eso soy su secretaria. Si la situación lo amerita o si el señor Trueba lo considera necesario, se pondrá en contacto conmigo, sino, por regla general, tratarás únicamente conmigo.

Que desgracia —pensé, Eleazar Trueba era mucho más agradable que la

amarga mujer que tenía en frente.

—¿Algo más?— pregunté medio de mal modo.

—Sí, un auto pasará por ti mañana a las cuatro de la mañana.

No fue mi intención, pero creo que se me escapó una muy mala cara.

—Uno de los aviones privados de la compañía esperará en aeroparque, está planificado que despegues a las cinco cero cinco de la mañana. Otro automóvil te recogerá en el aeropuerto de Mendoza, te llevarán a tu hotel y a media mañana pasarán por ti otra vez para llevarte a la dirección que figura en la hoja que te di. Tu cita con la persona que figura en la otra parte del contrato está marcada para el medio día, de hecho, es un almuerzo. Si todo sale como corresponde, estarás de regreso en la ciudad de Mendoza en la tarde, de ahí te llevarán directo otra vez para el aeropuerto y de regreso aquí. Yo me pondré en contacto contigo pasado mañana por la mañana para que acordemos cómo y cuándo me entregarás el contrato firmado. Eso es todo —anunció y acto seguido, se puso a recoger sus cosas.

—¿Eso es todo?

—Sí. ¿Alguna duda?

—No, creo que no.

—Mejor así.

Para no quedarme de brazos cruzados simplemente mirándola recoger sus cosas le ofrecí otro té, ella declinó mi ofrecimiento. En menos de cinco minutos, con una eficiencia suiza tomó todas sus cosas y se fue.

Lo primero que hice al quedarme sola, fue tomar nota de mi número de celular. Llamé a Lucas para pasarle el dato; me atendió su contestador, igual, le avisé que si él se retrasaba y en vez de llegar en la noche, llegaba mañana, no me encontraría, someramente le expliqué por qué y le dije que se quedara tranquilo, que me cuidaría.

La segunda llamada que hice fue para hablar con mi madre para ponerla al tanto de lo mismo; se puso loca de contenta cuando le conté que tenía mi primera asignación y que gracias a mi flamante trabajo estaba en posesión de un celular al que podía llamarme para perseguirme si así le placía.

Las siguientes horas (toda la tarde), las pasé con un nudo de ansiedad atravesado en la garganta a la espera de que Gaspar volviese a llamar, cosa que no hizo. Mientras esperaba, intenté en vano, buscar datos que me pudiese llegar a ayudar a ubicar a Gaspar o a alguno de los miembros de su familia. En el buscador que Lucas tenía como página de inicio en la computadora de última generación que había comprado hacía un par de meses, los busqué por

sus nombres, incluso intenté dar con ellos por medio del taller de motocicletas que tenían, y por las transacciones de ventas de antigüedades que tenía Diogo a su cargo. Es más, también intenté encontrarlos entre unos cuantos blogs y sitios de aficionados al surf, incluidos aquellos que visitaban Fiji, no recordaba el nombre del lugar exacto que Julián había mencionado cuando comentó que Massimo y él recién habían llegado de una estadía allí, pero no tarde casi nada en encontrarlo, inclusive con esos datos, no logré dar con ellos. No me sorprendió, después de todo eran demonios y no debían desear que sus nombres quedasen registrados o identificados en el mundo de los humanos, eso les traería demasiadas complicaciones, por su inmortalidad y todo eso. Además, eran demonios que evidentemente, por las palabras del propio Gaspar en mi contestadora, se ocultaban. Si realmente corrían peligro, se preocuparían por intentar todo borrar todo rastro de su andar por esta tierra. Dándome por vencida de encontrar cualquier señal de no estar sola en la tarea de descubrir la verdad, apagué la computadora y me dediqué a un trabajo mucho más real: me senté a estudiar el contrato y los demás papeles que me había entregado la secretaria de Trueba. Leí el contrato no era nada del otro mundo: una compraventa de unas tierras, más precisamente un viñedo, con una planta procesadora, una cava y un terreno adyacente con una casa de amplias proporciones, me aburrí y lo dejé a un lado para preparar las cosas para mi viaje del día siguiente. En un pequeño bolso guardé una muda de ropa, un neceser con productos básicos de higiene personal y allí guardé la copia del contrato y el sobre cerrado que debía entregar a cambio de los papeles originales firmados. Cuando me di cuenta, ya eran las ocho de la noche y ni Lucas ni Gaspar habían llamado —lo cual era como tener algo clavado en el ojo sin tener posibilidad de sacármelo—.

No porque realmente tuviese demasiado apetito, más por tener en qué ocuparme, me preparé de cenar y lo comí sin ganas.

Con todo lo referente a mi viaje ya listo, y con tantas otras cosas pendientes por hacer que concernían a mi vida privada, puse el despertador a las tres y media de la mañana y me tiré en la cama a hacer zapping y a continuar esperando a que el teléfono sonara. Esperé hasta lo que me pareció razonablemente posible, oficialmente mañana era mi primer día de trabajo y no deseaba parecer y mucho menos, sentirme como una zombi a causa de la falta de sueño.

El despertador sonó cuando todavía el cielo persistía en aferrarse a la noche.

Estaba demasiado oscuro a mí alrededor, y de ese mismo modo pasaron las pocas horas de sueño y descanso de las que había gozado. Algo extraño en mí, no había tenido un solo sueño, o al menos, no recordaba haber soñado absolutamente nada. Ese vacío resultaba todavía más incómodo que las pesadillas, no entiendo muy bien por qué, pero me daba la impresión de que esas pesadillas me mantenían en contacto con ese otro mundo paralelo, con las personas que yo deseaba volver a ver —y por desgracia con las que no también—, pero contaba más encontrarme en sueños con Gaspar e incluso con Vicente. Era mi lazo, mi conexión directa y ahora la línea parecía haberse cortado, o al menos, funcionaba mal.

Con la sensación de que recién cerraba los ojos para dormir, me refregué la cara y me senté con la espalda apoyada contra el respaldo de la cama. Tenía un gusto horrible en la boca y un sueño que apenas si podía contener, todo mi cuerpo pedía a gritos regresar a posición horizontal; no cedí a su reclamo, no podía demorarme, un automóvil pasaría por mí en menos de media hora.

Por inercia me higienicé y vestí, y fui a la cocina a preparar café. Admito que prácticamente había dormido con un ojo abierto esperando que Lucas llegara o a que Gaspar llamara. La soledad y el silencio acrecentaron la sensación de desconexión.

Mientras el café se colaba me dediqué a hacer mi cama y demás actividades hogareñas, y mientras lo bebía, recogí y coloqué junto a la puerta, los bártulos que llevaría al viaje.

No tuve mucho tiempo para deambular ni para ocuparme de nada más; cuatro menos cinco de la mañana, sonó el portero eléctrico: un automóvil con chofer me esperaba abajo.

Mientras el ascensor traqueteaba hacia la planta baja, marqué el número de Lucas en mi celular. No me sorprendí cuando directamente, me atendió su contestador. Le dejé un mensaje avisándole que partía, y que con suerte, nos veríamos en la noche.

El ascensor llegó abajo.

—Te extraño —le dije antes de abrir la puerta para salir del cubículo—. Espero que todo esté bien, por ahí. Ten cuidado ¿sí?, quiero que regreses a casa en una sola pieza —me salió un involuntario silencio—. Te quiero. Llámame cuando puedas.

Las luces del hall de entrada del edificio se encendieron en cuanto puse un pie fuera del ascensor; las de la parte exterior de la entrada ya estaban encendidas, seguramente se habían activado a causa del hombre que se hallaba

parado al otro lado de la puerta de vidrio, esperándome. Sin duda era el chofer, tenía toda la apariencia de serlo. No llevaba puesta, ni en las manos, la típica gorrita de chofer de auto de familia rica que se ve en las películas, pero sí vestía de un modo similar. Desde sus pulcras uñas, hasta los puños de la camisa, todo reflejaba una prolijidad y meticulosidad que calzaba perfectamente con los cánones que Trueba debía imponer a todos sus empleados.

—Buenas noches, es usted la señorita Pérsico. Soy Fuentes, el chofer del señor Trueba, he venido a buscarla para llevarla al aeroparque. ¿Me permite? Se lo tendí y le agradecí.

Igual, pese a que parecía que íbamos a la par del ritmo de una viejita en andador, llegamos a aeroparque con tiempo de sobra para la hora de despegue que tenía programada.

En la terminal había poco movimiento. Fuentes amablemente me guió por la maraña de corredores hasta un extremo del edificio, el cartel de la entrada rezaba: vuelos privados.

Juntos atravesamos las puertas de cristal tintado de marrón. Otro nuevo hall se abrió ante nosotros, éste a diferencia del anterior, totalmente vacío. Había un par de mostradores con cintas para equipaje, pero no nadie los atendía y más de la mitad de las luces estaban apagadas, lo que lo hacía parecer un lugar abandonado.

—Es por ahí —me indicó Fuentes alzando la mano en que tenía asido mi bolso, para apuntar en dirección a la derecha, y allí nos dirigimos. Atravesamos una puerta y luego un pasillo fresco y húmedo, una puerta más nos cerró el paso, Fuentes la abrió para mí. Desembocamos en una pequeña salita con sillones de cuero, una mesita de café y un par de sillas que daba a lo que me pareció era una pista de aterrizaje por medio de una pared íntegramente confeccionada en vidrio, del lado de afuera, al otro lado de una puerta doble hoja, estaba estacionado una especie de carrito de golf comandado por un hombre en mono azul, gorrita de béisbol y aparatosos protectores para los oídos.

De una puerta a mi derecha, apareció una mujer joven y nos dio la bienvenida amablemente. Lo que más me llamó la atención de ella, fue que usaba mucho maquillaje, sobre todo en los labios: lucía un rojo carmín algo pasado de moda.

Yo no intervine en lo que me pareció eran trámites aeroportuarios, Fuentes y la mujer fueron hasta el mostrador e intercambiaron unos papeles mientras yo

esperaba cómodamente instalada en uno de los sillones; la mujer me había ofrecido un café pero yo decliné a su ofrecimiento, no tenía en el estómago nada más que el café que había bebido antes de salir de casa y no se me antojaba que encima, me diese una úlcera.

Lo que fuese que estuviesen haciendo no les llevó más de un par de minutos, luego Fuentes se despidió de mí, y la mujer me guió hasta el carrito de golf que me esperaba afuera para llevarme hasta el avión.

No es que tenga mucha experiencia o conocimiento acerca de aviones, pero sin duda el aparato volador que esperaba por mí a una corta distancia de la terminal, era la cosa más moderna que yo haya visto jamás, tenía apariencia de una aguja; delgado, largo y con las alas muy echadas hacia atrás, parecía demasiado para un corto viaje hasta la ciudad de Mendoza.

Una mujer rubia de cabello enrulado, vistiendo un traje de chaqueta y falda me esperaba junto a la escalera. La mujer caminó hacia mí cuando el carrito se detuvo. Me dio la bienvenida y se ocupó de mi bolso al tiempo que me invitaba a subir.

Si el avión me pareció mucho desde el exterior, al verlo por dentro quedé completamente convencida de lo excesivo que resultaba para mí. A mi izquierda, una pared de madera rojiza con tantas capas de laca que lucía como recubierta de cristal, separaba la cabina de mando del resto del espacio dedicado a los pasajeros, el cual era amplio y luminoso. Las curvas paredes estaban enteladas con una textura rústica de un blanco hueso, había discretos apliques de luz, ventana de por medio y el piso estaba recubierto de una mullida alfombra con delgadas hondas del mismo blanco y gris. El primer grupo de asientos lo conformaban cuatro butacas de cuero enfrentadas en dos hileras, a estas les seguían, de un lado, otras dos butacas una frente a la otra, y del otro, un largo sillón para varias personas.

Al fondo de la cabina había otra pared igual a la que estaba a mi lado, la cual daba a una cocinita y a una segunda puerta, posiblemente el baño.

Me ubicaron y me atendieron dentro de aquella cosa igual que si yo fuese una princesa y no una simple empleada que iba de camino a retirar un contrato firmado. No me quejé de tal agradable trato y mucho menos del copioso desayuno que me trajeron treinta minutos después de despegar.

Poco menos de dos horas más tarde ya llegábamos a destino.

En cuanto llegamos controlé mi celular, no había ni llamadas perdidas ni mensajes.

El resto de la mañana pasó sin mayores méritos, por las dudas Lucas no

hubiese podido escuchar mis mensajes, llamé a casa. El teléfono sonó y sonó hasta que saltó el contestador, evidentemente tampoco había regresado.

Pasé todo el viaje en automóvil hasta el lugar en que me encontraría con quien figuraba en los papeles que me entregara ayer la señora Prieto, con el celular aferrado en la mano derecha y mi mirada saltando del hermoso paisaje que se desplegaba al otro lado de la ventanilla hasta la pantalla táctil de mi moderno celular (perseguida por los nervios de la falta de comunicación, verifiqué al menos en cuatro ocasiones, que el aparato tuviese cobertura, y sí la tenía, de modo que ese no era el motivo por el cual Lucas no se comunicaba conmigo). Pensando en las llamadas, me pregunté si Gaspar habría vuelto a llamar. Como me molestaba tener que haber salido de casa justo a ahora que el líder del clan Salleses decidía volverse a poner en contacto conmigo, no cesaba de preguntarme que motivara su reaparición, lo que sí suponía, era que debía ser algo lo suficientemente importante, y quizá también peligroso.

...

—Bienvenida, soy el secretario del señor Alba, él la está esperando para almorzar. Permítame que la guíe hasta él.

El hombre que me recibió a las puertas de una edificación muy típica de campo, que estaba identificada con letras de hierro forjado amuradas sobre el dintel de la puerta, las cuales formaban el nombre Alba. Me guió por un jardín mayormente compuesto de rosales, que contorneaba la edificación, hasta la parte posterior.

Las viñas cubrían casi todo el espacio, hacía donde uno mirara, allí habían cultivado.

El lugar era hermoso, con altos árboles y las cumbres más allá.

Lo primero que vi una mesa impecablemente puesta a la sombra de un enorme parasol de lona, unos pasos más allá del pie de madera de dicho parasol, había un hombre canoso de barba, parado de perfil a mí, en camisa, con las mangas remangadas y las manos en la cintura, contemplando la inmensidad del paisaje, mejor dicho, atrapado por el magnetismo de éste.

—Señor Alba —entonó el hombre que me guiara hasta allí, para denotar nuestra presencia. Evidentemente Alba no nos sintió llegar, porque se sobresaltó en cuanto le hablaron.

—Disculpe señor Alba —el hombre me cedió el paso—, llegó la enviada del señor Trueba, ella es la señorita Pérsico.

Alba giró un cuarto de vuelta para quedar frente a mí, y cuando estuvo en posición me examinó de pies a cabeza para finalmente fruncir la nariz en un gesto de disgusto.

—Sí, claro, la esperaba —apartó sus ojos de mí y se dirigió al hombre que me acompañaba—. Puedes regresar a lo tuyo Fabián; me haré cargo a partir de aquí.

—Señor, puedo quedarme si gusta.

—No creo que haga falta, voy a estar bien.

—Disculpe que insista pero...

—En el caso de necesitar de ti, te mandaré llamar. No te preocupes, todo estará bien.

El tal Fabián me miró torcido por encima de su hombro; a regañadientes nos dejó a solas alejándose por el camino de piedra caliza.

—Por favor, acérquese, póngase cómoda, no necesita quedarse ahí parada, no sé que puede haberle dicho su jefe, pero yo, a comparación de otros, no muerdo.

Ante mi inmovilidad, causada en su totalidad por aquellas palabras; ignoraba por completo cual y de qué tipo, además de los negocios, era la relación entre Trueba y él. Alba caminó hasta mí y me tendió la mano. Le devolví el apretón.

—Es un placer conocerlo, y permítame el cumplido: este lugar es precioso, parece salido de una postal.

—Así es. Como oficialmente ya no me pertenece, a partir de ahora tendrá que elogiar por los meritos del cuidado de la casa y el terreno a su jefe.

Me quedé muda, aquellas palabras, más por el tono en que fueron dichas, que por las palabras en sí, destilaban resentimiento e indignación.

—Pase, tome asiento, no hay razón para que nos quedemos aquí parados, no necesariamente tenemos que convertir esto en algo peor de lo que ya es, además, el almuerzo está listo. No quiero que piense que soy un mal perdedor, ni mucho menos, un mal anfitrión, ni tampoco un maleducado. Le brindaré a usted el beneficio de la duda, no suelo juzgar a las personas como desagradables o malas, simplemente porque trabajan con seres tan desagradables y rastreros como su jefe.

En este mismo instante se me cerró el estomago y me puse muy incomoda. Ya de por sí, por ser este mi primer día de trabajo, estaba algo ansiosa, pero encima tener que defenderme e intentar defender a mi jefe de ser desagradable, malo y rastrero, no era lo que tenía en mente para sentirme más segura de mí misma.

—Imagino que su jefe no la mandó para ofrecerme una tregua, ¿no es así? —no me dio tiempo a preguntarle a qué se refería ni tampoco a contestarle, con una mueca amarga soltó una carcajada áspera—. ¡Imagino que no! Apostaría cada una de estas viñas, si todavía fuesen mías, a que dentro de su cartera trae usted algo para mí, algo que debe entregarme a cambio del contrato firmado. ¿A qué si? Venga, no ponga esa cara. Tendrá usted que disculparme, de vez en cuando no puedo aguantarme las ganas de desahogarme—. Apartó una silla para mí—. Siéntese por favor, póngase cómoda. ¿Gustaría probar una copa de nuestro vino? Es decir su vino... ¡el vino de la bodega!

El curtido rostro de Alba, tostado por el sol y el viento, se agrió una vez más. Sus ojos grises, detrás de los anteojos de montura de metal, se aguaron.

Me senté y Alba rodeó la mesa.

—Me agradecería mucho probar el vino —hice un amago de sonrisa aunque no estoy muy segura de que me saliera muy bien, debe haber parecido más una mueca grotesca que cualquier otra cosa—; si refleja su entorno, tal se supone debe ser, seguro que es magnífico.

Alba tomó de encima de la mesa, una botella de vino tinto que ya estaba abierta esperando por nosotros, y me sirvió media copa. Mi primer pensamiento fue que si me bebía todo ese vino a esta hora, tendría que ir directo a dormir una buena siesta, pero a los pocos segundos, ese burdo pensamiento quedó hecho a un lado. Mi cerebro paladeaba ahora el exquisito y delicado perfume que emanaba desde la copa.

Alba me enseñó la botella.

—*Pinot noir* cosecha dos mil siete; una de nuestras mejores cosechas, la que nos hizo famosos aquí y en el resto del mundo.

Tomé la copa, la contoneé un poco delante de mi nariz y bebí un pequeño sorbo para luego aspirar una pequeña porción de aire. Mi cabeza quedó completamente impregnada de aquel maravilloso aroma. Sin duda aquel vino era perfecto. Cerré los ojos y en el líquido, bebí el aire y los perfumes, incluso las sensaciones, que me rodeaban.

—No te hagas el valiente con el vino que el vino ha perdido a muchos.

El vino es la vida para el hombre, si lo bebe con moderación.

¿Qué es la vida cuando falta el vino,
que fue creado al principio para alegrar al hombre?
Regocijo del corazón y contento del alma,

es el vino bebido a su tiempo y con mesura.

Bajé mi copa después de haber escuchado a Alba recitar aquello.

—Pertenece al Antiguo Testamento, Eclesiástico, 31,25—. En silencio regresó a su silla—. ¿Y bien, qué te parece?

—Exquisito.

—Me alegro que te guste, espero que al menos tú puedas apreciar el real valor de todo esto.

No acoté nada al respecto del comentario de Alba, quedaba claro que él no tenía una buena opinión de Trueba y que no podía contenerse de hacérmelo saber. Lo que no comprendía muy bien, era por qué pensaba que Trueba no disfrutaría ni valoraría en su justa medida ni el paisaje ni los vino de la bodega que acababa de comprar, después de todo era un entendido en la materia y parecía perfectamente capaz de disfrutar de la buena vida. Este lugar era la buena vida en sí, seguro que no le costaría mucho imaginarse perfectos atardeceres rodeado de este jardín de rosas y viñas, con montañas y bellezas por doquier.

—¿Tiene apetito? —me preguntó al tiempo que destapaba una bandeja que contenía medallones de lomo salseados con una crema color marrón claro que alía como a nuez moscada. Descubrió también una fuente con pequeñas papás hervidas con cáscara y una ensaladera con una mezcla de hojas verdes de fresco aroma (resaltaba el de la rúcula), tomates secos prehidratados y escamas de queso duro.

Sin darme tiempo a contestar Alba me pidió mi plato y acto seguido, lo llenó de comida.

Sobre la mesa, además de los manjares ya mencionados, había una cesta con pan, una jarra de agua, una botella que por lo su color, me parece que era aceite de oliva, otra con *aceto balsámico*, un pimentero, un salero, una tabla con quesos, aceitunas y demás exquisiteces.

Alba rellenó su plato con una cuarta parte de lo que me había servido a mí, y se sentó. Mientras colocaba la servilleta sobre su regazo, me preguntó si llevaba mucho tiempo trabajando para Trueba.

—De hecho no, hoy es oficialmente mi primer día.

—¿A sí? Bien, espero no haberla asustado con las cosas que insinué de su jefe, ya se formará usted su propia opinión sobre él, pero dudo que vaya a ser muy distinta a la mía.

—La verdad es que hasta ahora me ha parecido muy correcto y amable.

—Eso es porque todavía no ha tratado lo suficiente con él. No pretendo

hacerle hablar mal de su jefe; permítame la recomendación: vaya buscándose otro trabajo.

Quizá otra persona en mi lugar, hubiese considerado la recomendación de Alba, pero si Lucas regresaba a casa al menos con una pizca de esperanza, yo no necesitaría ponerme en campaña para conseguir otro trabajo, porque tendría uno esperándome.

—Lamento que el señor Trueba y usted no se lleven bien.

—Es más que eso, señorita Pérsico, creo que estoy a un paso de empezar a despreciar a ese hombre con toda mi alma.

—Disculpe usted mi indiscreción, pero... veo que usted realmente quiere estas tierras, es más, me da la sensación de que en cierto modo, las ama; entonces por qué se las vende a alguien que le provoca semejante repulsa.

—Lamento no poder darle una respuesta clara; es un asunto privado.

—Disculpe, no era mi intención entrometerme.

—No se preocupe, entiendo su curiosidad. Debe pensar que me he vendido al mejor postor y en cierto modo, tiene razón.

—Los negocios son negocios, uno no siempre puede elegir con quién tratar.

—Eso es cierto, en ocasiones no tenemos demasiadas opciones de dónde elegir, y por desgracia su jefe llamó a mi puerta cuando yo más lo necesitaba

—. Alba amagó con llevarse a la boca el tenedor, se arrepintió y volvió a bajarlo —. Estas tierras han pertenecido a mi familia por generaciones. En mis manos ha permanecido esta tierra por los últimos veinte años. Es increíblemente difícil tener que entregar todo aquello por lo que uno ha luchado tanto.

—No quiero que piense que me pongo de lado del señor Trueba simplemente porque trabajo para él, la verdad es que me dio la sensación de que realmente siente pasión por lo que hace.

—¿Y qué cree usted que es exactamente lo que hace su jefe?

—Lo que quiero decir que me dio la impresión de que más allá de ser un hombre de negocios, siente pasión por el vino.

Alba se quedó mirándome fijo sin parpadear.

—La forma en que me habló de sus viñedos... sé que el aprenderá a amar este lugar tanto como lo ama usted.

Alba dejó escapar una risa queda.

—Al menos me queda el consuelo de que quizá usted sea capaz de profesarle algo de cariño a este lugar, apuesto mi corazón a que usted no esta hecha de la misma madera que su jefe. Hay algo más en sus ojos y en sus palabras, algo

que no hace vano ni sus gestos ni sus actitudes.

—Si le sirve de consuelo, pues que así sea, sé que podría enamorarme de este lugar, es más, creo que ha sido amor a primera vista.

—Me complace oír eso, pero honrando la decencia que me queda, prefiero recomendarle que se olvide de este viñedo y de su jefe, y se mande a mudar en busca de horizontes más claros. Ahora si le queda apetito, coma por favor, no gustaría ser responsable de que alguien tan agradable como usted se debilite.

Por suerte, las pocas palabras que fueron pronunciadas mientras comíamos, dejaron de rondar en torno a Trueba y al pésimo concepto que Alba tenía de él; conversamos cosas más amenas, sobre todo de la tierra, de los rosales, las viñas y los distintos procesos por los que pasaba la uva antes de llegar a una botella como la que nos hacía compañía. Alba también me contó sobre su familia, sobre como habían llegado a convertir un pequeño retazo de tierra en el medio de la nada, en un viñedo respetado. Alba también quiso saber de mí, me preguntó qué hacía antes de trabajar para Trueba y se ofreció a conseguirme otro trabajo con alguno de sus conocidos, incluso me aseguró que si le pasaba mi número, en cuanto volviese al ruedo en el mundo de la viticultura, me llamaría para ofrecerme un trabajo. Por supuesto, para no ser menos con las típicas conversaciones entre extraños, hablamos del clima, de la comida y del paisaje.

Cuando me percaté, entre los dos ya habíamos dado cuenta de buena parte de la comida que fuera servida en la mesa, y de toda la botella de vino. Debido a eso último, me sentía un tanto mareada y dispersa, por lo que perdí la real noción de qué estaba haciendo aquí, y para qué. Fue entonces cuando dos mujeres vestidas muy de entre casa, aparecieron y retiraron los platos sucios y las bandejas vacías, para luego traernos el café, que vino acompañado de una torta y una botella de calvados.

Decliné el ofreciendo de más alcohol, tenía suficiente corriéndome por las venas, y me bebí mi café, para procurar despejarme un poco antes de sacar el tema del contrato; no me agradaba la idea de volver a amargar la conversación, pero si no me daba prisa acabaría teniendo que retrasar mi vuelo de regreso a casa, era media tarde y todavía tenía un buen viaje en auto hasta la ciudad a recoger mis cosas antes de ir al aeropuerto.

Alba se mostró dentro de todo tranquilo, cuando le dije que debíamos ocuparnos de lo que me había traído hasta aquí. Del uno de los bolsillos internos del saco de vestir colgado en el respaldo de su silla, extrajo unas hojas de papel plegadas en tres partes y me las tendió.

—Aquí está la copia de su jefe, encontrará mi firma junto a la de Trueba.

Me molestaba soberanamente tener que comprobar las firmas y la autenticidad del contrato frente a Alba porque me daba la sensación de que podía parecer dudar de su integridad y eso no tenía cabida dentro de las horas pasadas que compartimos, pero era mi trabajo. Con cuidado le examiné cada una de las hojas. No me cupo duda, todo estaba en regla.

Doblé el contrato otra vez, tomé mi cartera, lo guardé allí, y saqué el sobre que la señora Prieto me había dado para Alba.

—Esto es suyo —le dije tendiéndole el sobre.

Alba alzó las cejas.

—¿Eso es lo que me corresponde? —curioseó visiblemente confundido.

Su confusión se me contagió, yo estaba creída que lo que contenía el sobre, era el pago por el viñedo y había cuidado ese sobre con mi vida temiendo que fuesen más ceros de los que yo pudiese costear, pero evidentemente, estaba equivocada, o Alba no esperaba que yo apareciese con su pago.

—Sí, para usted —insistí estirándome un poco más sobre la mesa, para pasarle el sobre que Alba ni siquiera había hecho el ademán de coger—. La secretaria del señor Trueba me lo dio, me indicó que se lo entregara cuando usted me diese el contrato firmado.

Alba alzó un brazo por encima de la mesa y tomó el sobre; no lo abrió, es más, siquiera le echó una mirada. Así como yo se lo entregué, lo depositó sobre su regazo.

—Bien, supongo que esto es todo, entonces.

—Así parece. Es difícil despedirse de este hermoso lugar, pero el chofer lleva mucho rato esperándome y hay un avión que tengo que tomar.

—Claro, claro —exclamó poniéndose de pie; yo también me levanté. Alba me tendió una mano—. Ha sido un placer conocerte Eliza —dijo tuteándome por primera y única vez.

—El placer fue mío señor Alba. Espero volver a verlo pronto.

—Ojalá así sea.

—En su nuevo viñedo —acoté sonriendo.

—Dios te oiga.

—Así será.

Alba me sonrió.

—Hasta pronto, Eliza.

—Hasta pronto, señor Alba. No se preocupe, recuerdo el camino.

Con un regusto amargo en la boca a causa de la despedida, di media vuelta y

me fui. Lo dejé allí, rodeado de las que fueran sus viñas y sus rosas.

...

Fue un alivio, al llegar a casa, abrir la puerta y ver el brillo de una luz dentro; eso significaba que Lucas estaba de regreso. A pesar del agotamiento físico y mental de un día muy movido, mi cuerpo se llenó de energía. Mi mente se despejó del embotamiento del vuelo y en mis extremidades volvió a fluir la sangre luego de haber permanecido tanto tiempo sentada. Absolutamente todos los malos e incómodos momentos del día se esfumaron con el simple avistamiento de esa luz, y en una segunda instancia, por el delicioso olor a comida que llegó a mi nariz.

Saqué las llaves de la cerradura a medida que continuaba empujando la puerta. A penas alcé la vista, lo vi. Estaba sano y salvo, de regreso a casa en una sola pieza y sin un rasguño —al menos sin ningún rasguño a la vista—, y no tenía mala cara, solamente una mueca sería, pero ésta mutó en una sonrisa en cuanto nuestras miradas se unieron.

Arrojé mis cosas a un lado y empujé la puerta para cerrarla, se me fue más fuerza de la necesaria, por lo que el portazo retumbó en el pasillo y presumiblemente, debe haber retumbado en las escaleras también.

Sin que mediase palabra, el caminó hasta mí y yo hasta él, nos abrazamos a mitad de camino. Otro suspiro de alivio increíblemente agradable y reconfortante, se me escapó en cuanto me apretó contra su pecho. Sentí su fuerza sobre mis costillas y fui más consciente del aire que tenía dentro de mis pulmones mientras me estiraba para rodearle el cuello con los brazos. No temí ahorcarlo ni quitarle el aire, él era increíblemente más fuerte que yo, y que le cortase el suministro de aire a sus pulmones no suponía ningún problema.

Inspiré hondo y me llené de su perfume mientras me apretaba todavía más contra él. Mientras tanto, Lucas hundió su nariz en mi cuello y allí exhaló soltando una oleada de aire caliente sobre mi piel, lo cual me provocó un estremecimiento no precisamente desagradable. Supongo que por ser su cuerpo mucho más caliente que el de un ser humano común y corriente, también lo era el aire que salía de sus pulmones, igual que si fuese calentado por una gran caldera que no precisaba de material de combustión alguno para generar calor eternamente.

—Que bueno es estar de regreso en casa —dije siendo la primera en

interrumpir aquella hermosa y en apariencia interminable escena. Mi objetivo no era hacer que me soltara, ni que el momento concluyera, pero las palabras brotaron por sí solas de mis labios como un eco involuntario de las sensaciones que mi cerebro estaba procesando—. Fue un día muy largo.

—A mí me pareció eterno —comentó apenas despegando su rostro de mi cuello—. Te extrañé mucho—. Tomando de la cintura, me apartó lentamente de su lado—. No tienes por qué hacer ese trabajo. No quiero que te preocupes y mucho menos que te angusties por asuntos que no tienen nada que ver contigo.

—Ni siquiera te sentí llegar —acababa de leerme la mente.

—Disculpa. No era mi intención invadir tu privacidad, fue casi sin querer, y fue muy superficial, en cuanto te toqué me percaté de todos esos sentimientos confusos... Puedes renunciar cuando quieras, les diremos a tus padres que te conseguí un trabajo mucho mejor.

—¿Eso quiere decir que estoy próxima a tener otro trabajo?

Lucas desprendió sus manos de mi cintura, dio media vuelta y se alejó en dirección a la cocina para revolver algo que se cocía dentro de una profunda sartén.

—Eso quiere decir que no —me respondí a mí misma perdiendo el aliento.

—No dije eso... —replicó mirándome por encima de su hombro sin dejar de revolver la salsa que borboteaba dentro de la sartén—. Enfrentarse a las reglas de mi mundo no es exactamente como cocer y cantar. Es bastante más complicado que eso. Lo creas o no, existe más burocracia en las reglas de mi mundo que en el de los humanos—. Hizo una pausa—. ¿Por qué me miras con desconfianza?

De hecho sí, lo miraba con una ceja en alto, temiendo que por no arruinarme la noche, o quizá la vida, no se atreviese a decirme la cruda verdad.

—Demandará un poco más de trabajo, es todo.

—¿Que fue exactamente lo que pasó?

—Por qué no te pones cómoda para la cena, lo hablamos más tarde, ¿sí?

Rumié su propuesta no muy convencida, al final cedí.

Antes de dar media vuelta para recoger las cosas que había tirado por ahí al entrar, le pregunté a qué hora había llegado y si había llamado alguien.

—Llegué hará una hora, y no, no llamó nadie, por qué, quién tenía que llamar.

Gaspar me había pedido que no comentara con nadie que me había llamado.

—Nadie en particular —contesté intentando pensar en otra cosa para evitar que Lucas adivinase el nombre de Gaspar en mi cerebro. Por las dudas, de pasada, le eché un vistazo a la pantalla del teléfono, no había mensajes.

Lucas puso frente a mí una montaña de fideos prolijamente acomodados en un ovillo cuyo centro estaba lleno de la salsa rosa que olía tan bien, así con la salsa, sobre el mantel azul Francia que cubría la mesa, el plato parecía una isla volcán emergiendo de un océano de color paradisíaco. Le hice saber que la porción era exageradamente grande, pero él se limitó a decirme que me callara y comiera. Si esperaba mantenerme callada hasta que me mi plato quedara vacío se equivoca.

Tomé un sorbo de agua y volví a la carga.

Lucas tenía la boca llena y le tomó un par de segundos tragar para poder hablar; en el ínterin me puso cara de enojado mientras gesticulaba como loco.

—A veces eres insufrible.

No es novedad, Vicente solía decirme lo mismo cuando yo insistía con aquellos asuntos que el no quería tratar. La pasta que acababa de tragar se me quedó atorada en alguna parte del tracto digestivo, no se exactamente dónde, pero el estómago se me cerró al instante.

—¿Qué dijo Ariel, se enojó, prometió cooperar o directamente te mandó de vuelta a casa antes de que le pudieses decir una sola palabra? Bueno, no creo que fuese eso, tuviese que pasar la noche fuera. ¿Y bien, que dijo? Vamos, Lucas, por qué tanto misterio.

Lucas se enjuagó la boca con agua, se secó los labios con una servilleta y luego enderezó la espalda.

11. Cuando el infierno se congele.

—Digamos que Ariel no tenía ganas de discutir esto una vez más; al final, logré convencerlo de que me permitiese al menos, exponer el asunto.

—¿Entonces hablaron?

Contestó que sí con la cabeza.

—Discutimos largo y tendido, es por eso que no regresé a casa antes y por eso mismo no pude contestar el teléfono, por cierto, me alegra que vuelvas a estar comunicada, si no te conseguías un celular tú misma te lo conseguía yo, odiaba no poder estar comunicado contigo.

—¿Te parece que podrías centrarte en el tema que discutimos?

Bufido de por medio, siguió adelante.

—Me aseguré de ponerle en claro que esta idea no partió de mí, que no es lo que más me agrada, no deseo que equivoque mis intenciones, más de uno

podría pensar que quiero tomar tu alma solamente para mi provecho personal o porque me mueven otros intereses.

De esa simple frase se desprendían varias cosas: primero, con ese “más de uno” se refería a Vicente y quería dejar en claro que de ningún modo, intentaba seguir sus pasos o emularlo de manera alguna, y segundo, no deseaba que se equivocaran sus intenciones, para eso aclaraba que pese a que me quería, pensaba que cambiar no era la mejor opción, sino quizá la única para cortar de una buena vez con todo este lío (lo que implicaba un riesgo de vida para mí, y demás situaciones extrañas a mi alrededor).

—Creo que le quedó claro que la elección es tuya, que es una entrega voluntaria y que no tiene nada que ver con nada más...

Me dio la sensación de que el silencio en el cual cayó, implicaba demasiado, pero no agregué las palabras faltantes, no tenía la menor intención de exponer todas las razones que me habían llevado a tomar la decisión de soltar las pocas amarras que me mantenían flotando junto a la horilla del mundo humano, pero con los pies en el de los demonios. Mencionar que pretendía mantenerme toda la eternidad lo más cerca posible de Vicente o incluso que todavía continuaba encendida en mí, una pequeña llama, que como el piloto de una caldera, se mantenía atenta a cualquier posibilidad de reavivar el fuego de lo pasado entre nosotros, hubiese supuesto una catástrofe de proporciones bíblicas y no tenía ni la menor intención de lastimar a Lucas. No tenía ni la menor idea de cómo manejaría el asunto si es que alguna vez, volvía a llegar a acercarme lo suficiente a Vicente como para plantearle sin vergüenza y sin miedo a demostrarle mi debilidad, que yo todavía lo amaba y que confiaba en que existía un lugar para nosotros.

—Y qué dijo.

—No se lo creyó.

—Te dijo que no te creía.

—No hizo falta que pronunciase una sola palabra.

—Eso no parece muy bueno.

—Su cara no fue tan determinante, al final acabó coincidiendo conmigo en que esto no puede durar eternamente. La cruda verdad es que no teme por lo que pueda sucederte a ti, así es él, pero si le fastidia que un montón de demonios desaforados se pasen el tiempo viendo cómo pueden saltarse las reglas para darte caza. Ya de por sí es difícil mantener el orden entre los nuestros. Me dio la sensación de que este tema le aburre, bien, en realidad me dijo que estaba harto de todos nosotros, que no entendía cómo es que Vicente había provocado

semejante descalabro.

—Está de nuestra parte.

—No exactamente, simplemente quiere terminar con esto de una buena vez.

—¿Y entonces?

—Básicamente en eso consistió la conversación que tuvimos cuando llegué.

—Y qué pasó luego.

—Luego tuve que esperar.

—¿Esperar?

—Ariel tenía cosas que hacer, debía reunirse con unas personas.

—¿Personas o demonios?

—Demonios.

—Ya veo.

—No, no ves, no tienes ni la menor idea —replicó algo de mal modo, lo cual me descolocó, por eso, mantuve la boca cerrada a la espera de que decidiese por sí solo, dar una explicación, o continuar adelante por lo que vino después de la espera—. Disculpa, es que al recordarlo me ha entrado... —sacudió los hombros y con los ojos cerrados estiró el cuello hacia un costado y luego al otro, fue un gesto entre asco y como si quisiese librarse de una molesta contractura de cuello y hombros—. Me vi obligado a quedarme encerrado en un cuarto sin poder salir.

—¿Eso por qué?

—Cortesía de Vicente supongo.

—¿A qué te refieres?—. Sentí que las paredes empezaban a pesar sobre mí.

—Por lo visto no ha perdido el tiempo, su nuevo pasatiempo es hablar mal de mí... de nosotros. En fin, supongo que no tenía por qué esperar otra cosa de él, después de todo lo que hizo esto no es más que una insignificancia.

—Podrías ser más claro, por favor.

—Ariel, por mi seguridad, me prohibió salir de mi cuarto y me puso protección a sol y a sombra. Si antes se me conocía como chico problemático, ahora soy “el problema” y el traidor —enfaticó la última palabra con una mueca un tanto irónica y rebelde—, a más de uno le complacería mucho ponerme las manos encima.

No me lo pude creer, no solo porque Lucas hubiese corrido más peligro del que yo preveía sino también por lo que nuestra situación se tornaba cada vez más riesgosa. Me dio la sensación de que alguien intentaba socavar los cimientos de mi mundo.

—Volví a reunirme con Ariel recién esta mañana, él llamó a Vicente. Ariel le

expuso tu situación y la mía.

El estómago se me bajó a los pies.

—¿Cuál fue su respuesta?—. Como hubiese deseado ser yo misma la que tuviese la oportunidad de hablarle; volver a percibir el sonido de su voz en mis oídos parecía algo inalcanzable, un milagro. Poco a poco, desde que me dejó, me iba invadiendo la sensación de que lo nuestro no había sido más que un sueño un delirio al que insistía aferrarme pese al millar de píldoras psicotrópicas que el mundo insistía en administrarme para ver si lograba recuperar la noción de realidad y racionalidad.

—La respuesta a tu pedido fue...

—¡Deja el suspenso para otro momento! — exclamé ante una insufrible pausa.

—No me grites —se defendió alzando la voz, no tanto como yo.

—Es que... ¿Qué dijo?

—Su respuesta no es lo que importa.

—Quiero saber que dijo, Lucas, por favor.

—Ariel va a intentar encontrar otro camino...

—¿Qué demonios dijo?! —solté fuera de mí.

—Sus palabras... textualmente dijo que... solamente cuando el Infierno se congele.

Sentí como si alguien me tirase un balde de agua helada en la cabeza, y pese al calor reinante, aquello no suponía un alivio. Confusa, no sabía si tomar su rotunda negativa como un buen síntoma, o como uno malo, después de todo, mientras estuvimos juntos, el insistió en que mi alma no debía de pertenecer al Infierno de modo alguno, y yo creí que lo hacía para protegerme, para preservarme, su negativa retomaba las últimas palabras que me dijo a modo de amenaza, como un “no vuelvas a cruzarte por mi camino o ya verás lo que te sucederá”.

—Es un idota y eso no es novedad; él no tiene la última palabra, puede haber heredado del maestro del infierno su desagradable habilidad, pero no por eso es infalible, y mucho menos, digno de respeto. Lo único realmente importante aquí es que Ariel se ha comprometido a ayudarnos, y eso es bueno, muy bueno. Es lo que fuimos a buscar: apoyo. Y lo tenemos, alguien de peso está de nuestro lado, de tu lado. Quisiera ver la cara que pone Vicente cuando se entere de que Ariel ha cambiado de bando. En síntesis —exclamó con un entusiasmo que no llegó a contagiármeme—: todavía hay esperanzas.

Ante mi mutismo, Lucas se quedó viéndome.

—¿No estás contenta, creía que era exactamente eso lo que tú querías? ¡Te

arrepentiste! ¡Mierda, fue un error, siquiera debí haber prestado oídos a tus locuras, simplemente tendría que haberme atendido a intentar protegerte!

—No, no es eso, aun deseo lo mismo, lo que quiero no cambió ni un ápice. Es que...

—No te preocupes, nuestras vidas no tienen porqué volver a conectarse con la suya, nosotros somos muy diferentes a él, realmente diferentes, no como él pretendía ser. Nosotros somos reales. Tú eres lo opuesto a él—. Me sonrió—. Y quizá el Infierno se congele algún día, quizá antes de lo que él espera.

—¿No hay posibilidad de que yo pueda hablar con él?

—No voy a permitir que te expongas a él.

—Tal vez pueda convencerlo y así acelerar todo.

—Ni bajo amenaza de muerte permitiría que se te acerque. Nos desprecia, eso es evidente, y no voy a darle el placer de hacer alarde de sus desagradable actitudes frente a ti, por mí que se pudra donde está—. Lucas se interrumpió, tomó los cubiertos y antes de llevarse a la boca más comida, agregó: —tenemos que hacer que deje de formar parte de nuestras vidas; haremos a un lado lo desagradable para comenzar de cero y así poder ser felices... felices juntos.

Me puse roja, roja de vergüenza por lo que le estaba haciendo. ¿Cómo podía hacerle algo así a alguien que quería con toda el alma, con todo el corazón?

...

La noche era un infierno y yo estaba helada, helada por dentro. Recién acababa de apagar la luz, regresé a mi habitación con la excusa de desfallecer de sueño y cansancio; no era cierto, dudaba ser capaz de pegar un ojo y era consciente de las consecuencias que se verían en mí mañana por la mañana, si no lograba dormir al menos un poco.

Con los pies empujé la sabana y me recosté sobre mi costado izquierdo. La puerta estaba entreabierta, por lo que el brillo de la luz de Lucas, se filtraba en el cuarto, produciendo sobras largas muy marcadas.

Me agarré de la almohada y cerré los ojos, me obligué a mantenerlos así para dormirme. No resultó, en vez de relajarme, la ausencia de cualquier otro estímulo externo liberó el funcionamiento de mi cerebro, que se descarrió al internarse en vías completamente desconocidas para mí. El cuerpo, sobre todo, las extremidades, se me puso pesado. No sé por qué me puse a pensar en la familia de Vicente, en la que aun debía seguir viva, me refiero, en los

herederos del apellido Campo. Vicente me había comentado una vez que había llegado a conocer a sus sobrinos tanto a los hijos de Leonor, la menor de sus hermanos, como a los de Felipe; me pregunté qué se sentiría ver pasar generaciones y generaciones de tu familia, qué habría sentido él al conocerlos, habría sido un momento angustiante o feliz. ¿Era Vicente realmente capaz de amar, de querer, o al menos de sentir empatía? Durante el tiempo que pasáramos juntos, llegué a creer que era uno de los seres más susceptibles que he conocido jamás, a cualquier sentimiento, tanto bueno como malo, en un extremo inalcanzable para ningún humano; ahora todo lo que yo creía conocer de él, había caído el velo de la duda. Llevaba un buen tiempo siendo entendiendo que existiría infinidad de cosas que seguro no conocía de él, jamás se había abierto realmente a mí, nunca me había permitido entrar en su mente o en su corazón, incluso así continuaba creyendo que éramos el uno para el otro.

—¿Lucas? —lo llamé alzando la voz.

—¿Sí?

—¿Vicente alguna vez te contó algo sobre sus sobrinos?

—¿Algo de qué?

—Una vez mencionó que conoció a los hijos de su hermana Leonor en una fiesta.

—Sí, creo que así fue.

—¿Tienes idea de cuándo sucedió?

—¿A qué viene tanta pregunta?

A que tenía intenciones de descubrir quién era el verdadero Vicente, y para hacerlo lo mejor era tomar como punto de partida su familia, pero no se lo dije.

—No sé mucho de eso, Vicente nunca fue demasiado locuaz.

—No sabes qué fue de ellos.

—No, supongo que deben seguir adelante con sus normales vidas humanas, es más, ni siquiera sé si han de estar vivos, supongo que aquel encuentro debe haber sucedido hace mucho tiempo, mucho antes de que yo conociera a Vicente.

En un cálculo rápido y quizá muy poco concienzudo comprendí que si Vicente había conocido a sus sobrinos ya adultos, pero todavía jóvenes, aquel encuentro debió suceder supongamos entre mil novecientos veinte y mil novecientos treinta, años más, años menos.

—¿Qué tienes en mente?

Di un respingo al oír su voz tan cerca, mientras calculaba los años, mi mirada se perdió en la oscuridad de la pared por lo que no me percaté de que ahora se hallaba parado justo debajo del marco de la puerta. Su figura quedaba recortada en la luz; sus manos agarradas de los costados del marco, su cabeza vuelta hacia mí.

—¿Creí que habíamos quedado en que intentaríamos dejarlo atrás?

—Existen cosas que necesito comprender antes siquiera, de pensar en cerrar ese capítulo en mi vida.

—¿Qué cosas?

—¿No te interesa conocer la verdad, no quieres saber porqué mintió, porqué nos engañó?

—Si pretendes encontrar una conspiración que lo justifique todo, incluso su culpabilidad, creo que pierdes el tiempo. No hay nada más; no se trata de secretos ocultos ni actos malévolos a gran escala, fue solamente él. Es un demonio, uno de los peores, esa es la única explicación. Me basta con eso, y para serte sincero, me molesta bastante que continúes intentando maquillar la verdad.

Un teléfono sonó en alguna parte, en un principio no pude identificar el tono, primero creí que era mi celular, después me di cuenta de que no era el teléfono de línea, solo cuando Lucas giró la cabeza en dirección a la puerta me percaté de que era su celular.

Sin que mediase palabra alguna, dio media vuelta y me dejó para atender el llamado.

—¿Quién habla? ¿Quién es? —inquirió de mal modo.

Gateé por encima de la cama y me bajé de ésta, por el lado de los pies.

—¿Tienes alguna idea de a quién estás jodiendo?

Lucas estaba parado de frente a la mesita del café, de espaldas a mí por lo que no pude ver qué cara tenía, igual, ni falta que hacía para darme cuenta de que estaba realmente cabreado.

—¡Óyeme jodido cabrón si tienes lo que deberías tener al menos te identificarías en vez de continuar así, como un cobarde, llamando y guardando silencio!

Tomé a Lucas por el brazo con la intención de obligarlo a darse media vuelta; él se deshizo de mí con suma facilidad.

—Es la tercera vez que me llamas en el día —bramó—, ¿de cuántos intentos necesitarás para armarte de valor e identificarte? ¿Vicente, eres tú? Sé que eres tú. Sabes una cosa, no te tengo miedo. Ninguno de los dos te tememos.

¡Vicente! ¡La tercera vez que llama en el día! Mis manos se fueron solas directo al celular de Lucas con la firme intención de arrebatárselo sin siquiera tener en cuenta de lo difícil, y por que no: imposible, que sería quitarle algo a un demonio que con su fuerza, era capaz de derribar un árbol de un único golpe.

—¿Por qué no te haces a un lado y nos dejas vivir nuestra vida?!

Hice otro intento de hacerme con el celular; del forcejeo bruto, que sin duda dejaría como resultado unos cuantos moretones que se harían evidentes en mí, mañana por la mañana, Lucas me mantuvo a raya, sosteniéndome por un hombro (en el cual clavó sus dedos hasta provocarme un dolor insoportable).

—No eres más que una patética sombra —gruñó con los dientes apretados mientras yo procuraba contener las lágrimas de dolor dentro de mis ojos, sin parar de intentar pescar el celular con las puntas de los dedos del brazo que todavía sentía (mi brazo izquierdo comenzaba a adormecerse gracias a la presión bestial que Lucas ejercía sobre los músculos, tendones y huesos provocando una disfunción en mi sistema nervioso.

De repente el mundo se detuvo. Los músculos del rostro de Lucas quedaron petrificados en una mueca de ira.

Oí su voz teñida de la distorsión del celular, pero aun así, reconocible. Era real, era él. No llegué a comprender lo que decía pese a que Lucas guardó silencio todo el rato. Cuando escuché que pronunciaba mi nombre, se me detuvo el corazón. La cara de Lucas recuperó la movilidad, así también su lengua.

—No eres quién para indicarme a mí, lo que debo hacer y lo que no. No eres ningún ejemplo de moralidad ni nada. No voy a dejarla, no pienso dejarla, ella es demasiado importante para mí, y sé que yo le importo también. ¡Yo no soy como tú ni nunca lo seré!

—Quiero hablarle —grité fuera de mí—. Dile que quiero hablarle.

Lucas miró el teléfono como esperando una respuesta por el otro lado, una respuesta que se hizo llegar demasiado pronto. Desclavó sus dedos de mi hombro y me miró a los ojos mientras negaba con la cabeza.

—No te tengo miedo —fue lo último que le dijo casi en un hilo de voz, y colgó. En silencio y con pasmosa lentitud, bajó los brazos y arrojó el celular sobre el sillón—. Me dijo que no quiere volver a hablar contigo, que no quiere saber más nada de ti y tuvo el descaro de amenazarnos.

—¿Nos amenazó? —Yo no lograba comprender el real significado de aquella frase.

—Es un imbécil —escupió Lucas con una mezcla de dolor y odio que me resultó demasiado palpable por desgracia.

Entre latido y latido de mi corazón, llegó un impulso involuntario. Me arrojé sobre el sillón a la caza del celular. Creí que Lucas caería encima de mí como una roca, en su afán por detenerme, pero no se produjo contacto físico alguno.

—No lo llames —me pidió en un tono que sonaba demasiado a ruego, del cual yo no pude hacerme eco. No le hice caso, encendí el celular y en el menú, busqué la última llamada éntrate, al hallar el número apreté el botón *send*.

—Cuelga. Te aseguro que no querrás oír las cosas que me ha dicho. Cuelga antes de que conteste... por favor, Eliza, te lo ruego, cuelga...

Ya sonaba. Al segundo timbrazo la caja que lo mantenía encerrado dentro de mí se abrió de par en par dejando que todos los antiguos sentimientos afloraran de un modo ensordecedor.

—¿Qué...?!

La furiosa voz de Vicente atravesó mi cráneo de un lado al otro. Se me paró el corazón.

—Eres tú... —me espetó de mal modo y para mi desgracia noté cierto asco en su tono, asco de mí—. Para qué me llamas, ¿es que no quedó claro que no quiero volver a saber de ninguno de los dos? Comienzo a hartarme de ustedes, son insufribles. ¿No te ha dicho lo que le he pedido que te transmitiera?

—Vicente tenemos que hablar —balbuceé al borde de desmoronarme. Volver a oír su voz era algo que había soñado por demasiado tiempo, pero jamás soñé que dijera cosas tan hirientes. Incluso bajo el influjo del patente desprecio que destilaban sus palabras, esta falsa cercanía de su persona hizo que mi cuerpo se descontrolara al borde del colapso.

—Si no deseas verlo reducido a cenizas, apártate de él.

—¿Qué?

—Que no pienso permitir que ustedes dos sigan juntos. Déjalo o me lo cargo.

—¿De qué estás hablando, Vicente? ¿Qué...? Es Lucas... ¿serías capaz de...?

—Ya me oíste, ahora sabes de lo que soy capaz. Aléjate de él o su muerte será tu responsabilidad. ¿Me has oído?, tú serás la culpable de lo que le suceda.

Ni de milagro hubiese podido ver la mano que se me vino encima y que de un manotazo me quitó el teléfono para hacerlo volar por los aires para acabar el planeo contra la pared y luego en el piso. El teléfono sonó a plástico y metal roto.

—No le tengo miedo.

Obviamente sobraban las explicaciones, Lucas, con tal de que no lo dejara, ni

de separarse de mí, estaba dispuesto a ponerse en riesgo.

—No voy a dejarte, me tendrás a tu lado en tanto y en cuanto me quieras ahí.

Que imprudentes habíamos sido y estábamos siendo los dos.

El mundo comenzó a desmoronarse, el Infierno ardía más que nunca, lejos, muy lejos de congelarse.

...

Mi registro de tazas de café iba por la tercera, y eso que apenas si pasaba del medio día.

Me encontré a mí misma, sentada a la mesa, con las piernas recogidas contra mi pecho y los pies sobre el asiento de la silla. A mí alrededor olía a café recién hecho. Continuaba haciendo mucho calor y estaba sola. Pese a mis quejas, Lucas había decidido salir de todas maneras, de ningún modo me permitió que sacara a colación las amenazas de Vicente, dijo que no teníamos de qué preocuparnos, que no le temía; me repitió demasiadas veces como para no empezar a dudar que solamente lo decía para tranquilizarme, que Vicente no se atrevería a hacer nada.

Por mi parte, me costaba creer que Vicente realmente estuviese hablando en serio cuando soltó aquella amenaza de muerte, la verdad es que anoche lo desconocí por completo.

Soy consciente de que para un desconocido debo parecer estar actuando como una mitómana, pero la realidad es que algo dentro de mí me dice que no estaba siendo sincero, que él nunca diría algo así de *motus proprio*, que jamás le pondría una mano encima a Lucas y que mucho menos, me echaría la culpa de ello.

Cargando la maraña de sentimientos que no lograba desenredar, me levanté de la silla y fui hasta la computadora. La encendí y en Google, me puse a buscar a la familia de Vicente. Una hora más tarde, continuaba con las manos casi igual de vacías. Recordaba que Vicente comentó que uno de sus cinco sobrinos (de los tres varones y las dos mujeres que había tenido Leonor) se llamaba igual que él y que una de las mujeres había heredado el nombre de su abuela, es decir, que se llamaba Victoria; pero existía un pequeño detalle que me jugaba en contra, los hijos de Leonor debían figurar en los registros con el apellido de su padre, el cual yo desconocida. Cansada y alterada, lo primero por la falta de sueño que ya había previsto incluso antes de que Vicente llamara, lo segundo por la excesiva cantidad de cafeína que corría por mis venas, decidí

salir un rato a tomar un poco de aire, ya que en el departamento el calor estaba estancado, y a hacer unas compras de víveres.

Apagué la computadora, me cambié la ropa por algo más presentable y salí.

El estacionamiento estaba casi vacío, nada más había algún automóvil por aquí, otro por allí. El asfalto desprendía un calor sofocante y húmedo que olía a dulce, a mineral; el sol amenazaba con rajarse la tierra y ni una mísera nube se animaba a opacar su brillo.

Tomé un carrito de la fila formada a uno de los costados de las puertas corredizas y entré en el supermercado recibiendo un choque de aire frío y seco que provocó una reacción inmediata en mi piel: se me puso la piel de gallina.

Al principio anduve entre los corredores viendo realmente sin ver, andaba ida y la sensación de desconexión se acentuaba todavía más debido a la poca concurrencia, la mayoría de la gente debía tener mejores cosas que hacer que pasearse por el supermercado a media tarde y con una sensación térmica en la calle, de casi cuarenta grados centígrados.

Con los codos apoyados sobre la barra roja del carro, arrastré los pies sobre las baldosas amarillo pálido de los corredores. Anduve como una tonta entre el sector de jardinería, las estanterías de libros... tan solo recobré un poco de mi conciencia al llegar a la parte dedicada a los productos de bazar, y esto se debió a que un repositor obstruía el camino con cajas de copas de cristal que estaba descargando para acomodarlas en lo más alto de un expositor. Tuve que frenarme y dar marcha atrás, quedaba poco lugar para esquivar las cajas de cristalería, y si en condiciones normales intentar sortear un obstáculo tan susceptible de fallecer en mis manos ya era un riesgo considerable, hacerlo en este estado de semi sonambulismo era un homicidio con premeditación.

Poco a poco fui despertando, a medida que la lista mental de víveres que había hecho antes de salir de casa, fue brotando como recuerdos reprimidos, de uno en uno. Aun así, hoy no estaba con todas mis luces, es por eso que no presentí —y debí haberlo hecho, ya que resultó bastante obvio luego de un rato— que me seguían. Al principio fue nada más que cierta incomodidad, que bien podría haber sido producto de mi cerebro y de mis nervios, más tarde se tornó palpable, como una mirada fija en mi nuca y pese a que cada vez que esa sensación se tornaba más patente, yo daba media vuelta buscando el origen de la mirada que me perturbaba, jamás la encontré. Sin que importase en lo más mínimo la falta de evidencias, continué creyendo que alguien andaba sobre mis pasos.

Cargué en el carro unas botellas de la cerveza preferida de Lucas y emprendí el giro hacia la izquierda para buscar unas botellas de gaseosa, fue en ese instante, mientras daba la vuelta, que creí ver al otro lado de un ancho pasillo que dividía el supermercado en dos, una cara conocida y me sorprendí tanto de verlo allí, que creí alucinar.

Solté el carro a medio llenar, en la cabecera de la góndola y fui a buscarlo; no me importó si alguien me miraba extrañado a causa de la desesperación que seguro se reflejaba en este instante en mi rostro, a toda prisa me asomé por cada uno de los pasillos, en vez de volver a verlo, me topé con clientes con cara de aburridos que hacían sus compras sin tener idea de que quizá un demonio andaba suelto entre los humanos, como si nada. De todos modos, ese demonio que creía haber visto, no revestía demasiado cuidado; era un demonio que no tenía nada en contra de los humanos, todo lo contrario, en su vida diaria exaltaba los valores que se supone hacen a la condición humana (aunque muchos humanos carezcan de dichas características).

Descorazonada, regresé a buscar mi carro; Gaspar no estaba por ninguna parte.

La cajera me entregó el comprobante de mi compra y me avisó que la entrega de mis víveres se realizaría en dentro de las próximas dos horas.

Le agradecí y me alejé de la línea de cajas.

El calor exterior me sofocó al instante en cuanto la puerta automática se abrió para dejarme paso otra vez hacia la playa de estacionamiento. Para acortar camino, y así evitar incinerarme bajo los fuertes rayos del sol, y también para evitar que las suelas de goma de mis sandalias se derritiera en un intento de llegar hasta la calle, en vez de dirigirme hacia la puerta principal del supermercado, me dispuse a rodear el edificio y así salir por la puerta trasera que aunque menos transitada y mucho más lúgubre, acortaba el tiempo de exposición a los potentes rayos ultravioletas que sentía abrazar mi piel a cada paso. Fue con paso cansino y los ojos achinados debido al encandilamiento del sol, que sobrepasé el sector de carga en que unos muchachos con uniformes azules, cargaban dentro de una camioneta esos mismos canastos blancos en los que pusieran mis compras. El edificio en sí, se terminaba unos dos metros más adelante; la esquina por la que debía doblar para seguir mi camino, era completamente ciega, es por eso que no lo vi hasta que fue muy tarde como para evitar llevarme un susto de muerte. Cuando aquella mano me agarró por el antebrazo derecho y tiró de mí con fuerza, casi se me escapa el

corazón por la boca, la otra mano de quien me esperaba, me tapó la boca, evitando así que se me escapara el corazón, y un grito de terror que mis cuerdas vocales ya tenían preparado, pero que era completamente innecesario. —Shh, soy yo, Gaspar. Ven conmigo —soltó entre jadeos y susurros con una urgencia que hizo que el corazón se me bajase de la garganta a los pies. Gaspar no me sacó de encima ninguna de sus dos manos. Con ambas me obligó a correr encorvada y a toda prisa igual que si estuviésemos atravesando una zona de guerra en la cual se sucedía un tiroteo.

No corrimos más que un par de metros, pero así y todo, mi cuerpo reaccionó al instante soltando inmensas cantidades de adrenalina que despertaron todos mis sentidos. De refilón me pareció divisar en el otro extremo de la playa de estacionamiento, una motocicleta negra detenida a un lado de un alto poste de luz plateado. La motocicleta no llevaba ocupantes, pero sin duda, estos no debían andar muy lejos. Lo siguiente que vi fue un pequeño automóvil rojo en muy malas condiciones, tenía una abolladura del lado delantero derecho, el farol estaba roto. El resto de la pintura en pie también estaba deslucida, y me pareció ver que el parachoques trasero se encontraba fijado a su lugar con una sujeción de alambre un tanto desprolija. A las dos ruedas que tenía a la vista, le faltaban las tazas y las gomas daban la impresión de estar muy gastadas; había óxido por todas partes, oxido y mugre. El auto tenía los vidrios polarizados y pintaba más para chatarra que para medio de transporte.

—Sube —Gaspar abrió la puerta del acompañante para mí.

Gaspar no cerró mi puerta con gesto caballeroso, ni siquiera esperó a que yo terminase de entrar dentro del vehículo que en cuanto metí la cabeza dentro, atestigüé lo fuerte e insoportable que podía llegar a ser el olor a humedad. Gaspar corrió por delante del automóvil para subirse del lado del conductor mientras yo intentaba no respirar demasiado profundo, cosa que no resultaba demasiado fácil, ya que debido a la excitación del momento, mis pulmones trabajaban a todo máquina ingresando grandes cantidades de aire a toda velocidad.

Gaspar cerró la puerta azotándola.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mientras embocaba la llave en el encendido y espiaba hacia atrás por encima de su hombro de del tapizado de la butaca deshilachada y agujereada.

—Eso creo—. Seguí la dirección de su mirada, la moto negra ya no estaba allí.

—Larguémonos de aquí.

El motor se ahogó dos veces antes de tomar marcha.

—Eliza, el cinturón por favor.

La palanca crujió y se quejó, los engranajes sonaron a negarse a encajar en su sitio.

Lentamente me di vuelta y al hacerlo fui testigo del desorden que reinaba en la parte trasera del pequeño automóvil de dos puertas. Me dio la sensación de que alguien había estado viviendo en el apretado asiento trasero por mucho tiempo. Divisé una manta, unos pantalones de jean retorcidos alrededor de lo que me dio la impresión era una remera blanca y una camisa de estampado tipo leñador. Vi una zapatilla, envoltorios de caramelos, hojas convertidas en bollos informes, una caja de cereales aplastada, un cartón de jugo en las mismas condiciones, un trozo de soga e infinidad de cosas más que no logré identificar ya que no tuve tiempo, Gaspar volvió a reclamar mi atención para pedirme que me abrochara el cinturón de seguridad, seguíamos detenidos en aquel rectángulo delineado por anchas franjas de pintura blanca y por lo visto no nos moveríamos hasta que yo no me encontrase debidamente asegurada contra la olorosa butaca.

Me costó encontrar la tira del cinturón de seguridad y esto se debe a que no se encontraba donde debía estar, sino mucho más abajo, colgando flácida. Cuando tiré del gancho de metal para acoplarlo al otro extremo me dio la sensación de que no me sería de mucha utilidad en el caso de choque; seguramente la tira negra saldría volando conmigo por le parabrisas delantero ante una eventual frenada brusca.

—Espero que no te moleste que demos una vuelta antes de que te lleve a tu casa.

Sin darme tiempo a nada, Gaspar pisó el acelerador. Salió del estacionamiento manejando como si lo persiguiese el mismísimo Diablo.

Cualquiera que lo viese conducir así tan pegado a los vehículos estacionados, tentando a su suerte a cada metro, creería que el pobre auto que conducía era víctima de sus pobres reflejos y pésimas cualidades de conductor, pero yo sabía que si de algo no era corto Gaspar, así como ningún otro demonio, era de reflejos, él y todos los demás eran maquinas perfeccionadas hasta lo inimaginable, fuertes, cuidadosamente calibradas e infalibles.

Saltando por encima de la cuneta, para luego caer en seco sobre el asfalto (se notaba que el auto no andaba bien de amortiguación), salimos a la calle. A los pocos minutos nos habíamos confundido con el resto del tránsito.

Mi conductor no volvió a dirigirme la palabra sino hasta que nos atrapó la

primera luz roja de un semáforo.

—Disculpa la brusquedad con que aparecí. Creo que te mortifiqué inútilmente; supongo que me sobrepasé, es que me asusté. Hubiese querido comunicarme contigo antes de aparecer... no pude.

—¿Estabas dentro del supermercado?, por un momento creí verte.

—Te vigilaba de lejos. Había otros demonios allí.

—¿Estaban ahí por mí? —sonó a una pregunta que puede llegar a hacer alguien que se cree el centro del universo, sin embargo ese no era el caso; era más bien la pregunta de alguien que vive con una duda constante, con un miedo constante, con una cuenta pendiente que cuando menos se lo espere, se verá obligada a saldar del peor modo posible si es que otra persona, la única que tiene el derecho y el poder de hacerlo, se niega a cooperar.

—No estoy seguro.

Sus palabras no fueron suficientes para que pudiese relajarme. Mi espalda seguía tensa.

—Lo único que sí puedo confirmar es que últimamente hay demasiada actividad circundando tu entorno y para hacerle juicio a mi intuición y a lo que he aprendido de mi mundo en todos estos años, no creo que sea mera casualidad.

—Entonces estaban ahí por mí.

—Quizá, pero no por las razones que tu imaginas.

—No por que Vicente me dejó libre.

—No, no por eso —confirmó poniendo primera, el semáforo acaba de abrir —. Tengo la sensación de que hay más; no sé qué es, esperaba pudieses explicármelo.

—¿Yo?, no tengo la menor idea de que... —me quedé con la boca abierta ante la mirada atenta de Gaspar, quien al cruzar la avenida, detuvo en doble fila el auto, justo en la esquina.

—Los rumores correr rápido entre los míos. ¿Por qué quieres entregarte al Infierno?

—Esa no es la primera pregunta que se me ocurrió que me harías en cuanto nos encontráramos.

—Es la primera pregunta que me viene a la mente al verte.

—Pues yo tengo otra, ¿qué está sucediendo?, ¿qué pasó con tu familia, por qué se fueron así de la noche a la mañana, por qué regresaste tú, y tiene algo que ver tu exilio y el de los tuyos con la súbita huída de Jan y la compañía de espectáculos para la que él trabaja.

—Tienes muchas preguntas.

—Sólo estoy calentando, tengo cientos de preguntas más.

—Desde la primera vez que te vi supe que tu historia no terminaría pronto.

—¿Eso qué significa? A ustedes los demonios tienen la maldita costumbre de ser enigmáticos.

—Significa que siempre supe que fuera cual fuese el final, no llegaría pronto.

—Pues necesito un desenlace pronto y de preferencia que sea positivo, no me agrada nada saber que todo el tiempo hay ojos que me vigilan y me siguen.

—Mejor busquemos un lugar en el que podamos hablar con más tranquilidad.

Y en el que se pueda respirar un aire más puro —pensé pero no lo dije. Las ventanillas estaban bajas y el pobre aire acondicionado apenas si tiraba un poco de aire.

—Creo que no nos siguen, es más, me arriesgo a decir que no tienen ni la menor idea de cómo hiciste para esfumarte delante de sus narices, de modo que estaremos medianamente a salvo en cualquier parte en la que haya muchos humanos. ¿Te apetece un café o algo fresco?

Más me apetecían unas respuestas o explicaciones, de todos modos asentí con la cabeza, más allá del café o de cualquier bebida, sabía que Gaspar había regresado por un motivo, y ese motivo, por insignificante que pudiese parecer, me ayudaría a clarificar al menos en parte el inmenso y en extremo complicado, rompe cabezas cuya caja Vicente abrió delante de mis ojos, pero que jamás se molestó en ayudarme a completar.

Gaspar manejó hasta que nos alejamos lo suficiente de mi barrio, como para que se sintiese del todo seguro, entonces buscó un café y cuando encontró uno que evidentemente le pareció lo suficientemente concurrido, en vez de estacionar, prácticamente tiró el auto contra el cordón de la vereda.

Con alivio abrí la puerta y puse un pie fuera, el aire era caliente, pero al menos no estaba impregnado de ese intenso olor a humedad que ponderaba dentro del vehículo.

El café tenía mesitas afuera en la calle y Gaspar escogió una de esas, para ser más precisos, una que estaba a menos de dos metros de su auto.

—Está muy bien, ¿no? —dijo intentando entablar conversación y la verdad es que a mí me sobraban las introducciones y las cortesías, quería ir al grano directamente—. ¿Algo fresco, café? ¿Almorzaste?

—No, pero estoy bien, no tengo hambre.

Una camarera llegó para ofrecernos la carta.

Gaspar pidió un café y yo una bebida fría.

—Bien, qué es lo que sucede, por qué me llamaste y me pediste que no le constase a nadie que deseabas ponerte en contacto conmigo.

—Vamos de a poco, ¿sí? Nadie sabe que estoy aquí, que me puse en contacto contigo, ni siquiera se lo he dicho a mi familia. Ni siquiera a Diogo.

El detalle no era para ser pasado por alto, por lo que conocía del clan Salleses, era un grupo muy unido, integrado a un nivel quizá impensado para los seres humanos y ni que hablar para los demonios. Ellos compartían un sentido de pertenencia y fidelidad genuino y espontáneo, generado por la entrega y la necesidad derivadas del cariño y el amor más sincero, eran personas que se habían encontrado entre ellas, en un camino de vida nada fácil, repleto de cosas desagradables y costumbres capaces de hacer perder el juicio y la cabeza a cualquiera, por más fuerte psicológica y físicamente que pueda ser.

—La discreción es un bien muypreciado por estos días —acotó medio por lo bajo—. Es por eso que te pedí que no le contaras a nadie que te había llamado.

—Entiendo... Esta reunión nuestra es peligrosa para ti y los tuyos.

—El peligro es inevitable, pero existen modos de ocultarse.

No entendí muy bien a que se refería; otra vez mantuve la boca cerrada.

—Oficialmente estoy ocupándome de un trabajo en Uruguay.

—Así que mi situación requiere una misión secreta. ¿Tan mal estoy?

Los ojos de Gaspar me sonrieron, me pregunté si alguna vez, en todos sus años de experiencia habría pasado por alguna situación similar a la mía.

—Como te dije, por el bien de todos lo mejor es que esto quede entre nosotros dos, al menos por el momento.

—Tú mandas, yo todavía no logro comprender lo qué sucede.

—No te equivoques, yo tampoco, es por eso que estoy aquí. Lo único que sé es que mi intuición me dice que esto es mucho más grande de lo que supuse en un primer momento.

—Gaspar, vayamos al grano, por qué tu familia y tú se largaron así tan de improviso, yo vi en las condiciones en las que estaba tu casa.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—La mañana siguiente a la última vez que hablamos estaba desayunando en casa de mis padres cuando mi madre me hizo notar que en el diario había salido un anuncio por las cancelaciones de las funciones de "*Panis et circenses*", mi primer impulso fue llamarte para comentarlo contigo; no tenía tu teléfono, aquello, después de la charla que habíamos tenido, me

intranquilizó todavía más. Llamé a Vicente y le pregunté si no tenía novedades tuyas por lo del incendio, en respuesta me dijo que tú te habías marchado hacía una hora, también mencionó que te había pedido que no quería que volvieras a acercarte a mí. Cuando le pregunté por tu familia se puso más tenso, en un principio lo había notado extraño pero creí que era porque lo había interrumpido o algo así; se hizo patente que ese no era el caso cuando quise preguntarle sobre Jan. Fue entonces cuando tus palabras y la situación terminaron por horadar un agujero en mi pecho. Si quería respuestas debería buscarlas por mí misma, y precisamente eso fue lo que hice, fui hasta el teatro en el que se presentaba el espectáculo de Jan y hablé con el conserje, él me dijo que la compañía había juntado sus bártulos durante la noche y que se habían mandado mudar sin mayores explicaciones, lo que también me contó el hombre, fue que una vez acabada la última función de la noche, sucedió algo... —Nuestra discusión fue en términos poco amables —entonó con calma interrumpiéndome.

Ahora la sorprendida fui yo.

—¿Eras tú el hombre que pidió ver a Jan?

—Sí; ni bien te dejé a ti en casa de tus padres, llamé a Jan para pedirle que nos encontráramos, necesitaba volver a hablar con él sobre ti y sobre Vicente. Debo haberle dejado una docena de mensajes en su celular, mensajes que él se negó a responder. Sabía de antemano que Jan no deseaba entrometerse entre Vicente y tú, ni en nada que pudiese traerle problemas, él se vanagloriaba de no meterse en la vida de nadie porque no deseaba que nadie se metiese en la suya. En síntesis, sabía que me evitaba, por eso me presenté en el teatro. Me costó hacer que me permitiesen entrar—. La verdad es que no hablamos demasiado, Jan tenía compañía.

Por un momento creí que pronunciaría el nombre que tenía la capacidad de hacerme sentir el ser más débil del universo; me equivoqué.

—Ariel estaba con Jan. Mayormente fue con él con quien discutí, aunque con Jan también perdí la cabeza y le solté un par de cosas que la impotencia de vivir en un mundo tan corrupto insufló, cosas que normalmente no le hubiese dicho, no al menos en el tono en el que las pronuncié. Le dije que era un cobarde, que estaba permitiendo que un inocente estuviese siendo manipulado para planes cuyo único objetivo era incrementar la fuerza y el poder de aquellos que se creen con el derecho de pisotear al mundo entero en su carrera por gobernar un mundo que no nos pertenece ni nos pertenecerá jamás, ni siquiera aunque logremos usurparlo.

Me quedé muda.

—Jan no contestó a mis acusaciones, no dijo absolutamente nada, simplemente se tragó en silencio cada una de sus palabras. En sus ojos noté el miedo.

—¿Miedo?

—No hacia mí, por supuesto.

—¿Hacia Ariel?

Gaspar asintió con la cabeza.

—Ariel me amenazó, me instó a no inmiscuirme en los asuntos ajenos. Dijo que si seguía molestando, enviaría a Vicente a quemar viva a toda mi familia y que expresamente le pediría que me dejase a mí vivo, para que así yo pudiese sufrir su pérdida por toda la eternidad.

Justo cuando Gaspar pronunció la última palabra, se nos acercó la camarera con nuestras bebidas. Esperé a que se fuera para retomar la conversación.

—¿Qué pasó entonces?

—Le dejé en claro a Ariel que no le tenía miedo y que pensaba llegar al fondo de este asunto.

—¿Y por lo que vi en tu casa, me da la sensación de que Ariel no solo se quedó en la amenaza?

—¿Qué?

—Luego de ir al teatro a buscar a Jan fui a tu casa, trepé la reja y entré, vi la cocina quemada, las luces encendidas, las puertas abiertas... Los obligaron a huir, no es así. ¿Fue Vicente quien los obligó a irse, es él también responsable de que Jan y los suyos se largasen así también, de la noche a la mañana, suspendiendo de improviso las funciones que ya tenían vendidas?

Gaspar bajó la vista y se acomodó en la silla.

—No puedo culparlo y tampoco deseo hacerlo, le tengo demasiado cariño, tú sabes que siempre lo he considerado parte de mi familia. No cuento con ninguna prueba en su contra solo indicios. Nos atacaron a mitad de la noche, mi familia y yo estábamos reunidos en la cocina discutiendo qué medidas tomar, estábamos todos de acuerdo en no ceder a las amenazas, mis hijos te aprecian y también quieren a Vicente, él nunca demostró ser ese tipo de demonio, ha tenido sus momentos pero yo sé bien que en el fondo no es así.

—¿Lo sabes o es lo que deseas creer? Yo ya no sé quién es Vicente, últimamente lo desconozco, no estoy segura si lo que sé de él no es más que una farsa que me hizo creer para... para no sé qué, no tengo ni la menor idea de qué es lo que quiso o quiere de mí.

—Primero que todo, los que entraron en mi casa esa noche no se dejaron ver y

no les interesó tampoco identificarse. Eran muchos más que nosotros, quizá unos veinte, convertidos en nuestra más pura esencia.

—Quieres decir que estaban convertidos en... —no pude terminar la frase, una impactante imagen, la de Vicente convertido en aquella criatura halada me golpeó por detrás dejándome fría.

—No tenía ni idea de que tú...

—Lo vi a Vicente, una vez.

—No es fácil verle la cara al Infierno y seguir adelante.

—Existen cosas peores, lo amaba y no me importó, no digo que fuese una imagen agradable... para mí él es... mi amor es incondicional, no estoy segura de que algún día pueda llegar a sentir algo diferente por él, pase lo que pase siempre será mi más grande amor, incluso si compruebo que él jamás me quiso. Yo lo amé, eso sí es real, es real aún hoy. Soy una idiota.

—No, de ninguna manera, jamás te avergüences de amar.

—Decías que quienes los atacaron iban convertidos, digámoslo así, y que no se identificaron.

—Pero el mensaje era claro, querían que nos largásemos.

—¿Qué sucedió en la cocina?

—Allí estábamos reunidos cuando llegarnos, ni siquiera los sentimos aproximarse. No sé si todos, pero al menos algunos de los que vinieron por nosotros eran muy poderosos y eso les ayudó a encubrir su aproximación. Entre los que tenían poderes había alguien con la capacidad de generar fuego, una capacidad desatada y salvaje, que a mi modo de ver, era de un demonio muy joven y con poca experiencia. Mis hijos piensan que me estoy dejando llevar por mis sentimientos y que no soy objetivo, yo creo que no era Vicente. Los muchachos también lo aprecian o mejor dicho, lo apreciaban, pero las cosas han cambiado mucho desde esa noche. La duda se sembró entre nosotros y todo este tiempo ha estado creciendo fertilizada por la falta de explicaciones —. Gaspar hizo una pausa en la que inspiró hondo, por un momento apartó su mirada de mí, y luego, cuando sus ojos regresaron a los míos, los encontré empañados; su rostro estaba ensombrecido—. Leandro resultó herido.

—¿Lo quemaron?

—Mejora día a día.

—¿Fue muy grave? ¿Está bien?

—Se encuentra mejor —contestó esquivando mi primera pregunta.

—Dijiste que te pareció que el demonio que quemó a Leandro era un demonio joven e inexperto, por qué.

—Actuaba como un desaforado, estaba sediento de sangre, quienes le abrieron la puerta hasta nuestra casa sabían lo que hacían.

—¿Estás seguro de que no fue Vicente, digo, si hubiese sido él podrías haberlo reconocido?

—Quizá sí, quizá no. Quiero creer que Vicente no le haría nada semejante a un miembro de la familia que lo considera uno más de los suyos, pero él ha estado actuando de un modo errático que yo le desconozco. No deseo sonar como un iluso pero tengo la impresión de que lo han estado manipulando.

—Ariel otra vez.

—No sería nada extraño, lo que no sé es con qué objeto; de lo que no me cabe duda es de que hay más gente metida en esto. La desgracia es que, por más que lo intente, siempre les pierdo el rastro, en algún momento, ciertas cosas que suceden, se desconectan de los lazos de Ariel, como esos demonios que estaban en el supermercado y otros que han rondado por tu departamento, no puedo asociarlos a Ariel ni con ningún otro conocido.

Pensé en su explicación por un momento hasta que llegué a una conclusión.

—¿Crees que hay... no sé cómo decirlo: otro grupo, otro bando detrás de todo esto?

—No es del todo improbable, no sería nada raro que alguien más se estuviese aprovechando de lo que sucedió entre Vicente y tú, y con nosotros y los demás, para separarte de este ámbito ya conocido para ti, para luego arrastrarte hacia...

—¿Hacia las garras de alguien más?

—Exacto. Como te expliqué aquella noche, ni Jan, ni Vicente, ni yo somos los únicos que sospechan que tú no eres un ser humano común y corriente.

Me estremecí con un escalofrío.

—No estoy segura de que me agrade demasiado ese calificativo.

—Nosotros no hemos puesto nada en ti, sea lo que sea está allí desde mucho antes de que Vicente apareciese en tu vida, está ahí probablemente desde que naciste.

—¿Y qué es?

—No tengo ni la menor idea.

Ambos permanecemos en silencio por un buen rato, Gaspar bebió unos sorbos de su café, y yo me tragué sin respirar, medio vaso de Coca Cola.

—No es que supuestamente Vicente tiene la potestad sobre mi alma, cómo es que alguien se atreve a intentar desafiarlo, a mí me está costando horrores intentar conseguir un permiso para que Lucas pueda —ante la atenta mira de

Gaspar me interrumpí—. Es lo que quiero. Es mi decisión y tengo todo el derecho del mundo de tomarla. Volviendo a mi pregunta, cómo es que alguien se atreve a urdir un plan a sus espaldas.

—Me he planteado lo mismo y a la única respuesta que he logrado llegar es que o esa persona es una inconciente y no le teme a la muerte, o que es alguien realmente poderoso, muy poderoso.

—Sí fuese así no crees que no se andaría con tantas vueltas.

—Tal vez tenga algo entre manos, algo que no sabemos y por eso no llegamos a comprender.

—¿Algo como qué?

—Lamentablemente otra vez no tengo ni la menor idea.

El silencio volvió a reinar entre nosotros.

—Lo siento mucho.

—No tienes por qué, nada de esto es tu culpa.

—No lo sé, quizá si hubiese reaccionado a tiempo.

—Hiciste lo que pudiste, me advertiste.

Gaspar inclinó la cabeza hacia delante y negó con un lento movimiento.

—No me refería a lo que sucedió contigo, sino a cómo comenzó toda esta historia.

12.

Decepción.

—Sé que sabes de Eva, pero cuánto más te ha contado Vicente sobre su cambio.

—Casi nada, lo poco que sé es porque lo he deducido o adivinado de casualidad; él siempre procuró mantener su pasado y su historia detrás de un velo de secretismo y lo que me contó lo hizo a cuenta gotas. Siempre creí que no me contaba nada por vergüenza, sentía que él tenía miedo de defraudarme o algo así, ahora comienzo a creer que simplemente no le importaba en lo más mínimo compartir nada conmigo—. Me tomé unos segundos para recomponerme, segundos que Gaspar respetó sin siquiera amagar interrumpir. Durante esos largos segundos recordé aquella mañana en la cocina de su casa de campo, yo tenía una resaca terrible, comandada por nauseas insoportables, y él muchas ganas hacer que yo me apartase de su lado, o incluso de asustarme, me dijo que se había entregado buscando volver a sentir y qué lo había llevado hasta ese punto de insensibilidad—. Sé que entregó su alma

voluntariamente pero sin saber que se convertiría en un demonio, sé que tu hija Eva fue la receptora de un alma hace ciento veinticinco años. Vicente me explicó que por aquel entonces ya no se sentía conectado con nada de este mundo, sé que para ese entonces llevaba mucho tiempo alejado de la que fue su familia y que prácticamente se había abandonado a sí mismo...

—Una vez me negué a contarte la historia, ahora comprendo que hice mal, de nada sirve ocultar la verdad por más desagradable que ésta pueda resultar, sobre todo cuando su conocimiento puede ayudar a evitar mucho dolor y sufrimiento. Siento tu dolor, soy conciente de cuanto lo amas aún hoy, con todas las dudas y los temores que te embargan y también sé que un día Vicente se sintió igual que tú, amó a un extremo incomprensible cuando creyó que ya no era capaz de sentir absolutamente nada. Él se entregó por completo a un sentimiento que creyó lo salvaría de todo mal y por eso se ofrendó a sí mismo al Infierno, sin que le importase si se convertía en un demonio o si ardía eternamente al abrazo de las llamas del Diablo.

—¿Cómo?

—Permíteme que empiece por el principio...

Gaspar me arrastró con sus palabras al año mil ochocientos veinticuatro, en lo que hoy es Alemania tal como la conocemos como país, mucho antes de que se instaurara el Imperio alemán, cuando la Confederación Germánica llevaba nueve años establecida, más precisamente a la nórdica ciudad de Hamburgo.

—Por aquella época Hamburgo ya era una gran ciudad gracias a su puerto.

Llegué allí por negocios... negocios del tipo humano —aclaró—, Leandro me acompañaba. Recuerdo perfectamente la primera vez que vi a Eva, mi mirada se topó con la suya una fría y húmeda noche de otoño, en que luego de subir y bajar muchos puentes, llegué a la Deichstrasse, que es la calle del casco histórico que concentra aquellas tan típicas viviendas que también servían de almacén para los comercios de la época. Yo estaba solo, recuerdo que aquella noche salí en busca de un poco de paz y tranquilidad; no la encontré, llevaba menos de quince minutos andando cuando sentí algo en el aire. Había llovido todo el día, las calles todavía estaban húmedas y el cielo cubierto y amenazante, de modo que no eran demasiadas las personas que se habían animado a salir. Lo que sentí no tenía nada que ver con la carga eléctrica que dejara la tormenta a su paso. En un primer momento no asocié lo que percibía con aquello que ya había notado muchas veces y que lograba identificar con mucha claridad; mi familia ya casi estaba conformada en su totalidad tal como la conoces tú hoy en día. Noté que en esa joven mujer de largos cabellos

negros y profundos ojos azules había mucho más que resentimiento hacía su situación fuera cual fuese ésta, ella estaba llena de energía, de un poder deslumbrante, hipnótico y atemorizante. Descubrir a aquella mujer me inquietó, conocerla fue como descubrir que la tierra está bajo amenaza de una imparable catástrofe. Luego de verla alejarse en el sentido contrario al que yo llevaba, sin poder moverme, sin ser capaz de reaccionar de modo alguno, regresé a la posada en la que me hospedada, todavía más desmoralizado que cuando había salido. Pese a mi mal presentimiento, no conté nada a Leandro, me guardé para mí, en el más estricto secretismo, la turbación que esa mujer había causado en mí. Intenté convencerme de que solamente era una simple humana, de que lo que yo había percibido sobre mi piel y dentro de mí, no era más que una exageración del mal humor o de la angustia que esa mujer pudiese haber estado sintiendo en aquel momento—. Gaspar se pasó una mano por la boca y el mentón con un gesto de abatimiento, al hacerlo apartó su mirada de mí y la desvió en dirección al poco tránsito que circulaba por la calle—. Perder la capacidad de dormir, de desconectarte del mundo, por momentos, puede transformarse en una tortura, más que en un don. Esa noche la falta de sueño fue una tortura. Pasé diez horas sentado en un sillón, en una sala fría y húmeda pensando en esa mujer, intentando comprender por qué todavía tenía ese mal sabor en la boca. Cómo no fui capaz de hallar una respuesta, en cuanto despuntó el sol salí del hotel con la firme intención de borrarla de mis pensamientos. Todavía era tan temprano que el mercado de la ciudad aún no habría, es más, casi toda la ciudad aún continuaba dormida. Vagueé por horas hasta que conseguí que mi mente regresara a su sitio, o más o menos. Esa tarde Leandro y yo teníamos compromisos de negocios y en la noche teníamos una cena en casa de un importante hombre de la ciudad. El ajetreo del trabajo me ayudó a terminar de apartarla de mis pensamientos. Me convencí de que lo sucedido no había sido más que una exageración de mi parte, que en la ciudad no había ninguna persona que se ajustara al perfil del tipo que sería candidata a ser visitada por mí o por otro demonio de mí tipo, pero me equivocaba de cabo a rabo. Esa buena noche —entonó sarcástico y melancólico—, fuimos invitados a cenar a casa de otro importante comerciante de la zona, de hecho era un hombre que manejaba lo que hoy podríamos llamar un monopolio, en barcos de transporte de mercaderías. Leandro lo había conocido durante un almuerzo, habían sido presentados por uno de nuestros socios en la ciudad. Ambos congeniaron desde el primer instante y no tardaron en comenzar a hacer planes para trabajar en conjunto, antes de que el almuerzo terminara este

hombre lo convidó a él y a mí, su socio, a unirnos con un selecto grupo de comerciantes y personalidades del momento, a participar en una íntima reunión familiar que ser relazaría en su casa. Cuando Leandro me extendió la invitación del hombre, accedí de inmediato, no tenía por qué desconfiar y saber que pasaría la mayor parte de la noche entre un grupo de personas, comiendo y bebiendo, planteaba un panorama más sencillo y relajado que esperar tener que pasar toda la noche en vela luchando por intentar concentrarme en un libro, o por no empezar a ver en la oscuridad el reflejo de mis peores temores. Me engalané para la ocasión. Salimos del hotel y nos montamos en un coche de alquiler tirado por dos magníficas bestias, la noche era muy fría, las nubes se habían alejado y el aire olía a fresco; todo daba la impresión de ir de maravillas —hizo una pausa—. El sueño se cerró de mí de un portazo en cuanto se cerró la puerta del coche a mis espaldas y se abrió la de la mansión Loffler. Fue como si el edificio de tres pisos que tenía delante de mí, se me derrumbara encima. Recuerdo que me quedé paralizado ante las escalinatas de la puerta de entrada. Una oleada de agonía y crueldad me llegó directo al corazón, recuerdo que le dije a Leandro que teníamos que dar media vuelta y regresar al hotel, por supuesto él no comprendió de qué hablaba, no entendía nada y tampoco sentía lo que yo. Me sugirió, que si realmente estaba percibiendo algo tan potente, lo mejor sería que entrásemos a verificar la situación por nosotros mismos, que si realmente se estaba cocinando algo dentro de la casa, debíamos entrar y averiguar qué era. Y estaba en lo cierto, no podíamos ni debíamos huir, fuese lo que fuese que aquello debíamos hacernos cargo. No es conveniente librar al azar una sospecha de este tipo, por el bien de todos, al menos yo lo considero así, y le he enseñado también a mis hijos a pensar de ese modo, que cualquier atisbo de don debe ser verificado y de ser posible orientado, antes de que caiga en manos equivocadas; eso ha pasado demasiadas veces... Con las manos temblando de los nervios, puse un pie en aquella casa, y tal como lo sospeché, allí estaba ella. Eva tenía por aquel entonces veinticuatro años y llevaba seis transformada en Eva Loffler, la señora de la casa. Su marido, Ralf Loffler era nuestro anfitrión. Ella me reconoció, su mirada me lo dijo, recordaba nuestro fugaz encuentro. En ese momento no entendí ni por qué ni cómo, ella no tenía motivos para fijarse en mí, es más, había pasado tan rápido por mi lado que ni siquiera creí que me hubiese visto. Intenté controlarme y simular que todo estaba bien, pero en cuanto le tomé la mano para besársela sentí una brutal descarga de hostilidad que no condecía en nada con la sonrisa de sus labios ni con la altura de sus

mejillas, pero sí, con aquello que ocultaba la profundidad de sus ojos. Los dedos se me agarrotaron al soltarle la mano. A Leandro le sucedió lo mismo, lo comentamos en un rincón mientras dos sirvientes repartían champagne entre los invitados. Hablábamos entre nosotros pero no éramos capaces de dejar de mirarla, sólo procurábamos alejar nuestros ojos de ella cuando ella se volteaba sobre su hombro para estriar el cuello y buscarnos. “Lo sabe” me dijo Leandro casi sin contener su alteración, mientras caminábamos hacia el comedor, “sabe qué somos”. Le contesté que era una ridiculez, que no tenía modo de saberlo.

—Cómo estás tan seguro de que no podía saberlo, en ocasiones... bueno, me ha pasado que... el caso es que una vez estaba saliendo yo de mi trabajo y por la vereda venía caminando un hombre y supe... sentí que él era uno de ustedes...

Gaspar me sonrió con los ojos y los labios.

—La edad trae sabiduría y conocimiento. Ahora sé que no es imposible; en ese momento, no tenía ni la menor idea. Me asusté, ambos nos asustamos. La hostilidad de Eva hacia nosotros era tanta que durante toda la cena temí que fuese a delatarnos. Por suerte o desgracia, Eva no se acercó a nosotros más que para recibirnos y luego despedirnos. Evitó comunicarse con nosotros, sin embargo no nos quitó la mirada de encima en toda la noche. La reunión se extendió hasta entrada la madrugada. Al regresar al hotel, Leandro y yo discutimos qué hacer, decidimos armar nuestro equipaje por si teníamos que recurrir a una burda huída y luego nos sentamos a esperar. Eva bien podía delatarnos, o bien podía venir a buscarnos para demandar respuestas, o también cabía la posibilidad de que nunca volviésemos a saber de ella; Leandro decidió que para mayor seguridad, no haría negocios con Loffler y yo estuve de acuerdo, era un riesgo que no necesitábamos correr, imagínate lo incómodo y peligroso que hubiese sido tener que volver a visitar la casa de nuestro socio por más que fuera para otra visita social. Nosotros sabíamos y ella sabía que nosotros sabíamos. Eva no nos hizo esperar demasiado, nos visito a media mañana del día siguiente, pidió hablar con nosotros en privado. La recibimos en mi habitación. Llamaron a la puerta, Leandro fue a abrir...

De repente fue como si diese un salto a los recuerdos de Gaspar. Su voz fue el hilo conductor que me llevó al interior de una habitación de hotel de pequeñas ventanas y paredes revestidas en una tela estampada roja y crema. La visión fue fugaz pero no por eso dejó de causarme impresión. Parpadeé y me encontré con los ojos miel de Gaspar. Lo siguiente que vi y oí fue una suerte de imagen

acompañada de un comentario que llevaba la voz de Leandro: —Buenos días señora Loffler— la saludó en un perfecto alemán. Por ser suizo y por tener una facilidad para los idiomas, igual que muchos otros demonios de su rango dominaba la lengua con perfecta entonación.

Eva movió la cabeza en señal de aceptación y se mantuvo sin pronunciar palabra. La invitaron a tomar asiento y ella aceptó. Su mirada era constante, casi fija, daba la impresión de no querer parpadear, ya fuese por miedo a lo que pudiesen hacerle en ese corto intervalo en el que los perdía de vista, o bien porque estaba demasiado obnubilada.

Presenció el primer intercambio de palabras: comentarios sobre el clima, los negocios de Hamburgo, la cena de la noche y las próximas reuniones sociales del calendario que llegaba hasta las fiestas de fin de año, luego, Eva enmudeció y la habitación desapareció.

—Eva no era simplemente la consorte de su marido. Era una mujer de negocios, una mujer dura, de visión y con una seguridad que avasallaba. Toda su vida había sabido lo que quería: llegar más allá que ninguna otra persona, es por eso que siempre, desde pequeña se había aplicado por ser la mejor. Conocía muy bien el mundo de las mujeres, y también el de los hombres y no se dejaba llevar por una condición que en la época invariablemente la sumía a la posición de compañera y no de líder. Sin embargo ella siempre ha sido una líder. Antes de conocer a su marido rechazó tres ofertas de matrimonio por considerar a los pretendientes no aptos para sus planes. Cuando conoció a Ralf encontró a su par, a pesar de que él era veinte años mayor que ella, la diferencia de edad nada importó, Eva aceptó sin titubear, su proposición y en menos de tres meses se convirtieron en marido y mujer ignorando los malintencionados comentarios que murmuraban razones por las que la pareja tomaran tan apresurada decisión. Juntos, se transformarían en una fuerza imparable, unidos por intereses comunes que nada tenían que ver con el amor. Ambos, de vida bien acomodada, lograron escalar a un nivel aún mayor y no dejaron de acumular riquezas y poder desde que contrajeron matrimonio. Seis años más tarde Eva comenzó a sentir que su vida se estancaba y que algo faltaba en ella. Ralf ya no llenaba sus necesidades, su marido había empezado a cambiar, ya no estaba tan interesado en conquistar el mundo como en un principio, deseaba formar una familia, tomarse tiempo para disfrutar de la vida y de su esposa. Eva comenzaba a ver su sueño destrozado —bajó la vista—. Eva nos confesó esa mañana, que desde pequeña tenía la certeza de que era diferente que por alguna razón no terminaba de encajar en el mundo y

además nos dijo que había notado, en nuestro primer y muy fugaz encuentro, que yo también era diferente.

—¿Pero ella sabía realmente lo que ustedes son?

—No, no tenía ni idea de que fuésemos demonios y mucho menos de que el tipo que nosotros representábamos no era el común denominador.

—¿Y qué sucedió, cómo lo supo, cómo llegó ella a formar parte de tu familia?

—Como comprenderás fue una situación muy complicada, no podía confesarle de buenas a primeras que nosotros éramos demonios, no deseaba asustarla y mucho menos provocar un escándalo. Al final fue Eva quien acortó camino hacia la meta, me dijo que estaba dispuesta a abandonar a su marido y hacer cualquier otro sacrificio que fuese necesario para encontrar la verdad, para conseguir su objetivo. Nos dijo a Leandro y a mí que estaba dispuesta a dejarlo todo y recomenzar de cero, puesto que lo que ya tenía no significaba nada para ella, que el mundo así como estaba no le despertaba el menor interés.

Interrumpimos nuestra charla por un momento, la camarera se nos había acercado para ver si deseábamos algo más. Gaspar pidió dos cafés, uno para mí, otro para él y pidió también que nos trajese algo de comer; fue él el primero en escuchar los crujidos de hambre de mi estómago.

—Mientras hablábamos —entonó Gaspar retomando la conversación— me dediqué a examinar aquella fuente de poder virgen. Eva era como una bomba en potencia. Con cuidado procuré explicarle que el mundo no era lo que parecía a simple vista, que existen y siempre han existido respuestas a preguntas que es mejor no efectuarse. Le dije que en ocasiones, el precio por obtener lo que deseamos puede superar con creces el valor de aquello que queremos, tornando a esa obsesión, una idea muy mala y desaconsejable. A lo que Eva respondió que el mundo así como estaba, ya no podía brindarle nada, que necesitaba un cambio, que sentía que estaba ignorando algo de sí misma que no debía ignorar, que precisaba soltar aquella parte de su persona que tenía guardada dentro para poder alcanzar su objetivo, pero que casada y siendo miembro de una sociedad que no reconocía el verdadero valor de la mujer, nunca llegaría a nada.

Gaspar se inclinó sobre la mesa y me miró fijo.

—Sin darme cuenta de lo que hacía, tomé una decisión, y cuando pronuncié el producto de esta resolución en voz alta, dejé anonadadas a dos personas. Leandro no terminaba de creer que acababa de oír de mí una confesión tan rotunda en voz alta, y Eva... bien, ella debía pensar que me burlaba de la

sincera apertura de su alma ante dos extraños. Le expliqué que éramos demonios y que ella tenía lo necesario para unirse a nuestra familia, le conté como vivíamos y qué hacíamos, le dije que su futuro no estaba en el mundo de los humanos.

—Por qué le ofreciste de buenas a primeras unirse a ustedes si ella ni siquiera sabía lo que ustedes eran; no lo entiendo, ella jamás tuvo la firme intención de convertirse en demonio antes de que tú le revelases la verdad... o al menos yo no lo veo así. Sé que soy un testigo externo pero no comprendo, es que acaso me he perdido de algo.

—No, tienes razón, lo que ella buscaba no era exactamente lo que le ofrecí, pero lo que le ofrecí aplacaría aquello que provocaba en ella esa necesidad imperiosa de necesitar más y más de algo que realmente no necesitaba, y de sentir que nunca lo alcanzaba ni lo alcanzaría, además... en cierto modo la engañé; lo cierto es que hice lo que debía hacer. No me creo un santo, sé perfectamente bien que Eva en manos de alguien más hubiese sido un peligro para sí misma y para todo el que se cruzase por su camino.

—¿Cuál fue la reacción de Eva ante tus palabras?

—Se puso de pie de un salto y me insultó, me tildó de mentiroso y chapucero.

—¿Y qué pasó entonces?

—Le demostré con hechos, que no mentía. Eva salió corriendo despavorida, sin embargo regresó esa misma noche y ya nunca se fue. Aquella habitación de hotel oyó mucho más de lo que cuatro paredes podrían mantener en secreto jamás. Eva aceptó los términos y las condiciones del trato sin rechistar, estaba emocionada, muy entusiasmada y podría decir que muy feliz. Incluso antes de concretar el pacto, su fuerza dejó de abrumarme, fue como si cada cosa empezara a calzar en su sitio dentro de su cuerpo. Todo quedaría en orden dos días más tarde. No resultó una tarea sencilla enseñarle y ayudarla a contener sus fuerzas; con ayuda de sus nuevos hermanos lo logró. Todo cambió para Eva, por años fue realmente feliz, nos adoptó y la adoptamos, ella misma me lo confesó, por primera vez en su vida se sentía ella misma, había encontrado su lugar en el mundo. Eva mi hija, era una persona completamente diferente a la Eva Loffler que conociera en esa húmeda calle de Hamburgo, poderosa sí, pero con las energías canalizadas en cosas productivas, en querer, en ayudar. Logró ver el mundo como realmente es, consiguió valorizar la vida y los afectos como nunca antes lo había hecho. Fue como ver cambiar a la noche en día. Ella estaba tan llena de energía... —Gaspar se reclinó contra el respaldo de la silla, estiró los brazos y con ambas manos tomó la tasita de café que la

camarera le había dejado delante, se la llevó hasta los labios y bebió un sorbo, luego colocó la taza en su sitio y continuó hablando—. A mediados de mil ochocientos ochenta y cuatro mi familia y yo nos trasladamos a Buenos Aires por motivos de negocios, en realidad, yo iba por negocios, el resto de la familia me acompañó con la excusa de conocer la ciudad; teníamos planificado pasar allí un par de meses. Recuerdo que llegamos a puerto una bella y clara mañana de los primeros días de agosto. La ciudad era tan distinta por aquellos días. Todo era muy diferente por aquel entonces. Estábamos emocionados y felices, habíamos planeado salidas y paseos, pero ante los imprevistos nada se puede hacer. Llevábamos menos de una semana en la ciudad cuando todo cambió. Una buena tarde de clima casi primaveral, Eva y Sofía salieron a dar una vuelta con ánimos de comprar y de reconocer las calles, las tiendas y a las personas de la Argentina de por aquel entonces. Ese medio día tuve un almuerzo de negocios, Leandro se había quedado en la casa organizando a los criados que nos ayudaban a terminar de instalarnos, Massimo había seguido viaje hacia el interior del país para ocuparse de unos asuntos y Julián había partido en dirección a una chacra cercana en busca de caballos, siempre fue un aficionado a la velocidad en todas sus formas, empezó comprando caballos veloces y fuertes y terminó fabricando motocicletas que lo eran todavía más. En síntesis, la vida parecía perfecta. Todo se desmoronaría esa misma tarde. Nunca olvidaré el rostro desencajado de Eva. Cuando llegué a casa de mi reunión, me encontré a toda la familia reunida en el cuarto de Eva, bien, a todos los que no habían salido de viaje. Eva estaba histérica y los demás intentaban contener. Ni bien entré en la casa me di cuenta de que sentía algo malo, aquella espeluznante fuerza que había pasado casi sesenta años aplacaba en un rincón de mi hija había vuelto aparecer, con una potencia todavía más bestial y estremecedora. Vi muebles destrozados, el caos reinaba en la casa, nos costó mucho aplacar el pánico de los que trabajaban allí, las dos muchachas que hacían la limpieza la habían visto arrasarse con los muebles de la salita de entrada igual que si fuese una fiera salvaje y para colmo de males como entendieron que Sofía no era capaz de controlarla, llamaron al mayordomo, al chofer y al resto de la servidumbre de sexo masculino que estaban a disposición, de modo que todos terminaron siendo testigos de aquel extraño suceso. Ante los gritos y el ruido provocado por los destrozos que Eva causaba a su paso por toda la casa mientras la pobre de Sofía intentaba arrastrarla hasta su cuarto, acudió Leandro; Julián llegó a casa en el exacto momento en que Leandro intentaba alejar a los

humanos. Me contaron que Eva estaba completamente fuera de sí, que no lograba distinguir entre humanos y demonios, que insultaba y gritaba mientras que con sus brazos y piernas tiraba golpes a diestra y siniestra. Demandó mucho de todos nosotros canalizar las fuerzas de Eva otra vez hacía su cause original. A la madrugada, Eva ya había desistido de tirar la casa abajo y fue ahí cuando Sofía me contó qué fue lo que desató semejante locura. Eva y Sofía estaban caminando tranquilamente, mirando vidrieras, admirando la ciudad y su gente; como tantas otras veces podía haberles sucedido, se toparon con un hombre sentado a las puertas de un edificio en ruinas, tanto el edificio cuanto el hombre tenían aspecto de abandonados y sucios. El hombre estaba delgado, demacrado, sus ropas no eran más que jirones escasos que debían haberle hecho pasar mucho frío durante el invierno. Sin duda era un hombre muy pobre, un indigente, pero ni mendigaba ni daba la impresión de estar interesado en que su situación cambiase. Sofía me dijo esa noche que lo que más le llamó la atención de aquel hombre, fue su mirada, tenía la vista caída al suelo, sin embargo en lo profundo de sus ojos ardía un fuego incontenible. Sofía le hizo señas a Eva y Eva comprendió la intención de su hermana al instante. Ambas se detuvieron ante el hombre, Eva sacó su bolso y mientras rebuscaba en éste en procura de unas monedas le preguntó si necesitaba ayuda, si quería darse un baño y pasar unas cuantas noches a cubierto; no sería esa ni la primera ni la última vez que algún miembro de mi familia o yo, ayudamos a alguien a salir de la pobreza, el dinero tiene un significado muy distinto cuando eres uno de los nuestros, ya no te apegas a él con tanta insistencia. Entregarle dinero a una persona realmente no es ningún acto heroico, y no tienen ningún sentido si a quien se lo entregas, no posee esperanza y voluntad. El hombre no contestó, simplemente alzó la cabeza y se fijó en Eva. Ella al fin encontró algún dinero y se lo tendió al hombre diciéndole que se comprara algo de comer; casi sin querer las yemas de los dedos de Eva rozaron la piel curtida y sucia de la palma del hombre y allí se desató una reacción en cadena que pudo haberse convertido en nuestra perdición. Mi hija sintió en ese hombre una fuerza que parecía intentar rivalizar con la suya, una potencia que le hacía sombra a su antigua sed. Eva perdió la cabeza allí mismo e intentó deshacerse de quién su más salvaje instinto identificó como un adversario; empezó a golpearlo furiosa.

Para esta altura del relato yo ya sabía de quien hablábamos. Las manos me sudaban y tenía un nudo en el estómago.

—La policía llegó mientras Sofía intentaba apartar a Eva del hombre; se armó

terrible revuelo, todos creyeron que el hombre había intentado robar a Eva. En la confusión, el hombre se escapó. No estoy muy seguro de cómo pudo librarse de los puños de Eva y mucho menos de los tres policías que Sofía vio correr tras él. El asunto es que no pudieron atraparlo. En la mañana salí en busca de las respuestas que Eva no me podía dar, ella simplemente repetía una y otra vez que necesitaba la fuerza de ese hombre, que yo la había engañado, que la manipulaba y que no la dejaba ser quien realmente era. Gritaba que todos nosotros estábamos equivocados, que vivíamos ocultándonos, que nuestro don no debía de ser ocultado, que éramos unos cobardes y que ese hombre también lo era por haberse alejado a un rincón oscuro de la sociedad para pudrirse en soledad. Como te decía, esa mañana dejé a Eva al cuidado de mis tres hijos y salí a encontrar a ese hombre para así intentar comprender el porqué de la ofuscación de mi hija. Fui a la comisaría y allí averigüé que el hombre se había escapado; lo siguiente que hice fue recorrer hospitales, si Eva lo había golpeado tanto como yo suponía que ella era capaz, lo más probable es que hubiese terminado con algún que otro hueso roto o algo peor. No lo encontré. Pasé las siguientes catorce horas recorriendo la calle en busca de una señal que me ayudase a encontrarlo, estaba atento hasta el más mínimo rastro de poder. Era de madrugada, hacía frío y lloviznaba cuando andando bastante lejos de la zona en que ocurriera el hecho, sentí que se me erizaban los cabellos de la nuca. Me detuve en seco, la calle estaba muy oscura, escuché quejidos y una respiración entrecortada. Encontré a Vicente acurrucado en el hueco de la entrada de la leñera de una casa, tiritando de frío, ardiendo de fiebre, tenía la cara manchada de sangre y tierra, su ojo derecho estaba tan hinchado que no podía abrirlo, pero en el otro, intacto, detecté aquel infierno que Sofía había descubierto. Percibí la fuerza que Eva había encontrado, pero para mí ya no resultaba ofensiva como hubiese podido ser en el principio de mi nueva existencia. Vicente se asustó mucho ante mi llegada, pero no tardó más que unos segundos en entregarse por entero—. Gaspar sonrió sin despegar los labios—. Me preguntó si yo era un ángel, si ya había muerto; tras toser entre carcajadas me aseguró que realmente no merecía ir al Cielo, que había sido una persona muy mala. Me tomó desprevenido, tanto es así que no pude responderle nada, simplemente lo calmé diciéndole que todo estaría bien. Lo levanté del charco de agua, sangre y orina que lo rodeaba y lo cargué hasta la casa. No hice bien, ahora lo sé, debí haberlo llevado a un hospital, o al menos a una habitación de hotel. Mi curiosidad era demasiado grande para simplemente dejarlo en manos de otros, además temía lo que pudiese decir

sobre el ataque de Eva, recién llegábamos y no podíamos empezar a tener problemas. Para mi sorpresa Eva no enloqueció ni montó en cólera cuando me vio entrar con él en brazos. Todos mis hijos me ayudaron a acomodarlo en una habitación. Mandé a Julián a buscar a un médico, según lo que había podido dictaminar así de buenas a primeras y sin saber demasiado de anatomía era que Vicente tenía un brazo roto y muchos cortes, luego el médico nos dijo que además del brazo, los cortes y demás rasguños tenía tres costillas fisuradas y quizá alguna contusión interna. Tuvimos que poner cara de piedra y mentir cuando el médico nos preguntó que le había sucedido a nuestro invitado. Nos turnamos para cuidar de Vicente noche y día. Lo alimentamos, lo higienizamos, le dimos ropas nuevas y le compramos los medicamentos que había ordenado el médico. En un principio por seguridad, le sugerí a Eva que se mantuviese alejada de nuestro huésped. Fui notando, que de a poco, ella volvía a controlar sus impulsos; con paciencia, llegó a controlarse de maravilla, incluso acabó desarrollando hacia él, una actitud sobreprotectora, mientras Vicente se recuperaba, se convirtió en su ángel de la guardia, no se separaba de su lado y nos regañaba cuando consideraba que hacíamos algo mal con él, o que no teníamos el suficiente cuidado a la hora de curar sus heridas, alimentarlo y ayudarlo a trasladarse de la cama hasta la mesa, o la bañera o a su sillón cerca del fuego. Entre Eva y Vicente comenzó a generarse una relación profunda.

—¿Vicente no la reconoció del ataque?

—No, sus recuerdos de lo sucedido eran muy vagos, en un principio para él Eva no era más que su protectora, su ángel guardián.

—Me imagino que tampoco tenía ni idea de quienes eran ustedes en realidad.

—Ni la menor idea.

—¿Y cómo fue que Vicente tomó la decisión de cambiar? Vicente me dijo una vez que él se entregó sin tener la menor idea de que se convertiría en un demonio.

—Y así fue. Por aquellos días yo ya sabía que dentro de Vicente era especial, todos éramos conscientes de ello, Eva podría haber sido la que descubrió el misterio, pero no por eso las aptitudes de Vicente nos eran extrañas. Nunca discutimos formalmente hacerle ninguna proposición a Vicente; a pesar de que Eva daba señales de haber vuelto a la normalidad, yo todavía tenía miedo. La incertidumbre era una enfermedad latente en el pecho, vivía con angustia de que la locura volviese a desencadenarse en mi hogar. Siempre he buscado lo mejor para mí familia, y sabía que lo mejor para uno de mis hijos en particular, era alejar a Vicente lo antes posible.

—¿Por qué, sólo porque demostraba tener madera para demonio, porque Eva podía perder el control en cualquier momento?

—Para serte sincero, lo que más me preocupaba en todo el asunto era lo que yo veía en los ojos de Vicente cada vez que Eva aparecía en escena.

—¿Y qué veías?—. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Vicente se había enamorado de ella-. Eso de por sí no hubiese significado ningún problema; más allá de la crisis inicial y de los miedos por el autocontrol que Eva pidiese tener de sí misma, existía un detalle que hacía flaquear lo que pudiese haberse convertido en una imagen perfecta.

—¿Qué detalle?

Gaspar me dedicó una sonrisa triste.

—No veía lo mismo en los ojos de ella.

—Es decir que ella no estaba enamorada de él.

—No al menos “amor” en los términos que tú y yo podríamos entender. Vicente siempre ejerció una suerte de fascinación sobre Eva. Eran como dos imanes que se repelían y atraían al mismo tiempo. Exactamente veintisiete días después de la llegada de Vicente a la casa, Eva, en secreto, lo convenció de que se entregara al Infierno—. Gaspar me miró directo a los ojos sin parpadear—. Lo hizo a nuestras espaldas y no le dio mayores explicaciones, simplemente le dijo que si la amaba debía hacer algo muy importante por ella, y él lo hizo. Hubiese querido poder hacer algo para detenerla. Eva tuvo el cuidado de llevarse a Vicente de la casa antes de hacer nada. No notamos que ambos faltaban hasta que fue muy tarde; como Eva se pasaba todo el día y la noche metida en el cuarto de Vicente no nos resultó extraño no oír nada de ellos por un par de horas. En la casa todos habíamos retomado nuestras actividades normales. Supongo que no fui lo suficientemente cuidadoso, es más, la culpa en gran parte es mía por haber llevado a Vicente a la casa. Me costó trece largos meses encontrar a mí hija y a Vicente, y cuando los hallé, di de frente con la realidad que llevaba temiendo por tanto tiempo: Eva solamente quería a Vicente por su poder, pero ni ella ni él eran capaces de controlar ese don tan particular que él poseía. Nunca olvidaré lo que encontré al poner un pie en aquella pequeña casa perdida en el medio de la campiña francesa en que Vicente y Eva se ocultaban del mundo. Aun hoy se me enriza la piel. Si Vicente me había parecido una piltrafa humana cuando lo hallé luego del ataque de Eva, en lo que se había convertido entonces era como la suma de todas las miserias en un solo cuerpo. Eva no era capaz de ayudar a Vicente a controlar su fuerza y apenas si podía explicarle lo que significaba ser un

demonio, por su parte Vicente vivía una pesadilla, la mujer que le había pedido que se entregara al Infierno por amor, no lo amaba y para colmo de males le exigía cosas que él no era capaz de darle. Vicente tenía quemaduras en casi todo su cuerpo, vivía acurrucado en una esquina entre dos paredes, desnudo, sucio y con la mirada perdida; Eva tenía marcas de quemaduras antiguas y otras más recientes en la cara, en los brazos y en las manos. No hay palabras que puedan describir con exactitud suficientemente realista aquella escena dantesca. Fue como ver una parte del Infierno en la tierra. Allí había tanto dolor, tanto sufrimiento... y la fuerza suficiente para borrar a una ciudad entera del mapa. Ambos estaban fuera de sí; un tiempo más tarde, Eva me confesó que llevaban más de seis meses casi sin retomar la forma humana, los dos estaban tan mal que en ellos ponderaba lo más oscuro de la cualidad demoníaca. Aún hoy no logro comprender cómo es que pudieron mantenerse ocultos tanto tiempo sin levantar sospechas.

Una imagen nada agradable comenzó a formarse en mi cabeza, intenté borrarla de inmediato.

—La situación era mala por donde se la mirase. Eva ignoró todas las reglas al hacer lo que hizo, y en su modo de proceder una vez que el cambio se realizó; podrían haberlos descubierto, podrían haberse matado entre sí. Me vi en la obligación de buscar ayuda externa. En teoría Vicente era responsabilidad de Eva, sin embargo ella por aquellos días no podía hacerse responsable ni de sí misma. No fue una decisión fácil de tomar, sin embargo en cuanto descubrí aquello que Vicente era capaz de hacer, supe que escapaba a mi dominio; su poder es algo que dentro de nuestro mundo se considera como un don supremo. Ellos son un tipo de jerarquía aparte de cualquier regla establecida. No me gustó hacerlo, pero tuve que entregar a Vicente a manos más experimentadas y me dediqué a procurar aplacar la ira desbocada de Eva, y a intentar minimizar los daños. Tuve que defenderla de cientos de acusaciones que podrían haberse convertido en su fin, ella no tenía derecho a tomar el alma de Vicente y mucho menos a intentar apoderarse de sus dones. Cuando encuentras a alguien de su tipo, tienes que denunciarlo ante nuestras autoridades, no puedes simplemente convencerlo para que se una a nuestro lado.

—Cuando dijiste que tú y los demás sabían que Vicente era especial quieres decir que conocías aquello que él es capaz de hacer.

—Lo intuía vagamente, se lo conté a Leandro, él no lo había descubierto, Julián, Sofía y Massimo tampoco, ellos eran conscientes de que él era algo especial pero no tenían ni idea de hasta qué punto. Quizá no nos correspondía

a nosotros, con Leandro tomamos la decisión de no informar a nadie sobre los poderes de Vicente; si bien yo nunca había conocido a ninguno de los de su tipo, conocía de sobra cientos de historias sobre el tipo de vida que ellos llevaban y fue eso lo que me llevó a decidir librarlo se semejante karma. Vicente no tenía porqué pasar por eso, él estaba perdido, sí, pero como cualquier otro ser humano, tenía todas las armas para reencausar su vida.

—Eva pensaba diferente e hizo lo que quiso, todo por codicia.

Gaspar guardó silencio por un par de segundos antes de retomar el relato.

—Se llevaron a Vicente.

—¿Quiénes?

—Los que mandan en representación del Infierno en la tierra. Se lo llevaron para educarlo. Vicente nunca contó demasiado sobre el tiempo que pasó bajo el ala de esos demonios; sé que no fue ninguna vacación. Me hubiese gustado poder hacer algo más por él.

—Cuánto tiempo pasó hasta que lo volviste a ver.

—Siete años. Por aquel entonces Vicente ya se había amoldado a nuestro mundo y a nuestras leyes, al menos todo lo que le era posible. En cuando fue capaz, Vicente buscó a Eva y nos encontró a nosotros también. No sé exactamente qué pasó entre Eva y Vicente, lo único que sé es que ellos retomaron aquella relación que había nacido cuando él estuvo postrado en la cama de mi casa en Buenos Aires. Por aproximadamente veinte años, Vicente y Eva mantuvieron una relación intermitente, hasta que él finalmente no pudo más y dejó de intentar hacer que ella lo amase por algo más que por su poder. Me entraron unas ganas incontenibles de buscar a Eva y como mínimo, decirle cuan mal me caía.

—La decepción surge cuando se descubre que se es victima de un engaño, Vicente fue engañado y se engañó a sí mismo. Reconoció que vivía una mentira e intentó suicidarse.

Preferí no pensar demasiado en lo que esas palabras implicaban.

—Se lo llevaron otra vez, Vicente volvió a desaparecer de la faz de la Tierra y no me sorprendió; de ningún modo permitirían que acabase con su vida si es que es eso es realmente posible. Cuando eso pasó, se tomaron medidas aún más extremas. So pena de muerte le prohibieron a Eva volver a acercarse a Vicente, y ahí es cuando apareció en escena Ariel, ya de un modo definitivo, convirtiéndose en su tutor, reemplazando a Eva.

Asimilé sus últimas palabras en silencio.

—Cómo es que Vicente y Eva pudieron estar juntos en una fiesta no hace

muchos años, alguien los vio, Ariel también estaba allí.

—Nada es para siempre, siquiera en nuestro mundo. Vicente y Eva han vuelto a verse un muchas de veces, la última, cuando Vicente intentaba proteger tu alma.

La información me cayó encima como un balde de agua helada.

—¿Te refieres a que estaban juntos otra vez?

—Lo dudo, Eva me contó que Vicente le había pedido que se encontraran en un pueblito perdido en medio de la nada a mitad de camino entre su casa en el campo y la ciudad.

—¿Para qué?!

—No tengo ni la menor idea, Eva nunca lo dijo. Sé que te sonará a que intento defender a mi hija, pero debes saber que todo esto no fue en vano, muchos sufrieron, no fue el modo correcto de hacer nada, pero Vicente se entregó al Infierno por lo que él creyó valadero, así como tú hoy estás decidida a hacer, y Eva aprendió su lección con el tiempo.

—¿Qué lección es esa?

—Esa fiesta a la que tú te refieres, en la que Vicente y Eva volvieron a encontrarse...

—¿Sí?

—Eva le rogó a Ariel que la invitara porque necesitaba volver a verlo.

—¿Para qué?

—Eva se dio cuenta de que lo amaba, que siempre lo había querido más que a nadie en este mundo, más que a su propia vida, es por eso que él la descontrolaba en modo semejante, ella no reconoció hasta entonces que no lo quería solamente por su don.

—Vamos, nada justifica lo que hizo.

—Eliza, no te enojas, pero no eres quien para criticar a Eva.

No debería haberme ofendido, pero me ofendí.

—El amor implica fe y lealtad.

—Por qué me dices eso —inquirí.

—Es solamente un comentario.

Intuí que había algo más detrás de su respuesta, quizá Gaspar supiese mejor que yo, lo que yo estaba haciendo en pos de cambiar para pasar la eternidad lo más cerca posible de Vicente.

—El final de la historia es el siguiente: Eva le dijo lo que sentía, estuvieron juntos tres meses y de la noche a la mañana, él la dejó cuando parecía que todo iba viento en popa.

—¿Le dio laguna excusa?

—Quizá, al final, su amor por ella terminó de agotarse, la verdad es que no lo sé. Vicente es un castillo fortificado impenetrable, no acostumbra hablar de lo que piensa o lo que siente.

Ambos nos quedamos en silencio por un buen rato.

—Tal vez Vicente aprendió bien de su maestra.

—Sí aprendió bien todas las lecciones que Eva le dio, debería comprender que hay mucho más que lucha de poderes; para bien o para mal, Eva no ha sido la única que le impartió lecciones a Vicente, el tuvo varios maestros, el último y más significativo en su vida: Ariel.

—Ya no sé qué pensar.

—No eres la única que está confundida.

—¿Qué quería Eva de mí cuando intentó ponerse en contacto conmigo?

—Hasta lo que sé, contarte esto mismo que yo te estoy contando ahora.

—¿Para qué, creo que en cierto modo esto no cambia nada?

—¿Tú crees?

—No estoy segura en quién confiar y en quién no.

—Es una cuestión de asumir el riesgo, nada más, es siempre así, tanto entre humanos, como entre demonios.

Los ojos se me empañaron, el mundo se encogió a mí alrededor.

—¿Qué debo hacer?, todavía lo amo.

—Lo sé y aunque lo supiese no te lo diría.

Me sonreí angustiada.

—Claro, por supuesto—. Dije, y no terminaba de cerrar la boca, cuando Gaspar se estiró y posó su mano sobre la mía—. Necesito ayuda.

—Y estoy dispuesto a dártela, por eso estoy aquí, por eso volví; tu desdicha es consecuencia de mis errores.

—No eres responsable del mundo.

—No, no del mundo, sí de Eva, de Vicente y en cierto modo de ti. Tú eres especial, no debí haber ignorado eso; como tampoco puedo ignorar lo que has dicho: ¿todavía lo amas, estás segura?

—Es de lo único que estoy segura, Gaspar.

—¿El motivo de tu deseo de cambiar es él?

—En parte; he cambiado mucho desde que él entró a mí vida, llegué a un punto en que no hay vuelta atrás, no puedo seguir siendo quien se espera que yo sea. Poco a poco esa necesidad de cambio se ha transformado en una urgencia física; no sé cómo explicártelo para que lo entiendas, quiero cambiar porque

deseo pasar el resto de la eternidad lo más cerca posible de Vicente, pero además... cuando conocí a Vicente, me dijo que los demonios aparecían en la vida de las personas que los llamaban, yo lo negué desde el principio, pero quizá simplemente tenía miedo de admitir que estaba en lo cierto. Quizá ese cambio es lo que yo he esperado siempre. Realmente quiero esto, sé que no voy a arrepentirme. No lo hago para que me ame... el amor ya me ha decepcionado; lo hago porque necesito hacerlo, eso es todo.

Gaspar se tomó un momento antes de hablar; me dio la impresión de que me medía con sus ojos calmos y profundos.

—Tu vida no será más sencilla cuando cambies.

No se me pasó por alto que insinuaba que el cambio era factible.

—No cambio para huir, sino para... como decirlo... para regresar a mí misma. ¿Tienen eso lógica?

—Claro que la tiene. Sé perfectamente bien a lo que te refieres. Te ayudaré.

—Gracias.

—No será tarea sencilla, no podemos olvidar todo lo que ha estado sucediendo.

—Claro que no.

—Y antes que nada, debemos averiguar el por qué de toda esta locura.

—Estoy de acuerdo.

—No le cuentes a Lucas que me has visto, para él este momento jamás existió, tiene su que prometerme que hasta que yo no te autorice no discutirás esto con nadie.

—Soy una tumba.

—Te buscaré en cuanto tenga novedades.

Gaspar estiró un brazo, llamó a la camarera y le pidió la cuenta. Mientras me llevaba de regreso a casa en su maltrecho automóvil, seguimos hablando, le conté lo que sabía sobre el caso de Mauro, le hablé de Cristian, de la isla de Ariel y de Anna; le comenté sobre esos demonios que habían caído de improviso cuando Lucas y yo fuimos a pasar unos días a la costa, y le hablé del llamado de Vicente ayer por la noche. Gaspar me preguntó por mi relación con Lucas y no supe bien qué decirle, le expliqué que a su lado me sentía querida, viva y cuidada, le dije que ya no concebía mi vida sin él; Gaspar se limitó a escucharme sin emitir opinión, simplemente se comprometió a intentar averiguar si todos esos hechos tenían alguna relación con lo que me estaba pasando.

Nos separamos a dos cuerdas de mi departamento, luego de que le pasara mi

número de celular, le pedí el suyo, pero me dijo que no era conveniente que su número figurara ni en mi celular ni en ninguna agenda o papel que pudiese ser asociado a mi persona.

Arrastrando los pies sobre la hirviente vereda que parecía un horno de barro, llegué a casa. El departamento estaba vacío y olía a encierro y a humedad pese a que todas las ventanas estaban abiertas.

13. El tiempo del sueño.

Febrero llegó sigilosamente. Apenas si me percaté del paso del tiempo, es que había perdido la perspectiva, tenía la sensación de que comenzaba a convertirme en demonio, contaba cada segundo, de cada hora, de cada día, y de cualquier modo el tiempo parecía no valer absolutamente nada. Las noches cobraban elasticidad estirándose a causa del insomnio; empecé a dormir apenas un par de horas por noche, generalmente caía rendida de madrugada y me despertaba temprano, ya sin sueño mas con un cansancio que no se iba en todo el día.

Al principio intenté dormir algunas horas de siesta, pero tirarme en la cama a media tarde, a pesar de que no tenía nada mejor que hacer (ya me había aburrido de sentarme frente a la computadora intentando rastrear la vida de los demonios que se habían convertido en mi presente), y trabajo no tenía: unos días después de haber cumplido mi encargo para Trueba (quien seguía en Europa), su secretaria me llamó para informarme que alguien pasaría a retirar los documentos esa misma tarde; más allá de eso, mis servicios no volvieron a ser requeridos.

En fin, los días pasaron en silencio, el teléfono no sonaba más que cuando mi madre o Susana llamaban; no tuve señales de vida ni de Gaspar ni de Ana, y hasta lo que sé, Vicente tampoco volvió a llamar, de Ariel tampoco había novedades.

Tanta calma me molestaba.

Corrí la página y repasé las letras impresas en la hoja con la mirada; en verdad el diario no ofrecía ningún interés para mí, pero en este momento no tenía nada mejor que hacer, Lucas llevaba tres días fuera por causa de un trabajo, esta misma mañana me había llamado, me preguntó qué tal estaba, si las cosas estaban tranquilas, y si me cuidaba tal como me había rogado que lo hiciera; procuré dejarlo tranquilo y la verdad es que no existía razón para

perder la calma, era como si hubiésemos entrado en un proceso de letargo, en hibernación. Lucas me prometió que pretendía regresar a más tardar en dos o tres días; me dijo que me extrañaba, que odiaba los hoteles y que los días sin mi se le hacían eternos, a mí me pasaba lo mismo cuando él no me acompañaba.

Resoplé de tedio y aparté por un momento la mirada del diario para espiar las papas que mi madre había dejado hirviendo sobre la hornilla, ella había salido a comprar el pan para el almuerzo; mi padre se encontraba afuera en el jardín, preparando el fuego para hacer el asado. Todo parecía marchar bien.

—Olvidé los fósforos —dijo mi papá entrando en la cocina. Tenía las manos negras debido al polvo del carbón y su rostro estaba rojo y brillante, lo primero debido al sol, lo segundo al calor que desde temprano, apretaba sin tregua.

—Te los paso—. Me levanté de mi silla para buscarlos.

Me agradeció y fue directo hacia la pileta a lavarse las manos.

Busqué los fósforos y los sostuve hasta que él terminó de secarse las manos.

El agua de las papas borboteaba, la cocina empezaba a llenarse de vapor.

—Gracias —me dijo al tomar la caja de mis manos—, por qué no vienes un rato afuera conmigo, tienes una cara de aburrimiento fatal; tu viejo no es el más divertido del mundo, pero quedarte aquí sentada frente al diario no suena como el mejor remedio para levantar el ánimo, además estás pálida, no te vendría nada mal un poco de sol.

Torcí la boca y espí las papas por el rabillo del ojo.

—¡Vamos, que no se irán a ninguna parte! En cinco minutos vienes a echarles una mirada; ven, ya pasó mucho desde la última vez que tú y yo nos sentamos a charlar.

Evitar las conversaciones profundas con mi padre había sido un acto efectuado completamente adrede, con él me veía obligada a ser siempre sincera, no soy una santa, puedo mentirle a cualquiera, quizá no demasiado bien, aunque últimamente me estoy haciendo una experta en mentir y ocultar, sin embargo con mi padre se me complicaba mucho.

Cortando mis rodeos, mi papá me puso una mano en el hombro y me empujó hacia fuera; no me soltó hasta que hube estado instalada en una silla bajo la sombra del jazmín.

—¿Qué tal va todo?

—Bien, supongo —respondí encogiéndose de hombros.

—¿Trueba todavía no vuelve de Europa?

Negué con la cabeza.

—Quizá la próxima vez te lleve con él.

Hice una mueca como diciendo “tal vez”, pero no emití ningún sonido.

—¿Qué tal van las cosas con Lucas?

—¿Tienes una lista con todos los asuntos a tratar? —bromeé—. Apuesto a que ya tenías preparadas las preguntas.

Colocó dentro de la parrilla unas maderas y se dio vuelta para echarme una mirada de las suyas.

—Esto demuestra el tiempo tuve para prepararme para esta conversación, lo que significa que tú y yo nos hemos alejado últimamente.

Con eso me mandó callar.

—Te repito la pregunta: qué tal todo con Lucas.

—Bien, tranquilo.

—Podrías profundizar un poco más, soy tu padre, eso no me dice mucho.

—¡Papá, por favor!

—Solamente quiero saber si siguen siendo amigos o si son más que eso, por cómo iban las cosas... bueno, por un momento pensé que eran algo más pero ahora estoy confundido, los veo bien a ambos juntos pero no del modo en que creí que sería.

—Es un momento extraño, no estoy segura, lo que siento por él no cambió.

—¿Y eso es...?

—Lo quiero muchísimo. ¿No hablamos ya muchas veces de esto? —me quejé.

—Sí, y todavía no obtengo una respuesta que me satisfaga.

—Bueno, no te hagas muchas ilusiones, prefiero tomarme esto con calma.

—Claro, como quieras, es que es extraño que vivan juntos y...

—Yo duermo en mi cuarto, Lucas en el sofá cama del living.

—Ok, ok, no te enojés conmigo, simplemente me preocupo por ti —dijo acercando el fósforo hasta el papel para encenderlo—. Por lo demás, qué tal estás. ¿No has vuelto a saber de él?

“Él”, era Vicente, eso no necesitaba explicación.

Negué con la cabeza. Entrar en detalle resultaba demasiado doloroso.

Las maderas empezaron a crepitar, el fuego ya estaba encendido; poco a poco mi padre empezó a colocar el carbón.

—¿Qué tal las cosas por aquí?, mamá está muy callada últimamente; parece haber desistido de llamarme todos los días para torturarme, o es que como ya conseguí el trabajo que ella siempre quiso que yo tuviera, se quedó tranquila —alcé las manos y exclamé—, ¡ah no, lo que ella siempre quiso es que me

convirtiese en bailarina clásica! Casi me olvidaba de todos esos tediosos años de clases de ballet.

—Eliza, tu madre no está aquí, no pelees sola.

Consciente de que me había ido de lengua, cerré la boca.

—Sí, tu madre últimamente ha estado muy callada. No tengo la menor idea de a qué se debe; le he pregunté y siempre me responde lo mismo: todo está bien.

—Quizá realmente todo está bien.

—Conozco a tu madre desde hace más de treinta años.

—¿Crees que sea algo por lo que debemos preocuparnos?

—No estoy seguro. Al principio pensé que tal vez estuviese enferma, ahora me parece que es simple melancolía, aunque no por eso le resto importancia. Tu madre siempre se ha esforzado por simular ser de hierro, es lógico que se tome un momento para descansar y permitir que las cosas le afecten un poco más, todo el mundo tiene derecho a tener sus momentos, lo que me inquieta es que este momento duré demasiado. Hace dos noches la encontré en el cuarto de arriba, sentada en el piso, en la penumbra, hojeando viejos álbumes de fotografías; a su alrededor había desperdigado cientos de los recortes que ella guarda de su época en la danza.

Tanto mi padre como yo sabíamos muy bien que esa no era una actitud normal en ella.

En toda mi vida había visto a mi madre siquiera mirar de refilón esas viejas cajas en las que guardaba los recuerdos de su gran sueño, es más, una de las pocas veces que a escondidas intenté echar un vistazo a aquellos álbumes y capetas, mi madre me descubrió —tenía prohibido meter mi nariz ahí— por lo que me gané un reto y un castigo memorable, que me quitaría las ganas de volver a desobedecer.

—Puedo intentar hablar con ella —propuse no muy segura de si era buena idea o no, lo más probable es que mi madre me soltase un buen grito en cuanto intentara sacar el tema; lo que yo medio en broma medio en serio llamaba “el tiempo del sueño”, esto es su vida antes de que mi padre y luego yo, apareciésemos en escena, era un tema tabú en la familia. Desde pequeña mi madre había demostrado tener todas las condiciones y las cualidades necesarias para convertirse en una gran bailarina, es más, estaba a un paso de serlo, cuando sufrió una lesión que la dejó afuera de la carrera.

Lo debo haber intentado media docena de veces, es posible que no con la suficiente pericia; enfrentar a mi madre a solas ya de por sí no es tarea fácil, y

pretendiendo sonsacarle sentimientos, es decir: atreviéndome a incursionar en un terreno que durante toda mi vida llegué a reconocer como propiedad privada y exclusiva de ella, se tornaba una tarea más que complicada.

Lo intenté mientras lavábamos los platos luego del almuerzo y lo único que conseguí es que la situación se revirtiera hacia mi terreno, por lo que terminé intentando defenderme para luego huir con el rabo entre las piernas. Mi segundo intento fue mientras mi papá dormía una siesta sobre su reposera, a la sombra; su respuesta fue que no me gritaba para no despertar a mi padre. Así de mal estaba la cosa.

Mis otros intentos no fueron dignos de recordar puesto a que me pude adentrar todavía menos que antes, en su intimidad. Empecé a creer que mi madre realmente no iba a contarme nada, o que quizá realmente no hubiese nada que contar, estaba rara, de eso no cabía duda, pero tal vez fuese una fase nada más; igual, continuaría atenta.

Al atardecer mi madre y mi padre salieron a caminar, dejándome vía libre para echar un vistazo en el cuartito de arriba. Como un agente secreto, como una niña jugando a juegos de misterio, esperé sentada afuera en el jardín, a oír el ruido de la puerta al cerrarse, me levanté y salí corriendo escaleras arriba. Sin duda era una tontería, pero de repente, me dio un brote de adrenalina que hizo que me olvidase de todo lo demás.

Temí que la puerta hubiese estado cerrada con llave; no fue así, la perilla giró bajo la presión de mi mano. Empujé la puerta con el hombro; las bisagras se quejaron. Adentro estaba oscuro, la ventana estaba cerrada y las persianas bajas. La habitación parecía una olla a presión: calurosa, húmeda; olía a encierro, a demasiados años comprimidos y ocultos dentro de cuatro paredes. Puse un pie dentro y de inmediato noté que me costaba respirar, el aire era más denso y pesado que afuera.

Después de obtener una impresión inicial del lugar del crimen, procuré no perder demasiado tiempo con pequeñeces; dejé la puerta abierta, encendí la luz y ni me molesté en perder tiempo intentando abrir la ventana para que entrara aire o levantar la persiana para dejar pasar la luz anaranjada que venía del oeste, temía no poder volver a cerrarlas, no al menos antes de que mi madre y mi padre regresaran, y mi intención era que nadie se diese cuenta de que yo había metido allí; aquella ventana debía llevar años sin abrirse.

La vieja lámpara que colgaba sobre mi cabeza tenía una lamparita de tan pocos watts que apenas si iluminaba.

De mi infancia me quedaba un vago recuerdo de qué cajas correspondían a los

tesoros ocultos del tiempo de sueño de mi madre; bien podría haberlas cambiado de lugar, es más, también era posible que ni siquiera estuviesen más aquí, después de todo, hacía unos pocos días atrás, mi padre había encontrado a mi madre, aquí mismo, sentada en el suelo, reviendo los viejos recuerdos, quizá incluso se hubiese deshecho de todo.

Fui directo hasta un grupo de viejas cajas que creí eran las indicadas y bingo, las cajas seguían en el mismo lugar de siempre, tan pesadas como siempre. Bajé una primera al piso y la empujé hasta el centro de la habitación para que quedase justo debajo de la lámpara. Tironeé de dos de las solapas de llevándome conmigo las dos restantes, desarmando así la flor que había quedado al cerrarlas mi madre. A la luz quedó un álbum que tenía los lomos gastados y las dos puntas despellejadas, y mucho, mucho polvo. De la caja salió un fuerte olor a papel y a tierra. Bajé las rodillas al suelo y extraje el viejo álbum de su sepultura. Lo abrí; en la primera página había unos retratos de mi madre con diez u once años, en uno de ellos estaba vestida con una falda de tul hasta las rodillas y una leotardo de delgados breteles bordados, parada en puntas de pies sobre sus zapatillas se le marcaban los músculos de las pantorrillas, tenía los brazos alzados a la altura de los hombros y en los antebrazos llevaba puestos lo que parecían esos flotadores que se les ponen a los niños pequeños, solo que estos no eran de plástico, sino de tela y evidentemente formaban parte del vestuario. Las demás fotos eran del mismo estilo, en algunas estaba ella sola, en otras con su madre, con su padre o con ambos, y en otras con otros niños y niñas de lo que debía ser su compañía de ballet.

Dentro del álbum encontré varios programas de eventos y recitales de danzas de las distintas escuelas a las que asistió. Dejé el álbum a un lado y volví a asomarme a la caja. Otro álbum cubría una pila de libros y revistas sobre danzas, además había un par de viejos discos de pasta en sobres de papel. Recorrí el álbum, las revistas y los demás sin encontrar nada extraño, en realidad no tengo ni idea de qué es lo que buscaba. A toda prisa metí todo, otra vez en su sitio y fui por la segunda caja. En ésta había más fotografías, sólo que sueltas o amarradas con cintas, también había un par de cuadernos con notas de clases sobre historia de la danza y música que mi mamá tenía de su época de estudios. Me resultó extraño reconocer en la caligrafía de una niña, de los de la letra de mi madre de hoy en día. Leí muy por encima algunas páginas oyendo de boca de una niña, la dedicación y el amor hacía su pasión, las mismas que había intentado inculcarme a mí, pero que sin querer, se

transformaron en un castigo, en un karma que no tenía nada que ver conmigo.

Adquiriendo mayor velocidad, el tiempo no se detendría, la cuenta atrás para el momento del regreso de mis padres hacía tic-tac en mi cabeza, guardé el contenido de la segunda caja en su sitio y fui a por la tercera.

La caja estaba abollada con las solapas medio sueltas. Procurando no terminar de romperlas, todavía estaba en misión secreta, abrí la caja. Me recibió la tapa de una revista con mi madre en la portada, estaba seria y en pose, con su vestuario elegante, un peinado tirante y un ramo de flores en los brazos. Yo ya había visto esa revista antes. La tomé para ojearla una vez más, pero en cuanto la quité, destapé sin querer, la destrucción, la evidencia de que mi madre, realmente no estaba bien. Dejé la revista a un lado y me incliné sobre la caja, sin querer me hice sombra con la cabeza. Dentro de la caja, habían estado tapados por la foto del momento cúlmine de la gloria de mi madre, un montón de fotos rotas, artículos destrozados y revistas retorcidas que evidentemente por su grosor y por la resistencia del papel, no había podido romper.

Metí ambas manos dentro de la caja y extraje un montón de papeles, la mayor parte se resbalaron de la montaña formada en mis palmas para caer otra vez dentro de la caja y sobre mis muslos.

Una amarga punzada me atravesó el estómago. Mi madre sí estaba mal y quizá fuese más que una fase, no pude dejar de preguntarme qué sentiría en estos momentos, ella jamás hablaba sobre su pasado en lo referente a sus propios sueños y ambiciones, jamás me dijo si lamentaba lo que le había sucedido, o si había aprendido a convivir con sus sueños destrozados, pero estas fotografías rotas con furia, hablaban por ella: aún hoy, no era un capítulo cerrado en su vida.

Sentí muchísima pena por mí mamá.

Poniendo un poco de atención en lo que quedaba de las fotos, me di cuenta de que eran retratos de mi madre ya adulta, no pude precisar su edad, pero obviamente ya no era una niña. La mayor parte de los trozos eran irreconocibles, de verdad se había ensañado con las fotos convirtiéndolas en papel picado.

Intenté reconocer más rostros que el suyo, me resultó imposible y además ya había tenido suficiente, mi último macabro descubrimiento lo hice primero con el olfato, había enterrado las manos otra vez dentro de la caja para sacar un montón de trozos de abajo, cuando noté el olor a quemado, cerré los puños y conteniendo en ellos lo que había atrapado, los saque para abrirlos luego en la superficie. Eran un montón de pedazos de fotografías medio quemadas.

Se me heló la sangre. Cómo demonios iba a explicarle esto a mi padre, cómo manejaríamos esto.

Tenía las manos pegajosas de los nervios y algunos trozos de fotos se me pegaron en las palmas a causa de la humedad, uno de ellos, de considerable tamaño; sin preocuparme por deshacerme de los demás, me levanté lentamente y acerqué mi palma a la luz para luego aguzar la vista lo más posible.

Me tomó un momento analizar la fotografía.

Era el rostro de un hombre, o mejor dicho, parte del rostro de un hombre. Se veía desde el tabique de su nariz, hasta el nacimiento del pelo, se veían parte de sus orejas y la punta de unos cabellos un tanto ondulados y no demasiado cortos. Lo que quedaba del rostro fotografiado no decía mucho, pero sus ojos... me dieron un escalofrío cuando reparé en sus ojos. Por alguna razón me dio la sensación de que aquella mirada yo ya la había visto antes, y no precisamente en una fotografía, sino en vivo y en directo, igual de joven con apenas algunas marcas de expresión, igual de persistente, como si el paso del tiempo no la hubiese cambiado en nada. Era una fotografía en blanco y negro, pero igual se notaba que el hombre en cuestión tenía ojos claros.

A toda velocidad me metí el pedazo de foto en el bolsillo trasero de mis bermudas y me arrojé sobre la caja para buscar más; lo único que hallé fueron restos de rostros masculinos, todos demasiado pequeños como para poder compararlos con el que tenía en el bolsillo.

Una pregunta me resonaba en la cabeza una y otra vez: ¿quién era ese hombre y por qué mi madre había guardado y posteriormente destrozado, sus fotografías?

El tiempo se me agotó, me percaté de ello cuando oscureció, ya no había reflejo anaranjado intentando colarse por las hendiduras de la persiana.

Medio a regañadientes metí todo dentro de la caja y procuré acomodar todo tal cual estaba.

Corriendo bajé las escaleras, la casa estaba en penumbras y reinaba el silencio, eso quería decir que mis padres todavía no habían vuelto; no tardarían mucho en llegar. Fui a la cocina, me lavé las manos y me limpié las rodillas, las cuales tenía sucias de haber estado arrodillada en un piso que llevaba mucho tiempo sin ver un poco de agua. Me sequé, me peiné un poco, encendí un par de luz para apartar la sensación de abandono; puse música, encendí las luces del jardín, tomé la revista que había venido con el diario y me senté a la mesa de afuera a intentar disimular la agitación que sentía. A medida que me calmaba y recuperaba el aliento, algo empezó a quemarme en

la parte trasera del pantalón. Lo que me estaba sucediendo era una locura más, algo típico en mí desde la aparición de Vicente en mi vida, algo que no se había ido con su partida.

Mis padres llegaron quince minutos después.

Ni antes, ni durante, ni cuando acabamos de cenar, me atreví a contarle a mi papá lo que había descubierto. Sin demorarme demasiado me subí a la camioneta y me largué.

...

Estaba preparándome el desayuno cuando percibí pasos y el sonido de la cerradura al abrirse; me di vuelta para ver llegar a Lucas, antes de lo esperado, cosa que me alegró terriblemente, llevaba veinticuatro horas seguidas sola, metida en mi pequeño departamento, pensando en lo que mi madre había hecho con su tesoro, y en el trozo de fotografía que se había venido conmigo a casa en el bolsillo de mis bermudas. Necesitaba con quien hablar, con quien descargar, y por sobre todo, lo necesitaba a él, después de discutir con mi padre sobre el tema, me dio la sensación de que casi sin querer, me estaba alejando de Lucas. Solté la taza sobre la mesada y fui a abrazarlo. Me prendí de su cuello sin permitirle terminar de entrar o soltar su bolso, es más, la puerta todavía estaba abierta.

—¿Qué tal te fue? —le pregunté después de soltarlo, me dio la sensación de que él quería ponerse cómodo, o al menos poder terminar de entrar en casa.

—Bien, fue un trabajo tranquilo. ¿Qué tal por aquí, por qué me da la sensación de que pasó algo?

—No te asustes, no fue nada, es que mi madre está un poco extraña, eso es todo.

—¿Tu madre extraña? —Arrojó su bolso a un lado—. Discutieron.

—No, nada de eso. ¿Te lo cuento con un café?

Serví café en dos tazas, las coloqué sobre la mesa y me senté frente a Lucas.

—La espera va a volverme loca, necesito que al menos algo de mi vida se resuelva, parece que últimamente no vienen más que problemas y más problemas. Presiento que tengo entre las manos una bola de nieve que se hace cada vez más grande. Siento tanta impotencia, ni siquiera sé qué hacer o por dónde seguir. Tengo ganas de gritar, de romper algo, de... —apreté los dientes los puños y me percaté de que Lucas me miraba en silencio, él bebió un sorbo y bajó la taza—. ¿Por qué estás tan callado?

—Disculpa.

—¿Qué es lo que tengo que disculparte?

—Por qué te inquieta tanto esa fotografía.

—Ah, es eso —dije comprendiendo que había estado hurgando dentro de mis pensamientos—. Me ahorras el decidir por dónde empezar; es que esto es muy extraño, o tal vez no, es decir, mi madre es un ser como cualquier otro ¿no?, ella tiene todo el derecho del mundo a sentirse mal alguna vez en su vida, no puedo ni debo pretender que ella siempre sea fuerte, que no flaqueé nunca solo para brindarme estabilidad a mí, pero es que... Tengo momentos en los que siento que puedo llevarme el mundo por delante, en el buen sentido me refiero, y otros en los que no deseo más que acurrucarme en mi cama y taparme la cabeza con la almohada.

Lucas me sonrió con dulzura.

—Te quiero.

—Y yo no te merezco.

—No hagamos de esto un drama, dime: de verdad crees que has visto a la persona de la fotografía antes.

—Sí, eso creo.

—No necesariamente tiene que ser algo malo, puede ser alguien relacionado con el pasado de tu madre, algún amigo suyo que tú llegaste a conocer cuando eras niña.

Lo pensé un momento.

—Sí, podría ser... es raro, por qué rompió su foto, es más, creo que las únicas fotografías que rompió eran retratos de este mismo hombre.

—¿No estás yendo demasiado lejos?

—Mi madre no haría una cosa así.

—No sería nada tan fuera de lo común, que tal como supusiste, tu madre esté pasando por un mal momento, todo el mundo de vez en cuando se replantea su vida. Puede no resultar agradable pero no necesariamente indica que sea algo “raro”.

—No sé... Te la voy a mostrar y dime qué piensas—. Salté de la silla antes de que él pudiese responder nada; fui a la habitación y saqué del cajón de la mesa de luz el trozo de fotografía. Regresé y lo coloqué sobre la mesa frente a él.

—No me dice mucho. No se te pasó por la cabeza que quizá sea un antiguo novio suyo.

—¿Eh?! —Me atraganté con el café con leche y me dio tos; de repente un montón de ideas locas y otras no tanto me embotaron el cerebro con conjeturas

en las que nunca antes me había puesto a pensar—. ¿Qué insinúas?

Lucas soltó una carcajada.

—Nada, no te alteres. Digo que los seres humanos tienen la costumbre de guardar viejos recuerdos por años y años con el fin de aferrarse a cosas que ya pasaron, y luego, un buen día, se dan cuenta de que todas esas cosas que guardaban con tanto recelo, no les sirven para nada. ¿No te ha pasado a ti, eso de guardar cosas que creíste tesoros invaluablees y que luego una mañana te despertaste y al pensar en ellas se te ocurrió que no era más que un trasto que ocupaba lugar y lo tiraste a la basura y lo regalaste?

—Sí, bueno... Es que no las arrojó a la basura.

Lucas me sonrío, esta vez con benevolencia.

—Tu padre la encontró revolviendo entre sus cosas, quizá le dio vergüenza tener que explicarle que guardaba en una caja fotos de un antiguo amor, no debe haber querido que se sintiese mal o algo así.

—Entonces, según tú no debo preocuparme.

—No por la foto en sí, quizá debas atender a tu madre un poco más, acompañarla, conversar con ella, no sé, ese tipo de cosas.

—Jamás he hecho ese tipo de cosas con mi madre.

—Mejor tarde que nunca —entonó pescando la taza de la mesa con ambas manos para continuar bebiendo su café con leche.

—¿Te percataste de la mirada de ese hombre?

—¿Qué, qué crees que esconde?

—No lo sé. Quisiera poder preguntarle a mi madre quién es ese hombre, pero si le digo que me metí con sus cosas se va a poner hecha una fiera y no me va a dar tiempo a preguntarle nada.

—Los problemas no te buscan a ti, tú los buscas a ellos.

—Eso no es cierto —me quejé—, bueno, no hasta cierto punto, qué quieres, que me quede cruzada de brazos, perdí demasiado tiempo simplemente viendo la vida pasar y ni siquiera soy de las personas más comprometidas y curiosas, pero es que no puedo mantenerme al margen, estamos hablando de mi madre y de ese hombre.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Qué?! —ni si quiera se me había ocurrido pedirle que hiciese nada al respecto, pero de repente se me ocurrió una idea, una idea genial que a él no iba a gustarle ni un poquito—. ¿Podrías?

—Si podría qué.

—Ya sabes.

—¡Ah no, eso sí que no! ¿Acaso perdiste la cabeza? ¡Ni loco voy a meterme en los pensamientos de tu madre, eso no es leal!

—Lo haces conmigo.

—Intento no hacerlo, es que en ocasiones no puedo contenerme.

—Por favor, es probable que no sea nada, tal como tu dices, simplemente me gustaría tener la certeza de que mi madre realmente nada más está pasando por una fase.

—No me gusta meterme en la vida de los demás.

—Te pido una miradita, nada más.

—No es así tan fácil.

—Inténtalo una vez, si no encuentras nada no volveré a insistir.

—¿No te molesta que le haga eso a tu madre? ¿Y si descubro algo que no te gustaría oír?

—Dudo que mi madre haya tenido un amorío o algo por el estilo, si eso es lo que estás intentando insinuar para asustarme y hacerme cambiar de parecer.

—¡Es tu mamá! ¡Ella confía en mí!

—Prometo que nunca más te vuelvo a pedir nada semejante.

Lucas puso los ojos en blanco, evidenciando un descreimiento rotundo y sincero.

—Además no se va a dar cuenta de nada ¿no?

Lucas negó con la cabeza.

—¿No te interesa asegurarte de que esté bien?

—Sí, sí me interesa, pero no pienso andar hurgando demasiado, si no capto nada por la superficie abandonaré el intento; sabes que aprecio mucho a tu madre y que... en cierto modo la siento como si fuese un poco mi madre también, ella se ha portado muy bien conmigo. Lo que me pides es casi tan bizarro como si me pidieses que me meta en la mente de mi propia madre, hay cosas que un hijo no desea saber de sus padres.

Ante la idea, me estremecí de pies a cabeza.

—Te entiendo. Si no captas nada de buenas a primeras puedes retirarte.

—Bien, lo haré.

La falta de calma me llevó a llamar por teléfono a mis padres para invitarlos a cenar esa misma noche. Lucas resopló cuando me oyó decirle a mi madre que él recién había llegado, si no querían venir a comer en la noche para reemplazar la cena que teníamos los cuatro todos los viernes, a la que Lucas había faltado el viernes pasado a causa de estar fuera por trabajo. Mi madre

no se mostró muy entusiasmada, pero finalmente aceptó venir a comer con nosotros.

Lucas me gruñó cuando corté, seguro que no tenía pensado que su incursión en la mente de mi madre fuese a tener lugar tan pronto, pero yo no tenía tiempo que perder, como dije antes, algo en mi vida tenía que resolverse o yo acabaría explotando.

...

—¡Por Dios, que manera de comer! La comida estaba exquisita chicos. Podría ponerse un restaurante, todo les salió buenísimo.

—Me alegra que le haya gustado la cena —dijo Lucas posando la copa de vino que acababa de vaciar, otra vez sobre la mesa.

A la botella todavía le quedaba una cuarta parte, mi padre había bebido dos copas, mi madre apenas media, Lucas se había bebido otras dos, y yo todo el resto. Estaba nerviosa, ansiosa, mis padres llevaban más de dos horas en mi departamento y yo no tenía ni la menor idea de si Lucas había podido entrar en la mente de mi madre o no, o si lo había intentado siquiera. En ningún momento me percaté de que estuviese concentrándose en ver sus pensamientos o algo así, había conversado y comido al igual que todos los demás, de hecho, la reunión fluía tranquila y normal, mi madre no presentaba síntomas de haber perdido ni su lengua ni su espíritu y si en algún momento se sintió deprimida, ya se le había pasado evidentemente; tal es así, que se tomó un momento para criticar mi vestuario, la limpieza y el orden de mi cuarto y mi vagancia extrema, la que según ella, me había llevado al punto de abandonar cualquier contacto social (en realidad lo que me reclamaba era que si tenía yo tanto tiempo de sobra, por qué no iba a visitarla).

En fin, nada de lo transcurrido hasta ahora se podía interpretar como un síntoma de que nada extraño sucediese, ni en general, ni en particular con cualquiera de los que nos hallábamos sentados alrededor de la mesa, pero si yo podía actuar y pretender que en mi vida todo estaba relativamente bien, ella también.

Hubiese deseado que mi departamento fuese un poco más grande, solamente para poder encontrarme a solas con Lucas y averiguar si había conseguido algo o no, ver algo.

En un momento, cuando retiramos la bandeja con la picada y nos disponíamos a servir la cena propiamente dicha, intenté preguntarle a Lucas, con señas y

miradas muy obvias, si ya tenía algo, él a modo de respuesta simplemente me miró torcido con la frente arrugada y me hizo señas de que la cortara con tanta insistencia.

En cuanto llegó la hora de retirar los platos para servir el postre, me dispuse a formularle una pregunta que no demandase de él más que un sí o un no, luego de susurrársela al oído, sin embargo no llegué ni a acercarme a él, cuando iba a levantarme para ayudarlo a sacar los platos sucios, mi padre me sentó otra vez sobre la silla empujándome por un hombro, y se fue a ayudar a Lucas. Nos quedamos a solas con mi madre, en la mesa, cruzamos un par de comentarios sin demasiada importancia y todo acabó cuando se sirvió el postre.

A la hora de preparar el café, ni siquiera hice el ademán de levantarme, apenas si giré la cabeza para comenzar el movimiento, cuando Lucas me advirtió con una mirada fulminante, que me quedase en mi sitio. Ahora, las tazas de café estaban vacías y de la bandeja de masas que trajeron mis padres, quedaban apenas media docena de dulces testigos.

Tomé la botella de vino, me serví un poco más, en silencio, les ofrecí a los demás; Lucas y mi padre me ayudaron a terminarla, o casi, en el fondo todavía quedaba un centímetro y medio de líquido.

Como si fuese agua, bebí un buen trago sin despegar los ojos de Lucas. El alcohol me irritó la garganta y el aroma del vino me llenó la nariz.

—Lucas hizo la mayor parte del trabajo, últimamente la cocina se le da mucho mejor a él que a mí —dije retomando la conversación que por un momento había quedado suspendida medio en el aire.

—¿Tú nos invitas y él cocina? —me increpó mi madre.

—No fue así, lo hicimos entre ambos, es que ella siempre desmerece todo lo que hace. Fue ella quien me dijo qué hacer y cómo hacerlo.

—De hecho, mamá, era una receta tuya.

—Me di cuenta.

—¡¿Ah sí?! —Exclamó mi padre para luego mirar a mi madre—. ¿Pero tenía algo diferente, no es cierto?

—Le puse cilantro —expliqué procurando mantenerme en mi silla sin reaccionar ante las despreciativas miradas de mi madre. Por lo visto estaba cien por ciento repuesta.

—Me pareció que tenía un gusto extraño.

—Fue una prueba... un experimento —soltó mi defensor.

—Quedó muy bien —opinó mi padre buscando conciliar; la sobremesa que hacía agua, si no cambiábamos de tema terminaríamos discutiendo.

Otra vez reinó el silencio.

—Bueno chicos, creo que llegó el momento de que nosotros nos retiremos y los dejemos tranquilos.

—No nos molestan papá—. Entré en pánico, no sabía si Lucas había logrado averiguar algo y no quería dejar pasar otro día más en ascuas—. ¿No quieren más café?

—Por mí no, muchas gracias.

Mi madre recusó a mi oferta sacudiendo las manos.

—Sí, tu padre tiene razón, ya se hizo tarde. Los ayudamos a recoger esto y nos vamos. Debes estar cansado, si apenas hace unas horas que llegaste de viaje y no has parado, cocinaste, nos atendiste...

Mi madre trataba a Lucas tal si fuese su hijo, su hijo consentido, su único hijo; no es que esto me diese celos de Lucas, no, no era eso lo que provocaba en mí sus atenciones hacía él, sino indignación, por qué tenía que dejarme a un lado así, me hacía sentir como si yo estuviese pintada en la pared. La verdad es que no sé qué es lo que me molesta más, si que me critique o que me ignore.

—Estoy perfectamente, Noemí; la cena no ha sido un esfuerzo, sino un placer.

—Siempre tan educado.

Mi padre y yo nos levantamos al mismo tiempo, mirándonos fijo, intuía que él se daba perfecta cuenta de cuanto me molestaba todo esto, y supongo que además sabía, que yo sabía, que a él tampoco le gustaba que me tratara así, pero que no podía hacer nada.

No era un secreto para mí, que mis padres hablaban de mí, cuando yo no estaba, más de una vez los oí discutir cuando ellos creían que no estaba por ahí, o que no los oía; mi padre siempre le repetía lo mismo que me decía a mí, que intentase mejorar la relación, yo le contestaba qué no sabía cómo, y mi madre le daba exactamente la misma respuesta.

Mi madre se despidió de Lucas con un beso en la mejilla y unas cálidas palmaditas en el hombro, a mí apenas si se me acercó.

Me despedí de mi padre con un fuerte abrazo y me quedé viéndolos entrar en el ascensor, Lucas iba a bajar con ellos para abrirles la puerta.

Lucas tardó lo que se me antojó una eternidad en regresar, para cuando atravesó la puerta yo ya había levantado la mesa y quitado el mantel.

—¿Y bien? —prácticamente lo acribillé con la pregunta en cuanto abrió la puerta.

—Creo que necesito una taza de café.

Me entró un frío horrible que no condecía con el clima veraniego del que

gozábamos.

Lucas llegó hasta mí y puso la cafetera.

—¿Pudiste ver algo?

Asintió con la cabeza mientras cargaba de café molido el filtro.

—¿Y?

—No sé muy bien qué decir —se llevó una mano a la nuca apartando sus ojos de mí—. Estoy mareado y me duele la cabeza. Fue muy difícil; nunca me había costado tanto intentar ver los pensamientos de alguien. La verdad es que nunca había intentado hacer algo así. Había trabas por todas partes, me dio la impresión de que su mente intenta olvidar muchas cosas; intentar seguir el hilo de sus recuerdos fue como intentar moverse por una telaraña pegajosa, me sentí igual que una mosca que queda atrapada. Hiciste bien en insistir en esto.

—¿Qué?- semejante confesión me tomó más que desprevenida. Que Lucas dijese que había sido una buena idea ver dentro de la mente de mi madre para averiguar qué le preocupaba, si era ese hombre de la fotografía o qué, suponía malas noticias; y yo que terminé por convencerme durante la cena, que si mi madre había pasado por un mal momento, éste ya había acabado.

Lucas tomó dos tazas de la alacena y las dejó a un lado de la cafetera que ya empezaba a soltar los últimos borbotones de café perfumando la brisa que entraba por la ventana.

—Siéntate, es mejor que discutamos esto con calma.

¡¿Calma?! ¿Qué calma? La mía acaba de esfumarse así sin más.

—No sé ni por dónde empezar —entonó con voz apagada mientras apoyaba la taza sobre la mesa—. Lamentablemente tengo la impresión de que lo que más importa es aquello a lo que no logré acceder, todo lo demás fue como una sombra, el reflejo de algo mucho más importante. Definitivamente hay algo referente a ese hombre que tu madre prefiere olvidar, no estoy seguro de por qué. Experimenté a través de sus ojos, el momento en que ella rompió las fotos, fueron pantallazos inconexos, llenos de emociones y sensaciones. A ninguna soy capaz de adjudicarle una razón; no sé por qué lo hizo, ella se sentía muy angustiada en ese momento, tenía también mucha rabia. Tu madre pensó en ese momento durante la cena.

—Entonces resulta evidente que todavía eso le preocupa.

—A partir de ahí me dediqué a buscar recuerdos; fue como si delante de mí se cerrara una puerta tras otra, cada camino que tomé acabó delante de un portón blindado impenetrable.

—¿Lograste ver más?

Se tomó un momento antes de contestar.

—Creo que lo vi a él.

—¡¿Al hombre?!

—Me pareció que eran sus ojos.

—¿En qué contexto lo viste, qué sucedía en ese recuerdo, qué sentía mi madre? — solté a toda velocidad con la sensación de que acababa de entrar en un tornado formado por corrientes de desesperación.

Mi mamá, qué le pasaba a mi mamá —pensé angustiada. Podíamos tener todas las peleas del mundo, podíamos llevarnos pésimamente mal y nunca coincidir en nada, pero ante la sospecha de que podía estar sufriendo, y quizá mucho, se me estrujaba el corazón y se me cerraban los pulmones al punto de que me resultaba extremadamente difícil respirar.

—No fueron recuerdos del todo claros, de lo que sí me percaté es de que en todos los casos en que él aparecía, estaban los dos solos, digo, solamente tu madre y él. Con respecto a lo que ella sentía en esos momentos... bueno, es un poco difícil de explicar, es más todavía no lo he sido capaz de interpretarlo, había mucha ansiedad, era algo salvaje.

—¿Salvaje? —Un montón de implicancias relacionadas con esta palabra me vinieron a la cabeza, en su mayoría cosas que yo no deseaba pensar sobre mi madre, así como esperaba que ella no las pensara de mí, no porque fuese imposible que existieran, sino porque formaban parte de mi vida privada, de quien era yo de mi cuerpo para adentro.

—Demasiado fuerte—. En los brazos se le puso piel de gallina; nunca lo había visto reaccionar así de ese modo, la preocupación se le notaba hasta en los ojos.

—¿Bueno o malo?

—Un poco de ambos. ¿Alguna vez te subiste a la montaña rusa?

—¡Eso qué tiene que ver! Lucas, por favor.

—Es que no encuentro otra cosa con qué compararlo, era una mezcla de miedo y emoción, claro que mucho más profunda que la que puede proporcionarte una atracción de un parque. ¿Lo entiendes?

—Supongo—. Admití; estar al lado de Vicente se había sentido así, al menos al principio, antes de que yo me diese cuenta de que estaba completa y absolutamente enamorada de él, luego también hubo emoción, pero no miedo. Lástima que nuestra montaña rusa había terminado por descarrilar—. Entonces... ¿mi madre tenía una relación con ese hombre?

—No vi nada de eso; es posible.

Me estremecí, resultaba extraño pensar en mi madre junto a alguien que no fuese mi padre.

—Bueno, podemos decir que salieron; ahora, tienes idea de cuándo fue eso.

—Ni la más mínima, no vi nada que pudiese tomar de referencia para decir que fue hace diez o treinta años, yo simplemente vi a un hombre de entre unos treinta y cinco o cuarenta años.

—Si nos guiamos por el resto de la fotografía y si consideramos que ésta es en blanco y negro tenemos que deducir que no fue algo reciente.

—¿Esperabas que viese a tu madre en la actualidad, con alguien más? Tu madre no le sería infiel a tu padre, lo quiere mucho.

—¿Viste eso también en sus pensamientos?

Lucas me miró torcido, sí, mi cuestionamiento había estado de más.

—No es necesario, son tus padres, deberías saber que se quieren mucho; si te deja más tranquila, sí, debo decir que vi que ella lo quiere mucho, quizá más que hace veinte años; ella ha sabido valorar su compañía y su amor.

—Bien, perfecto, mis padres se aman, de modo que no hay ningún tercero por el medio. ¿Pero que hay con ese tipo?, qué llevó a mi madre destrozar sus fotografías ahora, después de tanto tiempo.

—Tu madre siente miedo.

—¿Ahora? Es decir: ¿actualmente?

—Ahora, ayer... lo sintió durante la cena.

—¿Miedo a qué?

—No estoy seguro, creo que tiene que ver con él, o al menos me dio esa impresión. Te lo dije, todos sus pensamientos con respecto a él son difíciles de penetrar. Lo que los recubre es miedo.

Los dos nos quedamos mudos un buen rato. Yo tenía tantas cosas en la cabeza que apenas si lograba pensar. Hice un intento por procesar todo lo que Lucas me contara, pero con lo que sabía hasta ahora, para poco alcanzaba.

—¿Tenemos forma de saber si ha visto a ese hombre en estos días o algo? —extendí una mano hasta él sin embargo no llegué a tocarlo—. Lucas—. Lo llamé y me miró—. ¿Crees que puedas averiguar algo más si vuelves a penetrar en su mente? Lo que viste no nos dice mucho, y la verdad es que ahora estoy más preocupada que antes.

—Si veo algo más, sería de pura casualidad, ella no quiere pensar en él, constantemente se esfuerza por mantenerlo alejado.

—Si esa lucha es constante, entonces es probable que en algún momento puedas pescar más. Puedo intentar sonsacarle algo a mi madre, pero dudo que resulte, ella jamás me comentaría nada, y si es como tú dices, que ella no quiere ni pensar en él, pues entonces lo veo muy difícil. No entiendo nada, sinceramente esto no parece algo que pudiese estar pasándole a ella, es decir:

que yo sepa jamás le sucedió nada malo, nada que pudiese atemorizarla resurgiendo del pasado en esa forma. Hasta lo que sé tuvo una buena vida, una vida normal. Mi padre tampoco debe saber nada de eso que la atemoriza, sino no me hubiese pedido que hablase con ella; él tampoco debe tener ni la menor idea de lo que está sucediendo aquí.

—Quizá fue algo que le sucedió cuando aún no lo conocía.

—¿Y por qué no se lo contó jamás? Si es así de importante, por qué no confió en él.

—Todo el mundo tiene secretos, Eliza.

—No me imagino qué puede ser.

—No quiero preocuparte todavía más, pero necesito ser sincero contigo. No me preguntes por qué, porque no puedo darte un justificativo preciso, el caso es que presiento que esto también te involucra y no me gusta, no me gusta nada. Intentaré llegar al fondo del asunto, así se me parta la cabeza de dolor por intentarlo —agregó con un jadeo—. Es una verdadera pena que los analgésicos no me sirvan de nada; como me gustaría poder tomarme una pastilla o dos para poder deshacerme de este dolor. Lo que daría por poder dormir un poco, tan solo un poco —musitó en un tono quejumbroso, luego cerró los ojos y volvió a agarrarse la cabeza.

Aparté la silla, me levanté y fui a sentarme a su lado. Le rodeé los hombros con mis brazos en un amago de abrazo, él apoyó su cabeza contra mi pecho y yo terminé de envolverlo. Todo esto estaba tan mal.

Lucas se quejó de dolor un par de veces más, pero poco a poco, su cuerpo se fue relajando, sentí en mis brazos y en mis manos, como sus músculos perdían el tono agarrotado; su cuerpo que en un principio estaba más caliente de lo normal (de lo normal para él) se fue entibiando. Cuando levantó la cabeza, una media hora después, las arrugas de ansiedad de su cara se habían alisado un poco.

Esa noche, nos acostamos juntos en mi cama, creo que ninguno de los dos descansamos demasiado; al menos, la compañía que nos hicimos, nos ayudó a serenarnos.

14.

Preocupación.

Me despertó el calor. Tenía la remera pegada a la espalda y toda enroscada en el torso, sobretudo a la altura de la cintura; sentía la humedad debajo de mi

nuca, en mi cabello enmarañado y en la almohada. La sabana había quedado arrugada debajo de mis piernas y los brazos me picaban de sudor. Por un tiempo, no puedo especificar cuanto, permanecí con los ojos cerrados, a través de los papados me llegaba el brillo de la luz del sol. Presté atención y me percaté de que el departamento estaba en silencio. Rodé sobre mí misma y estiré los brazos buscando a Lucas. Abrí los ojos al no encontrarlo.

La persiana no estaba del todo baja, quedaba un espacio de unos veinte centímetros entre el piso y la última tabla de madera, razón por la cual entraba el sol y también el calor. La puerta del cuarto estaba entornada, Lucas debió cerrarla cuando se levantó, para no despertarme.

Me incorporé y me peiné el pelo con las manos para hacerlo un nudo en la coronilla, los cortos pelitos de la nuca y los que se me iban para la frente y las patillas estaban empapados, así mismo también la parte posterior de mi remera, sentí el fresco de la humedad sobre mi piel cuando por la ventana, entró una corriente de aire, que si bien no era fría, hizo que me diese un escalofrío.

Refregándome la cara, en especial los ojos, me levanté y abrí la puerta, encontré a Lucas sentado sobre el sofá, reclinado hacia delante, con los codos en las rodillas y el celular entre las manos (era un celular nuevo, el otro había pasado a mejor vida unos días atrás).

Lucas se volvió hacia mí y me dio un suave buen día.

No tenía idea de la hora pero intuía, por el sol y el calor, que debía ser media mañana.

—No debiste dejarme dormir tanto, ¿qué hora es?

Lucas volvió a mirar su celular.

—¿Once y media? —Se levantó empujándose con las manos sobre las rodillas

—. Te veías agotada, me pareció bien dejarte descansar.

—¿Qué tal estás tú?

—Ya estoy bien —aproximándoseme por la espalda, me dio un beso en la mejilla.

Otro escalofrío, pero éste mucho más fuerte que el que me había dado tan solo un par de minutos atrás, me asaltó. Me estremecí.

—Esto es tan frustrante.

Lucas me puso una mano en la cintura.

—Sé que estás preocupada, yo también lo estoy; lo prometo, lo resolveremos

—me susurró al oído y me abrazó rodeándome la cintura también con su otro brazo. Encorvándose sobre mí, apoyó su mentón sobre mi hombro—. Hueles

muy bien esta mañana.

Sin querer, me puse algo tiesa.

—Qué estás diciendo, si soy un asco, estoy toda transpirada.

—Para mí estás perfecta—. Me dio otro beso en la mejilla muy cerca de los labios, finalmente me soltó, medio a regañadientes creo, supongo que se dio cuenta de que yo no estaba de humor para ese tipo de cosas, nuestra relación se había quedado congelada y sin duda, este no era el momento de intentar hacerla entrar en calor, yo tenía demasiadas cosas en la cabeza como para poder ocuparme de esto ahora.

—Sí, claro; la verdad es que me siento horrible —dije para hacerlo sentir menos mal, esperaba convencerlo de que no lo despreciaba—. Tengo un agujero en el estómago y se me parte la cabeza—. Nada más lejos de la verdad.

Lucas dio un paso atrás y se apoyó contra una de las sillas que rodeaban la mesa y desvió su mirada de mí. Su rostro no demostraba ningún sentimiento en particular sin embargo yo de sobre sabía que a él cada rechazo mío le dolía igual que una puñalada en el corazón.

—Con quién hablabas—. Alzó sus ojos a mí—. En el celular, digo. ¿Le estabas mandando un mensaje a alguien?

—A Ariel, quería hablar con él. No contesta.

—¿Qué pasa, te salió trabajo?

—No, lo llamé para preguntarle si había alguna novedad sobre tu caso. No me quedaré tranquilo hasta que estés a salvo, incluso cambiando... —se movió dando media vuelta para rodear la mesa, pero al final, se detuvo al costado de la heladera—. ¿Permitirás que cuide de ti?

—¿Sólo si tú me dejas que yo cuide de ti?

—Nunca me permitirás velar por ti —soltó con una risa seca—, te crees de acero.

—Ojalá lo fuese, pero ese no es el caso.

—Pasará un tiempo hasta que seas completamente independiente dentro de mi mundo.

—No me alegra el dato, pero lo entiendo.

—Tendrás que confiar en mí.

—¿Eso quiere decir que vas a evitar contarme algunas verdades? ¿Lo estás haciendo ahora, no es así? Hay algo que no me estás contando y yo debo confiar en ti —dejé la taza sobre la mesada—. Odio que me oculten cosas, el mundo sería mucho más fácil de sobrellevar si la gente se dijese la verdad

siempre.

—La verdad no es la solución para todo.

—Ocultarla no debería usarse a modo de solución.

—En ocasiones es lo mejor que podemos hacer.

—No vas a contarme qué sucedió durante la noche, qué fue lo que motivó esta conversación que estamos teniendo ahora, ¿no?

Lucas negó con la cabeza.

—¿Crees que algún día te lo voy a agradecer?

—Hago las cosas porque quiero, porque me importa lo que te suceda, no me interesa si mañana vas a agradecerme o no —articuló poniéndose serio—. Nada de esto te pone en deuda conmigo; no tengo intención de hacer que una deuda nos una.

—No te lo pregunté por eso, es que simplemente creo que la confianza debería ser mutua, es todo.

Lucas avanzó hasta mí, se frenó delante de mis pies, me estampó un beso en la mejilla y se apartó nuevamente.

—Salgo, tengo cosas que hacer; de regreso voy a pasar por casa de tu madre para intentar averiguar algo más. ¿Te importa quedarte sola un rato?

Me encogí de hombros.

Lucas tomó su celular de encima de la mesita de café, también se hizo de las llaves de su Mini Cooper, y su juego del departamento.

—Te amo. Confía en mí, por favor.

Eso es fácil de pedir y difícil de dar; sobre todo cuando te han roto el corazón, o peor aún, cuando te lo han robado.

Angustiada, preocupada, con de mal humor y dolor de cabeza, rondé por el departamento hasta caer en el baño para ducharme.

Salí del baño envuelta en una toalla. Todavía tenía la piel húmeda lo cual resultaba refrescante. El baño sin duda me había sentado bien, al menos físicamente.

Imprimiendo huellas de agua en el piso llegué hasta mi cuarto, levanté la persiana y arranqué las sábanas de la cama y las llevé a la cocina para meterlas en el lavarropas, junto a un buen montón de ropa mía, también había otra tanta de Lucas para lavar, de modo que cargué el lavarropas y fui a vestirme.

Al terminar de ocuparme de las cosas de la casa, encendí la computadora.

Para completar mi aspecto incliné la cabeza hacia abajo, y peinándome el pelo

con los dedos lo recogí en una cola algo floja, que al enderezarme, me dejó las puntas del cabello, que ya empezaban a enrrollarse, a la altura de los omóplatos. Mi cabello había crecido mucho durante estos últimos doce meses. Entre una cosa y la otra, las visitas a la peluquería habían quedado en el olvido, no es que yo fuese del tipo que va todas las semanas a hacerse algún tratamiento, a peinarse ni mucho menos, es más, lo mío se reducía a esporádicas visitas semestrales, para recortar un poco las puntas, pero desde que terminé con Cristian, ni siquiera me había acercado al local de la peluquera de confianza de mi madre, para recortarlo. Cuando terminé con Cristian estuve a punto de sufrir uno de esos típicos impulsos femeninos de hacerme un gran cambio, en mi caso, básicamente tenía ganas de raparme, pero demoré tanto la decisión final, que en conclusión, el cambio nunca llegó.

Por un momento me quedé pensando en que cuando Vicente se fue, no sentí ese impulso, así de poco humana me había dejado él; ya no me importaba mi peso, ni cuan largo o lindo estuviese mi cabello, el único cambio que yo necesitaba hoy, era exactamente el mismo que únicamente él podía darme... el cual se negaba a darme.

—¿Con qué derecho? —despotriqué en voz alta. Con qué derecho me negaba él algo sobre lo cual no tenía potestad alguna—. Mi alma es mía—. Él ya se quedó con mi corazón; yo puedo hacer de mi alma lo que se me antoje. De repente, mis ganas de descargar toda la bronca que sentía, se dirigieron a él, pensar en sus actitudes, tanto las que tuvo para conmigo cuando estábamos juntos, como las que tuvo después cuando me dejó me roían por dentro en un odio sanguinario. Miento, aquello no era odio, intenté sentirlo y no funcionó. El agujero en mi pecho al que llevaba mucho tiempo procurando ignorar, se abrió todavía más, demostrándome que aún sangraba.

No volví a verlo ante mí, tal como me sucediera un mes atrás, pero lo vi dentro de mí y experimenté el enloquecedor estremecimiento que provocaba su tacto sobre mi piel.

Sin querer le abrí la puerta a su recuerdo, porque yo lo quisiera o no, continuaba necesítándolo tanto como el día en que me dejó.

Procurando ignorar su mirada que grabada en mis retinas se negaba a abandonarme, abrí el navegador y fui directo a chequear mis mails; rogaba tener alguna novedad de Trueba o de su secretaria, me vendría sumamente bien tener cualquier cosa con lo que distraerme al menos por un par de minutos, no quería que el recuerdo de Vicente dejase inutilizable las pocas neuronas que aún me quedaban. Salvo un par de mensajes de correo basura, una cadena

tonta de esas que supuestamente tienes que reenviar para que te dé buena suerte —caso contrario la mala fortuna caerá sobre ti por los siglos de los siglos— no tenía nada.

Abrí el cuadro de mensaje nuevo y le escribí unas cuantas palabras a Susana, el ánimo no me daba para llamarla por teléfono y preguntar sobre su embarazo, pero hacerlo en un texto, vía mail, resultaba mucho más sencillo (más impersonal también); al menos de este modo me era posible controlar y acortar la comunicación. Sinceramente no tenía demasiadas ganas de discutir mi situación actual, ni mi trabajo, ni la familia, ni mucho menos mi vida personal, y si bien Susana ya hallaba al tanto de todas aquellas cosas sobre las que yo no podía conversar con nadie más, prefería evitar hacerlo con ella, Susana tenía un esposo y estaba en camino de formar una familia, mientras más alejada la mantuviese de toda esta locura, mucho mejor.

Le mandé un mensaje que al final terminó siendo mucho más largo de lo que creí que sería, y cerré mi casilla de mail.

Pasé un rato contemplando sin demasiado interés, la pantalla en la cual figuraban noticias de actualidad nacional y mundial.

Como prueba de que tenía demasiado tiempo libre, y que la mayor parte de éste lo pasaba en casa vagueando, caí en la forma más común en la que últimamente solía perder el tiempo. Entré en Google y me dispuse a rastrear a mi nuevo jefe —cualquier cosa antes de dar rienda suelta a los descabellados impulsos de mi cerebro por ponerse a maquinando teorías sobre los asuntos que me preocupaban—, me hice de la firme idea de no especular con lo que pudiese estar viendo Lucas en este momento dentro del cerebro de mi madre, si es que ya se encontraba con ella; por otra parte, no tenía demasiado sentido amargarme con lo que fuese que Lucas me ocultaba, tarde o temprano terminaría averiguando si no todos, al menos mucho de los secretos de su mundo; si todo salía según lo planeado, tendría toda la eternidad para desvelarlos, ¿entonces, por qué la prisa?

Tipeé el nombre de Trueba y con la flecha del mouse presioné el botón de buscar, pero detuve la acción en seguida; arrepentida, presioné el de “voy a tener suerte”. No la tuve, los Trueba que aparecieron nada tenían que ver con mi jefe. Me extraño que un hombre dueño de un negocio importante conformado por varios viñedos alrededor del mundo, no figurase siquiera en algún artículo de una revista especializada, o de la parte económica de algún diario, o al menos en un registro de comercio o algo así. Luego de pensar en ello un momento, llegué a la conclusión de que la falta de información sobre él

en un medio tan masivo como la red, debía ser por eso mismo, porque era masivo y él, como hombre de negocios, y seguramente de mucho dinero, debía esforzarse por hacer todo lo posible para evitar que su nombre o sus datos personales, se filtraran en un ambiente desprovisto de seguridad. La idea no era para nada descabellada, era un asunto de seguridad; raptos, chantajes, robos, espionaje... quién sabe a cuantas otras cosas más corría riesgo de enfrentarse un hombre como él. No por entender que ni una sola palabra era dicha, o mejor dicho: escrita, sobre su persona, me sentí menos desilusionada ante mi intento de entrenarme por un rato.

Me levanté, me serví un buen vaso de agua fría, y como ya era pasado el medio día, me preparé un sándwich; volví a sentarme frente a la computadora. Esta vez intenté con el nombre de la empresa con la cual yo había firmado contrato; otra vez nada, los buscadores pueden soltar muchos datos verdaderamente inservibles si uno no sabe exactamente cómo buscar. Rezongando, probé con el nombre de la empresa y el rubro al que ésta se dedicaba; nada.

Le arranqué un mordisco al sándwich y decidí tomar otro camino. Tipeé el nombre de la bodega a la que la secretaria de Trueba me había mandado para completar la compra de la misma, quizá desde allí, lograrse encontrar algo.

¡Bingo!

Encontré un artículo de un pequeño semanario de la zona, del cual se estaba haciendo eco un diario más grande de la capital de esa provincia. En resumidas cuentas, el texto exponía la compra de la bodega de la bodega familiar que por años y años fue sustento el orgullo de la mayoría de las familias de la región, a manos de una empresa —presumiblemente— multinacional, impersonal y despiadada (no eran las palabras exactas, pero sí la intención del autor, describirla de dicha manera). Las criticas a los nuevos dueños, que según decía, se habían hecho de la bodega aprovechándose de la mala situación económica de sus dueños, y de la falta de recursos de ésta para hacer frente a deudas muy antiguas cuyos intereses superaban en sospechosos varios ceros en comparación del patrimonio mismo de la bodega, no terminaban ahí. Sin pelos en la lengua, se culpaba a la empresa de haber fomentado el reclamo del plago de esa deuda, incluso moviendo hilos corruptos, para amenazar con un pedido de quiebra, pese a que la bodega llevaba casi una década, aumentando su producción y la calidad de la misma, año a año.

Según anunciaba el artículo, la venta aún no había sido concretada, y por eso

se llamaba a los habitantes de la región y a las autoridades de la provincia a movilizarse para defender el patrimonio de tan emblemática empresa.

S.A.C. Enterprises, ese era el nombre de la multinacional que figuraba como posible compradora de la bodega, pero ese no era el nombre de la empresa de Trueba que me había contratado a mí. En este momento me maldije a mi misma por no haber averiguado lo suficiente sobre con quién estaba trabajando, no tenía idea de si S.A.C. Enterprises tenía algo que ver con la compañía para la cual yo había firmado; no había sentido curiosidad por saber nada de mi trabajo, básicamente porque creía que este lazo laboral no duraría mucho, pero ahora, luego de leer estas palabras, y ante la perspectiva de ponerme a especular sobre las lecturas mentales de Lucas sobre mi madre, averiguar sobre una empresa multinacional que se había granjeado la fama de robarle a un pueblo su orgullo y su identidad, resultaba una cortina de humo perfecta para engañarme a mi misma. Luego de un rápido examen del sitio descubrí que no se mencionaba por ninguna otra parte, a la multinacional. No sé si esperaba encontrar un link directo a qué, pero eso no importaba, allí no había nada más. Regresé al Google y comencé una nueva búsqueda, S.A.C. Enterprises. Hice *click* y parpadeé.

La pantalla se llenó de *links*, lo que hizo que me diese un subidón de adrenalina. Eran páginas en inglés, otras estaban en alemán y creo que detecté una con texto en francés. Para ser ordenada, cliqueé sobre el primer link y ahí... ahí sobrevino la debacle. El Explorer se trabó, la pantalla se puso en blanco y la barra de dirección se llenó de cuadraditos de líneas negras, equis, barras diagonales y puntos, acto seguido desapareció todo y la pantalla se tiñó de un vibrante azul. La computadora emitió un sonido que no me gustó nada y finalmente se apagó. La luz del monitor quedó titilando frente a mi mirada atónita. A Lucas le iba a dar un ataque cuando viera que acababa de arruinar uno de sus juguetes tecnológicos favoritos.

Y así se corrió la cortina de humo. La computadora se negó a encender otra vez.

Ahora a demás de todas las preocupaciones que ya tenía, soportaba el cargo de consciencia por haber roto aquel aparato.

Llegó un punto en mi vegetativa existencia, en que ya no me soportaba a mí misma.

Mis días venían de mal en peor y la soledad, al contrario de lo que siempre creí, no me ayudaba en nada. Así como estaba, vestida demasiado de entre

casa, tomé mi bolso, las llaves de la camioneta, las del departamento y salí en dispuesta a dirigirme directo hacia la casa de mi madre; la espera me estaba matado.

El sol me abrazó la piel en cuanto puse un pie de la vereda más allá de la fresca sombra de hall de entrada del edificio. Mi camioneta se encontraba estacionada justo frente a mí, detrás había quedado un espacio libre, el que dejara Lucas al llevarse su Mini. La calle estaba tranquila, apenas si había algo de tránsito. Desactivé la alarma con el control remoto y preparé las llaves y fue entonces cuando sin previo aviso, lo sentí; no estaba sola. Casi me desnucó para mirar hacia un lado y al otro sin encontrar nada; apuré el paso, y me metí dentro de mi camioneta a prueba de demonios.

Metí la llave en el encendido y puse primera mientras espiaba por el espejo retrovisor: no divisé nada extraño o fuera de lugar. Antes de arrancar saqué el celular de mi cartera y lo dejé entre mis piernas, preparada para pedir auxilio en caso de que fuese necesario. Me abroché el cinturón de seguridad y partí. En cuanto salí al tránsito me puse en alerta, no vi ningún auto saliendo tras de mí ni nada por el estilo, de todos modos eso no ayudó a que se me pasara la sensación de tener compañía no humana rodeándome.

Llegué a casa de mi madre sin haber sido testigo de nada fuera de lo normal, de todas maneras, por las dudas, antes de bajar de la camioneta, examiné los alrededores. Nada, todo estaba tranquilo. Tomé mis cosas y bajé. Al cerrar la puerta me percaté de la presencia del automóvil de Lucas estacionado un par de metros más adelante, casi en la esquina.

Tiré el celular dentro del bolso otra vez, y busqué el llavero, allí junto con las de mi departamento estaba un juego de las puertas de la casa familiar.

—¿Tienes un momento? —me preguntó una voz femenina por encima de mi hombro derecho. Las llaves se me escaparon de los dedos otra vez a causa del salto que di.

Di media vuelta. Allí, literalmente de la nada había aparecido una joven mujer. Su rostro no me era completamente extraño, y mucho menos sus profundos y enigmáticos ojos grises. En algunos aspectos puede que sí esté loca, pero hasta ahora, cada vez que he sentido que alguno de ellos anda cerca, es por que es así.

—¡¿Lucía?!—. Recordaba su nombre perfectamente bien. También recordaba su gran altura y el estilo que tenía para vestir; esta vez llevaba unos simples jeans de un azul casi negro con cierres en las pantorrillas, combinados con una remera de estilo roquero pero con un toque de glamour evidente en las

lentejuelas que brillaban sobre su pecho, calzaba zapatos de tacón. En la muñeca derecha llevaba una docena de pulseras plateadas, y por la izquierda, dentro de su puño, asomaban un juego de llaves de un automóvil y un celular de última generación, idéntico al mío. Su leonina melena rubia libre a la brisa ondeaba como en un comercial de shampoo. Por un fugaz segundo volví a sentirme tan insignificante como una hormiga; ¿dejaría de sentirme así frente a los demonios, cuando yo también fuese una de ellos?

—Te acuerdas de mí.

—¿Me seguías? —no se lo pregunté a modo de acusación, solamente deseaba descartar la presencia de otros demonios menos amistosos, eso es todo; igual mi tono sonó a la defensiva. Bien, no intenté aclarar que no le planteaba una guerra, tampoco quería que pensara que yo iba a tener una actitud sumisa con ella.

—Te encontré de causalidad.

—Sí, seguro. No voy a preguntarte cómo es que sabías que era yo, de hecho me figuro que conoces perfectamente bien el lugar en que vivo y el automóvil que manejo.

Lucía se sonrió aceptando que conocía aquellos datos personales míos.

—Aunque me figuro que no necesitaste de ninguno de esos datos para encontrarme, ustedes tienen otra forma de encontrar lo que buscan; dime, cuál fue esa casualidad que te llevó hasta mí, y por qué estás parada ahora frente a mí.

—¿No te molesta mi presencia, o sí?

—¿Qué quieres?—intenté estirar un poco más la espalda para así no tener que alzar tanto la vista, en condiciones normales, de humano a humano, el que fuese casi una cabeza más alta que yo —quizá sin tacos fuese solamente media — ya de por sí, me hubiese hecho sentir en inferioridad de condiciones, pero encima siendo ella un demonio, que fuese tan alta e imponente ahondaba todavía más en mi resurgido complejo de inferioridad—. ¿Vas a amenazarme para que me aparte de tu mundo? —le espeté sosteniéndole la mirada desde abajo. ¡Al cuerno con la diferencia de altura! Que se animara a ponerme las manos encima; no le tenían miedo.

Se sonrió otra vez.

—La vida no es tan sencilla, ni siquiera para los demonios.

—La última vez...

—La última vez no planteé el problema del mejor modo.

—Dejémonos de rodeos y hablemos claro, supongo, por tus poderes, sean

cuales sean, ya sabes que a mí me gustaría terminar aquella discusión que empezamos en su momento y que nos vimos obligadas a dejar inconclusa, ahora dime, a qué viniste.

—No a encontrarme contigo, te lo aseguro, esta ha sido una agradable sorpresa, es todo.

—¿Quién eres y qué quieres? —le espeté. Me estaba sacando de mis casillas.

—Ya sabes mi nombre.

—Bien —di un cuarto de vuelta—, sabes algo, no tengo tiempo para este tipo de juegos, si tienes algo que decirme dílo ahora, o de otro modo...

—Lucas y yo quedamos en encontrarnos aquí a esta hora. ¿Te importa?

Algo extraño se removió en mi interior. Fue como si de repente hubiese crecido un enorme gusano dentro de mí, y éste, ante el estímulo de la voz de Lucía (y también, por qué no admitirlo, de sus palabras) se retorció sobre sí mismo hacia un lado y al otro, una y otra vez. Lentamente, regresé a la posición que había mantenido hasta no más de cinco segundos atrás y la enfrenté. Me salió un “¿qué?” débil y tembloroso.

—Lucas me pidió que nos encontrásemos aquí a esta hora 1repetió como si yo fuese una estúpida que no puede entender una frase de diez palabras.

—¿Para qué?

Lucía alzó las cejas y abrió los ojos.

—Obviamente no estás al tanto de nada.

Oí que la puerta se abría a mis espaldas. Me hice a un lado y giré la cabeza. Lucas salió de la casa de mis padres; estaba sólo y su rostro reflejaba sorpresa y contrariedad.

Lucía lo saludó con un simple hola, pero Lucas no le devolvió el saludo, que para mi desgracia, sonó demasiado familiar; evidentemente no era la primera vez, desde la noche de aquel primer encuentro, que ellos dos se veían. Mi cerebro se puso a maquinarse historias de lo más variopintas, a toda velocidad, historias que los tenían a ambos como protagonistas; la criatura volvió a retorcerse en el interior de mi cuerpo, por un segundo me vino un flash de la primer película de Alien: la asquerosa y gelatinosa criatura iba a salir de dentro de mí luego de mordisquear mis entrañas con sus pequeños pero filosos dienteitos de piraña, y ojalá la devorara a ella.

Lucas avanzó hacia mí y mientras lo hacía tendía una mano en mi dirección. Su palma fue directa a posarse sobre mi hombro derecho; por un segundo tuve el instinto de apartarme, no llegué a concretar la acción. Empecé a sentirme igual que si hubiese sido engañada en más de una forma; sé que no tengo derecho a

reclamar nada, puesto que entre nosotros no hay nada definido y de que yo continuó soñando, casi todas las noches, con otra persona, aun así, la presencia de Lucía, metida entre nosotros dos hizo que mi estabilidad se tambalease desde sus mismísimos cimientos.

—Dejé mi auto lejos de aquí, ¿nos vamos en el tuyo? —le preguntó Lucía a Lucas en un tono muy familiar y despreocupado.

Otra vez, Lucas pasó de responderle, me miró.

—Este no es el mejor lugar, ¿nos sigues?

¿El mejor lugar para que me diese la explicación que al menos en un aspecto me merecía?! grité dentro de mi cabeza—. ¿Qué los siguiera? —eso significaba que se iban a ir los dos juntos en su automóvil. Está bien, lo acepto, no era muy buena idea que ni mi camioneta ni su auto quedasen frente a la casa de mis padres, ya qué estos se preguntarían que nos habría sucedido, por qué nuestros vehículos habían quedado allí, pero de todos modos no me hacía la menor gracia que se fuera con ella y me dejara sola, por más que me pidiera que los siguiera con mi camioneta.

—Eliza, alguien puede vernos, tenemos que irnos ahora.

Yo no me moví ni reaccioné, es por eso que Lucas se dirigió a Lucía y le pidió que lo esperase en su Mini, le indicó donde estaba y le dio las llaves, acto seguido, me tomó a mí por el codo derecho y me guió hasta mi camioneta.

—Te debo una explicación —comenzó a decir al tiempo que me arrebatava las llaves para abrir la puerta del lado del conductor—; no podemos hacerlo aquí —. Abrió la puerta y se quedó esperando que entrara. De lo que yo menos ganas tenía en este momento, es de hacerle caso.

—¿Qué significa esto? ¿Esto es lo que no podías contarme de tu mundo?

Lucas volvió a cerrar la puerta, pero no del todo.

—No es lo que te imaginas.

—Quisiera tener tus poderes —mascullé entre dientes, estaba enojada, furiosa, con razón o no, pero lo estaba y no podía controlar la bronca que me subía por el pecho para copar mi cuello. Una bronca desmedida me estaba ahogando.

—Créeme que si supieras cómo es realmente ser así, no lo desearías nunca.

—No me des sermones, no eres quién.

—Por favor —por un segundo me miró fijo, como insistiendo, no rogaba, tenía el rostro duro, contraído y con una mueca casi de enfado—, sube a la camioneta y síguenos, te daré la explicación que necesitas cuando estemos fuera de la vista de todo el mundo —dijo en un tono más conciliador aflojando su frente y mejillas. Guardó silencio un momento y al ver que yo no me movía

pronunció mi nombre—. Por favor.

Le arranqué las llaves de las manos y sin decirle una palabra me subí a la camioneta. Las manos me temblaban, por lo que me costó insertar la llave en el encendido. Lo seguí con la mirada mientras caminaba hacia la esquina y entraba en su auto; me hizo una seña antes de cerrar la puerta. Puse la camioneta en marcha y esperé hasta que él hiciera el primer movimiento. Apretando los dientes, los seguí.

Ni siquiera me fijé hacia dónde nos dirigíamos. No puse ni la menor atención en el nombre de las calles, ni las calles en sí, todo lo que pasaba al otro lado de las ventanillas, menos el automóvil que seguía muy de cerca intentado ver lo que sucedía dentro de éste, no tenía absolutamente ninguna importancia; las casas, los negocios, los automóviles y la gente bien podían haber sido formas pintadas sobre un telón en movimiento.

Mi estado de shock era tal que no me sentía yo misma. Estaba enojada, dolida, horrorosamente celosa, nerviosa e intrigada. Un demonio me había engañado una vez ya, por lo que sospechar que un segundo podía haber hecho lo mismo me hacía sentir como una idiota. No estoy segura de que Lucas me hubiese engañado de algún modo, pero lo que sí sé es que me mintió, me ocultó que se había estado viendo con Lucía y eso me erizaba los pelos, igual que un gato enojado; tenía ganas de dar zarpazos, de morder, lástima que dentro de la camioneta no había nadie más que yo; descargué mi enfado con el volante, apretándolo, clavándole las unas hasta que los dedos me dolieron.

Gruñí apretando los dientes y solté unos cuantos insultos. ¡Por Dios que estaba furiosa! Pensándolo fríamente, puede que exagerase; es que me resultaba imposible contenerme. Cada minuto que pasaba manejando detrás del Mini de Lucas tan solo servía para incrementar esa bronca ciega que se apoderaba de mí.

Finalmente, no sé después de cuanto tiempo, la guiñada del lado derecho del Mini de Lucas se encendió, y acto seguido, la luz de freno también. Estábamos a mitad de cuadra, había mucho espacio vacío junto al cordón, en el que se podía estacionar. Al instante reparé en que el cordón estaba pintado de amarillo: era la entrada al estacionamiento de un edificio moderno. La construcción contaba con la altura de un edificio de tres o cuatro pisos, amplios ventanales confundían la distribución de los departamentos; no logré comprender si eran dos, tres, o cuantas las plantas; lo que sí era evidente, es lo flamante de la estructura, es más, me pareció que siquiera estaba terminado.

Un enorme portón plateado se alzó íntegro hacia el techo interior, dejando a la vista un amplio espacio de estacionamiento.

El moderno automóvil de Lucas trepó la vereda y se acomodó contra la pared izquierda del estacionamiento dejándome a mí suficiente espacio para meter mi camioneta.

Todavía no había terminado la maniobra, cuando el portón comenzó a bajar haciendo que la luz mermara poco a poco. En cuanto apagué el motor, se hizo patente el silencio sepulcral de aquel lugar. Quité las llaves del encendido y las arrojé dentro de mi bolso. Me costó tomar la decisión de salir de la camioneta. Lucas y Lucía ya estaban fuera, cada uno todavía del lado por el que había bajado; se hablaban mirándose a las caras por encima de techo del auto. No oí lo que decían, ni pude leer sus labios, tampoco sus expresiones; bien, Lucía estaba de espaldas a mí, pero a Lucas lo veía perfectamente bien.

Inspiré hondo y estrujando la manija de mi bolso, abrí la puerta.

El frío y la humedad del lugar me llevaron por delante. Sentí el olor del material todavía fresco, astringente y áspero, tan característico del cemento, también olía a pintura y a madera.

Delante de nuestros vehículos quedaba espacio para dos automóviles más y luego se encontraba una pared a la que llegaban anchos caños pintados, unos de rojo, otros de amarillo; divisé unos medidores, lo que me pareció una enorme caldera y una especie de motor pintado de azul, por detrás de Lucas, en la pared derecha, no había más que una puerta plateada, probablemente de acero y aluminio con un brillante cartel verde que decía “salida” en letras blancas.

Lucía se dio vuelta y me miró sin decir nada, le sostuve la mirada hasta que Lucas me llamó.

—Es por aquí —dijo señalando la puerta.

Lucía fue por delante del auto, yo, por la parte trasera. Lucas abrió la puerta tirando hacia nuestro lado y se quedó sosteniéndola, Lucía fue la primera en pasar; era mi turno, pero Lucas me detuvo agarrándome por la muñeca derecha.

—No me odies —me pidió en voz muy baja.

—¿Tengo razones para odiarte?

Negó con la cabeza.

—Bien, genial —siseé en un tono de lo más cínico y tironeé de mi brazo para liberar mi muñeca de su mano.

Lucas me soltó en cuanto sintió el tirón.

Inspirando hondo, di un paso al frente para entrar en lo que enseguida me di cuenta, era el hall del edificio. A mi derecha, Lucía encontraba parada frente a la puerta abierta de un amplio ascensor de paredes espejadas, a dos metros de ella, había otra puerta, pero no la de un ascensor, quizá fuese al entrada a una escalera, o la salida a la parte posterior del edificio, no lo sé.

Lucas apoyó su mano contra la parte baja de mi espalda y me indicó el ascensor. Lucía entró en este y se acomodó contra una de las esquinas, yo me apretujé contra la otra, evitando mirarla, Lucas se paró en medio de nosotras dos y presionó un botón, no presté atención a cual, en lo que sí reparé fue que el edificio estaba compuesto por tan solo dos plantas.

El marcador luminoso rojo a unos diez centímetros de la cabeza marcó el uno, luego el dos y allí en este último, el ascensor se detuvo. La puerta de acero se abrió al medio.

Lucas giró un poco la cabeza y me miró por encima de su hombro derecho.

—Llegamos —anunció con un amago de sonrisa que no me despertó ni la menor compasión.

Fue él el primero en salir de la cabina; Lucía me cedió el turno.

No tuve demasiado tiempo ni tampoco había demasiado que examinar en el angosto y diminuto palier.

Lucas abrió la puerta del departamento y la luz me segó.

—Adelante.

—¿Qué es esto?

—Mi departamento.

—¿Tu departamento?—. Dejándolo parado junto a la puerta, entré. No cabía la menor duda, era su departamento; su gusto, sus manías y los recursos ilimitados con los que contaba, se notaba a simple vista. Modernidad, tecnología. Equipamiento de última generación, lo mejor de lo mejor, tanto en mobiliario como en electrodomésticos. Una pantalla enorme, un equipo de música que me parecía haber visto antes... Lucas había mudado las cosas que tenía en casa de Vicente a este departamento.

Era un loft, un loft amplio, increíblemente luminoso y moderno, decorado con buen gusto y simpleza. A mi izquierda estaba la cocinan de muebles negros y modernos artefactos, una cocina gourmet.

Al otro lado había una mesa muy larga, también negra, con sillas negras, al fondo sillones desproporcionalmente enormes y una mesa de café que combinaba perfectamente bien con todo lo demás.

Mientras examinaba el lugar noté que Lucas y Lucía se movían detrás de mí,

pero no me di vuelta. Ahora estaba todavía más impresionada que antes: ¡Lucas tenía un departamento puesto en la ciudad y no me había dicho ni una sola palabra! ¡Estaba viviendo conmigo en mi departamento, tenía esto y no me había dicho una sola palabra!

Me dieron ganas de gritar.

Avancé hacia el ventanal, de refilón noté que había una laptop muy moderna, plateada y extremadamente fina, sobre la mesita del café, sobre la pared derecha, en un mueble de caño y vidrio había otra computadora, una de escritorio. En la pared opuesta estaban el televisor y el equipo de música. Giré para quedar de espaldas al ventanal y vi el segundo piso que solo ocupaba la mitad de la profundidad del departamento, allí estaba instalado el cuarto; Lucas tenía su consabido colchón tirado en el piso, cubierto con un edredón y un par de almohadones. Arriba había otro televisor colgando de la pared; me pareció que al fondo había una puerta y al costado una especie de otomana o algo así, pero no estoy segura, no se llegaba a ver muy bien.

Bajé la mirada y busqué a Lucas, él caminaba hacia mí, mientras que Lucía se había quedado rezagada, ella estaba recostada contra la barra que separaba el espacio de cocina de la mesa del comedor y de una puerta más que yo no había visto antes.

—¿Qué significa esto?

—Lo compré cuando Vicente se fue.

—Me dijiste que no tenías dónde vivir... dijiste que estabas en la calle—. Me estaba quedando sin aliento frente a la mentira; tenía la sensación de que la historia se repetía por segunda vez.

—No estaba terminado cuando lo compré.

—Eso no tiene la menor importancia —solté casi en un grito. La sangre me hervía y el que me hablase con tal suavidad y tranquilidad me enloquecía. Odiaba que intentara calmarme con palabras amables y un tono dulce, lo que yo necesitaba ahora era la verdad fuera cual fuese. ¡Al demonio si me había engañado! Que enfrentara lo que había hecho y me confesara la verdad—. ¡¿Por qué me mentiste?! Qué necesidad tenías de ocultarme esto... por todo este tiempo. ¿Qué está sucediendo?

—No quería dejarte sola, no podía dejarte sola; él se había largado, tú te habías quedado sin trabajo. Tu mundo estaba cabeza abajo, y además tenía miedo de lo que pudiese sucederte. Jamás te hubiese abandonado, ni por este departamento ni por nada.

—¿Y ahora qué?

—Ahora simplemente no quería dejarte —confesó con una sinceridad que me hizo la peor basura del universo.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no tiene la menor importancia, es tan solo un departamento.

—Sí, ya lo noté. No es eso lo que me preocupa —mis ojos se movieron solos en dirección a Lucía, ella ya no estaba apoyada contra la barra, sino que había entrado en el sector de cocina y estaba parada frente a la heladera, con la puerta abierta, sirviéndose agua en un largo vaso de cristal—. Me preocupa para qué lo usabas —añadí concentrándome en él. Mis palabras implicaban más que un engaño verbal.

—Esos son disparates —soltó sin darme mayores explicaciones, probablemente supo que yo estaba pensando en cuanto me molestaba la familiaridad con la que Lucía se manejaba dentro de su departamento, sin pedir permiso, sin ser invitada, y en las razones por las que ella podía haber creado esa familiaridad con el lugar; debe haber visto, así como yo vi, una desagradable imagen que tenía como escenario el piso de arriba—. Por qué no mejor tomamos asiento y te cuento esto con más calma.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto —espié por el costado del cuerpo del Lucas, mi mirada y la de Lucía se encontraron, ella dejó el vaso sobre la barra y caminó en dirección a nosotros—, creí que no te agradaba?

—No tiene nada que ver con si Lucía me agrada o no.

—Gracias por lo que me toca —entonó Lucía alzando la voz. Me pareció que fingía sentirse herida, o quizá lo exageraba, para llamar la atención. ¿Qué necesidad tenía esta mujer demonio de chispeantes ojos grises, proporcionadas facciones y perfecta cabellera rubia, de hacer una escena para llamar la atención sobre su persona, como si su simple presencia no fuese suficiente?

Lucas se volvió hacia ella.

—No quise decir eso —le dijo en un tono cansino. Se estaba exasperando.

—¿Entonces, qué quisiste decir? —lo increpé yo procurando hacer que me prestase atención otra vez. Me pregunté si las demoníacas sonrisas que tan bien funcionaban para encandilar a los humanos, también funcionaban de demonio a demonio.

Cuando Lucas giró la cabeza otra vez para darme la cara, tenía una mueca de desesperación en el rostro.

—No hay motivos para que tengas celos.

No estaba muy segura de creerle, al menos no le creería en tanto y en cuanto

Lucía estuviese aquí, ella me perturbaba. Me molestó que su simple presencia tuviese tanta influencia sobre mí, sobre todo, porque no terminaba de comprender la razón de semejante reacción mía, en algún punto me parecía que no eran simples celos; no sé es difícil de explicar.

—Yo no estoy celosa —articulé procurando parecer muy segura de mí misma. Esta sin duda, era la mentira más grande del mundo.

—Se te aceleró el pulso —rió Lucía, me estaba hablando a mí y sin duda se burlaba.

Entonces el pulso se me aceleró todavía más, y no sólo a causa de soltar una mentira. Me dieron ganas de echarme hacia su yugular. Apreté los puños con fuerza.

—Por favor, Lucía, no es momento de hacer gala de tus dones, ¿ok?

—Ok, ok —entonó ella alzando las manos—. La verdad es que prefiero mantenerme al margen de esta riña de enamorados.

—¡Esta no es una riña de enamorados! —estallé yo, el tonito despectivo que usó para referirse a mi conversación con Lucas me irritó todavía más, si la primera vez que vi a Lucía creí que podríamos llegar a tener una conversación productiva e interesante, ahora ya me resultaba inimaginable poder permanecer en la misma habitación que ella, compartiendo el mismo aire, por quince minutos.

—Lucía, pensé que había quedado claro que no quería que te metieras en esto, nuestra sociedad no tiene nada que ver con lo que pase entre Eliza y yo, eso es algo de lo que tú debes mantenerte al margen.

—¡No seas ridículo!, puede que en un principio me guardara mis opiniones con respecto a esto, pero a esta altura es imposible, una cosa viene acompañada de la otra y son inseparables.

—Sabes que tu ayuda ha sido invaluable para mí, sin embargo no pienso permitir que me fastidies con eso, no tienes ni voz ni voto en ese asunto, lo que pase entre Eliza y yo es nuestro problema y de nadie más.

—¡No seas infantil! Por momentos me da la sensación de que te esfuerzas por hacer todo de la peor manera posible, igual que ella.

—¡No te metas conmigo! —le grite. La fuerza con que solté esas palabras me vino de lo más profundo de mi ser, del mismo lugar en que estaba instalado el profundo y doloroso agujero que Vicente dejó al irse, del mismo lugar desde el que partían estas ansias locas por cambiar de una buena vez, por que se me abrieran las puertas del mundo al que yo quería y necesitaba pertenecer para salir de una buena vez por todas en este limbo en el que estaba perdida desde

hacía más de un año, o mejor dicho, desde toda mi vida.

Lucas me atajó cuando sin darme cuenta, pegué un salto para lanzarme sobre ella. De haber saltado, habría sido la mayor estupidez de toda mi vida, no tenía ni la menor oportunidad frente a un demonio, es más, jamás en mi vida siquiera me había enzarzado en una pelea contra un humano y no tenía ni la menor idea de cómo proceder, sin embargo estaba dispuesta —y abierta— a permitir que aquello que Lucía provocaba en mí, tan descontrolado e inexplicable, tomase las riendas de mis manos y mis piernas, utilizándome como si yo no fuese más que una marioneta.

—¡Eliza ya basta! —me gritó Lucas sin soltarme. Yo me revolví entre sus brazos intentando librarme. No pude soltarme, lo máximo que conseguí fue sacudirme tanto que Lucas terminó por alzarme, razón por la cual mis pies perdieron el contacto con el suelo; a partir de allí me resultó todavía más difícil, la luchar por liberarme.

Mañana tendría unos maravillosos y brillantes moretones púrpuras en los brazos y en la espalda, y quizá alguno que otro en las piernas, sobre todo en mis rodillas y en las pantorrillas, allí donde mi cuerpo había chocado contra el de Lucas.

Para todo esto, Lucía ni se inmutó, me contemplaba con una mirada plácida; en su interior se debía reírse de mí.

—Haz el favor de calmarte. ¡¿Qué te sucede hoy, acaso perdiste la cabeza?!

Sin más, me acarreó hasta el ventanal y me depositó en el suelo junto a uno de los sillones. Cuando me soltó me sacudí y luego me aparté de él.

—¡Habla!—le grité a voz en cuello. Necesita imperiosamente, oír las explicaciones que tuviese para darme.

—Prométeme que no intentarás ninguna estupidez como la de recién. Lucía puede matarte con una sola mano. ¡¿Es eso lo que quieres?! ¿Morir?

Negué con la cabeza mientras mantenía los dientes apretados. ¡¿Encima tenía que tolerar que me retara igual que si yo fuese una criatura?!

—Bien, mejor así, porque todo esto entonces habría sido en vano.

—Ahí tienes una de las razones por las que ella no debe cambiar: es peligrosa para todos, incluso para sí misma.

Otra vez no me di cuenta de que mi cuerpo se abalanzaba en su dirección, hasta que mi hombro derecho se encontró de frente con una de las manos de Lucas; algo sonó, para más particulares, mis huesos. No fui capaz de contener el grito de dolor que se me escapó de entre los labios, y al final, caí sobre el sillón, llorando más de rabia que de dolor.

Lucas pegó unos cuantos gritos, unos dedicados a Lucía, otros a mí, luego se ocupó por un momento de examinar mi hombro para asegurarse de que no estuviese roto. Cuando me calme, y él se calmó, nos sentamos los tres alrededor de la enorme mesa de café que nos asegura una distancia prudencial, Lucas y yo de un lado, Lucía del otro.

—Desde que todo esto empezó no dejo de preocuparme por ti—. Me dijo Lucas envolviendo mis manos entre las suyas—. Me moriría si algo malo te sucediese... simplemente no podría soportarlo. Todavía tengo mis dudas sobre lo que es mejor para ti. Estoy muy confundido y no quiero cometer un error; no contigo.

Guardé silencio y lo dejé seguir; era muy probable, por la antesala de las palabras recién pronunciadas, que no me gustase ni un poco lo que estaba a punto de decir, pero todo esto me tenía tan descolocada que ni siquiera me sentía con fuerzas para oponerme.

—El que me confesaras que lo veías, me enloqueció; sé que algo no anda bien. —¿Conmigo?

—No quiero decir que estés loca, Eliza. Tengo la impresión que lo que sucede contigo no tiene nada que ver con algo que esté mal en ti, sino con lo que te rodea. Es por eso que cuando Lucía y Rafael aparecieron aquella noche...

—Los echaste.

—Me asusté; tenía miedo por ti, es todo. Después comprendí que necesitaba ayuda, yo sólo no puedo protegerte. Quisiera no depender de nadie para garantizar tu seguridad, pero no puedo, soy un idiota, he hecho todo mal.

—Eso no es cierto, de no ser por ti lo más probable es que hubiese muerto hace ya mucho tiempo. Me salvaste la vida; no sé que sería de mí sin ti; la única que ha hecho todo mal aquí soy yo, no he sido completamente sincera contigo y no tengo el menor derecho a reclamarte nada. Acabo de hacerte una escena... Lo siento, no soy quién para exigirte nada, ya he tomado demasiado de ti.

—Desde el primer día supe cómo son las cosas —me sonrió, no fue una sonrisa enorme y mucho menos feliz, sino una mueca conciliatoria que hizo que sus oscuros ojos negros brillaran; a pesar de que este último tiempo había cambiado mucho hasta tomar la apariencia de un hombre hecho y derecho, volvió a parecerme un adolescente, el mismo que me abrió la puerta aquella primer noche en que fui hasta la casa de Vicente para entregarle ese pedido que tan sospechosamente, el repartidor olvidó cargar en la camioneta—.

¿Creíste que podías engañarme? Eres tan humana —exclamó con una mezcla de dulzura y angustia en la voz—. No espero imposibles, sé lo que tú puedes darme y lo que no, y así ha sido desde el día en que me dijiste que te pasaba algo con Vicente. Está bien para mí, tengo paciencia, puedo esperar, voy a mantener las esperanzas de que un día te olvides de él.

Me dieron ganas de taparme la cara con las manos pero él no me las soltó; se que me puse roja de vergüenza, en mi vida me había sentido tan mal con respecto a mí misma; me grité una y otra vez que era una basura, que me había aprovechado de él del modo más horrible y él ahora trataba de consolarme. Probablemente de un modo u otro voy a ir a parar al Infierno, engañar a quien quieres tanto por temor a ahogarte en dolor debe valer lo suficiente como para ganarte en boleto de ida a las entrañas de la tierra. Quizá después de todo, mi lugar si fuese al lado de Vicente, somos tal para cual, el me engañó a mí, yo engañé a Lucas; sí sin duda somos la pareja perfecta, un par de malditos, la peor lacra.

—Eso me hace sentir todavía peor —articulé a falta de una disculpa lo suficientemente valedera.

—No es tu culpa.

¡Y me defiende! Este chico debería apartarse de mí lo antes posible.

—Sí, sí es; me aproveché de ti todo este tiempo—. Mis palabras salieron temblorosas y entrecortadas, me estaba atragantando con mi propia vergüenza y con un montón de ideas que se me formaban en la cabeza, muchas de ellas, bases para decisiones que debí haber tomado hace mucho tiempo, para las cuales no tuve agallas, preferí guardarme en la comodidad y en la seguridad de su compañía. Me escudé en Lucas, me alimenté de sus fuerzas igual que un parásito. ¡¿Cómo es que todavía tengo el coraje para mirarlo a la cara?!

—Deja eso, quieres; no me gusta que pienses así.

—Lucas no es momento para leerme el pensamiento.

—Sí no lo hago nunca sabría que piensas o sientes, tú te encierras en ti misma y no permites que nadie entre en tu mundo. No tengo intenciones de dejarte ni de permitir que me echés de tu lado.

—Si es lo mejor que podrías hacer —soltó Lucía entrometiéndose en nuestra conversación por primera vez.

—¡Cierra la boca, no es asunto tuyo! ¡¿Es que no entiendes que no tienes nada que ver en esto?!

—Ella tiene razón—. Lucas no fue el único sorprendido ante mi razonamiento, ni yo pude creer en lo que estaba a punto de hacer.

—¡Por fin y entras en razón! —exclamó Lucía dirigiéndose a mí—. Tú no debes formar parte de nuestro mundo, eso no sería bueno para nadie, ni siquiera para ti misma.

La ignoré por completo y centré mi atención en Lucas, sus manos me habían soltado, lo cual me producía una especie de inercia. Me sentí como un barco a la deriva; otra vez tenía miedo de ahogarme, de perderme, incluso de morirme. No tenía idea de lo que sería mi vida de ahora en adelante, pero fuera lo que fuese, lo haría sola, bajo mi responsabilidad, sin aprovecharme de nadie, sin lastimar a nadie. Si lograba cambiar, sería algo a riesgo mío, si llegaba a vivir hasta los ochenta para luego morir como cualquier otro mortal, sería intentando no lastimar a nadie más.

Tomé su rostro entre mis manos.

—Quiero que dejes el departamento y te mudes definitivamente aquí, y quiero que dejes de ayudarme.

Lucas se puso de pie de un salto encolerizado.

—¿Esto es cosa tuya?! —le gritó a Lucía. No llegué a comprender si se lo estaba preguntando o si directamente la estaba culpando. ¿Cosa de ella, cómo podía ser una cosa de ella, cuáles eran sus poderes además de tener la capacidad de detectar cambios de tipo orgánico dentro del cuerpo de los seres humanos? no, definitivamente esto no tenía nada que ver con ella, mi decisión de liberar a Lucas de una carga que no era suya y que nunca debió serlo era lo más coherente del mundo.

—No he hecho nada—. Replicó Lucía poniéndose de pie también—. No me meto con los humanos a menos que sea estrictamente necesario.

—Creí que opinabas que apartar a Eliza de nuestro mundo era estrictamente necesario.

—No tomo las decisiones, me pediste que te ayudase a protegerla y eso hice, nada más. No pienso ocultar, y me parece muy estúpido intentar hacerlo, que la decisión que ella acaba de tomar me parece la más lógica y razonable, sin embargo no he tenido nada que ver. Además no puedo manipular a los humanos de ese modo.

—Estoy muy seguro de que quebrantar una o dos voluntades no te cuesta demasiado.

—Dije que no me inmiscuiría de ese modo y no lo he hecho —insistió ella defendiéndose—. Ella no debe pertenecer a nuestro mundo, lo creo y no me molesta decírselo a la cara, pero yo no soy capaz de hacer que una voluntad perdure demasiado, si fuese cosa mía ella se estaría retractando y no es así, es

más, creo que está muy segura del camino que ha escogido y no me queda más que recomendarle que termine de alejarse de cualquiera de los nuestros. Hace tiempo que quedó claro que no hay para ella un lugar entre nosotros.

Las últimas palabras de Lucía fueron tan dolorosas como espolvorear sal sobre una herida en carne viva. El agujero se abrió otra vez, con más dolor y desasosiego que antes, fue como si en apariencia la herida hubiese cerrado y cicatrizado bien, pero en realidad, debajo de la rosada piel joven, se encontrase una purulenta infección que terminó por explotar para abrir una herida todavía más fea que la anterior. Hizo falta que me sintiera engañada, que viese tambalear la mentira en la que estaba viviendo para que me diese cuenta de que en realidad nada de lo que yo había hecho hasta ahora era correcto o justo. Hizo falta que yo viera en los demás lo que no quería ver en mí, para darme cuenta de mi error.

—Fui un idiota en buscarte y en pedirte ayuda —le gritó Lucas a Lucía—. Eliza por favor, no le hagas caso, ella no sabe lo que dice.

—Confiaste en mí hasta hoy de repente ya no soy tan buena.

—Seguro que esperabas que esto sucediese —gruñó Lucas con un puño en alto.

—No pienso negarlo; pero no ha sido cosa mía. Te lo he repetido cientos de veces y Rafael también te lo dijo hasta el cansancio, ella se tiene que alejar de nosotros. Si te preocupa su seguridad tanto como dices, lo mejor que puedes hacer es apartarte de ella y mantener a cualquier otro demonio lo más lejos posible de su persona.

—¿Qué mierda está sucediendo aquí?! ¡Nada de esto debió pasar! —se volvió hacia mí—. Te traje aquí para explicarte que entre Lucía y yo no pasa nada, eso era lo que estabas pensando, y ahora me sales con esto. ¿Eliza, que es lo que tienes en la cabeza? Ella no está aquí para otra cosa que no fuese protegerte, recuerdas que la noche en que ella y su compañero aparecieron comentaron que habían notado algo extraño, bien, fue por eso que la busqué cuando regresamos, Rafael y ella son especiales, se han encargado de cuidarte de un modo que a mí me resulta imposible. Te lo juro por lo que más quieras, aquí no ha pasado nada.

—Lucas no tiene nada que ver con eso, es algo que recién acabo de terminar de comprender. Mejor tarde que nunca. No tengo derecho a pedirte nada.

—Pero tampoco tienes derecho a negarme intentar ayudarte, es lo menos que puedo hacer, ya te lo dije cientos de veces, soy en parte responsable.

—Eso no es cierto, y deja de decirlo; nada de esto es tu culpa. Vicente te

arrastró hasta mí y yo te mantuve a mi lado a fuerza de egoísmo. Hasta aquí llegamos—. Me estiré y le di un beso en la mejilla. Cuando mi piel hizo contacto con la suya tuve la sensación de que iba a desmoronarme; logré apartarme de su lado en una sola pieza—. Cuando lo creas conveniente puedes ir al departamento a buscar tus cosas, aunque creo que sería mejor que yo te las mandara aquí, cuanto más rápido terminemos con esto mejor.

—¿Te volviste loca?, nada de esto tiene sentido.

—Lo siento mucho, de verdad, lo mejor es que partir de aquí siga yo sola—. Enfilé en dirección a la puerta.

—No te entiendo. ¿Es que ya nada te importa? ¿No quieres saber qué es lo que sucede con tu madre, no te importa lo que yo siento?

—Me importas demasiado, es por eso que creo que no fue buena idea exigirte que hicieras algo que no querías hacer.

—No me importa. La verdad es que no puedo ni quiero dejarte sola.

—Voy a estar bien. Quizá algún día volvamos a vernos.

—¡Eliza! Es que no me lo puedo creer. ¡Me estás sacando de tu vida así sin más! ¿Qué va a pasar con...?

—Ya veré cómo me las arreglo. No te preocupes por mí.

—No pienso abandonarte.

—No me estás abandonando, soy yo la que te está echando—. Luego de pronunciar estas palabras me dieron ganas de vomitar.

Lucas se quedó mudo. Con todas mis fuerzas intenté solamente pensar en que lo quería fuera de mi vida y en cuanto amaba a Vicente; tenía que hacer que entendiera, incluso por la fuerza que era hora de que me hiciese cargo de mis propios desastres. Todo iba a ser más difícil a partir de ahora, pero recostar la mitad de la tarea —o casi toda ella— sobre sus hombros no era justo. Siempre supe perfectamente bien, que si un día llego a cambiar, lo primero que voy a hacer, es buscarlo a Vicente para enfrentarlo y decirle que todavía lo amo, y eso, no era ni remotamente un buen pago a Lucas por remover cielo y tierra, e incluso ponerse en peligro, por ayudarme a cambiar.

Abrí la puerta, salí a toda prisa y cerré de un portazo. El ascensor me esperaba con las puertas abiertas. Como una histérica apreté el botón de la planta baja. Atravesé el hall, me metí en el garaje, hasta ahora no tenía muy en claro como iba a salir de aquí, más por casualidad que nada, encontré el botón que abría el portón. Lo presione, en cuanto me cercioré de que se levantaba, me subí a la camioneta, encendí el motor y me encerré en ella bajando las trabas. La ansiedad y el miedo que me producían la posibilidad de que Lucas

me hubiese seguido, me devoraron. La lentitud con la que subía el portón me sacó de quicio, poco faltó para que le arrancara el techo a la camioneta en mi apuro por salir.

No sé cuanto tiempo estuve manejando sin tener la menor idea de dónde me encontraba. Cuando llegué a casa, ya era de noche.

15.

Reducida a nada.

Intentando no pensar, no ver ni sentir, entré en mi departamento y fui directo a mi cuarto, así como estaba me arrojé sobre la cama enterrando la cara en la almohada.

Incapaz de derramar ni una lágrima, ni de gritar, ni de nada, simplemente me quedé ahí tendida en la oscuridad, respirando contra la almohada, oyendo el aire entrar y salir de mi cuerpo a un ritmo más acelerado de lo normal.

Ya me arrepentía de haberlo dejado, pero por un motivo puramente egoísta, en este momento, sin él, me sentía reducida a un insignificante grano de arena en el desierto del Sahara. Tenía la sensación de haberlo perdido absolutamente todo y lo peor de todo es que era mi culpa y la de nadie más; fueron mis decisiones, mis errores y mi estúpida ingenuidad. Me convencí de que de mi nacimiento a la fecha, nunca hice nada bien, a mi paso fui dejando un rastro de desaguizados que llevaban mi firma y *modus oprerandi* tan característico.

Mis esfuerzos por bloquear absolutamente cualquier principio de reflexión sobre lo sucedido, cedieron después de un rato. No terminaba de decidirme si lo había estropeado todo, o si estaba haciendo lo correcto. Pasé por todos los estados posibles, primero la euforia inicial de creer que esto era lo mejor para todos, más tarde las dudas afloraron y me invadió una depresión sombría, de lo más funesta y autodestructiva, por último me puse furiosa conmigo misma por continuar errando una y otra vez sin ser capaz de enderezar mi vida. Este proceso se repitió unas cuantas veces hasta que definitivamente quedé sumida en un estado semi catatónico en el que el vacío entre mis brazos y sobre mi pecho, era palpable y desesperante. Así me encontraba cuando el sueño me venció. Creí que sería una bendición poder librarme de mi mente, sin embargo las cosas no salieron del modo que esperaba. Esa noche las pesadillas atacaron con todo el arsenal pesado que tenían a su disposición. Soñé con Vicente una y otra vez; en las pesadillas él me dejaba de todas las maneras posibles, siempre haciendo gala de una crueldad que no tenía nada que

envidiarle al modo en que yo acababa de apartar a Lucas de mi vida, después de haberlo mantenido aferrada a ella a fuerza de ilusiones completamente vanas.

Las pesadillas se extendieron hasta bien entrado el día, ya que me rehusé a levantarme, incluso cuando me percaté de que los rayos del sol cobraban fuerza.

Cuando abrí los ojos definitivamente, era pasado el mediodía, tampoco entonces tuve fuerzas para levantarme de la cama, no quería levantarme de la cama. Pasé todo el día allí tirada, saliendo de la cama únicamente para ir al baño. No comí nada en todo el día, y el agua que bebí, fue directo de la canilla del baño, no me atrevía a ir a la cocina, ya que para eso debía pasar junto al sofá cama en el que Lucas había dormido hasta una noche atrás.

No me importó que la noche llegase otra vez, me entregué al sueño mostrándole que iba desarmada, rendida. La noche se hizo todavía más larga que el día y mucho más amarga también; las pesadillas no se quedaron cortas en comparación con las de la noche anterior, insistieron en la agonía de la completa desorientación en la que orbitaba.

Todo en esta vida se paga y yo voy a pagar por lo que hice, de eso no me cabe la menor duda.

No estoy segura de qué hora era cuando me levanté al segundo día, solo sé que llovía a mares y el cielo estaba negro. Dejando un camino de prendas de vestir sucias y arrugadas, me arrastré hasta el baño, ya estaba completamente desnuda cuando abrí la canilla para liberar el paso del agua. Hasta que le baño no se hubo llenado de vapor no me metí debajo de la cortina de agua (todo ese tiempo me lo pasé agarrada de la pileta del lavatorio, con la cabeza inclinada hacia delante para no tener que verme en el espejo).

El agua caliente me hizo arder la piel, me despabiló y atrajo el dolor del interior hasta la superficie de la piel, por suerte también, me aclaró un poco la mente. El agua me hizo sentir más liviana, al mismo tiempo, más inestable.

Me vestí con lo primero que encontré, puse a hacer café, me até el cabello todavía húmedo en un cola, busqué unas cajas que sabía que tenía por alguna parte, y mientras me bebía el café, guardé en ellas todas las pertenencias de Lucas que rejunte luego de requisar todo el departamento de piso a techo, incluso, saqué sus cosas del botiquín del baño y la ropa que tenía guardada en el placar de mi habitación, ya que el pequeño placard del pasillo no era lo suficientemente grande para contener todas sus pertenencias. Por momentos el aroma de su perfume adherido a las prendas amenazó con hacerme flaquear;

me mantuve en pie, había llegado a una decisión, esta lucha iba a ser mi lucha y la de nadie más.

A una de las cajas adosé una nota con la que otra vez le pedí perdón y le aseguré que en cuanto me fuese posible le devolvería todo el dinero que él había gastado en volver a equipar y reconstruir mi departamento, además le expliqué que en cuanto mi vida se resolviera, en cuanto mi mente estuviese más clara, volvería a buscarlo para agradecerle en persona todo lo que había hecho por mí, le envié las cajas esa misma tarde. La noche siguiente fue todavía peor, parecía que a mi vida la había devastado un terrible tornado que arrancó todo lo que estaba sobre la tierra o con sus cimientos en ella; de mí no quedó más que tierra yerma sofocada por un cielo oscuro.

Tal vez esperaba que me llamase por teléfono para pedirme que lo dejase volver, incluso creí que cuando recibiese sus cosas junto a mi nota, se aparecería en casa para intentar hacerme entrar en razón, para convencerme de que cometía una locura... lo cierto es que Lucas no volvió a dar señales de vida. Por un lado esto era un alivio, y por otro, sentía una profunda desconfianza, tenía miedo de lo que pudiese estar haciendo o incluso tramando en este profundo silencio que yo misma instalé entre nosotros. Me daba pánico que cometiese alguna estupidez, tanto en mi favor como en su contra. En cuanto hablara con Gaspar, le pediría que le echase un ojo.

En suma, lo que había hecho, lo había hecho bien, me propuse alejarlo de mí y lo logré.

Tenía la impresión de haber sido reducida a nada; terminé más sola de lo que hubiese estado jamás, y con una montaña de problemas que resolver.

Al principio me pareció que el tiempo avanzaba lentamente, después se me fue de las manos.

Me dediqué a poner en orden mi vida y mi humanidad, tener en qué ocupar mi mente me ayudó a mantener en pie lo poco que quedaba de mí.

A más de una semana de apartar a Lucas de mi lado, le mandé un mensaje a la secretaria de Trueba preguntándole si no tenía algún encargo para mí; tardó en contestar mi correo, pero cuando éste llegó, me sentí aliviada. La señora Prieto me informó que Trueba todavía estaba en Europa, pero que desde allí había enviado una serie de encargos que confiaba en que yo pudiese llevar a cabo. Fue así como mis días se ocuparon de la noche a la mañana, puse todo mi empeño y concentración en el trabajo.

El trabajo resultó entretenido, y por suerte no me topé con ninguna otra situación desagradable como la que había vivido cuando fui a cerrar el trato

de la compra de aquel viñedo en Mendoza, de hecho las tareas que me fueron encomendadas eran bastante entretenidas y amenas; incluso aprendí unas cuantas cosas sobre el trabajo de los viñedos y los vinos que desconocía.

Pasaron otras tres semanas, tres semanas completas con todos sus días y sus horas sin ver un demonio. Tres semanas completas en las que me vi obligada a enfrentarme a mi misma y a mis padres. Pese a que estaba decidida a ponerme al corriente de aquello que había tendido tan preocupada a mi madre, ella no me permitió ir demasiado lejos en ese tema, por estos días, más le preocupaba la partida de Lucas; por desgracia no faltó una desagradable y consabida conversación, que terminó a los gritos cuando le expliqué que había sido yo la que cortó con él. Mi madre se enfadó, mejor dicho, se puso furiosa, y me regañó por no ser capaz de poder mantener una relación.

Que me dijese eso me hizo perder la cabeza, terminé diciéndole que a ella le importaba más lo que le pasara a Lucas que lo que me pasaba a mí, de hecho, desembuché un par de cosas más de las que me arrepentiría de haber dicho, algo se soltó dentro de mi cabeza y le escupí todo lo que tenía atragantado sobre nuestra relación madre-hija, y cabe destacar que no lo hice del mejor modo posible ni con las mejores palabras, este fue uno de esos momentos en los que el aire termina viciado de cosas no dichas a su tiempo, que de tanto de estar guardadas, terminan pudriéndose. Para colmo de males, mi padre se metió en la discusión, y realmente no sé cómo, terminé enfadándome también con él, es por eso.

Es impresionante, como en un par de minutos, la escala de valores de las cosas que te importan, puede cambiar tan rotundamente.

En una semana más, mi vida se puso tan humana que ni yo la reconocía, si bien me distancié un poco de mis padres, volví a entrar en la sociedad, empecé a salir un poco más, tanto para ocuparme del trabajo, como de mi existencia, incluso visité a Susana un par de veces y nos encontramos con Matías en su casa a cenar.

Pese a la aparente normalidad y a que podía amoldarme a esta como si fuese también parte de la corriente, en ningún momento dejé de pensar en el día que me llegase el turno para cambiar, aún ansiaba hallar mi lugar en el mundo, todavía sigo sintiendo, y lo sentiré hasta que deje de ser humana, que vivo una vida de prestado, errada y que no lograré saber realmente quién soy.

Algunos dicen que en ocasiones es necesario tocar fondo para poder resurgir, empiezo a creer que esta afirmación es completamente cierta. Me vi obligada a ver lo más feo de mí, a admitir que como la mayoría de los humanos, soy

capaz de generar mucho dolor, incluso sin proponérmelo, pero que también somos capaz de hacer las cosas bien, si aprendo a reconocer mis debilidades. La soledad puede ser dura, también muy productiva, lo importante es saber identificar el momento para emerger de ella; es muy sencillo caer en la tentación de separarte de absolutamente todo aquello que importa en la vida con tal de no tener que amargarte por las cosas que suceden a tu alrededor, ni preocuparte por aquellos a los que quieres. La vida de eremita no es buena para todos, ni por todo el tiempo del mundo; vivir en una burbuja no soluciona las cosas. Llegué a la conclusión de que necesitaba resolver mis propios problemas por mí misma, iba siendo hora de que le plantara cara a la realidad, y esa realidad tenía un nombre y un apellido: Vicente Campo. Pero dar con él de buenas a primeras no iba a ser tarea sencilla.

Uno de los caminos de los que disponía para llegar a él estaba obstruido, yo misma me había ocupado de apartarlo de mí, para su seguridad y bienestar; Lucas tenía su número, de seguro no me lo hubiese dado de yo solo pedirselo, pero quizá, con un poco de insistencia podría haberlo hecho entrar en razón; ahora esa era una posibilidad descartada y era mejor así.

El otro camino, era llegar a Ariel. Comparar a Lucas con Ariel era como tener frente a mi un suave camino, firme, placentero, quizá con algo de idas y venidas, pero seguro e iluminado por un sol brillante y hermoso; arriesgarme a dirigirme a Ariel, sin duda era internarme en un bosque peligroso, lleno de fieras salvajes, trampas y precipicios mortales; no me quedaba más remedio, Gaspar nunca me ayudaría a llegar a Vicente, yo sabía muy bien cual era su postura, tanto con respecto a la ex pareja de su hija, como sobre de mí.

No fue tarea sencilla, de hecho me costó hacer cosas que no me salían con naturalidad alguna; al final, entre todos mis nuevos conocidos, con los cuales me contacté por cuestiones laborales, logré dar a alguien que tenía un conocido que conocía a alguien dentro de la municipalidad en la que estaban registrados los dueños de las islas del delta del Paraná. Yo no tenía muy en claro la exacta ubicación de la isla en la que vivía Ariel, Vicente fue quien se ocupó de guiarme hasta allí en su barco, y por más que yo quisiese hoy, recordar el camino que tomó, me sería imposible, no tenía ni idea sobre que río estaba, o si la isla tenía un nombre o algún otro tipo de identificación, es más, no tenía ni idea si era al norte, al sur, al este o al oeste del delta y de seguro las islas debían semejarse todas entre sí; en suma, no tenía nada más que el nombre y apellido de su dueño, y el dato de que aquella casa había sido construida para alguien más, no para él, además tenía que tomar en

consideración que era probable que la casa llevase mucho tiempo en posesión de Ariel, después de todo se consideraba que ésta era la casa familiar (así lo expuso Vicente una vez), podía ser que la isla no hubiese cambiado de dueño en un periodo no menor a cincuenta años, o quizá mucho más.

Me pasé cuatro días revolviendo viejos cuadernos, cajas y carpetas cubiertos de una gruesa capa de polvo, telarañas y bichos muertos, y llenos de documentos y otros registros que databan de la época de la colonia —o casi— hasta la actualidad; para mi desgracia el archivo en el que caí no había sido informatizado (sólo los registros de veinte años a la fecha tenían un espejo que podía ser consultado por computadora), y para colmo de males estaba más bien desordenado: muchos de los papeles se habían perdido con los años, a causa de unas cuantas inundaciones, un incendio, dos mudanzas, hasta que la piel de las manos y la cara me quedó dura y reseca como el cartón; debo añadir además, que terminé con un extraño sarpullido a la altura del abdomen y sobre el costado derecho que me picaba como mil demonios el cual me tuve que tratar con una crema que me recomendaron en la farmacia. Fue caótico.

El sótano en el que trabajé de manera incansable, estornudando hasta quedar agotada, lo complicaba todo por la incomodidad, la escasa luz y la falta de aire, y una humedad que junto con el frío, calaba los huesos con la contundencia de un taladro con percusión, (así me sentía yo al acabar cada jornada allí, como si me hubiesen taladrado los huesos). También tenía su lado bueno, nadie me molestó durante el tiempo que pasé allí dentro (nadie en su sano juicio se metería aquí para buscar un papel o cualquier otro registro, en apariencia no valía la pena, aquello a simple vista era un caos de cajas apiladas tanto dentro como fuera de unas estanterías de metal que amenazaban cada momento, con agudos crujidos, despeñarse). Mi única visita, además de los ratones que sabía —pero por suerte no había visto— rondaban por ahí, fue una mujer encargada de la biblioteca comunal que funcionaba de nueve a cinco, dentro del edificio de la municipalidad. Olga, así se llamaba ella, fue mi ancla y sustento durante esos días, de no ser por ella, me habría perdido y finalmente muerto, dentro de esa catacumba polvorienta. Me consintió con tazas de té y galletitas e incluso los dos últimos mediodías, compartió sus almuerzos conmigo, y además, cabe mencionar, cuando terminaba su horario de trabajo, venía a sentarse a mí lado, tomaba una pila de papeles y buscaba algún dato del nombre y apellido que yo le había suministrado. En ningún momento me incomodó con preguntas del tipo: ¿para qué buscas esa isla?, ¿quién es ese hombre?, ¿cómo hiciste para que te autorizaran en revolver entre

papeles que supuestamente no deberían estar al alcance de cualquiera? Y todas las demás preguntas racionales que cualquiera se hubiese hecho al verme allí. En fin, hundir mi nariz en archivos que en teoría eran propiedad del gobierno, me hizo sentir igual que si hubiese saltado dentro de una novela policial. A la búsqueda en el sótano, la completé con trabajo en casa, frente a la computadora: podría haber tardado años en dar con la isla. Todavía no me explico cómo es que me topé con aquellos papeles de registro de propiedad de mil novecientos treinta y nueve, fue pura suerte; lo que más me sorprendió de todo el asunto, fue encontrar el nombre de Ariel, e incluso su firma, estampada en el amarillento papel que estaba deformado y manchado por el agua. Me llamó poderosamente la atención que un demonio que debía rondar los doscientos años, aceptase dejar plasmada en un papel, su identidad, ¿es que no le preocupaba que alguien se diera cuenta que aún vivía, e incluso que su hogar seguía siendo esa misma casa? No, probablemente no, a nadie más que a mí, se le ocurriría meterse aquí a buscar papeles de más de casi cien años, para comprobar una dirección. Por suerte, al encontrar el papel, estaba sola, eso evitaba el riesgo de que por fin las preguntas llegasen. Saqué de mi cartera el celular y dentro de la agenda guardé los datos de la dirección que consistía en el nombre del arroyo, el de la isla y datos sobre los accesos cercanos.

Fue así que en cuanto tuve un día libre de trabajo, me monté en mi camioneta y volví a Tigre. Era día de semana, la autopista fluía con poco tránsito, ya que a esta hora del día, la mayor cantidad de movimiento se registraba en sentido contrario al que yo llevaba. No sé si fue muy buena decisión, el caso es que no le dije a nadie dónde iba, ni lo que pensaba hacer; probablemente mi madre creyese que tenía trabajo, y mis vecinos debían pensar que había salido a visitar a mi madre. Por un momento, antes de salir, pensé en dejar una nota diciendo a dónde había ido —por las dudas me sucediese algo—; la idea no llegó a cuajar ya que me imaginé a Lucas enfrentado a Ariel de un modo muy poco diplomático; no, él ya tuvo suficiente con lo que tuvo que soportar hasta ahora por mi culpa.

Al final, el pedazo de papel y la birome quedaron sobre la mesa. Tampoco me hacía gracia que Gaspar y su familia se enzarzaran en alguna clase de guerra de clanes por mí, es más llevaba mi celular conmigo, pero no pensaba usarlo para pedir ayuda, ni aunque realmente la necesitase, esto es en caso de que mi vida corriese peligro; si llegaba a encontrarme en esa situación... bien, entonces ya nada más tendría sentido.

En vez de tomar por las calles que tanto había transitado para ir a la

biblioteca, desvié la camioneta en dirección al área del puerto -tenía pensado pasar por el edificio de la municipalidad para saludar a Olga y entregar la caja de bombones que compré para ella pero la ansiedad me ganó y dejé la visita para otro día, en el que estuviese más calmada, con la mente más clara y con espíritu conversador.

Antes de buscar dónde estacionar, pregunté a un par de vecinos que transitaban las calles, dónde podía conseguir información sobre las lanchas colectivo que prestaban servicio por el delta, y cuanto obtuve las direcciones que necesitaba, dejé la camioneta y continué a pie. Para mi desgracia, nadie tenía ni idea de cuál debía tomar para ir a ese río, acabé sabiendo que ninguno de los servicios públicos pasaba ni siquiera cerca de allí, según me dijo el hombre que me atendió en el último lugar en el que pregunté, esa zona apenas si estaba habitada, los únicos barcos o lanchas que surcaban esos ríos y arroyos, era privados, y por lo general propiedad de las personas que vivían en los alrededores.

No permití que la desilusión me ganara, tenía todo el tiempo del mundo, dinero extra en el bolso y por sobre todo, estaba emperrada en no regresar a casa sin algo concreto, esto es, haberme enfrentado a Ariel.

El hombre me recomendó un servicio de lanchas taxi que no tendría ningún problema en acercarme hasta la isla a la cual yo deseaba llegar. El precio me importó bien poco, hubiese pagado cualquier importe que me pidieran, lo único que yo quería en este momento era llegar a Ariel.

Se presentó de modo progresivo, con cada paso que daba yo a la par del hombre del servicio de lanchas, en dirección a las amarras desde las que partían los servicios privados de transporte, el recuerdo de Vicente en aquella tarde en que paseamos en su barco para luego promediar la tarde en la casa de su padre. Recordé las fotos que me había mostrado, recordé sus palabras, su mirada sombría por momentos... Desgraciadamente también me vino a la mente el rostro de una visita con la que ni él ni yo deseábamos toparnos. También volví a ver, igual que si tuviese grabadas en las retinas, imágenes del interior de la casa, los colores oscuros de sus paredes, las velas y por sobre todo la patente sensación de opresión que el lugar me infundía. La trampa en la que ningún humano querría caer, de la que ninguno podría salir.

Temblando tanto por la perspectiva de hallarme a minutos de enfrentarme a Ariel y por el hecho de estar a punto de subir a una lancha que flotaba en aguas de marrón oscuro de apariencia poco amable, llegué hasta la orilla.

Los nervios me carcomieron por dentro mientras esperaba a quien se suponía

timonearía mi transporte. Tanto el hombre que me guió hasta allí, cuanto los demás empleados de la empresa de lanchas taxi estaban muy relajados paseándose por los alrededores, disfrutando del sol, de la benevolencia del otoño, y de la paz que reinaba en los alrededores gracias a la merma en la cantidad de público que daba vueltas por ahí, debido que estábamos en día laboral. Conversaban tranquilamente, se hacía bromas, en síntesis, se lo estaban tomando con mucha clama, al igual que mi chofer que no aparecía por ninguna parte, cuya lancha flotaba a poco menos de un metro de mí. Llegó un punto en el que dejé de oír lo que los hombres decían, no podía hacer otra cosa que mirar el agua y pensar en Vicente.

Mi capitán —por llamarlo de algún modo— tardó quince minutos en aparecer, por lo visto él no tenía ninguna urgencia, y en cuanto lo hizo, ni siquiera se dignó a darme los buenos días. Pasando por mi lado, mejor dicho, casi llevándome por delante (se llevó puesto mi hombro izquierdo y mi brazo), saltó aterrizando limpiamente, con un equilibrio fenomenal, al interior de la lancha junto a la que yo esperaba, sobre tierra, por supuesto, y luego desde allí me arrojó a la cara un chaleco salvavidas que atajé de milagro, es más, por no dejarlo caer me incliné hacia delante y a enfrentarme con el agua, se me revolvió el estomago. Creo que me puse verde, pero no sé si alguien lo notó, no mi capitán, eso seguro, él estaba en lo suyo haciendo no sé qué dentro de su embarcación.

—Es obligatorio —me espetó sin más preámbulos—, política de la empresa —añadió mientras empujaba unos bártulos que tapaban casi todo el piso blanco de la lancha.

—Bien —entonó el hombre que me había conseguido el servicio dirigiéndose al recién llegado—, ¿tienes la dirección?

Mi capitán soltó un sí sin siquiera voltearse.

—Perfecto. Tienes que esperarla—. Le avisó y yo sentí como si fuese invisible, como si no estuviese allí.

—No hay problema, traje el mate y provisión de agua caliente. Tengo unos biscochos por alguna parte y la radio. Si paga puedo esperarla todo el día —soltó, y recién entonces me miró.

El hombre debía tener unos treinta y pocos, tenía ojos negros, estaba muy bronceado, tenía su espalda era del tamaño de un ropero. Sus brazos advertían de su fuera.

Cuando me sonrió, luego de terminar de hablar, vi que tenía una sonrisa muy linda, brillante. Por un momento sentí una punzada de preocupación,

últimamente para mí, las sonrisas cautivadoras eran un mal síntoma. Intenté no dejarme llevar por la paranoia; no todo ser vivo de dos piernas que se me acerca, tiene por qué ser necesariamente un demonio.

—Póngaselo por la cabeza y abróchelo de costado —explicó haciéndome señas en referencia al chaleco sobre su propio cuerpo, igual que si llevase puesto uno invisible.

Me puse la cosa por la cabeza siguiendo sus indicaciones y tironeé de las cintas negras que colgaban por ambos lados. No sé por qué me sentí terriblemente tonta.

—¿Puede respirar? —me preguntó con una sonrisa en los labios, desde abajo, al ver que yo tironeaba demasiado de los cierres. Le contesté que sí con la cabeza y levanté mi bolso del pasto que hacía las veces de costa del— Entonces estamos listos—. Dio un paso al frente y me tendió una mano—. Bienvenida a bordo —entonó cuando yo me prendí de su mano con una fuerza desproporcional, tenía pánico de caerme al agua.

Cuando me planteé hacer esto ni siquiera pensé en el río, menos mal, no sé si lo hubiese hecho, quizá sí, pero me habría costado un poco más llegar hasta donde me encontraba ahora.

La paranoia no se apoderó de mí, igual, constaté en la mano de mi capitán, que su temperatura era la normal, similar a la de cualquier otro ser humano, lo único distinto en él era el tacto rugoso de su piel, su trabajo debía ser la razón de tener manos que parecían forradas en cuero curtido y no en piel común y corriente.

—Sergio —entonó mirándome directo a los ojos, sin vergüenza ni reparos.

—Eliza—. Al poner un pie dentro de aquella carcasa flotante, comprobé que era inestable, mi primera reacción fue echarme de panza sobre el fondo; al final no pude soltarme de la mano de quien ahora sabía, se llamaba Sergio.

—Me estruja los dedos —dijo él con una sonrisa divertida—. Así que no somos fanáticos de la navegación, ¿o me equivoco?

Negué con la cabeza pero no lo solté, la lancha no dejaba de menearse.

—Mejor siéntese. Puede agarrarse de aquí- me señaló unas agarraderas de metal atornilladas al casco—. No se preocupe, será un viaje tranquilo, por esa zona no es común cruzarse con nadie, de modo que nos deslizaremos por el agua como si fuese seda. Y no se preocupe, no permitiré que caiga, y mucho menos que se ahogue.

Intenté sonreírle.

Sergio me dejó agarrada cual garrapata a mi lugar y tomó su posición frente al

timón. El corazón se me sobresaltó cuando encendió el motor y el estomago se me subió a la garganta cuando nos metimos en el trafico de lanchas a una velocidad superior a la que creí estaría permitido circular por ahí.

Los próximos veinte o treinta minutos, lo único que oí fue el ensordecedor tronar del motor detrás de mí; el calor y las vibraciones de la monstruosidad que soltaba dos largos chorros de agua a nuestro paso, me llegaban a la espalda a través del respaldo del cual yo temía despegarme por miedo a perder el equilibrio y caer. Vale destacar que al único lugar al que podía caerme era al propio piso de la lancha, para caer al agua debía saltar por el borde que en este momento, me quedaba por encima de los hombros.

Poco a poco, tal como predijo Sergio, nos fuimos quedando solos, los ríos y arroyos por los que condujo, a mí me parecían todos iguales, nunca jamás hubiese podido regresar de allí al puerto sola; las costas invadidas por tupida vegetación y la ausencia total de edificación o señales de civilización me confundieron. En un rato más nos quedamos sin compañía alguna, los últimos humanos con los que nos topamos, fueron dos muchachos que iban montados en motos acuáticas y que pasaron por nuestro lado justo después del paso de un pequeña embarcación con sus velas completamente extendidas (ese fue el único momento en que Sergio desaceleró los motores hasta casi el punto muerto, el velero pasó deslizándose por nuestro lado con una tranquilidad envidiable, en él iban tres muchachos y dos chicas muy jóvenes y bronceados; no sé porqué pensé en ellos como el biotipo de vida idílica y sin preocupaciones, no podía estar muy lejos de la realidad, después de todo eran algo así como las once y media de la mañana de un martes en los primeros días de abril).

El sol continuaba en el mismo lugar y el verde de las horillas parecía ser siempre el mismo, pero de repente, el río empezó a ensancharse. Me dio un escalofrío, tenía la sensación de que nos aproximábamos a la dirección, y sin duda podía ser así, ya llevábamos un buen rato dando vueltas.

—Este es el río que buscábamos —informó Sergio reduciendo la velocidad otra vez. Se volvió y me miró—. Nunca he circulado por aquí antes, de modo que no se cuanto tiempo hay desde el punto en el que estamos hasta la casa que usted busca.

—No hay problema.

—Hay que tener ganas de mudarse a un lugar tan alejado, si desde aquí gritases por auxilio, dudo que alguien fuese a oírte.

Tragué saliva. Por primera vez me puse a pensar en si no estaba poniendo en

peligro a este hombre por traerlo hasta aquí. Si las cosas se ponían feas, esperaba que Ariel comprendiera que él no tenía absolutamente nada que ver conmigo, ni con todo este rollo imposible de creer de demonios y almas.

—Ganas y dinero; traer los servicios básicos hasta aquí no deber resultar nada barato.

Recordé que Vicente me había comentado de Ariel no tenía problemas en prescindir de la electricidad pero me figuraba que a razón de tener personal de servicio en la casa, debía igual contar con servicio de agua (quizá una bomba; agua había por todas partes), luz (sin luz no puedes hacer funcionar una bomba, ni una cortadora de césped, y el jardín de los alrededores de la casa de Ariel estaban impecables). De lo que si imagino no podría prescindir Ariel, era de combustible, aquel inmenso yate, el “Beatriz”, debía consumir una bestialidad de litros para moverse, no tanto las motos de agua, pero fuera como fuese, debían verse obligados a regresar hasta la civilización cada vez que necesitasen combustible, o incluso comestibles para continuar aparentando ser un humano, o bien, para darle de comer a los humanos que tenía empleados.

—Disculpe la indiscreción —me dijo pasado un rato—. ¿Es algún pariente o amigo suyo quien vive en la casa a la que nos dirigimos?

—Un conocido.

—¿Y vive aquí todo el tiempo o es casa de fin de semana?

La mala cara que el puse no fue a causa de considerar que fuese un metido ni nada de eso, sino a la imposibilidad de proporcionarle mayores datos sobre el dueño de casa.

—Vivo en una casita sobre el río Carapachay, ¿sabe dónde es eso? —comentó en un intento de congraciarse conmigo.

Negué con la cabeza.

—Es bastante lejos de aquí, no es nada exclusivo, pero es bonito.

Asentí con un amago de sonrisa.

—Debe tener un motivo muy fuerte para venir hasta aquí si es que tan poco le agrada el agua.

Lo miré mal otra vez, pero antes de que yo tuviese oportunidad de decir algo se disculpó.

—Tengo problemas para mantener la boca cerrada, disculpe. Es que normalmente me pongo a conversar con mis pasajeros.

Y yo soy una tumba que no puede soltar siquiera una frase trivial sobre lo lindo del día, o lo grandiosa de la flora de las costas.

—No creo que falte mucho más.

El río comenzó a curvarse hacia mi derecha y de pronto lo que teníamos delante era la horilla opuesta del río. Unos segundos más tarde, por detrás de una esquina de frondosos árboles y arbustos, apareció a lo lejos, un muelle que reconocí de inmediato.

El corazón se me detuvo por un momento. La habíamos encontrado.

—Ah la mierda —balbuceó Sergio.

Más o menos lo mismo pensé yo, pero por razones muy distintas, él debía estar sorprendido por el tamaño del yate, por la lancha de aspecto aerodinámico que flotaba delante del muelle escoltada por tres motos de agua con dos personas encima cada una, por el tamaño de la casa y por todo lo intimidante de la situación. A mí me tenía sin cuidado el despliegue de dinero y poder, pero me preocupaba la cantidad de posibles demonios que había a la vista.

—¿Somos bienvenidos? —me preguntó Sergio girándose hacia mí después de bajar la velocidad al mínimo—. Esa gente no parece del tipo que le guste recibir visitas sorpresa.

Y no lo eran, de ahí el aspecto intimidante de quienes cuidaban la costa, el cual se hizo evidente desde el primer momento.

Apreté los dientes e inspiré hondo.

—Tú no tienes nada que ver en esto, no te metas —solté con rudeza. Intentaba hacerme la dura, sin embargo por dentro, estaba bastante asustada.

—¿Que no me meta, qué carajo sucediendo aquí?! ¿Quién es la persona que vive aquí y por qué necesita tanta seguridad? ¿Seguro que es un conocido tuyo?

No le contesté.

La lancha que flotaba frente al muelle de la casa de Ariel encendió sus motores, así también las motos de agua. Un par de manos apuntaron en nuestra dirección y sobre la costa también se registró movimiento, evidentemente producido por nuestra aparición. Dos de las motos y la lancha enfilaron en nuestra dirección.

Ví que Sergio se metía la mano en el bolsillo; me pregunté que buscaba. No tardé en averiguarlo, sacó un celular pequeño y muy maltratado, se quedó sosteniéndolo allí en su mano a la altura de la cadera con el dedo pulgar presto a pulsar los botones.

—Guarda eso —le espeté poniéndome de pie por primera vez pero sin soltarme del borde.

—¿Quién eres tú y quienes son ellos? Por qué tengo la puta sensación de que

acabo de meterme en un problema descomunal.

—Ya te dije que no tienes nada que ver en esto, me trajiste hasta aquí, no sabes quién soy, ni por que te pedí que me trajeras y tampoco tienes la menor idea de quien vive allí —articulé a toda velocidad mientras caminaba hacia él, en cuanto llegué a su lado me sujeté del metal que hacía de armazón para la especie de parabrisas en la proa.

—¡Y no quiero saberlo! Pero tengo la impresión de que quiera o no me voy a enterar igual y no me gusta nada. Todo esto pinta horrible—. Bajó la vista y le echó un vistazo a su celular—. Tiene señal.

—¿A quién vas a llamar, a la policía? —le pregunté estrujando mis palmas contra el hierro. Sonaba y era ridículo—. Guárdalo y hazme el favor de siquiera amenazar con usarlo. No digas nada, no te metas, ni siquiera los mires, y si algo pasa, simplemente lárgate y no vuelvas nunca aquí.

—¿Es broma? Qué son, ¿traficantes de drogas, mafiosos? Tienen toda la pinta. Ahora entiendo porque estabas tan callada.

Negué con la cabeza, la lancha y las motos estaban cada vez más cerca.

—Guárdalo, créeme, sé por qué te lo digo.

Sergio me miró fijo, gruñó y se metió el celular dentro del bolsillo.

A modo de pago por las molestas ocasionadas le extendí un par de billetes que tenía en la cartera, separados para entregarle.

—Guárdate tu dinero. ¿Quién te crees que soy? No vas a cerrarme la boca con unos cuantos billetes sucios.

—Mi intención no es cerrarte la boca, te pago ahora porque no sé si podré hacerlo más tarde—. Le expliqué y tragué saliva. ¿Saldría viva de esto? Eso dependía de que tanta repulsión le provocasen los humanos a Ariel, y si tomaba en consideración o no, que yo había amado y aún hoy, amaba a su hijo. Sergio me hizo volver a la realidad al instante.

—Te metiste con el hombre equivocado; no sé si eres una traficante también, pero lo cierto es que tengo moral y no pienso dejarte aquí en las manos de esos tipos. Solo Dios sabe lo que podrían hacerte.

—Llegué hasta aquí sabiendo a qué me enfrento, si te metí en esto fue porque no tenía otro modo de llegar hasta este río, no porque necesite alguien que me defienda.

—Me da lo mismo lo que planearas, es que simplemente va contra mis principios. No pienso quedarme de brazos cruzados.

La lancha estaba a unos veinte metros de nosotros, cuando uno de sus ocupantes esgrimió un megáfono.

—Alto. Esto es propiedad privada.

La voz metálica tornó contra las paredes verdes a ambos lados del río.

—El río no es propiedad de nade jodido idiota —masculló Sergio sin mover los labios mientras guiaba el timón con ambas manos.

—Detente.

—No tienen derecho a cerrarnos el paso.

—Simplemente has lo que dicen.

Sergio me sostuvo la mirada por un momento, luego, cuando se percató de que yo no bromeaba, soltó unos cuantos insultos y apagó el motor.

Volví a respirar cuando me obedeció. Que irresponsable había sido yo al traerlo aquí.

16. Trasgresión.

La lancha se detuvo, no así las dos motos, ambas siguieron su camino hasta nosotros para finalmente detenerse una a cada lado de la lancha, a unos dos metros de distancia.

—No pueden estar aquí, es propiedad privada. Retírense por favor.

—Necesito hablar con Ariel —comencé a decir asomándome por delante de Sergio para hablarle al que se había dirigido a él, desde la moto a su izquierda.

—Señorita, ni usted ni el caballero tienen derecho a pasar por aquí. ¡Lárguense! —tanto el hombre que hablaba, como el que iba por delante de él, como supongo, también los otros dos que estaban en la otra moto hicieron el amago de sacar armas o algo de los bolsillos de las chaquetas negras que llevaban puestas. ¡¿Cómo si las necesitasen?! No por eso pude evitar ponerme todavía más nerviosa; por el rabillo del ojo detecté que también había de movimiento sobre la lancha.

—¡Oiga, oiga! —exclamó Sergio ofuscándose todavía más. No dio señales de tenerles miedo—. El río no tiene dueño, tenemos todo el derecho del mundo de pasar por aquí. ¿Quiénes se creen que son? No tiene derecho a tratarnos así.

Tironeé de la manga de la camisa de Sergio para apartarlo de mi camino y por sobretodo, apartarlo del tiro de quién conducía la moto que estaba a nuestra izquierda, el individuo completamente vestido de negro, nos miraba torcido, detecté cierta sed en sus ojos, como si tuviese ganas de arrancarnos a ambos,

nuestras cabezas de cuajo.

—Tranquilízate por favor, y déjame hablar dije apartándolo del medio cosa que no resultó nada fácil, él insistía en quedarse frente a mí, a modo de muro protector —Escuchen, sé que Ariel vive en esa casa- apunté hacia delante y al costado con la casa, yo lo conozco... es decir, conozco a su hijo; he estado aquí antes.

Los dos hombres cruzaron una mirada con algo de sorpresa, me juego lo que sea que eran demonios y que sabían perfectamente que yo era una simple humana.

—Mi nombre es Eliza Pérsico —no hubo ninguna reacción ante mi nombre, y eso resultó un alivio, no me interesaba en lo más mínimo que todo el mundo demoníaco supiese de mi existencia, ya tenía suficiente con los demonios que intuía, no me perdían pisada.

—¿Tiene cita?

—Sí la tuviese ustedes no estarían rodeándonos ahora con esta actitud de matones, ¿no le parece?—. Quizá me fui un poquito de lengua al pronunciar aquello. Sergio soltó un siseo muy agudo—. ¿Ariel está en casa? Nada más dígame que necesito hablar con él, si es posible, ahora mismo. No vine a causar problemas. Por favor, infórmele que estoy aquí, que quiero hablar de Vicente con él.

Nadie dijo nada, los hechos hablaron por sí solos. El motor de la otra moto de agua se encendió otra vez, giré la cabeza al oírlo. La moto dejó una espumosa estela de agua a su paso. Sin soltarme de la luneta delantera de la lancha, seguí los movimientos de los dos ocupantes de la moto acuática. No tardaron más que unos cuantos segundos en llegar a dónde flotaba la lancha, una vez allí, uno de ellos se inclinó sobre el borde de la embarcación. El que había sostenido el megáfono, se acercó a él. Obviamente el tipo de traje negro era el jefe o algo así. No reconocí su rostro, pero sus gestos me resultaron muy familiares, se movía con elegancia y pompa, como si supiese que su imagen perfecta lo hacía resaltar del resto de los presentes.

—Estos tipos me ponen los pelos de punta —me susurró Sergio.

Yo, que me había vuelto en su dirección cuando empezó a hablarme, vi la reacción de los dos matones de Ariel, que esperaban en la moto ahora más cerca de nosotros. Sergio ni se dio cuenta, ya que estaba mirando hacia delante, pero yo no me lo perdí, la cara de quien comandaba la moto, se desfiguró mutando a una cosa muy parecida a una gárgola gótica. La sombra no duró demasiado sobre su rostro, lo suficiente para que a mí se me helase la

sangre; el demonio con su penetrante mirada, observaba a Sergio sin perderse ni un sola de las contracciones de los músculos de su cuerpo.

La discusión se tardó más de lo que me pareció necesario, hasta que finalmente el hombre de traje bajó el megáfono, enderezó la espalda y sacó (lo que a la distancia me pareció era un celular), y no me equivoqué, acto seguido se llevó el aparato a la oreja.

No pude dejar de observarlo mientras hablaba.

Ariel debía estar en casa. Podía conseguirlo. Que me recibiera por Dios, intuía que no iba a tener una segunda oportunidad para llegar hasta aquí, y acercarme a él de otro modo me resultaba inimaginable, podía haber tenido el descuido de permitir que su nombre figurara en un documento de casi doscientos años, pero según la Internet, no figuraban mayores datos de su persona en ninguno otro tipo de archivo, ni números de teléfono, tampoco direcciones ni títulos de propiedad de ninguna clase, es más, ni siquiera tenía servicios o impuestos a su nombre. Sobre él no había nada, al menos, a simple vista.

El hombre de traje bajó el celular y dando un paso al frente, pronunció unas pocas palabras.

—Regresan —entonó Sergio más para sí que para mí. Yo ya los había visto.

La lancha encendió su motor, quien la conducía dio una vuelta en “u” sobre el río. El demonio del megáfono se dio vuelta, evidentemente para no perdernos de vista.

—Sigan la lancha a baja velocidad, nosotros los escoltaremos.

Sin decir nada crucé una mirada con mi capitán; él resopló, estiró un brazo y le dio encendido al motor. El verde paraje se llenó de ruido otra vez, ya que al barullo del motor de ambas lanchas, y de la moto que había cumplido el rol de correo de posta entre nosotros y los de la otra lancha, se sumó el de la otra moto.

—Hoy no tendría que haber salido de casa.

—Les pediré que te dejen ir en cuanto lleguemos a la casa—. Le aseguré a Sergio. No tenía ni la menor idea de cómo haría para regresar al puerto otra vez, pero no se me antojaba una buena idea, permitir que se mezclara todavía más en todo este lío; no me gustó nada la reacción de ese demonio.

—¿Haces negocios con esta gente?

—No exactamente.

—O eres muy valiente o eres muy estúpida. Parece increíble que una chica como tú busque involucrarse con este tipo de lacra; no me importa si son

traficantes, ladrones, puteros o simples empresarios, es obvio que su actitud no es buena. La gente que se cree dueña del mundo no es buena. Me fastidian los que se la dan de ser más que los demás. ¿Eres como ellos? —me interrogó girando la cabeza en mi dirección; más bien me dio la impresión de que directamente me declaraba culpable.

Me encogí de hombros. Todavía no era una de ellos, pero en cierto modo, ya era como ellos, de lo que sí estoy segura es de que no me creo mejor o más que nadie, puedo ser un poco egocéntrica y egoísta por momentos, pero estoy convencida de que nunca me sentiría a gusto rodeada de demonios como los que iban en la lancha y en las motos.

—Esta gente se reproduce como hongos —comentó Sergio por lo bajo, cuando ya nos encontrábamos muy cerca del muelle que daba a la horrilla de la propiedad de Ariel. Sobre el muelle y en el borde de la pared circundada por hortensias se encontraban al menos cinco hombres más.

Me pareció una verdadera locura que se tomasen tantas molestias por dos simples e indefensos seres humanos.

Un hombre vestido con overol bajó por la escalera del muelle casi hasta el nivel del agua. La lancha se apeó del borde de la escalera, uno de sus ocupantes le lanzó una cuerda. De la lancha solamente descendió el hombre de traje, quién subió por las escaleras hasta lo más alto de la estructura, luego la lancha se apartó.

—Amarren ahí —nos ordenó quien nos había mandado que siguiésemos a la lancha.

Sergio guió su lancha taxi hasta la escalera pero no detuvo el motor.

El hombre de la escalera tendió uno de sus brazos en mi dirección.

Por un momento me quedé dudando, no es que me hubiera arrepentido, pero antes de alejarme de Sergio quería que quedase en claro que él no tenía nada que ver, que no sabía nada.

—Por aquí señorita, yo la ayudo.

El hombre de overol me sonrió, sin duda en esa sonrisa no había nada de demoníaca. Para mayores datos me dio la impresión de que yo había visto antes a este hombre; ¿era quien arreglaba las plantas al momento de nuestra llegada, en la primera de mis visitas a la casa familiar? Me parece que sí.

—Gracias.

—Con cuidado, no querrá caerse al agua.

No, por supuesto que no quería, pero me dio la impresión de que mis razones por evitar a toda costa darme un chapuzón en el río no tenían nada que ver con

las que él suponía. ¿Sabía más de los demonios que cualquier humano común y corriente? Si se tienen al menos unas cuantas neuronas que funciones correctamente, luego demás de un año de convivir, o al menos de estar rodeado de demonios, y trabajar para ellos, supongo que se debe llegar a aprender algo. Es probable que este hombre no tuviese mucha idea de para quién trabajaba, pero el pavor hacia el agua que debían sentir los que visitaban esta casa, seguro era evidente hasta para él, así como deberían ser evidentes otras tantas cosas. La fuerza descomunal, el no envejecer, el no depender del alimento ni tampoco del sueño, eran cosas que no son fáciles de ocultar para siempre.

Lo más ridículo de toda esta situación es que este hombre, sin duda, creía que yo era uno de ellos.

—Tú también—. Atronó una voz armoniosa pero potente que venía desde arriba. Alcé la cabeza y vi al hombre de traje asomándose por la plataforma del muelle. Se dirigía a Sergio.

Me quedé helada, con una pierna sobre uno de los escalones y la otra en la lancha.

—Él no tiene nada que ver en esto—. La voz me tembló por un momento. El demonio trajeado me contempló y luego movió la cabeza para mirar a Sergio.

—Sube —le ordenó desoyendo lo que acababa de decirle.

—No, él se.

—Se queda. Serafín, amarra la lancha.

El hombre de overol asintió con la cabeza y me soltó.

—Escuche, esto es entre Ariel y yo, ese hombre no tiene nada que ver conmigo, no me conoce, simplemente lo contraté para que me trajera hasta aquí.

—Entonces, si no tiene utilidad alguna y no lo conoces, puedo deshacerme de él en este mismo instante.

—¡No!—. El grito emergió desde lo más profundo de mi pecho. Con el corazón palpitándome enloquecido en los oídos me di vuelta, Sergio me miraba con una mezcla de incomprensión, odio y temor—. Por favor.

—Apaga el motor y sube.

Las palabras del demonio cortaron el aire.

—Voy detrás de ti —me dijo Sergio cuando le hubo pasado el cabo de amarre al hombre de overol, para luego descender.

No me salió ninguna disculpa, el error garrafal ya estaba cometido.

El demonio de traje desapareció de mi campo visual cuanto emprendí la

escalada. Noté que ninguno de los demonios se nos había acercado a más de metro y medio, es más, en ese momento caí en cuenta que a medida que nosotros avanzábamos, los demonios que estaban sobre el borde retrocedían. Otra vez su reacción me pareció ridícula, a qué le temían.

—Sígueme—. Nos ordenó ya desde el camino que ascendía por la propiedad en dirección a la casa.

Sergio no hizo ningún otro comentario; conservaba la boca cerrada como nunca antes.

—Escuche —el demonio no dio señales siquiera de darse cuenta de que me dirigía a él—, disculpe—. Su única reacción fue sacudir los hombros—. Este hombre simplemente me trajo hasta aquí, no sabe nada de nada... no tiene ni la menor idea de qué sucede aquí. Por favor—. El demonio se detuvo en seco y casi me lo llevo por delante. Al instante retrocedió de espaldas poniendo una buena distancia entre nosotros. Me miró de un modo extraño, no pude descifrar qué había detrás del par de ojos que me contemplaban. De repente un gruñido emergió de sus labios entreabiertos. Una mano me tomó del hombro derecho instándome a retroceder.

—Déjalo, no insistas, no tiene sentido.

Las palabras de Sergio se condensaron en mis oídos haciéndome sentir todavía peor. Primero había tratado de defenderme, incluso cuando dudaba de mí, y ahora, simplemente parecía entregarse. Esto no tendría que haber salido así, nada de lo que sucedía figuraba dentro de mis planes.

Anduvimos hasta la casa en silencio. Todo era tal cual lo recordaba, con la diferencia de que en este momento tenía sentimientos encontrados con respecto a lo que la casa provocaba en mí. no pude evitar pensar en el cuarto de Vicente, que se encontraba allí en el primer piso, cuyas ventanas daban al jardín trasero; estar tan cerca de algo que había sido y aún era suyo me ponía me afectaba todavía más de lo esperado, el erizado de mi piel se sentía sobre todo en la nuca, percibía parte de la presencia de Vicente en los alrededores. Era grato y al mismo tiempo me causaba una profunda tensión.

Sé que de no ser por la presencia de este humano inocente al que había metido en el medio sin querer, en un acto profundamente irresponsable, yo no estaría tan nerviosa. No temía lo que pudiesen hacerme a mí, pero me daba pánico que lo lastimasen a él por mi culpa.

Que maravillosa casualidad hubiese sido que Vicente se encontrara en la casa en este mismo momento. Mi necesidad por verlo al menos, era tan grande, que me negué a perder las esperanzas de encontrármelo allí.

Unos treinta metros antes de llegar a la casa, cuando los árboles ya nos habían atrapado en su sombra, me di vuelta para ver si Sergio me seguía, y sobre todo, para ver qué cara tenía, sin duda debía estar furioso conmigo y no lo culpo, pero su enojo era lo que menos me preocupaba en este momento, yo podría continuar viviendo aunque él me odiara, es más esperaba que tuviese la oportunidad de odiarme por toda su larga existencia.

Sergio me seguía rezagado un par de pasos. Una frente arrugada, cejas tensas y uno ojos profundos, entornados, como dos armas ya cargadas, sin seguro, listas para disparar ante la menos señal de amenaza. No me dedicó ningún gesto en particular, simplemente siguió caminando con los brazos al costado del cuerpo y la cabeza medio hundida entre los hombros.

Abrí la boca para decir algo y no me salió nada, en mi campo visual entró uno demonio, vestido de negro, con una mirada igual de oscura y tenebrosa. Su rostro asomó por encima del hombro derecho de Sergio, iba por detrás de él a unos cuatro o cinco metros de distancia. Me moví a un costado y descubrí que otros tres nos acompañaban a una distancia similar.

Me pregunté a qué vendría todo esto de guardar distancia y no se me ocurrió más que pudiese deberse a que quizá les resultase peligroso acercársenos demasiado, ¿podían tentarse con nuestras almas?; no sé si es exactamente eso lo que pasaba por sus cabezas.

Al final Sergio llegó hasta mí. Me tocó el hombro para que siguiese caminando, al darme vuelta me encontré con el demonio de traje, estaba parado más adelante en el camino y me contemplaba de refilón. Con una sola mirada me instó a siguiera.

—No los provoques —rumio Sergio.

—En cuanto encontremos a la persona que he venido a ver, le pediré que te deje en paz, que te permita ir; nada de lo que aquí suceda tiene que ver contigo.

—Me da la impresión de que eso les importa bien poco, por como yo lo veo, me he convertido en un testigo.

—Tú no sabes nada.

—¿Podrías ponerme al corriente?

Casi me desnucó para mirarlo.

—De qué va todo esto, quién eres, quiénes son ellos. Me facilitarías mucho las cosas si me cuentas algo.

—Créeme, nada de lo que puedo contarte te beneficiará en lo más mínimo.

—Me dejas completamente indefenso.

—Ya estamos indefensos.

—Siempre hay algo con lo que negociar.

—La única que va a negociar algo aquí soy yo, y espero que eso valga por los dos.

—¿Eso significa que me vas a dejar librado a mi propia suerte? Gracias, que amable—. Giró la cabeza hacia delante—. Estoy perdido. La verdad es que no tenía pensado morir hoy.

—No morirás. Mi principal cometido por el momento es sacarte de aquí sano y salvo.

—¿Tú me sacarás de aquí sano y salvo? ¿Vas a pelear contra todos estos tipos? ¿Tienes un arma escondida? Creo que ellos van armados.

—No.

—¿No? Entonces según tú tienes oportunidad de vencer a todos ellos. Debes ser muy buena en boxeo, karate o algo así. Disculpa, sinceramente, ni tú ni yo, por más que esos tipos no estén armados, tenemos la posibilidad de llegar muy lejos. ¿Son cuantos, una docena, una veintena contra nosotros dos?

—Ni un ejército tendría posibilidad alguna contra ellos. Irse a los puños no servirá de nada, créeme, sé por qué te lo digo.

—Eso me deja muchísimo más tranquilo. Vamos cada vez mejor, de verdad que sí. Genial. ¡Que día perfecto!

Ignoré el sarcasmo.

—Morir no sería lo peor de todo.

—¿Te parece? —inquirió fingiendo una cara de ingenuidad fuera de este mundo.

—Hay cosas peores en este mundo que morir.

—¿Cómo esos tipos y tú?

—Es posible—. Había dado en el clavo.

—No debí haberte permitido subir a mi bote.

—No, no debiste. Lamentablemente no siempre sucede lo que debería suceder.

—¿Entonces, cómo vamos a salir de esto?

—Tú mantén la boca cerrada, no te metas y procura tampoco escuchar.

—¿¿Cómo diablos se supone que voy a hacer eso?! —estalló. Todos se frenaron para mirarnos—. Mañana vamos a aparecer flotando en el río con unos cuantos agujeros de balazos cada uno.

Nada podía estar más lejos de eso. En el único río que podíamos aparecer flotando es en el Flegetonte de sangre hirviente o fuego, según se prefiera, junto con las sombras de los tiranos, los asesinos, los ladrones y los culpables

de pecados relacionados con la violencia hacia sus semejantes, dentro del séptimo círculo del Infierno.

El portal de la casa se abrió de par en par. Adentro todo era oscuridad en comparación del brillo del sol en el exterior.

El demonio trajeado se detuvo frente a la puerta abierta y nos soltó un seco “entren”; no hubo ni un “bienvenidos” ni “síntanse como en su casa”. No éramos bienvenidos y si Sergio tenía suerte, éste nunca sería su hogar; para mí era todo lo contrario, deseaba desde lo más profundo de mi alma, poder relacionarme con esta casa, sobre todo con el primer cuarto a la izquierda subiendo por la escalera principal.

Me costó acostumbrarme a la penumbra del interior, es por eso que los primeros pasos que di fueron casi a ciegas. Sergio se detuvo por detrás de mí; noté que estaba conteniendo la respiración.

La puerta se cerró a nuestras espaldas, el demonio de traje había entrado para encerrarnos a nosotros dentro; los otros demonios se habían quedado afuera.

Por unos breves instantes pude comprobar que todo estaba tal cual yo lo recordaba, como si el tiempo no hubiese transcurrido aquí dentro. De todos modos, qué podían significar unos cuantos meses en la vida de un demonio; nada, seguro.

Nadie se movió por un momento. No hubo ordenes, ni amenazas, los tres nos quedamos parados en el hall de entrada.

Si su cometido fuese matarnos, ¿no lo habría hecho ya? —pensé—. O es que no quiere hacerlo aquí mismo por miedo a que aparezca alguno de los empleados humanos de servicio en la casa; ¿tendrían un cuarto especial para ocuparse de los humanos molestos? ¿Sí nos mataban, a dónde irían a parar nuestros cuerpos? Una vez escuché un comentario sobre las complicaciones de dejar por ahí cuerpos de humanos muertos después del ataque de un demonio, básicamente podían matarte con un único golpe, utilizando su fuerza descomunal, no sería una muerte normal, cualquier médico forense se daría cuenta de eso.

—Bueno, bueno, bueno. Qué tenemos aquí.

No pude evitar dar un salto del susto al oír la voz que vino por detrás de mí; recordaba que a mi espalda había una puerta que daba a un corredor que daba a la parte posterior de la casa y a una escalera. La voz debió provenir de ahí. Al instante di media vuelta. A pesar de que la fotografía tenía casi cien años, bien podía haber sido tomada ayer mismo, utilizando un disfraz y un telón de fondo pintado con el Arco del Triunfo. El mismo rostro con un dejo cebero, la

mandíbula fuerte, un par de ojos de mirada potente y esas gruesas cejas reforzaban un rostro pétreo, inmutable. Su frente, su boca. Lo que interpreté en la fotografía como canas quizá fuese un efecto de la luz, porque ahora viéndolo frente a frente no pude encontrar ni solo cabello blanco que perturbase oscurísimo castaño de sus hebras. El cabello le rozaba los anchos hombros. Tenía el porte de un rey, o al menos el de alguien que se sienta por sobre la media normal (cosa que en este caso tenía sus justificativos). Toda su postura decía: aquí estoy yo.

Me atrevo a asegurar que este hombre debe imponer su presencia en cualquier momento, en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia. Lo único distinto en él, de aquella fotografía a cien años para acá, eran las ropas que llevaba puestas, que si bien no marcaban ninguna tendencia de moda pertenecían más a la actualidad que aquellas otras de la foto. Un pantalón oscuro, una chaqueta haciendo juego y por debajo una polera de un tejido muy fino. La ropa en sí no era llamativa, pero se notaba que era de calidad. En síntesis su aspecto era el de una persona en extremo prolija y pendiente de su aspecto. Eso también se le notaba en los zapatos, que daban la impresión de nunca haber pisado un suelo más abrasivo que le recubierto por una mullida alfombra. Una pieza de su vestuario no había cambiado, el anillo en el dedo del corazón de su mano izquierda que volvió a llamar mi atención igual que la primera vez. No era un anillo de sello, sino una especie de sortija familiar, con lo que me pareció era un escudo de armas; era de oro y algún tipo de piedra negra.

Sergio se dio vuelta junto conmigo.

—No esperaba recibir visitas hoy. No creo haber concertado una cita contigo, es más, por lo que entiendo, no tienes nada que hacer aquí, o es que acaso hay alguna razón que yo desconozco—. Ariel dio un paso al frente—. En fin... Tal vez ya era hora de que nos presentáramos formalmente —se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza hacia abajo—. Soy Ariel Doinel.

—Ya lo sabía, he visto una foto suya; Vicente me la mostró.

—Sí, claro, por supuesto, me lo imaginaba. En Vicente, de vez en cuando, aflora cierto sentimentalismo humano, es decir: afluía. Las cosas han cambiado mucho en este último tiempo—. Al terminar de pronunciar aquellas esas palabras, Ariel giró la cabeza y miró a Sergio—. Lo lamento mucho, disculpe usted mi mala educación—. Le tendió una mano a mi acompañante—. Ariel Doinel, para servirle.

¿Para servirle? No era éste el mismo demonio al que le desagradaban los seres humanos.

Sergio lo dudó un instante, no obstante, al final extendió el brazo y apretó la mano de Ariel. Al momento del contacto entre sus manos se plasmó la viva imagen del desconcierto en el rostro de Sergio. El apretón fue muy corto ya que él tironeó de su propia mano y se apartó de nuestro anfitrión.

—¿No soy lo que esperabas? —le preguntó Ariel a Sergio dejándome helada. De qué estaba hablando. Las palpitaciones de mi corazón se dispararon a mil por hora.

Sergio no contestó. Su cara lo dijo todo, estaba sorprendido, y no gratamente.

—Siempre me he preguntado si son realmente casualidades o causalidades. ¡Impresionante! —exclamó alzando la voz en un tono cantarín que sonó a cantante de ópera intentando impresionar al auditorio al demostrar que no necesitaba de un micrófono para que lo escucharan en lo más alto del anfiteatro.

—¿Usted es...? —Sergio no fue capaz de terminar la frase.

Ariel volvió a llevarse una mano, más precisamente la del anillo, al pecho.

—Lo lamento pero antes de atender tu caso, debo discutir un par de cosas con esta señorita.

Sergio me miró. No salía de su asombro. Acaso tenía la menor idea de a qué se enfrentaba, es que esperaba esto. ¿De veras lo había estado buscando?

—¿Qué son ustedes? —me preguntó.

—Yo...

—Eliza es una clienta, igual que tú, es decir, lo fue—. Sacudió la mano del anillo abanicando el aire—. Es una historia muy larga...Te prometo que lo resolveré en un momento y tendrás mi completa atención luego.

—Pero ella... —giró la cabeza en dirección a Ariel.

—Lo dicho, causalidades, casualidades... la vida está llena de secretos. Debemos agradecerle a Eliza que te trajera, sin saberlo nos ha hecho un favor a ambos—. Ariel se volvió en mi dirección y me sonrió—. Sin querer nos ha facilitado mucho la tarea a los dos.

Me había quedado sin palabras. Esto era una locura, no entendía nada.

—Yo no... Sergio, ellos son...

—Por favor, Martín, ten la amabilidad de acompañar a nuestro huésped, que se sienta como en su casa, en un momento me reuniré con ustedes.

El hombre de traje volvió a abrir la puerta e invitó a Sergio a salir, con modales mucho más agradables de los que utilizara para traernos hasta aquí. ¿Había sido yo la responsable del maltrato? De lo único que sí estoy segura de ser responsable, es de haber guiado sin querer y sin saber, a este hombre, a lo que podía ser su perdición; si las cosas salían mal para él, comprendería que yo tenía razón, la muerte no es lo peor de todo. Me pregunté qué lo había llevado a tomar la decisión de hacer tratos con ellos.

Sergio dio media vuelta sin decirme nada, sin despedirse, es más ni siquiera me miró por última vez. Yo ya no importaba, ya había quedado olvidada la tensión del primer momento y los temores que le siguieron, él había encontrado lo que buscaba y yo también.

En cuanto la puerta se cerró me entró un frío espantoso, un frío que provenía de mi interior. Sin darme cuenta de lo que hacía me abracé a mi misma. Tuve la sensación de que el cielo se oscurecía, que el mundo se tornaba sombrío y frío.

—No me agradas —entonó Ariel quebrantando el silencio, que había reinado por un par de segundos desde que la puerta se cerró a espaldas de Sergio.

Lo miré y desocupé mis brazos. Sabía que si me atacaba o lanzaba algún tipo de golpe contra mí, no tendría demasiada oportunidad, de todos modos, dejar las manos libres para intentar defenderse, es un acto casi instintivo en un momento donde la tensión y el temor se imponen. Por supuesto no iba a permitir que el miedo me venciera, mi peor enemigo no era él, sino Ariel, eso lo tenía muy en claro.

—Es cierto que ningún humano me agrada mucho. Lo destacable aquí es que tú realmente batiste todos los records —me apuntó con un dedo mientras caminaba en dirección al living a mi izquierda—; y hablamos de siglos de contabilizar despreciables e insufribles humanos que me han crispado los nervios. Tú lograste llegar más lejos que nadie más y créeme, no es algo por lo que puedas sentirte orgullosa—. Se llevó la mano en la que lucía el anillo, al mentón y apretó los labios—. Arrastraste a mi hijo hasta lo más bajo. Por tu culpa se humilló a sí mismo. Lo hiciste quedar en ridículo frente a toda nuestra sociedad. Te burlaste de regímenes a los que deberías temer y todavía hoy continúas pensando que tienes derecho a meter tu nariz en todo esto. No mereces seguir con vida, por lo que hiciese tendría que torturarte hasta

matarte.

—Lo único que he hecho es enamorarme de su hijo, y sucedió sin querer.

Ariel soltó una carcajada.

—Es por eso que estoy aquí hoy, porque todavía lo amo.

Ariel se rió todavía más fuerte y no paró, aun así continué exponiendo mi caso, no pensaba quedarme callada.

—Necesito saber si todo lo que me dio no fue más que una farsa. Entre nosotros pasaron muchas cosas —sentí que se me encogía el pecho—, cosas que no puedo creer que no fueran reales. Lo quiera o no yo todavía lo amo y cuando se fue las cosas no quedaron del todo claras entre nosotros dos —alcé todavía más la voz ya que Ariel no paraba de soltar carcajadas a todo volumen—. Tengo que hablar con Vicente, quiero que tengamos una discusión frente a frente, me parece que después de todo es lo menos que me merezco, por eso recurro a usted, no sé cómo ubicarlo y...

—¡Has quebrado, violado y deshonrado todas las leyes y estatutos! —Me giró en un ensordecedor tono—. Tu transgresión no tiene nombre. ¿Acaso te crees en posición de enfrentar un mundo para el que tú no eres más que una insignificancia? Te sobrevaloras. Ciertamente no eres quién para pretender llevarte por delante una organización establecida hace milenios.

No le contesté; estaba asustada, sin embargo no fue por eso por lo que mantuve la boca cerrada, intuía que Ariel no esperaba una respuesta, simplemente desplegaba su opinión por lo que no era mi turno de hablar. Cuando terminara, haría mi descargo.

—Han insuflado demasiado tus ínfulas, y eso no es culpa de otro más que mi hijo. Vicente comentó un error contigo y muchos otros adoptaron ciegamente lo que él dijo. Lo único rescatable de esa situación es que demuestra cuanto poder él tiene, lo respetan inmensamente y eso a mí me satisface de sobre manera. Cualquier padre se sentiría orgulloso de ver a sus hijos triunfar, de verlo convertido en un símbolo de grandeza, o mejor aún, en grandeza misma.

Con un padre así quién podría ser muy normal. Este demonio era el vivo ejemplo de un icono de su mundo. Destilaba odio y desprecio por los poros, y altanería por sus palabras. Además, podía sentir algo brotando de él, llamémoslo poder o fuerza, un magnetismo extraño que al mismo tiempo te repele. No sé ni puedo explicarlo.

—He trazado ambiciosos planes para Vicente, planes que él ha sabido concretar maravillosamente bien en casi todos los casos. Tú eres una de las pocas excepciones, al menos una de las pocas que todavía se da el gusto de

pavonearse por ahí, recordándole a todo él mundo su error. Todavía no entiendo por qué te dejó con vida. Es muy blando en ocasiones; me ocupo de borrar ese rasgo de su personalidad, junto con su consciencia, también. Su consciencia es un lastre completamente innecesario. Cuando la suelte, ya nadie podrá alcanzarlo—. Ariel inspiró hondo y dio un paso al costado—. Tendría que haberte matado, eso hubiese sido lo más lógico. Su intervención en aquella pelea fue completamente ridícula, ese demonio estaba tan desesperado por obtener tu alma que lo más probable es que te hubiese matado a los golpes antes de que tú se la entregaras. Lo único que entiendo de ese suceso es que mi hijo no quería toparse con tu alma otra vez, le recuerdas los errores que cometió, es por eso que te prefiere lejos.

—Necesito ver a Vicente, tengo que hablar con él —repetí ignorando todo lo que acababa de soltarme. Me estaba entrando una desesperación horrible Ariel soltó un gruñido que me hizo pegar un salto hacia atrás.

—¿Tienes algún problema de audición, o es que acaso sufres de algún retraso que te complica entender lo que se te dice? ¡No, nada de eso, es que los ustedes los humanos son todos iguales! ¡Imbéciles e insignificantes alimañas! ¡Patéticos! —gritó abalanzándose sobre mí—. Débiles e indefensos. Tan quejumbrosos que pierden toda la vida arrastrándose sobre sus propias miserias. No son capaces de ver más allá de lo que tienen delante de las narices.

Ariel se plantó a un paso de mí.

—¿Tú eres así, Eliza?

Sus ojos atravesaron los míos para luego perforarme el cerebro, el perfume similar a las de las violetas, solo que magnificado miles de veces, me llenó los pulmones. El aroma era tan fuerte que ya resultaba desagradable, sentí como por la nuca me subía un espantoso dolor de cabeza. Me dieron arcadas y se me nubló la vista.

Ariel dio un paso atrás. Su movimiento provocó una especie de vacío entre nosotros. El aire arrastró consigo parte del vaho, por suerte, lo que me permitió aclararme un poco, igual continuaba teniendo la sensación de estar metida dentro de una nube tóxica.

—Sal de mi vista —lanzó sacudiendo la mano del anillo por delante de su pecho.

—No—. Intenté ponerme firme pero todavía me sentía algo mareada y el dolor de cabeza todavía persistía.

Ariel me fulminó con la mirada.

—Necesito hablar con él, tenemos muchas cosas que aclarar, además quiero pedirle que libere mi alma; si no me quiere pues tampoco tiene derecho a ser mi dueño.

—Tú sí que eres todo un caso.

—Yo tengo derecho a hacer lo que me venga en gana con mi alma.

—Sí lo amas tanto como dices, por qué insistes en seguir complicando su vida. Es un demonio y aún así se exilió a sí mismo al otro lado del mundo solamente para alejarse de ti. ¿Qué te dice eso?

—No lo entiendo.

—Eres su debilidad más grande, eso ha quedado claro. Puede que un día la mancha de lo que pasó entre tú y él se borre; para eso deberá pasar mucho agua debajo del puente. Liberar de nuestro mundo un alma que se creía tan valiosa y prometedora no fue una buena jugada para él. Desde que te dejó ir a tenido infinidad de problemas. ¿Quieres terminar de hundirlo en el barro, es eso? ¿No te contentas con haberlo visto pisoteado, con haberlo tratado como un simple humano?

— Tratarlo como un simple humano es muy distinto a degradarlo.

—Eso es según tus reglas, no las nuestras. Sinceramente espero que algún día, todos puedan olvidarse de ti. Quizá cuando pasen un par de años luego de tu muerte, cuando ya no quede rastro de tu paso por este mundo.

—No tengo intención de morir. Mi vida ha cambiado por él. Vicente lo quiera o no, las cosas son muy distintas ahora del día en que me conoció. Tengo todo el derecho del mundo a decidir qué hacer con mi alma.

Ariel se rió por lo bajo.

—No, no tienes ningún derecho.

—Por favor, necesito hablar con él.

—Tal vez me equivoqué contigo, de todas maneras continuó pensando que no tienes nada que hacer junto a mi hijo.

—Que sea él quien tenga la última palabra.

—No es así de sencillo.

—No, ya sé que con ustedes nada es sencillo, tan sólo dígame cómo puedo ponerme en contacto con él.

- Desde el principio me ha intrigado por qué todos se sienten tan atraídos hacia ti—. Entonó llevándose otra vez la mano al mentón, cruzando sus labios con un dedo. En esa posición se quedó observándose en el más completo silencio. ¿Me estaría leyendo la mente? No notaba nada—. La mayoría de los humanos no quiere tener nada que ver con nosotros y ¡gracias a Dios por eso!

Pero aquí encontramos el ejemplo de todo lo contrario. En su momento te negaste a vender tu alma y ahora estás dispuesta a entregarte por nada, incluso sabiendo que Vicente no te ama.

—¿Puede afirmar eso último?

—No estoy dentro de la cabeza de mi hijo pero conozco a los míos muy bien.

—Evidentemente no lo suficiente, sino sabría por qué muchos de sus congéneres me persiguen incluso por estos días.

—Tienes la lengua muy larga.

—Simplemente digo la verdad.

—En otra época podían haberte llevado a la horca por ser tan inocentemente sincera.

—Estoy segura que usted sabe mucho más que yo sobre todo lo que sucedió entre Vicente y yo, y probablemente también esté mucho más al tanto de la verdad sobre otras cosas que han pasado a mí alrededor.

—¿Esperas que te dé detalles?

—No, solamente quiero que me dé un número de teléfono, una dirección, un correo electrónico o lo que sea, para que yo me pueda poner en contacto con Vicente.

—Detecto algo nada agradable —frunció el entrecejo—. ¿Acaso me acusad de algo?

—Sé que usted salvó a Vicente de la muerte pero también entiendo que usted sería el primero en oponerse a que Vicente y yo tuviésemos algo, yo soy una humana.

—Eso ya lo he notado —acotó en tono irónico.

—Y por mucho tiempo Vicente se negó a aceptar mi alma a cambio de nada. Dilató el momento de tomar una decisión sobre mi cambio hasta que se fue, dándome una respuesta negativa. Me dijo que esperaba no cruzarse con mi alma en el Infierno. ¿Sabe usted por qué su hijo hizo lo que hizo?

—Se te ha acabado el tiempo.

—Continúo dispuesta a entregarme, convénczalo de eso.

—Fuera lo que fuese que hubo entre ustedes se ha terminado. Definitivamente terminado. Vete haciendo a la idea de eso.

Apreté los dientes para tomar fuerzas. No estaría terminado hasta que Vicente y yo aclarásemos todos los puntos oscuros de nuestra historia y hasta que me diese la potestad sobre mi propia alma, para hacer de ella lo que me venga en gana.

—¿En qué país de Europa se encuentra?

—No es asunto tuyo.

—¡Es asunto mío desde el día en que usted lo mandó a comprar mi alma!
¡¿Dígame dónde está?!

—¡Lárgate y no vuelvas a aparecerte por aquí!

—Está en Francia, donde tiene una casa. ¿En qué lugar queda?

—Por estos días él ya no está sólo y hasta hace unos días tú tampoco lo estuviste; no vuelvas a molestarme.

No hacía falta ser ninguna genio para adivinar en compañía de quien podría estar. Sabría eso Gaspar. Si Eva realmente se encontraba a su lado, entonces me sería mucho más fácil ubicarlo. En cuanto Gaspar se pusiera en contacto conmigo...

—Y de paso, tampoco vuelvas a inmiscuirte en la vida de Lucas, él está bajo mi tutela y por tu culpa últimamente no se ha comportado nada bien. Por lo visto tu pasatiempo es arruinarle la existencia a todo demonio que se cruza por tú camino. Ya vimos lo que les sucedió a los integrantes del clan Salleses—. Chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza—. Una verdadera pena. Gaspar tendría que hacer un esfuerzo por evitar meter a sus hijos en problemas. Y por sobre todo, debería comprender que si sigue metiéndose dónde nadie lo llama, acabará muy mal. Como Jan, tal vez.

—¿Jan? ¿Qué le pasó a él?

—Pongámoslo de esta manera —dijo sonriendo—: pasará un par de años a la sombra, y todo por culpa de quién...

—¿Usted está detrás de todo esto?

—Tengo tantas responsabilidades... hago tantas cosas...

—Jan es amigo de Vicente. ¿Sabe él que usted es responsable de lo que le sucedió a su amigo y de lo que sufren los integrantes del clan Salleses?

—¿Cómo es que estás tan convencida de que no es exactamente lo contrario? ¿Tan segura estás de conocer realmente a Vicente? —esperó un momento—. Apuesto lo que sea que sabes que el es uno de los elegidos, es un “hijo del Diablo”, tiene un poder único y nació para imponerse entre sus pares y por sobre toda la humanidad, qué te hace pensar que él es una inocente mariposita. Fácilmente él podría ser el artífice de todo lo que ha pasado y pasará. ¿Cuáles son sus motivos, qué planea? Esas son cosas que no se le preguntan a alguien de su rango. Soy un demonio viejo, tengo experiencia y me he hecho de un lugar dentro de mi sociedad, sí, soy su padre, pero cuantas veces el hijo ha superado al padre. Yo no puedo gobernar todos sus actos, simplemente me limito a allanarle el camino. Quiero verlo triunfar y lo veré. No sé qué vio en

ti, no sé por qué hizo lo que hizo, de lo que sí estoy seguro es que yo seré uno de los que se pondrá de pie para aplaudirlo. Es grande —añadió con fervor—. Ustedes no nacieron para estar juntos.

Me costó poder decir algo, mi corazón estaba desbocado, mi mente no dejaba de trabajar a toda máquina, tenía ganas de llorar, de gritar y de reír al mismo tiempo. Contra viento y marea, mi corazón seguía navegando hacia el mismo lugar, sin cambiar su rumbo ni un solo grado, pese a las insinuaciones de Ariel.

—Nadie es tan buen mentiroso —fue lo único que logré articular.

Ariel se encogió de hombros.

—La lancha te llevará otra vez de regreso al puerto. No vuelvas a aparecerte por aquí. Y deja de meter tu nariz en nuestro mundo o muchos más acabarán mal sus días. Vete.

—Esto no se termina aquí.

—¿Me amenazas?

—No, simplemente le estoy informando que voy a llegar al fondo de esto.

—Entonces tendrás que hacerte a la idea de que deberás pagar un precio muy alto por ello.

—Sí se comunica con Vicente dígame que no voy a parar hasta hablar con él.

—No soy tu chico de los recados, ni el de nadie.

Ignoré lo que me dijo.

—¿Qué va a sucederle a Sergio?

—No es asunto tuyo. Nos buscaba y nos encontró. No tienes nada que ver con él, está dónde quería estar y todo gracias a ti.

Al terminar de decirme esto, Ariel caminó hasta la puerta y la abrió.

—Mi lancha te espera; no hagas que te vengán a buscar, son demonios relativamente jóvenes, toda alma es una tentación para ellos, y no siempre logran contenerse, es probable que terminen desmembrándote, antes de que tú, por sufrimiento, accedas a entregarles tu alma, y aunque lograras entregarle tu alma a alguno de ellos, los otros te despedazarían antes de que todo termine.

Me dio un escalofrío.

Inspiré hondo y di un paso al frente sin bajar la cabeza. Podía haber ganado otra batalla pero la guerra todavía no había terminado. Iba en camino a la puerta cuando Ariel se interpuso en mi camino, obstruyendo el rectángulo de luz que daba al exterior.

—Tengo una mejor idea. Acaba de ocurrírseme. ¿Tienes ganas de quedarte a ver un buen espectáculo? Será algo de lo que no te podrás olvidar jamás, lo

prometo.

Ariel no me dio tiempo a responder. Me tomó del brazo clavándome sus hirvientes dedos entre los músculos y el hueso.

—Suélteme —repetí una y otra vez tironeando de mi brazo sin conseguir soltarme; lo único que logre es que me doliese todavía más su agarre. Era como pelear contra las garras de un enorme oso. Intenté clavarme en la tierra, pero como si nada, patiné sobre el césped. Ariel me llevaba a la rastra con suma facilidad, sin perturbarse, sin que uno solo de sus largos cabellos negros se moviera de lugar. Mientras tironeaba para soltarme me percaté de que los demonios que antes rondaban por la casa habían desaparecido.

—Esto resultará terriblemente instructivo para ti. Si no me equivoco serás el primer ser humano que presencia algo en calidad de mero espectador. No debería hacer lo que estoy a punto de hacer, pero ya que tú has transgredido tantas de nuestras normas, una más no hará la menor diferencia—. Me dedicó una sonrisa torcida que me heló la sangre—. Ansío ver qué cara pones. ¿Me pregunto que diría Vicente de estar aquí?

—Usted está loco.

—No, para nada. Todo lo que yo sé, todo lo que he vivido, sería suficiente para enloquecerte hasta la perdición—. Hizo una breve pausa mientras nos internábamos entre los árboles—. Ya que te consideras digna de nuestro mundo, veremos que tal sobrellevas lo que estás a punto de presenciar. Solo a título informativo, yo he visto esto cientos de veces y recuerdo vividamente cada una de esas ocasiones. Desearás no volver a dormir nunca más. Las pesadillas pueden ser increíblemente realistas a veces, ¿no es así?

Se me hizo un nudo en el estómago.

Tironeé y tironeé para soltarme; no sirvió de nada. Gritar por ayuda era inútil, es más, podría llegar a resultar contraproducente con todos esos sedientos demonios merodeando por ahí.

A los trompicones llegué andando por detrás de Ariel, hasta una construcción de material que parecía un búnker contra armas de destrucción masiva, incluidas armas nucleares y demás porquerías que los humanos usamos para matarnos los unos a los otros. Por fuera no daba la impresión de ser demasiado grande, sin embargo tenía la sospecha de que lo que quedaba a la vista era solamente la entrada, el resto debía estar enterrado bajo tierra, en la loma sobre la que creían árboles considerablemente más jóvenes y bajos que los de los alrededores.

La puerta de hierro del búnker se abrió. Debajo de una pálida luz amarillenta

apareció el rostro de un demonio, el resto de su figura se confundía con la oscuridad por llevar ropas negras.

De un empujón Ariel me obligó a entrar. No vi los escalones, y aunque los hubiese visto dudo que hubiese podido hacer algo ya que Ariel prácticamente me lanzó al interior. Trastabillé. Hice el intento de recuperar el equilibrio pero no lo logré. Di tumbos por la escalera hasta que finalmente aterricé de rodillas en medio de una profunda oscuridad. Sentí una descarga de dolor que empezó en mis rodillas y ascendió por mis muslos, retumbó en mis caderas y me llegó al pecho. El dolor me cortó el aliento. Me desmoroné hacia delante, quedando en posición fetal; no permanecí mucho tiempo así, alguien me tomó por debajo de la axila y el brazo derecho y me levantó en vilo tironeando de mí como si no pesase nada.

—¿No es lo que imaginabas? —me susurró Ariel al oído.

Ariel me obligó a caminar. No veía dónde pisaban mis pies. El suelo era firme pero no ver nada más allá de mi nariz era como mínimo inquietante. Perdí la perspectiva del espacio y de la dirección; ni siquiera el aire que nos rodeaba me decía nada; era húmedo y no había corrientes, y como era de esperarse, olía a tierra.

No oí más pasos que los nuestros y estos no retumbaban demasiado, de modo que calculé que el espacio que nos rodeaba no debía ser demasiado grande.

De repente nos frenamos en seco.

Oí un cerrojo correrse.

Una puerta se abrió ante nosotros y fue allí que se hizo la luz. Bueno, exponerlo de ese modo no es del todo correcto. Ví un rayo de luz, preciso y contenido dentro de un círculo de sombras que en su circunferencia acababa en una oscuridad impenetrable. Justo en el centro, debajo del haz de luz, arrodillado, con la espalda encorvada y la cabeza caída hacia delante, se hallaba Sergio. A simple vista me dio la sensación de que no estaba herido; tampoco parecía encontrarse del todo bien.

Sin hacerse eco de mis protestas, Ariel me metió dentro del espacio circular.

De las paredes no vi ni el más mínimo atisbo, del piso de cemento quedaba una porción iluminada, había charcos y manchas de humedad. Las rodillas del pantalón de Sergio estaban mojadas, así también la manga izquierda de su camisa.

Ariel me arrastró hasta el vórtice de luz y allí me dejó en manos del demonio trajeado que se había ido con Sergio en su momento.

Ariel siguió camino hasta Sergio y se paró justo por delante de sus rodillas.

Sergio alzó la cabeza, tenía el rostro empapado en sudor, los ojos desorbitados, rojos y con los párpados hinchados.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

Sergio asintió con la cabeza.

—Me entregó a usted en libre voluntad, me entregó a la oscuridad en cuerpo y alma —entonó Sergio con voz pastosa—. Reniego de la luz y me entrego a usted—. Alzó las manos y tomó las de Ariel mirándolo a la cara; se alzó sobre sus rodillas y besó las manos de Ariel—. Soy suyo, acépteme por favor —bajó la cabeza—; sé que no soy digno, pero tengo la voluntad—. Apoyó su frente sobre el dorso de las manos de Ariel y con voz quejumbrosa dijo—. Haga de mí lo que usted guste.

—Bien dicho. Lo haré, descuida que lo haré.

Ariel tironeó de sus manos con una sequedad y rotundidad que dejó a Sergio completamente desestabilizado, es por eso que terminó cayendo hacia delante. Ariel se apartó.

—Bienvenido a casa hijo —entonó Ariel y le dio la espalda a Sergio.

En ese exacto momento Sergio se puso a aullar a todo pulmón. Sobre un charco se retorció mientras se agarraba la cabeza y se tironeaba del pelo. Obviamente estaba sufriendo, no sé de qué ni por qué, pero en sus gritos se sentía el dolor.

Me lancé hacia delante para ayudarlo pero el demonio que me sostenía puso más fuerza en su agarre sobre mí. Sus manos me tenían sostenía en un punto específico del aire.

—¿Qué le está haciendo?! ¡Déjelo en paz!

—Me ha dicho que haga de él lo que guste y eso mismo estoy haciendo —me contestó Ariel con toda tranquilidad comenzando a pasearse por alrededor de Sergio.

La habitación se llenó de susurros que acabaron decantando en gritos de júbilo. El aire se llenó de un olor rancio. Oí aullidos, gruñidos y lo que me parecieron arañazos sobre el piso de material, también escuché golpes, como de cuerpos chocándose.

Volví a marearme, pero esta vez fue peor, pensé que iba a terminar desmayándome.

Sergio no paraba de rogar que el dolor parase, eso era lo que decía cuando podía articular palabra, la mayor parte del tiempo gritaba y se retorció. En su boca comenzó a formarse espuma blanca y la desesperación lo llevó a arañarse y a golpearse a sí mismo. A simple vista parecía como si estuviese

sufriendo lamidas de fuego por todo el cuerpo.

Su cuello se hinchó al doble del tamaño normal, su cara se puso roja, su boca estaba deformada en una constante mueca de grito, sus ojos hinchados ya no eran más que unos bultos color púrpura divididos a la mitad por una línea de pestañas que quedaban casi completamente ocultas entre la hinchazón.

Me ahogaba de tanto gritar que todo esto debía parar, que Sergio se estaba muriendo. Sergio se había entregado, las palabras salieron de su boca, pero no estaba del todo segura que este fuese el proceso normal de cambio, quizá lo fuese, quizá no, más bien me pareció que Ariel le hacía algo que quizá no fuese del todo necesario para el cambio en sí.

Mientras Sergio seguía retorciéndose en el suelo con la espalda anqueada hacia atrás y las piernas flexionadas con una tensión que amenazaba con partirle todos los huesos, Ariel caminó hasta mí.

—Adiós, Eliza.

Ví sus labios articular esas dos palabras y luego todo se puso negro y silencioso.

17. Audacia y Locura.

Lo primero que sentí fue el frío en la espalda, en las piernas. Debajo de las palmas, la humedad; también la percibí en mi cuero cabelludo, sobre todo a la altura de la nuca.

Todavía no estaba del todo despierta, o conciente, en realidad no tenía ni idea de si me había desmayado, dormido o de si estaba muerta o qué demonios.

Unos gritos desgarradores inundaron mi cabeza sin que pudiese evitarlo. Apreté los párpados y se me escapó una lágrima que me corrió por la mejilla izquierda lentamente, al principio fue una sensación tibia ante tanto frío, pero luego la gota salada se heló justo antes de caer dentro de mi oreja.

Otras lágrimas cayeron después.

A través de los párpados noté que me rodeaba la oscuridad. Empecé a sentir la brisa apenas perceptible, y los sonidos que me rodeaban. Viento, viento arremolinándose entre las ramas de los árboles. Hojas secas siendo arrastradas. Un susurro a la altura de mis oídos. Moví los dedos y me di cuenta de que estaba sobre pasto duro y carnoso, en una ladera o algo similar, tenía la cabeza más alta que los pies, de eso estaba casi segura.

Mis dedos hurgaron en el suelo; las uñas se me llenaron de tierra.

Escuché lo que me pareció era un motor aumentar de revoluciones, es posible

que fuese un automóvil, no estoy segura, me resultaba difícil el mero acto de raciocinar.

No abrí los ojos pero no por eso dejé de ver... Mi cerebro proyectó imágenes que habían quedado grabadas en él igual que una película. Sergio retorciéndose, aullando y sufriendo. La oscuridad que lo rodeaba, el rostro inmutable de Ariel.

Me eché a llorar desconsoladamente, hipando, gimiendo. Sentía que tenía roto el corazón; estaba completamente desconsolada. Había sido real y lo sería cada vez que cerrara los ojos para dormir. Ariel tenía razón, no me olvidaría de esto jamás.

Abrí los ojos para acabar con aquella imagen. De frente me topé con un cielo estrellado ya muy oscuro, entre las copas medio peladas de los árboles. Me quedé así tendida, sin moverme en lo absoluto, hasta que el llanto se fue. Solamente entonces pude moverme.

Primero me incorporé sobre los codos. Sobre este nuevo plano, tomé conciencia de dónde estaba y de que no había muerto ni nada por el estilo. Continuaba en el delta, sobre una loma que hacía las veces de playa al río. El río estaba más oscuro que nunca, no había barcos ni personas por los alrededores.

Me senté y la cabeza me dio vueltas, por lo que esperé un momento para mirar hacia atrás. Por detrás de mí había una línea de bancos de madera pintados de un color oscuro, posiblemente verde, que daban a la horilla, árboles, arbustos y otras plantas, y luego la vereda. Al otro lado de la calle había construcciones, casas, comercios, restaurantes; todo estaba cerrado. Debía ser tarde. Alcé mi muñeca derecha, el reloj marcaba las once treinta y cinco del mismo día en que recordaba todo había comenzado, o al menos eso decía mi reloj. ¿Era posible que llevase horas tendida en este mismo lugar sin que nadie me viera?

Me pasé las manos por el cabello, me dolía el cuero cabelludo y sentí una dolorosa presión en la nuca; toda mi cabeza se encontraba hipersensible.

Tanteé a mí alrededor y me topé con mi bolsa; la arrastré hasta mi lado. Me tomó una buena cantidad de minutos ponerme de pie ya que no lograba encontrar la estabilidad sobre las plantas de mis pies, además mis rodillas se flexionaban ante el peso del resto de mi cuerpo, y otros tantos decidirme a echarme a andar. No tenía ni idea de que me había sucedido, no sabía si debía adjudicarle mi estado actual a un desmayo o algún otro problema físico, nunca antes experimenté algo similar.

Con cuidado, ya que todavía me sentía bajo la amenaza de desmoronarme en cualquier momento y sin previo aviso, trepé hasta la altura de la calle. Crucé sobre el adoquinado dispuesto para los automóviles y empecé a andar sin rumbo fijo, no tenía ni la menor idea de dónde estaba y tampoco recordaba demasiado bien a dónde había quedado estacionada mi camioneta. Todas las casas me parecían iguales.

No reconocí las calles hasta quince minutos después de vagar como si estuviese bebida. Tuve que deberme en una esquina y tomarme de un poste de luz, para poder concentrar todas mis fuerzas en pensar que calles debía tomar para conseguir recuperar mi vehículo y así regresar a casa, aunque la verdad, para ser sincera, no me sentía en condiciones de manejar.

Me perdí tres veces antes de lograr encontrar mi camioneta en una calle en la que tan solo había otros cuatro automóviles estacionados.

Llegué a la puerta del lado del conductor y me puse a buscar las llaves dentro de mi bolso. No fue tarea fácil, mi cerebro embotado funcionaba a media máquina.

No sé por qué la alarma se activo, pero sola dejó de sonar unos segundos después.

Me encerré dentro, puse las llaves en el contacto y di el encendido. El calor que empezó a salir de las ventilaciones primero me hizo estremecer, después se transformó en una sensación agradable y enteramente bienvenida.

No puse atención en cuanto tiempo estuve allí sentada esperando sentirme capaz de manejar sin llevarme algún árbol por delante, pero obviamente se hizo muy tarde.

Supongo que cuando llegué a casa ya era de madrugada, los primeros pájaros empezaban a cantarle al sol que todavía no asomaba.

Entré en el departamento, cerré la puerta con llave si bien sabía que eso era completamente inútil, fue un gesto maquinal puramente humano.

La llave se quedó en la cerradura y perdí mi bolso en algún punto perdido del piso de camino a la habitación. Me senté a los pies de la cama, se saqué el calzado, gateé hasta las almohadas y me acosté allí sobre mi lado derecho, estirando el brazo izquierdo para tirar del acolchado y de las mantas para así envolverme en ellas. Me dormí al instante.

Por desgracia, desde que cerré los ojos, sufrí pesadillas de las que en su mayoría fue actor principal Ariel, acompañado algunas veces de Sergio, otras de Vicente. Lucas también me visitó en sueños.

No tenía noción del tiempo o del espacio. Lo único a lo que podía aferrarme era a esa imagen, a esos gritos; en el mundo parecía no existir nada más, siquiera yo misma. Era como si hubiese perdido mi cuerpo, mi piel había hecho explosión para liberar toda mi materia al universo, ya no era nada, sino parte de todo. Creí que iba a disolverme, a fundirme con todo lo demás para finalmente perderme a mi misma, a mi esencia.

Se me acababan las fuerzas. La confusión infectaba todo lo que quedaba de mí. Me entró mucho miedo. Era una injusticia, esto no podía estar sucediendo, no tenía porqué suceder. Mi mente no alcanzaba a atisbar las razones siquiera, estaba tan negada a los hechos que mi cerebro se había tildado igual que una computadora cuyo sistema operativo experimenta una falla masiva y critica. Esa traba en mí me llevaría a la locura. Intenté salir de ese callejón sin salida pero las cosas se pusieron más negras todavía. Raciocinar me resultaba cada vez más difícil.

Un ramalazo de dolor me atacó la espalda. Mis músculos se tensaron en un ardor extremo. Mi sistema nervioso quedó a un tris de colapsar. La cabeza empezó a dolerme todavía más.

Era consciente de que ya no dormía y al mismo tiempo, tampoco llegaba a despertarme del todo.

Procuré concentrarme en examinar las lejanas sensaciones que mi cerebro captaba: el tacto de la ropa sobre mis pies, de la funda de la almohada en mi mejilla izquierda, de la humedad en mi nuca, lo amargo que recubría mi lengua y un aroma agradable en el aire.

Sentí unos pasos.

Abrí los ojos de inmediato. La excesiva cantidad de luz que me rodeaba me obligó a cerrarlos otra vez. Con los ojos entornados me incorporé. Los pasos avanzaban hacia mí, podía sentirlo. Convertí mis ojos en dos ranuras por las que espíe.

—No quería asustarte. Por favor, no te levantes.

Me tomó más tiempo de lo normal reconocer el rostro de Gaspar.

—Soy yo, de verdad, no es un engaño. Vuelve a recostarte o te harás daño. Llevas mucho tiempo durmiendo, es lógico que te sientas confundida y mareada también.

Separé los párpados un poco más.

Gaspar estaba por delante del umbral de la puerta de mi cuarto. Tenía un celular en la mano derecha y una taza humeante en la izquierda.

—Recuéstate, te has puesto pálida, parece que vas a desmayarte.

De hecho me sentía como si fuese a desmayarme. Rendida, me senté otra vez sobre el colchón, con la espalda contra las almohadas y la cabeza recostada contra la cabecera de la cama.— Te he preparado un poco de sopa. Es mejor que comas —recitó Gaspar mientras rodeaba la cama. Depositó la taza sobre la mesita de luz y esperó en silencio, parado a dos pasos de mí—. Si que me diste un buen susto- me regañó en un tono dulce sonriéndome-. En estas últimas cincuenta y dos horas he envejecido la misma cantidad de años; puede que no se me note por fuera, pero la verdad es que me siento mucho más viejo y sin fuerzas. Creo que ya no estoy para estos trotes, es más, pensaba que nunca más tendría que pasar por situaciones similares a ésta.

Me pasé las manos por la cara.

—¿Cómo te encuentras?

—Me siento fatal—. Al terminar de hablar me percaté de que mi voz sonaba áspera y opaca. Cualquiera que me oyese pensaría que estaba engripada, con laringitis o algo así. La cuestión es que ni yo misma tenía ni la menor idea de qué me sucedía.

—No me extraña—. Tomó la taza de la mesa de luz y me la pasó—. Come algo, llevas mucho tiempo sin probar bocado. Has dormido o dormitado desde que llegué y hasta lo que yo sé, lo último que ingeriste fue un desayuno bastante liviano hace dos días—. No depositó todo el peso de la taza en mis manos hasta que estuvo seguro de que yo era capaz de sostenerla, es más, para beber un primer sorbo, me serví de su ayuda. Era una sopa de vegetales de esas instantáneas que yo había comprado para tener, últimamente no me daban muchas ganas de cocinarme; desde que Lucas ya no pasaba sus días aquí, comía cada vez peor y menos.

Mi estomago crujió en cuanto mi lengua paladeó el sabor salado y gustoso del caliente brebaje. Se me despertó el apetito. Ya sola, bebí un par de sorbos más.

—¿Puedo sentarme?— preguntó señalando el borde de la cama. Le contesté que sí con la cabeza mientras me llevaba el borde de la taza a los labios para beber un poco más.

—Es un alivio verte despierta y alimentándote después de todo lo que ha sucedido en estos últimos dos días. He comprobado que tu celular funciona perfectamente bien.

No comprendí a qué vino el comentario, pero seguí con lo mío, estaba hambrienta.

—Anteayer debo haberte llamado una docena de veces a tu celular y otras

tantas aquí a tu casa; hasta vine a buscarte arriesgándome a poner en riesgo todo lo demás.

Tragué.

—Poco faltó para que llamase a Lucas para ver si él sabía qué demonios sucedía contigo. Cuando vine aquí a buscarte me percaté enseguida de que él ya no vive aquí. Sabía que habías salido con tu camioneta...

Bajé la taza y la dejé sobre la mesa, que me sermoneara ahora seriamente, me cortó el apetito.

—¿En qué estabas pensando?

—En llegar a la verdad.

—He removido cielo y tierra hasta dar contigo. Todo el día que estuviste fuera me lo pasé con el corazón en la boca, temiendo lo peor mientras iba de aquí para allá buscando a quién pudiese ayudarme tirando de unos cuantos hilos para sacarte de la situación en la que por audacia o locura te metiste—. Hizo una pausa en la que me fulminó con la mirada—. No tienes ni idea de lo que ha sido para mí.

La palabra irresponsable, encendió la mecha de la bomba en mí, así mismo pensaba yo que había sido, y que él me lo recordase me enfadaba, todo me había salido pésimamente mal, quizá peor de lo que temía que pudiese ser.

—No tienes ni idea de lo que esto es para mí —retruqué sintiendo que un fuego me subía por el cuerpo hasta la cabeza.

—Sé por lo que estás pasando.

—¡No, no tienes ni la más mínima idea! Desde que él me dejó estoy rota. Se llevó una parte de mí con él y no voy a lograr resistir mucho más en este estado. Así no puedo vivir, Gaspar. Mi vida quedó patas para arriba, todo lo que creí que era real no es más que una fachada, una postura falsa. La vida es mucho más complicada de lo que se supone que debería ser. Casi no puedo con esto. ¡Me he quedado flotando en el limbo ante dos mundos! Uno de esos mundos me rechaza y con el otro apenas si me puedo identificar. Ya no existe elección para mí, es uno solo el camino que puedo seguir y no hago más que tropezar con una piedra tras otra. Voy a enloquecer Gaspar. ¿Puedes entender eso? No, no puedes. Ustedes simplemente creen que ser humano es lo correcto, pero no puedes pedirle a una gaviota que vaya a vivir dentro del océano simplemente por que el agua es pura y cristalina. La gaviota no es un pez, no tiene agallas, no puede respirar dentro del agua por más pura que ésta sea... a la corta o a la larga la gaviota morirá—. Junté fuerzas y me tragué las lágrimas—. Yo ya no puedo respirar aquí, me estoy ahogando. Amo a Vicente y quiero

estar con él por toda la eternidad, nada me haría más feliz que eso, pero por lo pronto hay algo que necesito para luego poder seguir adelante con todo lo demás... Necesito cambiar... No sé si esto se inició por él o era algo que simplemente tenía que suceder, pero así es. Las cartas ya están echadas. Yo ya no puedo volver a ser lo que era—. Me tomé un momento—. No quiero morir. Morir sería como darme por vencida y no quiero eso. Sé que tengo miles de cosas por experimentar, por sentir, por ver... Es injusto, Gaspar. Yo quiero vivir...quiero comprender...

—Ariel podría haberte matado. He llegado a la conclusión de que es un loco psicópata, un enfermo de poder. Ese demonio no debía ser bueno ni cuando era ser humano— Se estiró y me tomó de las manos—. Sé lo que te hizo ver. Es un cretino. Hacer eso está prohibido. Al menos hasta lo que se tiene registro, nunca antes un humano fue testigo de eso, salvo, claro está, el propio humano que en ese momento soporta el proceso de cambio. Lo que viste fue real. Ariel nunca se queda corto en sus despliegues de poder. No tengo ni idea cómo hizo para hacer que ese muchacho se encontrase contigo y tú con él, lo que sí es obvio es que va un paso por delante de nosotros. Sabía que ibas a buscarlo y lo preparó todo.

Medité un momento sobre eso de que todo había sido real. De modo era ese el modo en que se cambiaba. Bien, iba a sufrir dolor en el cuerpo una última vez. Podía soportarlo.

—Entiendo que lograste encontrarme, pero cómo sabes que fue lo que pasó en casa de Ariel.

—Existen peces que viven en el barro. Ni toda la humanidad es pura, ni todos los demonios son la última peste. Vivir siglos te ayuda a comprender tus errores y te permite disponer de tiempo y energías para subsanarlos. Puede ser que al final terminemos ardiendo todos en el infierno, pero lo que realmente cuenta es del modo que entremos en él. No todos están de acuerdo con los métodos que Ariel insiste en emplear últimamente. Esa es la única explicación que diré, pretendo proteger a mi fuente. Si te contara algo más, lo pondría en peligro.

—No voy a abrir la boca.

—Tú sabes que no es preciso que abras la boca para dejar escapar un secreto. No ando por ahí compartiendo mis pensamientos y con Lucas... bueno, Lucas era Lucas, él no iba a irle con el chisme a Ariel.

—El punto es que a las seis de la tarde me informaron dónde estabas y qué te había sucedido, pero lamentablemente mi informante no pudo darme más

datos. No sabía si iban a soltarte, a arrojarte al río, o a mantenerte como rehén. Intenté seguir el rastro de tu paradero pero me fue casi imposible.

—Me desperté en una playa del delta como a las once y media de la noche.

Gaspar asintió.

—No estoy segura de a qué hora llegué a casa, supongo que era de madrugada.

—Llegaste a casa cuatro menos cuarto; llegué detrás de ti, a los cinco minutos como mucho. Cuando entré ya estabas completamente dormida.

—Y dices que llevo durmiendo más casi dos días, cómo es eso posible si además dormir todo el día de...

—Ariel esconde muchos trucos bajo la manga. Ninguno de sus poderes es tan fuerte o tan impresionante como el de la mayoría de sus protegidos, pero aún así sus capacidades deben ser respetadas.

—Sueño cortesía de Ariel.

Gaspar asintió con un simple gesto.

—Hasta hace dos días he intentado mantenerme lo más neutral posible con respecto a él, pero ignorar lo que sucede sería de tontos y necios. Ariel ya no se anda con rodeos, es evidente que le importa muy poco que alguien o todos se enteren de que va tras algo importante. No tiene miedo de ser descubierto... Me da la sensación de que cree que lo que puede llegar a sacar de rédito de esta situación es mucho más valioso que cualquier riesgo en el que se esté metiendo por conseguir lo que desea.

—En ningún momento insinuó nada de eso.

—He leído entre líneas, además.

—Mejor dicho leíste páginas que a mí no me has dejado ver.

Gaspar me miró intrigado.

—Ustedes no nunca cuentan ni un cuarto de lo que en realidad saben.

En sus labios hubo un atisbo de sonrisa que reprimió de inmediato.

—Ariel me dijo que Vicente ya no estaba solo.

Gaspar parpadeó y apartó sus ojos de mí para mirar la taza.

—¿Volvió con Eva? —no me contestó—. ¿Ya lo sabías? ¿Desde cuando? Espero que no desde el principio; sabías que yo necesitaba y todavía necesito verlo, sino para reconstruir mi corazón, al menos para aclarar las cosas y continuar adelante con mi existencia.

Gaspar negó con la cabeza.

—No, no desde el principio. El día que desapareciste puse en alerta a todos y cada uno de mis conocidos y de aquellos en los que sé puedo depositar mi confianza sin dudarlo. Rumié mucho esa decisión, pero al final llegué a la

conclusión de que sin duda era una cuestión de vida a muerte. Llamé a Eva cerca de las ocho de la noche. Llevo año y medio intentando ponerme en contacto con ella pero ella jamás responde a mis llamados, incluso le seguí los pasos, pero ella siempre se escapa de mí. Anoche, cuando la llamé no me atendió, sin embargo a la hora, recibí un llamado, era ella.

—¿Vicente está con ella?

—Se lo pregunté y ella se negó a responderme, me dijo que no era asunto mío. Yo le advertí lo que estaba sucediendo aquí, las dudas que flotan en el aire, las amenazas latentes, la intimidación, los sucesos inexplicables. Le dije que quería asegurarme de que estuviese bien, le conté de ti...

No sé muy bien por qué, me dio vergüenza. Eva en mi vida era un punto muy arriba al que la mayor parte del tiempo, me daba la sensación de que yo no lograría llegar jamás. Ella me hacía sentir chiquita, insignificante.

—Le dejé en claro que sobre Vicente, pesaban muchas dudas; ella me dijo que sobre Vicente no teníamos nada que discutir, me aseguró que ella se encontraba muy bien, tranquila. Al final terminó diciéndome qué sí había visto a Vicente y que él no tiene nada que ver ni con lo que nos pasó a nosotros ni con lo sucedido con el espectáculo de Jan...

El nombre de Jan disparó una serie de recuerdos. Se me escapó un amago de abrir la boca para contarle lo que Ariel me había contado sobre él; interrumpir a Gaspar no me parecía buena idea, estaba muy cerca de Vicente.

—Insistió en que todo está bien, que no tengo de qué preocuparme y que menor me mantenga al margen de lo que sea que esté sucediendo por aquí.

—Le dijiste que me estás ayudando.

Gaspar movió la cabeza de arriba abajo dibujando un sí rotundo con la vista baja.

—Claro, para qué ayudar a la humana. Ella en su momento quiso ponerse en contacto conmigo, Ignacio, el demonio que le hacía de mensajero me hizo entender que estaba muy interesada en contarme unas cuantas cosas, ahora, te pide que me dejes, que no me ayudes más.

—Entiendo que lo veas de ese modo, mas no es así. Soy su padre, lo he sido desde hace casi doscientos años, créeme, la conozco mejor que nadie, ella está preocupada por mi seguridad y la de su familia.

—¿Está preocupada y no piensa que sea Vicente la razón de que ustedes puedan estar corriendo peligro?

—Fue eso lo que deduje de sus palabras; la verdad podría distar mucho de eso. Eva me confesó que había visto a Vicente pero que no está con él y de

hecho según me dijo, no ha vuelto a verlo. Yo sé que al menos una parte de todo eso no es cierto. Eva me dio a entender que se hallaba al tanto de que esa noche, Ariel llamó a Vicente para contarle que tú habías ido a verlo. Probablemente se le escapó, no lo sé, lo importante de todo eso es que, sea donde sea que se encuentra —ya que no quiso decirme dónde está—, mantiene con Vicente un contacto mucho más asiduo del que admite tener.

Esto era un bombazo. Por un momento me quedé quieta y en silencio meditando sobre eso, en especial, sobre el llamado de Ariel a Vicente.

—¿Te ha dicho algo más?

—No entiendo muy bien por qué Ariel llamó a Vicente, puede haber cientos de razones distintas detrás de ese llamado. Eva no especificó nada más, en cuanto intenté ahondar en el asunto se puso parca, negándose a pronunciar una sola palabra más.

—¿Estás preocupado por ella?

—¿Me preguntas si temo que Vicente le haga algo?

No pude contestar.

—Todavía no sé qué pensar de él, lo que sí entiendo es que hay mucho más detrás de lo que se ve a simple vista.

Inspiré hondo y solté lo que me daba vueltas por la cabeza.

—Tú conoces a tu hija, yo creo conocer a Vicente, lo que vivimos no puede haber sido simplemente una maniobra para hacerse de mi alma o algo que hizo meramente por jugar conmigo igual que si yo fuese un ratón y él un gato. No digo que las cosas no puedan haber cambiado después, pero estoy segura de que él me amó.

Gaspar parpadeó muy rápido un par de veces.

—Sé que me amó, lo siento. Soy conciente de cuan ridículo suena en este momento, con todas las dudas que hay por ahí dando vueltas... Gaspar, no sé lo que pasó, pero voy a averiguarlo. Cuando hablé con Ariel no pude sacarle demasiado, pero mencionó que Jan pasaría algún tiempo a la sombra, lo dijo con tanto placer que si él no es el responsable de sea lo que sea que le haya pasado o que esté sufriendo él, al menos tenía razones para querer verlo de ese modo-. Esta vez fui yo quien se prendió de sus manos-. Tenemos que averiguar para qué Ariel llamó a Vicente, y qué fue lo que le sucedió a Jan.

—Para serte sincero, no creo que Eva vuelva a dejar que me ponga en contacto con ella.

—Gaspar, Ariel ni lo negó ni me dio la razón, pero creo que Vicente está en Francia. Sé que él tiene una casa allí, sólo que no tengo idea de dónde es

exactamente, apuesto que tu lo sabes.

—No estoy totalmente convencido de la inocencia de Vicente, por lo que darte la dirección de su casa me parece un riesgo innecesario, estoy seguro de que lo primero que harías sería comprar un pasaje para cruzar el océano y enfrentarlo. Además te recuerdo que Vicente no es el único peligro, obviamente Ariel no quiere que llegues a Vicente y presumo que él es capaz de cualquier cosa con tal de apartarte de su hijo.

Resoplé fastidiada soltándolo.

—Dame tiempo para poner mis pensamientos en orden. Permite que me haga cargo.

—No puedo esperar más.

—Si fuerzas las cosas lo más probable es que nunca obtengas lo que tanto deseas. Sí, en este momento temo más por el daño que pueda hacerte Ariel que por el peligro que representa Vicente después de todo lo sucedido, pero no voy a permitir que te arriesgues así. Algo extraño ocurre aquí, y no nos involucra solamente a ti, a mí, a mí familia o a aquellos que han estado cerca de ti últimamente. Estamos hablando de palabras mayores, Eliza.

Agotada, me pasé las manos por la cara y el cabello.

—Ariel debe saber que estoy aquí contigo ahora, así como yo estoy al tanto de lo que hizo contigo y frente a ti. En parte el juego se ha abierto y eso lo torna todavía más peligroso—. Hizo una pausa en la que tendió una de sus manos hasta mí y me acarició la mejilla—. Sé que eres lo suficientemente audaz como para atreverte a cualquier cosa, incluso a poner en riesgo tu propia vida para conseguir lo que quieres, pero créeme, en este momento no conviene arriesgar ninguna locura. Ariel es frío y calculador, nosotros tenemos que ponernos a su altura.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Tú vas a tomarte unos días para reponerte.

—¿Días? ¿Es eso necesario? No me siento tan mal, además la idea de quedarme en cama por días me resulta intolerable.

—Tómalo con calma por un par de días, hazme caso, así te repondrás más rápido—. Tomó la taza con la sopa y me la pasó—. Termina la sopa que yo iré a prepararte un poco de pan tostado.

—No estoy enferma.

—Igual necesitas cuidado—. Empujó la taza por debajo obligándome a llevármela a los labios-. En cuanto termines de comer me iré; voy a intentar averiguar alguna cosa.

—Si insinúas que mi única misión será quedarme aquí en casa tirada en la cama...

—Es justamente eso lo que quiero que hagas. Es mejor que cooperes, si tengo que hacer algo desagradable para evitar que salgas y te pongas en peligro lo haré, que no te quede la menor duda de eso.

—No puedo pasarme las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana aquí metida hasta sólo Dios sabe cuando. Tengo cosas que hacer.

—Mientras esas cosas que tengas por hacer no involucren visitar demonios, ni meterte en sus terrenos, no hay ningún problema, puedes hacerlas.

—Y qué si ellos se meten conmigo.

—Te daré un número al que puedes llamarme en cualquier momento, ya no tiene ningún sentido pretender que no estamos juntos en esto, como te dije, Ariel debe estar al tanto de que te acompaño en este mismísimo instante.

Nos quedamos en silencio por un momento.

—¿Qué va a suceder con tu familia? ¿Ellos se encuentran bien?

—Sí, están perfectamente bien, desean ayudar —se levantó de la cama—. Ya veremos cómo nos organizamos. Por lo pronto me preocupa más verte repuesta, de modo que voy a tostarte un poco de pan para que comas; es preferible que las primeras comidas que tomes sean livianas.

—¿No vas a decirme qué fue lo que me hizo?

—Por ponerlo de alguna manera... digamos que se metió con tu alma.

Alguien que responde a mis preguntas, ¡increíble!

Serené de inmediato la emoción que me produjo la confesión.

—No te entiendo. Necesitaba algo más.

—Ponerlo en palabras hará que parezca ridículo, el delirio de alguien que perdió la cordura. A los humanos les cuesta imaginar las cosas en ese plano.

—Pues a este humano, o sea yo, ya no le cuesta tanto imaginar cosa que podrían parecer descabelladas para otro. Después de haberlos conocido a ustedes, y de haber presenciado los extraños sucesos de los que fui testigo, son muy pocas las cosas que me parecen ridículas.

—Supongo, no estoy seguro, pero creo que tomó o usó parte de tu alma.

Esas palabras no me decían absolutamente nada ¿tomar, usar? ¿Cómo? Estamos hablando de algo que nunca nadie ha visto, ni tocado ni nada.

—El alma es esencia, energía; es lo que nos hace lo que somos, incluyendo nuestra forma de ser, nuestros gustos, la sabiduría, los desaciertos, todo... todo incluyendo...

—¿Incluyendo qué?

—Incluyendo los poderes que puedas tener. Es por eso que compramos almas. Toda esta locura no es más que una descabellada lucha de poder entre el bien y el mal. Para muchos los humanos en su mayoría, no son más que alimento del cual absorbemos nuestra energía para luego desechar la cáscara vacía, en otros casos, el humano en sí vale demasiado para alimentarse de él. Algunos humanos son considerados soldados rasos, pero otros, los menos, tienen posibilidades de convertirse en grandes guerreros, incluso pueden llegar a capitanes, son esos, los humanos que el infierno recluta. En teoría no tienes permiso para ir por ahí absorbiendo la energía de los humanos, aunque en ocasiones, a veces sin querer, algunos demonios absorben las fuerzas de las personas sin darse cuenta, pero el lazo se rompe en cuanto el demonio se aleja, dejando al humano con una simple sensación de cansancio. Algo muy distinto es lo que te hizo Ariel el otro día, se aprovechó de ti, adrede y por lo que supongo, con un fin bastante específico.

No pregunté cual era ese fin, intuía que Gaspar iba a con su explicación y así lo hizo.

—Sí hay alguien sobre este mundo, que ahora sabe si realmente tú tienes un poder, y cual es, es él.

Me quedé en silencio procesando la información. El esfuerzo me dio dolor de cabeza.

—No debería haberte contado eso.

Alcé la cabeza y lo miré.

—No, hiciste bien. Ahora está a más de un paso más por delante de nosotros.

Asintió con la cabeza amargamente.

—Supongo que era eso lo que quería de ti.

—Para eso mismo Vicente me llevó a verte a ti.

—Y yo no pude ver nada —completó en un tono no grosero pero sí cortante.

—Pero tú no hiciste lo que hizo él—. No iba a abandonar así como así.

Gaspar sacudió la cabeza.

—Ni lo haría, es cierto que en este momento las reglas no me importan en lo absoluto, pero si lo intentara probablemente acabaría matándote. Además es algo que nunca he hecho, demanda un fuerte autocontrol y... Es posible que intentarlo no nos lleve a nada, todavía no sabemos qué trama Ariel, quizá lo haya hecho meramente por diversión, por darte un susto, como advertencia para todos nosotros o simplemente por que podía.

—No me agrada que él sepa de mí algo que ni yo sé—. Eso se traducía en una incomodidad física bastante molesta, como llevar puesto un suéter de lana

pinchuda directamente sobre la piel, un suéter que no podía quitarme.

—Te entiendo. Deja que vaya a buscarte algo más para comer, necesitamos devolverte las fuerzas cuanto antes- comentó sonriente.

—Gaspar —lo llamé antes de que llegara a irse—. ¿Qué pasa si él efectivamente logró sacar una parte de mí, si se pudo apoderar de algo, más precisamente de mí poder; qué va a pasar entonces?

—Ni siquiera estoy seguro de que tenga la capacidad para hacer algo así. Tal vez solamente haya mirado.

—Audacia para intentarlo no le falta. Qué si yo tenía algún poder y me lo sacó.

—Entonces lo más probable es que nunca más volvamos a saber de él—. Ni bien terminó de hablar se marchó rumbo a la cocina.

Pero si lo vio y no logró quitármelo y realmente es algo que le interesa, entonces volverá ¿cierto? Son demasiadas conjeturas.

Mientras lo escuchaba trajinar en la cocina me quedé tirada en la cama dándole vueltas a todo eso. No me animaba a arriesgar ninguna teoría en particular que pudiese usarse de hilo conductor para unir todos los sucesos últimamente acaecidos y temía darme demasiada importancia, pero lo cierto es que en todos esos hechos, un mismo tema surgía siempre, mi alma y sus posibles poderes.

Entendí que probablemente Gaspar también lo entendía así, es por eso que se negaba a seguir discutiendo sobre el tema.

Gaspar se fue cuando ya empezaba a anochecer, le insistí un montón de veces en que no había problema con que me dejase sola pero no hubo caso, me esperó en la cocina preparándose la cena mientras yo me daba una ducha; luego me obligó a regresar a la cama y allí me alimentó otra vez. Antes de irse lavó los platos y puso orden.

Me sentí muy extraña y sola ni bien cerró la puerta. Para sortear esa soledad llamé a mi madre, de buen grado soporté sus reclamos por estos días de total mutismo. En cuanto colgué con ella me entró un sueño insoportable. Dormí hasta las once de la mañana del día siguiente.

...

Mi celular estaba enganchado al cable de alimentación que a su vez estaba enchufado al toma corriente de la pared, por detrás de la mesita de luz. Desde que recobré la conciencia no había vuelto a sonar y al consultarlo me di cuenta de que probablemente era porque se había quedado sin baterías, me

equivocaba, a pesar de eso no había ningún mensaje ni de voz ni de texto. Al teléfono de línea había llamado solamente mi madre, para informarse sobre mi estado de salud. Oficialmente mi parte médico (que no había extendido ningún médico, sino yo misma), era una simple, vulgar y común gripe que se curaría con un par de días en cama. Y la verdad es que más o menos me sentía como si tuviese una bruta gripe, no tenía ni fiebre, ni tos, ni resfrío, pero si me dolían los huesos, las articulaciones, me la pasaba el día dormitando y casi no tenía fuerzas para levantarme de la cama. Mi madre amenazó con hacer acto de presencia para cuidarme, razón por la cual la espanté diciéndole que era preferible que no tuviese contacto conmigo para así evitar contagiarse. Le aseguré que tenía la alacena y la heladera llenas de comida y que tenía fuerzas suficientes para levantarme y prepararme algo (lo máximo que llegué a hacer por mí fueron unos fideos con manteca que recalenté dos veces ya que había hecho el paquete entero). En síntesis en estos días había acabado con mis reservas de comida congelada y con la poca fruta que contenía la canasta sobre la mesa, también se me acabó el pan, y de leche que quedaban nada más que unas cuantas gotas. Si no quería depender de nadie, mañana tendría que juntar fuerzas y salir a hacer las compras.

Sé que le dije a Gaspar que no soportaría pasarme los días en la cama, pero despegarme del colchón me parecía un esfuerzo enorme, nunca hubiese podido seguirle el ritmo si por alguna loca excepción en la historia de la humanidad, él me hubiese permitido a ayudarlo en la investigación.

Le eché una ojeada al celular y cambié de canal otra vez; ya había subido y bajado por la tabla de canales no sé cuantas veces, sin encontrar absolutamente nada que valiese la pena. En condiciones de salud normales, habría optado por leer un libro para matar el tiempo, pero por estos días se me complicaba concentrarme en las cientos de palabras que contenía cada página. Pasados tres días desde que Gaspar se fue, todavía me costaba controlar los dolores de cabeza, el cansancio que ya parecía crónico, y la debilidad de todo mi cuerpo, por eso llegué a preguntarme si realmente me repondría del todo. Por lo visto Gaspar no exageraba cuando dijo que si intentaba hacer lo mismo que Ariel probablemente yo moriría.

En este estado de somnolencia, el tiempo no parecía una referencia efectiva. Esperaba una llamada de Gaspar para contarme las novedades, y sin embargo el teléfono pasó otras doce horas mudo, mi estado era tal que apenas si podía ponerme ansiosa por el hecho de no tener ni la menor idea de lo que ocurría en el mundo de los demonios.

Soltando un suspiro apagué el televisor y me permití resbalar hacia abajo, acomodándome entre las almohadas. Me había dado frío y otra vez tenía sueño. Había almorzado algo hacía un rato y se me antojaba dormir una siesta, probablemente no fuese más que una cabeceadita ya que por más sueño que tuviese, las pesadillas siempre acababan despertándome. Me acurruqué sobre mi lado izquierdo y cerré los ojos.

Pasaron uno, dos, tres, cuatro y cinco segundos, el sueño me vencía. Seis, siete...

Mi celular se puso a sonar. Me sobresalté, sinceramente no esperaba que diese señales de vida. Abrí los ojos, me di media vuelta y arrancándolo del cable del cargador lo atendí.

—Eliza, soy tu jefe.

Di un respingo, la verdad es que no esperaba que me llamase, es más, casi me había olvidado de mi trabajo por completo.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo en un tono jocoso; bromeaba.

—Sí, claro que me acuerdo de usted, señor Trueba.

—Ya que lo mencionas, podrías llamarme simplemente Eleazar.

Me dio la sensación de que estaba de muy buen humor, exultante de felicidad.

—Sí, claro. Que puedo hacer por usted, Eleazar.

—No, no, no, sin el usted. Los dos somos personas respetuosas y educadas, porque interpongas un “usted” cada vez que te diriges a mí no me demuestras ni más respeto ni nada, es una tontería. Tú y yo ya somos un equipo.

Me descolocó, qué le pasaba a este hombre, si fuese un poco más mal pensada diría que está drogado o borracho, pero la verdad es que su voz sonaba bastante normal.

—Te tengo buenas noticias.

—Usted dirá.

—París es precioso en esta época del año.

—¿Perdón?

—Estoy en París y necesito que vengas, la semana que vienen se celebrará aquí una feria mundial de vinos y voy a visitarla, quiero que me acompañes, además me parece el momento ideal para mostrarte los viñedos que tengo por aquí. Y si es posible y todo sale bien me gustaría que también estés a mi lado mientras cierro unos negocios que tengo pendientes por otros rincones de Europa.

Me quedé sin habla, ¿largarme a Europa justo ahora? en el medio de este caos... —me detuve—. Un momento: Europa, Francia, ¡París! *Perfect timing.*

Vicente debía andar por allí en alguna parte.

—La señora Prieto te hará llegar los pasajes y un chofer te recogerá para llevarte al aeropuerto. Yo mismo pasaré a recogerte por el aeropuerto de Charles de Gaulle.

—¿Cuándo? Es decir...

—Sé que todo esto es muy apresurado, supongo que no estaba en tus planes salir del país, pero te aseguro que como máximo estarás fuera cuatro semanas. Puede parecer mucho; cuando estés aquí ya no te molestará tanto, es más, cuando ese tiempo haya pasado te darás cuenta de que en realidad no fue suficiente. Además yo sé cuan deprimente puede ser Buenos Aires en otoño.

Buenos Aires no me parecía deprimente en ninguna época del año pero me guardé mi opinión exclusivamente para mí.

—Si no he entendido mal tu vuelo sale pasado mañana a las nueve de la noche. Va a ser un viaje largo pero no te preocupes, vas a estar muy cómoda.

Mi cabeza era pura confusión.

—Esta es una oportunidad increíble pero...

—No hay “peros” que valgan, te quiero aquí el martes.

18. Alicia en el país de las maravillas.

Va a ser la primera vez que cruce el charco. Recorrer Europa... caminar por París, subir a la torre Eiffel, visitar el museo del Louvre... no lo puedo creer. Siempre pensé que estas cosas las haría al lado de Vicente, disponiendo de todo el tiempo del mundo; es decir: de toda la eternidad.

Me imaginé a mí misma, caminando tomada de su mano por las horillas del río Sena y quizá navegando por este en uno de esos barcos que llevan a recorrer la ciudad de noche. Admito que es una tonta fantasía rosa, y yo no suelo tener esos arrebatos de empalago, pero con él todo me parecía posible y digno. Aún hoy continúa sin parecerme cursi. París ya de por sí debía ser encantadora, o al menos así la vemos los que no pasamos allí cada uno de nuestros días. Sin duda la ciudad tenía un encanto mágico, y esperaba que su magia jugase en mi favor.

Más allá de la ciudad en sí, de sus pintorescas callecitas, de sus tiendas de lujosas marcas, de sus afamados restaurantes, París encerraba para mí una posibilidad única: me acercaría a Vicente. París podía ser perfecta, reconciliadora, romántica y reparadora, para tanto desengaño. París, terreno

neutral para los dos, lejos de los demonios que me seguían, lejos de la historia pasada, de los pesares, de los rencores.

En el living esperaban mi madre y mi padre, me acompañarían al aeropuerto; estaban algo sorprendidos por mi partida, al igual que yo, pero estaban felices, sobre todo mi madre, rebosaba de entusiasmo por lo que hablaba hasta por los codos. Desde que los llamé para avisarles que mi jefe me había pedido que me reuniese con él en París no pararon ni un momento. Yo que estaba como caída de un árbol, no sabía por dónde empezar a organizarme, y fueron ellos, sobre todo mi madre, quien puso un poco de orden en el descontrol que se volvió mi vida. Llevaba dos semanas sin lavar ropa, tenía un montón de prendas amontonadas para planchar y además no tenía ni la menor idea de qué meter en la valija.

El domingo padre y mi madre cenaron pizza en mi casa. Cuando se fueron, a las doce y media de la noche, mi equipaje yacía acomodado a un costado de la puerta, listo para ser llevado al aeropuerto. Explotando de nerviosismo y emoción, me quedé sentada en el sillón hasta las tres de la mañana, contemplando las valijas y la puerta alternativamente, mientras meditaba sobre el viaje. Con mucha mala suerte, París sería solamente el punto de partida, Trueba me había comentado que iba a llevarme a recorrer los viñedos que poseía por toda Francia, de modo que daría vueltas por ahí, probablemente, muy cerca de Vicente. Si bien no tenía ni la menor idea de dónde tenía su casa Vicente, planeaba descubrirlo en cuanto hubiese pisado suelo francés. ¿Cómo?, bien, hasta ahora Gaspar no debía siquiera imaginar que yo me prepara para dejar el país, tenía pensado llamarlo cuando llegase a Francia; no me cabía ninguna duda de que él debía saber dónde era la casa de Vicente, y si yo ya me encontraba en camino no se rehusaría a pasarme la dirección, o al menos eso esperaba. Probablemente existiese algún otro modo de encontrarlo, si no por medios normales y humanos como consultar una guía telefónica o mover algunos contactos —que estaba convencida Trueba debía tener en Francia—, probaría buscando demonios, ya es sabido que si lo deseo, puedo encontrarlos. Y aunque me viese obligada a remover cielo y tierra, iba a encontrarlo. Lo único que me pesaba de toda la cuestión es que no jugar limpio con Gaspar, estoy más que segura que a él le interesaría saber que estoy a punto de salir el país.

Di media vuelta dejando atrás la habitación a oscuras y enfilé en dirección a la puerta, mi madre y mi padre me esperaban allí con el equipaje ya en sus

manos.

—Se nos va a hacer tarde —miró el reloj que llevaba en su muñeca izquierda y siseó: —El avión no esperará por ti.

—Todavía vamos con tiempo—. Dijo mi padre con clara intención de hacer que se calmara.

Mi madre no le hizo el menor caso.

—¿Cerraste la llave de gas? —me preguntó.

—Ya la cerré yo —contestó mi papá—. Además podemos venir mañana por la mañana a asegurarnos de que todo haya quedado en orden.

Ellos iban a quedarse a cargo de mi departamento, es decir, venir a abrir las ventanas de vez en cuando, regar mi única planta y pagar las cuentas de los servicios cuando llegaran.

Además de eso, no había mucho más que tuviesen que hacer por mí en mi ausencia, mi padre se iba a quedar con mi camioneta para usarla cuando le viniese en gana después de que me dejara en el aeropuerto, de modo que eso era todo, podía levantar campamento y largarme al otro lado del mundo para pelear por recuperar lo único que necesitaba: él.

Salimos todos al pasillo. Cerré la puerta e inconscientemente me la quedé mirando. Sólo Dios sabe cómo sería todo cuando atravesara otra vez esa puerta. Inspiré hondo, apreté las llaves dentro de mi puño y di la vuelta, mi madre ya me esperaba dentro del ascensor. Me urgió a que me diese prisa con una mirada.

En silencio le entregué las llaves a mi padre.

El viaje de camino al aeropuerto fue sumamente silencioso de mi parte, mi cerebro no parecía dispuesto a detenerse, la mayor parte del tiempo no hacía otra cosa que pensar en él, pero también le di vueltas a los sucesos de los últimos días y a toda esa enredada y misteriosa locura que había sido el marco de mi relación con Vicente.

Mientras yo pensaba, mi madre leía en voz alta una guía de turismo sobre Francia que no sé cuándo tuvo el tiempo de comprar. Iba a entregármela para que me la llevase, pero antes, estaba dispuesta a leerla de cabo a rabo para mi padre y para mí, agregando los comentarios que creía pertinentes. Cuando se aburría empezó a hablarme de lo maravilloso que sería París para mí; con un conocimiento de causa no mayor que el que puede tener cualquier ser humano normal que conoce de país galo en general a través de la televisión, por documentales, películas o por un libro, o incluso por lo que pueda haberle comentado alguien que sí tuvo la oportunidad de viajar hasta allí.

El trayecto en auto se me hizo eterno, o íbamos demasiado lento o el aeropuerto quedaba más lejos de lo que recordaba; quizá tendría que haber manejado yo; comenzaba a preguntarme si algún día llegaríamos o si nos quedaríamos en eterno viaje, como en una suerte de limbo, igual que Alicia empezaba a dudar si algún día llegaría al fondo del túnel en su descenso por la madriguera.

Por su puesto, llegamos.

Con mis valijas montadas sobre un carrito, fuimos hasta el mostrador de la aerolínea, en mi vida había viajado en primera clase y fue una agradable sorpresa saber que no tenía que esperar para embarcar igual que los demás mortales. La mujer que me atendió en el mostrador me indicó que fuese a registrar mis valijas con un muchacho que estaba a un par de metros de nosotros; allí embarcaban los de primera clase, no había colas, ni espera. Tomarían mis valijas y me enviarían directamente a la sala de preembarque VIP. Estúpido, pero me dio vergüenza apartarme de la fila para ir al otro mostrador.

Tardé más en despedirme de mis padres que en despachar mi equipaje. Tenía un nudo en la garganta que se tensó todavía más cuando finalmente me separé de ellos; en cuanto hablase con Gaspar le pediría que cuidase de mis padres durante mi ausencia. Por última vez miré atrás, aunque dicen que es mala suerte hacerlo, pero yo tenía tanto miedo acerca de lo que pudiese pasar, que deseaba grabarme una última imagen de ellos para poder recordarlos, si es que más allá de la muerte se pueden tener recuerdos.

Los saludé con la mano y di media vuelta, por el rabillo del ojo noté que mi madre lloraba, apuré el paso para alejarme de allí lo antes posible.

De que ahora seguiría adelante sola. Dejé mi bolso de mano y mi cartera sobre la cinta para que el escáner hurgara entre mis pertenencias. A cara de perro los elementos de la policía aduanera me dieron las buenas noches.

Una vez que hube cumplido con todos los trámites requeridos fui guiada hasta una sala privada equipada con confortables sillones y el servicio de una camarera que ofrecía café y bebidas frescas; pasé de todo, estaba demasiado ansiosa como para que me pasaran por la garganta incluso hasta los líquidos más livianos. También pasé de dar una vuelta por el free shop, no tenía ánimos de comprar nada, ni me interesaba tampoco. Tenía un libro en la cartera, incluso llegué a sacarlo, leí dos páginas sin entender absolutamente nada; acabé guardándolo. Medité sobre llamar a Gaspar en este momento, la idea no me convenció, no quería que saliese corriendo detrás de mí.

De a poco la sala fue llenándose de gente, algunos contentos y ansiosos por viajar, otros que no demostraban mayor interés, me pareció que un par de esos rostros apáticos debía pertenecer a hombres de negocios, esto sin duda para ellos debía ser moneda corriente.

Una hora más tarde, nos llamaron a embarcar. Me levanté de mi sillón, recogí mis cosas y luego miré la hora, eran nueve menos cuarto. Había llegado el momento.

Mi lugar era del lado del pasillo, junto a una mujer francesa cuya mueca en la cara no invitaba a conversar, mejor así, por que yo no tenía ánimo para sociabilizar.

Exactamente a las nueve cero cuatro, el avión se despegó del suelo luego de atravesar a máxima velocidad, una pista marcada con lucecitas azules, para luego clavarse con certera precisión, en el cielo nocturno.

Apenas si pude comer algo de la cena. La atención y el servicio eran muy buenos, todo era lujoso y agradable, pero a mí me resbalaba si en vez de comer con tenedores de plástico lo hacía con otros de metal, tampoco me importaban las copas de champagne o los compañeros de vuelo con apariencia costosa, de haber sabido y podido, hubiese nadado hasta Europa. Es increíble cuan distinta puede ser la perspectiva de la vida que uno tiene, con respecto a la de otros; me pregunté cuanta de esta gente que me rodeaba ahora, tendría al menos la menor idea de que el universo no somos solo nosotros, que la vida no es tan plana, que existe un plano paralelo que también cambiaría sus vidas si lo descubriesen.

Miré a mi alrededor cavilando sobre lo que sucedería cuando llegase a París, no podía esperar para averiguarlo. Luego miré hacía abajo, todo estaba demasiado oscuro y no podía distinguir nada.

Alguien a mi espalda pidió mermelada de naranjas y unas galletas, la asistente de abordaje se comprometió en conseguirle ambas cosas.

La intensidad de las luces bajó. En mi pantallita privada apareció un mapa en azul y verde con un avioncito que apuntaba hacia el este; nuestra altura era de “tantos” pies, íbamos a un velocidad de “no sé cuantos kilómetros por hora”, el vuelo duraría “una eternidad”, al menos para mí. Nos proporcionaron el pronóstico del clima para el día de mañana en París y por último nos desearon buen vuelo. Al mapa azul y verde le siguió el logotipo de un estudio de cine; comenzaron a proyectar una película.

Me quedé dormida y cuando desperté todo a mi alrededor se encontraba en penumbras, el único sonido perceptible y constante era el de los motores y los

de las salidas de aire que mantenían la cabina del avión presurizada. Alcé la cabeza y miré hacia delante, al tiempo que remontaba sobre la amplia y no del todo confortable butaca de primera clase; el corredor estaba vacío, la mayoría de los pasajeros debía dormir o en su defecto estarían luchando por poder descansar un poco antes de llegar a destino, o antes de que el sol nos pescara en mitad del océano. Eché un vistazo a mi alrededor, por detrás de mí, en la hilera central, un hombre trabajaba en su notebook, el brillo de la pantalla le iluminaba la cara, parecía cansado. Al otro lado del avión una mujer leía atentamente un libro a la luz de la diminuta lamparita instalada sobre su cabeza. La película que proyectaron ya había terminado, las azafatas habían cumplido con su trabajo, al menos por esta noche.

Volví a acurrucarme debajo de la manta que me habían facilitado, sin darme cuenta me quedé dormida otra vez.

Primero fui Gaspar hablando conmigo, fue una experiencia de lo más extraña, él, es decir yo, me contaba cosas, entre ellas la historia de Vicente y Eva, pero al mismo que ocultaba otras, otras que yo sabía estaban detrás de una puerta blindada, en un cuarto de seguridad, dentro de mi propia mente a la que no podía acceder. Después fui Ariel torturando a Sergio; me movía a su alrededor disfrutando de su dolor, de la fuerza de su alma, después, no sé cómo, de golpe y porrazo sentí la cara mojada, primero pensé que eran lágrimas, luego me di cuenta de que ya no era Ariel y de que estaba pataleando y tirando manotazos para evitar ahogarme, estaba en el agua, en el río, frente a la costa de la casa de Ariel. Había algo que no condecía en esa cuestión, el río: el agua era salada, no dulce.

Abrí los ojos, ya había sol. Consulté la hora, eran las cuatro de la mañana, hora de Buenos Aires. Hice un esfuerzo por volver a dormirme, quería llegar lo más fresca y descansada posible, cuando llegase no tendría demasiado tiempo para reponerme. No lo logré, sorprendentemente ya no tenía sueño, mi cabeza estaba mucho más clara si bien mi cuerpo acusaba el haber dormido en un sillón que por mucho que se inclinase hacía atrás, continuaba siendo un sillón... un sillón a no se cuantos pies de altura. Me dolían los oídos, tenía los pies hinchados y me hacía ruido el estomago, estaba ambienta. Toda molestia se vuelve insufrible cuando lo único que quieres es llegar a destino. Unas cuantas horas más tarde, con una escala en Madrid de por medio, París me mostró su cara; si las cosas eran como yo suponía, estaba catorce mil

kilómetros más cerca de Vicente. En español, inglés y francés, nos dieron la bienvenida.

Encontré su rostro casi de inmediato. Mi jefe, Eleazar Trueba me sonreía desde detrás de una valla de acero impoluta y brillante. Vestido elegantemente, entre los familiares y amigos que venían a recoger y a dar la bienvenida a mis compañeros de vuelo. Me impresionó verlo tan sonriente, ¿tan feliz lo hacía que yo hubiese venido? La verdad es que no pensé que realmente viniese él a buscarme, lo dijo, pero sinceramente creí que enviaría a alguien por mí. Que malgastase su tiempo en venir hasta el aeropuerto y esperar a que el vuelo llegase me parecía algo no muy propio del tipo de hombre de negocios atareado que no gasta sus minutos más que para hacer dinero.

Ni modo, me encogí de hombros y atravesé las puertas de cristal que volvieron a apartarse en cuanto los sensores detectaron el carrito que iba por delante de mí con el equipaje. Las vallas formaban una especie de embudo, hacía la parte más angosta me dirigí. Trueba se encontró conmigo allí.

Me dio un apretón de manos.

—Bienvenida. ¿Qué tal el vuelo, te trataron bien?

—Estuvo todo muy bien, gracias.

—De ningún modo permitiría que mi protegida viajase catorce horas embutida en un diminuto asiento. La verdad es que pretendía sacar provecho de tu posible descanso durante el vuelo. Tengo una agenda ocupada hoy y esperaba que pudieses acompañarme.

No daba puntada sin hilo.

—Soy un jefe explotador —entonó sonriéndome.

Estaba más suelto y conversador que nunca, sería por París. En fin, hasta ahora no me había dado motivos para creerlo un abusador, si desde que yo empecé a trabajar para él apenas si había tenido en qué ocuparme.

Trueba giró la cabeza y llamó a alguien pronunciando unas cuantas palabras en francés que no llegué a oír, mis conocimientos de esa lengua eran más bien escasos y quizá no hubiesen servido de mucho aunque hubiese llegado a escuchar lo que dijo.

Un hombre de traje y corbata que llevaba una gorra debajo del brazo se me acercó, me hizo una leve reverencia y me quitó el carrito de las manos.

—Por aquí—me indicó Trueba—, vamos a que conozcas París. Seguro que te agradará, es una de mis ciudades preferidas en todo el mundo.

El hombre con el carrito nos rebasó, él fue marcando el paso hasta la salida y cuando estuvimos fuera (hacía un día precioso, soleado y tibio, nos dejó solos

para ir a buscar el auto —eso si lo oí y lo entendí—).

—Espero no haberte causado demasiados trastornos, requerir tu presencia aquí de la noche a la mañana puede haberte parecido algo súbito.

Negué con la cabeza mintiendo, había sido un descontrol, pero no tenía la menor importancia.

—La verdad es que me pareció que era tiempo de que tú y yo realmente comenzáramos a trabajar en conjuntos. Tengo muchas fichas apostadas en ti. No lo tomes como una presión, solamente quiero que sepas que cuentas con mi más absoluto respaldo; quiero verte crecer, evolucionar. Tú tienes mucho para dar, eso yo lo sé, me di cuenta de eso la primera vez que te vi. No fue casualidad que nos cruzásemos en este mundo; como dice el dicho: Dios los cría y ellos se juntan.

Me estoy aprovechando de este hombre; qué pensará de mí él día que le diga que renuncio, seguro que me va a odiar y no lo culpo; en fin, no se puede vivir complaciendo a todo el mundo y de seguro el va a encontrar a alguien mejor que yo por quien apostar. Tan solo espero poder retribuirle un poco de todo lo que me está dando.

—Tú y yo tomaremos París —entonó alzando los brazos y luego rió—. Quizá mejor toda Francia, y por qué no, el mundo entero.

—Gracias—. La palabra se me escapó.

—Por qué me agradeces, no te doy nada gratis, *quid pro quo*—. Me contempló en silencio por un par de segundos—. Tú harás que yo me sienta orgulloso de ti.

En este momento deseé que la tierra me tragara.

—Nuestro transporte —exclamó Trueba regresándome a la realidad.

Di vuelta la cabeza, el ruido del motor llegaba por mis espaldas.

Trueba no se andaba con cosas chiquitas, “nuestro transporte” era prueba evidente de ellos. El automóvil era una cosa enorme, color gris, con todos sus cromados impecables y brillantes, de los que destacaban la parte frontal: una parrilla que me recordó la forma del Partenón, coronado con lo que me pareció era una mujer halada.

No fui la única en darse vuelta para seguir el paso del vehículo que finalmente se detuvo junto a nosotros, un par de personas que salían y entraban de la terminar también se percataron de la presencia de esa imponente cosa.

El chofer se bajó, rodeó el automóvil y llegó para abrirnos la puerta. Hubo un momento de confusión, yo esperaba que el chofer se moviese por detrás de Trueba para abrir la puerta, pero en cambio pasó junto a mí y como que nos

chocamos, la puerta abría para atrás, y no para adelante. Creo que por un breve instante me sonrojé.

El interior de la puerta era de madera y cuero.

Del interior del automóvil emergió una oleada de olor a nuevo. Se notaba también en las ruedas que éste era uno de sus primeros viajes, no habían tenido ni tiempo de ensuciarse.

—Después de ti—. Me dijo Trueba tendiéndome una mano para ayudarme a entrar y la verdad es que ni falta que hacía, el acceso era cómodo y espacioso, igual que el interior, así lo corroboré cuando puse un pie sobre la mullida alfombra del piso; el tamaño del asiento trasero de cuero, con dos cabezales rematados con unos sellos plateados de dos eres superpuestas, era tan grande como el sofá cama en el que dormía Lucas. Trueba entró y se acomodó a mi lado mientras el chofer cerraba la puerta. Ví que se ponía su cinturón de seguridad, de modo que lo imité luego de registrar hacia dónde habían ido sus manos a buscarlo; volví a acomodarme sobre el asiento, estaba tan incómoda. Desde mi lugar tenía buena vista hacia delante, el panel frontal era una exhibición de relojes y distintos marcadores que semejaban brillantes expuestos dentro de un costoso alhajero de madera ultra súper pulida y cuero del más fino y delicado. Otra cosa en la que no pude evitar reparar fue en las dos pantallas ubicadas en la parte posterior de cada uno de los asientos delanteros. Ahí dentro todo exudaba lujo y elegancia. Mientras yo me cuidaba de no mover demasiado las piernas o los brazos por temor a romper algo, en especial la pantalla que tenía a unos cuantos centímetros de mis rodillas, el chofer puso el motor en marcha.

Mi mirada se cruzó con la de Trueba, me sonrió sin despegar los labios.

—Prepárate para el tránsito de París, es un infierno a veces te da la sensación de que todo el mundo aquí, participa de una carrera loca hacia ninguna parte, la cual no tiene meta, ni tiempo límite para terminar, y lo peor del caso es que todos parecen tomarse demasiado en serio la competición —sonrió—, incluso a veces me da la impresión de que la gente aquí se la pasa el día corriendo tras su cola. Es por eso que París es una ciudad para caminar. Te perderías cientos de cosas si solamente la recorrieses en automóvil. Sabes, aquí lo que cuenta es el detalle, cada uno de esos secretos escondidos en esas callecitas perdidas, en esas edificaciones que dan la sensación de haberse perdido en el tiempo. Los que corren en sus automóviles son los que se pierden el premio de la carrera.

—Parece que de veras le gusta estar aquí.

—Aquí me siento como en casa, tengo muchos viejos amigos en la ciudad; cada esquina me trae a la memoria un recuerdo de días pasados. Algún día te contaré todas esas historias y te mostraré todos esos lugares que son importantes para mí.

Primero que todo me incomodó esa súbita nueva familiaridad que mi jefe demostraba conmigo, esperaba que no tuviese ninguna idea loca dándole vueltas por la cabeza; en ningún momento noté que se me insinuara ni nada parecido; la verdad es que esos comentarios que hizo no sonaban a cosas que un jefe tuviese obligación de decirle a su empleada ni mucho menos. Segundo: si sus intenciones eran inocentes, pues entonces la cosa se ponía todavía mucho peor, cabía la posibilidad de que yo realmente le agradase a este hombre y que él quisiese ayudarme a crecer profesionalmente y como persona también; si las cosas salían como las tenía planeadas, lo más probable es que no dispusiésemos de mucho tiempo par recorrer París, tendría que visitar solo aquellos lugares que le traía buenos recuerdos. Lo defraudaría y probablemente no sería el único en sufrir por mis decisiones, pero vivir por los demás tampoco es sano.

El tráfico me importó un comino, por las ventanas y por la porción de techo transparente, podía ver uno de los espectáculos más lindos que haya tenido ocasión de presenciar nunca antes. Tenía preocupaciones más urgentes y más profundas sin embargo resultaba imposible oponerse al encanto de París; uno quiere concentrarse en lo serio, en lo vital, pero las cosas lindas no dejan de arrancarte sonrisa incluso cuando pretendes permanecer serio. Puede que sea efímero y banal pero tener la posibilidad de sonreír al menos por un rato es como toparte con un fresco oasis en el medio del desierto más seco del mundo. No me daban los ojos para ver todo lo que quería ver. A la vuelta de cada esquina aparecía un monumento, un paisaje, una visión digna de ser retratada. También a la vuelta de la última esquina apareció lo que sería mi hogar por los próximos días.

—Hemos llegado.

El automóvil se detuvo frente al portal de un típico edificio de arquitectura francesa, probablemente de principios de mil novecientos; cierto que en Buenos Aries todavía quedaban edificios similares a este, sin embargo allá quedaban insertados en medio de una realidad muy distinta, aquí todo parecía un sueño.

Bronces, grandes placas de cristal, infinidad de molduras y plantas rebosantes de flores, balcones pintorescos y un cálido aroma a primavera, eso fue lo que

percibí al bajar del automóvil. Allí, parada de cara al edificio me percaté de que esta era una realidad completamente distinta a la mía, Buenos Aires si hasta olía diferente en primavera.

Dos porteros se nos vinieron encima. En francés y con unas leves reverencias saludaron a Trueba y luego a mí. Todavía ni empezaba a acostumbrarme a oír hablar francés; fue extraño y agradable que me llamasen *mademoiselle*.

Abanicado el aire primaveral que por sobre todo olía a lavandas (dos majestuosos ejemplares de estas plantas escoltaban la entrada una a cada lado), me indicó que avanzara. Él fue a la cabeza, lo seguí un poco rezagada y por detrás los dos porteros cargando mi equipaje.

El hall de entrada era precioso; mucho mármol, más molduras, unas pocas alfombras y muebles; un ascensor, en la planta baja, con las puertas abiertas; dentro del cubículo de cristal, bronce y alfombras había un hombre vestido de un modo similar al de los dos porteros. El hombre nos saludó llevándose una de sus manos enguantadas en blanco, a la brillante visera negra de su gorra. Trueba se dirigió a él en francés, el hombre le devolvió una mirada extrañada, arqueó las cejas dubitativo y luego se bajó del ascensor. Seguidamente mi jefe se dirigió a los dos porteros, éstos se limitaron a dejar mi equipaje dentro del ascensor y luego se alejaron. Por lo torpe del momento caí en cuenta de que este no era un procedimiento normal, supongo que el ascensorista esperaba llevarnos hasta nuestro destino y que los porteros tenían como norma subir el equipaje y ocuparse de colocarlo dónde fuese que debiese ir a parar.

Trueba me sonrió y presionó el último botón de la hilera, eran tan sólo cuatro.

—Espero que no incomodarte con mi decisión, preferí instalarte en mi casa, tengo allí espacio de sobra y los hoteles son demasiado impersonales, quería que estuvieses lo más a gusto posible. No lo tomes como una presión, puedes entrar y salir de aquí cuando gustes, no tienes que darme explicación alguna de lo que hagas con tu vida en tu tiempo libre, es más, ni siquiera necesitas una llave, los porteros están al tanto de que tu vivirás aquí y tienen órdenes de servirte igual que me sirven a mí. Te aseguro que tendrás toda la privacidad, o quizá más de la que tendrías en un hotel, además mi casa es mucho más confortable y sin duda aquí se te consentirá mucho más que en el mejor y más lujoso hotel de París; el personal que hace el servicio en casa está ansioso por conocerte, les emociona que alguien más viva aquí, así tendrán alguien de quien ocuparse, yo por lo general no les doy demasiado trabajo.

—Espero tampoco darles demasiado trabajo, no querría convertirme en una carga para nadie.

—Tú no podrías convertirte en una carga para nadie, estoy seguro de que no vas a dejar que nadie haga nada por ti —me apuntó con la mirada—. No creas que no lo noté.

—¿Qué cosa?

—No estás acostumbrada a que te atiendan y eso está bien; no matarás a nadie por permitir que te dejen tener tiempo libre para las cosas para las que estás aquí, además, ese es el trabajo de quienes me rodean.

—Soy su empleada...

—Es muy cierto, aunque la palabra no me agrada demasiado, yo te veo más como una suerte de aprendiz, estás aquí para aprender, de otro modo tu presencia no me serviría de nada. Ese es tu trabajo, aprender.

El ascensor se detuvo al igual que nuestra conversación. Las puertas se abrieron. Todo lo que Trueba pronunciara un momento atrás resultaba incongruente, antes de subir al ascensor había despedido a los dos porteros y al ascensorista, y ahora mi equipaje yacía al fondo del ascensor, me apuré a recoger mis cosas pero Trueba me ganó de mano.

—Por favor señor Trueba, yo puedo.

—De ningún modo, déjame esto a mí —haciéndome a un lado, levantó mi valija y mi bolso con una facilidad tal que cualquiera que lo viese pensaría que ambas cosas estaba rellenas de aire—. Adelante y bienvenida—. Con la cabeza me indicó la puerta que se encontraba nada más dar unos cuantos pasos por un pequeño hall semicircular.

Empujé la puerta y ésta se abrió con suma facilidad. El amplio ambiente que se desplegó ante mí me aflojó las rodillas. El espacio era un rectángulo enorme recorrido en su pared más larga por al menos media docena de ventanas de piso a techo que daban a un balcón corrido lleno de plantas. Había muchos muebles, sobre todo sillones y sofás con almohadones que incitaban a arrojarlos sobre ellos para dormir una reparadora siesta; mesitas, sillas y floreros... flores por doquier. Olía a violetas, había ramilletes de violetas aquí y allá. Velas, libros, alfombras, cuadros, esculturas, piezas de platería, un reloj de pie con sonería, lámparas. Todo en colores claros que acentuaban la luminosidad del ambiente; el sol entraba a raudales por las ventanas. Sin duda la intensión de todos los elementos que conformaban la decoración intentaba provocar un efecto de confort, bienestar y calidez.

—¿Te gusta?

—Tiene una casa hermosa.

—Me alegro que te guste, espero que también te guste tu cuarto; ven, es por

aquí, es en el piso de arriba.

Juntos remontamos la escalera de mármol.

El departamento era enorme, mi puerta era una de muchas. Trueba dejó mis cosas frente a ésta y cuando tuvo las manos libres, la abrió. Era una puerta de doble hoja con manijas doradas. Resultó ser que mi cuarto era el doble de mi departamento, tenía una cama enorme, muy alta y con un acolchado esponjoso, otra vez muchos almohadones, un par de sillones, una mesa, un escritorio, una puerta daba al baño, para el cual no tengo palabras para describirlo, la otra, a un vestidor inmenso; las ventanas de mi cuarto daban a una terraza privada con muchas plantas, mesas, reposeras y un jacuzzi.

—Abajo están la cocina, el comedor y mi oficina. En este piso tienes una biblioteca, un gimnasio, al fondo del corredor hay un cine, si te apetece ver alguna película solamente ve, el equipo no es muy difícil de usar. Mi cuarto queda en el piso de arriba —dijo apuntando con el dedo índice hacia el techo—. Por lo que necesites marca en el teléfono de la mesita de luz el cero uno, te atenderá el mayordomo, es dominicano de modo que no tendrás problema para comunicarte con él; la mayoría de las personas del servicio de la casa habla al menos tres o cuatro idiomas, entre ellos francés, por supuesto, inglés, algunos saben algo de español, portugués e italiano de modo que no te costará nada comunicarte. Tienes toallas limpias en el ropero del baño pero cualquier cosa que necesites no tienes más que pedirla ¿entendido? Si tienes hambre o sed, lo que sea, incluso si necesitas un mapa de la ciudad o que te compren alguna revista o entradas para un museo; lo que fuere se los puedes pedir. Sobre el escritorio te he dejado un sobre con dinero, tus gastos corren por cuenta mía. Iba a replicar pero Trueba me frenó alzando un dedo.

—No me discutas, no me gusta que me lleven la contraria cuando tengo razón—. Hizo una pausa—. Bien, te dejo para que descanses un poco, supongo que querrás darte una ducha. Dio otro paso en dirección a la puerta—. Que no te dé vergüenza pedir lo que necesites o usar cualquiera de las facilidades de mi casa, estaré en mi oficina. No temas recorrer la casa a tu gusto, no guardo secretos escondidos detrás de las puertas —me sonrió—. Ahora sí te dejo sola, tienes cara de querer recostarte un rato—. Sin decir más nada, dio media vuelta y fue hasta la puerta. Antes de cerrarla, cuando a penas quedan unos veinte centímetros entre hoja y hoja, asomó la cara y añadió: —me alegra mucho que aceptaras venir.

No me dio tiempo a responderle, se fue dejándome sola en aquel inmenso y hermoso cuarto.

Lo primero que hice fue quitarme los zapatos y abrir una de las puertas ventana que daban a la terraza. Salí casi dando saltitos, esto era tan surreal. Llegué hasta el borde y me asomé a París, desde allí, a mi derecha, se veía un pedacito de la torre Eiffel.

Me costó un buen rato despegarme de esa imagen, al final lo logré. Abrí mi equipaje y descargué algunas cosas en el baño, otras en el vestidor, luego me desprendí de la ropa y me di una buena ducha, el agua cayó sobre mi cabeza, de una desproporcionalmente grande, flor de bronce, igual que por una catarata. Me relajé tanto que así en bata (la prenda estaba colgada en la puerta del ropero del baño esperando por mí y era la cosa más suave y esponjosa que yo hubiese visto jamás) me tiré sobre la cama y me quedé dormida.

Cuando llamaron a mi puerta estaba tan dormida que no recordaba ni dónde me encontraba ni qué había sucedido. Me sobresalté, soñaba que hablaba con Gaspar por teléfono y él me decía que por culpa de mi súbita huida toda su familia había muerto.

Cuando despegué la cama de la almohada, incorporándome tan rápido que la cabeza se me fue al demonio, me percaté de que tenía la espalda húmeda de transpiración, igual que la nuca y el cabello.

Volvieron a llamar a la puerta. El sol había caído, no tenía ni idea de lo hora pero sin duda se estaba haciendo de noche.

—¿Duermes? ¿Eliza? Soy Eleazar—. Llamó con los nudillos a la puerta.

—Ya voy —articulé alzando la voz. Salté de la cama y me acomodé la bata cerrándola y anudándola otra vez. Me acomodé el cabello, me pasé las manos por la cara y me dirigí a la puerta. Abrí una hendidura y me asomé hacia fuera. En cuanto vio mi rostro, Trueba se sonrió.

—¿Jet-lag?

—Supongo, es que no dormí mucho durante el vuelo. Esa cama es un placer pero la verdad es que continuó un poco confundida.

—Te vendría bien salir a tomar un poco de aire.

—No sé—. El amargo del sueño todavía me duraba, la sensación de angustia que las palabras que mi cerebro había hecho salir de la boca de Gaspar todavía me dolían.

Me lanzó una mirada alzando su ceja derecha.

—¿Te encuentras bien? ¿Has llamado a tus padres? No me digas que ya comienzas a arrepentirte de haber venido.

—No, no es eso. Ha de ser el cambio de horario y el cansancio; no acabo de despertarme.

—Bien, pues lávate la cara y vístete, voy a hacer que te despiertes.

—Señor Trueba yo...

—Eleazar —me corrigió él.

—Eleazar...

—Te prometo que no te arrepentirás de hacerme caso. Además, ¿cómo vas a hacer para aprender si te quedas aquí metida? Allí afuera hay un nuevo mundo por conocer.

Quería negarme pero él era mi jefe y además parecía realmente entusiasmado; lo más probable es que si yo lo decía que no, dejase de insistir pero... le eché una mirada a la cama, para qué seguir revolcándome en las angustias de mis pesadillas, lo que soñé no era real, Gaspar sin duda me iba a regañar cuando lo llamase por teléfono, en fin, lo hecho, hecho está. Era tiempo de seguir adelante, de buscar soluciones.

La sonrisa en los labios de Eleazar Trueba fue ensanchándose cada vez más. Me apuntó con un dedo.

—Sabía que podía convencerte. Andando, llevas más de seis horas en París, ¿no quieres salir a ver si encuentras algo de lo que has venido a buscar?

Me quedé mirándolo.

—Decidiste lo que quieres hacer en tu vida, es por eso que estás aquí, ¿no?

—Sí, en cierto modo así es.

—Bien, los cambios no se producen por sí solos.

No pude evitar sonreír.

—Ya te ves distinta, me refiero, al momento en que te conocí. Me sería difícil precisar qué fue lo que cambió en ti, pero te veo distinta.

Nos quedamos un momento en silencio.

—Te espero abajo. No tardes mucho.

Entre el sueño y no saber cual era nuestro destino, me costó escoger que ponerme. Al final me decanté por una camisa, un pantalón, unas chatitas y mi chaqueta de cuero. Me recogí un poco el pelo, no tenía demasiado tiempo para arreglarlo, de modo que simplemente lo quité del medio, tomé mi bolso y bajé. Al moverme por el inmenso departamento, ahora a solas y un poco menos nerviosa, reparé en cosas que no había visto antes en la subida; en el hueco de la escalera había una serie de cuadros, todos con temas religiosos. Antes había visto los cuadros, sin embargo no había reparado en las imágenes. En su mayor parte eran tétricos y oscuros; el que más me impresionó fue uno que mostraba una escena de lucha: de un cielo gris plomizo descendían ángeles, sobre la tierra, en lo que daban la sensación de ser unas ruinas, había humanos

siendo atacados por demonios, los demonios intentaban devorar a los humanos, éstos también luchaban contra los ángeles y los ángeles a su vez intentaba salvar a los humanos. Se me puso la piel de gallina; no era un cuadro que yo fuese a colgar en mi casa y menos en un lugar en el que me viese obligada a verlo tan seguido.

Si bien de la lucha no parecía insinuarse que ninguno de los dos bandos tuviese una clara ventaja, las caras de horror de los humanos, las de ensañamiento con sus ojos desorbitados de los demonios, los ángeles no se quedaban atrás, sus miradas irradiaban una furia sin igual, tanto es así que resultaba igual de temibles que los demonios.

Trueba me siguió con la mirada mientras avanzaba hacia él. Sentí que examinaba mi imagen, tanto es así que me dio ganas de dar media vuelta y subir a cambiarme.

—No sabía dónde vamos, de modo que...

—Estás perfecta.

Perfecto estaba él, tan bien vestido como siempre.

—Iremos a cenar a un pequeño lugar que me gusta mucho, es sumamente agradable y la comida es exquisita. ¿Tienes apetito? Si no lo tienes te dará cuando lleguemos allí. Créeme, si eres como yo acabarás haciéndote adicta a este lugar— Abrió la puerta y me cedió el paso—. Te apetece caminar un poco antes de cenar, te vendrá bien para despejarte.

Asentí con la cabeza.

El ascensorista nos llevó hasta la planta baja. Un portero, que era otro y no ninguno de los dos que estaba de servicio cuando llegué esta mañana, nos abrió la puerta y nos deseó buenas noches. Por un momento me sentí desilusionada cuando Trueba en vez de enfilarse hacia la derecha, tomó hacia la izquierda, me hubiese gustado ver algo más de la torre Eiffel de lo que se veía desde la terraza de mi cuarto. Me consolé sabiendo que ya tendría tiempo para eso.

Mi jefe llevaba un ritmo tranquilo y constante, me cedió el lado izquierdo de la vereda como todo un caballero de esos que había antes. Se mostró tranquilo y relajado, y no paró de hablar durante todo el camino, bien, porque el silencio quizá hubiese sido incómodo y la verdad es que yo no tenía demasiado para decir. Escucharlo comentar cosas sobre la ciudad, sobre cada uno de sus edificios en particular, sobre las cosas que haríamos, incluso sobre la comida que degustaríamos en un rato me ayudó a relajarme y a entrar en

clima. Me fui soltando cada vez más; más allá de las razones que me habían traído aquí, no tenía por qué no disfrutar de París. No es que la ciudad no fuese absolutamente perfecta, segura e inigualable, sin duda tenía sus cosas como cualquier otra gran capital, lo que sucede es que cada vuelta de esquina encerraba un nuevo algo misterioso que encantaba.

La entrada del restaurante en cuestión era menos que sencilla, incluso también un poco oscura, el frente era una amplia vidriera que en su mayor parte estaba cubierta por una cortina que corría por un barral de bronce. La puerta de madera y vidrio también tenía una cortina. Si había algún letrero con el nombre del restaurante se me pasó y no lo vi. Trueba me abrió la puerta, entramos en un cubículo en el que las paredes eran la continuación de la vidriera, la puerta que había quedado por detrás de nosotros y otra puerta más; ésta me encargué de abrirla yo.

No estoy segura de si el interior del local era muy chico o había demasiada gente. Ahí dentro hacía mucho calor, olía exquisitamente bien y todo estaba medio en penumbras a pesar de los espejos (que tenían aspecto de ser de lo más antiguos, tenían manchas color ocre por detrás; aún así el trabajo de biselado no dejaba de lucirse) y los cientos de lamparitas de bronce con pantallas de moaré que había por pares al costado de cada cubículo en los reservados, o encima de las mesas.

Del lado derecho había una barra con banquetas altas, y por todos lados una infinidad de camareros dando vueltas con bandejas rebosantes de comida. Un hombre, sin bandeja, pero vestido igual que los camareros se nos acercó. Saludó a Trueba con entusiasmo en un francés cerrado y muy rápido, y acto seguido nos guió hasta una mesita perdida en algún punto del mar de comensales. Tuvimos que esquivar tantas sillas y a tantos mozos que nos llevó cinco minutos llegar hasta nuestro lugar.

Trueba se sacó su saco y lo colgó del gancho de bronce atornillado a la pared de espejo, yo lo imité, me saqué la campera y la colgué. Mientras nos acomodábamos Trueba se dirigió al camarero para pedirle una botella de vino de la casa; éste se fue y nosotros nos sentamos.

—Tienes que probar el vino, es exquisito.

—El lugar es tan pintoresco que compensaría cualquier falta en la comida o en el vino.

—Sí, eso es cierto, pero la verdad es que no le hace falta compensar nada.

—Me sorprende que consiguiéramos una mesa.

—Aquí se reserva con tres meses de anticipación.

—¿Reservó una mesa hace tres meses?

Trueba soltó una carcajada.

—Ni falta que hace, esta mesa es mía.

Entonces tenía algún tipo de membresía o algo así, este debía ser uno de esos lugares cuyas puertas solamente se abren para cierto tipo de cliente.

El camarero apareció de la nada, se paró junto a la mesa, descorchó la botella sin golpear a nadie. Yo temí por la nuca de la mujer que estaba sentada justo detrás del codo del camarero, sin embargo nadie resultó herido, los que atendían aquí debían estar acostumbrados al reducido espacio; apenas si apartó los codos de los costados de su cuerpo para abrir la botella. El hombre iba a servir primero a Trueba, pero éste tapó su copa con la mano y me señaló.

—Pruébalo —me dijo mientras el líquido color ciruela caía dentro de mi copa formando olas. Sentí su perfume, era como a ciruelas, a caramelo, dulce, cálido.

El camarero se quedó esperando con la copa en alto, reparé en que la botella no tenía etiqueta y que su único distintivo era una especie de sello de lacre en el cuello. Tomé la copa y lo probé, era exquisito, corpulento, fuerte, al mismo para nada apabullante; el vino había llegado a su punto justo. Asentí con una sonrisa mientras bajaba la copa.

—Qué bueno que te guste —entonó complacido mientras el camarero llenaba su copa—. Por lo visto no estoy haciendo las cosas tan mal.

En un principio no comprendí de qué me hablaba.

—¿Los vinos son suyos? Yo creí que...

—Sí, son de una de mis bodegas, de una muy pequeña que no produce mucho, pero la calidad de los vinos es excelente. Esa bodega es como una hija pequeñita para mí; sé que un día se convertirá en mi orgullo y alegría, por lo pronto, hasta que pueda comprar los terrenos que la rodean y pueda expandirla, lo que cosechamos alcanza para complacer mi paladar y el de unos cuantos privilegiados. La mayor parte de lo que se produce allí se guarda, contamos con una cava excelente: una falla en la tierra que tiene la temperatura y la humedad óptimas; una pequeña parte se comercializa aquí y otra un poco más grande se distribuye entre clientes muy especiales.

Bebí un poco más. Bajé la copa y me pregunté cuanto cobrarían por una botella de esas, una fortuna seguro.

—¿Cómo es que sus vinos vinieron a parar aquí?

—Es que el restaurante es mío.

Debí habérmelo imaginado.

—Pues lo felicito, ya tiene ganado tres de cuatro puntos, el lugar es precioso, el servicio es sumamente veloz y el vino es espectacular, tan solo me falta aprobar la comida.

—Bueno, la comida no te va a decepcionar, siempre he creído que es lo mejor de este lugar, quitando el vino, por supuesto.

—Y cómo fue que se hizo dueño de este restaurante.

—El antiguo dueño no podía hacerse cargo, el lugar estaba a punto de venirse abajo, lo único rescatable de todo era su chef, un joven que en ese momento llevaba menos de un año atrabajo, pero que prometía mucho; yo solía venir aquí por su comida; como quien diría, me puse en campaña, hice las averiguaciones pertinentes y acabé ofreciéndole al dueño una suma a la que no se pudo negar. Unos arreglos aquí, otros allí y aquí estamos.

Con el menú en las manos, le permití a Trueba recomendarme algo. Cenamos una entrada de endivias con un relleno que no tengo ni idea de qué era, el plato principal fue cordero con verduras, al cual le sobraba pimienta, pero aun así era delicioso y de postre una copa de mousse de limón que era un suspiro. Hicimos una larga sobremesa en la que charlamos de todo; supongo que el vino fue el culpable de que se me soltara la lengua, hablé de mi vida, tanto de la laboral como de la privada, por desgracia el nombre de Vicente se me escapó. Creo que a Trueba no le gustó nada cuando le conté que Vicente me había dejado, por suerte no hizo preguntas al respecto, simplemente respetó el silencio en el que quedé sumida al hablar de él. No fui la única en hablar como loro, Trueba me habló de sus viajes, de sus dominios, de cuanto trabajaba y de lo poco que disfrutaba de lo que había conseguido hasta ahora. Cuando le pregunté si no tenía familia o amigos, me contestó que eso era difícil de tener cuando se estaba en una posición como la suya. No me pareció agobiado por el hecho de estar solo pero se le notaba en algún punto eso le molestaba, como si fuese una cuenta pendiente, quizá esa cuenta no tuviese más valor que el de un poco de cambio en monedas, aun así era un agujerito, como un hilo saltado en uno de sus costosos trajes.

—El tiempo lo repara casi todo —soltó en un momento cuando los dos nos habíamos quedado en silencio.

Cuando volví a poner la cabeza en la almohada era más de medianoche.

No sé exactamente qué fue lo que me despertó. Me incorporé y miré la hora en mi celular, lo había puesto cargar cuando llegué en la noche. Era media mañana. Por un momento medité la posibilidad de llamar a Gaspar, me

arrepentí, tendría que prepararme para eso. En vez de hablar por teléfono fui directo a la ducha, al regresar al cuarto, descubrí casi por accidente, mientras buscaba un secador de cabello, artilugio femenino que me había olvidado de meter en mi equipaje, que del supuesto arcón que estaba a los pies de la cama, salía un televisor, el funcionamiento de éste se accionaba con uno de los tantos botones de un control remoto que encontré dentro de uno de los cajones de la mesa de luz, otro cerraba un cortinado grueso de las ventanas que impedía el paso de la luz, otros encendían y apagaban las distintas luces, otro creo que era para calibrar la temperatura del cuarto y los demás no tengo ni la menor idea.

Dejé de lado la búsqueda y me vestí, ya era algo tarde y éste, oficialmente era mi primer día de trabajo. En cuanto salí del cuarto vi a dos mujeres jóvenes que cambiaban los ramos de rosas blancas por rosas rojas, trabajaban presurosas, como si las corriese el tiempo. Me dio la sensación de que intentaban ocultar las rosas blancas con sus cuerpos; las flores no tenían nada malo, no estaban viejas y los ramos se veían hermosos, aun así ellas las cambiaban.

Las saludé en mi tosco francés y ellas me devolvieron el saludo.

Al pie de las escaleras me encontré con el que supongo, era el mayordomo, y en efecto, el hombre se presentó así, su apellido me lo dijo, sin embargo no lo puedo repetir, se me olvidó en cuanto lo pronunció. En un español algo gangoso me explicó que Trueba le había pedido que en cuanto me levantase, fuese guiada hasta su despacho, hasta allí me llevó.

Llamé a la puerta, dije que era yo. Trueba me invitó a entrar al instante.

Me lo encontré sentado detrás de un imponente escritorio, tenía una baraja en las manos. Pasaba las cartas de un lado para el otro.

—Buenos días, qué tal dormiste.

—Muy bien, gracias—. Entré y cerré la puerta. La oficina de mi jefe era el doble de mi cuarto, elegante, sombría, un poco oscura para mi gusto; bien representativa de su personalidad. Además de su escritorio había una mesa baja rodeada de sillones de cuero, una enorme chimenea, más obras de arte. Las paredes estaban recubiertas en madera y de madera también eran las estanterías que contenían libros y algunos adornos.

—¿Desayunaste? —preguntó interrumpiendo mi reconocimiento del lugar.

—Todavía no.

—Desayunamos juntos —propuso alegremente.

—Claro, con gusto.

—Bien, entonces ven a sentarte aquí conmigo—. Apuntó las sillas que estaban frente suyo al otro lado del escritorio, eran dos sillas muy grandes, de cuero, con apoyabrazos de madera. Al tiempo que caminaba hacia él, levantó el teléfono y ordenó el desayuno para los dos, si no me equivoco pidió que lo sirvieran allí.

Trueba, que ya había dejado las cartas a un lado para hablar por telefono, me pasó una carpeta en cuanto colgó.

—Sé que estás con el estomago vacío, pero que te parecería echarle un mirada a esto—. Me tendió una carpeta—. Es el último informe que me entregaron quienes están a cargo del viñedo que produce el vino que probaste anoche.

—La verdad es que yo no entiendo mucho de...

Movió la carpeta hacia mi como si intentase pincharme con ella igual que con una espada.

—Tan solo léela, sin exigencias. No te tomo un examen, simplemente me gustaría que me diceses tu opinión.

Tomé la carpeta y me puse a leer. Detecté algunas cosas que no entendía (no por una cuestión idiomática, esta era una traducción al español de informe, el original estaba al final de todo, en francés) debido a mi falta de experiencia en la administración de viñedos, otras cosas que leí no me gustaron mucho, es más, me dieron mala espina, no sé exactamente por qué.

Iba a mitad de camino cuando llamaron a la puerta, una de las mujeres de servicio se asomó he hizo una reverencia como pidiéndole permiso, el gesto me pareció digno de la más tirante de las cortes europeas “con la venia de su majestad” pareció decir. La mujer no se movió del umbral de la puerta hasta que Trueba le dio permiso para entrar. Por un momento desapareció de mi ángulo de visión; la puerta se abrió del todo y por ella apareció un carrito cargado con nuestro desayuno.

Un desayuno por demás abundante: café, frutas, jugo, yogurt, los “muy franceses” *croissants*, además de dulce, cereales, leche y lo que me pareció, era una sopa color verde con un aspecto para nada agradable, servida en una sopera de porcelana preciosa que combinaba con el resto de la bajilla (olía suave, pero de un modo extraño, entre dulce y terroso). Pasé de la sopa cuando la mujer que nos servía me ofreció, me decante por una buena taza de café con leche (necesitaba imperiosamente una buena cantidad de cafeína para comenzar mi día). Para acompañarla me armé de un croissant enorme, dorado y con una cubierta dulce y brillante que hacía que se me antojasen chuparme los dedos, cosa que por supuesto no hice, mi jefe estaba a un metro de mí y

todo a mi alrededor era demasiado elegante y refinado como para incurrir en semejante desacato contra todas las leyes del decoro y los buenos modales.

Me limpié los dedos en la servilleta y volví la vista al documento mientras Trueba despidió a su empleada, pidiéndole que no nos molestase en las próximas horas.

Parece que hoy sí vamos a trabajar —pensé al oír lo que le pedía. Probablemente tuviese que esperar al fin de semana o a tener un día libre para ocuparme de la real labor que me había traído hasta aquí. Me mordí el labio inferior algo incómoda, todavía no había llamado a Gaspar... También tenía que llamar a mi madre, ella debía estar esperando oír mi voz. La verdad es que me preocupaban menos el regaño que seguro mi madre me iba a dar, que lo que Gaspar fuese a pensar de mí cuando se enterase que me encontraba en París. No me cabe la menor duda de que va a poner el grito en el cielo cuando se entere.

Trueba bebió un sorbo de su taza de café solo y sin azúcar, y luego se quedó observándome. Sentí su mirada y la resistí todo lo que pude, al final, perdí la concentración en la lectura y alcé la vista.

—¿Todavía no te has arrepentido? —me preguntó y no supe a qué se refería—. De haber venido; te he separado de todo lo que era querido para ti.

Negué con la cabeza.

—Puedes llamar a tu casa cuando gustes, el teléfono está a tu disposición.

—Gracias, los llamaré más tarde —dije y luego bajé la vista para continuar leyendo, pero por lo visto, Trueba tenía otras intenciones.

—No a todo el mundo le hace feliz largarse y dejar todo sin saber cuando regresará.

Sonreí a medias, no sabía muy bien que comentar a eso.

—No tengo ninguna urgencia por regresar a casa, apenas si llego; por ahora la distancia no me molesta.

—¿No eres muy apegada a tus padres?

—Lo normal, supongo —contesté, luego me acomodé en la silla e intenté continuar, pero no me dejó.

—No tienes hermanos, ¿no es cierto?

—No, no los tengo.

—¿Te hubiese gustado tenerlos?

—No lo sé, cuando era pequeña siempre le pedía a mis padres un hermanito, la mayoría de mis compañeros de escuela tenían hermanos, siempre me interesó saber qué se sentía contar con una relación así; eso nunca llegó y...

—No siempre son una bendición, los hermanos no siempre se llevan bien, que dos personas nazcan en el seno de una misma familia no implica que se agraden o se lleven bien.

—Supongo que no, pero al menos siempre tendrías a alguien que viene del mismo lugar que tú, se agraden o no, siempre serán parte de lo mismo.

—Todos somos parte de lo mismo —comentó sonriente.

—Sí, supongo que de algún modo así es.

—Cómo tú y yo, nosotros somos parte de lo mismo, hay personas que nacen en extremos opuestos del mundo, en sociedades completamente diferentes, que se crían bajo regímenes diametralmente opuestos, sin embargo que un buen día, se encuentran y descubren que en esencia provienen de lo mismo.

La ola cayó sobre mí. Puede que estuviese interpretando esto del peor modo, pero para mí, sonó ya de por sí, muy mal. Voy a tener que renunciar a mi trabajo y buscarme un hotel —pensé—. Espero dar con Vicente lo antes posible porque los recursos con los que cuento para la búsqueda son más bien escasos.

—¿A qué se debe su palidez?

Contesté que sí, pero él no me prestó atención, se levantó de su sillón, rodeó magnífico y enorme escritorio para finalmente, acuclillarse a mi derecha.

Esto se pone cada vez peor —me dije.

—Deja esos papeles por un momento, por favor —articuló con un tono de voz que no sobrepasaba el de un susurro.

Obedecí, todavía no entiendo muy bien por qué, la carpeta tanto me hubiese servido de escudo, como de arma para la defensa a un posible ataque suyo. ¡Maldita la hora en que pensé que podía llegar a ser tan fácil! ¡Yo tengo la culpa por intentar aprovecharme de este hombre! Por Dios, cómo voy a salirme de esto sin que se arme un escándalo.

Miré por última vez la carpeta que había quedado sobre el escritorio y luego lo miré a él.

—No tengo familia... es decir, en algún momento la tuve... tuve un padre, uno un tanto exigente y que a menudo no estaba de acuerdo conmigo; nuestras opiniones fueron muy distintas desde el principio, también tenía hermanos, pero al alejarme de mi padre me alejé de ellos. Trueba bajó las rodillas al piso, más precisamente a la lustrosa alfombra de seda color púrpura—. También he tenido mujeres en mi vida; en mi posición, no es fácil mantener una relación duradera.

Tragué en seco. Sabía que tenía que interrumpirlo antes de que dijese algo de

lo que luego no podríamos retroceder. No lo logré, simplemente no podía hablar, es más, apenas si podía pensar, sus ojos me tenían como encantada.

—Parece que llevo siglos en soledad, por mucho tiempo eso estuvo bien para mí, creo que en eso tú y yo somos muy parecidos, nunca me costó demasiado andar solo, no soy del tipo de persona que va llorando por los rincones porque extraña a alguien. Apuesto lo que sea a que tú también eres así.

Asentí con la cabeza, esa regla en mí tenía una excepción: Vicente, vivir sin él fue, era y continuaba siendo una tortura diaria. Pero nada de esto venía al caso, tenía que levantarme de esta silla antes de que fuese demasiado tarde.

—La realidad últimamente se ha hecho demasiado aburrida y estoy cansado. Necesito un cambio en mi existencia, un cambio profundo y realmente significativo.

Fui consciente de que sus manos se me venían encima pero no pude hacer nada para apartar las mías. Trueba envolvió mis manos entre las suyas.

—Quiero una familia, quiero alguien en quien poder confiar, alguien que comparta mis pensamientos, mis ideales, alguien que camine a la par mío.

Sentí que las paredes se me venían encima.

—Señor Trueba yo...

—Eleazar —me corrigió él con una dulzura me resultó espantosamente amarga.

—No creo poder corresponderle, todo esto es maravilloso, usted me ha dado una oportunidad sin igual... yo simplemente no puedo, lamento haberle dado al impresión errada, en este momento estoy sola pero la verdad es que en mi vida existe alguien —intenté solarme de sus manos sin ser despreciativa, él evidentemente o no captó mi intención de deshacerme de su agarre o bien le importó un comino lo que yo quería.

Trueba me dejó atónita con una carcajada.

—No lo tomes como un desprecio, eres una mujer muy atractiva, resulta agradable y divertido pasar el tiempo contigo cuando no estás flotando por tus pensamientos —me soltó las manos y me apuntó con un dedo—. Te conozco bien, sé que es lo que hay detrás de toda esa aparente apatía y de todas las corazas que te esfuerzas por entreponer entre el mundo y tú; que algo pasara entre nosotros dos, sería por demás extraño. Créeme, no soy ni puritano ni estoy chapado a la antigua, tengo la mente abierta y he sabido amoldarme a los cambios de la sociedad en que vivimos, e incluso así jamás se me ha pasado por la cabeza. Te respeto más de lo que te imaginas. Es más, para serte completamente sincero me molesta pensar en ti, acompañada de alguien más,

en una situación amorosa—. Trueba cerró los ojos apretando los párpados con fuerza y se levantó estirando las rodillas y la espalda—. Olvídate de eso, no era mi intención que la conversación se desvirtuara de ese modo; lo que quiero decir, y quizá no me expresé bien, por eso me interpretaste de un modo errado, es que: te quiero como a una hija.

—Señor Trueba, usted es demasiado joven para tener una hija de mi edad.

Si quería un hijo que se buscara una esposa y que tuviera uno, y si no quería una esposa pues bien, hay tantos famosos que van por el mundo adoptando niños.

—Las apariencias engañan.

—Voy a cumplir veinticinco años en unos meses.

—Sí, ya lo sé, el doce de septiembre.

—Usted no tiene edad para tener una hija de veinticinco años que ya está criada y que además viene con demasiados problemas incluidos en los que le aseguro, usted no querrá inmiscuirse.

—Me gustan los desafíos —replicó sonriendo.

—Me temo que se estaría saltando un par de etapas conmigo.

—No me interesa pasarme dos años cambiando pañales y preparando mamaderas, nunca tuve paciencia con los niños pequeños, no es que no me gusten, prefiero los adultos.

—Esto no es normal —entoné poniéndome de pie.

—No te estoy proponiendo ninguna relación bizarra Eliza, simplemente intento explicar él por qué te traje aquí. Un niño de cinco años no me serviría de nada. Quiero a alguien que se pueda parar a mi lado, que comprenda lo que le digo, que defienda mis ideales con las mismas garras que yo, alguien que comparta mis intereses, alguien que no se asuste del poder, que tenga ganas de hacer siempre lo mejor, que no vaya por la vida pidiendo excusas y que no tenga miedo de tomar una decisión por loca que parezca. En resumidas cuentas necesito de alguien como yo. Gente que trabaja para mí, tengo de a cientos, lo que necesito es una persona que trabaje conmigo, ¿entiendes la diferencia?

—No muy bien.

—Todo lo mío será tuyo.

Las rodillas se me aflojaron.

—Serás tan responsable como yo de todo esto; necesito que me ayudes a llevar la mitad de la carga—. Hizo una breve pausa—. Por supuesto, así como tomarás parte en las responsabilidades, también serás beneficiada con los réditos que esas posibilidades produzcan.

Me quedé en silencio por un momento, esto no tenía ni pies ni cabeza, este hombre estaba loco, era un retorcido, un excéntrico. ¡Lo único que me faltaba, otro dolor de cabeza!

—No sabe lo que dice.

—Sí lo sé, mis abogados están tramitando todo.

—Tramitando qué, yo no quiero nada suyo.

—No enloquezcas.

Mi voz salió con la forma de un grito agudo bastante chillón.

—Has el favor de calmarte, no me volví loco esta mañana, es algo que llevo meditando desde hace mucho tiempo. Esto es tan solo dinero, yo confío en ti, sé que harás lo mejor.

Cómo explicarle que para mí nuestra relación tenía una fecha de vencimiento que estaba a punto de expirar —con un poco de suerte, claro—.

—No es algo por lo que debas enloquecer, simplemente pretendo demostrarte que confío en ti.

—Alcanza y sobra con que me lo diga.

—¿A qué le temes?

—A nada.

—¿Te molesta tener un compromiso a largo plazo?

Negué con la cabeza.

—¿Tienes otros compromisos?

—Sí... no, en realidad es complicado. No contaba con que esto fuese a ponerse tan serio.

—No te entiendo.

—Es demasiada responsabilidad, además tal vez yo no esté aquí para siempre.

—Ya veo —canturreó dándose la vuelta; caminó arrastrando los pies hasta su sillón y allí se sentó otra vez. Yo continuaba de pie junto a mi silla—. Tienes razón, voy muy rápido.

—No es eso.

—Lo quieras o no, esto será tan tuyo como mío.

—Mi vida no es solo lo que yo haga en lo profesional.

—Te entiendo perfectamente, yo también existo más allá de estas cuatro paredes.

—A sus abogados no les va a gustar esto.

—Ellos hacen lo que yo les diga, para eso les pago.

—Voy a defraudarlo —le advertí.

Trueba negó con la cabeza.

—Te daré todo el tiempo del mundo, todo el que necesites. Este no es un hermoso sueño del que despertarás, esta es la realidad, una que puede durar para siempre. Tú eliges cuando aceptarla, puede ser hoy, mañana o en diez años, pero la verdad es que preferiría que fuese pronto, como ya te dije, estoy cansado de ser solo yo.

—Comienzo a arrepentirme de haber venido —dije haciendo referencia a su pregunta de hace un rato, de la cual se había desencadenado nuestra conversación.

—Olvidémonos de todo eso por ahora, ¿sí?, me adelanté a los hechos, es que estoy contento de tenerte aquí; no quiero que te vayas, no soy un maniático sexual ni un asesino, ni tampoco un retorcido rico excéntrico que va por la vida queriendo adoptar a mujeres jóvenes. No estoy loco, es más, creo que jamás he estado tan cuerdo como ahora; algún día te explicaré el porqué de mi decisión y entonces lo comprenderás todo con claridad. Ahora siéntate por favor y termina de leer el informe, además has dejado tu café por la mitad y apenas si le has dado un mordisco al *croissant*.

—Tal vez no sea una buena idea.

—Dame la oportunidad de demostrarte quien soy en realidad antes de huir.

—Esto técnicamente no sería una huída sino una clara maniobra para ponerme a salvo.

—A salvo de quién, ¿de mí? —hizo una pausa en la que me miró fijo—. ¿Te doy miedo?

—Lo que usted dice me asusta. Son sus palabras, no usted.

—Mejor cierro la boca entonces.

—Esa no es la solución.

—Dale tiempo al tiempo, te juro que no tienes porqué temerme. No he aparecido en tu vida para hacerte daño sino para darte una mano. Lo comprendas o no, lo cierto es que yo sé como se siente ser así.

—Usted no me conoce, no sabe nada de mí.

—Forjemos una amistad entonces, te contaré cosas sobre mí, tú me contarás cosas de ti. Ninguno de los dos ganaría nada con traicionar al otro.

Dudé, no podía dejar de dudar, todavía no entendía de qué demonios iba todo esto.

—Que no te avergüence pero te confieso que sí sé algunas cosas de ti.

¿Jorgito? —pensé.

—Jorge —articuló Trueba—, el amigo de tu padre. Los hombres también discuten con sus amigos los asuntos que les preocupan.

—No es un alivio saber que mi padre va por ahí contando mis desgracias.

—Se preocupa por ti, es todo.

—Y Jorgito tiene la lengua muy larga —completé yo tornando la conversación un tanto más informal todavía. Trueba sonrió con la mirada debe haberle causado gracia que se me escapase un comentario tan sincero y poco contenido.

—¿Con qué chismes le fueron?

—No fueron chismes o al menos esa no fue la intención. Nada más diré que sé que pasaste por una mala racha. No tienes de qué avergonzarte.

Una mala racha de veinticuatro años —pensé yo—, y si me avergüenzo de muchas cosas.

—Todavía estás a tiempo de reconstruir tu vida. Tomate mi propuesta a modo de una segunda oportunidad. No crees que sería ridículo dejarla pasar. No te estoy pidiendo que te conformes con lo que te doy ni que te lo tomes como si fuese lo único que podrás tener jamás; lo que te he ofrecido es una base para que construyas sobre ella lo que tú quieras. No te confundas, a mí me gustaría que tú quieras estar aquí, mi intención no es encadenarte a mí ni obligarte a permanecer a mi lado, quisiera que tú me eligieses, es todo. Me precipité, te pido disculpas, es apenas si puedo creer que estés aquí ahora.

—Entienda que lo que usted dice para mí no suena normal.

Una sonrisa se dibujó en los ojos de Trueba.

—Te entiendo.

Me quedé parada sin saber que hacer.

—Puedes irte si quieres, no voy a tomar ninguna represalia en contra tuya, me daría mucha pena sí, sin embargo no me enojaré ni ofenderé.

Hubiese querido poder irme; no logré moverme de mi lugar, ¿por qué no era capaz de hacer lo que cualquier persona en su sano juicio hubiese hecho en mi lugar? Largarme, eso tendría que haber hecho. En mi cerebro no había lugar para tales reacciones me sentía atada a aquel cuarto, a este departamento y sobre todo a este hombre, vaya a saber Dios por qué; en mi cabeza repiqueteaba una pregunta una y otra vez: ¿quién es este hombre? Sin darme mucha cuenta de lo que hacía, me senté en la silla otra vez. Irme y renunciar a las respuestas era una opción inconcebible.

Trueba me enseñó una enorme sonrisa.

Tomé la carpeta y la abrí, busqué la página en la que había dejado de leer.

—Hay algo aquí que no entiendo —le dije inclinándome sobre el escritorio para luego enseñarle el texto.

Las horas se fueron volando, la tensión se fue licuando poco a poco. Seguíamos trabajando cuando nos trajeron el almuerzo y cuando el sol empezó a caer.

Esa noche cenamos en el departamento, en el inmenso y majestuoso comedor que era completamente digno del palacio de Versalles. Otra vez, hablamos de sus viñedos, de sus inversiones, de las distintas propiedades que tenía por toda Francia y que quería que visitásemos juntos. Terminé la noche tan agotada que en cuanto me tiré en la cama me quedé dormida.

19.

Tres buenas razones.

Anoche tuve el buen tino de poner el despertador. Mi presencia aquí estaba justificada por un trabajo con el que pensaba cumplir por todo el tiempo que me fuese posible hasta dar con el objetivo que me había impulsado a venir a este país, por eso, en tanto y en cuanto fuese empleada de Trueba, me comportaría como tal, nuestra relación ya era lo suficientemente extraña como para encima añadirle un comportamiento despreocupado y algo perezoso de mi parte.

Las cosas claras —pensé—, ayer ya hubo confusión de sobra. Ni me atrevía a prever lo que sucedería cuando le anunciase que ya no trabajaría más para él. Bien, hasta que llegase ese día, me limitaría a hacer mi trabajo lo mejor posible, y a no firmar ningún papel que me nombrase como dueña o copropietaria de ninguna de las propiedades de mi jefe. No tenía ni idea de dónde había salido toda esa locura de convertirme en parte de su imperio; mis sueños imperialistas no llegaban más allá de conseguir recuperar una pequeña porción de terreno en el pecho de Vicente. Eso solo me haría inmensamente feliz.

Todavía hoy me resulta extraño verme a mí misma pensar de ese modo, recuerdo a la perfección los días en que el amor para mí era completamente intangible, creado a modo de una mera ilusión conformista para hacer que los humanos se sintiesen menos solos en este mundo. El amor había sido un concepto que no acabé de entender hasta que él apareció. No sé si es una suerte o una desgracia experimentar esto, lo cierto es que cuando te sucede, no te queda demasiada opción; intenté odiarlo, intenté olvidarlo e incluso hice el esfuerzo por simplemente convivir con su recuerdo pero hasta ahora no ha dado resultado y dudo que vaya a resultar jamás. No pasa ni un segundo sin

que piense en él, sin que recuerde lo incomparablemente perfecto que era cada minuto rodeada de su abrazo, sintiendo su respiración en mi nuca, su pecho caliente contra mí y la enloquecedora necesidad de meterme dentro de su cuerpo cada vez que sus ojos se juntaban con los míos, momentos de silencio en que el mundo se encogía a nuestro alrededor. Incluso hoy se me llenan los ojos de lágrimas. Estoy quebrada, rota por dentro y él es el único que pude componerme. Puede resultar patético, puede que parezca una dependencia enfermiza, puede que algunas personas piensen que no soy lo suficientemente feminista, que promuevo un ideal de sumisión hacia la forma masculina, que soy una estúpida que prefiere engañarse a ver la realidad; pueden opinar de mí tantas cosas, pero si hubiesen pasado un solo segundo de sus vidas al lado de alguien que aman con tanta sinceridad y entrega no tomarían ninguna de esas descripciones como un insulto, siquiera como algo malo. Que más real, natural y valiente que aceptar que se puede necesitar a alguien tanto como se necesita el aire. Si a su lado soy más fuerte, si a su lado me completo.

¿Puede enamorarse uno de la persona errada? Probablemente sí. ¿Pero puede uno enamorarse de este modo de la persona errada? Los castillos no se construyen con aire.

Es difícil explicar por que siento que más allá de todo, él también me ama, y esto no es un recurso desesperado. Yo sé que ni él ni nadie, podría fingir algo así.

Estiré un brazo y apagué el despertador todavía con los ojos cerrados.

Noté la luz de la mañana a través de los párpados.

Me desperecé, estiré las piernas, la espalda y abrí los ojos. El reloj marcaba las siete cincuenta y siete. De a poco trepé por la abundante pila de almohadas hasta quedar sentada. Me refregué la cara, en especial los ojos, para terminar de despabilarme.

Tomé un sorbo de agua del vaso que tenía sobre la mesa de luz y al devolverlo a su lugar, lo intercambié por el teléfono de línea que tenía a mi disposición sobre la mesita. Marqué una infinidad de números para llamar a mi madre.

Primero que todo me regañó, no esperaba otra cosa de ella y sabía —siempre supe— que por mi desapego, me lo merecía; luego el malhumor se le fue pasando para darle paso a la conversación normal y entusiasta que debíamos haber tenido en un primer momento. Le conté todo lo bueno que me había pasado hasta ahora. Ella me preguntó por París, por el lugar en el que me hospedaba, por el trabajo. Cuando mi madre se sintió satisfecha con las respuestas que di a su interrogatorio y con los comentarios que hice más allá

de sus preguntas, hablé con mi padre. La conversación con él fue más distendida y sincera.

—Entonces, ¿te están tratando bien por ahí?

—Sí, en este momento me encuentra acostada en una cama que no entraría en mi cuarto, pusieron a mi disposición todas las comodidades necesarias y mucho más.

—¿Y qué tal Trueba?

—Es un tanto extraño.

—Hmmm...

—No pasa nada. Te prometo que si hace algo fuera de lugar armo mis valijas y me mando mudar.

—Preferiría que no estuvieses tan lejos de casa.

—Puedo controlar esto. No voy a salir corriendo de buenas a primeras porque las cosas se pongan un poco raras.

—No, me imagino que no, esa es tu especialidad, ¿no? rodearte de cosas raras y lidiar con ellas como si fuesen cosa de todos los días.

—¿A qué viene eso papá?

—Nada, no me hagas caso, supongo que recién ahora estoy empezando a comprender que ya no eres más mi niña.

—Nunca voy a dejar de ser tu hija si eso es lo que te preocupa.

—Me estoy poniendo viejo y melancólico, apenas si han pasado un par de días desde que te fuiste y ya te extraño horrores —sus palabras salieron en un tono apagado, luego, se hizo un momento de silencio—. Pero ni se te ocurra volver —exclamó recuperándose súbitamente.

—Voy a volver, no sé cuando pero voy a volver. Bueno, qué tal por ahí, ¿alguna novedad?—. Mi intención era averiguar algo de Lucas y verificar que nada extraño hubiese sucedido en mi ausencia, todavía no tenía muy en claro si mi venida a Francia podía traer alguna consecuencia desagradable, Ariel había dejado claro que no quería que yo me acercase a Vicente y si Vicente realmente se encontraba en alguna parte de Francia, solo, o en compañía de Eva, mi decisión de emprender este viaje podía ser interpretado como un desacato a las ordenes que me habían sido impuestas.

—Ninguna, todo ha estado muy tranquilo por aquí.

Suspiré aliviada, no del todo, tal vez las malas noticias no se encontraran muy lejos, como mucho a unos cuantos minutos de distancia, el próximo llamado lo haría con mi celular, a un número que nadie debía averiguar que yo tenía.

—Me imagino que el contestador de mi teléfono debe estar vacío —lancé con

la intensión de que sonase como una broma; la verdad es que deseaba que hubiese estado lleno de llamados, buenos llamado digo; Gaspar, Lucas con buenas noticias, o incluso Vicente.

—Pasé por tu casa esta mañana bien temprano, nadie ha llamado desde que te fuiste. No sé nada de Lucas. No has hablado con él desde que...

—No.

—Todavía no comprendo que pasó entre ustedes, sé que él te quería mucho; no estoy seguro de que sentiste o sientes tú por él. No quiero ponerme pesado pero...

—Lo quiero muchísimo, pero no del mismo modo que me quiere él a mí. Podría decirse que me salvó la vida... es mi mejor amigo y para mí lo será siempre. Es complicado.

—Eso me lo imaginaba.

—Dejarlo ir era lo mejor que podía hacer por él, tengo que solucionar unas cuantas cosas antes de ponerme en contacto con él otra vez, sin embargo no por eso dejo de preocuparme por su bienestar.

—Suena a como si tuvieses la certeza de que tienes razones para preocuparte por él.

—Lucas puede defenderse solo mucho mejor que yo.

—¿Quieres que lo llame como si fuese cosa mía?

Me golpe la frente con la palma de la mano, ni se me había pasado por la cabeza hacer algo tan sencillo como eso.

—Solamente quiero saber qué tal está.

—Lo llamaré a su celular más tarde.

—Gracias.

—Mantenme al tanto de cómo va todo por ahí, y no dudes en poner a ese hombre en su lugar si...

—Voy a estar bien. Los llamó pronto, no se preocupen. Antes de cortar quería preguntarte algo.

—Dispara.

—Sé que llevamos un tiempo sin hablar de esto, pero qué tal está mamá de aquello.

—Fuera lo que fuese aquello da la impresión de haber pasado ya. No te preocupes por ella, yo me encargo de que siga bien, ocúpate de ti. Te quiero mucho, hija.

—Yo también te quiero papá.

—Será mejor que te deje, la llamada te va a costar un ojo de la cara.

—Trueba paga.

—De todos modos.

—Adiós.

—Adiós.

Colgué el auricular y devolví el teléfono a la mesa de luz. Inspiré hondo y le eché una mirada a mi celular. Tragué saliva. Me deshice de las mantas, despegué la espalda de las almohadas, me crucé de piernas. Tenía que prepararme para lo que viniese. Tomé el celular, lo desenchufé del cargador y llamé a Gaspar. Me contestó al segundo timbrazo.

—¿Dónde estás?!—. Me gritó tan fuerte que instintivamente aparté el celular de mi oreja.

—¿En París?

—¿París? Tiene que ser una broma. ¿Qué demonios haces ahí?! ¡No, no hace falta que me respondas, creo que ya sé que es lo que estás haciendo!

—Vine por trabajo, Gaspar—. Bueno, al menos esa fue mi excusa. —Estoy trabajando para alguien que tiene viñedos aquí. Mi jefe me pidió que viniese y no me negué. Sé que estás furioso, sabía que esto no te iba a gustar es que ya no podía quedarme de brazos cruzados esperando que las cosas se resolviesen por sí solas.

—No estábamos de brazos cruzados esperando que las cosas se resolviesen por sí solas, me estoy ocupando de ti.

—Gaspar, no quise decir que no...

—Existen al menos tres buenas razones por las que no debiste ir ahí. Lo mío no es un capricho, Eliza. Desde la primera vez que Vicente te trajo a mi casa te he adoptado como a una hija, sabes que te tengo cariño, que me preocupa tanto tu bienestar como tu felicidad, a igual que me preocupo por el resto de mis hijos, incluso por Vicente. Créeme, si es inocente de todo cargo, cuando esto termine va a tener que oír un par de cositas que pienso decirle.

—Gaspar, no sé cuáles son esas tres razones por las que yo no debí venir, la única razón que conozco, que es exactamente la que me trajo hasta aquí, es que no puedo continuar viviendo así, tengo que encontrarlo y enfrentarlo.

—No puedes cruzarte por su camino así como así, es una locura, esa es una de las razones por las que debiste quedarte en Buenos Aires esperando a que yo hablase con Eva para intentar comprender algo de lo que sucede.

—¿Lograste ponerte en contacto con ella?

—No me cambies de tema.

—No estoy esquivando el tema, simplemente quiero saber si te pusiste en

contacto con tu hija otra vez.

—Sí, hablé con ella, esa es la segunda razón por la que debiste quedarte aquí.

—¿Y bien?

Gaspar no contestó.

—¿Gaspar? —Esperé un par de segundos hasta que no pude más—. ¿Ella está aquí con él, no es así? Te lo confesó, están aquí en Francia.

—Sí.

Sentí igual que si me diesen una puñalada en el corazón.

—Están allí, juntos, pero no sé si... lo que quiero decir es que Eva no especificó en si son otra vez pareja o si están juntos por...

—¿Por?

—Eva y Vicente han tenido momentos pésimos, pero los une algo que está por encima de todo. Pueden odiarse o pueden amarse, el caso es que los dos se conocen a la perfección, si Eva necesitase de algo, sería a él a quién recurriría antes que a nadie más y viceversa. Cuando hablé con Eva la noté tensa, incluso temerosa. Estoy seguro que la parquedad que mostró en nuestra primera conversación no fue porque no confiase en mí o porque creyese que yo iba a criticar que estuviese otra vez con Vicente, sino que se debe a que está preocupada.

—¿Cuál es la tercera razón por la que no debí venir?

—Es una razón que involucra a dos personas: Ariel y Lucas.

Mi corazón primero se detuvo y luego se puso a latir a toda velocidad como un desesperado. Temía preguntar por Lucas.

—Lucas se encuentra bien. No me gusta nada que haya quedado a su cuidado y padrinzago. Sin ti aquí todo es distinto. No sé si Lucas ya está al tanto de que estás ahí, sinceramente espero que no se entere ni de dónde fuiste ni de lo que planeas hacer.

—Lucas entenderá.

—No estoy tan seguro de eso. Ariel tiene una lengua viperina, en el pasado ya dio sobradas muestras de que no le cuesta demasiado convencer a la gente de seguir su voluntad y estoy seguro de que si busca, encontrará unas cuantas razones para espolear a Lucas en su intención de llevarlo por el camino que él quiere tomar.

Me quedé muda. Gaspar por lo visto entendía perfectamente bien lo que pasaba entre Lucas y yo, las explicaciones sobraban y si había para darlas, sería porque él estaba al tanto de cosas que seguro yo no imagina, cosas inherentes a su mundo, de las que siempre me quedaba afuera.

—Tengo un ojo en Lucas, pretendo evitar que eso suceda.
—Puedo llamarlo y explicarle...
—Intentaré averiguar si sabe algo de lo que está sucediendo.
—Gaspar, no podemos seguir perdiendo tiempo, tengo que ver a Vicente.
¿Dónde tiene su casa?
—Eva no quiere que nos acerquemos a ellos.
—Disculpa, me importa un rábano lo que tu hija quiera o deje de querer.
—A mí sí me importa, no es un capricho Eliza.
—Entonces deja que averigüe que es lo que está pasando aquí.
—Salgo para París de inmediato.
—¡Perfecto! Has lo que quieras pero antes dime dónde ubico a Vicente.
—Eliza, cuanto tiempo llevas ahí.
—Dos días, por qué.
Gaspar no contestó de inmediato.
—Tengo que hacer unas llamadas.
—Antes dime dónde encuentro a Vicente.
—No te has cruzado con ninguno de los nuestros aún.
—Apenas salí del departamento en el que me estoy quedando. Puede que yo resulte tentadora para los demonios de casa, pero dudo que los de aquí también decidan prenderse a la cacería.
—Ariel tiene muchos conocidos en Francia, el viejo mundo no solo es la cuna de la civilización moderna humana.
—¿Eh?
—Que en París se encuentra la sede más grande y más antigua... —Gaspar se interrumpió—. París es el corazón de Europa, o al menos lo era en los tiempos en que luego de una considerable reorganización, los míos impusieron nuevas leyes. Allí las cosas son diferentes, todo se hace a la antigua, siguiendo las leyes a rajatabla.
Sacudí la cabeza.
—No sé de qué hablas pero la verdad es que no me importa si París es la sede del gobierno demoníaco así como la ciudad del Vaticano en Roma es la del dios cristiano.
—Pues debiera importante porque has ido directo al nido de ratas —me espetó Gaspar subiendo el tono.
—No va a pasarme nada, trabajo para alguien que debe tener un séquito de guardaespaldas siguiéndolo, voy a estar bien. Ahora, volviendo al tema: la dirección de Vicente.

—No.

—¿No?

—No —soltó de un modo todavía más tajante. Me reuniré contigo en cuanto puedas, intenta no moverte de donde estás.

—Gaspar no quiero que vengas.

—Quiero estar contigo cuando él te encuentre.

—¿Cuando él quién?

—Vicente.

—Dices que él va a encontrarme a mí—. El corazón se me aceleró otra vez. Sentí que empezaba a hincharme; iba a estallar—. Sabe que estoy aquí.

—Si no lo sabe todavía, probablemente va a enterarse de un momento a otro.

—Quiere verme —balbuceé para mí, pero Gaspar me oyó.

—Lo que me preocupa no es si quiere verte o no, sino los motivos por los que quiera hacerlo.

—No tengo miedo.

—Hazme el favor de no cometer ninguna locura.

Hice oídos sordos de sus últimas palabras.

—Gaspar, no vengas, si él va a encontrarme entonces... prefiero que me encuentre a mí sola, sea como sea, si resulta en lo peor, prefiero pagar por el error yo sola, tu familia no me agradecería por haberte metido en este lío. No vengas, te lo ruego.

—No sabes lo que pides.

—Sí, sí sé. En cuanto él me encuentre te llamaré. Quédate ahí, cuida de Lucas.

—No pienso quedarme viendo de brazos cruzados como te entregas a ciegas y sordas.

—Es mi decisión, siempre lo ha sido, yo lo llamé ¿no se supone que es así? Pues deja que me haga cargo. No vengas, lo digo en serio.

Gaspar se quedó en silencio otra vez.

—Por favor, no vengas.

—Tomaré en contacto con conocidos de confianza que tengo ahí para que te den una mano. Ni los verás... con un poco de suerte, si no es necesario, no los verás.

No verlos y que ellos me viesan a mí no era exactamente un consuelo, pero decidí no seguir con el asunto, no tenía sentido, probablemente, me quejara o no, Gaspar haría lo que quisiera.

—Te llamo en cuanto tengas novedades —le dije.

—No, te llamaré yo para asegurarme de que estés bien —entonó categórico.

—Gracias por la preocupación, voy a estar bien.

—No te desprendas de tu celular, si no me atiendes cuando te llame, lo interpretaré como que estás en peligro y pondré en acción un plan de emergencia.

—Entonces no voy a despegarme de mi celular —bromeé exagerando el tono de urgencia—. Tranquilo Gaspar, voy a estar bien.

Un gruñido suyo me llegó a través de la línea a cientos de kilómetros de distancia.

—Eres especial, de eso no me cabe la menor duda —dijo sacándose de la galera una opinión de mí que yo le había oído decir a alguien más—, espero que no haya en este mundo más humanos como tú o estamos perdidos —soltó medio en broma, medio en serio—. Cuídate, ¿sí?

Después de eso nos despedimos y corté, iba siendo hora de que me ocupase de mi trabajo.

Los tres días siguientes fueron infernales. París es una ciudad bellísima no obstante pasarse la mayor parte del día de aquí para allá, subiendo y bajando de un auto, quedándose estancado en el tránsito pesado y asistiendo a reuniones en la que no era más que una mera espectadora ya que quienes participaban en ella hablaban solamente en francés, resulto agotador y estresante al mismo tiempo. La mayor parte del tiempo me sentí tonta e inútil. Trueba me hizo de traductor la mayor parte del tiempo, pero al yo no manejar el idioma correctamente no podía serle de mucha utilidad en las reuniones. Tomé notas, guardé papeles, intenté leer documentos, recibí certificados de transacciones bancarias, e incluso acarreeé con presentes y atenciones que Trueba recibió y que me fue pasando a medida que las recibía de sus anfitriones (el baúl de su automóvil se llenó de cajas de vino, de canastas con de refinados productos alimenticios, incluso alguien le regaló algo que vino dentro de una bolsa de un importante diseñador de ropa masculina que yo también había visto en una fina y elegante calle comercial de Buenos Aires). Sonreí tanto que las mejillas se me agarrotaron; toda la cara me dolía, en especial las sienes. Me dio jaqueca y ardor de estomago de tanto café que tomé (es que siempre que me lo ofrecían una taza la aceptaba simplemente para tener algo entre las manos, para entretenerme con algo).

Algunas de las reuniones resultaron amenas, tuvimos dos en elegantes y exclusivos restaurantes, en los que almorzamos cosas que yo jamás había tenido oportunidad de degustar antes en mi vida (cosas que Trueba pidió por

mí, sugiriéndome que no podía pasar por París sin probar tal o cual plato), una tercera fue una cena para la que Trueba me eligió un vestido en Chanel; la experiencia de comprar en la legendaria casa fue toda una aventura pero la cena no lo fue tanto: al sentarme a la mesa descubrí todo un arsenal de tenedores cuchillos y cucharas milimétricamente acomodados alrededor de tres platos apilados uno sobre otro, defendidos por una hilera de copas de cristal que parecían brillantes de los destellos que soltaban a la luz de las velas.

Otras cuatro reuniones se realizaron en cafés, en salones privados. También concurrimos a encuentros en los que el ambiente fue más bien tenso. Creo que en dos días me conocí casi todos los edificios importantes de oficinas que tiene París, así también como sus más grandes y antiguos y por que no: tradicionales, establecimientos bancarios con grandes salones de mármol sostenidos por imponentes columnas y frías bóvedas de piedra y acero.

Fueron tres días enloquecedores en los que siquiera pude detenerme a pensar. Si Vicente quiso acercarse a mí, es evidente que no encontró oportunidad ya que no me quedé ni un solo segundo sola, Trueba raramente se despegaba de mi lado durante el día, y durante la noche, cuando regresábamos al departamento, por lo general seguíamos trabajando un rato más, o hasta la madrugada, dependiendo de cuando el cansancio me pudiese, y digo esto porque evidentemente él tenía cuerda para seguir y seguir como si nada.

Mi celular no llamó y yo no tuve tiempo de llamar a nadie.

Me desperté y me desperecé. Bostecé y bostecé sin necesidad de contenerme, me encontraba sola en mi enorme y precioso cuarto.

Que agotamiento. Tenía las piernas tiesas, la espalda rígida, los ojos me ardían y sentía igual que si tuviese arena en ellos. La piel de mi rostro se sentía tensa, mis manos hinchadas.

Debía dar miedo, así con el pelo revuelto y con el poco maquillaje del día anterior que a la noche, cuando me fui a acostar, me había dado demasiada pereza quitar. Imaginaba borrones de máscara de pestañas en mis párpados acrecentando el tono de las ojeras de cansancio.

Con movimientos lentos que seguro debían recordar a los de un perezoso, me bajé de la cama y me arrastré hasta el baño.

Lentamente y con torpeza me quité la ropa. Pese a que el sol que entraba por la ventana me daba directo en la piel me dio frío. El baño comenzó a llenarse de vapor. Mirándome al espejo, me pasé las yemas de los dedos por debajo de

los ojos para arrastrar algo del maquillaje corrido. No sé era por el cansancio acumulado o por qué, pero tenía una angustiante sensación de vacío en el pecho. Sin querer se me escapó su nombre en voz alta; me di cuenta de que lo estaba llamando. Se me encogió el corazón.

No sé por qué, se me dio por mirar hacia el cuarto, mi cama era principalmente lo que veía desde aquí, pero no sólo vi mi cama. No me asusté al verlo sentado a los pies de la cama, en el borde del colchón, con la cabeza gacha, enfundado en un traje oscuro, con una camisa de un violeta casi negro; no llevaba corbata y los primeros botones de su camisa estaban sueltos. Su enorme reloj asomaba por debajo del puño de la camisa de su mano derecha. Sus manos estaban unidas a la altura de la ingle; por debajo de la piel se le marcaban las venas. Sus pies estaban juntos, sus hombros rectos, su frente tensa. Llevaba el cabello igual que siempre: peinado para imitar un despeinado sumamente fashionista. Estaba hermoso, perfecto como siempre. Se me cortó la respiración y mi piel se incendió de inmediato. Pese a que no llevaba ninguna prenda de ropa, no me dio vergüenza, siquiera atiné a cubrirme con nada.

Vicente alzó la cabeza y me miró directo a los ojos. Esos ojos grises hicieron que se me aflojasen las rodillas y se me confundiesen las ideas...

El vapor del baño empezó a expandirse por la habitación igual que una densa neblina. Iba flotando por sobre el piso y se arremolinó a sus pies.

Vicente no hacía otra cosa que mirarme a los ojos sin parpadear. Tenía el entrecejo fruncido y las pupilas muy contraídas. Yo conocía esa mueca, algo le preocupaba.

El vapor comenzó a subirle por las pantorrillas en volutas consistentes.

No quise ni hablar ni moverme, tenía miedo de que desapareciese otra vez y no deseaba verlo desaparecer. No era real, lo sé, pero estaba aquí conmigo otra vez.

Que no dijese una sola palabra para que me apartase de él o de su mundo suponía un alivio, sin duda era un cambio importante en sus últimas misteriosas apariciones, pero esos ojos... qué era lo que pretendían decirme. Lucas tenía un don de valor incalculable, como me hubiese gustado se capaz de leerle la mente a Vicente.

Llamaron a mi puerta.

Vicente volteó la cabeza en dirección a ésta.

Llamaron otra vez...

El cuerpo de Vicente empezó a perder materia, a fundirse con el fondo.

No se le puede leer la mente a esto, sea lo que sea.

Llamaron a la puerta una tercera vez y allí todo acabó. El vapor se retrajo al baño, Vicente se esfumó y ahora sí me dio pudor estar desnuda, alguien podía entrar.

Manoteé mi bata y me la puse. Mientras caminaba hacia la puerta golpearon una vez más.

—¿Quién es?

—¿Eliza, estás bien?

¿Trueba?

—Sí, estoy bien—. Abrí la puerta y asomé la cabeza. Estaba a punto de darme una ducha.

Noté que miraba hacia el interior del cuarto por encima de mi cabeza.

—Creí... no me hagas caso. ¿Pudiste descansar algo?

—Algo —dije con una sonrisa un tanto forzada.

—Bien, tengo cargo de consciencia, creo que te he explotado estos últimos días; que te parece si hoy nos lo tomamos con más calma, es sábado y pensé que sería una buena idea si te muestro un poco de la ciudad.

Mi idea era salir sola en búsqueda de Vicente, o más bien, para que él me encontrase a mí.

—¿Prefieres quedarte aquí descansando? Te entiendo, probablemente siquiera todavía hayas terminado de acostumbrarte al horario.

La diferencia horaria era algo que no me había presentado mayores molestias que las del primer día aquí.

¿Quedarme en el departamento? ¡No, ni loca! Con Trueba o sin Trueba pisándome los talones iba a encontrar a Vicente.

—No, de hecho tenía pensado salir a recorrer la ciudad.

Trueba me regaló una amplia sonrisa.

—Desayunamos fuera, hay un par de mercados en los que podemos comprar de comer y mientras tanto paseamos.

—Perfecto—. Cuanto más concurrido y publico fuese el lugar, Vicente más oportunidad tendría de camuflarse con el entorno, o al menos eso especulaba yo. Si su intención era borrar me del mapa, tal como muchos temían, una multitud le dificultaría las cosas, pero como yo no era de esa opinión, me emocioné ante la posibilidad de estar a horas de verlo de verdad, en carne y hueso.

—Te espero abajo en mi despacho.

—No me tardo.

Me duché a toda velocidad. Me llevó un poco más de tiempo vestirme, estaban tan ansiosa que nada de lo que me ponía me gustaba; usualmente el vestuario no es un asunto que me preocupe demasiado; sé que en lo más profundo de mí, quería verme bien para él. Necesitaba hacerle justicia a su imagen; quería que se fijase en mí, que no pudiese dejar de mirarme así como yo no podría dejar de mirarlo a él.

Luego de dar una infinidad de vueltas, volví a ponerme el primer conjunto que me probé: unos jeans, un par de sandalias bajas de cuero que tenían un aire medio étnico y una vaporosa blusa musculosa color tostado un tanto transponte. Completé mi atuendo con un colgante de ámbar que Lucas me había regalado hace un tiempo.

El trozo de ámbar quedó colgando a la altura de la boca de mi estómago, desde mi cuello por la larga cadena de plata de eslabones rectangulares chatos.

Eché todas las cosas de la sobria cartera negra que había estado usando estos días, a un bolso de cuero marrón, tomé mi campera de cuero y el celular, y dejé atrás mi cuarto.

La puerta del despacho de Trueba estaba abierta de par en par, cuando me vio llegar se sonrió. Miró la hora en su reloj y sonrió todavía más.

—Increíble, eres toda una velocista—. Cerró la carpeta que tenía sobre el escritorio—. Estás muy bonita. Sólo para que quede claro y para que no te pongas nerviosa: ese fue el comentario de un amigo, sin segundas intenciones —aclaró moviendo las manos de un lado al otro.

—Gracias.

—No tienes que agradecerme —se movió para rodear el escritorio, de una de las sillas que se encontraba de mi lado, recogió una chaqueta clara-, fue una simple apreciación de la verdad. A cualquier hombre le haría inmensamente feliz tener una mujer como tú a su lado.

—Sí usted lo dice.

—El problema es que no cualquier hombre es digno de ti.

—No soy tan exigente.

—Pues deberías. Tú no eres cualquier mujer.

Revoleé los ojos. ¡Ni que lo diga!

—Sí algún pretendiente llama a tu puerta deberá pasar por un exhaustivo examen, no permitiré que cualquiera que ande por ahí se atreva a robar tu corazón.

Sonreí sin gracia.

—Eres mi protegida y eso tiene algún valor.

—¿Va a defenderme de los no dignos? —le pregunté en broma.

—Que no te quepa la menor duda.

Salimos del despacho.

—Recuerda, ahora tienes a tu lado a alguien que vela y velará siempre por ti.

Me pregunté que opinaría de Vicente. Probablemente, primero me creería una loca soltarle semejante historia, y segundo supongo que procuraría separarme de él culpándolo de mis delirios. Bueno, igual después de todo, Vicente no era un “cualquiera” y probablemente yo tampoco, cuántos humanos se meten en embrollos como este, solamente por amor.

Mientras yo comía una manzana, Trueba se sentó en la vieja silla para que le hiciesen un retrato en lápiz. Nos encontrábamos en *Montmartre*, llevábamos horas paseando por la ciudad; pasamos casi todo ese tiempo conversando animadamente, ya habíamos limado las asperezas restantes de aquella extraña conversación que tuvimos en mi segundo día en la ciudad, dentro de su despacho. Las cosas empezaron a cambiar cuando él comenzó a hablarme de sí mismo, hasta ahora no había sido más que un personaje abstracto salido prácticamente de la nada para arrancarme a mí de una gravitación ociosa alrededor de problemas que parecían complicarse cada vez más.

Conocer a las personas, saber de dónde vienen, cuales son sus opiniones, reconocer qué es lo que esperan de la vida, ayuda a formarse una idea más precisa de con quién se está tratando.

Hasta hacia unas horas atrás, yo todavía tenía la sensación de pisar sobre un suelo demasiado inestable, en cambio ahora, ese suelo se me antojaba mucho más sólido, cuando golpeaba con mis pies contra el suelo ya no sonaba a hueco.

Eleazar Trueba no añadió muchos más datos sobre su familia a los que ya había aportado, pero sí habló de sí mismo. Me contó que había crecido alrededor de mundo y que aún continuaba sin encontrar su lugar en él; que en él único sitio en el que se sentía medianamente como en su hogar era y siempre había sido París, por qué, se encogió de hombros a modo de respuesta cuando se lo pregunté.

Explicó que aquí tenía muchos conocidos; que amigos, en su condición, le resultaba difícil tener; también agregó que muchos se acercaban a él simplemente por interés, pero que con él tiempo había aprendido a manejar esas situaciones y ya no le molestaba. Me contó que era un admirador de

cualquier tipo de expresión humana, desde la música, la pintura, la escritura, la fotografía y cualquier otra forma en que las personas intentasen explicar al mundo cómo o qué sentían. Me dijo que de por sí, admiraba a todos los seres humanos por el simple hecho de que no es sencillo estar vivo, incluso cuando se cuenta con todas las ventajas posibles. También me explicó que al mismo tiempo muchas personas le desagradaban, odiaba a quienes desperdiciaban su vida, a quienes se quejaban sin intentar nada por corregir aquello que les molestaba. Me explicó que su única religión era creer en sí mismo y en su capacidad de crear en todo sentido.

Confesó que hacía poco más de un año algo muy importante le había sucedido, y que ese algo le había cambiado la vida y que en cierta forma, pero eso yo estaba allí ahora. No dijo qué era ese algo, lo que sí me contó es que planeaba grandes cosas a partir de eso, que su existencia había llegado a un momento culmine y que el mundo debía prepararse para él (en ese momento me pareció que estaba exagerando un poco, pero por supuesto no se lo dije, que volara todo lo que quisiera, no iba a ser yo quien le cortase las alas, después de todo, en un tiempo, cada uno seguiría con su vida por su lado).

Sin parpadear me reveló que su modo de ver las cosas no era compartido por la mayoría de las personas (me incluyo, todavía no entiendo por qué pretende hacerme participe de su fortuna), que en un noventa por ciento, los que lo rodean, le son fieles a muerte.

—Siempre hay algún que otro traidor por ahí —comentó despreocupadamente.

—¿Por qué se dedicó a los vinos?— le pregunté mientras caminábamos por el antiguo y muy típico distrito quinto de la ciudad, en la orilla izquierda del Sena, muy cerca del puente de la *Tournelle* con su monumento dedicado a santa Genoveva, con su magnífica vista de *Notre Dame*, cargando bolsas con fruta y pan (los restos de un almuerzo merienda ligero que habíamos tomado a la horilla del río *Sena*).

—Porque es casi como remitirse a los orígenes del hombre, es una actividad muy básica y antigua, como preparar pan. Dentro de una botella de vino puedes encontrar años y años de historia y me confieso un amante de la historia.

—Sí, noté que la mayor parte de los libros que tiene en su biblioteca son de historia.

Asintió con un parpadeo.

—Para que quede constancia, los otros placeres que me encanta disfrutar son

la buena comida, un buen paseo al atardecer, la luz del atardecer es mi favorita... —se detuvo y miró en dirección hacia donde se ocultaba el sol—. El día muere de a poco, lo sientes irse lentamente, crees que te irás con él...s i hasta puede resultarte difícil despedirte de las horas pasadas, incluso puede ser que te angusties... Al asomar la noche, te das cuenta de que no es así; renaces porque el mundo tiene mucho más para darte— Me miró fijo—. Sobrevives al día y te sientes invencible, le has ganado a un poder mucho más fuerte que tú y eso te llena de energía. ¿No te sientes así ahora?

—A veces me he sentido así —admití. Pero la verdad es que en este momento me encontraba algo desanimada, el día había sido una experiencia muy agradable, admito que la pasé bien, pero había un detalle que me molestaba: Vicente no había dado señales de vida. Sí era como Trueba decía, mañana tendría una nueva oportunidad. Eso esperaba.

—Te lo dije, tenemos muchas cosas en común.

Me sonreí, las teníamos, y también éramos muy distintos en otros aspectos.

—¿Alguna vez probaste la comida húngara? —Soltó de la nada—. Por aquí cerca hay un restaurante muy bueno, ¿te apetece? Es un lugar muy sencillo, familiar, nada pomposo; ya me percaté de que no te gustan mucho esas cosas. Te prometo que allí no hay demasiadas ceremonias más que sentarse, ponerse cómodo y disfrutar de la cena y de la música.

La verdad es que tenía hambre, supongo que por el desgaste de energía de pasarme todo el día caminando de aquí para allá casi sin parar.

Mi silencio le contestó que sí.

—Maravilloso. Andando, está a solo unas cuantas cuerdas de aquí.

Lo pasamos realmente bien, todo era exquisito, desde el vino, hasta la comida, la amabilidad de quienes atendían el local, e incluso la música típica que un grupo de cinco hombres interpretó hasta bien entrada la noche a un son que se tornó cada vez más desenfadado y alegre. Hubo rizas, incluso algún que otro baile improvisado entre las mesas. Creo que más allá del torbellino de mi vida, logré soltarme, llevaba mucho tiempo sin desprenderme de mi cáscara y lo hizo sin siquiera darme cuenta; Eleazar Trueba provocaba ese efecto en mí: me hacía sentir que realmente era capaz de hacer cualquier cosa, que era real merecedora de pasar un buen momento, de divertirme.

Cuando apoyé la cabeza en la almohada eran las dos menos veinticinco de la madrugada. Si continuábamos a este ritmo en una semana no iba a quedar mucho de mí.

Esa mañana mi despertador no sonó, no debido a una falla mecánica, sino a que yo necesitaba imperiosamente algo de descanso. Llevaba una semana a un ritmo infernal. El cansancio pudo más que la mortificación que me pudiese causar quedarme en la cama hasta media mañana cuando mi jefe debía andar por ahí dando vueltas. Esta era su casa sí, yo trabajaba para él, pero no daba más.

Cuando abrí los ojos y vi que eran las once y cuarto de la mañana me dio todavía más pereza, se me antojaba quedarme todo el día metida entre las sabanas, la única gran tentación para salir de mi huequito en el mundo era Vicente, Vicente y París.

Para despedirme de la comodidad de mi cama y del descanso reparador de la larga noche, me hundí entre las mantas y me estiré. El sol entraba a raudales por la ventana anunciando un día precioso.

Con decisión aparté las mantas y volví a estirarme.

Me cargué de energías casi al instante. De un salto me levanté de la cama y fui hasta una de las ventanas; la abrí. La brisa que corría era perfumada y calida. El sol sobre mi piel se sentía muy bien.

No me tomó más de quince minutos estar lista para salir. Me aseguré de contar con suficiente dinero por cualquier imprevisto, con mi pasaporte, el celular cargado y encendido, y además metí dentro de la cartera un mapa plegable de París y un diccionario bilingüe muy pequeñito, de esos que se venden para turistas.

Me puse la campera de cuero, me eché la cartera al hombro, me calcé los anteojos de sol sobre la cabeza y salí de mi cuarto.

El corredor estaba vacío, no registré señales del batallón de servicio que a diario se ocupaba de mantener la inmensa propiedad en condiciones impolutas.

Con entusiasmo bajé la escalera a los saltos. Al llegar abajo me asomé en dirección al despacho de Trueba, la puerta estaba abierta y la habitación vacía. Suspiré aliviada, mi plan era dejar una nota con el mayordomo, o quién estuviese en la cocina, para avisar que salía por mi cuenta a recorrer un poco de la ciudad, pero al darme la vuelta para enfilarse hacia el living, me topé de frente con el alto guardián de la propiedad, con la cabeza del regimiento de

servicio. Su apellido era Goupil.

Di un salto y el corazón se me subió a la garganta del susto de encontrármelo ahí parado; no lo oí llegar.

—Buenos días —me dijo con un fuerte asentó francés.

Antes de contestarle tragué un par de veces para ayudar a mi corazón a reposicionarse.

—Buenas días.

—El señor Trueba ha salido temprano, me pidió que le avisara que no regresará sino hasta después de la cena. Como son sus órdenes, me pongo a su disposición, si necesita algo no tiene más que solicitármelo.

—No necesito nada, gracias. Tenía pensado salir, es probable que yo tampoco coma aquí esta noche—. Pensaba exprimir hasta el último segundo de este día en pos de encontrar a Vicente o permitir que él me encontrara a mí.

—¿Desearía que le consiga un automóvil?

—No, gracias, voy a salir a pie.

—Si gusta puedo procurarle un guía.

—Tengo un mapa, gracias —alcé el hombro sobre el que llevaba la cartera para hacerle entender que allí dentro tenía lo necesario para no perderme (o al menos, para procurar no perderme). Luego, di un paso al costado con toda la intención de esquivarlo y largarme, pero él me obstruyó el paso con sutileza.

—Gustaría que le haga una reserva para almorzar —me ofreció en un tono lisonjero. Su tono afectado me resultó empalagoso.

—Comeré algo por ahí.

—No cree que es algo imprudente de su parte salir sola.

Me quedé de piedra.

—¿Perdón?

—Usted no conoce la ciudad.

—Para eso mismo salgo.

—Permítame acompañarla, el señor Trueba me dio órdenes de que la asistiera en todo lo necesario.

—El señor Trueba es muy atento pero yo ya estoy mayorcita, no necesito una niñera.

El mayordomo me miró torcido.

—Es muy amable de su parte, puedo cuidarme sola.

Hice el ademán de sobrepasarlo y él insistió en no moverse.

—Si necesito algo no dudaré en llamarlo.

El hombre me miró fijo.

—Voy a estar bien, no se preocupe, si Trueba me pregunta algo le diré que usted intentó por los medios atenderme lo mejor posible, le explicaré que fui yo la que se negó a recibir ayuda alguna.

Me contempló con el entrecejo fruncido.

—Hasta la noche —lo saludé para así dar por terminada la conversación—. Que tenga un buen día —le deseé al tiempo que lo dejaba atrás.

A paso apurado, llegué a la puerta, la abrí y salí, el ascensor llegó un par de segundos más tarde.

Respiré aliviada al salir a la calle, cabía la posibilidad de que mi vida podía estuviere a un paso de empezar a recomponerse lo cual me parecía increíble.

Me eché a andar sin rumbo preciso, mirando todo con ojos desesperados; en cada cuerpo que se movía a mi alrededor pretendía encontrar su rostro. Ser conciente de que probablemente él ya supiese que yo daba vueltas por París, hizo que se me erizase la piel, tenía tantas ganas y tanto miedo de volver a verlo; por momentos su recuerdo me parecía parte de una fantasía. ¡Por Dios, cuanto lo necesitaba!

La ciudad cargadísima de gente se me antojaba más pequeña. El sol brillaba con fuerza, hacía un día precioso. Me quité la chaqueta. Poco a poco me fui envalentonando cada vez más; fui irguiendo la espalda, levantando la cabeza, contemplando a la gente de igual a igual. Me metí en cuanta calle muy transitada encontré, deambulé por mercados de fin de semana y me colé entre grupos de turistas que no paraban de fotografiar todo cuanto veían. Caminé y caminé por horas hasta que el hambre pudo conmigo.

En un lindo mercado, compré fruta, una botella de agua y me senté al borde de una frente para almorzar. Estaba un poco cansada y prefería haber encontrado a Vicente ya, pero después de todo, esto no era demasiado desagradable, además, desde hacía un par de horas, tenía la sensación constante de que alguien me acompañaba, de alguien que me observaba de lejos y que incluso velaba por mis pasos; bien podía ser uno de los contactos de Gaspar en la ciudad, sin embargo yo prefería pensar que era él, y cuando pensaba en eso, automáticamente se me dibujaba una sonrisa en los labios.

La sombra de posibilidad de que estuviere engañándome a mí misma acerca de los motivos por los que Vicente podía acercarse a mí, no logró empañar mi día, tenía algo de miedo sí, mas también sabía que me reiría de ese miedo más tarde.

El sol me daba de frente, ya sentía el picor de sus fuertes rayos en las mejillas

y la nariz; por primera vez en mucho tiempo iba a tomar un color algo más saludable del pálido verdoso que últimamente cubría mi piel. Cerré los ojos y alcé la frente.

Me quedé así, con los ojos cerrados admirando el brillo del sol a través de los párpados, hasta que por mi espalda, me llegó el ruido de un chapuzón que no tenía nada que ver con el constante murmullo que producían los cuatro chorritos de agua de la fuente sobre cuyo borde yo —y un montón de turistas más— nos encontraba sentada descansando.

Abrí los ojos y me asomé hacia atrás.

Mi mirada dio de lleno con un hombre completamente vestido de negro cuya apariencia era por demás extraña. Su piel era casi tan negra como sus ropas. Llevaba pantalones de vestir, una camisa desabotonada (tenía los primeros dos o tres botones sueltos y por el profundo escote que estos producían asomaba un pecho musculoso y fuerte), el conjunto lo completaba un saco de vestir angosto y largo, que casi le llegaba hasta las rodillas. El hombre tenía el cabello muy largo con rastras de un rubio casi blanco, sujetas en una cola baja. Su rostro parecía una máscara de cera, rígido, en una mueca grave. Sus ojos estaban fijos en mí con una fuerza perforadora. No parpadeaba. Estaba tenso. Sus narinas dilatadas olfateaban algo. Hasta sus manos estaban crispadas en un gesto rígido; pero sus piernas se movían a buena velocidad, se movían por los treinta centímetros de agua que llenaban la parte más baja de la fuente, directo hacia mí.

Mi cuerpo reaccionó al instante, salté de mi lugar cual resorte.

Olfateaba mi olor. Había venido por mí.

Eché un vistazo a mí alrededor, la gente seguía como si nada, nadie le prestaba atención a este hombre que caminaba por dentro de la fuente.

Di un paso atrás.

Sin dejar de caminar, el hombre se llevó la mano izquierda al pecho, más precisamente la metió por debajo de la solapa de su saco, a la altura de la cintura.

Su olor me llegó después de darme cuenta de que no era un hombre.

¿Qué cree que hace? —me pregunté—. Hay cientos de personas a nuestro alrededor.

No tenía planeado que nada semejante fuese a suceder.

La mano del demonio salió al sol de la tarde parisina cargando algo. Primero que nada divisé su puño cerrado alrededor de un objeto negro y plateado. El misterio no duró mucho, al instante una brillante y afilada hoja de unos veinte

centímetros relució alegremente.

La hoja reflejó el sol justo sobre mis ojos. Instintivamente me cubrí los ojos con una mano.

Va a matarme frente a toda esta gente.

Mis palpitaciones se me fueron al demonio.

Quise gritar y no pude. Intenté moverme y al instante me percaté de que me sentía como clavada al suelo.

El demonio me enseñó sus perfectos dientes en una sonrisa que se le formó de un lado. Entornó los ojos. Sacó la lengua y del modo más asqueroso y sórdido se relamió los labios.

Mis ojos buscaron con desesperación ayuda a mi alrededor. La gente seguía con lo suyo, con sus cámaras de fotos, con sus almuerzos, con sus planos de la ciudad y con sus conversaciones en cientos de idiomas diferentes. Nadie me veía, nadie lo veía a él. Cómo podía ser posible que un hombre con esa apariencia, con ese porte, caminando por el medio de la fuente con un puñal en la mano pudiese pasar completamente desapercibido.

Mierda, esto no puede terminar así —grité dentro de mi cabeza ya que me era imposible gritar de la boca para afuera. Esta imposibilidad mía debía ser cosa del demonio, igual que el hecho de que nadie más se fijase en nosotros y en lo que estaba a punto de sucederme.

El resto de la manzana se me cayó, sin embargo logré retener en la mano izquierda, la botella de agua.

Agua —pensé—, el maldito está caminando por el agua como si nada. ¡¿Cuántas condenadas excepciones a la regla hay?!

—Hola bonita —me saludó el demonio en un tono empalagoso cuando la distancia que nos separaba no debía ser mayor a tres o cuatro pasos—. Veamos si realmente eres tan especial cómo dicen por ahí—. El demonio hizo una serie de malabares con el cuchillo; de haberlo intentado yo, habría terminado el día en una sala de urgencia con cuarenta puntos y probablemente con un agujero en un pie.

El demonio se detuvo, volvió a empuñar la daga con la mano izquierda y extendió su brazo, la punta de la daga quedó a unos veinte centímetros de la base de mi cuello.

Se me heló la sangre, tenía miedo, pero más que nada, estaba furiosa por no ser capaz de mover ni un solo dedo. Mi voluntad se encontraba encerrada en mí misma imposibilitada de ejecutar cualquier maniobra defensiva o de ataque; no es que de estar libre hubiese podido arrebatarme con facilidad la

daga, al menos podría haberlo intentado, podría haber gritado por ayuda o podría haber salido corriendo... o algo, cualquier cosa menos permanecer así inmóvil, entregada.

La piel se me enfrió de repente. Mi respiración se detuvo. Todo pasó demasiado rápido: el demonio soltó un grito agudo ensordecedor y se lanzó hacia mí con el cuchillo por delante. Por un momento creí que me iba a quedar ahí parada, rígida, esperando el golpe; ya me imagina la punta y luego el resto del filo de la hoja irrumpiendo en mi piel, en mi cuello. El dolor se me vino encima por adelantado.

Adiós a todo. ¡Qué estúpida soy! —grité dentro de mi cabeza.

Pero no, no me quedé ahí parada. Los músculos de mi cuerpo se aflojaron de repente. Lo sentí sobre todo en las pantorrillas y en las rodillas. Caí hacia atrás cual árbol recién talado.

El cielo de París pasó por delante de mis ojos.

Esperé caer de espaldas contra el suelo. Sabía que me golpearía la cabeza; eso no era lo peor de todo, el demonio caería sobre mí y su daga corrompería mi carne. Mi sangre quedaría por siempre en París. Que penoso, que poético y patético.

Nunca caí...

O quizá sí... Caí en un torbellino sin fin que disparó mi corazón a toda velocidad, que hizo que la piel se me prendiese fuego, que mi cabeza perdiese la poca razón que le quedaba, que todo mi cuerpo desease una única cosa.

Esas manos calientes que me tomaron por debajo de los hombros ya habían dejado una huella en mí antes. Las reconocí a ciegas, las hubiese reconocido en cualquier momento y en cualquier lugar. Eran el par de manos que yo más amaba en este mundo, de eso no me quedaba ni la menor duda. Su perfume llenó mis pulmones, su aliento acarició mi nuca desnuda.

La botella de agua se me escapó de los dedos.

Donde hubo fuego cenizas quedan y en ocasiones, las cenizas vuelven a prender provocando incendios forestales, provocando una devastación sin igual.

Como dije, no llegué a caer. Mis rodillas recuperaron la fuerza. Es que darme vuelta y verlo era lo único que quería, lo que necesitaba. El demonio desapareció, en su lugar quedó un muchacho enfundado en unos viejos jeans gastados, arremangados hasta las rodillas, que chapoteaba en el agua. Era un chico rubio, muy joven que quizás no llegase a los veinte. Delante de mis ojos se quitó la remera de mangas cortas que llevaba, y se la arrojó a la chica que

reía con él mientras le sacaba una fotografía tras otra; le dijo algo en inglés y ella le contestó con otra carcajada. Salpicó agua para aquí, agua para allá.

Cuando recuperé la verticalidad me soltó y así libre me volteé para verlo usando algo más que mi piel y mi corazón. Tenía que mirarlo a los ojos.

Con miedo de que se esfumara o que fuese él quien atravesase mi corazón con una daga me di vuelta. La simple visión de su brazo, de su hombro, de su cabello y su cuello, me hizo perder las fuerzas otra vez, pero me juré que no me desmoronaría.

¡Por Dios y todos los santos, esos ojos grises no tenían paragon ni en este mundo ni en ningún otro!

Estaba igual, igual que siempre. Hermoso, perfecto, con ese gesto de estar sufriendo todo el tiempo, con esa mirada que dejaba entrever mucho más de lo que él realmente deseaba expresar. Creí que deliraba otra vez, que este Vicente que tenía en frente era una visión como la que tuve mientras viajaba con Lucas por la ruta, en camino de la casa de Ariel. A los pocos segundos me convencí de que no lo era, jamás, ninguna visión podría sentirse tan real, tan condenadamente bien. ¡Era él! Es él, es él, es él —grité dentro de mi cabeza hasta convencerme de que era de carne y hueso.

La gente pasaba y nos miraba sin interés, los chapoteos de las jóvenes continuaban.

No sé cuánto tiempo nos quedamos los dos en silencio mirándonos, sí sé que bastó para que me olvidase del demonio en la fuente, que me olvidase de Trueba, de París, de mi trabajo y de todo lo malo sucedido entre nosotros, ahora tan solo podía evocar cada uno de los momentos en que a su lado perdí la cabeza, cada uno de sus abrazos, de sus caricias, cada circunstancia en que me hizo olvidar de todo, cada vez que me hizo creer que yo era para él y él para mí.

Mi corazón estaba a punto de estallar. Tenía un tapón de angustia que me subía por la garganta y cuando lo vomitase liberaría mi alma, sería feliz otra vez, o mejor dicho, más feliz de lo que nunca antes había sido.

—¿Qué haces aquí?

Se me erizó la piel al oír su voz.

Mi reacción a sus palabras fue alzar una mano.

Vicente siguió el ascenso de mi brazo con la mirada.

Mi mano se posó sobre su mejilla izquierda. Su piel ardía.

Cuando mi mano se instaló sobre su piel, cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia el lado en que estaba mi mano, descargando parte de su peso en mí.

Todo mi ser me lo pedía a gritos. Me estiré directo hacia él, tenía planeado aterrizar en sus labios, en su boca, me moría por besarlo, pero él, con sus dos manos, tomó mi muñeca derecha y apartó mi mano de su rostro y a mí de él.

—¿Viniste a morir? —me preguntó en un tono áspero soltando mi mano.

—Vine a buscarte.

—Pues no deberías haber venido.

—Ya estoy aquí.

—Te veo.

Y sí que me veía, sus esplendidos ojos se hallaban clavados en los míos. Su mirada arrasó con mi razonamiento. Me estremecí. Todavía no terminaba de creer que lo tenía enfrente; tenía la sensación de que aquel particular demonio se me acercaría por la espalda y me apuñalaría en cualquier momento.

—¿Estás solo? —curioseé examinando los alrededores en busca de Eva, tenía la sensación de que la identificaría en cuanto mis ojos se cruzasen con ella, pero no la vi.

—¿Y tú?

—Me parece que nunca estoy del todo sola —dije refiriéndome a lo que acababa de sucederme, lo cual no terminaba de comprender. Preferí no dar demasiadas explicaciones. La frente de Vicente se tensó, apretó los labios y se pasó las manos por el pelo; ese era un gesto muy suyo, uno que salía a la superficie cuando se sentía tenso o de mal humor. En este caso intuía que había un poco de ambas cosas, era obvio que no estaba en completo control de sí mismo, su cuerpo desprendía un calor impresionante, cosa que con el tiempo yo aprendí, solamente le sucedía en momentos extremos.

—Tenemos que hablar—. Vicente miró a un lado y al otro. Estiró su brazo izquierdo y me tomó por la muñeca derecha. —Sígueme —tenía el entrecejo fruncido y una mirada de enfado en los ojos. La palabra fue un mero adorno para la situación ya que yo no hubiese podido hacer otra cosa más que seguirlo, su mano tenía un agarre tal que ni aunque quisiese, hubiese conseguido soltarme.

Un segundo más tarde me arrastraba por entre el gentío. Yo lo seguía a los trompicones un paso por detrás; me llevaba tan rápido que tropecé un par de veces, incluso me llevé por delante a algunas personas, él ni siquiera se volvió para echarme una mirada por encima de su hombro, andaba como si yo no existiese, como si entre los dedos de su mano llevase aire, no mi muñeca derecha.

Pese a la velocidad que su paso imponía y a lo certero de su modo para

esquivar a los turistas que disfrutaban del sol de la tarde, nos llevó un par de minutos salir del tumulto, solo entonces, cuando nos encontramos al abismo de una calle, se detuvo y me miró, fue apenas una fracción de segundo, sin embargo me bastó para terminar de comprender que no estaba para nada feliz. Despegó los labios y la brisa me trajo un fuerte olor a dulce y acre, como a basura pudriéndose al sol. Sin que mediase una sola palabra, volvió a tirar de mí luego de dejar pasar dos autos particulares un taxi y a una chica en bicicleta que llevaba una canasta con flores en un ramo y un montón de bolsas de papel con compras.

Mis pies dieron un salto hacia el empedrado de la calle, el cual estaba caliente y algo resbaladizo, al menos para mis sandalias de delgada suela. Fui a los saltos, de seguro yo debía parecer una niña pequeña corriendo tras los largos pasos de su padre. Di un último salto para subir el cordón. Nos metimos en una callecita angosta oscura y fresca, casi un callejón. La fuente, los turistas, las risas y la luz quedaron atrás.

Ante el cambio de temperatura se me puso la piel de gallina, salvo allí donde sus dedos extremadamente calientes presionaban contra mi piel. Comencé a desear que volviese a dirigirme la palabra, esto no estaba saliendo como lo había soñado, sinceramente esperaba que corriese hacia mí, que permitiese abrazarlo y besarlo, y que simplemente con eso todo se resolviera; las palabras sobrarían entonces. Una tontería, lo sé, teníamos demasiado que aclarar, pero por su actitud, en este momento más me daba la sensación de que él tenía ganas de arrojarme al Sena con una gran roca atada a los pies y eso me causaba un profundo dolor.

Atravesamos el callejón de una angostita vereda a la otra, en forma diagonal. A lo lejos se escuchaban risas de niños y conversaciones de adultos, pero la calle continuaba desierta, éramos los únicos presentes entre las frías sombras de los antiguos edificios.

Sin avisarme, Vicente decidió tomar por una calle lateral tomándome por sorpresa; casi me rompo el alma, me resbalé; su férreo agarre me ayudó a mantener la verticalidad. Ni siquiera se molestó en preguntarme si me encontraba bien.

La calle era todavía más angosta que la anterior, los balcones de los edificios enfrentados casi se tocaban unos con otros. Había eco de alguna música, mas en general, los sonidos de la ciudad actuaban a modo de banda sonora.

Le permití hacer las cosas a su modo durante dos calles más mientras decidía qué hacer o decir, no deseaba ahuyentarlo, pero tampoco podía permitir que

me tratase de ese modo.

Intenté frenar nuestro paso luego de que él tomase la primera calle a la izquierda; al fondo del angosto corredor, por entre unos enormes contenedores de basura, se divisaba la luminosa ciudad, con su caudaloso tránsito y sus turistas maravillados. Mi segundo intento de retener su avance fue a mitad de la cuadra: lo único que logré fue que sus dedos calientes friccionesen contra mi piel dejándome una fuerte sensación de ardor. El dolor me hizo enojar, me empaqué igual que una mula terca y clavé los pies en el empedrado, primero resbalé, tropecé y di un salto, al final me planté. Su brazo y el mío dieron un tirón, como el de una cuerda en tensión. Vicente tironeó hacia la luz, yo, hacía la oscuridad. Se volvió y me observó en silencio. Tironeó de mí una vez más y yo tironeé hacia mi lado; el dolor me dio seguridad.

—Vamos.

—No voy a ir contigo a ninguna parte. No tienes ningún derecho a tratarme de este modo.

—Tengo todo el derecho del mundo—. Alzó su mano derecha con un dedo acusado en alto—. Te advertí que no quería volver a verte. ¿Te dije o no te dije que no te metieses en problemas?

—Todas esas palabras tuyas fueron dichas algo tarde.

—Sé que me equivoqué, aún no es tarde.

—Suéltame —gruñí tironeando de mi muñeca.

—¿No que querías verme?

—Mi intención no era que me arrastrases por toda París —le contesté yo en el mismo tono. Probé una vez más, soltarme, pero a donde mi muñeca iba, su mano la seguía—. ¡Me lastimas!

—Deja de tironear entonces.

—¡Suéltame!

—Ni en tus sueños —replicó tirando de mí hacia él.

—¡Eres un maldito cobarde!

—Y tú una ingenua.

—Púdrete.

—Un día te dije que me llegará la hora de pudrirme; en tanto y en cuanto siga aquí, tú harás lo que digo—. Tiró de mí pero yo me clavé en el empedrado con todas mis ganas, no sé cómo, logré permanecer en mi sitio. Vicente me escrutó ceñudo—. ¡¿Qué demonios quieres de mí?! —Masculló de muy mal modo—. ¿Qué esperas que haga?

—Ante todo que me sueltes —tiré de mi brazo—, y luego, bien, no me vendría

nada mal una explicación.

Su mano se apretó alrededor de mi muñeca. Sus ojos y los míos se sacaron chispas por un momento, luego, imprevistamente, me soltó y dio un paso atrás.

—¿De qué lado estás? —le pregunté mientras me masajeara la muñeca; tenía la carne adolorida y la piel enrojecida y ardiendo—. ¿Qué fue lo que sucedió entre nosotros? —Los latidos de mi corazón se aceleraron otra vez—. ¿Qué es lo que está sucediendo ahora?—. Necesitaba oír de sus labios que lo que yo creía había sido amor, fue real, que no me había dejado engañar por un tramposo y perverso demonio que disfrutaba con hacerme sentir miserable y perdida.

—No es un buen lugar para hablar.

—No pienso ir a ninguna parte hasta que no me des una respuesta.

—Estoy del lado de los míos —soltó por fin.

—Eso qué significa, sé muy bien que los tuyos no tiran todos para él mismo lado, hay quienes ven las cosas de un modo bien diferente.

—Sin importar de qué modo veas las cosas, todos nosotros somos lo mismo, y ese, es tu mayor problema.

—Mi mayor problema eres tú... es que todavía te amo y que no voy a dejar de amarte nunca—. Se me juntó un montón de saliva en la boca y se me empañaron los ojos—. Mi problema es que algo dentro de mí me dice que lo que pasó entre nosotros no fue un simple engaño —apreté los dientes y luego continué—. Mi mayor problema es que me alejaste de tu lado.

No sé si fue efecto de mis palabras o qué, pero se quedó mudo y completamente quieto frente a mí. Si lo había sentido distante y frío, llegó el momento en que todo cambió, Vicente dio un paso al frente y se detuvo a pocos centímetros de mí.

—Esto no está bien.

—No está bien porque te alejaste de mí. No le tengo miedo al Infierno, nada puede ser peor que la pesadilla en la que me dejaste cuando te fuiste. Cualquier lugar a tu lado será perfecto si me dices que me amas. Intenté odiarte, intenté olvidarte, incluso reemplazarte —mientras decía esto último sentí que me ponía roja de vergüenza, me preguntaba que pensaría del embrollo entre Lucas y yo, ese había sido un gran error que esperaba poder subsanar—. Lo único que logré fue empeorarlo todo. Soy un desastre desde que te fuiste, estoy confundida y necesito alguna respuesta a los cientos de preguntas que tengo. Mi vida nunca volverá a ser lo que fue antes de que aparecieses, no sé por qué, pero las cosas no se terminaron cuando te fuiste, si

esa era tu intención... pues no dio resultado, ya no puedo despegarme de tu mundo, es más, cada día siento que doy un paso más hacia dentro de él. Existen demasiadas cosas que cambiaron cuando llegaste... —ante su mirada me quedé sin aliento y no pude seguir—. Todavía quiero cambiar, es más, ya no es una cuestión de querer, sino de necesidad, no entiendo por qué, ni puedo explicarlo pero presiento que aquí es dónde yo debía estar.

—Estás loca—. Las palabras emergieron de sus labios entornados en un susurro que me acarició la piel.

Yo solamente sabía que estaba dispuesta a luchar a brazo partido.

—No dará resultado —añadió.

—Quizá si dejaras de resistirte —insinué trepando con mi mano por su pecho. Mi palma llegó a su corazón, no se sentían latidos, pero sí un intenso calor. Su respiración se aceleró. Casi sin fuerzas pronunció mi nombre y yo sentí que me derretía.

Negó con la cabeza.

—¿Volviste para echarme de tu lado?

No contestó.

—Dime que nunca me amaste.

—Estás viendo la cara del Infierno.

—Eso no es cierto.

—No puedo ser lo que tú quieres que yo sea.

—Te quiero tal cual eres.

—No es cierto, desde el primer día me idealizaste.

—Y quizá tú hiciste lo mismo conmigo.

Negó con la cabeza otra vez y luego me acusó de haber corrido a los brazos de Lucas.

—¿No estás aquí con Eva? —le espeté pero otra vez se abstuvo de responder—. Es tiempo de que hablemos con claridad, qué pasa contigo, por qué te evades, yo sé que no fue mentira, quieras admitirlo o no, lo que sentí no se puede fingir, siquiera un demonio tan poderoso como tú podría hacer algo así.

—Estás muy segura.

—Quizá mis poderes en potencia sean mayores que los tuyos.

—No hagas bromas con eso.

—Entonces deja de dar vueltas. Vamos Vicente, ¿me amaste alguna vez sí o no?

Vicente tragó, su cuello se ensanchó al hacerlo; muy despacio, sus labios comenzaron a separarse, de ellos no emergió ni una sola palabra.

Me quedé mirándolo impávida. ¿Era eso un no? ¿Acaso le daba pena decirme la verdad? ¿Me había engañado siempre, seguía engañándome? Que morbosa forma de divertirse.

De la nada, me vino un arrebató de furia, explotaba de ganas de golpearlo, de darle vuelta la cara de un cachetazo pero en vez de eso me lancé hacia él y lo empujé con todas mis fuerzas. Tal vez lo agarré desprevenido y mal parado, pero lo cierto es que Vicente trastabilló y acabó yendo a parar contra la pared opuesta.

Sin esperar a verlo caer, di media vuelta y comencé a desandar los pasos que nos habían traído hasta aquí. No quería separarme de él pero en este momento no soportaba tenerlo enfrente.

Me encerré por completo dentro de mí misma y me eché a llorar. Nada de esto era como lo había soñado y no podía parar de preguntarme por qué.

Iba andando a toda prisa, con la cabeza gacha, encogida sobre mí misma cuando volvía a oír su voz llamándome. Corría detrás de mí. Yo también me eché a correr, no tenía ganas de darle el gusto de verme llorar. Lo sentí apretar el paso e hice lo mismo, pero le tomó menos de media cuadra darme alcance, me tomó por la espalda con uno de sus brazos rodeándome el pecho y el otro la cintura. Llorando cual Magdalena le grité que me soltara, que me dejase en paz; quise gritarle que lo odiaba pero las palabras no me salían ya que no las sentía.

—Ya cálmate y deja de retorcerte.

—¡Suéltame!

—No puedo estar contigo y tú no deberías estar conmigo.

—¡Cobarde! ¡Hijo de puta!

—Soy todo eso y mucho más —con manos certeras me dio vuelta para tenerme de frente—. Cometí demasiados errores contigo.

—¡Y no te interesa en lo más mínimo repararlos!

—Eso no es cierto, estoy aquí para eso.

—¡No necesito tu compasión, tan solo dime qué quieres de mí, por qué te fuiste, por qué me buscaste ahora! ¡¿Qué quieres de mí?!

—Quiero ponerte a salvo.

—¡Mentira!

—Por eso me fui. Tanto tu existencia como la mía corrían peligro, y yo no podía permitir que nada malo te sucediera, no después de todo lo que has hecho por mí... simplemente... era la única salida para que todo esto terminara. Entiéndelo por favor.

Mi mente dio un frenazo. ¿Qué? ¿Oí bien?

—No, no volví con Eva —añadió en un susurro que hizo que se me erizase el vello de la nuca—. A veces casi consigo olvidar lo que perdí —sus ojos se fijaron en mí—, al fin y al cabo, los recuerdos siempre vuelven, y cuando lo hacen, siento que me quemo por dentro, que me consumo en un fuego anormal que no quema otra cosa más que mi carne y mi alma.

—Me amas...

—Te amaré por siempre. Mi amor te acompañará allí dónde tú estés, pero no...

—¿No qué?

—No importa lo que yo sienta.

—¿Y qué con lo que yo siento?

—Si me amas aléjate de mí —lo dijo apretándome los hombros y luego me soltó para dar un paso atrás—. Te he hecho demasiado daño ya—. Dio otro paso atrás.

—Tú puedes irte, pero los demás no se irán... debes saberlo.

—Estoy en eso.

—¿Crees que te harán caso? Aquí hay algo más...

Dio media vuelta pero se detuvo.

—Esto es más grande que tú y yo juntos y no se va a terminar porque vuelvas a echarme de tu lado; lo único que necesito en este momento es que me digas si eres parte de eso o no—. No respondió; yo me tomé un momento antes de seguir—. No tengo pruebas para demostrar que seas inocente ni culpable, pero si te vas ahora y me dejas sin una explicación, comenzaré a creer que eres parte de eso también. No me gustaría tener que empezar a creer que voy a tener que cuidarme de ti... —me limpié las lágrimas de la cara—. Gaspar cree que tengo que cuidarme de ti—. Inspiré hondo y seguí—. Él te quiere y al mismo tiempo tiene sus dudas, nadie sabe exactamente qué paso con Jan, ni quiénes o quién fue el responsable del ataque a su casa.

Los ojos de Vicente se oscurecieron.

—¿Fuiste tú, quemaste su casa, atacaste a su familia? —no contestó—. ¿Tienes algo que ver con la muerte de Cristian o con la muerte del padre de Ana?, porque por si no lo sabes, también la han estado presionando a ella. Ah, y por cierto, conoces a una tal Lucía, ella y un compañero suyo aparecieron en escena un buen día y lo primero que hicieron fue decirme que debía apartarme de ti y ahora ella anda con Lucas en algo que no entiendo muy bien qué es.

La cara de póquer de Vicente me puso loca.

—¿Y bien? ¿Por qué primero insististe con comparar mi alma, por qué te quedaste conmigo durante todo ese tiempo para luego decidir de la noche a la mañana que ya no querías tener nada que ver conmigo? ¡¿De qué mierda pretendías protegerme y protegerte cuando te largaste?! ¡¿Piensas contarme la verdad si o no?!

—Tengo mi auto a dos calles de aquí.

Me puse firme.

—Aquí no. Te prometo que te daré todas las respuestas que me sean posible brindarte, pero no aquí. Por favor, ven.

Dudé.

Me tendió la mano derecha con la palma hacia arriba.

—Confía en mí.

—Es extraño que me lo pidas.

—Pero lo estoy haciendo. Ven.

Posé mi palma sobre la suya y sus dedos se cerraron alrededor de mi mano.

En silencio llegamos hasta la calle que yo había divisado más allá de los contenedores de basura. En cuanto salimos a la luz noté un que había un pequeño automóvil plateado de aspecto deportivo y muy caro, estacionado apenas a unos metros de distancia de la desembocadura del callejón, Vicente lo apuntó con la cabeza.

Sacó unas llaves del bolsillo trasero de su pantalón y accionó el control remoto. Las luces del vehículo parpadearon y luego se apagaron. Me acompañó hasta la puerta del lado del acompañante y la abrió para mí, luego rodeó el automóvil por delante para finalmente acomodarse a mi lado. Puso el automóvil en marcha y se metió en el tráfico. Anduvimos por las calles de París por unos quince o veinte minutos. Confiaba en él, sabía que esto no era una trampa ni nada parecido por lo que no pregunté nada ni demandé saber hacía dónde me llevaba. Al cabo de ese tiempo, Vicente se detuvo frente a un portón de entrada de automóviles y con otro control remoto, abrió la puerta.

Era un edificio de aspecto antiguo, pero la puerta se abrió con un sistema automatizado muy moderno. El portón volvió a cerrarse a nuestro paso. La penumbra del garaje nos envolvió y el silencio se apoderó de todo el lugar en cuanto el motor de Porsche se detuvo.

—Aquí estaremos a salvo —me dijo. Ni él ni yo habíamos hecho el ademán de bajar del auto.

—¿Qué es esto?

—Vivo aquí.

—Viniste aquí al dejar Buenos Aires.

—No directamente, pase unos días en el campo, necesitaba estar solo.

Giré sobre la butaca y lo enfrenté.

—¿A qué le temes?

Vicente me miró, se sonrió sin despegar los labios y antes de hablar, inspiró

hondo.

21. Protégeme de lo que amo.

—Temo no poder salvarte.

—¿Salvarme? ¿Salvarme de qué, de ti, de tu mundo, de los otros demonios, del Infierno, del Diablo? ¿De mí misma tal vez?

Vicente meneó la cabeza con los ojos entornados.

—No soy capaz de explicarte todo...

—Porque oírlo me producirá algún mal —le espeté interrumpiéndolo; que harta que me tenía ese asunto. Ya me sabía el cuento de memoria. Apreté los dientes, inspiré hondo y seguí adelante—. No puedo estar peor de lo que estoy.

—En eso último te equivocas, sin embargo la razón por la que no puedo contarte todo, es porque no lo sé todo y eso mismo es lo que me molesta —su frente se tensó—. No tengo una explicación que justifique todo esto, de modo que he hecho todo lo que ha estado a mi mano para protegerte; ha sido como caminar a ciegas. Qué más podía hacer.

—¿No huir?

Me dio la impresión de que le costó tragarse mis palabras.

—Solamente intentaba...

—¿Protegerme de lo que amo? —pregunté completando sus desganadas explicaciones.

—Deja de decir eso —se quejó recuperando su carácter de siempre.

—Lo mencione o no, mi amor seguirá ahí.

—Quisiera nunca haberme quedado.

—¿Tanto sacrificio implicó para ti estar a mi lado?

—No digas tonterías —exclamó para luego pasarse ambas manos por el cabello.

—Digo tonterías porque todavía no me dices si fue verdad o si simplemente fue lo que yo quise creer. Es momento de que hablemos con la verdad, creo que me merezco al menos un poco de sinceridad, después de todo... — Súbitamente me interrumpió dejándome con la boca abierta.

—Me diste la vida que yo jamás habría escogido para mí porque todavía creo que no me la merezco. Quise irme pero el mundo no me dejó, tú no me lo permitiste—. Sus ojos grises me atravesaron el alma—. Te enamoraste de mí y yo me enamoré de ti... y todavía te amo, es por eso que me fui, es por eso que

todavía estoy aquí. Pero que te ame no significa que todo está bien. Me dieron ganas de soltar un grito de alegría pero él no me lo permitió, siguió hablando.

—Al principio no me di cuenta de que había algo mal aquí.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro de lo que sea, lo que sí sé es que tú no debes pertenecer a mi mundo, tienes que alejarte lo más que puedas de todos nosotros.

—Dame una buena razón para eso.

—Puedo darte más de una razón: la muerte de Cristian, la muerte del padre de Ana, el ataque a la casa de Gaspar, el exilio de Eva, la súbita huida de Jan y toda la gente que lo acompaña en su espectáculo, el incendio en tu departamento, el que todos esos demonios te siguieran luego de que yo renuncié a tu alma, el hecho de que todavía tengas a muchos de los míos rondando a tu alrededor, tu percepción de los míos, tus visiones, tus pesadillas y... —se detuvo por un momento y luego siguió—. Y tantas otras cosas. Nada ha sido como debería haber sido.

—No sé a qué te refieres...

—Me refiero a que hay muchas cosas que no entiendo, ya te lo dije.

—¿Qué es lo que no entiendes, cómo debería haber sido esto?—. Me fui quedando sin fuerzas a medida que promediaba la pregunta. ¿Me amaba pero no quería estar a mi lado? Que mundo morboso y perverso es éste.

Me rodeé el pecho con los brazos, tenía la sensación de que estar a punto de desarmarme, entre tanto Vicente se mordió el labio inferior, creo que identificó el modo en que me sentía.

—Tú no eres lo que debías haber sido —entonó a un volumen muy bajo.

—¿Perdón? ¿Qué se supone que significa eso?

—Eres más de lo que debe ser un simple candidato a vender su alma.

—Sigo sin entenderte. Además, a quién le importa lo que yo sea, lo único de valor aquí es que te quiero y que tu me quieres, todo lo demás o tiene el menor valor.

—No seas necia, Eliza. No puedes negar que hay algo en ti, no sé que es, pero intuyo en que es lo suficientemente fuerte e importante como para movilizar a las suficientes personas... a demonios poderosos...

—Estás diciéndome que tengo la culpa de todo lo que pasó, de las muertes y...

—no pude terminar; ¿de verdad yo estaba generando toda esta locura? ¿Cómo?!

—¡No, nada de eso! La culpa no es tuya, sino de quienes están detrás de todo

esto.

—Pero están detrás de esto por mí. ¿Por qué?

Vicente apretó los labios y se quedó con la mirada fija en mí.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

En vez de responderme dio media vuelta y se bajó del auto. Lo seguí a toda velocidad, no iba a permitir que volviese a escaparse de mí.

—Vicente —lo llamé con un grito pero él no se dio por aludido, entonces, le cerré el paso en cuanto avanzó hacia mí, presumo, para escaparse por la puerta que estaba a mi lado y que supongo, debía dar al interior del edificio propiamente dicho—. ¿Qué es lo que me ocultas? —intentó esquivarme y no se lo permití—. ¡Habla!

—Llegué a convencerme de que si yo me aparto del medio ellos nunca tendrán lo que quieren y tú podrás seguir con tu vida. Es eso, listo, ahora ya lo sabes. Sus palabras salieron como un chorro que me dejó algo aturdida, pese a ello, cuando intentó escabullirse de mí otra vez, no se lo permití.

—Pues parece que eso no va a pasar —solté en tono socarrón plantándome firme frente a él—, así que dime qué es lo que quieren de mí.

—Me figuro que es eso que está dentro de ti, eso mismo que yo divisé, que Jan encontró y que Gaspar vio. Eso que ninguno de nosotros sabe exactamente qué es, pero que es obvio que esperaban o todavía esperan que yo pueda sacar a la luz, que yo pueda gobernar. Supongo que para eso me mandaron junto a ti —se relamió los labios y luego se mordió el labio inferior—. No pienso hacerlo. No voy a hacer contigo lo que hicieron conmigo—. Su voz acabó desvaneciéndose en un mar de angustia. Era la historia de su vida: sus peores recuerdos, las más densas amarguras.

Las paredes se vinieron a bajo y de pronto todo se aclaró un poco.

—No sé de dónde vino la orden, no sé quienes saben la verdad o quienes solamente intuyen que podrías ser un arma perfecta, lo único que yo sé es que no pienso participar en esto y que voy a hacer todo lo posible para mantenerte a salvo.

Me agarré la cabeza.

—¿Ariel?

—Ya te lo dije, no estoy seguro de quién o quienes están detrás de todo esto.

—Entonces a ti no te importa...

—No me interesa aprovecharme de tu poder sea cual sea, jamás me importó ese aspecto de tu persona —se tomó un momento y luego siguió—. Yo no quemé tu departamento, no atacé a la familia de Gaspar, ni tuve nada que ver

con la muerte de Cristian.

Le agradecía a Dios en silencio por brindarme la posibilidad de oír esas palabras de sus labios, suponían un alivio sin igual.

—Entonces por qué...

—Tan solo quería que tuvieses suficientes motivos para odiarme. Dejé que creyeras que yo cometí todas esas atrocidades, todas las demás razones que te he dado para que me odiaras no han surtido efecto.

—Y Eva, ella...

—No sé cuánto sabes de ella...

—Gaspar me contó algunas cosas.

—A ella le entregué mi alma.

Asentí con la cabeza.

—Nuestra relación ha sido complicada desde el inicio... en este momento, por más que le pese yo ya he dejado atrás todo aquello. Ella me ha ayudado mucho en este último tiempo. Ha hecho más de lo que yo hubiese podido pedirle, está a mi lado desde que las cosas empezaron a descontrolarse, incluso de antes, recuerdas esa botella de Merlot que compré donde trabajabas, bien, se la envié a Eva por su cumpleaños; le guste a ella o no yo continuo intentando recomponer nuestra historia, no me interesa ni llevarme mal con ella ni odiarla, lo que pasó, pasó, no podemos vivir toda la eternidad discutiendo sobre cosas del pasado; los dos hemos cambiado mucho desde aquel entonces —soltó a toda velocidad, evidentemente necesitaba poner en palabras lo que sentía—. Eva ha demostrado que puede hacer las cosas bien si quiere, ella me ayudó cuando te llevé a mi casa de campo para alejarte de los demonios que te perseguían. Ella te salvó la vida, ¿no recuerdas aquella vez que una motocicleta con dos pasajeros se accidentó delante del local en que trabajabas, la que se subió a la vereda justo por delante de tu puerta y casi atropella a toda la gente que andaba por ahí?

Asentí con la cabeza. Me acordaba perfectamente bien, si cerraba los ojos todavía podía ver la sangre corriendo por la vereda a medida que se diluía con el agua de lluvia, y las marcas de pintura negra sobre las baldosas.

—Alguien te llamó por teléfono para advertirte que no salieras en ese momento.

Tragué saliva. Me acordaba de ese lluvioso día como si fuese ayer.

—Susana y Matías te esperaban en la camioneta.

Me dio un escalofrío. Vicente sabía muchas que jamás mencionó, demasiadas tal vez.

—Era ella al teléfono. Ella se aseguró de mantenerte segura dentro del local hasta que esos demonios se fueron.

Yo no había podido abrir la puerta... ¿Había estado Eva allí conmigo? ¿Pero por qué? Algún día tendría que darle las gracias.

—Gaspar no sabe qué pensar de ti ni de su hija —dije al cabo de un momento. Vicente ladeó la cabeza y miró a un lado.

—Decidimos no contarle nada para evitar que corriese todavía más peligro, Eva ha estado metiéndose en problemas por mi culpa, por ayudarme más de lo recomendable y eso implica hacer cosas que no debiera, cosas que la ponen en riesgo a ella y a sus allegados, es por eso que nunca dijimos ni una palabra a nadie. Todo este tiempo nos hemos mantenido alejados pero en ningún momento paramos de investigar.

—¿Investigar sobre mí?

Me contestó que sí con la cabeza y la mirada caída al piso.

—¿Y qué han averiguado hasta ahora?

—No mucho —admitió sacudiendo la cabeza otra vez sin mirarme; me dio la sensación de que me esquivaba igual que si yo fuese una maldición.

—Temías por mí y sin embargo me dejaste sola—. No pretendí que sonara a reproche, ya me importaba un comino esa parte de la historia, es decir, quería saber las razones de porqué pasó todo lo que pasó; mi intención no era recriminarle nada, solamente lo quería de regreso a mi lado.

—No me hizo feliz hacerlo —al decirlo me dedicó una mirada extremadamente vulnerable que hizo que el corazón se me encogiese—. No te dejé completamente sola—. Si lo que yo dije sonó a acusación, esto sonó a defensa.

—Estaba Lucas.

Vicente negó con la cabeza.

—No-, Lucas no tiene ni la menor idea de nada, es más, por todos los medios intenté alejarlo de ti.

Se me cortó la respiración, sus ojos y los míos se juntaron. ¿Sabía lo de Lucas? Probablemente sí. Me puse incómoda. ¿Estaba celoso, enojado? ¿Me perdonaría?

—No te hacía ningún favor al quedarse contigo —lanzó demostrándome molestia en su tono y también porqué no, en la sutilidad de sus palabras; él había sido siempre tan políticamente correcto, tan diplomático, tan conservador y estricto en ciertos aspectos.

—De no ser por él no sé que hubiese sido de mí—. Esperé que no se tomara

esto ni como un justificativo para explicar mi proceder luego de que él se fuese, ni como una acusación, era simplemente un hecho, algo conciso a lo que no podía dársele demasiadas vueltas.

—Prefiero no discutir eso —rumió esquivando los ojos mientras procuraba hacer lo mismo con mi cuerpo.

—Lo que pasó con Lucas... —solté ante la presión que se abalanzaba sobre mi pecho. No conseguía retenerlo a mi lado, por momentos me daba la sensación de que estaba otra vez conmigo y en otros su mirada y toda su reacción a mí, era un gran cubo de hielo.

—Me hubiese molestado menos si hubiese sido con cualquier humano —soltó. La espada me atravesó el pecho de lado a lado, no porque me sintiese culpable por haber tenido algo con otra persona mientras él no estaba (aunque no era cualquier persona y eso mismo era lo que a él le molestaba) sino por entender que era precisamente eso lo que al él le dolía.

—Él... —pude pronunciar una sola palabra de la frase que tenía en mente, pero Vicente no me dejó hablar lo cual me produjo una fuerte sensación de impotencia. Otra vez el hielo. Necesitaba que me dejara explicarme.

—Ya no importa —articuló en un tono glacial, pero se notaba que mentía.

—Sí, sí importa, claro que importa, todo esto fue muy fuerte para mí.

—No, yo no tengo ningún derecho sobre ti, no me interesa declarar soberanía sobre tu persona, lo nuestro se terminó y no va a volver a empezar.

Sentí como si mis venas se hubiesen quedado sin sangre, me dio un frío terrible. Abrí la boca, intenté decir algo; nada salió de mi garganta.

—Lucía es mi sobrina —entonó como si nada.

Una bofetada detrás de la otra —pensé.

—A eso me refería cuando dije que jamás te he dejado sola. Lucía y Rafael me han estado apoyando en todo esto.

—¿Tu sobrina?

—Es la hija menor de mi hermana Leonor; recuerdas que una vez te conté que volví a ver a mi hermana y a mis sobrinos, pues bien —se detuvo para aclararse la garganta—, cuando me reencontré con ellos no fue por motivos sociales, yo estaba trabajando, Lucía era mi misión. Así de espeluznante es mi vida. Seguro que no es eso lo que quieres para ti; te imaginas a ti misma haciéndole lo mismo a un pariente tuyo.

No, no me imaginaba a mi misma en una situación similar, pero todo a su tiempo, en este momento no era capaz de lidiar con eso también. Por otro lado... con razón los ojos de Lucía me causaban semejante impresión, ¡si eran

iguales a los de Vicente! ¡¿Cuántos otros secretos quedarían por desvelar?! Esto empezaba a parecerse a uno de esos largos libros de conspiraciones secretas que tienen en una trama de ramificaciones impensadas y de lo más retorcidas.

—Rafael es la pareja de Eva. Ambos son de confianza —explicó sin reparar en mi desconcierto y en la súbita debilidad que se apoderó de mis músculos, solamente atiné a procesar la información que me brindó: Eva estaba con alguien más.

Al cabo de un momento, hice una recapitulación en voz alta.

—Los mandaste a infiltrarse en mi vida... Lucía está ahora con Lucas.

—Ella los ha estado cuidando a ambos, Lucía tiene muchos poderes, los cuales en su mayoría casi todos los demonios desconocen y así seguirá siendo, su ayuda ha sido invaluable. No me agradó meterla en esto pero ella se ofreció y cuando algo se le mete en la cabeza —apretó los dientes, seguro que le molestaba que su sobrina fuese tan cabeza dura como él—. Espero que esto se acabe pronto.

—Tal vez no debiste tomarte tantas molestias por mí... si de todos modos piensas dejarme...—tragué saliva e intenté respirar, cada inhalación era como una cuchillada que se hundía en lo más profundo de mis pulmones.

Vicente se quedó mirándome sin parpadear.

—Me amas, no me amas, quieres mi alma, luego no la quieres... ¿Es que en todo este tiempo aún no has logrado comprender lo que sucede aquí? —Me encontraba al borde del quiebre.

Me contempló impávido.

—No puedo seguir siendo humana; o muero, o cambio —le expliqué con una agonía que me comprimía el pecho.

—Hay una tercera opción, ese es el camino que he seguido todo este tiempo.

—Tu idea implica que yo continué siendo humana y ya no quiero serlo, incluso si me libero de la persecución de los demonios y sus intentos de acabar con mi vida... Quiero cambiar y tú no tienes derecho a prohibírmelo. Te quedes o no, lo que yo decida sobre mi alma no es asunto tuyo.

—No pienso permitir que te conviertas en un demonio, ya te lo expliqué —soltó alzando la voz.

—No, no me explicaste nada, simplemente has estado dando las mismas vueltas que diste mientras estabas conmigo, jamás en todo este tiempo me has dicho la verdad y no me vengas con esa mierda de que yo no puedo saberlo todo —le grité—. Estoy harta de eso.

—Lo lamento, así son las cosas.

Sin ayuda de llaves, abrió la puerta e ingresó en la casa; lo seguí.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Pretendo terminar con lo que empecé —dijo sin darse la vuelta, sin detenerse—. Te sacaré de esto.

—¡No!

Se dio vuelta y me miró.

—Sí.

—No. Si eres un cobarde que prefiere huir de mí...

—No tiene nada que ver con eso —lanzó exasperado—. Mira, lo que intento hacerte entender es que por empezar, si cambias, si le entregas tu alma al diablo a cambio de nada, lo más probable es que nunca vuelvas a ser libre. Intentarán apoderarse de ti, de tu voluntad.

—Eso no lo sabes. No puedes saber lo que sucederá.

—Tengo experiencia en esto.

—Si me entrego a ti, serás tú quien decida sobre mí, los demás no podrán hacer nada al respecto.

—No quiero adueñarme de tu voluntad.

—¡Perfecto, no lo hagas!

—¡Eliza! —Me gritó, lo había sacado de sus casillas—. No es así de simple, ellos tienen sus medios para conseguir lo que quieren, el mandarme a mí por ti seguro fue uno de esos medios, uno de sus engaños. No vas a obligarme a participar en su jugada.

—Mi intención es hacerte entender que te quiero a mi lado.

—Entiendo eso, pero porque te quiero, he elegido no hacerte caso. Está decidido, cuando me asegure de que ya no corres peligro, me iré para siempre —. Dio media vuelta y se acercó a una pequeña mesita en la que había una lámpara, un teléfono y algo que parecía una agenda de tapas de cuero negro.

—Voy a volver a buscarte —solté frenando su paso.

Vicente se detuvo en seco, volvió a darse vuelta y me miró a los ojos.

—Si te encontré una vez, podré encontrarte dos veces. Sé donde vive Ariel, ya he estado en su casa, sé donde vive Lucas...

—¿Es una amenaza?

—¡Vicente, soy yo, la misma de siempre! —Grité desgañitándome la garganta —. No hay nada malo en ti, ni nada malo en mí.

—En ti no lo habrá nunca porque no pienso dejar que logres lo que quieres.

—Tienes razón, quizá los dos seamos realmente malos, supongo que no hay

nada mejor que un demonio para encontrar a otro demonio.
El rostro de Vicente se convirtió en una máscara de piedra.

—A donde planeo ir, tú no podrás llegar nunca.

Capté al instante a qué se refería.

—Estoy cansado, necesito que esto se termine y creo que por ahí afuera ronda alguien que tiene muchas ganas de enfrentarse a mí, es probable que acabe dejándolo ganar.

Empecé a ver destellos blancos delante de los ojos, iba a desmayarme. Inspiré hondo e intenté concentrarme en lo que acababa de decirme: había alguien más como él, es más, lo tenía identificado... yo también había oído de alguien así, ese alguien, ahora sabía muy bien, no era Vicente, ese alguien había quemado la cocina de la familia Salleses y había atacado a Leandro.

—No puedes hablar en serio.

—Será un adiós definitivo.

—¿Te das cuenta de lo que me estás haciendo?

—Lo lamento mucho, no me agrada hacerte sufrir.

Las lágrimas ya me corrían alegremente por el rostro. Que acabara conmigo aquí mismo, ya no valía la pena seguir, el mundo sin él ya no sería nada. Nada significaría absolutamente nada.

Me agarró una desesperación tal que creí que me moriría ahí mismo. Lo que hice a continuación fue un acto de desesperación, de miedo, de dolor y de un amor tan grande que ya no cabía en mí. Sin pensarlo, me arrojé hacia él, me colgué de su cuello y lo besé. En un primer momento él intentó desprenderse de mí, su negativa duró poco, la voluntad se le acabó más rápido de lo que yo supuse que duraría. Vicente me devolvió el beso, me besó como nunca antes. Liberé en ese beso meses de tristeza, una eternidad de extrañarlo y creo que él hizo lo mismo. Me colgué de su cuerpo y él me atajó en el aire por los muslos. Ya ninguno de los dos pensaba, solamente sentíamos. La casa había desaparecido, nuestro cuerpo habían desaparecido, tan solo quedaban nuestras almas, nuestro amor, la pasión que jamás habíamos dejado de sentir el uno por el otro, esa necesidad del otro que nos unió desde un primer momento y que nos mantendría atados por siempre, cualesquiera que fuesen sus planes o los míos. Nos zambullimos en un ritmo vertiginoso y ninguno de los dos demostró tener intenciones de aminorar el paso. No sé cómo, aterrizamos los dos sobre un sofá. Yo no había tenido tiempo ni me había preocupado por examinar la estancia, me importaba un rábano, lo mismo daba si nos encontrábamos en una pocilga o en un castillo, simplemente cualquier lugar a su lado era el mejor

lugar del mundo.

Mi cuerpo se transformó en masa incandescente. Mis manos no podían quedarse quietas y para mi felicidad, tampoco las de él. Entre tanto forcejeo nos caímos del sofá.

—Eliza —jadeó él y yo te tapé la boca con la mía, pero sus manos pronto lo ayudaron a liberarse de mí—. Un momento.

Hice oídos sordos a sus palabras, pero él con muy poco delicadeza me tomó por las muñecas y estampó mis manos contra el piso, se arrodilló a mi lado y alzó la cabeza, parecía un lobo intentando percibir un muy lejano aullido.

—Merodean por aquí cerca.

—¿Qué?

Sin darme una respuesta se levantó del piso. Al instante empecé a sentirme como la más idiota de las idiotas. Fue un momento de lo más bochornoso.

—Levántate —me ordenó—. Creo que saben que te encuentras aquí.

—¿Cómo?

—Nunca debí traerte aquí. Te dije que esto estaba mal, tú y yo... contigo no logro controlarme —me dedicó una última mirada y caminó hacia una de las ventanas que estaban casi en su mayoría cubiertas por unos pesados cortinados y echó un vistazo hacia fuera. Al instante su frente se llenó de arrugas de preocupación.

Todavía un tanto aturdida y con el corazón y el cuerpo fuera de control, me senté.

—Tengo que sacarte de aquí ahora.

Por dentro solté un insulto que le hubiese arrancado una gran sonrisa a Susana.

—No te das cuenta de que es inútil —dije al tiempo que me ponía de pie—. No importa dónde vaya o qué intente para escaparme de ellos, todo da igual, siempre me encuentran.

—¿Y crees que les va a ser más difícil llegar hasta ti si te conviertes en uno de nosotros? —me espetó enfurecido con ojos ardientes—. ¡Muévete!, te llevaré de regreso al departamento en el que te hospedas.

Que sorpresa, sabía dónde me estaba quedando yo; seguro que estaba al tanto de cada condenado paso que yo había dado en esta ciudad.

Como no demostré intención alguna de moverme de donde me encontraba, caminó hacia mí y me tomó por el brazo; me fue imposible evitar el agarre certero de sus dedos.

—Discutiremos esto en el camino —rugió.

—¡No! —me negué tironeando de mi brazo mientras hacia fuerza con las

piernas para evitar que me arrastrase-. No soy una muñeca de trapo, deja de llevarme de aquí para allá como si yo no tuviese voluntad.

—Hago lo que quiero —exclamó en un tono despótico que me hizo hervir la sangre.

—Y yo también- chillé empujándolo de mi lado—. Suéltame, quizás esos demonios estén dispuestos a negociar.

—No seas estúpida, nadie va a negociar nada contigo, les importa un cuerno lo que tú quieras o dejes de querer.

—¡A ti tampoco te importa!

—No, tienes razón, no me importa en lo más mínimo, y yo tampoco tengo intenciones de negociar contigo. Por el momento tu única opción es hacer lo que digo y se terminó—. Tironeó de mi brazo—. Si no caminas te cargaré—. Me dijo en claro tono de amenaza—. Si no nos vamos de aquí en este preciso instante ni tú ni yo tendremos posibilidad alguna de alcanzar lo que queremos.

—Lo dices para asustarme.

—Lo digo porque es la verdad.

A los cinco segundos de que nos mirásemos fijamente, me dio la desagradable sensación de que estaba hablando en serio.

—¡Bien! Pero suéltame, puedo caminar sola.

—No intentes nada estúpido —me advirtió antes de abrir su mano para liberar mi brazo.

—Según tú yo soy una estúpida, de modo que qué otra cosa podría hacer—. Lo fulminé con la mirada.

—Lamento haberte insultado, ahora, camina por favor.

Corrimos de vuelta al garaje, Vicente no se despegó de mi lado, me abrió la puerta del auto y luego de que entré en éste, la cerró por mí para finalmente correr hacia la puerta del conductor.

En el exacto momento en el que el motor del automóvil se puso en marcha, la puerta del garaje se abrió. Antes de que terminase de ponerme el cinturón de seguridad ya nos encontrábamos fuera del edificio. A una velocidad pasmosa, Vicente se metió entre el tránsito; en ningún momento dejó de mirar por los espejos retrovisores; yo también busqué algún vehículo sospechoso que pudiese estar siguiéndonos (no encontré ninguna moto negra, ningún automóvil impresionante con vidrios polarizados, pero quizá los demonios de Francia tuviesen gustos diferentes a los de Argentina a la hora de elegir medios de transporte terrestres).

De la nada terminamos en Champs Elises y su pesado tránsito. Hasta ese

momento había pasado más de cinco minutos sin que cruzásemos una palabra. Fue el primero en romper el compacto silencio que sin querer (al menos por mi parte) habíamos dejado crecer entre nosotros). ¿Cómo puede ser que dos personas que se quieren lleguen a esto? Humanos, demonios...tal vez no somos tan distintos si somos capaces de hacernos daño entre nosotros tan gratuitamente. Me dio algo de asco de mí misma, simplemente no podía entender las razones de Vicente para alejarme de su lado, me negaba a entenderlas y supongo que en cierto modo él actuaba del mismo modo con las mías, para quedarme a su lado.

—¿Por qué insistes con esto?, tienes el trabajo que siempre quisiste, en tus manos descansa la posibilidad de vivir una vida plena, de luchar por tenerlo todo. Condenarte no parece lo más razonable del mundo.

—Eso depende de qué entiendas por condena.

Me echó una mirada por el rabillo del ojo para luego concentrarse otra vez en el tránsito, a nuestra derecha circulaba un autobús lleno de turistas, mis ojos se cruzaron con los de una mujer muy blanca y rubia que llevaba auriculares en los oídos y una enorme cámara de fotos de aspecto muy profesional en las manos.

—No lo entiendes —le dije sin mirarlo.

—No, no puedo entenderte y tú tampoco me comprendes a mí, por lo visto, después de todo parece que realmente no tenemos demasiado en común.

Me dio un fuerte dolor en el pecho y unas insoportables ganas de llorar, de tristeza, de impotencia. ¿Lo habíamos perdido? ¿Ya no existía un él y yo? Me encogí en el asiento.

—Si tu amor es real, aléjate de mí y de los míos.

Sentí como si me asestase un golpe en el pecho. No bromeaba ni hablaba en vano, incluso, me miró a los ojos al hablarme.

—¿Por qué debo ser yo la que seda? No puedo vivir sin ti, de hecho lo que me ha mantenido viva hasta ahora desde que te fuiste fue la ilusión de volver a verte. Me pides que haga un sacrificio en honor al amor que siento por ti, pero qué harás tú por ese amor.

—Lo mejor que puedo hacer: desaparecer.

—No voy a brindarte una salva de aplausos ni tengo pensado quedarme mirando cuando camines hacia el patíbulo. Es ridículo que te emperres en conservar algo de mí que ya no existe.

—Si existe, todavía eres humana—. ¿Entonces por qué ya no me siento así?

—Cuando todos nosotros desaparezcamos de tu vida, volverás a sentirte igual.

—Eso no es cierto, de verdad crees que voy a poder seguir viviendo sabiendo que tú has muerto—. No lo pude evitar, se me llenaron los ojos de lágrimas, comprender que su intención era dejar de existir me desgarraba no solo el corazón, sino el cerebro también, el dolor de la mera suposición era tal, que ya no pude contener las lágrimas— Lo que pretendes hacer no soluciona nada.

—Te equivocas —dijo con un hilo de voz—. Además presumo que tarde o temprano ese será mi final, ya no cuento con el apoyo que contaba antes.

—Espectacular, entonces para ti la solución es darles el gusto antes de que ellos se lo den por mano propia.

—Al menos les voy a quitar el placer de matarme.

—¿Y qué dice Ariel de todo esto, qué dice Eva?

—Eva está dispuesta a apoyarme en cualquiera sea mi decisión, ella mejor que nadie me comprende, sabe lo que se siente ser responsable de aceptar un alma gratuitamente.

—¿Y Ariel? —insistí, apostaría todo a que Ariel no estaba para nada de acuerdo.

—Ariel no debió salvarme cuando lo hizo —se limitó a decir y yo no comprendí muy bien si esa frase implicaba algo más de lo que se veía a simple vista.

—Eres un egoísta.

—Piensa de mí lo que quieras, yo me iré tranquilo, sabiendo que tú estarás libre del peor castigo que haya existido jamás y confío en que tarde o temprano me olvides.

—Es insultante que me creas así de volátil, que subestimes así lo que siento.

—En el mundo de los humanos nada es para siempre.

—No te reconozco.

—Es que probablemente jamás llegaras a conocerme bien.

Lo tenía sentado a mi lado pero me daba la sensación de que se encontraba a cientos de kilómetros de distancia de mí.

—Después de todo el mal que te he hecho, renunciar a ti es la única solución

—entonó al tiempo que giraba el volante para acercarse al cordón, yo ni me había dado cuenta de en dónde nos encontrábamos; a unos pasos a mi derecha se alzaba el edificio en que Trueba tenía su glamoroso departamento.

Vicente giró la llave, el motor se detuvo.

Con la cabeza algo caída hacia delante inspiró hondo, su pecho se ensancho, seguidamente alzó la cabeza y me miró.

—Si no sales sola, estarás segura, no se atreverán a montar un espectáculo en mitad de unas de las ciudades más recorridas del mundo, y por el momento no cuentan con la impunidad suficiente como para meterse aquí y atacarte.

Eso no me hizo sentir ni más ni menos alivio, la verdad, me daba igual, pensar en el futuro... mejor dicho: ¿qué futuro? Sin él ya no existía el mañana. Qué iba a hacer yo si cumplía con su palabra, cómo iba a hacer para seguir viviendo, si en este momento, del solo hecho de que me apartase de su lado, apenas si podía respirar.

—No te preocupes, me ocuparé de resolver todo muy pronto.

Esta situación me parecía completamente inverosímil.

—Baja del auto, por favor.

Todavía no entiendo muy bien por qué, hice lo que me pidió, pero al pisar la vereda sentí que algo de mí volvía a rearmarse.

—No sé si voy a ser capaz de cumplir con la parte del plan que me toca llevar a cabo—. Le dije sosteniéndome de la puerta.

—Entonces no estarás cambiando por mí, sino por ti. Pero cuando llegues, yo no estaré allí, no estoy dispuesto a verte convertida en esto... —entonó con asco, hizo una breve pausa y luego continuó hablando —ya no serás a quién yo amé.

Me limpié las lágrimas. En vano, al acto volvieron a bañarme la cara en forma de mar.

—Es tu decisión.

El motor rugió.

Enfurecida, dolida, partida al medio y al punto de caerme por no ser capaz de continuar teniendo ganas de morir —ni amenazarlo con lo más desagradable surtió efecto—, azoté la puerta del auto. Al instante las cuatro gomas chirriaron frente a mí.

Vicente se fue de mi lado quemando llantas.

¿Qué?

No podía quedarme ahí parada llorando, no quería entrar en el departamento de Trueba en este estado. No quería que nadie me viera, lo que más deseaba en este momento es que la tierra me tragase... poder dejar de pensar y de sentir. Me eché andar y no pude parar de caminar, si un demonio se me cruzaba por el camino... bien, todo iba a terminar de todos modos, cómo, ya no tenía la menor importancia.

Un trabajo soñado, una vida en apariencia llena de cosas... eso ya no tenía valor alguno, nada despertaba en mí la menor ilusión, ni la ciudad más

romántica del mundo, ni la escultura más preciosa, ni la música más sublime, ni la risa más alegre, de repente el mundo se había vuelto hueco, gris, frío y completamente insignificante.

Caminé y caminé hasta que me perdí, hasta que las calles se volvieron menos luminosas, más reales. Se hizo de noche. Agotada, me senté en un banco y allí me quedé. El fresco de la noche me caló los huesos, el hambre se hizo sentir; mi boca seca tenía gusto amargo, mis ojos eran bolas ardientes y rasposas.

Vi que un automóvil pasaba por la calle que discurría frente a mí, pero no le presté demasiada atención, hacía rato que todo lo que se movía a mi alrededor parecía simple utilería.

Podría haberse sentado a mi lado el mismísimo Diablo que yo hubiese reaccionado del mismo modo: como una total nulidad. Estaba tan agotada, completamente desganada.

—Creí que te había perdido —me dijo una voz masculina en un tono muy suave. Su voz desprendía alivio y alegría—. Qué susto me diste.

Pese a que me sentía exhausta moví la cabeza y lo vi: Trueba. Me contemplaba con calma.

—Está bien, no necesito que me expliques nada, simplemente deseaba encontrarte sana y salva y así ha sido, ahora puedo volver a respirar tranquilo. Si hubiese sido yo misma no me hubiese echado a sus brazos del modo en que lo hice en ese momento, pero que Trueba me recibiese sin el menor reparo supuso un gran paliativo para la vergüenza que sentiría en cuanto volviese a ser yo misma y tomase conciencia de lo que me había llevado por delante todas las barreras jefe-empleada que se suponía debían existir entre nosotros para que cada cual guardase su lugar.

—No te preocupes —me susurró mientras me acariciaba la cabeza en un gesto increíblemente paternal—, muchas cosas buenas te esperan a la vuelta de la esquina. Yo te protegeré. Nunca nadie más se atreverá a hacerte daño. Te lo juro Eliza, en mí has encontrado a tu mejor defensor, al mejor guardián. Velaré por ti por toda la eternidad.

Esas palabras me hicieron abrazarlo todavía con más fuerza.

Trueba me apartó de su lado por un momento para cubrirme con un abrigo. Cuando volvió a abrazarme me levantó y guió hasta el mismo automóvil que yo había visto pasar: el suyo.

Fui todo el camino prendida a la solapa de su saco, muy cerca de su pecho, entré en el edificio del mismo modo, incluso, tendida en mi cama, no me solté

de sus manos.

22. El amor no duele, mata.

Dormí una enorme cantidad de horas y en ningún momento dejé de soñar con él. Ser torturada por su recuerdo desgraciadamente no supuso ninguna sorpresa.

Al despertar ese mediodía, en un lugar tan extraño y que me resultaba tan ajeno, como era el departamento de Trueba, me sentí desesperadamente sola, con unas incontenibles ganas de regresar a casa y pasarme una buena temporada metida en la cama de mi vieja habitación en la casa de mis padres.

Mientras daba vueltas en la cama sin conseguir juntar las fuerzas para levantarme empecé a preguntarme si no habría sido mejor morir ahogada en el río que circulaba por la propiedad de Vicente.

El amor no duele, mata, y si no que les pregunten a Romeo y a Julieta. Y yo que creía que esos tontos sacrificios solamente existían en los romances, lo mío me parecía todavía más patético, por ser completamente real y mucho menos poético. Era un verdadero desperdicio del que nadie sacaría provecho ni siquiera a modo de escarmiento, ya que yo no podía contarle una palabra a nadie sobre mi historia. ¡Advertencia, no enamorarse! —me dieron ganas de gritar—. No tiene el menor sentido, es una pérdida de energías y tiempo, después de todo, cuando se termina, de él no queda nada. Todo lo que creíste vivir y sentir se evapora así de la nada, en un parpadeo. No existe el amor inmortal, no hay nada que nos haga especial, que deje una marca por nosotros en la historia de la humanidad, somos simples entes que ocupan un espacio por un periodo de tiempo para luego desaparecer, morir. Incluso la vida eterna no cambiaría eso.

El amor arrasó conmigo, ya no queda nada de mí más que una cáscara resquebrajada. Fui envenenada y morí, mi espíritu, mi alma murieron, ahora solo falta que mi cuerpo los acompañe y así volveré a estar en paz.

Perdí otra batalla y supongo que también la guerra.

Hecha una piltrafa me levanté de la cama y así como estaba me arrastré hasta la ducha.

Mis ropas quedaron desperdigadas por el piso del baño.

El agua de la ducha arrancó de mis ojos un nuevo torrente de lágrimas que se mezclaron con la espuma del shampoo.

Me tomó una eternidad secar, desenredar mi cabello y vestirme; cuando estuve lista bajé, tenía pensado anunciarle a Trueba que renunciaba, que regresaba a casa para morir; bien, eso último de morir no pensaba decírselo. Pero pensar y planear no siempre sirve. En cuanto abrí la puerta de mi cuarto me encontré con Trueba parado frente a mí, con una mano en alto, listo para llamar.

Después de darme los buenos días, me preguntó si había dormido algo, le contesté que sí, pero no me molesté en explicarle que de todos modos continuaba tan agotada como a la hora de acostarme.

—Salgamos a comer algo, hace un día precioso— propuso procurando entusiasmarme con una gran sonrisa.

—Le agradezco, no tengo apetito, además... —tuve que hacer una pausa para rearmarme otra vez, sentía que el llanto se me venía encima—, necesito hablar con usted.

—Podemos hablar mientras comemos.

—No estoy de ánimos para salir—. Contesté. Mi voz sonó estrangulada, me estaba costando mucho contenerme pero no deseaba hacer una escena frente a él, con lo de anoche fue suficiente.

—De eso ya me he dado cuenta; la tristeza no es un fuego que precisa que lo aviven, se alimenta solo de cualquier insignificante recuerdo oscuro o triste, es por eso que te propongo que salgamos y busquemos objetivos más agradables en que enfocarnos.

—Voy a regresar a Buenos Aires, renuncio.

Trueba pegó los labios, alzó las cejas y se quedó observándome en el más profundo de los silencios. Al cabo de un rato soltó:

—No pienso aceptar tu renuncia y menos que menos pienso dejarte regresar a Buenos Aires. No tienes que darme explicaciones acerca de lo que sucedió ayer, ese es un asunto tuyo, un asunto que pertenece al pasado, hoy es el presente y como te dije anoche, muchas cosas buenas te esperan a la vuelta de la esquina.

—Yo no quiero...

—Silencio —exclamó fingiendo un reto; la verdad es que sus ojos estaban llenos de una ternura que yo nunca había percibido antes (este hombre era tan extraño)—. No pienso quedarme de brazos cruzados viendo que tiras tu vida por la borda. ¡No, de ninguna manera! Recoge tu bolso y acompáñame, es un orden.

—Señor Trueba, sé que sus intenciones son buenas pero...

—No estás muerta. Sea lo que sea que te sucedió, no es tu final, esto no

terminará contigo y tú lo sabes.

—Usted no tiene idea de lo que dice.

—No, eres tú la que no tiene ni la menor idea de lo que dice. Eres más de lo que crees, cuando lo reconocerás. Deja ya de compadecerte de ti misma y abre los ojos, mira lo que hay a tu alrededor. ¿Crees que naciste para penar por algo o alguien más? ¡No tienes derecho a rendirte y mucho menos a sacrificar todo por un simple aspecto de tu vida!

Me dieron ganas de explicarle que esto era más que un simple aspecto de mi vida; no me lo permitió, siguió declamando con ímpetu.

—Te aclaro que no soy de los que se rinden rápido, de modo que ni te esfuerces en discutir conmigo, no vas a ganarme la pulseada.

Se me escapó un suspiro.

Trueba me apartó de delante de la puerta y entró en la habitación, cuando me di vuelta lo vi recoger mi carterá del banco que estaba a los pies de la cama.

—Maravilloso, ya estás lista para salir —entonó colgándome la cartera del hombro—. El auto nos espera. Andando, lo que te mostraré iluminará tu día.

Renunciaría mañana, cuando lo sucedido anoche ya no fuese una excusa que el pudiese usar en mi contra para invalidar mi decisión de largarme.

El chofer nos sacó de París, de repente todo se volvió verde, verde y brillante; el paisaje era hermoso pero su energía no era suficiente para hacerme olvidar, nada me haría olvidar lo que iba a suceder.

La autopista se transformó en calle y la calle en un pequeño y pintoresco pueblito que acabó frente al paredón de piedra de una casona de campo que parecía una ilustración sacada de una película de Disney, de una de las viejas.

Un hombre llegó para abrir el viejo portón de hierro. El automóvil entró por un camino de grava blanca y antes de dirigirse al garaje que tenía toda la apariencia de en otra vida haber sido un granero o algo semejante, nos dejó a Trueba y a mí ante la florida entrada de la casa de piedra.

—Es una granja, aquí fabricamos quesos —me explicó sin que yo le preguntase nada—, unos de excelente calidad que ya probarás. Es un cambio de aire a tanto trabajo y a las oficinas de la ciudad, no te parece.

Lo que me pareció fue escuchar el mugido de vacas y los típicos sonidos de otros animales de granja.

—Todo lo que se fabrica aquí es artesanal—. Se acomodó el saco y miró hacia nuestra derecha, detrás de una franja de tierra en la que crecían hierbas aromáticas había un edificio de aspecto más moderno, muy grande—. Te

apetece un tour instructivo.

Yo no tenía ni ganas de moverme.

—Tal vez en otro momento—. Inspiró hondo y soltó el aire—. Ven, busquemos la canasta con la comida de la cocina y vayamos en procura de un buen lugar en el que sentarnos a conversar.

Rodeamos el edificio, una mujer nos esperaba delante de una angosta puerta de madera, con una enorme canasta en las manos. Nos saludo con corrección y nosotros le devolvimos el saludo; esa fue toda la interacción que tuvimos con la gente de la granja. Trueba me indicó el camino y lo seguí, hacia el sur, hacía unas verdes ondulaciones montañosas que no eran demasiado altas.

La meta fue una enorme piedra plana que haciendo las veces de terraza, tenía una vista magnífica de un valle suave espolvoreado de casitas, animales y vegetación.

Más por educación que por iniciativa propia, ayudé a mi jefe a extender la manta sobre la roca, una vez que esta hubo estado lista, recibió el contenido de la canasta. Varias botellas de vino tanto blanco como tinto, botellas de agua, mucho pan, fruta, unas cuantas piezas de queso, embases conteniendo aceitunas, embutidos, ensalada, unos huevos duros, manteca y una infinidad de cosas más. Comida de sobra para un festín. La excesiva cantidad de comida me recordó a mi madre, en este momento la extrañaba más de lo que nunca antes la hubiese extrañado.

Trueba descorchó una de las botellas de vino blanco y sirvió una copa para mí y otra para él. Chocó la suya con la mía para brindar.

—Por nosotros.

No me adherí al brindis, simplemente me limité a asentir en silencio.

Sin respirar me bebí la mitad del contenido de mi copa igual que si fuese agua.

Un insulto para cualquier *sommelier*, y sobre todo la el viñador, el cual se encontraba frente a mí.

—Disculpe.

—No te preocupes, lo único que puedo objetar es que me parece que antes de continuar bebiendo así deberías comer un poco.

Incomoda, no por sus palabras, sino por su actitud, bajé la copa.

—¿Tiene nombre? —curioseó así de la nada—. Pregunto si el responsable tiene un nombre.

Me quedé mirándolo.

—Soy capaz de reconocer la desilusión que provoca el mal de amores a kilómetros de distancia.

—Vicente, se llama Vicente.

—Bien, entonces... qué te ha hecho Vicente.

¿Además de arrastrar mi alma por el piso para luego pisotearla, además de tener planeado destruir el objeto de mi amor, o sea, a sí mismo?

—Cambio la pregunta, ¿no has aprendido nada de lo que viviste junto a él?

—Aprender...

—Incluso los más desastrosos ejemplos de persona que pasan por nuestra vida logran hacernos aprender algo, no siempre es fácil de encontrar, el conocimiento no se muestra siempre como una gran revelación caída del cielo, en ocasiones es algo que debes encontrar, muchas veces el conocimiento está dentro de uno mismo y esa persona lo único que hacer es quitarnos la venda que nos impedía verlo.

Parecía como si Trueba supiese exactamente de lo que hablaba, como si conociese a la perfección mi situación.

—Supongo que descubrir ese conocimiento cambiaría rotundamente toda la situación.

Trueba bebió y luego bajó la copa—. Y bien, ¿todavía no lo descubres?

Negué con la cabeza.

—¿Todavía piensas abandonarte?

No fui capaz de responder nada a eso, no tenía ni la menor idea de lo que iba a hacer.

—Mi intención es hacer que la gente sienta que tiene total permiso de hacer aquello que lleva oculto en su interior, no estoy hablando de convertir este mundo en un caos; creo que las personas deberían liberarse más a sí mismas. Tú te has estado reprimiendo todo es tiempo.

—No es tan así.

—Quizás no de un modo amplio, sí en un determinado aspecto, desde el día en que te conocí he comprendido que hay algo en ti que no quieres dejar salir.

—No tengo ni la menor idea de cómo sacarlo a la luz.

—Hasta ayer parecías decidida a enfrentarte a todo.

—Y así era.

—Te repito, todavía no estás muerta, quizá mañana lo entiendas. Esto no se acaba hasta que termina y aún no ha terminado. Lo que pasó ha sido solamente un doloroso revés pero queda tanto por delante. ¿No sientes curiosidad por descubrir lo que está por venir?

—Hasta ayer sentía que tenía una posibilidad, anoche me di cuenta de que no tengo armas para enfrentar la situación.

—Puedo darte una mano.

Eso me arrancó una sonrisa; no podía hacer nada por mí.

—Pongo todo lo que tengo a tu disposición.

—Gracias; no hace falta.

—Insisto. Sé que puedo hacer mucho por ti—. Ante mi silencio acotó—. Voy a hacer algo por ti, te defenderé de los que quieren dañarte, de los que quieren aprovecharse de ti. Existe otra vida además de ésta, y tú renacerás a ese nuevo modo de vida.

Por un momento sospeché que este hombre fuese más que un simple hombre de negocios; la verdad es que le daba al talle de perfección, encanto y poder, pero luego me dijo que si yo realmente amaba a Vicente y que si consideraba que ese amor valía la pena, que luchase por eso. Si fuese un demonio no me hubiese dicho eso.

No estaba entusiasmada ni nada parecido, de todos modos me quedé en París. No tenía miedo, no tenía porqué tenerlo, como dijo Trueba, “no se acaba hasta que termina”.

En cuanto tuve un poco de tiempo libre, es decir, cuando conseguí terminar con mi trabajo y cuando Trueba salió para ocuparse de un asunto privado, llamé a Gaspar, él era el único nexo que me quedaba entre mi mundo y el de los demonios, él era mi columna de apoyo.

—Pensaba llamarte —me dijo Gaspar una vez que intercambiamos saludo y que me preguntó si me encontraba sana y salva—. Acabo de hablar con Eva.

—¿Qué te dijo?

—Estoy al tanto de los planes de Vicente.

—¿De todos los planes de Vicente?

—También crucé unas cuantas palabras con él —dijo a modo de respuesta—. Puede o no gustarme, lo que haga con su vida es su decisión. Particularmente todavía no consigo entender qué es lo que pasa aquí; Vicente no hace más que dar explicaciones a medias, deliberadamente ha intentado enredarme. Cuando hablé con él no noté temeroso de todo, además intuyo que está muy triste y amargado. Ya no confía en nadie y está muy preocupado por ti... por tu futuro.

—Si realmente lo estuviese no seguiría adelante con lo que piensa hacer.

—Creo que lo principal aquí es ponerte a salvo a ti, de lo demás nos ocuparemos luego.

—No le veo demasiado sentido a eso, si lo que me espera es...

—Lamento mucho lo que te sucede, nunca hubiese deseado este final para ti o

para él.

Me pasé una mano por los ojos, la frente y el pelo y luego miré París a través del cristal de una de las ventanas de mi cuarto preguntándome dónde y qué estaría haciendo él ahora.

—Vicente asegura que no tuvo nada que ver ni con las muertes ni con ninguna de las tragedias que tuvieron lugar en mi entorno.

—Eva me aseguró lo mismo.

—Le creí—. Para más *inri*, creo que a esta altura nadie podía disuadirme de la idea de que Vicente hubiese preferido que las cosas fuesen muy distintas, y no me refiero a que él hubiese preferido no conocerme, sino que le hubiese gustado tanto como a mí, tener al posibilidad de compartir juntos toda la eternidad.

—Confío en mi hija.

—Entonces si no fue él, quién está detrás de todo esto.

—En nuestro mundo sobran sospechosos. Todos corremos peligro ahora, incluso los que creen que están a salvo. Las cosas han empeorado. Tengo entendido que conociste a Lucia, ¿no es así?

Recordé aquel momento, por sobre todo, la turbación que me causaron sus ojos, todavía no entiendo cómo no me di cuenta de que los unía algo más que el mero hecho de ser demonios.

—Así es, tuve la oportunidad de conocerla y además sé quien es.

—Ella desapareció.

Automáticamente la mala noticia me hizo propinarle un golpe al escritorio, las cosas que allí había se sacudieron amenazando con caerse. Pensé en Vicente, debía estar odiándose a sí mismo todavía más.

—Lucas ahora se encuentra solo.

—Ella estaba cuidándolo, Vicente me lo dijo.

—No te preocupes, intento hacerme cargo de él, desde lejos por supuesto; no le quito el ojo de encima. Espero poder mantenerlo alejado del desaguisado.

—¿Todavía te preocupa la influencia que Ariel pueda causar sobre él?—. A mí sí me preocupaba y mucho, Ariel comenzó a desagradarme en serio el día que me hizo presenciar el cambio del hombre que me llevó hasta su isla, y desde ese momento, a su calificación, se le sumaban únicamente dudas que ponían en tela de juicio sus intenciones y su carácter; ya no me parecía un padre comprensivo y preocupado como al principio, ese era un demonio todavía más difícil de desentrañar que Vicente.

—Más que nunca. Vicente no fue directo al hablarme de él, me dio la

sensación de que desconfía de Ariel.

Eso sí que era una novedad.

—¿Tiene razones para desconfiar de él?

—Ariel nunca fue santo de mi devoción. Si tiene algo que ver con lo que sucede, es más que seguro que no actúa solo. Las raíces de esto deben ser bastante más profundas.

—No suena bien.

—No, la verdad es que no; por lo pronto, el hecho de que estés lejos es una ventaja.

—Creí que pensabas que mi viaje aquí era una pésima idea ¿no era este un nido de ratas?

—Lo es, pero allí las cosas se hacen a la antigua, nadie puede hacer nada sin permiso de los que realmente tienen poder, y tramitar un permiso es algo lento, lo que quiero decir es que nadie te atacará de la noche a la mañana.

—Sí, pero al menos que Vicente me mintiera, no tienen prohibido rondarme.

—No, no hay nada que los prohíba acecharte, todos nosotros podemos andar libremente por la calle; no te tocarán por el momento—. Gaspar hizo una pausa—. Tengo a toda la familia trabajando para resolver esto.

—No me agrada la perspectiva. Quizá Vicente está en lo cierto, cuanto menos personas se vieses involucradas en esto, tanto mejor.

—Pueden defenderse perfectamente bien.

—Ya los atacaron una vez.

—Por eso mismo; puede que parezcamos una horda de salvajes pero nuestra sociedad tiene reglas que debemos seguir, y en todo este asunto ya se han roto demasiadas, algo me dice que Ariel o quien sea que está detrás de esto, no podrá seguir moviéndose con total impunidad como hasta ahora, deben ser concientes de que tarde o temprano alguien les pondrá un freno, si es que no se los pusieron ya, se ha armado un revuelo todavía peor desde la desaparición de Lucía, ella es especial, una pequeña joya.

—¿Cuando fue eso?

—El domingo pasado a la tarde.

—El mismo día que Vicente...

—Sí, lo sé. ¿Si es un castigo?, lo más probable es que sí, alguien se enteró de que Vicente es tío de Lucía y que ella estaba dándole una mano.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Nada... no arriesgarte.

—Demasiadas personas sufren y han sufrido por mi culpa.

—No fuiste tú la que causó este descalabro, Eliza.

—No estoy tan segura de eso, yo solamente quería ser feliz a su lado, quería hacerlo feliz a él.

—No sé qué responder a eso, lo único que puedo decir es que mi intención es solucionar todo para que Vicente no se vea en la obligación de acabar con su propia vida.

—En este momento ese resultado me parece imposible—. Por qué París relucía al sol y todo aquí dentro se veía tan oscuro.

—Todo es posible... nosotros existimos ¿no? —me preguntó forzando un tono alegre con el claro propósito de darme ánimos, y por qué no darse ánimos a él también—. Te llamo mañana, ¿sí?

—¿Serviría de algo que llame a Lucas?

—Esperaba no tener que sacar lo que voy a decirte, a colación, pero en este momento Lucas piensa que Lucía es alguien que Vicente envió para engañarlo y finalmente matarlo, eso es lo que le han hecho creer.

—¿Ariel?

—Ariel o alguien más por medio de él. No creo que quiera oírte, quedó muy dolido desde que te fuiste, es más, no le ha hecho ninguna gracia enterarse de que has visto a Vicente. Lo peor del caso es que esto parece un teléfono descompuesto, la verdad llega distorsionada.

—Ariel me odia —entoné más para mí que par él.

—Ariel siente aversión por todos los humanos en general —dijo él intentando tranquilizarme.

—Y por mí en especial —insistí—, no me quiere cerca de Vicente, lo sé, lo siento.

—Fuerza Eliza, en este momento tienes que demostrar que puedes ser fuerte. Yo sé que puedes.

—Me tienes demasiada fe.

—Soy un creyente consumado —bromeó.

Se me escapó una risita un tanto desganada.

—Por una de esas causalidades, no conoces a alguien que pueda decirme qué demonios hay de particular en mí, por lo cual terminamos en esta situación.

—Se supone que tanto Jan como yo somos de esas personas.

—Y tú no has visto nada, ¿es eso cierto?

—No, no pude verlo y esa es la verdad. Hay algo, pero no sé qué es.

—¿Y Jan?, lo sabrá él, no pudiste ponerte en contacto con él.

—Oficialmente Jan se ha tomado unas vacaciones de su trabajo, y nadie sabe o

puede decirme dónde está, eso es todo lo que he conseguido averiguar de él. Supongo que lo más seguro para él en este momento es que se quede en donde está, alejado de todo.

—Espero que esté bien.

—Jan es un hombre inteligente, me figuro que supo ponerse al cubierto.

Al segundo de cortar con Gaspar, llamé a mis padres, hable un buen rato con ellos y en todo momento procuré contener mi voz y mi ánimo para que no se diesen cuenta de la desazón que me embargaba, lo admito, con el tiempo me he convertido en una actriz consumada, no me hace feliz, pero mentir y engañar se me da cada vez con mayor facilidad, todo sea por mantenerlos alejados del infierno, ellos no pertenecen allí. Debía llevar unos diez minutos conversando con mis padres, cuando llamaron a la puerta. De a poco la noche caía y París comenzaba a brillar con luz propia. Me despedí de mis padres y fui a abrir la puerta, era el mayordomo de Trueba, luego de brindarme una respetuosa reverencia con la cabeza, me entregó un pequeño sobre.

—De parte del señor Trueba —me dijo.

—Muchas gracias.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches.

Cerré la puerta y avanzando hasta la ventana para encender la luz que estaba sobre el escritorio, fui sacando la hoja de papel que contenía el sobre.

Era una pequeña nota de Trueba, reconocí su letra, ésta era elegante, estilizada y sumamente prolija, igual que él.

*Eliza: te espero en Taillevente a las ocho para que cenemos juntos;
no puedes no venir (para que te sientas más obligada a salir del departamento,*

tómate esto como una orden de tu jefe).

El chofer pasará a recogerte a las siete treinta.

Aquí fuera hace una noche preciosa y te la estás perdiendo.

Afectuosamente.

E.T.

Doblé la nota otra vez y la apoyé junto al sobre, en el escritorio, lo que más me inspiraba en este momento ciertamente no era tener que ducharme y cambiarme para salir a cenar, menos que menos a un lugar tan refinado como

Taillevente; tampoco podía no ir, Trueba no se tragaría ninguna mentira que yo intentase poner como excusa para no ir, y si bien sabía que no iba a enojarse ni ofenderse, en cierto punto lo defraudaría y por alguna extraña razón de unos días acá mis sentimientos para con él habían cambiado, este hombre que era un total extraño me ayudaba desinteresadamente, se preocupaba por mí, no solo en lo que respecta al ámbito laboral, sino que además también se preocupaba por mí en lo personal. Desde que me encontró en ese parque sola y aturdida, nuestra relación cambió, me siento más cercana a él, más segura. Con cuidado de no dejar escapar nada que pueda suponer un peligro para él, le he contado muchas cosas de mi vida, cosas que nunca antes se me hubiese ocurrido contarle a nadie, desde asuntos familiares, desde como era yo cuando trabajaba en el local (también le hablé de Susana y de Matías), hasta de mis relaciones con Cristian y Vicente (por supuesto en estas dos historias he omitido importantes detalle, pero creo que logré que él captase la idea de aquello por lo que he pasado en este ultimo tiempo). Lo más agradable de todo es que esas conversaciones no surgieron forzadas ni porque yo me sienta en compromiso de contarle a él cosas de mi vida, sino por la confianza que me engendra. El despacho de Trueba se ha convertido para mí, tanto como para él, en nuestro refugio sagrado, un lugar privado en que podemos escondernos del mundo y conversar de cualquier cosa, sin vergüenza, sin reparo, mientras hacemos un párate entre medio de las toneladas de trabajo con las que luchamos a brazo partido cada día.

No, simplemente no podía dejarlo plantado en el restaurante. Me levanté de la silla, fui hasta el vestidor, escogí uno de mis nuevos atuendos de Chanel, con los que sabía no desentonaría en ningún aspecto (lo cual me hacía sentir infinitamente más segura, mi intención no era atraer las miradas, ni por lo mal vestida, ni por lo excesivamente producida; en un principio no me hizo gracia que Trueba me comprase ropa pero la verdad es que en este momento era un verdadero alivio tenerla), elegí un par de zapatos (también nuevos, a cuya compra no me había resistido tanto, los zapatos me encantaban), tomé ropa interior de uno de los cajones y luego me metí en la ducha. No contaba con demasiado tiempo, de modo que me di prisa, lo cual no sirvió de mucho, el dicho dice vísteme despacio que estoy apurado, bueno, es cierto, por pelear con la hebilla de un zapato me enganché una uña.

A las corridas, ya estaba tarde, tomé un bolso de mano, metí dentro mi celular y un par de cosas más y salí corriendo escaleras abajo.

Una vez en el auto, volví a quedar embelezada por París. Sin lugar a dudas este no parecía un nido de ratas, yo no conocía mucho de este mundo, pero estaba segura de que era una de las ciudades más lindas que podían encontrarse, si los demonios se habían instalado aquí hace siglos, era porque todos ellos tenían debilidad por lo bello y sublime, por los lugares con aire místico; tienen prohibida la entrada al paraíso, de modo que me figuro deben buscar constantemente, el lugar que a su modo de ver, más cercano les parezca a lo que el paraíso ha de ser. Eso debe ser lo que muchos demonios antiguos vieron en París, un milagro alzado por la mano del hombre como intermediarios de una fuerza suprema y poderosa que nos hace capaces belleza donde solamente había oscuridad.

Pensar de este modo, por momentos me confundía, si es que existe un dios, qué pensará de ellos, ¿de verdad están condenados al infierno por siempre? ¿Acaso no tienen derecho como todos, a una segunda oportunidad? No me engaño, se muy bien que a muchos de ellos no les interesa en lo más mínimo redimirse, pero, no somos todos susceptibles a cometer una equivocación tras otra. Nadie nace sabiendo de qué demonios se trata esto y algunos nos cuesta más que a otros descubrir el verdadero valor de la vida. Mi vida vale porque lo amo a él, porque sé que nosotros dos juntos podríamos marcar una diferencia, todavía no estoy muy segura de cómo, sin embargo presiento que así es y no entiendo porqué Vicente no se da cuenta de eso.

Tengo que averiguar que cuernos es lo que tengo dentro de mí, y cuanto antes, mejor. ¿Pero cómo?

Seguí a la recepcionista hasta la mesa de Trueba en uno de los sublimes salones del restaurante.

Trueba se puso de pie en cuanto me vio llegar, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—Esa es mi niña —me dijo mientras me daba un abrazo.

—No es que me volviese loca la idea de salir a cenar y menos a un lugar tan elegante —expliqué al tiempo que nos separábamos.

—Eso lo sé, te conozco. Lo que cuenta es que viniste.

—Ni se me cruzó por la cabeza dejarlo plantado—. Le dije y él me ayudó a acomodarme en la mesa—. Además tenía razón, hace una noche preciosa.

Trueba regresó a su silla y asintió sin dejar de sonreír.

—¿Le fue bien esta tarde?

—No exactamente, hoy me he dado cuenta de que estoy rodeado de ratas

mentirosas que están dispuestas a apuñalarme por la espalda—. Dijo, pero no noté enojo en su voz, sino cierto tono de resignación—. No sé de qué me sorprende —añadió en un suspiro mientras acomodaba la servilleta sobre su regazo.

—Lamento oír eso. ¿Cree que sea conveniente llamar a sus abogados?
Trueba soltó una suave risa.

—No, nada de eso, Eliza. De esto debo ocuparme en persona.

—Bueno, si puedo ayudarlo... cuente conmigo para lo que sea.

—Viniendo aquí ya me has ayudado muchísimo.

—No veo cómo, pero si usted lo dice...

—¿Has hablado con Vicente hoy?

La pregunta me descolocó. Se me cerró la garganta y me dio dolor de estómago.

—¿Se ha vuelto a poner en contacto contigo? —insistió.

Negué con la cabeza.

—No sé nada de él desde aquella noche.

—¿Crees que esté en París?

—Supongo que sí, la verdad es que no lo sé, ya le conté que él tiene una casa aquí y otra en alguna parte de la campiña, pero no tengo ni la menor idea de dónde.

—Me gustaría conocerlo.

Me quedé muda.

—¿Te molesta que quiera conocerlo? Sé que ustedes están separados, me contaste toda la historia y de todo corazón puedo dar fe de que tú lo amas, si te vieras...tu mirada cambia cuando hablas de él o cuando alguien lo menciona. Si lo quieres tanto es porque ese muchacho realmente se lo merece ¿no es así?

—El asunto es que él no lo ve de ese modo.

—Tal vez yo pueda convencerlo de lo contrario. Me dijiste que él cree que lo mejor para ti es que tú te alejes de él, pero yo te veo cada día y puedo dar fe de que a ti no te hace nada bien estar lejos de él, sé que serías una persona inmensamente feliz y mucho más completa si él estuviese a tu lado, ¿no es eso cierto?

Contesté que sí con la cabeza.

—Sí tú estás bien, y eres feliz, todo lo demás sería muchísimo más sencillo, eso lo sé.

—Así es.

—Todo el mundo saldría beneficiado con esa unión.

Ahora exageraba, pero lo dejé correr, de todos modos, ni él iba a conocer a Vicente ni esta conversación iba a llegar a nada.

—Huelo a terceros en toda esa historia; terceros a los que se le ha prestado demasiado oídos.

—Es probable que usted tenga razón.

Trueba se inclinó sobre la mesa.

—Cuándo te decidirás a tutearme, por momentos lo haces, y en otro te olvidas de lo que hemos pasado juntos y vuelves a tratarme de usted —se estiró y me dio unas palmaditas en la mano derecha—. Somos compañeros en esto.

—Claro Eleazar, es que no me acostumbro, me da la sensación de que es una falta de respeto.

—¿Qué falta de respeto podría ser si yo te lo estoy pidiendo? Llegamos a este punto, juntos. ¿Yo te tuteo, no? Bueno, es lo mismo. Todos nos merecemos el mismo respeto, nosotros además de tener una relación laboral nos hemos hecho amigos, eso implica respeto, tratarse de usted no significa nada aquí.

—Usted tendría que estar en un juzgado, se nota que es abogado.

—¿Te burlas de mí? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

Nos reímos juntos.

—Espero poder darte la oportunidad de que estudies todo lo que desees, este mundo esta lleno de cosas que aprender, el hombre y su sociedad es una inagotable fuente de estudios, el mundo en que vivimos también lo es. Podrías vivir mil años y nunca llegar a comprender, por ejemplo, cómo es que hay personas capaces de morir de amor, o de matar por amor.

Eso a mí no me parecía ningún misterio, era mi realidad.

—En fin, me agradecería mucho cruzar unas cuantas palabras con él, nosotros, cuando hablamos de hombre a hombre podemos entendernos mucho mejor.

Jamás se me pasó por la cabeza que el problema estuviese allí, en algo tan trivial como que podíamos no terminar de entendernos por ser de distintos sexos, sé que por lo general las parejas tienen ese tipo de problemas: las mujeres quieren analizarlo todo, a los hombres les molesta hablar, las mujeres quieren una familia e hijos, los hombres salir a tomar una cervecita con sus amigos... no, ese no es nuestro problema, esas diferencias son las que menos cuentan aquí, y las que mejor podrían sobrellevarse si fuésemos dos humanos comunes y corrientes.

—Dudas de que yo pueda sonsacarle la verdad —inquirió con una ceja en alto mirándome divertido.

—No, no es exactamente eso.

—Puedo ser muy persuasivo, además este asunto me tiene sumamente intrigado. Hay algo ahí que no me gusta nada, algo que no huele bien.

De pronto se me enfrió la sangre. Que no me haga más preguntas por favor—exclamé dentro de mi cabeza, Trueba no podía saber nada de eso.

Por un fugaz instante me pregunté si por el mero hecho de emplearme no estaba en problemas ya. Intentarían matarlo o comprar su alma, con qué podrían sobórnalo a él, a un hombre que lo tiene todo.

—Espero que vuelvas a verlo, quiero que las cosas entre ustedes se arreglen. Cuando lo veas, intenta convencerlo de que pase por mi despacho ¿sí?

Contesté que sí con la cabeza pero no tenía intención de llevar a Vicente a la presencia de Trueba; ni en broma; por otro lado: dónde se habría metido, qué estaría haciendo en este mismo momento; sé que me extrañaba tanto como yo a él, porque me amaba del mismo modo, de eso no me cabía duda.

El celular me despertó a las siete de la mañana. Yo estaba tan cansada y dormida que no era capaz de mantener los ojos abiertos. Por primera vez en mucho tiempo había dormido toda la noche de corrido y ahora que volvía a estar conciente, no recordaba haber soñado con nada en particular. ¿Podría ser que no hubiese tenido pesadillas?

El celular sonó otra vez, me negué a tener que abrir los ojos, quería seguir descansando.

—¿Quién es? —pregunté con voz de dormida. Girando sobre el colchón para darle la espalda a las ventanas, por los costados y entre medio de las cortinas se filtraba la luz del día.

—Eliza, soy Ana.

Error, las pesadillas no habían terminado. ¿Soñaba o estaba despierta?

—Lamento llamarte tan temprano, pero tenía que hablar contigo, tu padre me dio este número, ¿está bien que te llame a este teléfono?

Despegué los párpados y me refregué la cara.

—Sí, no hay problema. ¿Estás bien, sucedió algo? —súbitamente me entró remordimiento de conciencia, prácticamente la había abandonado. Tenía todo el derecho del mundo a despreciarme, a recriminarme mi falta de compromiso con mi palabra—. Te pido disculpas por no... —comencé a decir pero ella no me dejó terminar.

—No tienes que explicarme nada, no he llamado para reprocharte nada, me figuro que tienes tantos o más problemas que yo.

—¿Estás bien? —volví a preguntarle, la notaba extraña pero no estaba segura

de qué podía ser, quizá simplemente fuese que yo estaba dormida o que llevaba mucho tiempo sin hablar con ella, pero más allá de todo, intuía que si me había llamado a esta hora, a este número, por algo importante debía ser.

—Sí, me encuentro perfectamente bien.

—Qué bueno —comenté extrañada. ¿Qué había pasado con la investigación que pretendía montar para encontrar a los asesinos de su padre, y la los que la obligaron a dejar Buenos Aires?

Me quedé un segundo en blanco.

—¿Estás en París?— Igual que tú. Es una casualidad que terminásemos aquí. Anoche tuve una visita. Vicente me encontró.

Me dio un escalofrío.

—Estuvimos hablando por horas.

Fue desproporcionado, pero me dio celos.

—¿De qué hablaron?

—Me pidió que no te contase nada de su visita, sin embargo mantener secretos no me parece una buena idea, sobretodo en el estado en que están las cosas, la verdad puede ayudar a que nos salvemos. Por qué no nos encontramos en media hora, conozco un lugar en el que podremos hablar con total tranquilidad. Después de anotar la dirección que Ana me pasó. Salté de la cama y me preparé para salir. Antes de escurrirme por la puerta de mi cuarto para lanzarme en dirección a la escalera —el departamento todavía estaba en silencio—, eché un vistazo hacia el corredor, a mi derecha, al final del pasillo, estaba la gran escalera que subía hacia el tercer piso de la propiedad, allí estaba ubicado el cuarto de Trueba; en el tiempo que llevaba aquí jamás había pisado ni uno solo de los escalones que llevaban hasta allí.

La escalera estaba desierta.

Me colgué la cartera del hombro y salí corriendo.

Por el momento Trueba no tenía porqué saber sobre esto.

Llegué a la puerta sin cruzarme con nadie. Abajo, antes de salir, le dejé a Eleazar una nota en su despacho, avisándole que había salido a caminar un poco antes de empezar la jornada, le dejé besos, le agradecí por la velada y me comprometí a no regresar demasiado tarde.

Llegué al café un poco antes de la hora en la que habíamos acordado encontrarnos, Ana todavía no había llegado. Era un lugar bonito, no demasiado grande y concurrido, y sí lo suficientemente apartado de la zona más turística como para que no nos encontraran juntas de pura casualidad.

Debajo de sombrillas verdes y blancas que serían de suma utilidad cuando el sol comenzase a cobrar fuerza con el correr de la mañana, había mesas y sillas. Resultaba tentador escoger una de esas mesas afuera; pensándolo bien, esa elección no era la mejor para este momento en particular, quizá para otra vida, una libre de demonios y peligros mortales. Seguí de largo y entré, no era la única que madrugó esta mañana, muchas personas ya desayunaban allí. Tazas de café, diarios, computadoras, la gente vivía su día con total normalidad sin tener ni la menor idea de cuantas cosas impensadas guarda el mundo. Escogí una mesa a mi izquierda, se encontraba casi al fondo del local, en un rincón que me pareció bastante íntimo y privado, en la esquina, lo suficientemente cerca de la vidriera para tener sol, pero no en primera fila como para que todos los transeúntes nos viesan.

Tomé asiento; con la mirada recorrí el lugar, no detecté nada extraño o sospechoso. A los pocos segundos llegó una joven camarera de largas trenzas rubias y sonrisa amable, que luego de darme los buenos días, me entregó el menú, antes de siquiera echarle una ojeada, le pedí un café y me dispuse a esperar a Ana.

Estaba nerviosa, también tenía algo de miedo, últimamente las malas noticias eran cada vez peores y como ella no había querido soltar prenda por teléfono, suponía que lo que tenía para decirme era de carácter serio, y por lo visto, también urgente.

Abrí el menú y recorrí la lista de platos y demás bocadillos, nada me tentó, volví a cerrarlo y lo dejé sobre la mesa. Mis dedos se pusieron a tamborilear sobre esta, contando cada lento segundo que pasaba.

Afuera la calle de a poco se ponía cada vez más transitada. El sol iluminaba con más vigor. Una pareja entró de manos dadas, riendo y hablándose entre ellos en susurros cariñosos (imaginé que debían haber pasado la noche juntos, y por desgracia no pude dejar de sentir algo de envidia extrañando el despertar junto a Vicente); se ubicaron a dos mesas de distancia de mí, justo bien en el centro de la amplia vidriera. Aparté la mirada y volví a clavarla en el menú cerrado que reposaba bajo mis dedos.

Al poco rato la camarera apareció con mi café y me preguntó si deseaba algo más, le contesté en mi muy básico francés, que estaba esperando a alguien.

Ella asintió con la cabeza y me dejó para ir a atender a la pareja que recién había llegado.

Tomé la taza, la cual estaba muy caliente y me la llevé a los labios, antes de beber soplé sobre la superficie. El café era extremadamente fuerte y sabroso. Bajé la taza y alcé la cabeza, al instante mis ojos se toparon con el cuerpo de una mujer elegantemente vestida. Me atraganté por la sorpresa.

—¿Te asusté? —me preguntó Ana.

Negué con la cabeza.

—Buenos días —dijo y yo le devolví el saludo con la voz todavía rasposa—. Lamento la tardanza, no quería venir en mi automóvil y me fue difícil encontrar un taxi, ya a esta hora el tránsito es caótico.

—No hay problema —entoné mientras ella se acomodaba frente a mí, en cuanto se hubo sentado, llamó a la camarera que justo terminaba de tomar el pedido de la feliz pareja y se pidió un café solo, el más fuerte que tuviese.

Resultaba extraño tenerla así, frente a mí, después de todo lo sucedido, me sentía peor que una mentirosa, de hecho le había mentido descaradamente, y no solo eso, sino que además no había cumplido con mi palabra de ayudarla a encontrar a los responsables de todo este embrollo, en el cual ella se había visto envuelta por culpa de otros, en particular por culpa mía, es probable que Cristian tuviese parte de la responsabilidad, no estoy muy segura, todavía no tenía idea de qué era lo que él había hecho ni por qué había terminado envolviéndose con Ursula y por ende con Ariel, y no es que me crea el centro del universo, desgraciadamente tenía la certeza de que todo esto era por mí.

Se hizo silencio.

—Vicente me pidió por favor que no te dijese nada de esto, incluso intentó hacer que le prometiese que no te buscaría, pero le expliqué que no estaba dispuesta a callar; tú estas involucrada, no me pareció correcto mantenerte al margen, es más, creo que tienes todo el derecho del mundo a saber lo que me contó, además, si es como él dice, en ti se encuentra la respuesta. Creo que en este momento debe arrepentirse de haberme buscado.

Tragué saliva, la espera había llegado hasta aquí.

—¿Qué te contó Vicente?

Las dos sentimos a la camarera acercarse de modo que interrumpimos la conversación por un momento mientras ella depositaba delante de Anna, la taza de café.

—En cuanto lo vi supe lo que era. Me llevé un susto de muerte, creí que al final habían llegado a mí, es más, estaba segura de haberlo visto antes y eso

me dio más miedo todavía... justo cuando creía que los había dejado atrás, que ellos ya no tenían ni la menor idea de dónde o con quién estaba yo.

Si ella supiese lo que yo sé sobre esta ciudad.

—No suelo salir sola de noche, pero tenía dolor de cabeza y fui hasta la farmacia de la esquina a comprar... esperaba por mí en la puerta de mi casa. Salí corriendo; no le costó demasiado darme alcance, y mientras me tenía sujeta entre sus brazos no se cansó de intentar explicarme que no estaba allí para hacerme daño sino todo lo contrario. Por su puesto, al principio no le creí, solamente podía pensar en gritar, en pedir ayuda, pero la calle estaba desierta y nadie parecía oír mis gritos—. Ana se interrumpió un momento para beber un poco de café—. Con suma facilidad logró ponerme de frente a él, tapándome la boca me explicó quién era, además añadió que necesitaba hablar conmigo de algo muy importante, de algo que no podíamos discutir en medio de la calle. Me rogó que le contara todo aquello que yo supiera sobre las muertes de Cristian y de mi padre. Obviamente eso no bastó para que me convenciese de dejar de forcejear.

—¿Cómo te convenció?

—Diciéndome que él iba a pagar por todo lo malo que te había hecho a ti y a todos los demás, que antes de pudrirse en el Infierno iba a asegurarse de arrastrar con él a todos cuantos estuviesen involucrados en esto.

Me entraron unas insoportables ganas de vomitar.

—Debiste haber visto sus ojos cuando lo dijo. Inmediatamente se dio cuenta de que yo sabía que era verdad y me soltó. Me rogó que fuésemos a mi casa y acepté.

Me pregunté si Vicente habría sido capaz de algo más, aparte de hablarle con total sinceridad, para convencerla de que le permitiese acompañarla a su casa.

—Entonces: te preguntó qué sabías tú de las muertes de Cristian y tu padre.

—Le conté lo poco que sé y lo que tú me relataste.

—¿Y qué dijo él?

—Eso es lo más importante de todo—. Ana hizo una pausa, estiró su brazo derecho y... cuando apoyó su mano sobre la mía sentí que el mundo se me venía abajo, lo primero que percibí fue el intenso calor, el mal olor llegó a mi nariz una fracción de segundo después. Alcé la mirada y me encontré de frente con un rostro muy distinto al que había estado viendo hasta hacía dos segundos atrás—. Alguien se ha estado comportando pésimamente mal —canturreó el hombre en un tono empalagoso que me llenó de asco. Sus potentes dedos se cerraron alrededor de mi muñeca—. Fue más fácil de lo que esperaba—.

Entonó con una amplia sonrisa en los labios.

El miedo se intensificó en mi interior.

Intenté deshacerme de su agarre y me fue imposible, en el forcejeo la mesa se tambaleó un poco, y con ella las dos tazas de café y todo lo demás que había sobre la ésta.

—¿Dónde está Ana? ¿Qué le hiciste?

—Por desgracia esa mujer no tuvo el buen tino de largarse de la ciudad a tiempo, no fue Vicente quién le hizo una visita, sino yo. Es impresionante lo locuaces que pueden ser ustedes los humanos cuando de por medio hay un poco de dolor. De ser por ella me hubiese contado toda la historia de la humanidad con tal de que yo la dejase en paz; no hizo falta, la dejé tranquila en cuanto me contó lo que necesitaba saber. Por cierto, no deberías andar por ahí contándole ese tipo de cosas a la gente, estoy seguro de que sabes a qué me refiero... —sonrió— puede ser perjudicial para la salud de los demás.

Mi cuerpo se llenó de un odio furibundo y de un miedo aterrador, este demonio, fuera quien fuese sabía demasiado, es más, creo que estaba al tanto de absolutamente todo, lo había insinuado y todo me llevaba a suponer que así era.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Bruno, mucho gusto, Eliza —me contestó tal si nada sucediese.

El que no dejase de sonreír me volvía loca, tenía ganas de despellejarlo a arañazos, de lanzarle mi taza y su taza de café hirviente en la cara.

—Disculpa, no puedo decir lo mismo.

—No te preocupes, yo no esperaba que me recibieses con los brazos abiertos ni nada parecido, además tenía previsto que fueses a enojarte mucho conmigo al cabo de que yo te pusiese al corriente de qué tal están las cosas.

—¿Qué quieres? —le espeté sin dejar de intentar soltarme, no tenía ganas de armar un escándalo en un lugar público pero tampoco pensaba quedarme de brazos cruzados mientras él llevaba adelante quién sabe qué plan. Luego me pregunté si realmente estaría en un lugar público, si esas personas que ocupaban las mesas serían reales, demonios o un espejismo igual que el que me había hecho creer que quien yo tenía en frente, era Ana.

—Qué quiero, qué quiero —canturreó en tono soñador golpeteándose los labios con los dedos extendido mientras miraba hacia arriba—. Por desgracia no estoy aquí por lo que yo quiero —entonó bajando sus ojos a los míos; tiró de mi muñeca con tanta fuerza que mi codo se estrelló contra la mesa. Sentí

una descarga de dolor subiéndome por los tendones hasta el hombro, el brazo me quedó entumecido y se me contractura el músculo que va del hombro al cuello; procuré comerme todo lo que experimentaba en ese momento para no darle el placer de saber que tenía el control de la situación—. Tu eterno enamorado y tú se han pasado de la raya alevosamente.

—Lo que nosotros hagamos no es asunto tuyo.

—Eso es completamente cierto. Pero sí es menester de a quién yo debo respeto.

—Me tienen sin cuidado tú y todos los demás.

—Uhh, sí que tienes carácter —exclamó burlándose de mí—. ¿Cuántas veces crees que podrás meterte en asuntos que no te competen para luego salir ilesa? Por lo que he oído, en dos ocasiones has pasado muy cerca...

—¿A qué viniste?

—Baja esas ínfulas —me advirtió con el entrecejo fruncido clavando sus ojos en los míos—. Sabes una cosa, por lo general soy muy diplomático, pero contigo me está costando mantenerme dentro del marco de amabilidad y buen comportamiento. Ya me lo habían advertido y no les creí —con la mano libre, me apuntó con el dedo índice, el cual después sacudió muy próximo a mi cara—. Sí que tienes algo.

—El tuyo es un comentario muy poco original.

—Estoy al tanto de toda la historia. Me appena no haberte conocido antes, de mí no habrías podido escaparte.

Tragué en seco.

—Sabemos a la perfección cuales son los planes de Vicente.

Se me cortó la respiración. El demonio notó el cambio en mí, y sonrió todavía más abiertamente.

—Vicente Campo es un romántico empedernido, nunca debió vivir más allá del siglo en que nació, en esta época los sacrificios personales no se valoran tanto, mucho menos los que se efectúan en pos del amor, aunque permíteme decirte una cosa: tengo mis serias dudas de que nuestro muchacho en realidad sea tan romántico.

—¿A dónde quieres llegar?

—A Vicente no le importa su vida y ese craso error el suyo. Me pregunto cómo es que a algunos les cuesta tanto asimilar que realmente tienen el poder para situarse muy arriba. Definitivamente hay gente que recibe más de lo que merece. Ese fue un comentario personal —acotó—. Pero volviendo al tema: a Vicente no le importa su vida y por eso cree que puede hacer lo que quiere, no

tiene miedo de lo que pueda pasarle y por eso, se comporta como se comporta. Lo suyo ya es más que simple rebeldía, es insubordinación y esa insubordinación les molesta a unas cuantas personas.

—Déjanos en paz.

—Ohh, pero si yo no tengo nada que ver en esto —dijo poniendo cara de inocente, no soy más que un simple mensajero.

—Entonces termina de dar el mensaje de una buena vez y lárgate—. Tenía que contenerme para no ponerme a llorar de rabia, apenas si podía pensar. Ana... que le habían hecho; cómo se habían enterado de los planes de Vicente, qué querían... Apreté los dientes, inspiré hondo y parpadeé unas cuantas veces para ayudar a que mis ojos reabsorbiesen las lágrimas.

—Como quieras—. Hizo una pausa demasiado teatral y continuó—. Cuando vuelvas a verlo, estoy seguro de que volverás a verlo, dile que si en verdad le importas, que si sinceramente desde lo más profundo de su podrida alma, se interesa por ti, que deje de hurgar donde no debe, y que se retracte que seguir adelante con sus planes.

—¿Y por qué no se lo dices tú? —simulé valentía que no sentía.

—Algo me dice que el mensaje calará más profundo si tú se lo entregas. ¿A qué sí?— dijo con los ojos entornados.

—¿Quién te mandó a decirme esto?

—Vicente ya lo sabe.

—Todos ustedes no son más que un atado de cobardes.

—¿Eso crees? —preguntó divertido—. Veamos si esto te parece un acto de cobardía.

El súbito estallido hizo temblar el suelo debajo de mis pies, y con el la mesa, mi silla y todo el condenado local. Los dos amplios paneles de vidrio de la vidriera estallaron hacia fuera con una potencia descomunal. Fue algo indescriptible, fue como si el aire de repente se hubiese tornado tan denso y pesado que ya no cabía dentro del local y al expandirse arrasó con todo, en especial con las vidrieras. Volaron vidrios para todas partes. Una lluvia de cristales, polvo, mampostería, madera, porcelana y solo dios sabe qué más, cayó encima de mí, junto con el café de mi desayuno. La onda expansiva además me arrojó de mi silla. Oí un sonido similar al rugido de un animal solo que cientos de veces amplificado, los gritos, llanto llegaron una fracción de segundo después. Todo se puso negro. Las alarmas de varios automóviles empezaron a sonar. Experimenté dolor, mucho dolor, pero no puedo precisar dónde. El aturdimiento me impedía pensar.

Cuando abrí los ojos estaba en el suelo, caída sobre mi lado izquierdo, los oídos me zumbaban y no lograba oír nada más que ese zumbido. Delante de mi cara se alzaba el canto de una mesa, el piso estaba cubierto de una fina capa de polvo blanco, trozos de cristal, restos de porcelana de lo que una vez fuese la vajilla del café, azúcar y otras cosas más que no supe identificar y en las que preferí no reparar por puro terror a comprender lo que eran.

Me dio tos, los sacudones provocaron que el dolor se intensificase, sobre todo en mi espalda. Rastreando el dolor procuré identificar huesos rotos o heridas graves; no conseguí mucho, toda mi carne chillaba a causa de un profundo malestar. Moví las piernas y con ellas toqué, supongo que era una silla. Haciendo fuerza con el brazo que tenía contra el piso, me incorporé; mi brazo no estaba roto, pero al caer sobre él me había dado un buen golpe.

Me asusté un poco cuando vi mis manos apoyadas en el piso mientras hacía fuerza para sostenerme sentada, las tenía llenas de pequeños cortes que sangraban; al instante recordé que a lo primero que había atinado cuando oí la explosión, fue a taparme la cara; mis manos me habían salvado de terminar con muchas cicatrices, y quien sabe: quizá también de perder un ojo. Con suavidad, me pasé las manos por la cara, no noté sangre ni cortes. Presioné con los nudillos sobre mis orejas para intentar destapar mis oídos; moví la mandíbula para ayudar, no sirvió de mucho, o eso creí en un primer momento, algo seguía sonando, agudo e insistente, pero cuando el sonido se fue tornando cada vez más cercano y fuerte, me di cuenta de que ya no era un zumbido, sino una sirena, o para ser más exactos, varias sirenas; reconocí el particular sonido de los patrulleros franceses.

Llantos, pedidos de auxilio.

Miré a mí alrededor y no encontré otra cosa que devastación. Parecía que dentro del local había explotado una bomba pero podía dar fe de que no era así, aquí no había habido ninguna bomba, sino un demonio que ya no estaba, el cual evidentemente poseía un don que yo nunca antes había visto o experimentado.

Me alcé sobre mis rodillas y cuando me sentí segura, me incorporé sobre mis pies. Oí un chisporroteo eléctrico y como a agua saliendo a presión de alguna parte.

La pareja que había estado sentada cerca de mí en este momento se dirigían rumbo a la puerta, ella aferrada a la cintura de él, temblando como una hoja, vi sangre entre los desgarrones de ropa de ambos, pero dentro de todo, los dos daban la impresión de no correr riesgo de muerte.

Desde detrás de mí me llegó un llanto suave y quejumbroso. Me di vuelta y vi un montón de maderas, vidrios y restos de lo que habían sido las bandejas que contenían tortas y tartas que estuvieran dentro de una vitrina a plena vista para tentar a la concurrencia. Entre esos despojos, divisé tres dedos ensangrentados que se movían, hacia ellos me dirigí. No tengo ni la menor idea de dónde saqué la fuerza para apartar lo que debió ser el mostrador. La camarera que me había atendido estaba debajo de esa montaña. Cuando sus ojos se toparon con los míos se echó a llorar todavía con más fuerza, estaba en estado de shock; tenía un feo corte sobre el ojo derecho que sangraba profusamente y si no me equivoco, tenía la muñeca izquierda rota, a través de la fina piel se notaba que los huesos no ocupaban el lugar que debían.

Mientras ella se agarraba la mano rota con la sana, llorando sin parar, la ayudé a levantarse y la saqué del local. Afuera los destrozos no eran menores, había vidrios por todos lados y varios automóviles que estaban estacionados en la cuadra resultaron dañados, incluso las propiedades de la vereda de enfrente presentaban daños.

La policía ya estaba en el lugar, las ambulancias también. Alguien me arrebató a la camarera de las manos y otra persona, echándome una cosa plateada encima que crujía igual que papel, pero que evidentemente era mucho más resistente, me alejó de la zona de desastre ayudándome a esquivar sillas y mesas. Sin oponer resistencia me dejé guiar hasta una ambulancia. En ella había otras tres personas, también con cortes y golpes. Un hombre con gafas de protección transparentes, guantes azules y un uniforme de médico, se puso a revisarme y a preguntarme cosas, mientras otras dos personas cerraban las puertas de la ambulancia desde el lado de afuera.

El vehículo se puso en movimiento, cerré los ojos y me eché a llorar.

Desde un hospital parisino, con las manos vendadas, con tres puntos en la parte externa de la pantorrilla derecha de la cual me habían extraído un pedazo de vidrio de tamaño considerable, llamé a Trueba con mi celular, el cual había recuperado junto con mi cartera y mi campera antes de salir del café (uno hace las cosas más estúpidas e impensadas en momentos así, ni se me pasó por la cabeza que cada segundo demás allí dentro, mi vida podía correr más peligro, allí había una cocina, por ende gas, y yo en cuanto recobré la conciencia oí un chisporroteo eléctrico, el lugar podía haber explotado conmigo dentro y yo me preocupaba por no perder mis pertenencias).

Trueba estaba desesperado, al borde de un ataque de nervios, había oído sobre

lo que se presumía fue un ataque terrorista y temió por mi vida.

Tuve que soportar que me regañase por salir sola, pero no pude culparlo por gritarme, ya era casi mediodía y no había dado señales de vida, debía estar preocupado por mí, dejé dicho que regresaría temprano.

A los veinte minutos Trueba ya había pasado por mí.

Sin dejar de abrazarme me llevó hasta su casa y directo a mi cuarto, quince minutos después llegó un medico de su confianza y volvió a revisarme, recomendó una resonancia magnética como mínimo y que me tuviesen veinticuatro horas en observación en un centro de alta complejidad, el mejor de Francia, a lo cual me negué.

A regañadientes Trueba despidió al medico y todavía con menos ganas, accedió a dejarme sola. Al final, terminé por convencerlo de que no me iba a dar ningún ataque de nada y que estaba bien, me dejó en mi cuarto para descansar.

—Gaspar soy yo —prácticamente le grité en cuanto atendió el teléfono.

Gaspar no tenía ni la menor idea de lo sucedido aquí en París y cuando le conté se puso como loco, no comprendía como aquellos en cuyas manos había dejado mi cuidado no se habían enterado de nada, es más, no lograba entender cómo me habían perdido de vista así sin más. Según me explicó, alguien vigilaba la puerta del departamento de Trueba las veinticuatro horas del día y en ningún momento le habían informado de que yo hubiese abandonado la propiedad. Menos se explicaba cómo consiguieron mi número de celular, encontraron a Ana y se enteraron de lo que planeaba Vicente. El pobre de Gaspar estaba realmente sorprendido. En su voz noté un dejo de flaqueza que nunca antes había sentido, era como si estuviese descorazonado, como si hubiese perdido aquella fe que dijo tener. Sin duda estaba tan impresionado cuanto yo lo, por la impunidad con que estos demonios se manejaban.

—Tienes que regresar a Buenos Aries cuanto antes.

—Ya quedó claro que la ciudad en la que me encuentre es lo de menos.

—Entonces voy para allá, tengo que hablar seriamente con Vicente.

—Dame su número, yo lo llamaré.

—Es exactamente eso lo que ellos quieren.

—No me interesa darles el gusto, quiero hablar con Vicente, sin intermediarios, es hora de que comprenda que la situación no da para más.

—No es momento para tomar decisiones precipitadas.

—¿Decisiones precipitadas? ¡Ya no soporto esto Gaspar! Tengo que averiguar

qué demonios hay en mí. Ser como ustedes es la única forma de acabar con esto.

—No te has puesto a pensar que quizá Vicente insiste en no tomar tu alma por algo en particular, no se te ha cruzado por la cabeza pensar que es posible que lo mejor para todos, incluso para ti, es que nunca sepas cual es ese don que quienes están detrás de todo esto quieren. Si cambias serás de ellos.

—En todo caso de Vicente.

—Para el caso es lo mismo, Eliza, podrían controlarte por medio de él y técnicamente, serías suya, ya nada los detendría.

—Si hay algo tan fuerte en mí, es probable que pueda hacerles frente sin problema.

—No, no al menos al principio, los primeros tiempos del cambio son... —se interrumpió—. Buscaré ayuda.

—Hazlo, pero antes dame por favor un número en el que pueda ponerme en contacto con Vicente.

Gaspar se quedó mudo al otro lado de la línea.

—Te lo ruego.

Silencio.

—Gaspar, por favor —supliqué. Estaba al borde de quebrarme tanto físicamente como psíquicamente.

—Lo más probable es que siquiera te conteste.

—Si así se dan las cosas, ya veré qué hacer, por lo pronto permíteme intentarlo.

Pensé que no sucedería, pero al final, Gaspar me pasó el número de Vicente.

—Estamos en contacto, por favor, recuerda no apagar tu celular, ni te separes de él, si no me contestas cuando te llame literalmente mandaré toda la artillería pesada a París.

Me imaginé a sus hijos viniendo a la ciudad y me entró un frío en la sangre que me dejó lívida. Iba a terminar este día extenuada.

Prometí no desprenderme de mi celular y corté.

Estaba a punto de llamar a Vicente, cuando Trueba, sin llamar antes, abrió la puerta de mi habitación y asomó la cabeza dentro. Al instante noté que su rostro estaba desfigurado en una mueca de furia; los ojos le brillaban con un tinte incandescente, incluso su voz sonaba diferente, no parecía el mismo hombre tranquilo a cariñoso de siempre.

—Con quién hablabas—. Sus palabras sonaron cual descarga de ametralladora.

—Iba a llamar a mis padres —tartamudeé algo descolocada por su tono y por el ímpetu con el que me hiciera la pregunta.

Trueba terminó de entrar y cerró la puerta a su espalda. Noté que inspiraba hondo con la cabeza gacha, cuando la alzó otra vez, su rostro ya no demostraba tanta ira, estaba haciendo un esfuerzo porque no se le fruncieran la frente y el entrecejo, pero eso provocaba que se le marcaran arrugas en las patillas a los costados de la boca y a los lados de la mandíbula sobre el cuello.

—¿Pensabas contarles lo que te sucedió?

Qué otra cosa podía contestar más que: sí; obviamente no podía decirle que pensaba llamar a Vicente para contarle que un demonio del bando contrario había amenazado con matarme y que de hecho me había dado una muestra gratis de lo que podía sucederme mientras continuase siendo humana.

—No me parece una buena idea —empezó a decir al tiempo que se echó a caminar en dirección a mi cama—, los preocuparás en vano, además en la voz se te nota que no te encuentras bien, por qué no esperas a reponerte un poco para contarles lo sucedido. Ellos no pueden hacer nada por ti, y si se preocupan tanto por tu bienestar como yo, lo más probable es que su primer impulso sea tomar el primer vuelo hacia aquí que encuentren... y eso no vale la pena, estás bien y te repondrás pronto.

Me quedé contemplándolo sin saber qué decir, tenía toda la razón del mundo pero lo cierto era que yo ni pensaba llamar a mi madre porque tenía la absoluta certeza de que cometería una estupidez de proporciones semejantes a las que él acababa de referirse. A demás ni loca se me ocurriría guiarlos a mis padres directo a este infierno, ni Dios podría protegerlos de los demonios que me acechaban.

Bajé el teléfono y lo apoyé contra la cama con la pantalla para abajo.

—Sé que lo sucedido debe haberte alterado mucho, por qué no mejor, en vez de hablar por teléfono, te recuestas e intentas dormir un poco. El médico me dejó unas pastillas para que puedas descansar, Rita te las subirá en un momento; tomate una y cierra los ojos, para cuando despiertes yo estaré de regreso, y entonces, podremos conversar un poco sobre nuestras vidas.

—No quiero tomar nada, con los analgésicos que me dieron en el hospital ya fue suficiente, sé que voy a estar bien. ¿Va a salir?

—Sí, así es, tengo que encargarme de un cretino que se atrevió a poner sus manos sobre algo que es mío.

—¿Es algo de trabajo?, si quiere yo puedo ayudarlo más tarde, ¿quiere que llame a sus abogados?

Trueba me dedicó una sonrisa.

—¿De veras piensas que yo te permitiría levantarte de la cama en este momento, es que acaso no me conoces, Eliza? Este es un asunto de lo que debo ocuparme en persona, de lo que quiero ocuparme personalmente. Forma parte de un asunto que viene molestándome desde hace un tiempo, y quiero cortar por lo sano; tú me entiendes, no siempre se puede esperar que los demás solucionen todo por ti.

—Es cierto, pienso exactamente igual que usted—. Eso mismo planeaba hacer yo en cuanto me dejase a solas otra vez y por cierto, que se fuera me venía como anillo al dedo, quería estar libre para poder salir sin tener que dar explicaciones, es más que seguro que al él no le agradaría ni un poquito que después de lo que pasó esta mañana, decidiese salir a dar una vuelta por ahí, y para peor, sin especificar dónde pensaba ir.

—Regresaré pronto, esa alimaña no me quitará mucho tiempo.

Me dio ganas de decirle que se tomase todo el tiempo que quisiese pero mantuve la boca cerrada.

Trueba rodeó la cama hasta llegar a mí, se inclinó y me estampó un beso en la frente. El contacto de sus labios contra mi piel me provocó una sensación extraña, algo que nunca antes había experimentado, no fue nada desagradable sino todo lo contrario, sentí como si hubiese hallado algo a lo que podía permanecer aferrada por siempre, no estoy segura de cómo ponerlo para que se entienda, fue como encontrar una cosa que en realidad siempre hubiese estado allí, como encontrar una parte de mí misma que hasta ahora no sabía que tenía. Me quedé dura. No puedo asegurar a qué se debió a mi reacción, pero Trueba permaneció sobre mí más tiempo del requerido. Sentí su respiración agitarse sobre mi cabello. Sus manos me acariciaron los costados del cuello lentamente para luego soltarme.

Cuando sus labios se despegaron me sobrevino una insoportable sensación de rechazo hacía él, tanto es así que me dieron náuseas y experimente sobre la frente y a la altura de la nariz una sensación similar a la que se tiene cuando se ingiere algo demasiado dulce, o grandes cantidades de un dulce. Me estremecí. Se me nubló la vista y tuve que cerrar los ojos. Todo me daba vueltas.

—Eliza, qué te sucede.

Si abría la boca vomitaba. Negué con la cabeza y me llevé ambas manos a la cara.

—Llamaré al médico.

Estiré una mano y sin siquiera mirar, atrapé al vuelto una de las suyas. Los dos

nos quedamos quietos y mudos por un momento.

—No hará falta —dije soltándolo—, fue un mareo, nada más, estoy bien.

—No te hará ningún daño que el doctor efectúe unos estudios.

—De veras estoy bien, además usted tiene cosas más importantes de las que ocuparse.

Trueba se quedó pensativo mirándome fijo por un momento.

—Regresaré pronto, si necesitas cualquier cosa, lo que sea, llama a cualquiera de las muchachas y si necesitas que yo regrese, llámame a mi celular, volveré corriendo.

—Gracias... nunca voy a poder retribuirle lo suficiente a cambio de lo que usted me ha dado.

—Deja de decir tonterías, quieres, estás aquí, y por eso estoy en deuda contigo. No te bajes de la cama, ¿sí? Pide lo que necesites, la única forma de justificar la presencia de todas las personas que trabajan en esta casa es sirviéndote a ti.

Vaya exageración, este hombre sí que es un bicho raro, dicho en el mejor sentido, claro. Todo con él y alrededor de él era sumamente especial, el contacto de sus labios contra mi frente había sido especial, distinto, tenía la sensación de que él había logrado mover o descubrir un secreto que se hallaba oculto en mí, y no veía la hora de estar frente a Vicente para ver si yo estaba en lo cierto, si realmente ese algo había salido a la luz, ¿podría ser que así fuera sin que yo notase en mí, tener una cualidad diferente o extra a mis capacidades normales, a mis cinco sentidos?

Sin querer apretujé el celular dentro de mi mano derecha. Necesitaba desesperadamente marcar el botón de “send”, el número de Vicente ya estaba impreso en la pantalla.

—Pasaré a verte cuando regrese —me dijo antes de despedirse de mí.

Trueba cerró la puerta. Conté hasta tres, levanté el celular y llamé a Vicente, mientras esperaba que me respondiera salté de la cama y me puse a buscar mi zapatillas para volver a calzármelas, hubiese sido conveniente que me cambiase de ropa, ya que la parte baja de mi jean estaba rota y manchada de sangre, pero eso significaba perder demasiado tiempo.

Encontré ambas zapatillas antes de que Vicente dijese hola.

—Necesitamos vernos ahora mismo y me importa un cuerno si quieres o no. ¿Nos encontramos en alguna parte o pasas por mí?

Me figuro que mi tono fue lo que no le dejó lugar a réplica, o quizá fuese que ya estaba al tanto de todo, Gaspar había tenido tiempo suficiente para llamarlo

antes que yo, gracias a la inesperada visita de Trueba. Acordamos que en cuanto llegase a mi puerta me llamaría al celular para que yo bajase a reunirme con él.

Salí a la terraza y vi a Trueba subirse en su coche para luego partir. En mis manos sostenía el celular deseando con ansia que llegase lo antes posible.

Cuando el aparato sonó un par de minutos más tarde, di un salto, su número apareció en la pantalla.

—Estoy abajo —anunció.

Me asomé para abajo y vi, estacionado en la vereda de enfrente, el mismo automóvil con el que me había traído hasta aquí la otra noche.

Milagrosamente, por segunda vez en el día, logré escabullirme sin que nadie me viese.

Luego de mirar hacia un el lado en que venían el transito, atravesé la calle corriendo.

Vicente no se bajó para abrirme la puerta ni nada, pero la falta de atenciones me tenía sin cuidado, tranquilamente podíamos dejar las galanterías para otro día.

Puso el motor en marcha sin que siquiera nos hubiésemos dicho hola. Pero a la hora de la verdad, fue él el primero en abrir la boca, Gaspar se me había adelantado.

—Me figuro que ahora comprendes que lo que planeabas hacer no tiene sentido, para ellos lo mismo da si permaneces a mi lado o no.

—Eso no es cierto.

—Deja de ponerte en peligro tontamente.

—Lo mismo digo.

—Vicente no seas insensato.

Vicente volanteó y prácticamente tiró el auto en la ochava de una calle muy poco transitada.

—¡Ellos te quieren a ti y yo no pienso entregarte en bandeja de plata! —me gritó dándome un susto de aquellos—. No pienso permitir que se salgan con la tuya, pueden intentar llevarse al mundo por delante pero no te pondrán las manos encima. No me digas que es ridículo, no intentes minimizar lo que estoy haciendo, sé perfectamente bien que tú harías lo mismo por mí, eso me asusta, pero al mismo tiempo tengo la certeza de que comprenderás perfectamente que no puedo dejar que nada malo te pase. No quiero que nada malo te pase —repitió más calmado—. Te amo. ¿Puedes entenderlo? Te amo y no voy a permitir que corrompan lo único bueno que por alguna razón me he ganado en

esta vida.

Fue su turno de cerrarme la boca. Se me encogió el corazón. ¡Por Dios, cuanto amaba yo a este demonio y cuanto me amaba él a mí! Este sentimiento era inmenso y desgarrador.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro sin parpadear.

Vicente extendió sus manos y tomó entre ellas las mías, bajó la cabeza y con sumo cuidado, acarició los vendajes con las yemas de los pulgares.

—Haré que paguen por todo el daño que te han hecho.

—No es preciso que me vengues, no quiero que por mi culpa te echés otro peso encima, ya tienes suficiente con lo que has pasado, olvídate de ellos — con los dedos me aferré de sus manos—. Te suplico, por lo que más quieras, olvídate de ellos por un momento, piensa en nosotros, imagina lo que podríamos tener cuando todo acabe—. Alcé una de mis manos hasta su cuello —. Tengo la certeza de que también has pensado en eso alguna vez.

—Fantaseaba, es todo... al principio creí que solamente se debía a que tú eres humana y yo un demonio; más motivos han surgido para que me convenza de que nunca podré tenerte. No me malinterpretes, es que simplemente no puedo parar de amarte, no me canso de amarte... eso es lo que me impulsa a protegerte.

—Es exactamente así como me siento yo, te entiendo, pero entiéndeme tú a mí, cómo esperas que me quede de brazos cruzados viéndote morir—. Negué con la cabeza; se me nubló la vista, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Tampoco lo soportarías si fuese a la inversa. No me preguntes cómo, sé que dará resultado, sé que sea lo que sea que llevo dentro de mí, podré controlarlo — antes había mentido al respecto, pero hoy, ahora, estaba segura de eso—. ¿Lo ves? —le pregunté con la esperanza de que pudiese divisar lo que yo sentía fluyendo por debajo de mí piel.

Vicente se quedó observándome fijo.

—¿Qué es? ¿Lo ves? ¿Sabes qué es? Dímelo —imploré.

Un teléfono se puso a sonar, tardé en darme cuenta de que no era él mío.

—Por qué tuve que enamorarme de ti —susurraron sus labios muy cerca de los míos.

No lo dijo como si se arrepintiese de haberme conocido, sino con su clásica culpa de siempre, él no podía dejar de creer que había arruinado mi vida y no se dejaba convencer de lo contrario.

El teléfono volvió a sonar.

Vicente se deshizo de mí, para acto seguido extraer del bolsillo interior de su

chaqueta, un celular.

—¿Sí?

Sentí la voz del otro lado de la línea pero no puede determinar si era femenina o masculina y mucho menos, comprender lo que decía.

—¿Cuándo? —soltó él al tiempo que su frente se llenaba de arrugas—. Voy para allá ahora mismo —dijo dejando el celular entre su hombro y su cabeza para que las manos le quedasen libres y así poder sostener con una el volante, y con la otra girar la llave dentro del encendido. El motor rugió—. Ella está conmigo —una pausa, en la que se quedó escuchando lo que le decían, mientras tanto espió por el espejo retrovisor de su lado y sacó el auto de la ochava. Subió un cambio tras otro—. No, no, mejor no, yo me encargo. Sal de la ciudad cuanto antes, te llamaré en cuanto sepa algo.

Se me hizo un nudo en el estómago, quedaba claro que algo malo había sucedido o estaba sucediendo.

Vicente se tomó el celular con la mano derecha, sin mirar cortó la comunicación y arrojó el celular en el espacio que quedaba detrás de la palanca de cambio; metió un cambio más, íbamos casi a cien kilómetros por hora, en medio de la ciudad, esquivando otros vehículos a un ritmo vertiginoso.

—¿Qué pasó, a dónde vamos?

—Alguien se me adelantó.

—¿De qué estás hablando?

—Era Eva al teléfono... Alguien se ocupó de hacer justicia.

—Todavía no entiendo de qué hablas.

—El demonio que causó la explosión en el café.

—¿Qué hay con él?

—Su cuerpo quemado cuelga sobre el río desde uno de los puentes más concurridos de toda París.

—¿Cómo?!

—Tengo que verlo con mis propios ojos.

—Para qué... me refiero a que si es él... —me llevé una mano a la boca, tenía el estómago revuelto—. Cómo saben que es él.

—Eso mismo quiero ver.

—¿Ver? Si lo quemaron cómo harás para... —no pude terminar la frase, sentí que los jugos gástricos me subían por la garganta—. No tengo intención de ir hasta ahí para reconocerlo, si Eva te dijo que es él, yo confío en su palabra.

—No tendrás que ver nada, creo que yo conozco al demonio que te atacó esta

mañana.

—¿Conocías a ese tal Bruno?

Vicente casi se desnucó por mirarme.

—Entonces sí era él.

—¿Quién era, de dónde lo conoces

El tránsito se frenó delante de nosotros.

—Salgamos del auto, estamos a menos de una cuadra.

—Pero...

Vicente no me hizo el menor caso, el tránsito estaba completamente parado, y él, así de la nada, se bajó del auto para luego azotar la puerta. Lo seguí al instante. Me encontré con él sobre la vereda. Los parisinos tocaban bocina, algunos se habían asomado por la ventanilla y gritaban, otros discutían con sus celulares haciendo gestos malhumorados a causa del tránsito que no se movía. Me agarró de la mano y juntos nos echamos a correr en el sentido en el que el tránsito debía moverse. Tenía razón, no faltaba más de una cuadra para llegar al puente. Los curiosos eran los responsables del taponamiento de autos, una multitud copaba el puente.

A Vicente no le costó demasiado empujar a la gente que se amontonaba sobre el lado izquierdo del puente y el peso de mi cuerpo dando tumbos detrás de sus pies tampoco le supuso un lastre significativo. Cuando menos me di cuenta ya habíamos llegado al centro del caos. Olía a quemado, a podrido. El olor era tan nauseabundo que resultaba obvio que aquello no era natural; no entendía cómo es que la gente no se daba cuenta de que esto no era normal.

Me tapé la nariz con las manos.

Vi la soga atada a la balaustrada, era gruesa y tenía aspecto de ser muy nueva, no soy demasiado impresionable pero no me animé a asomarme para afuera. Lo que colgaba al extremo de la soga era un demonio, de eso no me cabía la menor duda.

Vicente me soltó, y apoyando las manos sobre el borde de la pared, se asomó hacia abajo.

A nuestro alrededor la gente no dejaba de comentar, todos parecían horrorizados, era pleno día y alguien había colgado a un hombre quemado del puente, ¿cómo lo consiguió sin ser visto?, ¿sería un ajuste de cuentas o simplemente un asesinato de lo más macabro? ¿Por qué así, por qué aquí? Vi que al menos tres personas sacaban sus celulares, debían estar llamando a la policía supongo.

Yo no podía pensar en otra cosa que no fuese largarme de ese puente, el olor

me repugnaba; era demasiado para un solo día.

—Es él —soltó Vicente apoyando otra vez toda la planta de los pies sobre el puente.

—¿Estás seguro?

—Completamente, es Bruno—. Vicente me tomó de la mano, sentí su piel ardiendo sobre la mía, se me puso la piel de gallina y empecé a tiritar—. ¿Estás bien?

No, no me sentía bien. No fui capaz de articular palabra.

—Te estás poniendo cada vez más pálida.

En efecto yo podía sentir con total claridad, cómo lentamente se me escurría la sangre del cuerpo y se me iban las fuerzas.

El olor se tornó insoportable para mí.

—No es buen momento para que te desmayes —le oí decir. Su voz sonó lejana.

¿Por qué? —fue lo único que atiné a pensar.

—Tengo que sacarte de aquí ahora mismo.

Vicente me colgó se su hombro derecho y yo, sin reacción, le permití que me arrastrase lejos del cuerpo quemado, pero pese a que nos alejábamos apartando a la gente a empujones, el olor continuaba intenso, quizá más concentrado que antes.

—¡Alto! —dijo una voz.

¿La policía?, pero si yo todavía no he oído ninguna sirena. Un momento, quien nos dio la señal de alto hablaba castellano.

Los pies de Vicente derraparon sobre el empedrado del antiguo puente, a mí las rodillas me fallaron. Alcé la cabeza y lo vi, el olor, era insoportable, vomité y desgraciadamente, me desmayé.

24.

Las doce sillas.

Lo primero que sentí fue el húmedo frío que me transmitía aquello sobre lo que me encontraba recostada y que traspasaba mi campera de cuero y mis pantalones de jean. Era una superficie dura, áspera, parecía hielo. Me costó mover los dedos de las manos, los tenía entumecidos y helados, al igual que el resto del cuerpo. Mi cuello y hombros estaban tensos y en cuanto intenté mover la espalda para incorporarme, se me escaparon las fuerzas; creí que iba a desmayarme otra vez. Así, con los ojos cerrados, me tomó cinco largas y

profundas respiraciones, recomponerme. Estiré los dedos de las manos y palpé el suelo con las yemas; era roca, fría y extremadamente húmeda.

Abrí los ojos, pero no conseguí ver nada, la oscuridad era absoluta. Nunca antes en mi vida había experimentado la completa ausencia de luz, fue peor que continuar con los ojos cerrados; tener los ojos abiertos, intentar enfocar y no lograr ver nada resultó un tanto desesperante, además, claro está, esto no era una buena señal. ¿Dónde me hallaba, qué había sucedido? ¿Dónde estaba Vicente?

Ayudándome con una mano, tanteando con la otra para no golpear mi cabeza contra nada, me incorporé. La cabeza volvió a darme vueltas; esta vez el malestar se disipó de forma rápida.

Llamé a Vicente y por única respuesta obtuve el eco de mi voz; por lo que adiviné que debía encontrarme en un lugar muy amplio, o con un techo muy alto, y seguramente, también vacío.

El dolor de cabeza dio comienzo luego de que una sensación similar a que me atravesasen el cráneo con un hierro caliente, desde la nuca hasta la frente, me atacase así de la nada. Me llevé ambas manos a la frente, allí se concentraba el dolor ahora, y solté una maldición. Las náuseas volvieron.

La cabeza me dolía tanto que tardé en reconocer el fortísimo vaho que me llegaba a la nariz por medio de una corriente fría, desde el lado derecho de mi cuerpo. Abrazándome a mí misma, giré sobre el piso encogiendo las piernas, tenía miedo y sabía que esa era la reacción más saludable con la que mi ser podía responder.

Algo muy malo sucedió —me dije a mí misma, lo sentía en mi corazón, y la oscuridad que me rodeaba era prueba de ello, la muerte de Bruno era solo el principio de algo mucho peor. Me dio un escalofrío que me hizo estremecerme de pies a cabeza; me eché a temblar.

El mal olor se intensificó todavía más, era horrible y no me dejaba pensar.

Cuando sentí que se me aflojaba la espalda, intenté apuntalar el peso de mi torso y cabeza sobre los brazos, pero mis hombros no tardaron nada en fallar, me estaba desvaneciendo otra vez y el vaho a putrefacción mezclado con carne quemada y solamente sabe Dios qué más, era el responsable de ello.

Al no poder ver, todos mis otros sentidos se pusieron en alerta y de ellos dependía para no quedar indefensa; hubiese deseado haber perdido el olfato, ya que mi cerebro terminó siendo copado por el desagradable hedor; por suerte, algunas neuronas pudieron encargarse de reconocer lo que mis oídos captaban. Un movimiento lejano de arrastre o quizá fuese un suave rose sobre

el piso de piedra; el sonido venía en mi dirección, de eso, no me quedaba la menor duda.

Retrocedí deslizándome por el suelo en un burdo intento por procurar escaparme.

El sonido se detuvo. Yo también.

Lo que sucedió a continuación, llegó sin advertencia previa. Una luz intensa y azulina estalló delante de mí, a un par de metros de distancia, encegueciéndome. La luz se dibujó en forma de rectángulo, pero no comprendí eso hasta que cerré los ojos y volví a verlo reflejado sobre mis párpados, la imagen había quedado grabada en mis retinas.

La luz se tragó el aire que me rodeaba en una gran bocanada que sonó como tal. El viento frío me levantó el cuello de la nuca, revolviéndolo delante de mi rostro.

El silencio se hizo presente una vez más.

—*¡Surgite!*

La voz atronó el aire. No comprendí lo que dijo, pero su tono bastó para asustarme. Separé los párpados un poco, lo suficiente para intentar ver algo mientras procuraba no quedar encandilada otra vez. Solamente divisé una figura en medio del rectángulo de luz, una figura muy erguida, alta y esbelta.

—*¡Surgite!*

El grito pareció rasgar la tierra. Creo haber identificado el idioma como latín, pero no estoy segura. El olor era insoportable y eso podía significar una sola cosa: demonios. Demonios fuertes, antiguos, probablemente muy poderosos también. Este olor era el mismo que yo había sentido y que ahora comprendo, erróneamente le adjudiqué al cuerpo chamuscado de Bruno. Eran demonios, habían sido demonios, estaban en el puente y estaban aquí ahora, pero dónde nos encontrábamos exactamente.

El estómago se me revolvió, ¿nos habían tendido una trampa? Creo que sí.

—*¡Que te levantes, he dicho!* —rugió la voz en un claro y perfecto castellano.

Yo no terminaba de reaccionar, cuando un montón de pies cuyos pasos fustigaron el suelo con rudeza, llegaron hasta mí y tomándome por las axilas, me levantaron. Las manos me quemaron a través del cuero. El olor del aliento de mis dos custodios me hubiese volteado si ellos mismos no se estuviesen encargando de mantenerme en pie.

A medida que nos aproximamos a la puerta, la luz se hizo más intensa; se reavivó mi dolor de cabeza y me vi obligada a cerrar los ojos, la luz hería mi cerebro.

Me sentí igual que un animal nocturno al ser sacado de su guarida en pleno mediodía, en lo más álgido del verano en el desierto del Sahara, creí que me achicharraría.

Nada me sucedió, me esforcé por abrir los ojos, sabía que necesitaba reconocer el lugar en el que me encontraba, y también, a mis captores. Lo primero que vi, ya que mi cabeza colgaba hacia delante, fue mis pies, tropezando con un piso de adoquines; andábamos por un corredor muy angosto, la humedad chorreaba por las paredes en gruesas y densas gotas que se acumulaban en las horillas y en algunos lugares, lograban formar charcos en el suelo. Cerré los ojos y parpadeé en par de veces, el esfuerzo me había aguado la visión. Al abrirlos otra vez, me topé con un par de talones de zapatos de cuero cuyas suelas no estaban ni un poco gastadas; mis ojos ascendieron por el par de piernas enfundadas en pantalones negros de un tejido que parecía tener vida propia de lo sedoso y luminoso.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, alcé la cabeza para terminar de examinar a quién iba por delante de mí, pero una mano pesada cayó sobre mi coronilla, obligándome a bajar la cabeza al grito de: ¡Abajo!

El grito me tapó el oído izquierdo y casi me deja sorda.

La mano, antes de retirarse, volvió a empujarme la cabeza hacia abajo, evidentemente no estaba lo suficientemente inclinada hacia delante, evidentemente su intención era que yo no despegase la vista del piso, todo lo demás que había para ver allí, no era apto para mis ojos, o mejor dicho: era yo la que no era apta o digna de eso, sobre todo, según intuyo, de quién avanzaba por delante de mí.

Reverenciar, respetar la autoridad... ¡Bingo! La idea no era para nada descabellada; la muerte de Bruno fue demasiado; demasiado llamativa, pública y fuera de los cánones de sus leyes, quien mató a Bruno obviamente no contaba con el beneplácito y la autorización de quienes de algún modo, reinan en París. Eran ellos, en este momento debía estar metida en el nido de ratas propiamente dicho. Esta debía ser su guarida. Un edificio frío y húmedo, de piedra, tal vez muy antiguo, este lugar puede ser cualquier lugar, no tenía ni la menor idea de cuánto tiempo permanecí inconsciente, de modo que incluso, cabía la posibilidad de que hubiésemos salido de París. Podíamos estar en cualquier parte.

Por un momento me quedé observando los pies del demonio que andaba por delante de mí, era él quien daba las órdenes, era él quien me había hablado...

Habla latín, es un demonio —pensé—, ¿Cuántos siglos o tal vez milenios,

tendrá quien camina por delante de mí?

El pasillo amenazaba con no terminar jamás.

Los pasos de quien nos precedía se detuvieron, y con ellos, con una coordinación que cualquier desfile militar envidiaría, los de quienes me llevaban prácticamente en voladas.

Las puntas de mis zapatillas quedaron en el aire, los dedos de los demonios se clavaron en mis axilas.

Un portón se abrió frente a nosotros, lo sé porque las bisagras sonaron a no soportar más el peso. Una suave corriente de aire, tanto más puro y cálido, me llegó a la cara. Incluso la luz cambió de tono, ya no nos iluminaban esos típicos tubos largos de luz fría que hacían a todo el mundo verse ojeroso y demacrado, la luz que flotaba allí era la de la luna, y provenía de arriba en rayos oblicuos.

Los zapatos del líder desaparecieron de mis ojos al él subir el primer escalón. Era una angosta escalera de piedra en forma de caracol.

Para subir, me dejaron utilizar mis propias piernas, aunque hubiese sido preferible que no lo hiciesen, todavía no me sentía repuesta y con mi torpeza innata a cuestras, fue demasiado, tropecé varias veces y tuvieron que atajarme; siempre dejaron la atrapada para cuando yo ya estaba a punto de estréllame contra el escalón.

Llegamos arriba. Y allí, por el rabillo del ojo, divisé las angostas ventanas por las que entraba la luz de la luna; recién ahora llegábamos a nivel del suelo, alcancé a divisar algo de pasto. No me permitieron espiar demasiado, la mano que antes me empujó hacia abajo, me dio un manotazo de costado sobre la sien. El golpe me descolocó y confundió, fue como si hubiese chocado con la cabeza, contra una dura e inamovible pared, resultado, tuvieron que ayudarme a terminar de subir los escalones.

Al final de las escaleras nos esperaba un puerta abierta, la cual daba a un corredor iluminado y de aspecto diametralmente opuesto al de abajo. Pisos de madera pulida que formaba intrincados diseños, paredes beige, mucha luz, mobiliario de fina factura, obras de arte, lámparas, candelabros. Pasamos por delante de varias puertas pero no entramos en ninguna de ellas.

A lo lejos se escuchaba el rumor de voces; más allá de eso, la propiedad parecía estar en calma. No logré percibir el sonido de automóviles y tránsito, no por ello debía descartar que estuviésemos dentro de la ciudad aún, no llevaba reloj puesto y bien podía ser de madrugada, en algunos barrios residenciales la ciudad era muy callada en las horas previas al amanecer.

De repente el corredor se ensanchó convirtiéndose en un hall tapizado de lujo del piso al techo, ya me imaginaba yo, colgando sobre mi cabeza, una impresionante araña con decenas de lucecitas y caireles de cristal, probablemente a causa de éstas, brillaba tanto la alfombra persa sobre la cual estaba parada. A mi izquierda, a unos cuatro o cinco metros se alzaba una imponente escalera de piedra cuyo primer escalón estaba custodiado por un par de leones, tal vez media docena de escalones más arriba luego de un amplio rellano, la escalera se dividía en dos, sobre la pared del rellano colgaba un cuadro inmenso, un óleo según creo, de colores muy oscuros, el cual retrataba a un hombre de larga melena color avellana, vestido a la usanza de tiempos en que Europa respiraba monarquía, el hombre de rasgos anguloso tenía ojos rasgados y profundos, con una mirada intrigante, no logré identificar de que color eran. La posición en la que capturaron al retratado era la viva imagen del poder, parado, muy erguido, con la cabeza bien en alto, su mano derecha sobre la inmensa cabeza de un enorme mastín gris, la izquierda, a la altura de su cintura, acompañando el largo de una daga que le colgaba del cinturón. Quise ver más pero en cuanto noté que el aire se movía cerca de mi cabeza, la agaché, no tenía ganas de que me golpearan otra vez, ya estaba lo suficientemente adolorida.

Mis dos custodios comentaron entre sí en un idioma que no pude entender y mucho menos identificar. Nos habíamos detenido. El demonio que encabezaba la marcha continuó caminando. Aproveché el momento para mirar al otro lado, a más o menos la misma distancia de mí, se alzaba un enorme portón de aspecto antiguo. Era la salida al exterior, de eso no me cabe la menor duda, nos encontrábamos en el hall de entrada.

El sonido de una puerta al abrirse llamó mi atención. Alzando las cejas para poder ver más, miré hacia delante. El hedor y la imagen me llegaron al mismo tiempo, junto con el murmullo que se silenció al instante. Era una sala amplia, del tamaño de un salón de baile del más grande de los castillos. Los zares de Rusia hubiesen sido extremadamente felices viviendo aquí.

Lo más amargo de la visión fue que comprendía que allí nadie bailaba ni bailarían jamás. No pude evitarlo, siquiera bajo amenaza de sufrir una nueva agresión, alcé la cabeza.

Casi me desmayo. La sala era enorme sí, lujosa también y llena de... las ganas de vomitar resurgieron, mis tripas revolviéron dentro de mi abdomen.

Las paredes eran de espejo, del lado derecho había un par de ventanas pero en este momento quedaban ocultas debajo de pesados cortinados. Apostados

contra las paredes laterales, otros acomodados en sillas, había cientos de demonios, hombres y mujeres que me observaban. Todos tenían un aspecto impecable, de verlos así, sin saber mucho del Infierno, hubiese pensado que aquello no era más que una reunión de ricos excéntricos, mas la realidad era bastante más complicada que eso.

En el centro del salón, quedaba un amplio rectángulo vacío de unos veinte metros de ancho por cuatro o cinco veces ese largo, delimitado por un cordón de velones negros que descargaban parafina sobre el suelo de madera. Del techo, colgaban tres gigantescas e imponentes lámparas de cristal, pero las luces estaban apagadas, la única fuente de luz eran las velas negras, las había por todos lados, no solamente en el contorno del rectángulo de piso despejado, sino también en candelabros de pie y otros más pequeños encima de alguna mesa de apoyo o de alguna columna de mármol.

El fondo del salón estaba reservado para unas enormes sillas de madera tapizadas con suntuosos tejidos, que más parecían tronos; así a simple vista conté una docena, nadie las ocupaba. Por detrás de las sillas había dos puertas pequeñas, una a cada lado del salón, camufladas con resplandecientes placas de espejos.

—Adelante —dijo el demonio que nos había guiado hasta allí, lo reconocí por la voz, a pesar de que esta era la primera vez que lo veía frente a frente.

Me provocó un escalofrío toparme con su rostro pálido, de un blanco amarillento; su nariz era muy recta, delgada y larga, tenía un mentón prominente, una frente alta, pómulos muy marcados y unos ojos del color del ámbar; reparé en que no tenía cejas y su cabello era de un rubio prácticamente blanco, lo llevaba corto y prolijo.

Los demonios que me tenían agarrada me soltaron y empujaron hacia delante. Tropecé sin embargo milagrosamente pude mantener la estabilidad después de dar unos cuantos pasos en falso.

Entrar en aquel salón fue experimentar lo que debía sentir un blanco y pequeño conejito frente a cientos de leones hambrientos. Sentía físicamente sus miradas sobre mí; el mal olor no era lo único insoportable allí, sino también la extraña carga que flotaba en el aire, era como si la maldad se hubiese convertido en una sustancia palpable, material.

Mis dos escoltas no me perdieron pisada.

Intenté caminar erguida, no demostrar miedo, pero temblaba por dentro y me sudaban las palmas de las manos.

El susurro revivió, escuché cientos de idiomas distintos, todas palabras

sueñas, cuchicheaban, me miraban de reojo. Parecían divertidos con toda la situación.

El demonio de tez pálida se detuvo a la mitad del salón y allí me obligó a parar, extendiendo un brazo por delante de mi camino. Las pisadas detrás de mí también se frenaron. Justo cuando me volví a ver sobre mi hombro, vi que las dos pesadas hojas de la puerta, estaban siendo cerradas por dos jóvenes, que a todas luces eran gemelos y no aparentaban tener más de quince años. Me pregunté como personas tan jóvenes llegaban a involucrarse en un entorno como éste. En cuanto terminaron de cerrar la puerta se apostaron uno sobre cada hoja, con sus espaldas pegadas a la madera. Accidentalmente mi mirada se cruzó con la de ellos, sentí fuego en mi cabeza. Aturdida volví la vista al frente.

Un crujido llamó mi atención, giré la cabeza a la derecha: en una silla, despatarrado cual dandi con un cigarrillo en una mano y una copa de brandy en la otra, un demonio me observaba fijamente, a cada lado de sus piernas cruzadas, había un vela y por entremedio de éstas, desde la punta de su zapato, corría un río de un denso líquido negro que venía directo hacia mí. El asco se intensificó dentro de mi ser, fue por sus ojos, por esa sustancia negra que venía en mi dirección. El líquido casi llegaba a mis pies. No quería que esa cosa me tocara, no tenía ni idea de lo que era pero tampoco se me antojaba descubrirlo. Di un paso al costado y tenía planeado alejarme todavía más, pero una férrea mano candente como el acero, se incrustó contra mi hombro izquierdo acompañada por un chasquido de lengua.

—Quieta —me gruñó el demonio girando la cabeza hacia mí. Me miró; sus ojos se desviaron hacia el demonio de cual provenía el río de oscuridad. No intercambiaron ni una sola palabra, pero cuando bajé los ojos descubrí que eso negro, fuese lo que fuese, ya no avanzaba hacia mí, había desaparecido y no quedaba rastro de ello. Alcé la vista y miré al demonio, él me sonrió abiertamente, con una de esas perfectas sonrisas que les servían para convencer a los humanos de lo que fuese que ellos quisiesen convencerlos.

Los dedos del demonio se hincaron en la carne de mi hombro llamando mi atención.

La puerta izquierda del fondo del salón se abrió, se hizo silencio otra vez pero éste no duró más que una fracción de segundo. Todos los demonios presentes se movieron, me percaté de que los que estaban sentados se ponían de pie, y aquellos que estaban recostados contra las paredes de espejo o reclinados sobre alguna mesa, se enderezaban.

Un hombre de piel cobriza y cabello castaño, sujeto en una coleta que le sobrepasaba los omoplatos, emergió en primer lugar, a él, en una fila, le siguieron once individuos más, entre ellos, había tres mujeres. Todos, sin excepción, tenían una presencia imponente, más allá de que sus edades y aspecto eran de lo más variados; de a poco y en silencio fueron acomodándose cada uno en una silla, me dio la sensación de que cada uno de ellos tenía un lugar adjudicado previamente. El tinte ceremonioso de la ocasión no se me pasó por alto; esto era serio, muy serio.

La puerta trasera quedó abierta, sin embargo no pude ver nada a través de ella, el otro lado era oscuridad completa; seguro que no era una buena idea intentar escapar por ahí.

Los que se habían puesto de pie, volvieron a tomar asiento. Todos se pusieron cómodos.

El demonio me soltó y a paso solemne, caminó hasta el demonio de cabello largo, el que había entrado en la sala en primer lugar. Inclinandose hacia delante, le susurró algo, el otro demonio asintió con la cabeza e hizo un gesto con la mano para que se apartase de en medio, el demonio obedeció. Lo perdí de vista, lo único que podía ver eran los grandes y profundos ojos castaños del demonio de cabello largo, quien al instante, se puso de pie y sin quitarme la mirada de encima caminó hasta mí tomándose todo el tiempo del mundo.

Se detuvo a unos dos metros de mis pies, y de todas formas el olor que emanaba era tan fuerte que creí que vomitaría otra vez.

—Mi nombre es Ciro, bienvenida a mi hogar, Eliza —entonó con un fuerte acento cuyo origen no logré distinguir.

No despegué los labios, lo que me habían dado no era exactamente una cálida bienvenida, es más, siquiera habían sido educados conmigo, nadie en ningún universo podía considerar que raptar, para luego encerrar a alguien en un lugar oscuro frío y húmedo (muy similar a una mazmorra), golpearlo y luego soltarlo a una sala llena de gente que quiere lanzársele a cuello es una forma de ser hospitalario.

—Lamento que nos conozcamos en tan desagradables circunstancias. Créeme —se llevó una mano al pecho—, ninguno de nosotros es feliz con esta situación. Es una verdadera pena que la situación sea irreversible, supongo que ustedes dos sabían que habría represalias, ¿no es así?

Tragué saliva, lo que dijo no sonó nada bien.

—No sé de qué habla.

El tal Ciro puso cara de decepción.

—No crees que fue un poco descuidado de ustedes dos volver al puente. ¿Acaso habían olvidado algo allí? Fue esa una decisión un tanto torpe.

De mi boca no salió ni una sola palabra.

—Sin lugar a dudas Bruno debía ser castigado, nadie lo niega. Eso no justifica ustedes dos lo convirtiesen en un espectáculo público. Silenciar esta pequeña exhibición nos va a costar mucho trabajo. Tengo gran curiosidad por saber cómo hicieron para colgar a Bruno del puente sin que nadie los viera.

—Nosotros no hicimos nada —contesté escupiéndole las palabras. Podía ser un demonio antiguo, podía tener muchos poderes pero evidentemente no era capaz de averiguar la verdad por sí solo, esto había sucedido debajo de sus narices y ellos ni siquiera eran capaces de capturar al verdadero culpable.

Examiné los alrededores... ¿dónde estaba Vicente? ¿Habría logrado huir o lo tendrían prisionero en alguna parte? No podía desear más que verlo con vida; luego ya veríamos cómo nos las ingeniáramos para salir de ésta.

Ciro dio un par de pasos al frente, se cruzó de brazos y me miró fijo, era, al menos dos cabezas más alto que yo y su espalda considerablemente más amedrentadora que la mía.

—No te creo y tampoco le creí a él, ustedes dos han dado sobradas muestras de completo desapego hacia las leyes; no es mi problema ocuparme de las cosas que suceden en Argentina, pero de todos modos me molesta. Me molesta que tú estés aquí viéndome como si tuvieses derecho a verme —sus ojos se pusieron a arder, en un parpadeo se había puesto iguales a esos ojos que yo vi en Vicente la noche en que se transformó justo frente a mí—. Ustedes dos se creen mucho más de lo que son, él por tener un poder que sólo deberían recibir aquellos que son verdaderamente dignos, y tú por eso que llevas dentro escondido.

La mención de esa cosa desconocida que se alojaba en mí, hizo que se me congelase la sangre. Desde hacía unos días tenía la constante sensación de que mi cuerpo terminaría traicionándome de un momento a otro, como si eso fuese a sublevarse contra mí.

—Vicente ha cometido un error tras otro en el último año y medio y alguien tiene que pararle los pies. Ahora están en nuestro terreno, quebrantaron las leyes bajo nuestro mando y nosotros no somos tan flexibles respecto a ese tipo de irregularidades—. Ciro se me acercó todavía más—. Tenemos todo el derecho a exigir un poco de respeto—. Hizo una pausa, giró la cabeza y miró hacia atrás, mis ojos acompañaron a los suyos directo al suplicio. Se me vino el mundo abajo cuando lo vi aparecer colgando de las manos de aquellos

cuatro demonios trajeados con suma elegancia que actuaban con total indiferencia hacía él.

Vicente estaba desnudo, tan solo le habían dejado la ropa interior, vi más piel suya de la que hubiese visto antes y por eso noté que su espalda y sus piernas eran puro músculo, con razón era capaz de romper una pared y hacerle un buen bollo a un auto. Más allá del ancho de su espalda y de sus brazos, lo más impresionante de todo aquí y por lo que casi me da un ataque de desesperación y miedo, fue el estado en que se encontraba él.

Su piel era un golpe, un corte y una quemadura al lado de la otra. Lo traían acostado boca abajo, le habían atado las manos a la espalda con lo que me pareció era alambre de púa muy ajustado en las muñecas, y lo llevaban sujeto, colgando, un demonio por cada una de sus piernas, otros dos, por los brazos. La cabeza le colgaba hacia delante, su cuello flácido permitía que ésta se bamboleara de un lado para el otro. Su cabello estaba empapado y su piel bañada en sudor. Lo habían torturado hasta agotarlo físicamente.

En una procesión silenciosa lo fueron trayendo hasta el centro de la sala; él no reaccionaba, debía estar inconciente.

Una exclamación de horror se ahogó en mi garganta, quise pronunciar su nombre y no me salió más que un susurro sin sentido.

Sentí la fuerte presión sobre el pecho, se me llenaron los ojos de lágrimas. Me llevé las manos a la boca. Todo su cuerpo estaba tan lastimado... no quedaba ni un centímetro de carne que hubiese salido indemne del ataque, tortura o fuese lo que fuese que le hubieran hecho. Quebrada, noté que donde debieran ocupar las uñas de sus dedos índice y pulgar de la mano derecha, latían dos morados coágulos de sangre. Su dolor se hizo mío. En ese instante deseaba intercambiar su lugar con el mío, no quería que sufriese más, nunca más. Las lágrimas se me cayeron.

La sangre... había sangre por todos lados.

Ciro se volvió y me miró.

—Maldito —rugí recuperando el habla. Fue lo más estúpido que he hecho jamás: me lancé hacia él con ganas de dejarlo igual o peor de lo que estaba Vicente. Ciro no se inmuto porque dos pares de manos me detuvieron en pleno vuelo cuando me lanzaba a su cuello. La mano vendada me recordó el incidente de esta mañana. El demonio que estaba a mi izquierda, para rematarme, me propinó una patada en la parte posterior de mi rodilla derecha, caí hacia delante, pesada y aullando de dolor.

La sala entera rompió en risas, murmullos y gritos, otros aullaban.

Con los codos salvé a mi boca de romperme los labios contra el suelo. Reboté contra el piso, llena de dolor. Me puse a llorar abiertamente, el dolor, la rabia y la angustia eran demasiado para mí y tenía que soltar todo eso de algún modo.

—Aquí —ordenó Ciro.

Alce la cabeza del suelo justo a tiempo para verlos acercarse a mí. Sin el menor cuidado arrojaron a Vicente a mi lado. Su rostro no tuvo tanta suerte como el mío, él no tenía modo de defenderse, sus manos estaban atadas tras su espalda, y además, se encontraba inconciente. Al chocar contra el suelo su cuerpo hizo un gran estruendo, además de eso, algo sonó ha roto —algunos huesos tal vez—. Con lo último de mis fuerzas me coloqué en cuatro patas y gateé hasta él, había quedado boca abajo contra el piso. Luego de soltarlo le quitaron el alambre de alrededor de las muñecas.

No me negaron acercármele, de hecho, nos habían dejado solos en el centro del salón. Llamándolo desesperada, lo di vuelta y recosté su cabeza sobre mi regazo, su cara era un desastre, labios partidos, un ojo completamente hinchado con una cortadura sobre la ceja y otra en el párpado superior; lo que sonó fue su nariz, la sangre le corría por la mejilla izquierda y le manchaba además la boca y el mentón, también sangraba por un oído, entre el cabello, por el hombro, su piel estaba ampollada y negra en varios lugares, lo que me hizo recordar a Bruno y a aquella vez que sin querer, yo quemé el brazo de Vicente, sin saber todavía cómo (más de una vez había pensado si ese sería mi don, él mismo que el de Vicente, pero nunca había llegado a convencerme de que así fuera, Vicente lo hubiese descubierto).

—Vicente. Vicente, respóndeme.

—Lleva un par de minutos desmayado —comenzó a explicarme Ciro—, no soportó que le rompiera las dos piernas, el dolor fue más fuerte que su voluntad de atacarme, y eso que se mostró bastante decidido a quemarme vivo cuando amenacé con hacerte lo mismo a ti—. Inspiró hondo y suspiro—. De todos modos, no puedo negar que su nivel de resistencia al dolor es el mayor que yo haya visto en un demonio jamás, y créeme, eso es mucho decir, mi existencia sobrepasa lo que tú pudieses imaginar. En fin, Vicente ha sido quien más ha durado en mis manos, al ser torturado, sin duda, ha batido todos los recordé preestablecidos.

El grito brotó desde lo más profundo de mí ser.

—¡Hijo de puta! ¡Va a arrepentirse de lo que le ha hecho! ¡Todos ustedes van a pagar por esto!

—Me doy cuenta de que no me profesas gran simpatía... tampoco tienes por qué insultarme, recuerda que estás en mi casa, y que aquí, las leyes del mundo de los humanos no cuentan, has de cuenta que esta casa es una subsidiaria del Infierno, los únicos que deciden aquí, lo que está bien y lo que está mal, somos nosotros doce, y nosotros doce hemos decidido que él y tú tienen que pagar por lo que hicieron.

—¡No hicimos nada!

—Alex, que se calle —le dijo en inglés el demonio que estaba sentado al lado de la silla vacía que dejara Ciro.

No entendí que pretendía y la verdad es que fui lenta de reflejos, mis manos sostenían a Vicente sobre mi regazo y ni se me ocurrió soltarlo así sin más al piso, para huir. Me dio una bofetada que me hizo caer al piso, e indefectiblemente, soltar a Vicente. Antes de caer ya sentía el gusto a sangre en mi boca.

—William —entonó Ciro, lentamente.

—Me aburro —contestó el aludido en perfecto castellano.

—Perdemos el tiempo —entonó otro en un claro italiano que comprendí sin problemas.

—Todavía no tomamos una decisión —apostilló una de las mujeres en un elegante francés que parecía salido de otro siglo.

—¿Vamos a quedarnos esperando a que Ariel se digne a contestar nuestros llamados? —inquirió alguien en portugués.

Los años atendiendo turistas y con los breves cursos que yo había tomado para por lo menos, manejar esos idiomas en un nivel básico, rendían sus frutos hoy.

—¡A él no le importa! Seguro que está tan deseoso como nosotros de quitarse de encima a este molesto elemento.

Todos se pusieron a discutir y dejaron de prestarnos atención a nosotros dos. Nuevamente abrazada a Vicente, me sumí en una burbuja en la que solamente había espacio para nosotros dos. Le acaricié la mejilla y lo llamé. Mi corazón volvió a latir, cuando él abrió su ojo sano y me miró, pero amenazó con romperse cuando esa mirada se entristeció hasta lo indecible y derramó una lágrima que barrió con parte de la sangre y la suciedad que opacaba su rostro.

—Shh, está bien... todo va a estar bien.

Vicente alzó una mano y con el dorso de ésta, limpió las lágrimas de mi rostro. La sangre de su mano quedó en mi mejilla.

—Te amo, todo va a estar bien —le aseguré, aunque no tenía ni la menor idea de cómo íbamos a salir de aquí con vida.

—La tierra contigo a mi lado ha sido el paraíso —balbució escupiendo sangre y saliva—. Lamento no haber podido evitar que terminase tan mal.

—¿Quién dijo que se terminó? Todavía estamos vivos.

—Tendría que haberte cuidado más.

—Me cuidaste todo este tiempo, de modo que llegó el momento de que te devuelva el favor.

Vicente sonrió débilmente con sus dientes ensangrentados y luego cerró el ojo sano.

—Déjame a mí—. Me estiré y lo besé.

Vicente no quiso soltarme cuando lo deposité en el suelo; de cualquier modo me deshice de su mano, y me puse de pie. limpiándome la cara y me preparé para hablar.

—Nosotros no tuvimos nada que ver con la muerte de Bruno—. Entoncé alzando la voz-. Alguien nos tendió una trampa. Me siguieron hasta aquí con la firme decisión de apartarme de su lado, lo sé.

Ciro se dio vuelta, sus ojos se posaron en mí.

—A base de engaños Bruno me citó esta mañana en un café, simplemente para intentar amedrentarnos, alguien le había encomendado la tarea de mandarle un mensaje a través de mí... una amenaza. Puede no gustarle lo que sucedió en Buenos Aires, pero nosotros no tenemos absolutamente nada que ver con lo que pasó aquí. Detrás de esto hay otros responsables, y lo más probable es que si nos mata, jamás los encuentre.

Se hizo un silencio sepulcral.

—¿Esperas que crea en lo que dices?

—Es la verdad. Seguro usted conoce a alguien que podría certificar lo que le estoy diciendo.

—No me preocupa cometer un error —soltó dándome la espalda.

—Usted es un farsante, probablemente sepa quienes están detrás de todo esto, el plan les ha salido a la perfección, nos querían muertos y eso es lo que obtendrán, les ha costado quedarse sin Bruno, ¿pero qué más les da?! Ustedes hacen cualquier cosa, incluso romper sus propias leyes con tal de conseguir lo que quieren.

—¡Alto! ¡Mide tus palabras!

—Por qué, qué va a hacer si continuo incomodándolo con mis verdades, ¿torturarme como lo torturó a él?! ¡Haga usted lo que quiera, yo ya no les tengo más miedo! ¡Ya me cansé de tenerles miedo! Ustedes siquiera se merecen eso de mí o de nadie.

—Nosotros no rompemos nuestras leyes —gritó alguien desde las sillas.
Se armó un griterío infernal en muchos idiomas.

—Nadie en esta sala es responsable de la muerte de Bruno —soltó Ciro.

—Eso nos incluye a nosotros dos. Usted no tiene ni la menor idea de lo que está sucediendo aquí.

—Bueno, en tal caso, tendrías la amabilidad de decirme qué está pasando.

—Intentábamos averiguarlo, por eso Vicente y yo fuimos hasta ese maldito puente. Cuando me encontré con Vicente esta tarde me explicó que creía que sabía quién podía haber sido el responsable de la explosión en el café, supongo que lo tenía identificado por su poder, fue con eso con lo que hizo explotar todo el lugar, ¿no es así?

Ciro me miró fijo y luego apartó los ojos. Era así como yo intuía.

—Estábamos juntos cuando lo llamaron por teléfono para avisarle que un cuerpo quemado había aparecido colgando de un puente, llegamos allí y él lo confirmó. Acto seguido aparecieron ustedes. Vicente no quemó a Bruno, ni lo colgó del puente.

Se hizo silencio.

—Se lo juro, digo la verdad. Vicente menos que nadie, quería que las cosas terminasen así. El quería que todo esto acabara, que yo me alejara de él; fui yo la que insistió. Los que quieren hacernos la vida imposible, por lo visto tampoco tienen intenciones de detenerse... según entiendo, Bruno o alguien que también trabaja para quienes están detrás de todo esto, atacaron a una conocida mía aquí, en esta misma ciudad. No somos nosotros.

Ciro me dio la espalda en cuanto terminé de hablar.

—¿Nina?

La aludida, una mujer de bellos rasgos en los que apenas se divisaban unas pocas arrugas y unos profundos ojos marrones que brillaban intensamente, asintió con la cabeza mientras se apartaba un mechón de cabello castaño, del rostro, el cual le caía como una cortina pesada y sedosa, hasta la altura de la cintura. La luz de las velas tornaba menos olivácea el color de su piel.

No comprendí que significaba aquel escueto intercambio de gestos, hasta que Ciro volvió a hablar.

—Vicente no cooperó tanto como tú. Nina cree que dices la verdad.

Giré la cabeza y miré a Vicente, estaba inconciente otra vez; por lo visto él se había negado a que mirasen dentro de su mente, mientras tanto yo ni siquiera me di cuenta de que eso sucedía.

—Todavía nos queda un asunto por resolver, conozco a Vicente desde hace

mucho tiempo, la primera vez que lo vi, su vida no era más que caos y decadencia; estaba tan perdido, no sabía casi nada de nosotros ni de nuestra cultura. Nunca pensé que un hombre con tanto potencial fuese a terminar tan mal, creí haberle enseñado bien. En algún punto algo falló. Dime Eliza, dónde crees que se haya el problema.

Sentí que sus ojos intentaban atravesarme el cerebro.

Ciro caminó hasta mí.

—Vicente se ha negado a darme una explicación —comenzó a decir hablándome solo a mí—, y no voy a quedarme tranquilo hasta que no encuentre la verdad. Ahora es mi problema, es el problema de todos, ¿lo entiendes?

Asentí con la cabeza.

—Se ha negado incluso a hablar de ti.

La confesión no me sorprendió.

—Él todavía es demasiado humano, nunca dejará de serlo. Tú y yo volveremos a vernos, de eso, estoy seguro.

—¿Podemos irnos?

Ciro me contestó que sí con la cabeza.

—Antes una última cosa —acercó sus labios a mi oreja derecha—. Prométeme que cuando lo descubras, volverás a visitarme, a cambio, yo te prometo encontrar a quien hace la vida imposible.

—¿Me está dando su bendición o algo así?

—Pongámoslo de este modo: espero con ansias el momento en que la verdad surja.

—¿Qué ganará usted con eso?

—Aprender.

—¿Aprender?

—La experiencia es un bien de incalculable valor.

—Se divierte a costa de los demás.

—No, no es eso. Quizá pueda divertirme cuando encuentre al responsable de esto pero por lo pronto, más me preocupa descubrir qué pasa aquí.

—¿Qué va a pasar con nosotros cuando todo esto termine?

—¿Yo debería saberlo?

—¿No va a volver a apresarnos... va a dejar a Vicente en paz?

—Nos ha quedado pendiente una conversación; me figuro que será más sencillo para él hablar conmigo cuando todo llegué a su fin. No hay resentimientos.

Con el entrecejo fruncido y los dientes apretados de odio, lo miré. ¿No hay

resentimientos? Si lo torturó de mil maneras. Como puede decir algo así ahora, así tan a la ligera.

—Ambos procuren dejar la ciudad lo antes posible, no demos pie a que se arrepientan de retractarse de la decisión de soltarlos a ambos—. Me dijo en voz muy baja y luego alzándola: —un automóvil los llevará hasta la propiedad de Vicente en la ciudad.

Los once demonios de las sillas se pusieron de pie.

—Mándale a Gaspar, afectuosos saludos de mi parte, dile igual que siempre, las puertas de mi casa están abiertas para él y su familia—. Dicho esto dio media vuelta y siguió a los demás, en dirección a la puerta que todavía estaba abierta.

Las pesadas puertas del salón se abrieron, los dos demonios que me habían escoltado hasta aquí, levantaron a Vicente del piso, un tercero le echó una manta encima. Me ordenaron que los siguiese.

Creí que nunca volvería a ver la luz del día, pero allí estaba, la mañana comenzaba a despuntar en el horizonte. Todo a mi alrededor era verde, obviamente estábamos en las afueras de la ciudad. Afuera, al final de una escalinata de piedra custodiada por otros dos leones, nos esperaba un imponente automóvil de vidrios negros. Además había otros vehículos estacionados frente a la propiedad, no pude ver de ella demasiado, pero lo que logré espiar me bastó para comprender que no era cualquier casita de fin de semana.

Un cuarto demonio salió por la puerta del conductor, dio la vuelta y abrió una de las puertas traseras, por ella subieron a Vicente; lo acomodaron en el asiento trasero y me hicieron entrar. Vi que junto con las ropas de Vicente, habían echado dentro mi cartera, inmediatamente pensé en Trueba, seguro que mi celular, ahí dentro, no había dejado de sonar, por esto, sin duda, iba a despedirme, podía haberme tenido mucha paciencia y cariño hasta ahora, ya era demasiado para cualquiera y no lo culpo; además, en mi mente, por el momento, se ocupaba de cosas mucho más importantes.

En cuanto me senté, me acomodé a su lado, abrazándolo, estaba otra vez despierto, pero no del todo conciente, balbuceaba cosas sin sentido en un idioma que desconozco y no paraba de quejarse del dolor, temblaba. Le susurré al oído que ya todo estaba bien, que nos íbamos a casa, él buscó mi mano y se aferró a ésta.

El conductor y otro demonio se subieron al auto, los otros, dieron un paso atrás. Cinco segundos más tarde nos alejábamos de la propiedad. Eche un

vistazo por la luneta trasera, por un lado sentía que no quería volver a poner un pie en esa casa; por otro, me moría por volver a reunirme con Ciro, él se había guardado algo para sí, algo que supongo, ninguno de los otros demonios sabía, algo que yo quería saber.

Cuando llegamos al corazón de París ya la luz era mucho más evidente, los pájaros cantaban y Vicente dormía otra vez.

Reconocí el portón de su casa al instante.

Por supuesto sin necesitar una llave, abrieron las puertas de la propiedad y entraron a Vicente, lo dejaron sobre el mismo sillón en que los dos caímos besándonos un par de días atrás, y luego, sin más, nos dejaron solos.

Procurando moverlo lo menos posible, lo arrojé con la manta y lo dejé descansar.

Me quedé dormida sentada en el piso, agarrada a sus manos, con la cabeza apoyada sobre el borde del sillón.

25. Marca de nacimiento.

Me despertó la campanilla de mi celular, pero me negué a abrir los ojos.

—¿Eliza? —me tocó la cabeza—. Eliza, suena tu celular.

Entre sueños, me resultó extraño oír su voz. Extraño y glorioso, pensé. Me tomó un par de segundos recordar dónde me encontraba y qué había sucedido. Cuando los recuerdos llegaron, apreté los párpados. Mi celular seguía sonando.

—¿Estás bien? —me preguntó al tiempo que acariciaba mi mejilla izquierda.

Abrí los ojos y su brazo y mano, las heridas habían sanado casi en su totalidad, le quedaban moretones, marcas rojizas y algunas costras donde estuvieran los cortes más profundos pero su piel ya no encontraba en un estado tan deplorable. Levanté la cabeza y busqué su rostro. Su ojos derecho todavía hinchado y morado no tenía muy buena pinta; los cortes ya no sangraban. En su mano derecha ya tenía uñas nuevas, sin embargo debajo de éstas, la carne estaba negra con medialunas blancas justo sobre el nacimiento.

Mi celular se volvió a callar.

—Estoy bien—. Ante la luz de sol que entraba a raudales por las ventanas, entorné los ojos. La cabeza me pesaba y todo el cuerpo me dolía, sentía como si me hubiese molido a golpes—. ¿Cómo te sientes?

—Sobreviviré.

—¿Tus piernas...? —solté girando la cabeza en dirección a sus pies. Entre las

rodillas y los tobillos todo estaba morado.

—Los huesos ya soldaron.

Lo miré.

—No podría correr una carrera, no al menos sin experimentar un fuerte dolor, pero creo que soy capaz de caminar.

Nos quedamos mudos mirándonos.

—Lo sient... —empezó a decir, pero no lo dejé terminar, no iba a soportar que se disculpase una vez más. Con ambas manos le tapé la boca.

—Ya basta de eso, ¿sí?

—He hecho todo mal.

—Vicente...

—Merecía todo lo que me hicieron anoche, incluso más. Mi único temor era que si moría, ya no podría defenderte—. Cerró los ojos y se pasó ambas manos por el pelo, con los dedos separados, cuando llegó a la coronilla, cerró los puños y se tironeó del cabello—. Las personas que me rodean terminan desaparecidas, muertas o heridas —soltó apretando los dientes con una ira que me aguó los ojos, estaba furioso consigo mismo.

Tomándolo por las muñecas aparté sus brazos, obviamente él no opuso resistencia, sino nunca lo hubiese logrado.

—Vicente, dime la verdad, ¿órdenes de quién seguía Bruno? Lo conocías, debes saber aliado de quién era. Por qué no me dices toda la verdad de una vez, ya no tiene sentido que me guardes secretos. ¿Quién está detrás de todo esto y qué es lo que quiere?

—Quieren tu alma y me quieren lejos de ti.

—¿Es por el don que podría desarrollar?

Parpadeó lentamente.

—Respóndeme a la pregunta que te hice ayer antes de que sonase tu celular... ¿qué pasa conmigo, qué es lo que cargo dentro que hay demonios capaces de hacer cualquier cosa con tal de obtenerlo?

Vicente se puso serio.

—Contéstame por favor.

—No puedo contestarte.

Su respuesta me hizo soltar un bufido de exasperación. Se me pusieron los nervios de punta.

—¡A nadie proteges con esta estupidez!

—No es una estupidez —repuso él sin alzar la voz.

—Estoy harta de que te pongas siempre en el medio, esto no se trata solamente

de ti. Tengo todo el derecho del mundo a saber que mierda va mal conmigo.

—Nada va mal contigo —entonó impasible.

—¡Basta!

—No.

—¡Vicente!

—No, Eliza.

—Y no puedes defenderme, no hay defensa posible.

—No planeo quedarme aquí acostado siguiendo con esta conversación, tengo que sacarte del país.

—A donde sea que me lleves será igual. Todo el condenado mundo es su terreno de juego. No podemos pretender escondernos debajo de una roca.

—No estás en condiciones de comprender esto.

—No me subestimes.

—No te subestimo, es que estás demasiado alterada.

—¡Y con todo el derecho del mundo! ¿Cómo lo descubriste?

—No pienso continuar discutiendo.

—¿Hace cuánto que lo sabes? ¿Fue antes o después de conocerme?

Vicente se sentó sobre el sillón sin despegar los labios.

—¿Quién más lo sabe?

Intentó bajar las piernas al piso y no se lo permití.

—¿Lo sabe Ciro?, anoche insinuó algo.

Puso una mano sobre mi pecho y me apartó. Bajó las piernas al piso y se puso de pie.

—¡Dímelo!

Vicente me contempló en silencio por un momento.

—Nada ha cambiado, continúo determinado a apartar tu alma del Infierno y de mí, y esa, es una decisión inamovible.

—¡Perfecto! Tú haz lo que quieras, yo haré lo que quiera—. Di media vuelta, recogí mi cartera del piso y fui directo a la puerta. Suerte para mí, ésta estaba sin llave, en cuanto la abrí me topé de frente con el automóvil de Vicente, el mismo que había quedado atascado, y por ende: abandonado, en el transito ayer, los demonios se habían tomado la molestia de traerlo aquí, supongo, para no dejar ningún cabo suelto.

Estaba a punto de abrir la puerta que daba a la calle cuando Vicente llegó rengueando, con la manta sobre los hombros.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió estampando su palma derecha contra la puerta para que no pudiese abrirla.

—Alejo mi alma de ti —solté mofándome de lo que él había dicho. Apreté los dientes y continué—. Voy a buscar a Ciro.

—¿Y para qué piensas hacer eso?

—Para que me des las respuestas que tú no me quieres dar.

—Que no te puedo dar —me corrigió.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. No quiero lastimarte todavía más.

—¡Pero si de cualquier forma voy a salir lastimada!

Vicente cerró los ojos lentamente.

—Vas a volverme loca—. Lo acusé gritando a todo pulmón. Una catarata de lágrimas se me escapó de los ojos.

—Eliza—. Pronunció mi nombre y casi me derribo.

Bajé los ojos y me limpié la cara con ambas manos, él, por su parte, le propinó un puñetazo a la puerta, el vidrio se hizo trizas a mis espaldas, pero no se cayó, debía ser blindado o algo así.

—No quiero hacer esto —masculló.

Levanté la cabeza y alcé mi mirada hacia la suya.

—¿Qué clase de abominación soy? —pregunté exagerando la cosa para ver si conseguía movilizarlo.

—No digas ridiculeces, no eres una abominación ni nunca lo serás. Eres distinta a todos los demás, eso es todo.

—No quiero ser distinta—. Me escuché a mi misma, sonaba como una niña de cinco años encaprichada por algo, sin embargo, mis sentimientos eran sinceros, esto me parecía una injusticia.

—No puedes evitarlo. Es algo así como una marca de nacimiento.

—Esas cosas no me van, yo soy dueña de mi propio destino.

—Todos lo somos, al menos en parte, pero hay cosas contra las que no puedes pelear. No pienso decirte más que eso, tendrás que conformarte. Ahora, por favor, déjame que arregle un modo de sacarnos de aquí lo antes posible, además, necesito llamar a Eva, quiero asegurarme de que esté bien y quiero hablar con Gaspar para ver si tiene novedades de Lucía.

—Siento mucho lo de Lucía—. Le dije, no había tenido la oportunidad de decírselo antes.

—Si de veras lo sientes, permíteme que me ocupe de esto y no compliques más las cosas.

—Está bien... al menos por el momento. No puedo quedarme aquí, mi jefe debe estar furioso conmigo, desaparecí ayer sin dejar dicho dónde iba.

Buscaré un taxi. Le pediré disculpas, recogeré mis cosas y regresaré.

—Sin hacer ninguna otra parada.

—Sin hacer ninguna otra parada —prometí.

Vicente se me acercó, me estampó un beso en la frente, sacó la mano de la puerta y dio un paso atrás.

Nos miramos una última vez y luego me fui. No fue sencillo separarme de él otra vez, es más, en cada ocasión se tornaba más difícil y doloroso apartarme de su lado.

...

Al portero del edificio se le desorbitaron los ojos, al verme bajar del taxi, no me cupo duda de que debía estar al tanto de mi desaparición, además admitámoslo, yo debía tener una apariencia bastante penosa, todavía peor que la que llevaba al medio día de ayer, luego de regresar del hospital. Con la mirada fija en mi, siguió cada uno de mis pasos, desde la vereda, al atravesar el hall, hasta que me subí en el ascensor. En cuanto las puertas del elevador se cerraron, me lo imaginé levantando el teléfono de la portería para avisarle a Trueba que iba en camino hacia su departamento. Se me secó la boca de los nervios, todavía no tenía ni la menor idea de qué iba a decirle, durante el viaje en taxi pensé hasta más no poder, en una excusa que pudiese sonar al menos verdadera, pero no se me ocurrió nada.

El pulso se me fue acelerando a medida que el ascensor llegaba a destino. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo iba a hacer para renunciar sin que montara en cólera? Sin duda tendría todo el derecho del mundo a ponerse furioso.

La puerta del elevador se abrió y lo primero que vi fue su rostro, más específicamente sus ojos. Tenía la cara roja de furia y sus ojos echaban chispas.

Aparté la mirada y me topé con la cara de circunstancia del ascensorista, adiviné que el pobre tenía muchas, pero muchas ganas de largarse de allí antes de que la batalla diese comienzo.

Trueba dio un paso atrás, entonces yo salí del ascensor.

Nos quedamos solos en el pequeño hall de entrada. Me escrutó de pies a cabeza.

—¿Dón-de de-mo-nios es-ta-bas? —articuló lentamente sin dejar de apretar los dientes en ningún momento.

Bueno, todavía no me queda muy claro dónde pasé la noche; aunque lo

supiese, no se lo diría.

—¡Responde! —Su grito atronó en el aire.

—No pude llamarlo, discúlpeme.

—¿No pudiste llamarme?! ¡Eso es todo?! —gritó gesticulando como un neurótico, el cuello se le hincó, un montón de venas le sobresalían, oscuras, latentes—. ¿Simplemente me pides que te disculpe? —con las palmas hacia él, alzó las manos delante de mi cuello, por un momento creí que fuese a acogotarme, pero luego cerró los puños y se golpeó el pecho—. ¡Me moría de la angustia por no saber nada de ti!

—De verdad lo siento mucho —dije en un tono sumiso, pero después pensé que no tenía por qué siguiendo disculpas, debí haber pensado en llamarlo en cuanto abrí un ojo pero por lo demás, no tenía responsabilidad alguna, si hubiese podido controlar lo que sucedía lo hubiese hecho. Lo mejor para él era que yo saliese de su vida lo antes posible. Enderecé la espalda y me envalentoné—. Renuncio.

—¿Que tú qué?!

—Renuncio; saldré de su vida en cuanto recoja mis cosas. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

Antes de que llegase a reaccionar, lo esquivé y me abalancé en dirección a la puerta del departamento, la cual estaba abierta de par en par.

—¡Eliza!

—Tiene toda la razón de enojarse conmigo —continué sin dejar de caminar rumbo a la escalera que me llevaría a la segunda planta—. No puedo hacer otra cosa. No puedo explicárselo. Tengo que irme, es lo mejor para usted.

—Qué tonterías son esas, quién te ha dicho a ti que lo mejor para mí es que me dejes, que abandones todo.

—En otro momento de mi vida hubiese matado por este trabajo; ese tiempo ya pasó, hay cosas que reclaman mi atención y no puedo...

—Es ese hombre, ¿Vicente?

—Es mucho más que él.

—En ningún momento te he pedido que lo dejes.

—Lo sé.

—Ni lo haré.

No contesté nada a eso, simplemente seguí subiendo.

—¿Cuál es el problema, Eliza?

Evité mirarlo, no tenía ganas de continuar mintiéndole.

—Por favor, no tienes porqué irte. Pensé que éramos amigos.

—Eso no ha cambiado.

—Entonces dime qué puedo hacer para que cambies de parecer.

Llegamos al primer piso.

—No puede hacer nada.

—No te entiendo, ¿de qué huyes? ¿Es por lo que te pasó ayer a la mañana, estás asustada? —se interpuso en mi camino hacia la puerta de mi cuarto—. Vamos Eliza, intento ayudarte y no me dejas, no hace falta ser muy inteligente para saber que guardas muchos secretos, probablemente demasiados para una sola persona; no te pido que me los confieses todos, simplemente te pido que confies en mí como yo confío en ti; sé que nunca me defraudarías.

—¿No lo he defraudado ya? Usted fue una bendición, sinceramente no entiendo por qué quiere ayudarme.

—No te vayas, dime qué necesitas y yo te lo entregaré.

Me estremecí de pies a cabeza, la mirada que me dedicó Trueba me hizo sentir horriblemente mal.

—¿Por qué está haciendo esto? Yo estoy... no puedo...

Apreté los puños, ¿por qué se me hacía tan difícil dejarlo?

—Dime qué es lo que sucede... por qué quieres irte.

—Tengo que irme —fue lo único que logré articular.

—¿Vuelves a Buenos Aires? ¿Es eso, quieres volver a Buenos Aires?

—Simplemente tengo que irme de esta ciudad.

—¿Te irás con él?

No contesté.

—¿Conoces Roma?

Negué con la cabeza. No entendí muy bien a cuento de qué me lo preguntaba.

—Empaca tus cosas, te sacaré de aquí en media hora.

—Pero... ¡no, no puedo!

—Por qué no, pensé que lo que querías era dejar París.

Sí, pero no a su lado, sino en compañía de Vicente. Con Trueba no había lugar para dudas o pasos en falso, si te quedabas tambaleando sin encontrar el rumbo, él encontraba el rumbo por ti.

—Empaca, llamaré para que preparen el avión.

—Pero... —extendí una mano para detenerlo, pero Trueba se me escapó. Con paso firme se alejó en dirección a la escalera que conectaba esta planta con el siguiente piso.

Auto recriminándome mi estupidez, me mentí en la habitación. Azoté la puerta, saqué el celular de la cartera, arrojé ésta sobre la cama, y llamé a Gaspar.

Me llevó tan solo un par de segundos enterarme de que ya estaba al tanto de todo, acababa de cortar con Vicente. Le expliqué que mi jefe, planeaba llevarme a Roma.

—Eso es perfecto, y... ¿dices que tiene un avión propio?

—Sí, en este momento debe estar haciendo todos los arreglos pertinentes para que preparen el avión para salir. Pero eso no es perfecto, Gaspar, ni siquiera bueno, no sé cómo zafarme de él. No puedo irme a Roma con mi jefe, es una locura, ¿qué tal si nos siguen?! Además, mi lugar es junto a Vicente, no quiero tener que volver a separarme de él nunca más.

—Por el momento, que te alejes de él y partas en compañía de tu jefe, en un avión privado, me parece una idea espectacular. Un vuelo privado es mucho más difícil de rastrear que un pasaje de una aerolínea cualquiera, y el hecho de que Vicente y tú se separen, al menos momentáneamente, puede que calme un poco las fricciones.

—A mí no me parece tan buena idea.

—Vete con él, yo llamaré a Vicente para avisarle que vas camino a Roma, seguro que te seguirá en unas cuantas horas.

—No quiero dejarlo solo.

—Puede cuidarse bien.

—Gaspar, apenas si puede caminar.
—Mejorará notablemente con las horas.
—Lo mismo da.
—Sal de la ciudad, Vicente te seguirá, Eva también se ha ido.
Se me escapó un suspiro de cansancio.
—Ok, me voy con mi jefe. ¿Cómo va a hacer él para encontrarme después?
Gaspar se rió.
—No te preocupes por eso. Le diré que te llame, tú quédate tranquila.
—Es más fácil decirlo que hacerlo.
—Lo sé.
—¿Alguna novedad sobre Lucía?
—No todavía.
—¿Cómo están las cosas por ahí? ¿Estás en Buenos Aires?
—Sí, no me he movido de aquí.
—¿Entonces?- insistí al ver que no añadía nada más.
—Por ahí tienen problemas más urgentes.
—Eso no suena bien.
—Lo discutiremos en otro momento.
—Ok, me rindo, ya me percaté de que no vas a contarme nada. Tengo que armar una valija- entoné a regañadientes.
—Sí, claro, hablaremos más tarde.
—Que Vicente me llame.
—Seguro —me dijo él y luego cortó.
Así nomás, arrojé todo dentro de la valija. Ni me molesté en cambiarme de ropa.

...

El avión carteó por la pista cobrando cada vez más velocidad. Los motores bramaban. No pude dejar de mirar por la ventana, tenía la sensación de estar abandonando un pedazo de mí en París. Hasta ahora Vicente no se había puesto en contacto conmigo, espera que fuese debido a que estaba ocupado planeando su salida del país para seguirme los pasos.

Los atardeceres siempre tuvieron para mí un gusto un tanto melancólico, no es que no me gusten, pero en este instante me parecía depresivo ver él sol ocultarse debajo de París. Las últimas veinticuatro horas fueron una locura y lo peor del caso es que todavía no acababa. Apreté los parpados e intenté

relajarme un poco, mi cuerpo era como la cuerda de un arco, tensa, lista para disparar. Vinieron a ofrecerme una copa de champagne y luego un plato de comida; recusé ambos ofrecimientos; Trueba tampoco comió, en cambio se paso todo el reto prendido a su computadora personal.

Llegamos a Roma ya entrada la noche, una horrible tormenta nos recibió. El avión se sacudió cual maraca, por un momento creí que mi vida iba terminar estampada contra la tierra junto con unas cuantas toneladas de acero. Todavía no me explico cómo hizo el piloto para bajar la nave sin matarnos a todos en el intento.

Los paraguas con los que nos recibieron en plena pista de aterrizaje no sirvieron de mucho, caían gotones enormes, y el viento que se arremolinaba en todas direcciones, hacía imposible cubrirse. Un automóvil nos esperaba a un par de metros de distancia, entre el avión, cuyas turbinas todavía estaban encendidas y los hangares; la terminal central se encontraba bastante más lejos. Quedó graba en mis retinas la lluvia cayendo a mares por delante de los reflectores de luz blanca que lo iluminaban todo.

Nunca pensé que me pudiese dar lo mismo estar en Roma, en Buenos Aires o en Hong Kong, yo solamente podía pensar en él y en nada más. Nada en mi ser se alteró cuando por la ventana alcancé a ver la cúspide del Castel Sant'Angelo iluminada, y era conciente que en este momento hasta el Vaticano y el Coliseo me causaría la misma indiferencia.

Continuaba lloviendo a cantaros. El sonido de la lluvia al estrellarse contra el techo del auto tornaba menos incomodo el silencio entre Trueba y yo.

—Casi llegamos —entonó Trueba a modo de consuelo cuando el automóvil dobló en la esquina metiéndose por una calle que parecía desafiar al paso del tiempo. Roma no envejecía, igual que los demonios.

Yo tenía las manos entrelazadas sobre la cartera apoyada contra mi regazo, él estiró una mano y me dio unas palmaditas.

—El lugar te fascinará, el hotel esta dentro un antiguo edificio que remonta al mil quinientos ocho, éste es uno de los rincones más exclusivos de toda roma. A pocos pasos de tienes Campo de' Fiori y Plaza Navona, ciudad del Vaticano y Castel Sant'Angelo.

Sabía que me lo decía para levantarme el ánimo pero a mí me importaba un cuerno. Si el propio Nerón resucitado salía a recibirme. Pobre, no le hice el menor caso.

Pasamos por debajo de un arco de aspecto antiquísimo casi cubierto por completo por vegetación que caía como lluvia.

El automóvil se detuvo frente a la discreta fachada de un típico edificio romano de dos plantas con altas y angostas ventanas, de esos antiguos palacetes que pueden verse en películas o en documentales. El edificio en sí, por fuera no tenía ninguna belleza particular, lo único distintivo en él era una especie de escudo, una ornamentación que no llegué a distinguir qué era, vi que había una placa, pero la lluvia y la oscuridad no me permitieron captar más detalles.

Una persona cubierta de los hombros a los tobillos con un piloto negro, salió por una puerta de marcos blancos y vidrio, sobre la que rezaba el nombre del hotel, oculto debajo de un gigantesco paraguas negro. Tuvo que esquivar alevosamente el enorme masetero de terracota dentro del que creía un árbol, para poder llegar hasta nosotros sin arrastrar parte de la copa del árbol con él. Trueba abrió la puerta y salió en primer lugar, abriendo otro paraguas que había traído el hombre, me esperó. Juntos, nos apretamos debajo de lo que casi podía considerarse una sombrilla, por su tamaño digo. Con él prendido a mí (me rodeaba los hombros con su brazo izquierdo) corrimos hasta la puerta. El hombre se quedó para recibir nuestro equipaje. En cuanto cruzamos la puerta el mundo cambió por completo, si por fuera el edificio no prometía demasiado, por dentro era un despropósito de lujo. Si no me equivoco, lo que cubría el piso, y las paredes hasta la altura de mi cabeza, eran listones de mármol *travertino*. El lobby era una mezcla entre modernidad, buen gusto e historia. Dentro de unas campanas de bronce y vidrio, brillaban velas encendidas; una luz muy íntima, asomaba por arriba y por debajo de las pantallas negras, de unas altas lámparas de pie cuyo cuerpo era de ese mismo color.

Vi un enorme reloj con números romanos, pero no reparé en la hora. Detrás del mostrador de recepción nos esperaba un hombre.

—*Buona notte e benvenuto, signore* Trueba.

Nos entregaron las llaves de nuestras habitaciones.

Un muchacho empujando un carro dorado, apareció con nuestro equipaje.

Trueba se despidió de mí después de entrégale una propina al muchacho que dejó mi equipaje dentro del cuarto.

—Intenta descansar, mañana tendremos mucho tiempo para hablar.

Ya habíamos tenido tiempo para hablar pero no había pronunciado ni una sola palabra.

—Si me necesitas llámame, lo más probable es que a la hora que sea, me encuentres despierto —sonrió—. Tengo problemas para dormir.

Estábamos solos en el corredor, el botones debía estar en camino de su cuarto.
—No hay nada que no podamos solucionar juntos.

Le sonreí y luego le di las buenas noches. Me metí dentro del cuarto y cerré la puerta, así como estaba, algo mojada, sucia, manchada de sangre y cansada, me tiré sobre la cama. No tengo ni la menor idea de en qué momento me quedé dormida, tan solo sé que sucedió muy rápido.

Tuve sueños inquietantes durante toda la noche; no lograba recordarlos al despertar (es que desperté media docena de veces y volví a quedarme dormida casi al instante). Cada vez que abría los ojos sobresaltada, me invadía una angustia que apenas si me permitía respirar.

La luz del sol me daba directo en los ojos traspasándome los párpados, llevaba un buen rato intentando evitarla, pero estaba tan cansada que ni siquiera podía reaccionar dándome la vuelta, o tapándome la cara con la almohada o con un brazo.

Así como abrí los ojos tuve que volver a cerrarlos.

—Mierda —rezongué, las sienas me latían. Mi cabeza amenazaba con estallar. Arrastrándome por encima de las mantas, encontré algo de sombra y allí volví a intentar despegar los párpados; en la sombra no fue tan doloso hacerlo. Inspiré hondo y solté el aire por la boca. Registré todo lo que me rodeaba, ni siquiera me había dado cuenta de que la habitación era tan amplia y luminosa. Apreté los párpados otra vez, y me refregué la cara. Quité las manos de encima de mis ojos en cuanto oí el primer crujido. Esperé a un segundo para terminar de convencerme de que el sonido había sido real. Me incorporé e intenté descubrir de donde venía, al sentarme, la cabeza me dio vueltas.

¿La puerta, era la cerradura? Alguna mucama que no sabía que la habitación estaba ocupada o que en su defecto creía que yo ya me había levantado; por cierto, que hora sería, seguro que la mañana ya estaba más que enterrada.

Con la cola y los pies me arrastré sobre la cama, hasta llegar al borde, bajé las piernas y me puse de pie. Era la puerta, las visaras dieron cuenta del movimiento. ¿Es que aquí no llamaban a la puerta?

Me puse de pie y me asomé ya que desde donde me encontraba no veía la puerta. Esperé encontrarme con alguien del servicio, en lugar de eso, un zapato masculino asomó por la abertura. Por una fracción de segundo me asusté, pero en cuanto vi su rostro, ya estaba completamente recuperadote las cicatrices y para indicarme que guardase silencio, cruzaba sus labios con un dedo. Di un salto de alegría al verlo.

Vicente entró, colgó el cartel de no molestar del lado externo de la puerta, y nos encerró dentro del cuarto presionando la traba de la perilla. Corrí hasta él y me colgué de su cuello en cuanto lo alcancé.

Fue un abrazo corto ya que él pronto me apartó de su lado y me alejó de la puerta.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Qué tal están tus piernas? ¿Tuviste problemas para salir de París? ¿Cómo me encontraste?

—Cálmate sí —dijo empujándome para que me sentara en la cama.

Me dejó allí y fue a cerrar todas las cortinas.

Así se estaba mucho mejor, la luz hería mis retinas.

Regresó y se paró justo frente a mí.

—Tenemos que agradecerle a tu jefe por esto, fue de gran ayuda.

—Hubiese preferido quedarme contigo.

—Desgraciadamente ya sabía que dirías algo así.

—¿Dónde te estás quedando? —le pregunté después de un momento de que nos quedásemos mirándonos como dos tontos sin poder pronunciar palabra.

—En el primer hotel en el que encontré una plaza.

—Recojo mis cosas y me voy contigo—. Solté saltando de la cama, él volvió a sentarme.

—Podrías parar un poco, tenemos que hablar.

—Podemos hablar de todo lo que quieras cuando salgamos de aquí.

—Por el momento sería perfecto que te quedases unos días aquí.

—¿Para qué?

—¿Para darme tiempo a intentar solucionar las cosas?

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Volaré a Buenos Aires para encontrarme con Ariel.

—¡Es el responsable! —exclamé sorprendida, a pesar de las sospechas me resultaba difícil creer que en definitiva así fuese, después de todo él nos había ayudado una vez, o mejor dicho, más de una vez. Mi último contacto con él no había sido todo lo bueno que yo hubiese podido esperar, pero no comprendía, si era el responsable, que motivo lo habían movido a realizar todas aquellas jugadas. No le encontraba demasiado sentido.

—No digas esas cosas, mejor ni las pienses.

—Entonces...

—Simplemente necesito hablar con él. Quiero que tu regreso a Argentina sea seguro.

Volvimos a quedarnos en silencio.

—Esos demonios de París, ese tal Ciro te enseñó cosas.

Vicente me dedicó una mirada dubitativa.

—Sí —contestó al final.

—De ellos hablabas cuando me contaste sobre tus viajes, sobre el tiempo que pasaste aquí en Europa.

—Así es, Ciro y los otros once son de los demonios más antiguos.

—¿Qué es exactamente el grupo que conforman?

—“Las Doce Sillas” han existido desde siempre.

—Qué hacen, aparte de adoctrinar a otros demonios.

—Imponen las reglas, o al menos eso intentan, muchos ya no les prestan atención, es una especie de monarquía, la concepción general que se tiene de ellos es que más que nada representan una institución cuyo valor está casi perdido, es más bien algo anecdótico, una adorno un recuerdo de lo que un día fuimos y de lo que se supone deberíamos ser. Pero las cosas funcionan de un modo muy distinto hoy en día, la mayoría de los nuestros puja cada uno para su lado, por supuesto todo el mundo trata de mantener las apariencias, ya que cuando algo muy grande o público sucede, es difícil esquivar el castigo. En lugares que se encuentran muy lejos de su control, la situación no es igual de fácil de controlar. Los demonios se encubren unos a otros con tal de conseguir lo que quieren. A menudo los míos terminan matándose los unos a los otros por poder y de esos asesinatos o complots, no se suele encontrar pruebas. En la mayoría de las ocasiones, cuando algo grande sucede, es porque está orquestado desde arriba, de modo que el desacato a las órdenes no se detiene, hasta que el plan está completo.

—¿Es eso lo que está sucediendo aquí?

Vicente no me contestó.

—Es exactamente eso lo que pasa aquí, por eso, esos demonios no hicieron nada, por eso nos dejaron ir, todo está orquestado y calculado... pero para qué.

Vicente se alejó de mí para finalmente dejarse caer en uno de los tantos sillones con los que estaba amoblada la habitación.

—Para llegar a ti, por medio de mí.

—Sí fue Ariel, me estás dando la razón. ¡Te mandó directo a mí para eso, quiere quedarse con mi alma, con mi poder o con dios sabe qué!

—Ariel fue el primero en apoyarme cuando le dije que no pensaba comprar tu alma, que me largaba.

—¿Le contaste lo que sabes de mí?

Achinó los ojos desconfiando.

—No.

—No entiendo.

Me devané los sesos intentando encontrar algo más, pero únicamente di con un recuerdo que creía olvidado.

—Salvador, ese demonio que se presentó cuando me llevaste a conocer la casa en la que viviste con Ariel... él mencionó que si querías podrías ser uno de los más jóvenes en ocupar una silla—. En el momento no lo entendí, pero ahora el comentario tenía sentido.

—Qué memoria tienes.

—¿Por qué lo dijo?

—Porque Ciro, que además de tener el mismo poder que yo, cuenta con otros poderes mucho más impresionantes, desde que me conoce, ha insistido con que quiere proponer que se abra una plaza más en su grupo para mí.

—Para ser trece.

—Sí, para ser trece. Siempre, desde el comienzo de los tiempos, han sido doce.

—Y nunca aceptaste ese honor, porque me figuro que deben considerarse como un honor, ¿no?

—Un honor y un privilegio, el mayor que puedas obtener en nuestra sociedad, o al menos así era. A mí no me interesa, Salvador siempre me ha odiado por eso, le encantaría que lo propusiesen a él, de hecho lleva siglos intentando ganarse el respeto de los Doce, pero por alguna razón que desconozco, jamás le han hecho caso.

—Recuerdo que me lo explicaste, aunque no con tantas palabras. Entiendo, entonces, recapitulando, ¿no tiene un poder lo suficientemente impresionante?

—Si lo tiene, a mi modo de ver, su problema es que se ha dejado gobernar por ese poder, no es capaz de mirar más allá de su ombligo. El egocentrismo es demasiado común en nuestra raza. Además muchos consideran su existencia algo molesto.

—Por lo visto esos doce demonios tienen en la cabeza algo más que deseos de poder.

—¿Te cayeron bien?

—¿Qué estás diciendo? ¡Te torturaron!

—Aun así eres capaz de ver algo bueno en ellos.

Me crucé de brazos.

—Sí, soy una ingenua que se deja engañar con suma facilidad.

—Yo no he dicho que te hubiesen engañado.

—Entonces sí tienen algo bueno.

—Pronto lo descubriremos, si se encargan de llegar a la verdad es que no están tan corrompidos por su propia maldad tal cual podría suponerse.

—¿Nos van a ayudar?

—Lo van a hacer por ellos mismos, por no quedar como idiotas.

—¿Nada más que por eso?

Vicente golpeó los apoyabrazos y se levantó.

—Intentan aprender de los humanos, están locos por comprender qué hacen, cómo lo hacen y qué los motiva... quizá después de tanto tiempo hayan logrado aprender algo, ya lo veremos. Sea como sea, nunca dejaran de ser demonios.

—No nos define lo que somos sino lo que hacemos.

—Lindo discurso; es probable que en la vida real no funcione.

Otro impas en la conversación permitió que recordase otras cosas que Vicente me había contado sobre Salvador: cómo había intentado subyugarlo, lo molesto que estaba por la liberación de mi alma, su rencor hacia Ariel por liberarlo, su maldad innata, se había referido a él como “un trozo del infierno mismo”.

—¡Salvador! —entoné llegando a la única conclusión posible.

Vicente me fulminó con la mirada.

—¿Qué?!

—¡Es él, es quien está detrás de todo esto! Todo lo que me contaste sobre él, todo indica que es el responsable, tiene sobradas razones para odiarte a ti y tenerme rencor a mí.

—¿Cómo...? No deberías... qué...

—Es él, ¿no?

—Por lo que más quieras no vuelvas a pronunciar su nombre.

—¿Qué lugar ocupa él entre ustedes? Me refiero a que si quiere ser uno de los doce pero no puede... y al mismo tiempo es alguien que manda por encima de los demás, que manda por encima de Ariel, que hizo cosas por Ignacio, que incluso tocó a Eva —en cada recuerdo que me llegaba parecía tener grabado su nombre.

—Es alguien con mucho poder, es todo, tiene más de mil años, eso es suficiente para hacerse un lugar, nadie que haya sido humano antes ha durado tanto como él.

—¿Y por qué duró él?

—¿Porque sabe estar bien con Dios y con el Diablo, tal vez?

—No bromees.

—No bromeó. Nadie sabe demasiado de él, simplemente es alguien que por lo general aparece metido en el medio de todo, es una molesta constante de la que no puedes deshacerte.

—¿Y dónde está ahora?

—No tengo ni la menor idea.

—No tendríamos que averiguarlo.

—Tú no te meterás en esto.

—Ya estoy metida en esto.

—No hasta ese punto.

—¿Qué más hay que yo no sepa?

Se quedó mudo.

—Ah, sí claro, está ese pequeño gran detalle, la puta cosa que llevo encerrada en mí y que no quieres decirme qué es. Tienes razón. No lo sé todo porque te niegas a contármelo.

—¿No querrías escapar del destino si pudieses?

—Depende de cual sea el destino.

—Dijiste que querías controlar tu propia vida, no ha sido así siempre.

—Dentro de lo medianamente posible sí.

—Bien, esta es tu oportunidad.

—No me importa si el destino quiere arrastrarme hasta tu mundo, hasta ti, es eso mismo lo que yo quiero, ya te lo dije.

Se me acercó un poco más.

—Descansa unos cuantos días aquí, en esta ciudad estarás a salvo, a la mayoría de los demonios no les gusta venir aquí, no es porque sea el lugar en el que está emplazada la santa sede, sino por la cantidad de fieles que pasean por sus calles cada día, la fe es más poderosa que cualquier símbolo religioso de cualquier religión, eso les desagrada a la mayoría, que la gente crea que hay algo bueno allí afuera, les provoca repulsión. Confío en que cuando estés de regreso en Buenos Aires, ya todo habrá cambiado.

—¿Y qué va a pasar entonces?

—¿A qué te refieres?

—Contigo y conmigo.

No respondió.

Deseaba que me besara, pero él se limitó a estamparme un beso en la frente. Titubeó antes de moverse, tomó mi mentón con su mano derecha y me dio un

suave beso sobre los labios.

Cuando volví a abrir los ojos, ya no estaba allí.

Corrí hacia el pasillo, pero ni siquiera había rastros de su perfume, en cambio de eso, me topé con el sonriente rostro de Trueba.

—Hola. Buenos días, o mejor dicho, buenas tardes. ¿No tienes hambre? He hecho unas reservaciones para cenar en un lugar espectacular, podríamos salir en un rato, dar una vuelta por la ciudad y luego comer... ¿te parece bien?

26.

Confianza.

—Así que... ¿cuál es el problema? —curioseó mientras llenaba mi copa por... ¿sexta vez?

El vino se me había subido directo a la cabeza a causa de no haber probado bocado en horas. Estaba medio borracha, era capaz de pensar, pero no con total claridad; el alcohol me aflojó la lengua y me relajó, demasiado talvez. Fue un error beber. Fui demasiado débil, en compañía de otro humano sentía que al menos en este momento, podía permitirme un momento de estupidez, de flojera.

—Es más de uno—. La lengua me patinó al hablar—. Tomé la copa de agua, esquivando la de vino, no con demasiada precisión, y continué—. Hay mucha gente a la que creo que no le agrada vernos a Vicente y a mí juntos, y además, él piensa que no es lo suficientemente bueno para mí.

—¿Y está en lo cierto?

—¡No, claro que no! Se comporta como un estúpido. Tendría que dejarme a mí, decidir qué es bueno para mí y que no.

—Eso no lo dudo.

Bebí más agua y bajé la copa. Esperábamos el postre, yo hubiese ido directamente al café, lo necesitaba, pero Trueba insistió en que no podía dejar este restaurante sin probar el tiramisú, postre tan típico de Italia y que aquí, lo preparaban como los dioses.

—Me alegra que al fin y al cabo me hayas hecho merecedor de tu confianza—. Se llevó su copa de vino a los labios pero no bebió. Como arrepentido, apartó la boca y me preguntó—. ¿Y por qué querías renunciar a tu trabajo? Más allá de tus problemas amorosos, esta es una oportunidad única.

—Es mucho más que problemas amorosos —solté y me arrepentí al instante.

—Explícame.

No podía explicárselo.

—¿Es que verdaderamente hay algo malo en ese tal Vicente?

—Quizá el entorno con que se codea no es el mejor.

1Eso tiene solución, al menos que sea un mafioso o algo así y no lo dejen apartarse del grupo.

Hice una mueca que hubiese preferido hacer. ¡Condenado el vino! ¡Estúpida de mí por beber!

Trueba soltó un silbido agudo y bajito.

—Tendrías que concertarme una cita con él, es probable que pueda ayudarlo, ya sabes en ocasiones cuando un tercero se mete en el medio, logra dar una perspectiva más clara de la situación que desde adentro, no se puede ver.

Ni todo su dinero tendría el valor suficiente para comprar nuestra libertad.

—No tengo miedo de enfrentarme a unos cuantos mafiosos, no al menos si es por ti.

—De verdad quisiera que usted pudiese ayudarme pero...

—¿Pero según tú, no está en mis manos hacerlo?

Negué con la cabeza.

—Eliza, hay cosas de mí que tu siquiera imaginas.

Lo mismo digo —pensé.

—¿Conoces a los responsables?

—Podrían ser todos o cualquiera de ellos. Han hecho hasta lo indecible por separarnos... quemaron mi departamento, me amenazaron, amenazaron a conocidos... casi me matan una vez—. Abruptamente me tapé la boca con las manos. Trueba se sonrió.

—No te angusties. El vino te sienta bien, es la primera vez que nos comunicamos.

—Odio no perder el control de mi misma, me enferman este tipo de cosas, yo no soy así.

—Me imagino que no, siempre tienes que tener todo controlado, no es así.

—Lo intento, no siempre resulta.

—Por lo que cuentas lo has estado pasando muy mal.

—Valen más los buenos momentos que he tenido con él.

—Estás muy enamorada.

—Como nunca antes y como no volveré a estarlo.

—El amor mueve montañas...el amor y el odio por igual.

—Ni que lo diga.

—¿Dónde está él ahora?

—¿Vicente? Camino a Buenos Aires.

—Lo que sucedió en París fue responsabilidad de esa gente que quiere separarlos.

—En parte sí.

—¿Es el vino o eres tú la que confía en mí?

Medité un instante su pregunta.

—Yo —respondí al final intentando despegarme de la nube de somnolencia alcohólica.

—Pasado mañana regresaremos a Buenos Aires y podremos manos a la obra.

—Usted no debe meterse en esto, es demasiado peligroso.

—¿Qué puedo perder?

—¿La vida?

Trueba soltó una carcajada muy poco recatada.

—Gracias por tu sincera preocupación; quienes deberían estar preocupados en este momento, son aquellos que se metieron contigo.

—Por favor, no haga nada, le conté esto porque... porque —iba a decir que porque había sido muy bueno conmigo, la sinceridad era lo menos que uno podía entregar cuando se confía en la otra persona, pero en este momento, más que una recompensa o respeto, se tornaba un castigo, una condena indeseable—. Por favor, lo que mejor que puedo hacer por usted es apartarme de su vida, es por eso que renuncie.

—Pues yo no pienso aceptar tu renuncia ni ahora ni nunca. Y fin de la discusión.

Del tiramisú no pude consumir más que unas cuantas cucharadas y me levanté de la mesa antes de que tuviésemos tiempo para ordenar el café, terminé vomitando despatarrada sobre el costoso piso del baño de mi habitación de hotel, aferrada del inodoro por miedo a perder la conciencia.

...

Mi madre se puso increíblemente contenta cuando le conté que estaba a unas pocas horas de volar de regreso a Buenos Aires, también se sorprendió mucho cuando de pasada, le expliqué dónde estaba. Luego de hablar con ella, llamé a Gaspar: todavía no había visto a Vicente pero sabía que ya estaba en el país, había hablado con él en varias ocasiones desde su regreso. No quiso comentarme nada sobre esas charlas, simplemente se limitó a explicarme que todo estaba medianamente bajo control, que por el momento su familia entera

estaba dedicada a intentar encontrar a Lucía (eso fue la única responsabilidad que Vicente aceptó delegar en ellos, al menos en parte, mientras él se ocupaba de mí situación y de la suya propia). Le pregunté por Lucas, me contestó que no era algo que pudiésemos discutir por teléfono, y cuando saqué el nombre de Salvador amenazó con cortarme.

Fueron quince horas eternas.

Atrás quedaron París y Roma.

...

Eran pasadas las once de la noche. Trueba me dejó con su auto en la puerta de mi departamento, el chofer subió mi valija los tres escalones que nos separaban la vereda y se alejó mientras mi jefe se comprometía a llamarme en la mañana para acordar una hora de reunión, en la que no trabajaríamos en lo más mínimo, sino que nos dedicaríamos a intentar encontrar una solución para mí.

Me incliné hacia delante y apoyé la frente sobre la pared. El botón de llamada del ascensor se puso rojo después de que lo pulsara. Oí el susurro de las sogas al moverse y el suave deslizamiento de la cabina por dentro del ducto.

El ascensor llegó, metí mi valija dentro y presioné el botón de mi piso.

Tenía frío, de hecho, estaba helada, aquí comenzaba a hacer frío enserio.

Las luces del pasillo de mi piso no se encendieron cuando salí del ascensor, tal como debieran, puesto que estaban conectadas a un detector de movimiento.

Metí las llaves en la cerradura y abrí la puerta. Arrastrando mi equipaje, entré.

—Bienvenida a casa —entonó una voz en plena oscuridad.

El corazón casi se me escapa por la boca.

Le propiné un manotazo a la llave de luz.

—¿Lucas?!

Me lo encontré sentado en el sofá cama en el que solía dormir.

—¡Por Dios, no podrías haber encendido una luz aunque sea! Poco faltó para que me matases de un susto. Arrojé las llaves sobre la mesita junto con la cartera.

Nos miramos.

—Hola —le dije mientras se me escapaba una sonrisa, verlo me hacía feliz, pese a todo, pese a que sabía que lo mejor para él era apartarse de mí, pese a que le dije que hiciese eso mismo.

—Hola —contestó poniéndose de pie, sin sonreír, sin expresar absolutamente nada—. Lo lograste, lo encontraste. ¿O será que él te encontró a ti? Me llegó parte de todo lo que sucedió en París.

—Es la historia de mi vida —lancé medio en broma, medio enserio.

—Siempre estás a un paso de la muerte.

—Exageras.

—¿De verdad?

Le contesté que sí con la cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te molesta.

No, no me molestaba, me intrigaba.

—Supe que regresabas esta noche y quise venir a asegurarme de que llegaras en una sola pieza.

—Estoy entera —afirmé revoleando los ojos—. Me hiciste falta.

—Estás con él otra vez —soltó de mal modo sin que su rostro se inmutase. No me lo preguntó, lo afirmó.

—Es lo que yo quisiera, pero creo que eso no está en sus planes.

—Conozco sus planes; una gran estupidez.

—Opino lo mismo—. Fui hasta la cocina, tomé un vaso de la alacena y me serví un poco de agua que empecé a beber de a pequeños sorbos, todavía tenía el estomago un tanto inestable.

—No deberías confiar en él así tan ciegamente, si a ti te sucede algo malo, indefectiblemente él anda cerca de ti, ¿no te has puesto a pensar en eso?

Coloqué el vaso sobre la mesada.

—Casi lo matan por defenderme.

—Y tú te creíste eso.

Odiaba que me trataran como si yo no fuese capaz de entender absolutamente nada, el que solía hacer eso era Vicente, pero que él tomase la posta me molestaba todavía más.

—Te llevó directo a la guarida de sus más grandes amigos, de los protectores más incondicionales que ha tenido jamás, y que por una de esas casualidades de la vida, son los demonios más fuertes que hayan existido jamás. ¡Seguro que después de esto ocupará el lugar que siempre quiso!- gruño derrochando asco.

Con que Lucas también conocía la historia, o al menos, se había enterado a raíz del sucedido.

—¿No te contó cual es Vicente su cometido? ¡No le alcanza con obtener una

silla!

Bufé.

—Así que estuvieron llenándote la cabeza, quién fue, ¿Ariel, Salvador?

—Por lo que acabas de decir comprendo que él estuvo llenándote la cabeza a ti. Cuantas otras mentiras te contó.

—No puedo creer que te dejaras engañar así como así, Lucas.

—Mira quien lo dice.

—Sabes que esto no tiene porqué ser así, lo que pasó entre nosotros es mi responsabilidad, no de Vicente, yo intenté... —me frené, no sabía como expresarme—, me equivoqué, todavía lo amaba cuando... No es su culpa, es mi culpa—. Había albergado la esperanza de no verme en la obligación de tener que volver a sacar a colación esto, pero de una buena vez tenía que quedar claro que la responsable se su desengaño era yo, no Vicente—. Me confundí, creí que podía amarte. Te quiero muchísimo, no del mismo modo, me aproveché de ti; ódiame por eso pero no te la tomes con él, ya tiene demasiado con todo lo que está pasando. ¿Tú sabes quien es Lucía en realidad? Ella desapareció.

—Claro que sé quién es, Ariel me lo explicó. Vicente tuvo el descaro de mandar a su sobrina a engañarnos, a espiarnos.

—Estaba ahí para cuidarnos.

—¡Mentira! Ella es una rastrera igual que él.

El tono y el vocabulario que utilizó me sorprendieron y no gratamente.

—Ariel no pudo contenerse, ¿no?, ya tenía que salir a desperdigar su mierda.

—Ariel ya no confía en Vicente y sus razones tiene.

—¿Ah, sí? ¿Qué razones son esas?

—Vicente quiere ser libre para hacer lo que se le de la regalada gana, y eso incluye manipularte.

—¿Libre?

—Planea matar a Ariel, está buscando quien lo encubra, se ha armado todo un plan para echarle la culpa de todo lo que sucede, así, cuando lo mate, nadie podrá recriminárselo.

Lucas dio en el clavo a la hora de sembrar la desconfianza, Vicente me había hablado de algo muy parecido, solo que a la inversa.

—No te creo.

—¿Por qué confías en él y no en mí?

—Lo amo, sé que dice la verdad.

—Y me quieres a mí pero presupones que miento.

No supe cómo reaccionar a eso.

—Vicente fue amigo de Bruno hace mucho tiempo, de hecho, fueron muy buenos amigos, compañeros, los dos pasaron mucho tiempo bajo el ala de Ciro.

Un pedazo de piso se desprendió debajo de mis pies. Sentí el ligero cambio que eso provocaba en mi estabilidad.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque Vicente me lo contó hace mucho. No fue Ariel quien me lo dijo.

—Eso no hace la menor diferencia, Vicente insinuó que lo conocía.

—Y tú en ningún momento sospechaste nada—. Se estaba mofando de mí, no me quedó ni la menor duda.

—¡Lárgate de mi casa! Lucas, voy a hacer de cuenta que nunca tuvimos esta conversación.

—No me interesa que te olvides de lo que acabo de decirte, no me desespera que me perdones, que me creas ni nada. Te desconozco. ¡Al final lo logró! ¡Te tiene en sus manos! Puede hacer de ti lo que se le de la regalada gana.

—No te escucho.

—Sí, sí me escuchas, veo con suma claridad lo que piensas y lo que sientes en este momento.

—¡No te di permiso para que te metieses en mi cabeza!-. Esto ya estaba fuera de control.

—No necesito que me des permiso para nada, yo, a diferencia de ti, hago lo que se me da la gana, no me dejo controlar ni me paso pidiéndole autorización a la gente para reaccionar.

—¡Fuera de aquí!

—¿En quién te convirtió?!

—¿En quien demonios te convertiste tú? —exclamé procurando contener las lágrimas.

—No voy a intentar salvarte el día en que te encuentres bajo su gobierno, tendrás que arreglártelas sola entonces, y si te mueres, no pienso llorar por ti. Manoteé lo que más cerca tenía, lo cual era un florero de vidrio que habíamos comprado juntos y se lo lancé por la cabeza. Lucas lo esquivó sin el menor esfuerzo.

—¡Estás ciega! —Me gritó antes de salir.

Perfecto, esto era lo único que me faltaba.

Tendida en la cama, me sentí terriblemente extraña y sola en mi propio departamento. Me costó mucho dormirme, desarme la cama en el ínterin, por

dar tantas vueltas.

...

Considerando que me dormí de madrugada, a las ocho, cuando abrí los ojos, era madrugada, y mucho. Abrí la ducha, esperé a que el baño se calentase con el vapor de agua, me metí debajo del chorro de agua, cerré los ojos y esperé a que ésta ablandase la mugre y las costras de sangre que llevaba adheridas a la piel. Cada herida y cada golpe dieron cuenta de mi sistema nervioso; me dolía absolutamente todo el cuerpo.

Me vestí mientras tragaba un café con unas cuantas galletitas que estaba ya algo húmedas, por cierto, en cuanto tuviese cinco minutos pasaría por el supermercado, no tenía absolutamente nada para comer, mis alacenas y heladera daban pena.

Tomé un abrigo más consistente de aquellos que había llevado a París, manoteé mi cartera y las llaves del departamento y salí rumbo a casa de mis padres, necesitaba verlos, con ellos y en mi vieja casa, me sentía segura. Pasar unos minutos allí, recargaría mis pilas para seguir adelante.

Por tantos motivos me resultó tan extraño subirme en la camioneta... bien podría haber hecho el trayecto caminando, ya que la distancia era de unas pocas cuadras, pero no tenía las fuerzas suficientes para eso. Estacioné lo más cerca que pude de la puerta de entrada. En cuanto me bajé, miré a mí alrededor en busca de presencias sospechosas. No encontré nada. Que respiro, creí que regreso sería un tanto más turbulento.

Mi madre me obligó a desayunar otra vez y no me quejé, su café estaba más rico que el que yo me preparé y las tostadas con manteca y dulce, mucho más apetitosas que las viejas galletitas que había comido sin ganas.

Mientras yo daba cuenta de unas cuantas rodajas de pan y le contaba la parte agradable de mi viaje (es decir lo que ella había estado esperando oír) la vi preparar el almuerzo. Mi papá tampoco se separó de mi lado. A ambos les gustaron sus regalos, en París me había tomado mi tiempo para hacer unas cuantas compras cuando todavía las cosas andaban bien, en Roma, Trueba insistió en que comprase unas cuantas cosas más, cosas que él pagó, nunca me dejó gastar ni un solo centavo.

La pasta cacera ya se secaba sobre la mesada. Mi papá había salido para ocuparse de unas cuantas cosas. Yo lavaba la vajilla del desayuno y unas cuantas cosas que mi mamá había estado usando para cocinar. Sobre el fuego

de la cocina, bullía la salsa boloñesa. El aroma del laurel lo perfumaba todo. Mi visita se estaba extendiendo más de lo que tenía planeado y la culpa de eso era solamente mía, el mundo al otro lado de la puerta no auguraba nada bueno, ni siquiera quería pensar en eso.

Cuando mi celular sonó, di un salto. Me sequé las manos con el repasador y corrí a atenderlo con la esperanza de que fuese Vicente o al menos Gaspar, necesitaba discutir con alguien las cosas que Lucas me soltó durante nuestra conversación de anoche, no es que tuviese dudas, pero en el fondo requería algo de apoyo...bueno, sí las tenía, sin embargo estaba segura de que éstas quedarían a un lado en cuanto Vicente me explicase que lo que Lucas planteaba no tenía absolutamente nada de cierto.

—Hola—. Creo que soné muy desesperada. Lo estaba, me agarré del borde de la mesa de la cocina, sobre ésta había dejado mi celular.

—Hola Eliza, ¿lograste descansar? —Era Trueba, anoche había prometido llamarme.

—Algo.

—Te llamé a tu casa hace un rato, me preocupé al no encontrarte. ¿Dónde estás, estás bien?

—Sí, estoy en casa de mis padres.

—Sí, claro, por supuesto. ¿Les llevaste los presentes que les compramos juntos?

—Sí, todo les ha gustado, usted tiene un gusto impecable.

Mi mamá me miró de reojo.

—Gracias por ayudarme a elegir las cosas.

—No hay por qué. Entonces, vas a almorzar con ellos o puedo invitarte a comer.

—De hecho estaba a punto de poner la mesa, hoy van a consentirme con pasta casera.

Mi madre se sonrió, llevaba mucho tiempo sin verla sonreír.

—Qué suerte tienes, llevo siglos sin comer comida casera.

Pero llevaba toda una vida comiendo en los mejores restaurantes del mundo; la verdad, yo prefería la comida de mi madre.

—¿Quiere... le gustaría acompañarnos? —la frase me salió del alma, yo era conciente de que sería una situación un tanto incómoda pero es que me dio la sensación de que él esperaba que lo invitase, que le diese permiso de participar un poco más de mi vida. No me detuve a pensar cómo haría más tarde para apartarlo de mí lado, porque tarde o temprano, tendría que hacerlo.

Una mirada fulminante me llegó de parte de mi madre, ni modo, estaba hecho, ahora no podía echarme atrás, y dudaba que Trueba fuese a decir que no.

No dijo que no.

—¿De veras? —Sonó muy entusiasmado.

—Claro, no hay problema, siempre hay lugar para uno más.

—Bueno... es un honor para mí acompañarlos. Yo llevo el vino y el postre.

—No hace falta que traiga nada.

—No pienso caer a almorzar en casa de tus padres con las manos vacías. ¡Qué van a pensar del jefe de su hija! Además, es un honor para mí poder acompañarlos, no sabes lo feliz que me haces al invitarme, Eliza.

Me lo decía en serio. Se me puso la piel de gallina; quién era éste hombre y porqué se aferraba tanto a mí. ¿Tan solo se encontraba en el mundo? Eso de que el cariño no se compra con dinero es completamente cierto.

Le pasé la dirección de la casa de mis padres (aunque supongo que ya tenía idea de por dónde vivían, él era conocido de un buen amigo de mi padre).

Quedamos vernos en un rato.

—Podrías haberme avisado antes, que pensabas invitar a tu jefe al almorzar —chilló mi madre.

—No planeaba invitarlo, además no hay que hacer tanto alboroto, es una persona común y corriente, no espera que todo el mundo viva en un palacio y es más, me figuro que eso es lo que menos le importa. Simplemente lo invité porque me dio la sensación de que realmente anhelaba tener una comida familiar.

—Voy a cambiarme —soltó revoleando el delantal que llevaba puesto, sobre la mesada, levantando una nube de harina—. No puedo recibirlo con estas fachas.

—Mamá, no hacer falta.

—Pon la mesa en el comedor.

—No es necesario, seguro que él se sentirá mucho más cómodo si comemos aquí en la cocina. Si te tomas demasiadas molestias lo pondrás incómodo, él no es ese tipo de persona—. De verdad no sabía muy bien que tipo de persona era, de lo que si estoy segura es de que si pongo la mesa para invitados de “gala”, como seguro planeaba ella, Trueba diría que no pretendía causarnos tantas molestias.

Mi mamá me contempló un momento desde la puerta.

—Bien, pon la mesa aquí pero usa un mantel bueno y la vajilla y los cubiertos del comedor

antes de cambiarme voy a llamar a tu padre para que traiga algo para hacer una picada.

Resoplé, a ella no le importó, fue directo a llamar a mi padre a su celular.

Puse la mesa tomando todo el cuidado posible para no romper ninguna copa ni ningún plato, intenté seguir todas las pautas que según mi madre, una buena mesa debía tener, después, me ocupé de la comida.

Mi padre llegó con las compras mucho antes de que mi madre saliese de su cuarto cambiada.

—¿Qué es todo eso? —exclamé al ver tres bolsas de la confitería de la vuelta, en la que mi madre solía comprar el pan.

—Cuando tu madre llamó estaba comprando el pan, me encargó sándwiches de miga, masas, y no sé cuantas otras cosas más.

—Le dije que no hacía falta que armase tanta alharaca.

—¿Así que vamos a conocer a tu jefe?

—No debería haberlo invitado—. Gruñí por lo bajo mientras sacaba el enorme paquete de masas de una de las bolsas, para ponerlas en la heladera, además, abajo del paquete de masa había una caja, que seguro contenía una torta, apostaríamí vida a que así es.

—A mí no me molesta, quería conocerlo —cruzamos una mirada—, es de mousse de chocolate —dijo cuando tomé la caja.

—Trueba va a traer el postre.

—Entonces dejaremos la torta para la hora del café.

—Es una barbaridad de comida.

—Mejor que tu jefe tenga buen apetito. A ti te hace falta comer, estás ojerosa y demacrada—. Me miró la muñeca que todavía llevaba vendada, por suerte, la cortadura del tobillo quedaba debajo de las botas y el pantalón—. Como es que siempre te las ingenias para salir herida.

—Recuerdo de París.

—¿Y qué te trajiste de Roma?

Suerte para mí, sonó el timbre de la puerta.

—Yo abro, debe ser Trueba.

Si mi madre es exagerada a la hora de planificar y comprar la comida, mi jefe lo es tres veces más. Se apareció en la puerta con una caja de botellas de vino (de una de sus propias bodegas, claro está, y según me pareció ver era de los mejores), en la otra mano cargaba dos quilos de helado y una bolsa más con vaya a saber dios qué, además de un enorme ramo de flores.

—Hola—. Sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué es todo eso? —Se me escapó una carcajada.

Alzó la caja de vino.

—Para que nos alegremos, y para que nos endulcemos la vida—. Me tendió las bolsas—. Y esto —dijo refiriéndose al ramo de flores—, es para tú madre, en agradecimiento por recibirme.

—No tenía qué comprar nada.

—Sí, si tenía, además, me da placer hacerlo. Estoy muy emocionado, no puedo creer que me hayas invitado a casa de tus padres.

—No es gran cosa.

—No digas eso —me reprendió—. En este mundo no hay nada más valioso que la familia.

—Supongo...

—¿No me invitarás a entrar?

—Por supuesto, pase —me hice a un lado. Luego de cerrar la puerta le indiqué el camino.

—Has tenido novedades de Vicente —quiso saber mientras caminábamos por el pasillo.

Negué con la cabeza.

—Hablares de eso luego cuando estemos solos, ¿te parece bien?

Asentí, definitivamente no era un tema para sacar delante de mis padres.

Lo guié directo hacia la cocina.

—Tienen una linda casa...y que jardín —comentó cuando pasábamos por el living, a través de la puerta ventana se podía ver todo el fondo, que por esta época del año no estaba en todo su esplendor, pero aún así era bonito.

—Al fin tengo el gusto de conocer al hombre que ha criado a esta extraordinaria mujer —entonó Trueba al tiempo que estrechaba la mano de mi padre—. Felicitaciones. Seguro que está orgulloso de su hija, ¿no es así?

—Sí, los dos estamos orgullosos de Eliza, es muy buena hija.

Trueba se volvió y me miró.

—Claro que lo es, ella es muy inteligente y buena, podría conquistar el mundo si así quisiese, tiene todo lo necesario para hacerlo.

—Menos la voluntad, creo —acoté—, no me importa en lo más mínimo conquistar el mundo.

—Eso lo dices ahora, espera un tiempo y verás como cambias de parecer.

Mi padre me lanzó una mirada, yo me encogí de hombros. Trueba y sus comentarios- pensé por dentro, si un día llegaba a necesitar un buen abogado defensor, lo llamaría a él.

—Dónde se encuentra la persona que ha llevado a cabo la otra mitad del trabajo —mover el ramo de flores—, supongo que la madre de esta joven mujer debe ser igual de talentosa.

Con un *timing* perfecto, mi madre apareció por la puerta. Trueba se dio vuelta para saludarla.

Creí que me engañaba la luz, pero no fue así, a mi madre se le escurrieron los colores del rostro. Alevosamente dio un paso atrás. La mueca de su rostro era de terror.

Se hizo un silencio impresionante. Mi padre, Trueba y yo nos quedamos duros sin saber qué hacer, sobre todo, mi padre y yo, Trueba no parecía haber notado, o terminado de comprender que mi madre no siempre tenía aquella cara y que su color normal era algo menos verdoso.

—Humm... —di un paso al frente—. Mamá, éste es mi jefe, Eleazar Trueba. Eleazar, ella es mi madre. Noemí.

Trueba le pasó el ramo de flores.

—Gracias por recibirme.

Ella no hizo ni el amago de tomar las flores. Fue una situación por demás incómoda.

Mi madre negó con la cabeza.

—No es nada —entonó por fin. Suspiré aliviada—. Muchas gracias por las flores, no tenía por qué molestarse.

—No es ninguna molestia—. Trueba dejó el ramo en sus manos—. Es lo menos que podía hacer, después de todo ustedes han criado a Eliza por mí. De no ser por ustedes yo no contaría con la ayuda y compañía de ella.

Que me tirasen tantas flores no me caía bien.

—Voy a buscar un florero- comenzó a decir mi madre—. Eliza, sirve algo de beber, por favor.

—Claro.

Nos quedamos los tres solos en la cocina otra vez.

—Te pareces mucho a tu madre—. Comentó como si nada, yo me preguntaba si no se habría dado cuenta de la extraña y fría reacción de mi madre, me sentía avergonzada por eso y por su silencio, y me preguntaba cual sería la razón de semejante conducta.

—Lástima que no heredé su color de ojos.

—Tú tienes unos ojos preciosos.

Mi padre intervino al rescate.

—Por qué mejor no nos sentamos.

—Claro —exclamó Trueba todavía muy entusiasmado—. Ya tengo apetito, la comida huele muy bien —giró la cabeza en mi dirección—, tu madre ha de ser muy buena cocinara.

—Lo es.

Nos movimos en dirección a la mesa. Mi madre apareció con el florero y las flores y fue directo a cargarle agua.

—Espero que les guste el vino, es uno de mis orgullos... una cosecha espectacular, es uno de los mejores vinos que ese viñedo haya dado jamás.

—No hacía falta que trajera nada.

—Esta es una ocasión memorable, quería que fuese perfecta— me contestó inclinándose hacia mí, su voz fue tan baja como la mía—. Relájate sí; nada me hará cambiar lo que pienso de ti.

Durante la comida mi madre dio el ejemplo de lo que según ella, se suponía que no debía hacerse en una reunión social: apenas si probó bocado, se negó a beber ni un solo sorbo del vino que nuestro invitado había traído, casi no pronunció palabra y se pasó toda la comida lanzándole miradas a Trueba por el rabillo del ojo. Lo miraba con desconfianza y no se perdía ninguno de sus movimientos, parecía que temiese que fuese a atacarla.

Por mi parte no pude hacer otra cosa más que tratar de salvar sus silencios con comentarios que no suelo hacer, soy yo la que por lo general se queda callada sin saber qué decir. Desconocí por completo a aquella mujer que se encontraba sentada a la izquierda de mi padre.

Por culpa de la cantidad de comida, la reunión se extendió hasta tarde. El postre, el café, tres horas más yo ya estaba agotada. Suspiré aliviada cuando mi padre se ofreció a mostrarle el jardín a mi jefe, en el cual él demostró interés en repetidas ocasiones durante la comida. En cuanto nos dejaron a mi madre y a mí solas en la cocina, revisé mi celular, ni mensajes ni llamadas perdidas, nada. ¿Dónde se habrían metido Vicente y Gaspar?

Guarde otra vez el celular y fui a ayudar a mi madre con los platos.

—¿Estás bien? —solté al ser testigo de cómo se le resbalaba uno de sus preciados platos de las manos. El plato cayó sobre la pila de vajilla sucia y de milagro no ser rompió.

Contestó que sí pero no sonó muy convencida.

—¿Hay algún problema?

—Con qué.

—Con Eleazar, qué fue eso cuando llegó, lo dejaste plantado como un poste

con las flores en la mano.

—No fue nada.

—¿No te simpatiza? —No me contestó—. No te cae bien. A primera vista puede parecer extraño pero es buena persona.

—No lo parece, deberías renunciar a tu trabajo.

—¿Qué?! —Eso sí que no me lo creía—. ¿Quieres que renuncie a mi trabajo porque Eleazar no te parece buena persona?

—Sí, es exactamente eso lo que quiero que hagas. Aléjate de él.

—¿Es broma?

—María Eliza Pérsico.

—Si fuiste la primera en insistir en que aceptase el trabajo. No te entiendo.

—Dile que desaparezca de tu vida.

Entonó aquello con una urgencia tal que se me hizo un nudo en el estomago.

—Pase los últimos veinte días a su lado y creo que puedo asegurar que nada en él justificaría semejante medida.

—¡No quiero a ese hombre en mi casa otra vez!

Este plato no tuvo tanta buena suerte, se hizo añicos.

Me quedé dura, me tomó un buen par de segundos reaccionar.

—Perfecto-. No volveré a traerlo aquí, ya entiendo que fue un error invitarlo a comer.

—No, no entiendes, lo quiero lejos de ti, lejos de tu vida.

—Mamá, te estás pasando.

—No me faltes el respeto, es una orden.

—Es la orden más loca que me diste jamás. Dame una buena razón y no me digas que es porque te cayó mal; cómo puede caerte mal si apenas lo conoces.

—Si no se lo dices tú se lo digo yo.

Amenazó con moverse en dirección a la puerta.

—¿Qué te pasa hoy? No voy a permitirte que me hagas pasar semejante vergüenza. ¿Lo quieres fuera de esta casa? ¡Perfecto, nos vamos en este instante!

Mi madre gritó mi nombre pero ni me detuve ni me di vuelta para contestarle. Llegué al jardín y le propuse a Trueba si le gustaría ir a dar una vuelta, él aceptó enseguida. Nos despedimos de mi padre y justo cuando Trueba quiso ir a despedirse de ella, solté la mentira, no tenía ganas de vivir ese mal momento que mi madre amenazaba hacerme pasar.

—No se siente bien, ha ido a recostarse—. Mi papá me miró, no se creyó mis palabras.

—Bien, entonces —le tendió una mano a mi papá —déjele mis saludos y felicítela por la comida otra vez. Agradézcale por todo, ha sido una reunión inolvidable.

Ya lo creo —pensé.

Casi a rastras saqué a Trueba de la casa de mis padres.

—¿A dónde quieres ir?

Registré que no veía su automóvil por ninguna parte.

—No, sé, ¿quiere ir a mi departamento?

—Me parece una idea perfecta, me gustaría mucho ver dónde vives.

Le señalé mi camioneta.

—Magnífico —exclamó —he dispensado a mi chofer. Lindo vehículo.

—Fue un regalo.

—¿Vicente?

—¿Cómo...? —me reí—. ¿No tiene mi cara, no es cierto? No soy del tipo de persona que manejaría una bestia así.

—No, no es eso. Ese muchacho es una caja de sorpresas.

—¿Por qué lo dice?

—Me muero por conocerlo.

Podía llegar a morirse si lo conocía.

—¿Nos presentarás? Preferiría que fuese pronto, supongo que al conocerlo a él, todo quedará mucho más claro.

Me mordí el labio y abrí la puerta. Tenía que haberse dado cuenta de que me estaba haciendo la tonta.

Fue extraño tener a Trueba en mi departamento; como si dos mundos chocasen para terminar fusionándose.

—Adelante —le dije después de empujar la puerta.

Eleazar sonrió y puso un pie dentro de mi departamento agradeciéndome.

—Disculpe el desorden, es que todavía no tuve tiempo para terminar de desempacar.

—No te preocupes, esto no es una inspección ni nada por el estilo.

Me sonrojé un poco.

—Es agradable estar aquí al fin. Ansiaba poder ver de cerca el lugar en el que vives.

—No es mucho; la habitación está allí y el baño a la derecha.

Trueba me dio la espalda, estiró la cabeza, echó un vistazo y se volvió otra

vez hacia mí.

—Es un muy agradable... cálido. Tiene verdadera apariencia de hogar.

—Un amigo mío y yo lo pintamos y redecoramos hace poco.

—¿A sí?

Asentí con la cabeza. Evité decirle que nos vimos obligados a hacerlo por culpa del incendio, no quería explicarle qué lo había provocado, en realidad todavía no tenía muy en claro qué lo había provocado, Vicente me explicó que no fue él, presupongo que el responsable fue el mismo que quemó la cocina de los Salleses, cuya identidad hasta ahora era un misterio.

Nos quedamos mirándonos un momento.

—¿Quiere un café?

—No gracias, estoy bien—. Le echó una mirada al sillón—. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro, por supuesto, adelante.

Arrojé el abrigo sobre la poltrona y me senté a un lado. Desde el sillón grande, Eleazar Trueba me observaba sin que se le borrara la sonrisa del rostro.

—Bien, ¿me contarás cuál es tu problema?

Di un respingo, me había agarrado desprevenida.

—No es buena idea que lo meta a usted en esto.

—Además de ser tu jefe soy tu amigo ¿no?

—Sí, pero a mis otros amigos tampoco les he contado nada.

—¿No confías en ellos?

—No, lo que sucede es que no quiero meterlos en mis problemas y a usted tampoco.

—No me molesta meterme en problemas, sobre todo si es para ayudarte a ti.

—Estamos hablando de problemas mayores.

—Dime quién es esa gente que te molesta-. Yo mismo los buscaré y los haré entrar en razón para que te dejen en paz.

—Todavía no sé quienes son los responsables de lo sucedido, Vicente no quiere contármelo.

—¿Y eso por qué?

—Para protegerme según dice. No quiere que me mezcle con ese ambiente.

—Y a ti te molesta mezclarte con ese ambiente.

—Por él haría lo que fuese, es más, de un tiempo aquí me siento parte de eso.

La sonrisa de Trueba se ensanchó.

—¿No te da miedo meterte con gente así? Digo, si de verdad son peligrosos y Vicente cree que lo mejor para ti es alejarte de él, de lo que lo rodea...

—Puedo manejarlo.

—No me sorprende que te creas capaz de hacerlo, es más, estoy seguro de que eres lo suficientemente capaz de enfrentarte a cualquiera.

Por él sí —pensé—, me enfrentaría hasta con el mismísimo Diablo por él.

—Lo que quizá Vicente no entienda es que tienes todo el derecho del mundo elegir con quién o dónde estar; a lo mejor, ya no se trata de él, sino de ti. ¿No has intentado explicarle eso?

—Sí, o al menos eso creo; me da la sensación de que se niega a entenderlo, o quizá lo entiende pero no quiere terminar de asumirlo.

—Podría no querer asimilar que quizá tú eres más fuerte y valiente que él. La envidia no es algo precisamente poco común entre las parejas, muchas veces, la persona que nos gusta, esa persona que tanto amamos, nos atrajo desde el principio porque la admiramos, por tiene cualidades que nosotros deseáramos tener. Tal vez tú tienes algo que él no...

—No soy más poderosa que él—. No pretendía usar esa palabra; se me escapó. Bueno, qué más da, Trueba no tenía ni la menor idea de aquello a lo que yo me refería.

—Está bien, supongamos que los dos son igual de fuertes.

—Sí hay algo que él envidia es mi normalidad, no algo que me haga superior, yo lo conozco, sé que no es ese tipo de persona, no busca escalar sobre los demás.

—Perfecto, es un buen muchacho. Pero que otra cosa podría estar jugando para qué no quiera que tú te pongas a la par de él.

—Quiere protegerme.

—Muy loable, pero... ¿será esa la verdadera razón?

—¿No entiendo a dónde quiere llegar?

—Te ama lo suficiente para hacer el sacrificio de dejarte ir. Su amor es grande, de modo que algo muy grande es lo que está motivándolo para que quiera alejarte de ti, no te dejaría por cualquier cosa, me imagino.

Negué con la cabeza.

—Supongo que no.

Grande, algo muy grande, algo que quizá no sea una superioridad de poder sino otra cosa. Un detalle lo suficientemente malo como para... ¿para qué? ¿A quién podría lastimar o perjudicar que yo le entregue gratis, mi alma al Diablo?

¿Y si no es un poder? Si simplemente fuese eso, los demonios tratarían de quedarse conmigo y no matarme, o todavía seguían con la idea de matarme por

el simple hecho de que Vicente en un momento decidiera dejarme libre. No, quizá eso ya no corra, deben saber que yo quiero entregarme, que no tengo ningún problema en entregarme. ¿Entonces qué es y por qué les molesta tanto?

—¿Eliza? —Trueba chasqueó los dedos delante de mi rostro.

—No entiendo a quién podría molestarle, sea lo que sea. Ni siquiera entiendo por qué él considera que puede ser él malo para mí.

—Dudo que sea malo para ti. No suena muy sensato renegar de lo que se es; es más, me parece bastante estúpido huir de nuestras fuerzas, de nuestros poderes, de aquello que nos hace únicos. Sería muy hipócrita de tu parte intentar negar lo que llevas dentro, y muy estúpido y egoísta de parte de Vicente, hacer esfuerzos por alejarte de tu destino. Si corres peligro en el camino que la vida esté formando delante de tus pasos, estoy seguro que aprenderás a defenderte.

Trueba me arrancó una sonrisa.

—Quizá sí me vendría bien que usted cruzase una que otra palabra con Vicente, él debería oír lo que acaba de decirme.

—¿Di en el clavo?

—Es posible.

—Dile que me llame, tal vez una copa de vino de por medio me permita convencerlo de que eres una chica que se merece aprovechar todas las oportunidades que la vida le brinda—. Ni bien terminó de pronunciar aquella frase, Eleazar se puso de pie—. Voy a estar fuera uno o dos días, ¿crees que las arreglarás bien sin mí?

—¿No necesita que lo acompañe?

—Me encantaría, pero tengo unos asuntos que resolver yo solo; la próxima vendrás conmigo... esa vez y todas las que quieras, sabes que me enorgullece tenerte a mi lado, eres como una hija para mí.

—No tiene edad para ser mi padre.

—Las apariencias engañan.

—No tanto —le contesté riendo.

Me dio un beso en la mejilla y se alejó. —Espero no haber sido una molestia tan grande para tu madre.

Los colores se me fueron en un parpadeo. Sí lo había notado.

—Ella...

—Ella y yo ya nos conocíamos. Creí que no me reconocería; evidentemente me reconoció.

—¿Usted y ella...? Pero, de dónde... cuándo...

—Hace mucho tiempo ya.

¿Mucho tiempo? ¿En qué momento? ¿Cómo es eso?

—No me mires con esa cara —me dijo en un tono cariñoso—, da la impresión de que hubieses visto un fantasma.

Ni bien lo dijo, la imagen me golpeó de lleno embotando mi cerebro. Aquella vieja fotografía quemada de la cual no quedaba más que un trozo de la parte superior del rostro de un hombre con unos ojos... —miré a Trueba a los ojos, ¡era la misma mirada!, al igual que aquella vez arrodillada en el piso entre una montaña de fotos rotas y quemadas, me dio un escalofrío. Se me cortó la respiración. ¡Era él! ¡Era él, era él, era él! Mi madre tenía un montón de fotos quemadas de Eleazar Trueba. Las había guardado por Dios sabe cuanto tiempo... y en un arranque de locura, destrozó las fotografías y los recortes.

Me quedé helada, no tenía ni la menor duda, el de la fotografía era él y no parecía haber envejecido absolutamente nada. ¿Pero, de cuándo eran esas fotos?

Di un paso atrás.

Se me ocurrió lo peor. Eso no podía ser cierto, yo lo había tocado, él no tenía el cuerpo más caliente que ningún otro ser humano, él necesitaba de llaves para abrir puertas... bueno, no es que yo lo hubiese visto con alguna llave en la mano, el tenía un montón de personal a su cargo que podía abrir puertas por él... ¡Sus empleados! Esa gente tan extraña, tan reservada, con sus miradas fijas, sus personalidades distantes...

¡No, Trueba no podía ser un demonio! ¡Nada de eso, Trueba era conocido del mejor amigo de mi padre! Pero su historia, a Jorgito le había empezado a ir bien, mejor dicho, muy bien, de la noche a la mañana.

Sin querer retrocedí otro paso más.

¿Qué tenía que ver con mi madre, por qué estaba entre sus cajas de recuerdos y desde cuando?! ¿Por qué estaba aquí ahora conmigo, por qué me había dado trabajo?

Creí que iba a desmoronarme. Me asusté, me asusté tanto como nunca antes.

¿Qué es todo esto?

¡Tengo que hablar con mi madre cuanto antes!

—¿Tendré que llamar a una ambulancia? —quiso saber utilizando un tono de broma el cual acompañó con una sonrisa, esa sonrisa que casi nunca se le borraba del rostro. Pensé en Bruno quemado colgando de un puente, pensé en París, en Ciro y en todos los demás, ¿si Trueba era un demonio lo sabría Vicente, lo sabrían los demás, y si es así, por qué nadie había dicho nada?

Sacudí la cabeza en un intento de negar, no me sentí capaz de articular palabra. Creo que mi cabeza se bamboleó de un modo confuso.

—Necesito descansar... el vuelo... todavía no me repongo.

—¡Eso y toda la comilona del medio día!

Yo lo había visto antes en un shopping el día que compraba los regalos de navidad, ¿había sido esa una simple casualidad? Me dieron ganas de tocarlo para ver si de verdad su cuerpo tenía la misma temperatura que el mío, así como yo creí hasta hace unos minutos nada más.

—¿Te ayudó a recostarte? Tienes toda la apariencia de que no llegaras a la cama.

—No, estoy bien—. Bien un cuerno, las manos me temblaban y tenía la sensación de que iba a largar el almuerzo antes de poder llegar al baño.

—Te molestó que te confesase que ya conocía a tu madre. No fue nada, de verdad. Por aquel entonces los dos éramos mucho más jóvenes. No tienes de qué preocuparte, mis labios están sellados y nunca más volveré a molestar a tu madre como lo hice hoy —se llevó una mano al pecho—, por supuesto fue sin intención. La única relación que quiero mantener es la que tengo contigo. Perderte a ti sí que me dolería mucho. Tú eres mi niña—. Se me acercó y me estampó un beso en la frente.

Su temperatura era normal; lo que no era normal era que me llamase “su niña”, si no podía tener más de doce o quince años más que yo.

Trueba se fue.

Sin quitarle la vista de encima a los números azules del reloj del microondas, dejé pasar cinco minutos. Recogí mi abrigo, mi cartera y las llaves de la camioneta y salí del departamento. Ya mismo tenía que aclarar esto con mi madre.

27.

Si nadie habla de las cosas que importan.

Llegué a la planta baja, asomé la cabeza. El hall estaba desierto, ni señales de Trueba.

A toda prisa corrí hasta la puerta. Ya tenía la llave lista para abrir la cerradura.

De la nada, una sombra apareció delante de mí. Di un salto, pero mi corazón se calmó cuando identifiqué el rostro de Vicente. Tironeé de la puerta; no le di tiempo a entrar, desesperada me colgué de su cuello. El corazón me latía

desesperado, tanto por su llegada, como a causa del miedo que Trueba había dejado en mí.

Sin apartarme de él, Vicente me hizo entrar en el edificio otra vez. Empujó la puerta para cerrarla y me tocó la cabeza. Yo solamente quería hundirme en su cuello.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien, te lastimaron? ¿Eliza? —Puso sus manos sobre mis codos en un amago de apartarme; yo lo encerré en mi abrazo todavía más—. Me asustas—. La voz le tembló tanto como temblaba mi cuerpo en este momento.

Sus manos me palparon la cabeza y la espalda, supongo que buscaba alguna herida sangrante, algún hueso roto; las únicas heridas iban por dentro.

—Por qué mejor no subimos. Necesitas calmarte y yo necesito asegurarme de que no te han hecho daño—. Poniendo un poco más de fuerza logró apartarme lo suficiente para echarme una ojeada—. ¿A dónde ibas?

—A ver a mi madre.

—No puedes ir a verla en ese estado. ¿Ella está bien, les pasó algo a tus padres?

En respuesta me eché a llorar, la presión y la tensión acabaron saliendo por ahí; como una gran fuga.

No logré calmarme sino hasta que acabé con todo el vaso de agua que Vicente me hizo beber, empujando el vaso a mis labios con una mano mientras que con la otra me rodeaba los hombros.

—Ahora, explícame por qué estás así —dijo quitándome el vaso de las manos, sabía tan bien como yo que la existencia de esa pieza de bajilla corría peligro entre mis dedos.

—Es largo de explicar y ni siquiera estoy segura de haberlo captado bien. Tengo miedo, por primera vez en mucho tiempo tengo miedo. Están por todos lados... o quizá me esté volviendo loca.

—Cálmate y cuéntamelo todo.

Todavía no sé cómo lo logré no obstante lo hice, se lo conté todo sobre mi jefe, sobre la crisis de mi madre, sobre las fotografías y los recortes y sobre las deducciones que saqué después de oír las palabras de Eleazar.

Primero se quedó mirándome como si me desconociese, luego alzó la cabeza e inspiró profundo. Soltó el aire y negó con la cabeza.

—No huelo nada.

—Su piel no es más caliente que la mía.

Negó con la cabeza otra vez.

—No tiene sentido. Eliza, tu jefe no es un demonio-. Todo esto es culpa mía, es lo que he conseguido: confundirte al punto de que sientes que ya no puedes confiar en nadie.

—El de las fotos era él, te digo que admitió que ya conocía a mi madre.

—Eso no significa nada.

—Mi madre tuvo una crisis.

—Te oí.

—Sí, pero no prestas atención a lo que te digo.

—Claro que te presto atención, es que nada de eso tiene sentido.

—¡Mi madre se quedó helada cuando lo vio!

—Eliza la explicación más simple es que tu madre y él hayan tenido algún tipo coqueteo en algún momento... y lo más probable es que fuera hace mucho. Sé que tienes miedo, concentrarte en la realidad. Todo ese miedo pasará cuando hayamos resuelto la situación.

Una bronca salida de lo más profundo de mi ser, me llevó a empujarlo para apartarlo de mí. Salté del sillón y me alejé de él todavía más.

—¡La realidad! Voy a estallar por los aires antes de que esto termine.

Vicente me siguió e intentó atraparame entre sus manos otra vez; lo aparté con un brazo.

—Lucas me recibió aquí ayer —comencé a decir.

—Por lo visto no pierde el tiempo.

—Dijo cosas horribles de ti.

—No me sorprende que lo hiciera.

—¿Ariel le llenó la cabeza?

—Otras personas nos apoyan.

—¡¿Por qué no me dices de una buena vez de quién sospechas y por qué no quieres que ingrese en tu mundo?! —berreé. Me importaba una mierda si los vecinos me oían. Oh sorpresa, se quedó mudo—. Esto es lo que sucede cuando nadie habla de las cosas que importan.

—¿Qué es lo que pasa?

—Según tú, yo interpreto todo mal, según todo el mundo yo no logro entender la verdad. Si nadie habla de las cosas que importan esta estúpida que tienes en frente lo confunde todo. ¡Mi madre se ha guardado esas fotos de Trueba! Dejó que empezase a trabajar para él sin siquiera decirme que lo conocía de antes y que evidentemente hay algo entre ellos dos que no quedó muy bien cerrado. Lucas también se queda por la mitad a la hora de explicar las cosas, según él tú me mientes del mismo modo que tú dices que los demás mienten y engañan

para quedarse conmigo. ¡Si nadie habla de las cosas que realmente importan yo no puedo hacer otra cosa que sentir que realmente no puedo confiar en nadie... que no tengo confianza en mí misma! Quieres que confíe en ti ciegamente, Lucas me pide que haga lo mismo. ¡Cual es la verdad! Si no vas a contármela al menos podrías tener la decencia de dejar que yo la averigüe por mí misma, en vez de estar intentado taparme los ojos.

—¡Eso nunca!

—¿A qué viniste? —le grité tan fuerte como él me había gritado a mí.

Vicente dio un largo parpadeo, me enseñó sus palmas, luego cerró los puños y los apretó. Sus ojos continuaban cerrados. Inspiró hondo, soltó el aire y los abrió.

—Ariel niega cualquier responsabilidad.

—Así que sí sospechabas de él. ¿Estás seguro que no te miente? —le solté en un tono que me salió peor que despectivo, prácticamente lo trataba de idiota.

—No soy Lucas, no puedo estar seguro, lo que sí sé es que le dejé muy claro que no pienso volver a hacer nada por él. Supongo que hace mucho de dejamos de ser el simulacro de una familia feliz.

—Y ahora qué.

—Gaspar va a cuidarte por unos días.

—No vas a ponerme una niñera, además tengo que hablar con mi madre y tengo trabajo que hacer.

—Me dijiste que tu jefe va a pasar unos días fuera de la ciudad.

—Igual tengo cosas que hacer.

—Las puedes hacer desde la casa de Gaspar.

—No voy a permitir que me escondas otra vez.

—Sabes muy bien que no puedes hacer nada contra mí. No puedes ganarme.

—¿De verdad? Te quemé una vez, ¿tan seguro estás de que no soy capaz de volver a hacerlo de nuevo? —No tenía ni la menor idea de cómo lo había hecho, pero dentro de mi pecho sentía unas desesperantes ganas de desafiarlo. No pude identificar la raíz de ese extraño sentimiento hacia él. Tenía ganas de comérmelo crudo. Tuve que apretar con fuerza el puño derecho para contenerme de pegarle, me sentía como una bomba latente de violencia a punto de estallar, sabía que si quería incluso podía terminar con mi departamento. ¿De dónde mierda salía todo esto?

Vicente frunció el entrecejo, un segundo más tarde su frente se distendió, alzó los brazos formando una cruz con su cuerpo.

—Adelante. Crees que eres capaz, adelante entonces, demuéstreme que estoy

equivocado, que sí perteneces a mi mundo quizá incluso mucho más que yo. Enséñame cómo eres lo suficientemente capaz de aterrorizar a media humanidad si así lo quieres.

Luego de escuchar sus palabras me quedé sorda y un reflejo rojo me nubló la vista.

Todavía no entiendo por qué mi cerebro dio la orden de lanzarme con todo el peso de mi cuerpo contra él. El impacto contra su pecho me cortó la respiración, caímos juntos. Sentí dolor y mucho, mucho calor, luego me golpeé la cabeza contra algo, ni siquiera llegué a gritar.

Soñé que yo misma le prendía fuego a mi departamento, soñé que antes de encender la primera llama, tomaba el Atlas de Cristian y las demás cosas que le pertenecían y se las entregaba a Ariel. Soñé que quemaba a Bruno y que luego sin esfuerzo alguno lo colgaba del puente. Soñé que golpeaba y torturaba a Vicente para que me dijese la verdad, para que confesara qué era lo que yo misma escondía de mí. Soñé que atacaba a Leandro, que mataba Cristian, que me deshacía de Ursula, que mataba a Sufár, que en algún rincón oscuro y frío encerraba a Lucía. Me vi quemando las fotografías que guardaba mi madre. Me vi a mí misma ocupando una de Las Doce Sillas en casa de Ciro sin tener ni la menor idea de por qué estaba allí, de porque los demás me demostraban tanto respeto.

Sentí en carne propia una necesidad tan urgente que se me desgarraba el corazón, me vi parada en medio de una calle cualquiera deseando las almas de todos los que por allí pasaban, sabiendo perfectamente que no volvería a tener ninguna jamás. Me sentí impresionantemente hueca, como si no fuese más que una caja de fino cartón, vacía.

Miserable, menos que arena del desierto, menos que una mota de polvo en un rincón oscuro.

De la rabia, del exceso de poder (o de creer que tenía un exceso de poder), de la furia, la soberbia pasé a sumirme en un torbellino de angustia y desolación viendo la facilidad con la que las cosas se me escapaban de las manos sin que yo pudiese hacer nada.

28.

La voz del mal.

Me descolocó percibir una superficie blanda debajo de mi cuerpo, y más

todavía, moverme para notar el rose de un suave tejido sobre mis piernas y brazos.

El dolor del cabeza era el peor que hubiese tenido jamás. Me zumbaban los oídos. Tenía las tripas revueltas, el aire olía pésimamente mal. Una mala señal —pensé sin poder reaccionar como debiera, esto es: levantándome, poniéndome en guardia. Bien, en realidad de mucho no serviría estar alerta, qué defensa tenía yo contra ese olor, amenacé a Vicente pero eso fue lo más ridículo que hiciera jamás.

Amenacé a Vicente—. La frase reverberó en mi cerebro. ¿Qué pasó después, dónde estoy ahora?

Abrí los ojos y no vi más que oscuridad. En un primer instante me asusté. Me costó comprender que la oscuridad era normal, era de noche.

Mis ojos se acostumbraron a la penumbra.

Lo suave sobre mis piernas eran sábanas con un agradable olor a limpio, lo mullido, un colchón y muchas almohadas que mantenían mi cabeza en alto.

Me encontraba en un cuarto relativamente amplio cuyas paredes eran casi todo ventanales de piso a techo. No había demasiados muebles aquí, todo era muy despojado y moderno. Los únicos detalles de importancia eran un gran cuadro a mi derecha, unas piezas de arte africano, en la pared del fondo.

El lugar me resultó vagamente familiar, no por haberlo visto antes, sino por el aire que irradiaba.

Gaspar —dije—, estoy en casa de Gaspar.

Volví a abrir los ojos y allí estaba ella, parada a los pies de la cama. Alta, esbelta, perfecta como todos, dedicándome una mirada por completo carente de expresión.

Su cabello negro extremadamente largo —azabache líquido cayéndole por los hombros—, hubiese hecho las delicias de cualquier peluquero. Incluso con tan poca luz, se notaba que su piel era exquisitamente blanca, con rasgos claros y definidos, muy femeninos y unos ojos de un azul oscuro, el color del cielo nocturno. Así, tan quieta y erguida, parecía una muñeca.

Sus ojos me siguieron cuando trepé por las almohadas, sólo entonces dio señales de estar viva...mejor dicho, de no ser ni una muñeca.

Debía saludarla y preguntarle por Vicente, o era preferible que fuese directo al grano y que le dijese que ya sabía que estaba en casa de su familia y que intuía que Vicente no estaba siquiera cerca de aquí. Por otro lado tenía ganas de interrogarla sobre su participación en toda la historia, deseaba con toda el alma que me contase los secretos que Vicente me ocultaba, que me explicase

cómo era él en realidad, que me relatase cada día de la existencia que habían pasado juntos para así poder llenar los agujeros en la mía. Eran tantas las cosas que quería y necesitaba hacer en este momento que no lograba decidirme por dónde empezar. Al final terminé pensando sobre si ella sabía lo que sucedió antes de que me trajesen aquí, porque temía que luego desmayarme, Vicente me había traído directo para dejarme al cuidado de su padre.

—¿Tienes apetito? —su castellano prolijo y limpio que apenas si tenía una sombra de su alemán materno.

¿Hambre? En este momento estaba bastante convencida de que no podría volver a probar bocado en toda mi vida, el solo hecho de pensar en comida hacía que me trepara por la garganta una oleada de corrosivos ácidos gástricos.

Le contesté que no con la cabeza.

—Llevas todo un día sin comer.

—¿Qué hora es, o mejor dicho, que en que día estamos?

—Es viernes y son —alzó su muñeca izquierda en la que llevaba un reloj pulsera —las diez treinta y nueve de la noche. Pasaste más de veinticuatro horas inconciente.

Más de un día durmiendo. Me pasé ambas manos por el rostro. Quería saber qué había pasado, si le hice daño a Vicente pero no quería terminar metiendo la pata por preguntar algo de lo que quizá ella no tuviese ni la menor idea, después me vería en la obligación de dar explicaciones sobre una situación que era preferible que ella no supiera (si es que no lo sabía aún).

Esta mujer se transformó en un gran interrogante desde que me enteré de su existencia y además de eso, pese a que supuestamente ella tenía una relación con alguien más, yo no dejaba de sentirla como competencia, un par de zapatos que probablemente nunca pudiese calzar. Sí que me sentía diminuta e insignificante ante su imponente presencia.

Por qué tenía que ser justamente ella la primera persona que se hiciese presente ante mi cama ni bien abría los ojos. Maldije para mí, esperando que ella no tuviese el mismo tipo de poderes que Lucas (si no para este momento ya debería estar riéndose a carcajadas de mis estúpidos devaneos).

—Deberías comer un poco, aunque sea algo liviano, un poco de caldo tal vez.

—No, gracias.

Nos miramos un momento sin decirnos nada, cuando no lo soporté más, era difícil sostenerle la mirada, sus ojos daban la sensación de ser una máquina de rayos x, me moví hacia el borde de la cama.

—¿Puedo levantarme? —pregunté medio irónicamente, seguro que para Vicente que yo estuviese bajo el cuidado de Gaspar significaba básicamente que estaba aquí presa sin poder asomar siquiera la nariz fuera, todo por mi propia seguridad, claro está.

—Si crees que puedes —contestó sin moverse ni un ápice. Parecía plantada al piso.

Saqué las rodillas por el borde del colchón, mis pies quedaron colgando a pocos centímetros del piso. Me mareé. Aun así, seguí adelante, me moví un poco más afuera, pisé y me di impulso. Creo que no llegué a enderezar las rodillas del todo. La habitación se puso cabeza abajo y gracias a sus reflejos sobrenaturales, no me hice tortilla contra el piso.

La piel de las manos de Eva era de tacto sedoso y muy caliente.

—No puedes —entonó devolviéndome a la cama—. Tendrías que comer.

—No tengo hambre.

—Me lo imagino, igual tanto da, no ingerir nada no va a ayudarte, además necesitas hidratarte.

En eso tenía razón, mi boca estaba seca como el papel. Me sentía enferma pero no era capaz de describir los síntomas.

Apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

—Si te entran ganas de arrancarme la cabeza, avísamelo antes, por favor.

Abrí los ojos y le eché una mirada. De qué demonios hablaba.

—Lo mismo vale para el resto de nosotros —añadió.

—No sé de qué hablas.

—Me refiero a que si comienzas a sentir que tienes ganas y que serías capaz de mandarme de cabeza al Infierno, me avises antes.

La miré ceñuda.

—Vicente nos contó todo. Te pusiste un tanto agresiva —soltó un suspiro—. Probablemente él te provocó, Vicente causa esa sensación de amenaza en muchos demonios, lo que les sucede, ante nada, es que atinan a atacar, para defenderse, antes de que él los ataque.

Sus palabras se enredaron en mi cerebro.

—No soy un demonio.

—Eso lo tengo muy claro.

Me dio la sensación de que se le hacía agua la boca.

—Entonces explícame por qué has dicho eso de atacar antes de ser atacado y que esa es una reacción que Vicente...

—Según dicen, has oído la voz del mal.

—¿Qué ridiculez es esa?

—No es ninguna ridiculez. Si no quieres terminar como nosotros va siendo hora de que te alejes.

¡Otra más! Es que esta gente no entiende que yo quiero ser uno de ellos.

—Todos nosotros tenemos muy en claro que lo mejor para todos es que tú te quedes en el bando que estás... bueno, no precisamente en el que estás ahora porque por estas horas es como si tuvieses ambos pies más de nuestro lado que del tuyo, pero eso todavía tiene solución.

Lástima.

—Para serte sincera, en este momento te tengo miedo.

Ahora me está tomando el pelo. Resoplé para demostrarle que no me lo creía.

—Vicente... al menos tiene con qué defenderse, si te vuelves loca me va a resultar un tanto difícil frenarte, espero que lo que te está sucediendo no sea similar a un proceso de cambio de verdad, por que si lo es, con los augurios que tenemos, lo más probable es que nos borres del mapa.

—¡Ya basta! —mi grito se llevó todas mis fuerzas—. Quieres hacerme el favor de cortar con ese monologo que seguro Vicente escribió para ti, no va a convencerme ni prediciendo el fin de los tiempos, ¿ok? Sé que estás de su lado, dile que lo hiciste lo mejor que pudiste, si quieres yo misma se lo diré, pero termina ya con eso, no tengo fuerzas para seguir escuchándote.

—¿Te estás enojado?

—¡Claro que me estoy enojando! —le grité; me sacó de quicio la tranquilidad con que me lo preguntó.

Eva dio un paso atrás.

—Mejor llamo Gaspar.

—¡Prefiero que venga Vicente!

—Para qué, para intentarlo otra vez.

Sentí que la ira se me acumulaba en el pecho insuflando una llama de poder explosivo que con cada latido se acercaba más a salirse de control. Se me encogió el corazón al darme cuenta de que ella tenía razón, yo no tenía el más mínimo control de esto.

—El cobarde se ha ido —dije. Apenas terminé de pronunciar la frase me tapé la boca sin poder creer que aquella voz fuese mía.

—Lo sé —contestó Eva. No fue una respuesta a lo que dije, sino a lo que sentía.

—¿A dónde fue?

—No te lo diré.

—No voy a hacerle daño, simplemente quiero hacerle entender que lo amo más que a mi propia vida, que mi existencia sin él no es más que una ilusión, sin él vivo igual que si estuviese siendo parte de una película muy mala y participando solo como extra, sin siquiera tener una línea. Sabes que es cierto... lo que siente por mí, lo que siento por él.

—Buscaré a Gaspar —entonó dando la media vuelta para salir por la puerta, la cual cerró con llave (oí con total claridad el cerrojo corriendo). Me había encerrado.

Gaspar no tardó ni dos minutos en llegar a mi puerta. Sus amables ojos ambarinos me contemplaron con una mezcla de cariño y preocupación.

Fue instantáneo, me calmó con su simple presencia. Gaspar tenía un aura de paz y tranquilidad envidiable, hasta en los momentos más difíciles a su lado podías sentirte seguro, confiado y, por sobre todo, querido. Era dueño de una cualidad que a muchos humanos les hubiese venido muy bien tener, sonará trillado, pero el mundo sería un lugar mucho más agradable con una cuantas personas como él habitándolo.

—¿Mejor? —curioseó obviando todo lo demás, evidentemente se había dado cuenta de que su simple presencia era reparadora para mí.

Asentí con la cabeza.

—Fue un error permitirle a Eva subir, ella quería conocerte... No era el momento. Disculpa.

—No te preocupes, supongo que hubiese reaccionado igual ante cualquiera que no fueses tú, incluso si Vicente hubiese estado aquí. Es posible que él hiciera bien en largarse.

—No es que se largara exactamente —se sentó en el borde de la cama—. Está peleando por ti.

—Debería retirarse, es una batalla perdida.

—No se rendirá nunca, incluso con... Con estos últimos hechos que han acontecido su voluntad se ha vuelto aún más férrea, esto es apenas una muestra de lo que podría ser tu futuro.

—No sé qué es esto, pero no soy yo, yo no sería así nunca.

—Quizá si te transformas sí.

—De ninguna manera.

—No puedes estar segura de eso.

—Sí lo estoy —bramé al borde de las lágrimas; mi sistema nervioso era un completo desastre, ya no tenía control alguno sobre mi persona y eso me

enfermaba. No, yo no era esta persona. Esa tontería de haber oído la voz del mal o lo que sea, no era yo, ni mi potencial personalidad cuando cambiase. Ni Vicente ni Lucas habían hablado nunca de haber experimentado cambios en sus personalidades cuando se transformaron en demonios, por supuesto que cada experiencia en esta vida te cambia, pero no como se cambia de la luz a la oscuridad. Esa voz que gruñía por mis dientes no era la mía y mucho menos la furia que me nublaba la vista—. Qué es lo que se supone que me ocurre.

Gaspar se tomó su tiempo antes de responder.

—La Tierra es como un gran tablero de juego para muchos, y los humanos, son las piezas.

—Para muchos... ¿demonios?

—Antiguamente se creía que los ángeles y los demonios eran una misma cosa, la diferencia entre ambos era una simple cuestión de polaridad, el ángel de la guarda del enemigo que te enfrentaba en el campo de batalla inmediatamente se convertía en un demonio para ti.

—Creo que existe una diferencia mucho más marcada entre el bien y el mal.

—A nivel humano quizá sí, sin embargo la discusión es mucho más profunda y elaborada que una burda diferenciación entre el bien y el mal, las líneas que dividen ambas cosas son borrosas y en ocasiones imposibles de distinguir.

—¿A qué viene todo eso?

—A que ésta es una batalla que hasta lo que yo sé, continuará por los siglos de los siglos. Ángeles, demonios; el bien y el mal, poder contra sometimiento.

—Todavía sigo sin comprender porqué me explicas todo esto.

—Normalmente, el mundo funciona con cierta estabilidad, los supuestos bandos siempre salen empatados.

—¿Me está diciendo que el bien y el mal, los ángeles y los demonios se pelean aquí en la Tierra?

—No es una lucha cuerpo a cuerpo, sino una lucha de influencias.

—Estoy oyendo la voz del mal, eso dijo Eva—. Empezaba a comprender a dónde me llevaba el camino realmente.

—La expresión tal vez no sea la mejor para que tú lo entiendas con claridad, no te estamos diciendo que te influencie un demonio o el mismísimo Diablo, por lo que acabo de explicarte deberías entender que si esa furia que sientes la canalizas directo hacia nosotros, bien podría venir del bando contrario.

Mi cerebro se enredó en sus propios pensamientos pero aun así creí comprender lo que intentaba explicarme: sus ángeles podrían ser mis demonios, sus demonios podrían ser mis ángeles. ¿Alguien procuraba

salvarme o arruinarme la vida en el intento, o eran los propios demonios los que querían alejarme de sus filas porque era yo incontrolable: una potencial amenaza, demasiada competencia? Le expliqué lo que creía haber entendido, él asintió con la cabeza y luego añadió:

—Nosotros le llamamos “voz del mal” a cualquier influencia externa, ya sea angelical o demoníaca, que le quite a los humanos su libre albedrío. Si alguna vez el bien o el mal tienen la chance de ganar, que sea porque así debe ser, no por medio de trampas, mentiras o influencias malintencionadas. El juego en teoría debería ser limpio, si los humanos merecen desaparecer, si el mismísimo universo tiene que convertirse en nada, si es que la nada existe, que así sea, pero porque así debe ser y no porque alguien se cree con el derecho de acabar con todo. ¿Lo entiendes?

—Eso creo, pero, no hay forma de saber quién está detrás de todo esto, o mejor aún, cómo hago para librarme de su influencia, no me agrada en lo más mínimo convertirme en la pieza de ajedrez de ninguno de los dos bandos. Lo que yo quiero, lo quiero por razones personales que no le atañen a nadie más, no para hacer ganar al bien, no para hacerle ganar al mal. Amo a Vicente, es todo. No tengo más pretensiones que esas.

—Lamento no poder darte las respuestas que necesitas, llevo mucho tiempo en esto y aún no termino de comprender para qué sirve lo que hacemos, no la razón de nuestra existencia y, mucho menos, si es que existe una fuerza diametralmente opuesta a la nuestra, por qué es que nos permite continuar existiendo.

—¿Porque todo tiene un mismo origen?

—Esa afirmación nos llevaría al inicio de nuestra conversación.

—Es un círculo sin fin.

—En ocasiones ni siquiera estoy seguro de creer que exista un Dios, tal vez todos nosotros, los demonios, los humanos y todas las otras formas de vida no seamos más que el resultado del Big Bang —se encogió de hombros—. No conozco ni nunca he conocido a nadie que sepa cual es el sentido de la vida.

—Por el momento no intento descubrirlo, me conformo con librarme de esta influencia y volver a ser yo misma.

—Es que eres tú misma, esto no es más que una reacción, no es que estés poseída ni nada de eso.

—Si es como Eva insinúa, que al cambiar podría seguir reaccionando así, deberé aprender a controlarlo, es todo. Voy a aprender a controlarlo.

—Una opción es que no puedas lograrlo a tiempo.

—¿A tiempo para qué?

—Para no matar a todos los seres que amas.

—Pues entonces ustedes se encargaran de encerrarme entre cuatro paredes hasta que me calme.

—¿De verdad crees que Vicente accederá a algo semejante?

—Entonces lo harás tú.

—No si él no quiere, y continua siendo su decisión. Nos alejamos del tema principal.

—En esto momento eso no me afecta, terminara, ya no oigo nada —solté esto último a modo de broma; a Gaspar no le causó ni la más mínima gracia.

Una arruga se le formó en mitad de la frente.

—¿Qué? —inquirí deseando con toda el alma que me dijese que no era nada, que la mueca de preocupación en su rostro era solamente debido a esa estúpida “voz del mal”.

—Quizá sea eso, es una posibilidad.

—Eso... una posibilidad de qué.

—Tu don, tu poder, es posible que esa influencia te esté ayudando a liberar lo que sea que hay en ti.

—Y eso es bueno o es malo. Es decir, para quién. ¿Soy una amenaza para ustedes o para el resto de la humanidad?

—Lo que estamos considerando es que lo seas para ti misma...es lo que más le preocupa a Vicente.

Nos quedamos un momento en silencio, la noche amenazaba con ser interminable.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Esperar... esperar y cuidarte.

—¿Cómo?

—Manteniéndote lo más humana posible.

Su respuesta me arrancó una sonrisa.

—¿Y cómo se hace eso?

—Viviendo como un humano. Podrías empezar por comer.

—Comer; y luego qué.

—Quedarte aquí tranquila, descansar.

—Sí, ya me quedó claro que estoy encerrada.

—Aislada —dijo corrigiéndome—, de otras influencias, de nosotros, es por eso que Vicente no se quedó aquí en la casa, él es una gran influencia para ti.

—Quedó demostrado que su ausencia física no hace más que reforzar mi

necesidad de él.

—Correremos el riesgo —soltó en un suspiro levantándose de la cama—. Te traeré algo de comer.

—¿Por cuánto tiempo estaré aquí?

—No lo sé, el necesario.

—Voy a necesitar mi celular, mis padres... mi jefe...

—En la mañana veremos cómo solucionar eso.

—¿Qué es lo que hay que solucionar?, no puedo quedarme aquí encerrada e incomunicada sin dar una explicación razonable.

—Si salimos de esto tendrás todo el tiempo del mundo para dar explicaciones

—. Sin más, cerró la puerta dejándome sola otra vez.

...

Cuando oí la puerta me forcé a salir del duermevela en el que me había sumido ante el aburrimiento y la soledad de mi cuarto. No tenía ni la menor idea de cuanto tiempo había pasado, continuaba oscuro.

—¿Te desperté? —Gaspar cargaba una bandeja con una cantidad exorbitante de comida.

No llegué a articular palabra, así y todo creo que logré hacerle entender que no importaba.

Caminó hasta la cama y dejó la bandeja a los pies.

—¿Qué hora es, hace cuánto que te me dejaste?

—Es de madrugada. Disculpa que demorara tanto en regresar.

—Si fue por la comida, no te hubieses molestado, no voy a poder ingerir ni la décima parte de todo eso; dile a Diogo que no es que lo desprecie, todo luce muy apetitoso —de sobra sabía que debía haber sido él quien cocinó todo esto —, es que llevo días con el estómago revuelto, por una cosa o por otra, ante el más mínimo estímulo, me da ganas de vomitar. Es un asco constante, tantas horas de vuelo, tantas cosas que...

—¿Llevas días así? ¿Cuántos?

—Una semana o algo así, no estoy segura, en este momento no podría confirmar ni en que año estamos.

Gaspar hizo una mueca, ladeó la cabeza y luego se enderezó.

—Tal vez no sea nada, es probable que no tenga que ver con esto, Vicente me contó por todo lo que has pasado, la explosión y lo demás lo justificarían, por las dudas —tomó la bandeja y me la puso encima, desplegándole unas patitas

que hasta entonces permanecieron escondidas—, come.

—Comer no va a cambiar nada.

—Recuérdate que eres humana. Comer y dormir son dos formas de mantenerse saludable.

—Dos muy pasivas formas.

—Servirá; tú come.

—Ustedes comen.

Me entendió perfectamente lo que le quise decir.

—Por eso mismo te lo digo.

Me había ganado la pulseada.

—Así tu cuerpo no se olvidará de que todavía no cambias.

—Suenas a cómo si hablastes de convertirme en vampiro y fuese a alimentarme de sangre. ¿Cuándo voy a empezar a desear devorar almas?

Los ojos de Gaspar se entristecieron.

—No haremos la prueba.

—Me estás diciendo que si me pusieses a otro humano en frente...

—Probablemente sentirías lo que todos nosotros sentimos —completó él.

—¿Todas esas cosas te suceden cuando cambias?

—Es solo una pequeña parte del proceso.

—¿Qué más se experimenta?

—Come—. Tomó el cuenco de caldo y me lo puso en las manos.

—Algún día vas a tener que explicármelo, sé que tú serías un buen guía para ese proceso.

—Si llegases a necesitarme allí estaré, al igual que estoy ahora a tu lado—. Empujó mis manos para que bebiese.

En cuanto el líquido salado y caliente me tocó la lengua sentí que el estómago me trepaba por la garganta. Igual me tragué el sorbo. Tuve que cerrar los ojos y hacer un esfuerzo por no escupirlo.

—Qué es esto. ¿A ustedes también les sucede?

—La mayoría de nosotros tiene que luchar mucho tiempo para volver a encontrar algún placer en la comida, otros como Lucas, tienen la suerte de no haber sentido repulsión hacia ella después de cambiar, también los hay de aquellos que simplemente logran controlar el rechazo para poder aparentar frente a los humanos.

Bajé la vista y le lancé una mirada desafiante al cuenco de caldo.

No vas a ganarme —le dije mentalmente con los dientes apretados—. Voy a controlar esto y todo lo demás. No pienso rendirme, voy a luchar hasta perder

la consciencia si es preciso.

Y luce. El nivel del líquido bajó lentamente, y al final llegué al fondo. Ahí no acabó todo, luego tuve que concentrarme en no devolverlo todo, otra vez. Con el caldo dentro del estómago y las nauseas que éste me provocaba, el olor del resto de la comida resultaba insoportable en vez de tentador. Gaspar quitó la bandeja de encima de mí en cuanto se lo pedí, la colocó bien lejos.

Fue un alivio.

—Ahora deberías intentar dormir un poco, es probable que mañana te sientas mucho mejor. Probaremos otra vez con el desayuno.

Preferí no pensar en el desayuno, me daba más arcadas.

—¿Podrías quedarte aquí hasta que me duerma? —En respuesta se sentó en la cama y me arropó—. ¿Tu familia se encuentra abajo?

Asintió con la cabeza y me tomó por las manos, en el frío de la noche sus dedos calientes me provocaban una sensación de lo más placentera. Doblemente feliz sería si fuesen los dedos de Vicente.

—¿No temes por lo que pueda hacerles? —No contestó verbalmente, pero sus ojos me respondieron con locuacidad—. Les pediste que se fueran y no lo hicieron.

—Ese era el plan.

—¿Y Eva?

—Eva se quedó aquí porque se ofreció a ayudar a Vicente, ella y yo nos ofrecimos, entendimos que sólo nosotros dos podríamos contenerte en caso de que las cosas se salgan de control.

—¿Cuál es su poder? Qué es lo que hace Eva.

—No importa.

—No va a matarme que te lo digas.

—Si fueses uno de los nuestros entenderías que eso es algo muy privado, quien tiene un don no va contándolo a los cuatro vientos.

—Mis errores parten de mi ignorancia.

—No es tu culpa ser ignorante de ciertos aspectos, tu humanidad no nos insulta, es un respiro de aire fresco.

—Recapitulando, solamente Eva y tú deberían haber permanecido aquí, así y todo, los demás decidieron quedarse.

—Me guste o no, son adultos y tomaron una decisión, al menos acordamos que nadie más que Eva, Vicente o yo entraremos aquí.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Agradéceles y pídeles que si las cosas se ponen feas, que acaben conmigo, del modo que sea.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

—Tenías razón, no quiero lastimarlos.

Gaspar agachó la cabeza.

—Algo más.

Levantó la cabeza preguntándome qué más con la mirada.

—¿Me dejarías ir?

—¿Ir? ¿Ir a dónde?

—A buscar a quién me está haciendo esto, necesito preguntarle qué es lo que quiere de mí.

—No podrías...

—Gaspar, estoy convencida de que esto que me está pasando, no es más que otro paso del plan de alguien que me sigue desde que Vicente entró en mi vida.

—Vicente se está encargando de eso.

—Es obvio que me quieren a mí, y no a él.

Sacudió la cabeza y sonrió de costado.

—No.

—Si fuese contra él ya lo tendrían.

—No te soltaré al vacío, por más fuerte que amenaces ser. Tomémonos el tiempo que haga falta para analizar esto con detenimiento. Son más de las dos y media de la mañana, no es momento para planear estrategias y mucho menos para tomar decisiones así de importantes. Duerme, yo velaré tus sueños.

—Como un ángel guardián —susurré mientras cerraba los ojos.

—Como un ángel guardián —repitió él sonriendo, se le notaba en la voz.

29.

Chica buena volviéndose mala.

La luz del día apenas si lograba traspasar la barrera formada por el *blackout* y la cortina. El resplandor encendió algo dentro de mí. Ya no sentía náuseas ni ningún otro malestar, a no ser que tomase en cuenta una especie de dolor reflejo que como una sombra se movía un milímetro por detrás de mí. Era una sensación extraña para mi cuerpo, como si en cierta forma mi materia y mi esencia se estuviesen separando.

Ningún humano racional afirmaría tal cosa, bueno, no al menos del tipo de humano cuyas creencias religiosas no superan el nivel de apearse a algunas

fiestas que, más que nada se festejan por costumbre, que por una verdadera fe en determinado dios o culto. Eso fuese lo que fuese, no era suficiente para detenerme dentro de la cama y tampoco dentro del cuarto. No pude pensar en Gaspar ni en su familia, lo único que quería yo era salir y conquistar el mundo, pararme sobre la cima más alta y gritar hasta que se me fuese la voz.

Tenía ganas de saltar hasta el techo y hacerle un agujero, la habitación era muy amplia u aun así estas cuatro paredes me sofocaban igual que si me encontrase encerrada en una diminuta cabina de ascensor. Otro fuerte anhelo que me era casi imposible de contener, era el de revolear cosas, no sé si por destruir... bueno, de verdad quería liberarme y romper cuantas cosas se me diese la regalada gana, sin preocuparme por sentirme estúpida o torpe, ya no rompería cosas por torpeza, sino porque podía. No tener que tener cuidado, hacía que se me hiciese agua la boca en ganas de destrozar un vaso con un puño, o chocar dos platos, incluso no podía dejar de preguntarme qué tal se sentiría romper un vidrio de una patada, o tal vez, la pantalla de un televisor... sí, eso sonaba genial. Destrozar unos cuantos objetos sin tener que preocuparme por nada. Súbitamente recordé la anécdota del árbol que me contó Lucas. Me dieron ganas de intentarlo.

Salté de la cama y examiné todo a mi alrededor. Encontré lo que buscaba casi al instante, pese a que durante las horas que había pasado despierta, ni reparé en su presencia.

Mis ropas estaban colgadas frente a la puerta abierta del vestidor al fondo a la derecha del cuarto.

A los tirones me arranqué la parte de arriba de un pijama que alguien me puso a la hora de acostarme antes de ayer. Creo que de tanto tironear le rompí unas cuantas costuras. Me importó un cuerno.

Me llevó un par de minutos vestirme, es que me costaba controlar mis extremidades; y yo que creía que había perdido algo de mi torpeza.

Ya vestida, cavilé sobre mis posibilidades. Corrí hasta una de las ventanas y con cuidado, para no ser vista desde afuera, eché un vistazo. Un primer piso, sin árboles ni ninguna otra pieza de vegetación que pudiese ser utilizada de escalera. La fachada de la casa tampoco era una opción, la vivienda de afuera era como un gran cubo de hielo muy liso, ni siquiera había canaletas de desagüe o nada parecido de lo que pudiese prenderme o deslizarme hacia abajo (cuando en mi vida he pensado por deslizarme por una canaleta o bajar clavando los dedos en molduras o salientes de una pared sin temer a matarme en el intento: ¡nunca!). Esto se ponía cada vez mejor.

Pensé en saltar... No, todavía no soy Vicente, por más que la caída —de milagro— no me mate, lo más probable es que me rompa una pierna, o un brazo, o ambas cosas y luego no pueda salir corriendo. Me juego mi alma a que los demonios escucharán sin problema el sonido de mi cuerpo al estrellarse contra la tierra. Las plantas de abajo no serían suficientes para amortiguar mi caída en ningún sentido.

Por otro lado, hablando de oír, ¿me habrán escuchado ya? Tengo que darme prisa y tomar una decisión.

¿Podrían detenerme nueve demonios? Probablemente, pero hay un detalle: Gaspar no querría que su familia corriese peligro, supongo que los únicos que intentarán detenerme serán él y Eva. Sí, los demás se mantendrán alejados — me dije a mí misma sonriendo de complacencia.

Contra dos puedo seguro, además, ninguno de ellos se atreverá a matarme, Vicente no se los perdonaría jamás.

—Estoy fuera —me dije a mí misma, gozando por anticipado la victoria.

Inspiré hondo, puse la mano sobre el pomo de la puerta y lo hice girar. Si tenía llave, pues lo mismo dio, la puerta se abrió sin problemas. Me hubiese echado a reír de contenta, pero me pareció mejor conservar el efecto sorpresa.

Salí al pasillo. No los sentí cerca, debían estar todos abajo. Por las dudas no me confié demasiado, no estaba dispuesta a permitir que volviesen a encerrarme, o siquiera a intentar hacerlo.

Llegué a las escaleras y empecé a bajar. Es pan comido —exclamé dentro de mi cerebro, el cual parecía haber cobrado nuevas dimensiones.

Increíble que sean tan crédulos.

Supuse que me encontraba en el corredor opuesto al que llevaba a la cocina, es decir, del lado sur de la casa y, si mis sentidos no me engañaban, los demás, para alcanzarme, deberían atravesar el comedor y el living para llegar a la puerta delantera; yo en cambio, me encontraba a un paso del living. Asomé la cabeza al amplio ambiente y no vi a nadie. La puerta del frente estaba cerrada pero ni se me ocurrió pensar que no pudiese abrirla, de ser así, estaban los altos ventanales, sería un buen espectáculo ver como una de esas enormes esculturas tipo incaicas que coleccionaba Diogo se estrellaba contra el vidrio. Por un momento se me ocurrió la idea de que simplemente atravesar la puerta era un despropósito, porqué no probar de una buena vez, aquello de lo que yo era capaz ahora.

Se me llenó la boca de saliva y el corazón se me aceleró. Notaba la sangre corriéndome por las venas, la sentía en mis oídos.

Voy a perder el tiempo con lo del vidrio —me dije—. Quizá en otra oportunidad, porque sin duda, volveré aquí y me enfrentaré a todos ellos.

Di un saltito con los puños cerrados. Me sentía exultante.

Con los dedos y mentalmente, conté hasta tres y me eché a correr en dirección a la puerta. El subidón de adrenalina fue instantáneo, tanto es así, que se me escapó un grito de euforia. Es que no me podía controlar, o quizá, en realidad, deseaba ponerle un poco más de emoción a la situación, el grito atraería a mis custodios.

Por el rabillo de ojo derecho los vi llegar desde el comedor, pero antes que nada, los oí, alguien gritó mi nombre. Justo cuando creía que no podría ponerse más emocionante, que estaba en el tope máximo de sensaciones, terminé de estallar. Barreras se derribaron dentro de mí, entré en un nuevo universo, en uno que no conocía límites. La energía que fluía dentro de mí era infinita; estaba desatada, nunca en toda mi vida me sentí tan libre y fuerte como ahora. Quería vivir el resto de mi vida así, sin miedo, sin dudas.

Reí a carcajadas. Sin parar de correr y dar saltos les grité que jamás me atraparían y que mejor siquiera lo intentasen, porque si llegaba a caer en sus manos, se arrepentirían.

—Eliza, no lo hagas —gritó Gaspar poniendo una cara de desesperación que me resultó terriblemente cómica. Me pareció patético, débil. ¡¿Qué no hiciese qué: disfrutar y aprovechar lo que alguien había puesto en mis manos tan generosamente?! ¡No y no! ¡No voy a despreciar este regalo! ¡Es mío! ¡Yo puedo!

—No cruces esa puerta —me advirtió Eva amenazando con echárseme encima.

Vi a Diogo con la boca abierta de horror.

Gaspar le gritó algo a Julián, Máximo y Leandro, creí entender que se refería a las motos pero no les presté la menor atención, ha de ser porque hasta ahora siquiera me había detenido a pensar qué recursos emplearía para alejarme de la propiedad luego de traspasar la puerta.

—¡Kumiko! ¡No!

Antes de llegar a darme vuelta para averiguar a qué se debía ese grito, sentí el tirón en mi talón derecho. La puerta estaba a tan solo dos metros y medio de mí, pero no llegué a ella, caí pesada, igual que un árbol, igual que si hubiese metido el pie en una trampa para osos. Soltando insultos a diestra y siniestra impacté contra el piso. El golpe que amortigué con los brazos, no me dolió, es decir, sentí el dolor, pero no me molestó, mi cerebro se hallaba más allá de las

percepciones básicas del sistema nervioso. Lo que sí percibí con total claridad fue el cimbronazo del impacto. Me castañetearon los dientes. La feroz trampa de manos cálidas no me soltó. Sus dedos continuaban alrededor de mi tobillo cuando me asomé hacia atrás. Kumiko me tenía bien sujeta, ella había llegado primero porque era ligera y veloz, pero los demás no tardarían mucho en llegar a ayudarla, corrían a toda prisa hacia nosotras. Era ahora o nunca.

—¡Suéltame! —brame furiosa, mi propia voz me dio miedo. Kumiko negó alzando la cabeza y yo no tardeé ni una sola milésima de segundo en soltarle una patada cuyo blanco era su rostro, con la misma pierna que ella me sujetaba. El golpe dio en el blanco, escuché algo romperse. La sangre comenzó a caerle por la nariz.

Haber logrado herirla me dio más fuerzas. Lancé un segundo golpe y luego un tercero con mi pierna libre. No sé si fue que ella no se esperaba aquello o qué pero el asunto es que Kumiko me soltó. Salté del suelo con la agilidad de un felino y por las dudas le lancé una patada más, luego, me eché a correr.

Tiré de la puerta. La cerradura no ofreció la menor resistencia. El aire fresco del exterior llenó mis pulmones.

Estoy fuera, soy libre.

El sol brillaba intensamente sobre mí.

Mis ojos buscaron solos las puertas del garaje, el cual estaba ubicado en un edificio aparte de la casa. Las tres motocicletas negras se encontraban en primera línea, pero yo nunca en mi vida había conducido una. Sin pestañear me lancé directo hacía un automóvil de aspecto deportivo.

—¡No la dejen hacerlo! ¡Que no salga!

Los pasos resonaron en el exterior de la casa.

—Eliza, detente.

—No sabes lo que haces —soltó Eva después de que su padre me pidiese que no siguiese adelante con mi fuga.

La jugada bien podría haberme salido pésimamente mal. Abrí la puerta y me metí dentro del automóvil. Bajé todas las trabas, ni bien terminé de hacerlo Julián apareció al otro lado de la puerta del conductor.

—Sal del automóvil, Eliza —pegó las manos al vidrio de la ventanilla al tiempo que se agachaba para hablarme cara a cara—. No debes abandonar la casa —lanzó con premura, yo le sonreí y a tientas busqué la llave de encendido, estaba colocada en su sitio.

Mejor imposible —pensé. La sonrisa se me extendió de oreja a oreja.

—No lo hagas —me pidió comprendiendo que yo ya estaba con un pie fuera

de la custodia de su familia—. ¡Detente! —golpeó el vidrio con la palma abierta de su mano derecha. El cristal se astilló. Apartó la mano y luego con ambas, tironeó de la manija, la puerta no sea abrió, pero crujió—. Vamos, por favor, no quiero lastimarte, ninguno de nosotros te hará daño.

—¡Rompe el vidrio! —gritó alguien que se aproximaba a nosotros por el lado derecho del vehículo. Giré la cabeza y me encontré con Máximo a unos pocos pasos de distancia. Esa era mi señal para largarme de una buena vez.

—No —gritó alguien, pero la lluvia de cristales ya me caía encima. Moví la mano. El motor encendió sin titubear. En el mismísimo instante en que ponía la marcha atrás para salir del garaje, la mano de Julián entró por la ventanilla y se prendió del volante.

—A dónde vayas voy contigo —entonó Julián mirándome fijo.

La ventanilla del lado derecho explotó.

No tenía intención de permitir que ni Julián ni Máximo viniesen conmigo.

Con todas mis fuerzas pisé el acelerador y giré el volante para formar una curva que me permitiese quedar de frente al camino de salida, así poner primera y salir quemando llantas antes de que Sofía o Leandro se subiesen a sus veloces motocicletas.

No logré formar ninguna “c” ya que Julián movió el volante, la lucha entre sus fuerzas y las mías sirvió para apartar del camino a todos los demás, ya que literalmente el auto los abanicó del camino; me figuro que ninguno de ellos tenía ganas de ser atropellado. Máximo también desapareció de los espejos retrovisores.

Todavía peleando con Julián puse primera y pisé el acelerador a fondo. Puse segunda y le di un golpe a la muñeca de Julián. No se soltó. Metí tercera, lo estaba arrastrando por el camino pero a él parecía no importarles ni afectarle.

—¡Suéltate! —le gruñí intentando arrancar sus dedos de volante.

—Por favor, no salgas, no tienes ni la menor idea de lo que haces —contestó sin siquiera aflojar su agarre.

Lo ignoré, puse cuarta. De repente recordé el portón que daba acceso a la calle, ahí si que no iba a tener tanta suerte, seguro que estaría cerrado, pero en algún lugar... en algún lugar debía haber una especie de control remoto o algo así que lo abriese. Bajé el parasol que estaba de mi lado, nada, espí en dirección al hueco que quedaba a ambos lados de la palanca de cambios, tampoco. Se me iluminó el cerebro con una posibilidad, palpé el llavero que colgaba del encendido a un lado del volante, allí había algo más que llaves. Por una fracción de segundo desvié la mirada del camino y examiné el

pequeño aparatito gris. ¡Sí, esto es! —grité de euforia dentro de mi cabeza. Alcé la vista y comprobé que faltaba poco para llegar al portón. Presioné el botón. El camino se hizo cuesta abajo, introduje la quinta marcha.

—No lo hagas —jadeó Julián, la velocidad comenzaba a afectarle, su brazo temblaba y sus dedos ya no se prendían con tanta fuerza del contorno del volante.

El portón comenzó a abrirse.

—No —gritó Julián, y seguido a su grito se escuchó el rugir de los motores de las motocicletas.

Le golpeé el codo y así por fin se soltó.

De pronto toda mi concentración se volcó a la calle al otro lado del muro. La desesperación por salir era tal que ni me molesté en mirar por los espejos retrovisores para cerciorarme qué tan cerca se encontraban las motos.

Una vez fuera, giré a la izquierda, fue entonces cuando las tres motos aparecieron por la izquierda en mi campo visual para luego llenar los espejos retrovisores.

Pisé el acelerador todavía más. Era la primera vez en mi vida que conducía a una velocidad semejante y se sentía espectacular. Me hubiese gustado que el auto no tuviese techo para así poder sentir el viento todo a mi alrededor; tuve que conformarme con la corriente que entraba por la ventanilla que Julián rompió.

La liberación fue total cuando entré en la autopista. Había bastante tráfico, pero no me costaba nada esquivar a los demás vehículos. Es probable que en otro momento de mi vida me hubiese dado miedo efectuar este tipo de maniobras que hacía ahora, pero en vez de miedo experimentaba una fuerte pulsión dentro de mí, como un latido todopoderoso que me hacía desear más y más. Por desgracia, a las veloces motos les costaba todavía menos que a mí, filtrarse por entre el tránsito. Zigzagueaban con gran presteza. Para esta altura la persecución debió ser bastante evidente.

Espió por el espejo retrovisor y me percaté de que ninguno de mis perseguidores llevaba puesto casco. En una moto iba Leandro, en otra Sofía y en una tercera: Máximo. No sé cómo, pero sabía que ni Gaspar, ni Diogo, ni Eva, ni los demás, siquiera Julián, se habían quedado atrás. La familia poseía otros vehículos además del que yo me había robado y de las tres motocicletas que claramente se me acercaban cada vez más.

De la mano rápida, giré bruscamente y me tiré hacia la derecha, acaba de descubrir una salida, no tenía ni la más menor idea de hacia dónde conducía,

pero esperaba que los Salleses no llegasen a darse cuenta a tiempo de mi maniobra y me perdiesen de vista.

Casi choco en el intento, pero mi plan funcionó, bueno, a medias, Máximo no llegó a reaccionar a tiempo, él debía tener menos experiencia con las motocicletas y seguro no se sentía tan a gusto montándolas, comparado con lo habilidosos que demostraban ser Leandro y Sofía, quienes por cierto, seguían detrás de mí ahora. Me pregunté si los demás habrían conseguido desviarse por la salida de la autopista o no.

No tenía ni la menor idea de mi ubicación, pero me pareció una opción agradable aprovechar la angosta y desolada callecita que se abrió delante de mí, para volver a pisar el acelerador a fondo.

Nos metimos en una zona residencial de altos paredones y cercas tupidas. Ignoré por completo los semáforos que se me cruzaron por delante, lo mismo hicieron Leandro y Sofía, con la salvedad de que ellos se vieron obligados a esquivar un par de vehículos que atravesaron la calle por la esquina que yo ya había dejado atrás. Sofía casi choca contra uno de éstos; el percance la hizo rezagarse y yo me alegré por ello.

Leandro puso su moto en una sola rueda, y cuando la otra cayó al asfalto, aceleró con todo. El motor rugió igual que un león enojado, sólo que con un sonido unas cientos de veces amplificadas. En respuesta, yo también pisé el acelerador.

No sé por qué, pero recién ahora me percaté de que no llevaba puesto el cinturón de seguridad y la verdad es que me daba lo mismo tenerlo puesto o no. ¿Qué pensaría Vicente si me viese ahora? A que no le gustaría ni un poco. Ese pensamiento me hizo apretar el acelerador todavía más; subí una marcha y lancé un grito. Sin miedo a incrustarme contra el árbol que crecía en la esquina opuesta, tironeé del volante y giré a la derecha. Pasé tan pegada a la vereda que el auto fue rebotando de a saltitos contra el cordón. Alguien que pasaba por la calle se pegó un susto de muerte al verme pasar. Dio un salto atrás y pegó un grito. El pobre ni llegaba a recuperarse cuando Leandro pasó a toda velocidad siguiendo mi ángulo de giro.

Feliz descubrí que Sofía ya no formaba parte de la caravana.

Enloquecida de satisfacción, giré a la izquierda. El alma se me cayó a los pies cuando descubrí que era una calle sin salida. Todo sucedió demasiado rápido. Clavé ambos pies en el freno y aposté las palmas contra el volante, extendí los brazos y cerré los ojos. Todo mi cuerpo cimbró. Abrí los ojos, metí marcha atrás y giré poniéndome en paralelo a la pared del fondo del callejón, no había

terminado de maniobrar, cuando algo negro, pesado y veloz chocó contra la puerta a mi lado. El impacto me empujó hacia el asiento del acompañante; en el camino mis rodillas dieron contra la palanca de cambios, me golpeé la cabeza y el hombro contra la curva que sobresalía de la parte delantera del vehículo para formar la guantera y finalmente mi espalda se incrustó contra la puerta.

El mundo se detuvo por un momento.

—Tienes que salir de aquí en este preciso instante—. Me advirtió mi cerebro. Todo se había convertido en silencio.

Me moví. El movimiento provocó dolor. Busqué la manija y abrí la puerta. Tambaleándome, rodeé el auto.

El cuerpo de Leandro prácticamente había quedado incrustado contra la chapa. Sangraba por la nariz y la boca. Su cuerpo daba la sensación de haber perdido su forma original. La moto no estaba en mejores condiciones, gran parte de la estructura quedó metida a presión debajo del piso del auto. Sin acercarme demasiado, flexioné las rodillas y me incliné sobre él. Respiraba, de hecho, cuando el aire salía de su cuerpo se la sangre se llenaba de burbujas. Una punta de hueso sobresalía de su antebrazo derecho y según me pareció, tenía ambas piernas rotas. Esto no lo iba a matar, pero le impediría seguirme. Me acerqué a él un poco más, en estas condiciones no representaba ningún riesgo para mí, pero esto no duraría por siempre, sus heridas seguro ya habían empezado a sanar, en un par de minutos, como mucho, media hora, estaría listo para volver a correr.

Lo llamé por su nombre y me arrodillé en el piso. Tenía los ojos entreabiertos pero cuando le hablé, los abrió y me miró fijo. No dijo nada, simplemente me miró. Yo tampoco pronuncié palabra. Estiré un brazo y toqué con las yemas de los dedos, la sangre que salía de su nariz, él intentó apartarse pero no tenía mucho lugar dentro del que moverse, básicamente su cuerpo ocupaba un hueco con su forma, impreso en la chapa de la puerta.

Su sangre estaba tan caliente...

La siguiente vez extendí la mano y pasé toda la palma y los dedos por encima de sus labios bañados en sangre. Leandro echó la cabeza hacia atrás apretando los párpados a más no poder. No tengo ni idea de porqué lo hice, pero llevé mi mano sucia de sangre hasta mi rostro y me la pasé por encima de la frente, la nariz y la boca.

Me hundí en el tacto pegajoso de mi mano ensangrentada. Cerré los ojos y poco faltó para que perdiese la consciencia. Lo que me trajo devuelta a la

situación, fue el sonido de varios vehículos aproximándose. De un salto me puse de pie y eché a correr. Piqué por una calle de veredas tan angostas que dos personas no podrían pasar juntas sin chocarse entre sí, o contra los decorativos árboles que continuaban la línea del cordón todo a lo largo, cuidadosamente podados para que sus copas no tuviesen ni una hoja fuera de lugar. Sentí que detrás de mí, el ruido de dos motos y posiblemente también dos automóviles, se intensificaba.

Encontraron el rastro —me dije—. Deben haber concentrado a Leandro.

Tenía que darme prisa, yo estaba a pie, ellos en moto.

El corazón se me desbocó con los esfuerzo.

El murmullo de los motores decreció, supongo que algunos de ellos optaron por quedarse socorriendo a Leandro y para ocuparse de limpiar cualquier rastro del accidente, del cual no podrían dar explicaciones (ningún ser humano sobreviviría a semejante impacto).

Mis piernas cobraron vida propia. Cada pisada era un salto.

El ruido que producían los motores de las motos me llegaba por la izquierda de modo que en la siguiente esquina opté por doblar a la derecha por una calle que justamente era contramano para ellos, si es que venían siguiéndome por la calle por la que yo venía.

Di vueltas hasta desorientarme por completo, creo que mis perseguidores también quedaron despistados. Ya no los oía.

Me detuve a recuperar el aliento detrás de un cantero en el que crecía un ficus enorme y un montón de plantas frondosas que me cubrían por completo. Debo haber estado unos diez o quince minutos allí, muy quieta hasta que finalmente me aburrí. Antes de salir de mi escondite eché un vistazo, un automóvil dorado claro, pasó lentamente a media cuadra, por la venida con la que hacia intersección la calle por la que yo circulaba. No sé si mi vista me engañó o realmente era Diogo el que iba sentado en el asiento del acompañante, con la ventanilla abierta. Me pegué contra las plantas. Alguien más iba en el asiento trasero. Esperé a que terminasen de cruzar la bocacalle, conté hasta diez y seguí adelante.

Corrí hasta que dejé de sentir las piernas, hasta que a pesar del fresco, quedé empapada en sudor. Corrí hasta que se hizo de noche.

El cielo ya estaba de un azul muy oscuro cuando me detuve en una esquina completamente desconocida. A un par de pasos de mí iluminaba la vereda la lámpara de un poste de luz verde claro; procuré mantenerme alejada de la luz, la oscuridad resultaba mucho más cómoda y segura. Con la manga de mi

abrigo, me limpié el sudor y los restos de sangre de la piel, no me preocupaba tanto estar limpia, sino secar las gotitas que con el viento, me daban frío. La jugada no sirvió de mucho, me eché a temblar, el frío me calaba los huesos. Con manos temblorosas, cerré la campera e inspiré hondo, me dolían los pulmones, sobre todo el izquierdo, por debajo de las costillas; los músculos de las piernas me palpitaban y la cintura me estaba matando, igual que mis pies; mi cabeza no estaba mucho mejor, y por supuesto, las náuseas se llevaban buena parte de mis fuerzas al intentar mantenerlas alejadas de mi pensamiento.

Me pasé las manos por el cabello y examiné todo a mí alrededor. Por la calle no pasaban muchos autos (ya debía ser muy tarde, tal vez incluso de madrugada, no estoy segura). Con un último esfuerzo, y esquivando la luz del poste de alumbrado público, me acerqué al cordón. Temblaba como una hoja; iba a desmoronarme de un momento a otro. Alcé la cabeza y meforcé a prestar atención en el aspecto de los vehículos que pasaban. Me congelé allí parada, con los brazos intenté darme abrigo.

Cuanto me gustaría meterme en un baño caliente —pensé. Los dientes me castañeteaban—. Voy a caer rendida aquí mismo—. Las extremidades se me estaban agarrotando del agotamiento y el frío; vi un taxi, extendí el brazo haciendo oídos sordos al dolor que me produjo el movimiento brusco. Le hice señas una y otra vez para detenerlo.

El chofer fue desacelerando la marcha a medida que se acercaba a mí, pero llegó un momento en que supongo, me vio de cerca y dudó, volvió a acelerar.

—¡Espere, por favor! —le rogué con un grito rasposo que apenas si llegó mucho más allá de mis labios. Los ojos se me llenaron de lágrimas, me sentía tan mal. Necesitaba que me sacara de allí. Estaba perdida, agotada. Ya no me sentía ni fuerte, ni valiente, ni nada, simplemente quería ver a alguien que me resultase familiar, a alguien que me abrazara y me dijera que todo estaría bien. El hombre freno.

—Gracias —jadeé. Entré en el auto y le di las buenas noches, dejar afuera el frío nocturno fue un alivio y sentarme otro tanto, apenas si me podía sostener en pie.

Le di la dirección pero no estaba segura de que fuese esa realmente. Vi la hora en el relojito verde brillante por encima a la derecha del volante, eran las doce y cinco de la noche. Me acurruqué en el asiento. Unas tres calles más allá, caí rendida por el sueño.

...

Me sacudieron y desperté. A lo primero que atiné fue a tirarle un manotazo a aquello que me había tomado por la rodilla. Fue un momento de confusión y desconcierto

Cuando logré abrir los ojos comprendí que era el taxista.

—Disculpe usted, pero llevo un buen rato intentado despertarla. Empezaba a preocuparme. ¿Se encuentra bien?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Llegamos. ¿Es aquí? —me preguntó.

No reconocí absolutamente nada. Trepé por la butaca y miré hacia fuera, un poco más adelante detecté un portón de entrada que me resultaba familiar.

—Allí adelante —apunté hacia el edificio.

—Claro —entonó el taxista girándose hacia delante para acomodarse en su asiento, poniendo un cambio hizo avanzar el auto hasta la entrada del edificio.

—Puede esperar aquí un segundo, no traigo dinero encima.

La suma que debía abonarle por el viaje titilaba en el relojito que colgaba del techo al lado de la puerta delantera del acompañante.

El taxista resopló y puso mala cara.

—Le juro que voy a pagarle, tan solo déme un momento. Enseguida regreso.

—¿Esa es tu casa? —inquirió señalándome la entrada del departamento de Lucas.

—Sí.

—Si no regresas en cinco minutos llamo a la policía.

—No hará falta, no tardaré tanto en regresar.

—Más te vale, ya sabía yo que era un error haberte permitido subir a mi auto. ¿Qué estás, drogada o borracha? ¿O ambas cosas?

No tenía ni la menor idea de lo que circulaba por mi sistema.

—Cinco minutos —repetí y abrí la puerta para lanzarme a la calle. Corrí hasta la puerta.

Con la mano, de plano, apreté los cuatro botones del portero eléctrico. No tenía ni la menor idea de cual de ellos correspondía al departamento de Lucas. Los apreté una y otra vez. Rogué que por favor estuviese en casa y que estuviese solo; ni siquiera pensé en que los ocupantes de los demás departamentos pudiesen atender.

La única voz que emergió del portero fue la suya.

—Soy yo —le dije y la voz se me quebró—. Soy Eliza—. Me puse a llorar, me venía abajo víctima de una avalancha que no era capaz de detener—.

Necesito dinero para pagarle al taxista. Por favor, Lucas.

—¡Bajo, no te muevas de ahí!

—No podría ir a ninguna parte en este estado —le contesté, pero creo que él ya no se encontraba al otro lado de la línea.

Apoyé la espalda contra la pared y hundí la cabeza entre las manos.

Lucas apareció muy rápido, es más, ni siquiera llegué a verlo cuando me empujó hacia adentro y me pidió que lo esperase ahí mismo.

Eso hice, no me podía mover.

Cuando cerró la puerta luego de regresar, di un salto.

—¿Qué te pasó? Tienes sangre en el rostro —dijo acercándose al preciso rayo de luz de una lamparita embutida en el techo—. ¿Es tuya?

Negué con la cabeza.

—Creo que no, o al menos en gran parte no; no estoy segura.

—¿Qué tienes?, estás extraña—. Escrutó cada centímetro de mi ser para finalmente detenerse en mis ojos—. ¿Hiciste...? —dejó inconclusa la pregunta.

—No sé qué fue lo que hice, lo único que sé es que estoy helada y que necesito sentarme.

—Sí —sacudió la cabeza como queriendo quitarse de encima la confusión—, claro, vamos arriba—. Hizo el ademán de meterme dentro del ascensor pero yo me clavé en el piso.

—Un momento. ¿Estás solo?

—¿Quién más podría estar aquí?

—Ariel, Vicente... Gaspar...

Me miró torcido.

—No, estoy solo, últimamente no recibo muchas visitas y así lo prefiero.

—Sé que no querías volver a verme.

—No digas tonterías.

—Dijiste que...

—Sé lo que dije —soltó interrumpiéndome—. Me alegra verte... me encanta que estés aquí.

—Vengo con problemas pisándome los talones.

—¡Que novedad! —exclamó en tono burlón—. Siempre ha sido así contigo.

—¿No me odias?

—¿Te parece que te odie?

Nos miramos un momento.

—Algo me sucedió hoy... —comencé a decir y logré terminar de explicarme.

—¿Qué? —me preguntó sonriéndome.

Me encogí de hombros.

—La chica buena volviéndose mala —entonó él como si estuviese entonando el título de un libro o una película.

—Algo así—. Qué alivio que pudiese ver lo que no tenía fuerzas para explicar.

—Entonces todavía no entregaste tu alma.

Negué con la cabeza, me deshice de sus manos y le eché los brazos al cuello. Entoné su nombre pegándome a su cuerpo todo lo posible; él se puso rígido. De repente un montón de ideas locas y fuera de lugar me llenaron la cabeza. Me dieron ganas de besarle el cuello, de besarle toda la piel y los labios y empecé a hacerlo, allí, en el medio del hall, donde podía vernos cualquiera que pasase por la calle (aunque dudo que a esta hora anduviese demasiada gente por la calle).

Lucas me dejó hacer, por eso, llegué a sus labios. Besarle a él no era como besar a Vicente, pero incluso así, era especial y magnífico, y no podía ni quería dejar de hacerlo. Se me fue el cansancio y la flama dentro de mí se puso a arder otra vez.

A los tirones me arranqué el abrigo. Cuando estuve libre fui directo hacia su ropa.

—Perfectamente podría aprovecharme de esto —susurraron sus labios a medio centímetros de los míos—. Casi me convences de hacerlo. Por un momento perdí la cabeza.

—Está bien perder la cabeza de vez en cuando —dije tironeado con una mano, la de parte baja de su remera hacia arriba, y con la otra, la cintura de sus pantalones hacia abajo.

—Si mañana por la mañana por la mañana todavía quieres perder la cabeza conmigo —me tomó por las muñecas y me detuvo—, no me opondré. Pero ésta, ahora, no eres tú, y no me interesa en lo más mínimo llevar a esta mujer a mi cama.

Sus palabras provocaron un rechazo inmenso en mí. Intenté alejarme de él pero no me lo permitió lo que me llevó a escupirle a la cara.

—Bien, me lo tengo merecido por no saber distinguir entre Eliza y esta mujer que ahora tengo delante.

—Soy yo —grité desgañitándome.

—No, no eres tú. Tú estás ahí adentro pero no controlas nada de lo que sucede aquí. No sé que demonios te esté pasando pero sé que ésta no eres tú; alguien

quiere que lo seas pero nunca lo serás. Piénsalo, qué hiciste hoy, qué estás haciendo ahora. A quién yo quiero le revolvería las tripas seguir este camino hasta el final.

Tironeé de mis manos y no logré soltarme.

—Vamos, Eliza. Sal de allí. ¡Piénsalo! ¡Tú no eres así, no quieres esto! —me dio un sacudón—. Recuerda quien eras la primera vez que me viste, recuerda cómo éramos entonces—. Sus ojos se le endulzaron tanto que se empezó a resquebrajarse el alma.

Un grito brotó desde lo más profundo de mi ser y duró hasta que se me escapó todo el aire de los pulmones, luego de eso, el mundo se apagó.

Floté en un cielo celeste profundo, entre nubes blancas.

No tenía peso alguno y el sol calentaba todo mi cuerpo, en especial mi rostro, justo cuando empecé a sentir vértigo, aparecí sobre un campo, recostada sobre mullida hierva verde. A mí alrededor flotaba un aroma dulce y cálido. Todo estaba perfecto. Increíblemente perfecto. Miré a mi derecha y allí estaba él, mirándome con sus ojos grises tan fuera de lo normal. Vicente apretó mi mano y sonrió.

—Seremos uno por siempre —susurró.

El corazón me estalló de alegría.

—Porque tú eres buena —me dijo dejando de sonreír—. Eres un ángel... mi ángel.

En un parpadeo el cielo se cubrió de nubarrones grises.

—Un ángel...

—¿Eres un ángel? —Su frente se llenó de arrugas—. ¿Lo eres?

Por qué tenía la certeza casi absoluta de que no era así, de que yo no soy, ni fui, ni nunca seré un ángel, el ángel que él necesitaba.

—¿Lo eres, me preguntó una vez más?

No le respondí.

Vicente dejó pasar un momento. Repentinamente me soltó la mano.

—No, no lo eres. Tú eres un demonio... eres algo mucho peor que eso. El mundo entero debiera temerte. No deberías existir.

Me sentí como la peor lacra del universo.

—No deberías existir —repitió y desapareció.

El suelo debajo de mí desapareció y empecé a caer, a caer y a gritar. Boqueando, llorando de desesperación por miedo a llegar al fondo de este abismo abrí los ojos y me senté.

La pálida luz del sol entraba por la ventana. Todo a mí alrededor era muy blanco y moderno.

—Eliza—. Lucas llegó desde no sé dónde.

—Una pesadilla —entoné a modo de explicación para los gritos que sabía había soltado—. Fue una pesadilla.

—¿Con qué soñaste?

—No quiero recordarlo—. Cerré los ojos y me agarré la cabeza—. ¿Me buscan?

—Al menos no vinieron aquí.

—¿Pero?

—Pero... ¿Por qué viniste a mí?

—¿Cómo?

—¿Todavía quieres enloquecer conmigo?

El recuerdo de lo sucedido anoche me descolocó.

Con la vista clavada en el techo empecé a pensar el modo menos hiriente de explicarle que de anoche no quedaba más que una vaga nube de confusión, pero no llegué a hacerlo, un par de manos incandescentes me tomó por los hombros. Me miró a los ojos.

—Nunca creí que fuese a decirte esto, pero yo ya no te quiero de ese modo.

Mi cerebro derrapó.

—¿Qué?

—Seré tu amigo por siempre, pero si algo de eso que anoche moraba en ti, permanece hoy ahí dentro, lamento informarte que ya no podrás jugar con esos sentimientos —dijo como si le estuviese hablando a alguien que estaba junto a mí—. He meditado sobre eso durante más de doce horas...

Entonces llevo más de doce horas durmiendo —pensé.

—Te quiero, te quiero muchísimo, pero la forma en la que te quiero ahora es mucho más sincera y noble, es por eso que no pienso permitir que te pierdas dentro de esa maldad, dentro de esa locura que trajiste contigo anoche.

—Al menos por el momento, aquí estoy sólo yo.

—Bien, mejor así, de este modo será todo más sencillo.

—¿Todo qué?

—Hablaemos más tarde, métete en la ducha primero, te buscaré algo de ropa que puedas ponerte y no te vendría nada mal comer, tienes las mejillas chupadas y unas ojeras negras que te llegan hasta los tobillos.

Me sentía mucho peor que eso.

Lucas se levantó.

—Te prepararé el baño. ¿Crees que puedas tenerte en pie?

—Eso espero.

—Bueno, enseguida regreso.

Lucas no se alejó demasiado, del lado derecho del cuarto había una puerta, la atravesó para dejarla abierta, era un amplio baño pulcramente blanco. El ruido de la ducha me llegó al instante.

—En el baño tienes toallas limpias. Voy por algo de ropa—. Se acercó a la cama—. ¿Te ayudo?

Me tomé de una de sus manos y me levanté. Bien, el cuarto no dio vueltas a mí alrededor. Le agradecí y le prometí que si necesitaba algo, lo llamaría.

Con el agua cayéndome encima, comprendí que me iba a tomar algún tiempo librarme de la resaca de lo que experimenté ayer, todavía continuaba aturdida, me dolía todo el cuerpo y lo único que quería era volver a tirarme en la cama para dormir y dormir.

Me daba tanta vergüenza pensar en las cosas que hice ayer que me pareció que jamás lo superaría. Yo no quería ser así, no era para eso que deseaba convertirme en demonio.

Que horrible me sentía conmigo misma. Quería borrar el día de ayer de mi memoria, pero lo mejor para mí, y para todos, sería que nunca lo olvidase.

Me dieron arcadas cuando vi el agua teñida de rojo arremolinándose a mis pies.

30. Ceguera.

—Pasta —entonó empujando el plato hacia mí, sobre el desayunador en el que me obligó a sentarme. La cocina olía a salsa de tomate, a pan tostado—. Come, la pasta es buena para recuperar energías rápido. Se dio vuelta, tomó algo de un cajón y me lo pasó. Eran un tenedor una cuchara y un cuchillo.

La montaña de tallarines rojos humeantes me recordó la sangre mezclada con el agua yéndose por el drenaje de la bañera. Alcé la vista justo a tiempo para ver las tostadas surgir de la tostadora, ya listas. Deberían estar muy calientes, así y todo a Lucas eso no le preocupó, tomó las tostadas directamente del aparato y las dejó a un lado de mi plato sobre el individual de tela roja.

—¡Ah, casi me olivaba! —Exclamó girando otra vez sobre sus pies para luego estirarse hacia la heladera—. Queso rallado —entonó sacudiendo la bolsita al tiempo que cerraba la puerta—. ¿Te pongo un poco?-

Asentí con la cabeza y él dejó caer una lluvia de hilos de Parmesano sobre mi plato.

Cerró el embase, lo dejó a un lado y estirando los brazos plantó los talones de las manos sobre el borde del granito.

—A comer —entonó sonriente.

Tomé el tenedor en la cuchara, junté algo de pasta y me lo llevé a la boca. Tenía algo de hambre pero la comida no tenía el mismo efecto sobre mí, que antes. Mastiqué.

—Eso es.

Bebí un sorbo de agua y tomé otro bocado.

—Quiero pedirte disculpas por todo lo que dije —empezó a decir—; es que me preocupo mucho por ti.

—Me lo tengo merecido.

—Estaba tan celoso...

—Ojalá las cosas hubiese sucedido de un modo diferente.

Se encogió de hombros.

Cuan distinto era ahora de ese chico que conocí en la puerta de la casa de Vicente.

—Supongo que las cosas son cómo debían ser.

—Encontrarás a alguien.

Lucas soltó una risita desganada.

—Tenemos problemas más inmediatos que resolver mi vida amorosa; por qué mejor no me explicas qué sucedió ayer, he visto un poco... no me queda claro, nada de eso parece real.

Mientras que comía, le conté todo con lujo de detalles, además, lo puse al tanto de mis sospechas sobre Trueba y lo que pasó con mi madre.

Lucas inspiró hondo y soltó el aire haciendo mucho ruido.

—Tenías razón, los problemas vienen pisándote los talones. No puedo creer que vaya a decir esto, pero quizá deberías regresar a casa de Gaspar.

—No, no van a volver a encerrarme. Además me da vergüenza.

—Leandro debe estar perfectamente bien ahora. Dudo que estén resentidos contigo.

—Igual, sigo no siendo partidaria de mi encierro.

—No podemos confiarnos de que lo que experimentaste ayer no vuelva a sucederte.

Se me puso la piel de gallina.

—Podrías hacerte verdadero daño a ti misma.

—Dime qué opinas —le pedí, para cambiar de tema.

—¿Qué opino de qué?

—De mí.

—A mí lo único que me importa es que salves tu alma, es todo.

—¿Y todo lo demás qué?

—Lo demás se irá cuando nos vayamos.

—Vicente y tú pueden irse, pero los demás se irán. ¿Qué dice Ariel de mí?

—No tiene sentido que discutamos sobre eso.

—¿Habló mal de Vicente?

—Lo que pase entre nosotros no te incumbe, no te lo tomes a mal, pero eso será un tema que solucionemos cuando tú ya no formes parte de esta locura.

—No me gusta cómo suena eso.

—Lo que te dije sobre que no confío en él... lo mantengo, ya no confío en él.

—Igual crees que estaría bien al cuidado de Gaspar pese a que él me puso ahí.

—Según yo lo veo, lo más probable es que los esté utilizando a ellos también, pero debo admitir que si te descontrolas otra vez, estarás más segura con su familia que conmigo. Si todos ellos no pudieron retenerte, menos oportunidades tendré yo de lograrlo.

—No voy a volver ahí, y preferiría que reconsideraras tu opinión sobre Vicente.

—Lo mismo te pediría yo a ti si no supiera que sufres de ceguera ante él.

—Eso no es cierto, no estoy ciega—. De un salto me bajé de la banqueta.

—¿A dónde vas?

—Tengo que hablar con mi madre.

—No sé si es muy buena idea que salgas a la calle.

—Quedarme aquí esperando que las cosas se resuelvan solas tampoco lo es.

—Vicente podría encontrarte, es más, me figuro que ya sabe que estás aquí.

—Hubiese tocado a tu puerta.

Negó con la cabeza.

—¿No?

—Debe estar esperando afuera, a una distancia prudencial para evitar roses, aunque no me molestaría nada que forzase la entrada de mi casa, eso me daría un motivo para tener una pequeña conversación con él.

—Te prohíbo que te pelees con Vicente —solté apuntándolo con un dedo.

—Tarde o temprano tendremos que ajustar cuentas.

—Ya basta de hablar así; no hizo nada que tú no hubieses hecho.

—Puedo darte una lista de las cosas que yo habría hecho de un modo completamente distinto.

Bufé.

—Voy contigo.

—¿Para qué, para que se arranquen los ojos el uno al otro? No, prefiero ir sola. Gracias por haberme recibido, te devolveré el dinero del taxi en cuanto pueda.

—El dinero del taxi me importa una mierda. Podrías hacerme el favor de pensar en lo que dices.

—Es algo que tengo que resolver sola, se trata de mi madre.

Lucas me miró y aceptó.

—¡Bien! —exclamó de mal humor—. Puedo entender eso, pero al menos podrías dejar que te lleve hasta su casa. No es buena idea que andes paseando por la ciudad tú sola. Te llevaré y esperaré fuera. Prometo no meterme—. Esperó a que yo cavilara sobre su propuesta—. Permitir que vaya contigo es una forma de asegurarte de que nadie se interponga en tu camino y llegues a destino.

Tenía razón.

...

Si alguien nos seguía, no nos dimos cuenta. Sin problemas arribamos a la casa de mi madre media hora más tarde. Tal como prometió, Lucas se quedó esperando en el auto.

Toqué el timbre (no tenía ni idea de dónde estaban mis llaves, ni mi celular, ni mi bolso, es más ni siquiera me había puesto a pensar en cómo haría para entrar en mi departamento). Mi madre se sorprendió al oírme.

—¿Dónde te habías metido?—me gritó en cuanto abrió la puerta—. Llevo días buscándote. Desesperada te llamé cientos de veces a tu casa y al celular y no contestaba en ninguno de los dos lados. ¿Te parece que tienes que hacerme pasar un disgusto semejante?! Hasta tu padre se preocupó. Poco faltó para que fuésemos a hacer la denuncia de tu desaparición en la policía.

—Lo lamento, estuve fuera unos días... no sé dónde quedó mi celular. Debí llamar, perdón.

—¡Entra de una vez! No hace falta de que todo el mundo se entere de esto.

Más bien que no. Antes de entrar le eché una mirada a Lucas. Él me hizo un gesto con la cabeza y colocó sus manos sobre el volante. Mi madre siquiera se percató de su presencia.

—Pensaba llamar a Vicente para preguntarle si sabía algo de ti. Luego me

arrepentí. Llevo toda la mañana buscando el número de Lucas, sé que lo anoté por algún lado pero no recuerdo dónde —se detuvo en el medio del living miró a su alrededor.

—Ya no importa, estoy aquí.

—Sí —resopló.

Se hizo silencio.

—¿Papá salió?

Asintió con la cabeza.

—Perfecto, porque necesito que hablemos.

—Sí, hablemos de tus constantes fugas y del modo en que ignoras a tu familia. Parece que te importase poco y nada lo que nos suceda a nosotros.

—No es así, es que no estoy pasando por mi mejor momento, todo es tan complicado...

—¿Y antes qué excusa tenías? —Me espetó cruzándose de brazos.

—Tienes razón, soy una mala hija.

—No me alcanza con que lo admitas, deberías cambiarlo.

—Mamá, los quiero mucho a ambos, pero no puedo ser como tú quieres que sea—. No planeaba tener que volver a discutir sobre esto otra vez.

—No quiero que seas de ninguna manera.

—Bueno, listo, dejémoslo así. No vine a discutir.

—¿A qué viniste?

—A hablar de Trueba.

—¿Qué?!

—Necesito que me hables de él.

Los ojos se le desorbitaron.

—Vi una fotografía de él entre los papeles que guardas arriba.

Por su mueca adiviné que no se esperaba eso.

—Trueba me confesó que te conoce desde hace algún tiempo, también me dijo que no creía que fueses a acordarte de él, pero es obvio que lo reconociste.

—¿Qué más te contó?

—Nada. Ahora es tu turno de explicarme porqué te pusiste así cuando lo viste y porqué en ningún momento mencionaste que lo conocías, parecías tan emocionada con mi nuevo trabajo, qué cambió.

Mi madre dio medio vuelta y sin responderme, escapó en dirección a la cocina.

—Mamá, no voy a irme hasta que no me cuentes la verdad. Necesito saber quién es ese hombre. Por qué primero te pusiste tan contenta con mi trabajo y

ahora súbitamente quieres que lo deje.

—No sabía que era él —jadeó frenándose en seco para darme la cara.

—Cómo no sabías que era él si papá mencionó su nombre al menos una docena de veces el día que hablamos del trabajo, además yo también lo mencioné.

—¡Sí, pero ese no era su nombre!

—No te entiendo, cómo que ese no era su nombre.

—Cuando yo lo conocí no se llamaba así y ya no importa, lo único que importa es que tienes que alejarte de él. No quiero que vuelvas a verlo nunca más, pídele que se aleje de tu vida, que te deje en paz, es más, lo mejor sería que salgas del país y no le digas a nadie dónde vas. Con un poco de suerte desaparecerá pronto.

Las palabras de mi madre me preocuparon todavía más.

—¿No se llama Eleazar Trueba?

Mi madre negó con la cabeza.

—Lo más probable es que tenga cientos de nombres, no me sorprendería descubrirlo.

—¿Cómo lo conociste?

—Eso no importa, lo importante es cómo nos desharemos de él.

—¿Quién es?

—No sé quién es —me respondió con un grito.

—Mamá, necesito que seas más clara, no puedo simplemente renunciar porque tú me lo pides.

—Hazlo por ti, no vuelvas a acercarte a ese hombre —soltó y me dio la espalda para ponerse a hacer no sé qué dentro de la heladera.

—No tiene ni una sola arruga, ni una cana más del momento en que le sacaron la fotografía que guardabas. ¿Cómo puede ser eso? —Ojalá pudiese hablarle con la verdad, decirle que yo creía que era un demonio, pero no podía, porque si ella no lo sabía, la pondría en riesgo y precisamente eso era lo que intentaba evitar—. ¿Hizo algo por ti? —inquirí procurando acercarme al punto principal.

Mi mamá se volteó y clavó sus ojos verdes en mí.

—¿Además de arruinarme la vida?

Se me paralizó el corazón.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—No voy a permitir que arruine tu vida también.

—¿Qué podría hacerme? ¿Qué riesgo corro a su lado? ¿Por qué le temes?

—¡Estaba ciega!

Casi se me sale el corazón de la boca del susto. ¿Ciega? ¿Necesitaba más confirmación que esa? El mundo empezó a desmoronarse de a pequeños trocitos.

—¿Te engañó?

—Supe librarme a tiempo de él; deberías hacer lo mismo. Debes hacer lo mismo.

—Lamento traerte malos recuerdos, pero es evidente que la crisis que tuviste...

—¿Qué crisis?!

—Quemaste fotos tuyas. Las vi. ¿Por qué? Qué fue lo que reavivó su recuerdo. Bajó la vista y negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Mamá, hasta ahora no me das ninguna razón de peso para que yo de verdad, considere renunciar al mejor trabajo que he tenido jamás. Si no me cuentas la verdad no voy a renunciar. Mi futuro podría estar a su lado —acoté para empeorarlo y que ella se sintiese más urgida a contarme la verdad.

—Ese hombre es un maldito que arruinó mi vida y te llevará a la ruina a ti también.

—Mamá, qué hizo él para arruinar tu vida—. La tomé por los hombros y la obligue a mirarme a la cara—. ¿Qué fue lo que hizo! ¿Te pidió que hiciese algo por él? ¿Es acaso un asesino, un estafador?! ¿Qué tiene él de malo?

—Hizo que me enamorase de él—. Aulló dolida.

Fue como si el mundo se quedase en suspenso. El rostro de Vicente llenó mis retinas. Parecía increíble que mi madre y yo tuviésemos historias tan similares... ¿era realmente así, Trueba era un demonio? Qué otra explicación sino, no había envejecido ni un ápice probablemente en treinta años, usaba otro nombre para delatar su inhumana edad, era poderoso y estaba forrado en dinero. No tenía las otras características que los demonios poseen, pero no se me ocurría otra explicación.

¿Tan ciega he sido?

—¿Te engañó?

Mi madre asintió sacudiendo la cabeza hacia delante y atrás.

—¿Te abandonó? Dime la verdad.

—No puedo —sollozó.

—¿Qué más te hizo?

—Prométeme que te alejarás de él. Vamos, hija, dime que no volverás a verlo

nunca más, él es malo. Es realmente malo.

Inspiré hondo y solté la mentira.

—Está bien, te lo prometo, no voy a verlo nunca más. No tienes de qué preocuparte—. Ella no estaba lista y probablemente nunca estaría lista para contarme la verdad. Si quería conocer el resto de la historia, no me quedaba más remedio que ir con Trueba.

Me estiré, le besé la frente y le pedí que se calmara—. Todo va a mejorar, ya verás—. La abracé y luego me aparté de ella—. Ahora tengo que irme, hay algunas cosas que tengo que resolver.

—¿Tu renuncia?

—Eso y algunas cosas más. Dile a papá que lamento la angustia que les hice pasar estos días. Tengo que irme ahora. ¿Vas a estar bien?

—Claro.

—Te llamo esta noche.

—Bien.

Di media vuelta y la dejé sola, me hubiese gustado quedarme a consolarla, pero más que un consuelo me pareció que ella necesitaba tranquilidad, y la única forma de conseguir tranquilidad era deshaciéndonos de Trueba si es que en realidad él era lo que yo creía.

Corrí hacia el mini de Lucas y me metí dentro. Lucas hablaba por teléfono. Me hizo señas de que aguardase un momento.

—En una hora estaré por ahí —le dijo a quien se encontraba del otro lado de la línea—. Sí, nos vemos entonces. Adiós.

Cortó y guardó el celular.

—¿Cómo te fue?

—No logré averiguar demasiado.

—¿Pero es o no es un demonio?

Me encogí. Como pensaba enfrentarlo yo sola, no planeaba revelarle que yo estaba convencida de que sí, pese a que no tenía demasiadas pruebas.

—¿Compró el alma de tú madre? ¿No te dijo ella nada?

—Me parece que su alma está a salvo, el único comentario que ella hizo sobre él fue que se enamoró; eso parece haber arruinado su vida.

Lucas me lanzó una mirada por el rabillo del ojo.

—No logré sonsacarle nada más. No iba a ser yo quien empezase a soltar ese tipo de cosas, quizá ella no sepa nada más de lo que dijo, y no tengo intenciones de amargarla todavía más, con la verdad.

—Bien, entonces qué es lo que vamos a hacer ahora. ¿Qué tenías pensado? Yo

creo que lo mejor sería que te lleve a mí casa. El de recién al teléfono era Ariel, me pidió que me reuniese con él.

—Mejor me llevas a mi departamento.

—Vicente podría estar ahí.

—Necesito regresar a mi casa y detenerme a pensar un momento en tranquilidad.

—En mi departamento tendrás la tranquilidad suficiente para pensar.

—No te hago ningún favor si regreso allí contigo.

—No me importa.

—No, mejor me dejas en casa, si quieres, para quedarte tranquilo subes conmigo y te cercioras de que todo esté bien.

Frunció la nariz y torció la boca.

—Me siento bien, estoy tranquila... bueno, todo lo tranquila que podría estar, pero sé que eso que me dio ayer no va a darme ahora. Por favor Lucas. Si quieres volvemos a encontrarnos cuando termines lo que tienes que hacer con Ariel.

Golpeteó con los dedos el volante.

—Es probable que Gaspar y los demás vayan a buscarte a tu casa.

—No voy a permitir que me lleven a ninguna parte.

Miró el reloj de su muñeca y resopló.

Lucas revisó mi departamento del piso al techo, dentro de los placares y se asomó por las ventanas varias veces.

—¿Ya te convenciste de que no hay nadie ni aquí ni rondando por los alrededores?

—No me gusta dejarte sola.

—Será por un rato nada más—. Estaba ansiosa porque se fuera, en cuanto entramos detecté la presencia de mi cartera, dentro debía estar mi celular, y ese aparatito era mi vía de comunicación con Trueba.

—Si no fuese porque no quiero llegar tarde... —se removió en su lugar—. Ten cuidado y no cometas ninguna estupidez, por favor.

Le sonreí.

—Regreso por ti en cuanto pueda—. Se movió para alejarse un par de pasos, pero antes de llegarse a la puerta lo llamé.

—No le digas a Ariel que me viste.

En respuesta Lucas resopló.

—No tenía pensado hacerlo, pero no por lo que tu crees, Ariel no es quien

supones, si desconfías de él también tendrías que desconfiar de Vicente, él es su hijo y lo engañó, Ariel lo salvó y Vicente se lo está pagando del peor modo. Tan solo hazme el favor de no entrégale tu alma. Al menos no hasta que aclaremos todo.

—Te lo prometo.

—Gracias.

—No, gracias a ti por todo... y por abrirme la puerta de mi casa—. De no ser por él todavía estaría intentando encontrar un modo de entrar aquí.

—Procura llevar tus llaves la próxima vez que salgas de casa.

—Eso haré.

En cuanto Lucas se fue, corrí hacia mi cartera y saqué el celular. Descubrí que no tenía baterías. Corriendo busqué el cargador, lo enchufé al aparato y luego a la corriente de luz. En el contestador de mi teléfono de línea había once mensajes, pero yo suponía que todos eran de mi madre, en cambio en mi celular había solamente tres, uno de ellos muy reciente... un mensaje de Trueba.

Presioné un botón y lo escuché.

—Hola, soy yo, Eleazar. Bien, acabo de regresar a la ciudad. Me gustaría reunirme contigo lo antes posible. ¿Qué te parece si nos vemos para cenar? Tenemos muchas cosas de que hablar.

Ya lo creía yo.

—Llámame en cuanto puedas.

Salí de los mensajes y marqué su número mientras me arrancaba la ropa de Lucas para ponerme de la mía.

—¡Eliza! —entonó mi nombre con la voz llena de regocijo—. Hola. Que bueno oírte, no esperaba que me llamasen tan pronto. ¿Qué tal todo, tienes tiempo para cenar con tu jefe?

—De hecho me gustaría reunirme con usted ahora, ¿está libre?

—Desgraciadamente no, tengo como para una hora más pero si logro desocuparme antes te llamo. Mira, hagamos una cosa, dame un par de minutos para organizar algo y te llamo para que quedemos en algún lugar.

—Genial —solté sin la menor emoción mientras me arrancaba mis pantalones sucios. Los que Lucas me había ofrecido me quedaban enormes y se me caían.

—Te llamo al celular en un rato entonces.

Cortando su pomposa despedida apagué mi celular y lo dejé cargando sobre la mesa de luz. Sin importar a qué hora fuese a reunirme con Trueba, no me quedaría más tiempo aquí del necesario para terminar de vestirme, sabía

perfectamente bien que en cualquier momento Vicente o Gaspar podían venir por mí y yo no tenía intenciones de perderme la oportunidad de aclarar las cosas con Trueba.

A toda velocidad me cambie de ropa, recogí mi cartera y el celular. No había llegado a cargarse demasiado pero tenía lo suficiente como para poder recibir una llamada más. No pensaba responderle a nadie más que a Trueba.

Me metí dentro de un abrigo y salí de casa. Mi camioneta me esperaba a un par de pasos.

No me molestó la perspectiva de tener que vagar por la ciudad un buen rato, es más, no me vendría nada mal un tiempo a solas.

31. Confesiones.

Trueba tardó en regresarme el llamado más de lo esperado, ya empezaba a oscurecer. No sé si fue una decisión muy coherente: llevaba cuarenta minutos sentada en la mesa de un café dándole vueltas a una botella de agua y a un café.

Intenté saludarlo como si nada sucediese.

—¿Todavía quieres verme? Te he hecho esperar demasiado... es que todavía no termino de solucionar aquel problema del que te hablé.

—No hay pasa nada, lo entiendo, usted es un hombre muy ocupado. ¿Dónde podemos vernos?

—Parece que mi plan de que cenásemos juntos se hará realidad, lo que sí, no estoy de humor para cenar fuera, ¿quisieras venir a mi casa?

—No sabía que usted tuviese una casa en Buenos Aires, como aquella vez nos vimos en un hotel...

—Bueno, en realidad no es una casa, sino un departamento, y no nos reunimos aquí porque estaba en refacciones. ¿Tienes dónde anotar mi dirección?

Le pedí que me diese un momento, saqué una birrome de mi cartera y escribí la dirección en una servilleta.

—¿Le molesta si salgo para allá en este instante? Es que estoy en la calle.

—No digas tonterías, tu compañía no podría molestarme nunca, es más, no te imaginas cuanto me complacen tus ganas de que nos reunamos.

Alce un brazo y chasqué los dedos para llamar a la camarera que daba la vuelta entre las mesas, le hice señas de que me trajese la cuenta.

—Prometo que esta noche la dedicaré a ti por entero, nada de hablar de

negocios, nada de hablar de problemas, seremos tú y yo.

—Claro—. Convine atragantándome con mi propia saliva; en este momento no tenía ni la menor idea de con quién hablaba, ¿a dónde había ido a parar ese hombre con el que yo me sentía tan a gusto, el hombre que comenzaba a comprender y a conocer? Sería que estaba interpretando mal los hechos, ¿veía algo dónde realmente no había nada?

Me despedí de él hasta muy pronto y corté. Antes de que llegase a guardar mi celular en la cartera, éste empezó a sonar. El nombre de Gaspar brilló en la pantalla. Inspiré hondo y solté el celular dentro de mi cartera.

Pagué la cuenta, me subí a la camioneta y partí en dirección a la casa de Trueba.

Fui siguiendo la altura de la calle con la mirada, iba muy lento con la camioneta para poder mirar los números. Nunca había estado por esta zona de la ciudad. Eran todas altísimas torres de aspecto impotente y frío, ya era de noche, pero imagine que ni de día debía haber luz aquí abajo debido a las profundas sombras que los edificios debían marcar sobre el suelo.

La numeración se interrumpió de pronto todo a lo largo de un imponente y amenazador muro gris armado con cámaras de seguridad y demás artilugios anti intrusos.

Frené, alcé la mirada y me topé con una interminable estructura de acero y cristal. Me dio vértigo mirar tan hacia arriba. Los ventanales de los departamentos ocupados, brillaban.

Puse primera otra vez y avancé hasta la gran entrada. Era esa la altura que yo buscaba. Treinta y dos, treinta, con estilizados números de acero.

Frente a la verja estaba parado un guardia de seguridad, equipado como para custodiar una cárcel. Dentro de la garita a mi derecha había un guardia más, detrás de un vidrio polarizado que a todas luces era blindado, se notaba en el marco que tenía al menos dos centímetros de espesor.

El guardia alzó la mano para detenerme; yo no pensaba ir a ninguna parte, la reja parecía antitanques y por más que mi camioneta fuese blindada, no tenía razones para intentar echar abajo la reja, al menos por ahora, ya vería que sucedería al momento en que quisiese salir de aquí.

La boca se me secó.

Al alzar la vista me percaté de que una cámara tomaba un primer plano de mi rostro y para eso debía estar, para tener identificadas a todas y cada una de las personas que traspasaba la entrada.

—Buenas noches, señorita—. La voz del guardia raspó el aire nocturno.

—Buenas noches, vengo a ver al señor Trueba, mi nombre es Eliza Pérsico.

—¿Podría facilitarme un documento? —me gruñó mientras se llevaba una mano al radio que le colgaba de la cintura—. Cuando se abrió la campera me percaté de que llevaba puesto un chaleco antibalas.

¿Quiénes vivía al otro lado del paredón?

Casi sin mirar —no me animaba a quitarle la vista de encima al guardia, tenía al impresión de que aquel hombre me atacaría en cuanto me encontrase desprevenida—, revolví con una sola mano, saqué mi billetera, y de ella extraje mi documento. Se lo enseñé por a través de la abertura de la ventanilla, pero él en vez de mirarlo me lo arrebató. A la fuerte luz del reflector que nos alumbraba, lo examinó, para luego repetirle mis datos al radio que chisporroteó antes de que comenzase a hablar.

—Un momento —le contestó una voz masculina desde el otro lado.

—Aguarde un momento, por favor —me pidió el guardia ignorando el hecho de que yo también había oído las palabras de su compañero.

Pasaron tal vez unos quince incómodos segundos hasta que el radio emitió una señal sonora.

—Dime —dijo el guardia a mi lado llevándose el radio a los labios.

—Está ok —entonó la voz.

Por supuesto que está ok, no soy una intrusa —me dieron ganas de decir.

—Puede pasar. El estacionamiento para invitados está a su izquierda por este camino — señaló el ancho corredor entre la prolija vegetación que de tan bien cuidado parecía de plástico—. Tomé el ascensor del fondo del corredor, él último piso es del señor Trueba.

La reja empezó a correr sobre su rail.

—Gracias.

—Que tenga buenas noches.

—Buenas noches para usted también.

Me estremecí al dejar atrás al guardia. La sensación de incomodidad no terminó allí, me dio la impresión que había una cámara tomando mi avance desde cada ángulo posible.

El estacionamiento era un subsuelo de aspecto frío. Típicas paredes de hormigón, muchas columnas, piso de cemento, tubos fluorescentes de luces azulinas... y mucho, mucho espacio libre.

Por lo visto quienes viven aquí no reciben demasiadas visitas.

A lo lejos había una camioneta de azul oxidada, un automóvil que tenía tanta tierra encima que parecía abandonado. En un rincón alguien había dejado una pila de trastos que daba la sensación de ser algo que quedó de una mudanza o de una profunda limpieza de placares.

Seguí avanzando. Las ruedas de mi camioneta chirriaban sobre el piso.

Vi al fondo un rincón iluminado y pronto me di cuenta de que era el corredor de los ascensores.

Como casi todos los espacios para estacionar estaban libres, manejé hasta el fondo del estacionamiento y dejé mi camioneta lo más cerca posible de los ascensores.

En cuanto apagué el motor el silencio se apoderó de todo.

Quitó las llaves del encendido y antes de bajar le eché un vistazo a mi celular. Estaba apagado, se había vuelto a quedar sin baterías. ¿Gaspar todavía estaría intentando ponerse en contacto conmigo? la verdad es que no me explicaba cómo es que todavía no se apareció ni Vicente, ni él, ni alguien de su familia en mí camino. Durante el tiempo que estuve dando vueltas por la ciudad a la espera de que Trueba me llamase, tuve la sensación de que alguien me seguía, pero cada vez que espiaba por los espejos retrovisores o me detenía a propósito en alguna esquina y así esperar a ver si alguna moto o un automóvil conocido se me acercaba, no detecte nada.

Me colgué la cartera la cartera del hombro y salí.

No me costó encontrar al menos media docena de cámaras de seguridad.

Con la cabeza medio hundida entre los hombros me eché a andar hasta los ascensores.

Un ínfimo chasquido que quizá no fue más que el golpe de uno de los zarcillos de las tantas enredaderas que alfombraban la lomada que descendía desde el nivel de la planta baja hasta el subsuelo, contra el piso, me frenó.

Giré sobre mis talones y recorrí con la mirada todo el espacio. No lo había visto antes, pero allí, a unos diez metros de mi camioneta, en diagonal hacia la derecha, había estacionado un Audi negro de vidrios polarizados, grande como una nave espacial, y ostentoso como pocos. La pintura brillaba como recién salida de fábrica incluso al rayo de estas poco favorecedoras luces.

De ser por mí hubiese jurado que había alguien allí dentro, pero qué podía estar haciendo alguien dentro de un auto en un estacionamiento vacío. Me dije a mí misma que debía controlarme.

Sin darme vuelta y sin quitarle la mirada de encima al vehículo, di un paso atrás y luego otro.

Tienes que moverte —me recordé cuando mis pies se quedaron atorados en el suelo—. Es solamente un auto... alguien que vino a visitar a alguien...—. Me pasé una mano por el cabello e inspiré hondo—. Esos dos tipos de seguridad de allí adelante deben estar viéndote, si no quieres que vengan por ti mejor camina. ¡Estás haciendo el ridículo! Y lo peor de todo es que si Trueba también tiene la oportunidad de verte, debe estar pensando que tienes miedo.

Creo que eso último fue lo que me hizo reaccionar. Apreté los puños, di media vuelta y empecé a caminar, quizá más rápido de lo necesario, pero ni modo, al menos ya no estaba clavada al piso como una tonta mirando ese auto con una desconfianza que seguro se me notaba en la cara.

Mi ascensor era el quinto y último, el único separado de las dos filas enfrentadas y probablemente el único que solamente tenía tres botones: subsuelo, planta baja y piso treinta y uno.

Presioné el botón de más arriba.

El estomago me dio un sacudón en cuanto el ascensor se puso en marcha. No soy claustrofóbica sin embargo me daba no sé qué saber que este cubo de acero subiría treinta y un pisos sin detenerse.

Lentamente me fui acercando cada vez más a la pared derecha; me tomé de la barandilla y procuré controlar mi respiración; como fuese tenía que llegar arriba en una sola pieza, lo suficientemente entera para enfrentar a ese hombre y descubrir la verdad cualquiera fuese.

Cuando iba a mitad de camino me dio la sensación que desde aquí dentro también me observaban. No encontré ninguna cámara a la vista, igual sentía ojos pegados en mí.

Buena forma de disuadir a cualquiera de no hacer lo indebido.

Los que vivían aquí probablemente estuviesen muy seguros dentro de sus departamentos, pero esa seguridad la pagaban con su privacidad.

Treinta, treinta y uno, las puertas automáticas se abrieron solas a un ambiente amplio y luminoso.

Puse un pie fuera del ascensor y luego el otro. Entre el ascensor y el departamento de Trueba no había nada, esta era su casa y de hecho, tenía mucho de él. La decoración era tan parecida a la de su departamento en Francia que salvando las diferencias arquitectónicas del edificio, ambos lugares bien podían ser confundidos entre sí.

Di un paso más.

¿No va a venir nadie a recibirme?

Estiré el cuello más allá del recibidor en forma de semicírculo. En el centro

del espacio reinaba una imponente escultura de bronce de estilo moderno y abstracto. Sobre una de las paredes curvas un espejo y una mesa, y en la otra un cuadro de tema religioso y otra mesa, similar ésta a la de la pared opuesta. Si bien hasta ahora creí que todo hallaba en completo silencio, me pareció oír algo de música clásica, ¿piano tal vez?

—¿Eleazar? —entoné su nombre sin alzar demasiado la voz. No me contestó. Dejé atrás la escultura y finalmente el recibidor—. ¿Eleazar? —repetí su nombre mirando a un lado y al otro, el lugar era inmenso, espacioso, todo ventanales desde los que se veía toda la ciudad... y las estrellas, y la luna, una luna brillante y hermosa.

Me percaté que la música me llegaba desde la derecha.

—¿Eleazar?

El living parecía un museo acondicionado con todo lo necesario para que fuese confortable. Había media docena de lugares en los que relajarse, entre anchas poltronas y profundos sillones rellenos de almohadones de todas las texturas y formas. En el centro, sobre la mesita del café había dos finas tazas de porcelana, manchas con restos de café, una botella de coñac francés y dos copas conteniendo éste brebaje a medio beber. Dentro de un cenicero de cristal de aspecto pesado había muchas cenizas, varios fósforos quemados y los restos de dos cigarrillos.

Otro espacio también repleto de cosas se abría más allá de una arcada de madera.

—¿Eleazar? —lo llamé subiendo el tono de voz, es probable que si estaba escuchando música no me oyese.

—¡Eliza!

Casi me muero de un susto. Debo haber pegado un salto de diez centímetros.

Me di vuelta. Trueba se encontraba parado justo detrás de mí.

Se rió.

—Que susto te di —me dijo tomándome por los hombros. Mi reacción inmediata fue examinar el calor que emanaba de sus manos. Era normal.

—No lo oí llegar.

—Me di cuenta —convino con una enorme sonrisa. Sus ojos estaban más claros y brillantes que nunca.

—Lamento haber entrado así... lo llamé... nadie contestó. Oí música, creí que era usted que estaba allí, es por eso que iba en esa dirección.

—No, no soy yo, yo estoy aquí—. Me soltó y apuntó con la cabeza por dónde provenía la música—. Es mi hijo.

—¿Su hijo?—. El tono en que formulé la pregunta no sonó muy educado, es que la revelación me impactó. ¿Un hijo? Lo siguiente que pensé es: los demonios no pueden tener hijos, Vicente me lo dijo, ¿me mintió o este hombre realmente no es nada de lo que yo he llegado a convencerme en los últimos días, sobretodo en las últimas horas?

—Sí, mi hijo, ¿por qué, tan increíble te parece que yo pueda tener un hijo? Te dije que no tengo la edad que aparento.

—Lo... lo siento, es que como no lo mencionó antes yo no tenía... claro, usted no tenía obligación de contarme nada de su vida privada.

Trueba ladeó la cabeza y me contempló con una mirada cálida.

—Me gustaría poder contarte todo de mí. Fue una torpeza de mi parte no mencionarlo a él antes, es que no nos llevamos muy bien. Lo único que heredó de mí son mis gustos musicales. Yo le exijo y él se queja de que le exija, él hace y yo lo corrijo, lo normal, siempre ha sido así, el problema es que ya es un adulto y nuestras discusiones se hacen cada vez más fuertes. Somos dos hombres que buscan imponer su punto de vista.

Todo esto me dejó boquiabierto.

—¿Qué? —Quiso saber ensanchando su sonrisa—. Me miras como si no lo entendieses; me miras igual que si yo fuese un extraterrestre. Creíste que yo no tenía una vida fuera de mi trabajo, ¿no es así? La gente suele pensar eso de mí, suelo estar tan abocado a mis ocupaciones que los que me conocen dentro de ese entorno piensan que es lo único que hay de mí.

—No fue mi intención decir eso.

—No, ya sé que no, sé que tu sorpresa fue genuina y no movilizaba por el mismo tipo de especulaciones que hacen los demás.

—¿Vive con usted?

—¿Quién —enarcó las cejas—, mi hijo?

—Sí.

—No, gracias a Dios no. Solamente ha pasado por aquí para que discutiésemos un par de cosas. Se irá en cuanto se recupere.

¿En cuanto se recupere? Mi cabeza se volvió sola hasta la botella de coñac, le quedaba mucho menos de la mitad. Giré otra vez la cabeza en dirección a Trueba, no noté que tuviese aliento a alcohol.

Su hijo se bebió todo lo que le falta a la botella —pensé—, de eso es de lo que tiene que recuperarse; está borracho y no puede manejar.

En cuanto pronuncie la palabra manejar dentro de mi cráneo me vino la imagen del Audi estacionado a unos pocos metros de mi camioneta en el

estacionamiento para visitas. Ese automóvil era digno del hijo de un hombre tan rico y poderoso como Trueba. Por un momento me imaginé a un muchacho atractivo, alto, fibroso, de hermosos ojos turquesa y con una cabellera tupida como la de su padre. Sin duda el auto combinaría perfectamente bien con alguien así.

—Te lo presentaría pero no está en condiciones de ver a nadie, además — caminó hasta la mesa, recogió la tapa de la botella y la botella, y comenzó a enroscarla—, no te pierdes de nada. Últimamente se ha tomado la mala costumbre de darme más dolores de cabeza que satisfacciones. Creo que siempre esperé de él más de lo que sabía que podía darme. No debí hacerlo, he puesto sobre sus hombros un peso mucho mayor del que él puede manejar. No me gustó el comentario, en algún punto ese comportamiento suyo me hizo acordar a las actitudes de mi madre. Y hablando de ella... ¿estoy paranoica y confundí a este hombre con un demonio? Pero cómo se explica que no haya cambiado su aspecto y...

Trueba dejó la botella sobre la mesa y se me acercó.

—Espero sinceramente desde lo más profundo de mí ser, que lo que sucedió en casa de tu madre el otro día no sea un impedimento para continuar adelante con nuestra relación. ¿Has discutido el asunto con ella? Si no me equivoco no te ha hablado muy bien de mí.

La música se detuvo.

Trueba cerró los ojos y soltó un gruñido. Me dio la sensación de que le había molestado que su hijo apagase la música.

—Tu madre tiene razón pero solo en parte. Las relaciones de pareja no siempre son sencillas ni tienen un final feliz como en los cuentos de hadas, es más, hasta lo que yo sé, eso no existe, lo único real es el trabajo. Una pareja es como una sociedad, si quieres mantenerla en pie debes estar dispuesto a hacer muchos sacrificios y a exigir lo que te corresponde cuando así sea, entre otras cosas.

—¿Me está diciendo que mi madre y usted fueron pareja?

—Algo así... por un tiempo.

—¿Está usted casado ahora, lo estuvo en algún momento?

Trueba sonrió sin despegar los labios.

—Nunca pasé por el registro civil, pero eso no me ha impedido amar e incluso, tener hijos —echó la cabeza hacia atrás—, ahí tienes la prueba.

—Mi madre mencionó que no reconoció su nombre cuando yo hablé de usted y del trabajo que me ofrecía.

—Que no reconoció mi nombre —repitió con el entrecejo fruncido.

—Así es, para ser más específica, dijo que usted usaba otro nombre cuando lo conoció—. También me había dicho que él debía tener miles de nombres, pero no me pareció que valiese la pena traer a cuento eso.

—Es que mi vida ha cambiado mucho desde entonces. Muchísimo y para mejor.

—¿Se cambió de nombre? ¿Por qué?

—No vas a dejar pasar esta noche sin descubrir toda la verdad, ¿no es así? Y yo que creí que venías a visitarme porque me extrañabas —sonrió— lo que deseas es mi confesión.

Me mordí el labio interior de la mejilla; estaba tan confundida.

—Sí, me cambié el nombre —siguió diciendo—, bueno, en realidad a medias, Eleazar es mi segundo nombre, tu madre me conoció por mi primer nombre. Y en cuanto a mi apellido, bien: cuando pasó lo que pasó preferí usar mi otro apellido, al igual que mi hijo, yo tampoco jamás me he llevado demasiado bien con mi padre.

—¿Qué fue lo que le pasó?

—Tuve problemas con mis negocios y me decidí a empezar de cero, para eso creé, cómo decirlo: una nueva versión de mí. No es nada ilegal, mi nombre actual no es el de un fantasma, si hasta para votar figuro con este nombre y mis impuestos los pago con este nombre. No soy ni un estafador ni nada parecido, tuve problemas pero ya los solucioné—. Antes de continuar con su relato, se llevó las manos a la cintura y realizó varias respiraciones con los ojos entornados—. Tu madre debe haber insinuado que soy la peor peste, me duele que piense eso de mí, yo aún le tengo gran cariño.

—¿Cuándo me contrató sabía de quién yo era hija?

—Perfectamente. Jorge, el amigo de tu padre, quien nos contactó, él me habló de ustedes. Mencionó a tu madre y a tu padre, y me comentó que Noemí había tenido una hija.

—¿Lo hizo para llegar a mi madre?

—Lo hice para llegar a ti.

Se hizo un silencio. ¿Cómo, qué significaba eso?

—¿Para llegar a mí?

—Quería conocerte.

Me estremecí, me dieron ganas de dar media vuelta y salir corriendo y ni siquiera sé por qué.

El aire comenzó a no llegarme a los pulmones.

—Tu madre y yo vivimos muchas cosas juntos. En cuanto la conocí, me enamoré de ella. Fue solo verla para quedar prendido de sus ojos, de sus manos, de sus brazos, de cada uno de los movimientos que realizaba con su cuerpo. Fue una bailarina excelente.

Mi madre bailó hasta que una noche, sobre el escenario, cayó mal luego de un salto, pisó una tabla floja y se rompió un tobillo, los ligamentos de la rodilla y la muñeca, luego de eso, jamás se recuperó, al menos no para bailar al nivel de exigencia que ella misma se imponía. Al no poder dar lo mejor, simplemente lo abandonó todo.

—Tu madre parecía un ser de otro mundo sobre el escenario. Un ángel. Desafiaba la gravedad, la belleza de la naturaleza y la fuerza del ser humano.

—Comprobó que yo no soy como ella.

—Comprobé que tú no eres como ella, pero no lo digas en ese tono, no me has decepcionado, sino todo lo contrario. Puedo esperar de ti mucho más.

En este instante me encontraba tan perdida que no pude decir nada.

—Me fui y dejé a tu madre, fue un grave error, un gravísimo error; no te dejaré a ti.

—Ella me recomendó que me apartase de usted.

—No quiero hacerte daño, puedes confiar en mí, Eliza, no voy a lastimarte ni permitiré que nadie te lastime jamás.

—¿Por qué?

—No es la primera vez que me lo preguntas y te daré la misma respuesta que siempre: siento aprecio por ti. En ti encuentro lo que no he logrado conseguir hallar en toda una vida. El cariño que te profeso es el de un padre a su hija. Me hubiese complacido mucho poder criarte, poder haber estado ahí para ti cada vez que algo se complicaba en tu vida... desgraciadamente, por motivos que no vienen al caso, además de los ya obvios que respectan a mi relación con tu madre, me llena de gozo saber que al menos, tengo la posibilidad de planear un futuro contigo.

—¿Si yo le dijese que no quiero volver a verlo, que lo que quiero fuera de mi vida, qué haría usted?

—¿Eso es lo que quieres?

No pude decirle que sí, porque en el fondo de mi ser, no quería perderlo, desde que lo conocí, poco a poco, fue transformándose en un pilar del mundo humano para mí, sospechar que pudiese ser un demonio había sido un golpe, pero ahora... ¿De dónde saqué todas esas barbaridades?! ¿Será sí mi vida si es que todo termina mal, pierdo a Vicente y los demonios a los que aprecio y

quiero se alejan de mí? ¿Voy a quedar sola y paranoica viendo demonios en todos los humanos que se me acercan?

—¿Quieres que desaparezca de tu vida?

Antes de saber lo que estaba haciendo, le contesté que no con la cabeza.

Mi respuesta le arrancó una esplendorosa sonrisa a sus labios. Con esa sonrisa pareció quince años más joven, es decir, no mucho mayor que yo.

—Lo sabía.

—Pero creo que por el momento, lo mejor que puedo hacer yo por usted es apartarme de su vida, de sus negocios y de su familia.

—No empieces con eso otra vez. Lo veo en tus ojos, estás agotada, tanto física como mentalmente—. Posó sus manos otra vez sobre mis hombros—. Quédate aquí esta noche, aquí estarás más segura que en cualquier otra parte. Pasa aquí la noche, descansa. Hay media docena de cuartos disponibles.

—Tengo que ir a casa.

—¿Para qué, quién te espera allí? ¿Vicente?

Tal vez sí, tal vez no, pero si me estaba esperando en mi departamento seguramente no era para hacerme compañía sino para encerrarme otra vez.

—Es tu hogar si lo aceptas, y no te preocupes por mi hijo, probablemente se largará en un par de horas.

Los hombros se me pusieron pesados.

—Cuidaré de ti —susurró. Me acercó a su cuerpo y me abrazó—. Voy a cuidar de ti siempre—. No me resistí ni tenía intención de hacerlo. Cerré los ojos y respiré hondo. Su abrazo tenía un efecto reconfortante en mí, de verdad que me sentía mucho más tranquila y segura a su lado. Nos quedamos por un momento así abrazados en medio del living, luego Trueba me guió hasta su cocina, y allí me preparó de comer, bueno, en realidad sacó algo de comida que ya tenía preparada y en porciones en una de las tres heladeras con las que contaba el espacio. Colocó mi comida en un plato, la metió al microondas y preparó un sitio en la mesa para mí.

Me vio comer casi sin parpadear.

La conversación se tornó un tanto más ligera. Trueba me contó algunas cosas de la época anterior a conocer a mi madre, entre sus confesiones figuraba el haber participado en el movimiento hippie por un tiempo, haber probado algunas drogas, hasta lo más diametralmente opuesto: sus años de facultad, sus viajes por el mundo, las cosas que le gustaban hacer, las que no, lo difícil que a veces le resultaba vivir esta vida, lo amargo de la truncada relación con su hijo y el hecho de que después de haber conocido a mi madre ya no volvió a

enamorarse de ese modo nunca más.

No voy a negar que fue muy extraño oír esas cosas sobre la vida de mi madre antes de conocer a mi padre; al mismo tiempo, todas esas confesiones se asentaron debajo de mis pies, afianzando el suelo sobre el que pisaba. Por mi parte, le conté otras cosas de mi vida que hasta ahora no había tenido el valor de poner en palabras. Incluso, dejando a un lado detalles que ni se me ocurriría contarle, no después de constatar que era tan, o quizá mucho más humano que yo, supondrían una grieta entre nosotros. Le hable de Lucas y de lo que me había pasado con él, es más, le dije que ayer mismo lo había visto. La respuesta de Trueba a mi dilema fue: tú quieres estar con Vicente, eso queda muy claro; no dejes pasar la oportunidad, has lo que sea necesario para alcanzar tu objetivo.

Unos minutos pasados de las diez de la noche, Eleazar me acompañó a mi cuarto. Me dormí en menos de cinco minutos.

...

Llamaron a mi puerta.

Abrí los ojos de inmediato. Tenía los momentos vividos anoche todavía demasiado frescos y solamente deseaba suplicar un poco más de descanso. La cama era tan cómoda, todo estaba tan tranquilo aquí. Con paso torpe, fui hasta la puerta y pregunté quién era. Nadie respondió. La abrí y me encontré con la pared opuesta del pasillo. Por unos instantes creí haber soñado con aquellos golpes, pero cuanto intenté cerrar la puerta, ésta se trabó con algo. Bajé la vista y me encontré con un sobre blanco en el piso.

Me agaché, levanté el sobre y volví a examinar el pasillo. No había nadie allí y lo único que se oía era el silencio; el lugar era un valle de calma.

Cerré la puerta y abrí el sobre.

Las palabras le dolieron a mis ojos.

Vas a arrepentirte de haber puesto un pie en esta casa. Desearás nunca haber nacido. Has caso a tu madre y aléjate de mi padre. Piérdete en algún rincón lo más oscuro posible y no vuelvas a salir de allí, porque si sales, te buscaré y te encontraré, y

créeme, no querrás encontrarte
conmigo cara a cara.

Al terminar de leer la carta mi corazón estaba encogido como dentro de un puño.

El hijo de Trueba había oído nuestra conversación. Por lo visto para eso había apagado la música, y evidentemente no estaba tan borracho como Trueba creyó.

No sé qué creía este chico que yo planeaba conseguir de su padre, pero sin duda no era ni robárselo de modo alguno ni nada, y si lo que le preocupaba era el dinero de su herencia, bien, en ese sentido todavía tenía menos que temer, nunca me intereso el dinero de Trueba.

Obviamente este chico debía estar celoso y no lo culpo, imagino que no debía sentirse nada bien después de oír lo que dijo su padre de él, y lo que dijo de su relación conmigo. De todas formas, no me gustó nada que me amenazara.

Metí la nota en el sobre y el sobre dentro de mi cartera y fui a vestirme.

Por lo visto no voy a poder tener ni un segundo de paz —pensé mientras me ponía los pantalones. Me vestí y no tenía ni la menor idea de para ir a dónde. Quería hablar con Vicente pero no tenía ganas de que volviese a llevarme a casa de Gaspar, y caer en casa de Lucas otra vez, no era muy buena idea... quedarme aquí quizá tampoco lo fuese y regresar a mi casa probablemente mucho menos.

Perdida, me quedé sentada en el borde de la cama sin saber a quién recurrir o qué hacer.

No me dieron mucho tiempo para perderme dentro de mi misma, para ahogarme en mis angustias y problemas; a los pocos segundos volvieron a llamar a la puerta.

—¿Eliza, estás despierta ya? Soy Eleazar.

—Adelante.

Trueba abrió la puerta y puso cara de sorpresa al verme sentada contra la cama, ya vestida.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Madrugaste.

—¿Qué hora es? —no tenía ni la menor idea de en que tiempo vivía.

—Son las siete treinta. Supuse que te quedarías en la cama hasta media mañana.

Preferí no decirle que su hijo me había despertado hacía unos quince minutos, para pasarme por debajo de la puerta una pulcra y prolija amenaza escrita en costoso papel, metida dentro de un sobre igualmente elegante.

—Venía a avisarte que tengo que salir, pero que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, es más, pensaba que podíamos organizar reunirnos a la hora del almuerzo. Ya sabes, para conversar un poco; es momento de que veamos cómo solucionar tus problemas. No puedes seguir viviendo así.

Ni que lo diga.

—El departamento es todo tuyo, mi hijo ya se ha ido y dudo que regrese por aquí en un futuro cercano.

—¿Discutió con él?

—No es ninguna novedad; no te preocupes por eso, él de algún modo debe entender que quien manda aquí soy yo. Le guste o no.

Le eché una mirada a mi cartera pensando en la nota del hijo de Eleazar.

—Yo también tengo cosas que hacer.

—Prométeme que si sales de aquí no será para desaparecer de mi vida.

—No puedo prometerle nada.

—Tú y yo todavía tenemos mucho de que hablar.

—Ya veremos.

—Te llamaré cerca del mediodía, si estás libre nos reuniremos —insistió. Caminó hasta mí y me dio un beso en la frente—. Desayuna antes de salir, sobre la mesa de la cocina hay un despliegue de comida esperando por ti. ¿O quieres que te espere para luego alcanzarte a alguna parte?

—Mi camioneta está abajo.

—Ah, sí, claro, me olvidaba de tu camioneta —rió—. Bien, cuídate. Nos veremos en un par de horas.

Golpeteando las puntas de los pies contra el suelo, dejé discurrir un par de minutos. No tenía pensado pasar por la cocina a desayunar.

Menos de cinco minutos más tarde, el ascensor abrió sus puertas en el nivel del estacionamiento. Al llegar al final del corredor, noté que algo no andaba bien. En cuanto empecé a caminar en dirección a mi camioneta me di cuenta de qué era eso que me parecía tan extraño. Mi camioneta estaba fuera del lugar de estacionamiento, para más detalle: estaba cruzada en mitad del espacio destinado para la circulación.

La puerta del lado del conductor no había sido forzada ni nada, pero quien llevó mi camioneta hasta ese lugar, no lo había hecho manejándola, sino empujándola. Vi los destrozos en cuanto llegué lo suficientemente cerca. Había

un reguero de restos de plástico, vidrio y metal y marcas negras de llantas. Rodeé la camioneta y entonces terminé de ver el verdadero desastre. La parte posterior y derecha del vehículo tenía toda una variedad de rayones y bollos. En los rayones había marcas de pintura negra. Me di vuelta para simplemente corroborar que el Audi negro ya no estaba allí. El hijo de Trueba había corrido de lugar mi camioneta a base de chocarla una y otra vez.

Si así había quedado mi camioneta que era blindada ni me quiero imaginar lo que debe de haber quedado de su aerodinámico auto deportivo.

Evidentemente a este chico le faltaba un tornillo, y además, le importaban un cuerno las cámaras de seguridad que había por todas partes. Me pregunté si nadie había estado viendo los monitores de seguridad, y si así fue, cómo es que no lo pararon.

—Perfecto —dije en voz alta—, destroza mi auto. ¡Mocoso malcriado!

Apreté el remoto. La alarma sonó y las puertas se abrieron.

—Buena hora para sonar —rezongué al tiempo que abría la puerta del lado del conductor.

Los daños exteriores no llegaron a afectar el funcionamiento de la camioneta. Unos segundos después trepaba la rampa para subir al nivel de los jardines, en cuanto llegué a la salida, la verja ya estaba abierta. Me dio ganas de gritarles a los dos guardias que podrían haber prestado un poco más de atención a lo que sucedía con los autos de las visitas, pero al verdad es que no tenía intención de armar un escándalo de esto. No sería yo quién le diese a Trueba otro motivo para quejarse de su hijo.

Si alguien me buscaba a mí o a mi camioneta, por las calles de la ciudad, no me encontraron. Llegué a casa sin que nada extraño me sucediese por el camino, lo único remarcable de la mañana, es que cuando pasé por delante de la puerta de mi edificio, buscando dónde estacionar, reconocí el auto de mi padre estacionado justo donde yo solía dejar mi camioneta. De refilón vi a mi padre parado en lo más alto de la escalinata. Su mirada se cruzó con la mía. Le hice señas y me fui a estacionar.

Mientras me alejaba, se me fue formando un nudo en el estómago.

Mi fuerte nunca fue estacionar, pero esta vez literalmente dejé mi camioneta tirada contra el cordón. Prácticamente corrí de regreso hasta la entrada.

Nos dimos los buenos días intercambiado un beso y un abrazo.

—Me gasté los dedos llamándote al celular y a tu casa —me dijo, pero no era

un regaño.

—Mi celular se quedó sin baterías.

—Puedo preguntar dónde pasaste la noche.

—Es una larga historia.

—¿Vicente y tú volvieron? ¿Pasaste la noche con él?

—No, no pasé la noche con él y todavía... bueno aún no se puede decir que hayamos vuelto. Estoy en eso.

—¿Quiere volver contigo?

—Me dejó claro que aún me ama.

—Entonces eso no tardará demasiado.

Ni te imaginas —pensé.

—¿Estás segura de estar haciendo lo correcto?

—No puedo vivir sin él.

—No quiero que permitas que vuelva a lastimarte.

—No fue su intención.

—Como sea, asegúrate de no volver a poner en riesgo tu corazón.

—Ya veremos. Ahora, qué te trajo por aquí tan temprano.

—Necesito hablar contigo, ¿subimos?

—Sí, por supuesto.

Puse a hacer café. En cuanto estuvo listo nos sentamos a la mesa.

—Bueno, ¿a qué se debe tu visita?

—Vine a despedirme.

Mi primera impresión fue que me estaba tomando el pelo, pero mi papá no solía hacer bromas tontas y de hecho, lucía demasiado serio.

—Por qué, a dónde te vas.

—A pasar una temporada en casa de tu tía. Necesito tomarme un tiempo.

—¿De qué necesitas tomarte un tiempo? Papá, creo que no te estoy entendiendo.

—Dejé a tu madre, es lo mejor para ella, lo mejor para mí, lo mejor para todos.

En mi vida creí que oiría estas palabras.

—¿Qué tontería es esa?! ¿Por qué discutieron ahora?—. El día iba de mal en peor.

—Tu madre necesita reordenar sus prioridades y yo preciso de un tiempo a solas para asimilar todo esto.

—¿Esto?

—Intenté hacer que viniera conmigo, me pareció que lo más lógico era que te lo dijésemos los dos juntos, pero ella se negó y yo no puedo quedarme callado la boca sabiendo lo que sé. Todo tiene un límite—. Se tomó un momento y luego siguió—. Ayer tu madre me contó muchas cosas que yo no sabía... de las cuales no tenía ni la menor idea.

—¿Qué te contó? —inquirí pensando en Eleazar. En esa historia no había nada lo suficientemente pesado para justificar que se separarán... bueno, no al menos en la historia que yo creía conocer.

—Cuando conocí a tu madre ella estaba enamorada de alguien más, esa persona le había roto el corazón. Ella estaba dolida y yo me ocupé de ayudarla a recomponerse, al final, una cosa llegó a la otra y terminamos enamorándonos, o al menos eso fue lo que me sucedió a mí—. Mi papá dejó muy en claro con esto que al parecer, a mi madre no le pasó lo mismo.

—Fui el hombre más feliz del mundo al saber que iba a ser padre, y mi vida desde que tú llegaste se convirtió en un regalo. Nada de lo que siento por ti cambiará jamás —sacudió la cabeza—, nada puede cambiar eso-, pero... —estiró una mano y tomó la mía—. Tu madre me confesó ayer que yo no...

Lo adiviné antes de que terminase de decirlo. Fue un impacto todavía peor del que experimenté cuando Vicente me confesó lo que era, o cuando me di cuenta de que estaba enamorada de él.

—No soy tu padre biológico. Ese otro hombre, aquel del cual estaba enamorada tu madre... él es tu padre.

El suelo se estremeció debajo de mí. Era la cosa más loca y ridícula que yo hubiese oído jamás. Esto iba a hacer que el hijo de Trueba se pusiese realmente furioso.

Después de pensar en esta tontería me sobrevino una sensación desoladora. Yo no tenía ni la menor idea de quién era. Si en algún momento me había desconocido a mí misma ahora era todavía peor. Me sentí como una intrusa dentro de mi propio cuerpo. Una impostora, alguien sin nombre, sin identidad, sin pasado y probablemente también sin futuro. Las manos empezaron a sudarme, todo mi cuerpo se descontroló.

—El cariño que te profeso es el de un padre a su hija —me había dicho él. Ya lo sabía y no me lo dijo. ¡A qué esperaba! Y mi madre... Cómo pudo sostener semejante mentira ante mí, y sobre todo ante mi padre.

—No, no puede ser —articulé—. Eso no es verdad. Ese hombre no es mi padre.

—Sí lo es, sé que tu madre no me mentía al decirlo. Hemos discutido esto

durante toda la noche.

—Yo...

—Siempre serás mi hija.

Me dieron ganas de buscar a Eleazar y gritarle a la cara de todo, menos bonito.

Yo no podía ser hija de Trueba, no me parecía en nada a él, sin duda no tenía los ojos de mi madre y mucho menos los del hombre que se suponía era mi verdadero padre, pero si los del hombre que me crió como tal durante toda mi vida.

—¡No es cierto!

—Ese hombre es tu padre, tu madre me lo dijo —insistió.

—¿Ese hombre?

—El que te dio trabajo. De algún modo se enteró de tu existencia. Tu madre jura y perjura que ella no le dijo nada. Dice no haber vuelto a verlo desde que te...

—Mamá no sabe lo que dice, ella está muy confundida.

—¿Por qué mentiría?

—¡No, sé, porque se volvió loca tal vez! Trueba no puede ser mi padre.

—Lo lamento.

—No es nada que haya que lamentar, ese hombre no es mi padre—. Empezó a faltarme el aire—. ¡Lo odio! ¡La odio a ella también por hacernos esto!

—El rencor no te servirá de nada.

—¿Cómo pudo mentirnos así?!

—Tu madre lo lamenta más que nadie.

—¡No la defiendas!- No la defiendas porque no se lo merece. No puedo creer que esto esté pasando.

—Cálmate.

—No quiero calmarme. ¡Ni siquiera tuvo el valor de decirme la verdad ayer cuando hablamos de esto!

—Es que ella no quiere que te acerques a él. Como sea, es tu padre, no puedes simplemente ignorar el hecho de que eres parte de él.

—¡Yo no soy parte de él!

—Sé que debiera quedarme en la ciudad acompañándote, pero necesito tomar distancia. Esto es algo que ella y tú tienen que resolver. Necesitan conversarlo con calma.

—¿Calma?! ¡No quiero volver a verla en mi vida y a él tampoco, no son más que un par de mentirosos!

—Eliza, esta postura no te va a llevar a nada, sé que ha sido un golpe fuerte, todo esto también es duro para mí; con el tiempo....

—¡Con el tiempo una mierda!

—Tomate un día o dos, digiere la noticia y luego ve a ver a tu madre, ella es la primera arrepentida.

No fui capaz de seguir hablando del tema. Mi papá (por él siempre será mi papá, no Trueba), se quedó hasta que me calmé un poco y luego partió rumbo a la casa de su hermana en su auto, cargando una valija con unas pocas cosas para en un principio, pasar allí unos días.

Esta fue la gota que renvalsó vaso. Volví a sentarme frente a mi taza de café con leche a medio terminar, ya fría. Sin ser capaz de soltar lo que tenía dentro de ninguna forma, ni con gritos, ni con llanto ni de ningún otro modo, me quedé allí muy quieta, con la vista fija en la ventana.

¿Sería eso lo otro que Trueba tenía para contarme?

No soy su hija —repetí una y otra vez como un mantra—. No lo soy, no lo soy, no lo soy, no lo soy —hasta que al final el pensamiento se hizo verbal, empecé a decirlo hasta que acabé gritándolo a todo pulmón.

—¿Qué es lo que no eres? —me preguntó una voz tan suave y calma que parecía hecha de seda. Reconocí la voz de Vicente al instante pero igual me sobresalté.

Giré sobre la silla ya que estaba de espaldas a la puerta; él cerró la puerta y caminó por entre la mesita del café y el sofá.

—¿Qué...?

—¿Dónde te habías metido? —inquirió sin alzar la voz.

Debía decirle que pasé la noche en la casa de mi supuesto flamante padre biológico.

—¿Qué tienes?

—Muchos problemas, eso es lo que tengo—. Giré y me recosté sobre la mesa apoyando la cabeza contra la madera para luego esconderme debajo de mis brazos.

En silencio se sentó a mi lado y me puso una mano en la espalda.

—Lo estoy perdiendo todo—. Alcé la cabeza y lo miré—. Absolutamente todo mi mundo se ha desmoronado. No me queda nada.

Me miró con esos ojos grises que yo tanto adoraba; podía perderme en ellos, de hecho, de ser por mí, hubiese vivido por siempre en su mirada.

—Lo único que conservo es mi amor por ti—. No puede articular ni una sola letra más, una bola de angustia se me atravesó en mitad de la garganta.

Su mano trepó hasta mi nuca; me acarició la cabeza. Allí permaneció, cual nexo indestructible, hasta que me calmé y pude contarle lo que sucedía.

32. En el amor y en la guerra.

—¿Te sientes mejor? —preguntó cuando acabé de beberme el té que me había preparado; le contesté que sí, si bien en realidad me sentía pésimo.

—¿No vas a regañarme? Me atrevo a afirmar que viniste para soltarme un buen sermón, y por supuesto, también para llevarme de regreso a casa de Gaspar.

—La forma en que lo dices hace que yo parezca un monstruo, un insensible—, protestó dolido—. No disfruto viéndote sufrí, es más, me parte el alma comprender de lo poco que puedo hacer por ti.

—¿Qué es lo que vas a hacer por mí, entonces?

Resoplando se pasó ambas manos por el cabello para después levantarse de su silla. Las replicas de su movimiento en el aire, me trajeron su exquisito perfume, hacía mucho tiempo que no le prestaba atención a esa característica suya. Se me erizó la piel.

—No voy a llevarte de regreso a casa de Gaspar.

—Sé que mi opinión no vale, pero me alegra que así sea.

Vicente fingió ignorar mi tono.

—¿Has vuelto a tener un ataque?

—¿Llamas ataque a lo que me pasó antes de ayer?—. Me contestó que sí con la cabeza—. No, no he vuelto a sentirme así.

Se acercó hasta la ventana y echó un vistazo hacia fuera.

—¿Leandro está bien?

—Sí, no fue nada, unos cuantos huesos rotos; salió caminando.

Experimenté un ramalazo de remordimientos; ¿a eso le llamaba: nada?

—¿Qué estuviste haciendo estos días?, a parte de intentar salvarme, claro.

Dio vuelta la cabeza y me miró, su rostro atraía la luz del sol. Cerró los ojos, estaba haciendo un esfuerzo por no perder la paciencia, yo no colabora, tampoco podía hacer otra cosa, tenía tanta bronca acumulada dentro mío, que lo único que me salía, era soltarla, y allí estaba él.

—Para tú satisfacción puedo informarte que por estos momentos me considero a mí mismo un inútil. No he logrado nada. Sea donde sea que se esconden los que te acechan, no he logrado encontrarlos, es como si la tierra se los hubiese

tragado.

—Se habrán ido.

—Lo dudo, simplemente se ha retirado momentáneamente.

—Están reorganizando sus filas.

—No hagas bromas tontas, es un asunto serio, lo que se juega es tu vida.

—Lo que queda de ella.

—Dramatizas.

Eso me hizo subir la presión.

—Tus esfuerzos son en vano, no puedo odiarte por más que quiera.

—Es extraño, porque lo único que hacemos cada vez que volvemos a encontrarnos es discutir.

—Ya me di cuenta —gruñí cruzándome de brazos.

—Qué bueno —masculló él entre dientes.

Dejé pasar un par de segundos y volví al ataque.

—¿Nuestro plan es ese, sentarnos a esperar hasta que regresen al ataque?

—Nuestro plan es estar preparados para cuando regresen.

—¿Y en qué consiste esa preparación? —A este hombre había que arrancarle las cosas a los golpes.

—En buscar aliados.

—¿Tenemos alguno?

—Ciro viene en camino.

No me puse particularmente contenta al oír eso, algo de esa noticia no me caía del todo bien, no olía a desinterés, no podía dejar de preguntarme hasta qué punto eso sería más beneficioso que dañino.

—¿Ciro está dispuesto a ayudarte? me extraña, no traté mucho con él y así y todo me dio la impresión de que no es del tipo de persona que da una puntada sin hilo.

—No lo es.

—¿Qué imposiciones demandó?

—No es asunto tuyo, lo único que importa aquí es que vote a favor nuestro.

—Me asusta pensar hasta qué punto te hundes en barro por mí.

—Creí que lo que te preocupaba era que yo muriese.

—Esto es perfecto, vamos a terminar arboreciéndonos el uno al otro —refunfuñe, mirando nuestra situación actual todo me parecía tan inútil, si queríamos, podíamos tener la felicidad al alcance de la mano, no sin percances claro, pero quién espera tener alzarse con la victoria sin haber batallado antes.

—Por lo menos procuremos ser fieles a nuestro bando hasta que esto termine, después eres libre de odiarme todo lo que te venga en gana.

Me dieron ganas de decirle que era un estúpido pero me callé.

—La otra parte del plan es que tú estés lista para dar batalla.

—¿Qué significa eso? ¿He oído bien?

—Anda, búrlate todo lo que quieras.

—Creía que parte del problema es que yo no puedo hacer nada por defenderme.

—Ya no pienso del mismo modo.

Pude imaginar, sin grandes dificultades, el motivo que lo llevó a tomar esa determinación: me quité de encima a nueve demonios y salí ilesa, la única consideración que debía ser tomada en cuenta, es que esos demonios, no tenían ninguna real intención de lastimarme, sino solamente de frenarme.

—No puedo contra ninguno de ellos.

—Sí, si empiezas a confiar en mí y en todos los demás que intentan ayudarte. Es imprescindible que no nos tengas rencor, que nos reconozcas como tus aliados. Por lo que demostraste, eres capaz de pivotar entre ambos mundos.

—Eso quiere decir que...

—Eso quiere decir que no tengo ni la menor idea de exactamente cómo, eres capaz de sacar esa parte de ti que no debería aparecer en condiciones normales. Sea quien sea el que influenció tu conducta el otro día, nos abrió una puerta que podemos aprovechar para salvarte. Me figuro que no contaban con que no acabases con todos nosotros... a mi modo de ver es exactamente eso lo que querían.

—Y yo no lo hice.

Sacudió la cabeza en señal de negación.

—No termino de entenderlo, ¿puedo ser cómo ustedes si quiero? ¿Es eso lo que dices?

—Me quemaste una vez, puedes olerlos y reconocerlos. Hasta antes de ayer pretendí ignorar todo eso.

Sentí los músculos de mi frente tensarse.

—¿Cómo?

—No tengo la respuesta a esa pregunta.

—¿Es mi don, soy un ser humano que puede ser como ustedes sin necesidad de entregar mi alma?

—No es que te transformes en uno de nosotros, es que puedes hacer cosas...

—Cosas que en condiciones normales no podría —empleé sus mismas

palabras.

—Eso.

—Pero todavía soy mortal.

—Todavía eres humana.

—¿Es esa la desgracia que represento para mi mundo y para el tuyo?

—No tengo la certeza absoluta de lo que digo, pero si me lo preguntas, a como yo lo siento, creo que esto no es más que una pequeña parte de lo que se esconde dentro de ti.

—Soy una bomba de relojería.

—No voy a permitir que explotes.

—No, porque tú eres mi detonador y planeas inmolarte a ti mismo.

Me lanzó una mirada furibunda.

—Estamos dispuestos a todo, ¿es más o menos eso? En el amor y en la guerra todo se vale.

—En la guerra, y para este caso en particular —me corrigió frenando mis pies. Le faltó el tiempo para aclarar que en lo que respecta al amor no aceptaba locuras.

—Porque de todos modos, si no nos arriesgamos y perdemos, el resultado será el mismo.

Se le agrió el rostro, con ese simple gesto me contestó que sí, si no dábamos todo de nosotros acabaríamos perdiendo, y si perdíamos, el resultado sería exactamente el mismo que si no poníamos todas las cartas sobre la mesa.

—¿Cuándo supones que volverán al ataque?

—No tengo ni la menor idea, es por eso que planeo no volver a separarme de ti.

Esta porquería tenía su lado amable.

—Hay algo que tengo que hacer antes de que... —de que todo termine, posiblemente muy mal, ya que si él no quiere tomar mi alma, probablemente quienes nos acechan, lo maten a él y a mí (por supuesto, matarme a mí les resultará infinitamente mucho más sencillo). Tener como perspectiva cercana la muerte, era inquietante pero sinceramente me preocupaba mucho más lo que pudiese pasar antes de expirar; sufrimiento y dolor son palabras a las que le temo más, sobre todo si es el sufrimiento y el dolor de alguien a quien quiero tanto.

Me quedé observándolo. Sabía perfectamente que si amenazaban con hacerle algo a él, me rendiría de inmediato y por más que él me obligase a luchar contra eso, por más que yo misma lo hiciese por procurar darle el gusto a él,

no lo lograría. Un fogonazo frío me atravesó el corazón, no hace falta ser muy inteligente para entender que probablemente los que me persiguen, tienen eso muy claro, apartando mis locas esperanzas y mi espíritu soñador e ingenuo, todos los caminos parecían llevar a un mismo punto de llegada. ¿De verdad no teníamos salida?

Vicente interrumpió mis cavilaciones al preguntarme qué era eso que quería hacer.

—Tengo que aclarar las cosas con Trueba y con mi madre—. Que al menos me quedase de consuelo que dejé lo poco que quedaba de mi vida en orden. Me sentí como si estuviese escribiendo mi testamento.

—Te acompañaré.

Ni se me pasó por la cabeza pedirle que me dejase sola, no podía con esto yo sola.

Marqué el número de Trueba. Con el corazón palpitándome en los oídos y mordiéndome la lengua, lo escuché hablarme muy entusiasmado. Su consabido buen humor se me atragantó.

Le pedí de vernos y esta vez fui yo la que propuso una hora y un lugar, los roles habían cambiado, ahora era yo la que tenía el control de la situación. Bueno, en realidad fue Vicente quién me sugirió el lugar, era un restaurante que él conocía y en que dijo, podríamos conversar tranquilos y seguros.

También me abstuve de decirle a Trueba que Vicente nos acompañaría, ya no me interesaba ponerlo al tanto del caos en mi vida, sus ganas de ayudarme eran una incomodidad que deseaba sacudirme de los hombros.

Un sentimiento muy familiar me invadió mientras iba sentada junto a Vicente en su auto. Allí dentro, en silencio, solo nosotros dos juntos, sin nada de por medio, el tiempo parecía no haber transcurrido; él estaba muy serio, pero cada vez que me miraba yo encontraba en él lo mismo que había visto cada uno de nuestros días juntos.

Por suerte llegamos al restaurante antes que Trueba, lo que me facilitó un poco de tiempo extra para armarme de coraje; familiarizarme con él lugar era así mismo una ventaja. Si hacía de esto mi terreno, posiblemente las cosas fuesen un poco menos incómodas.

Vicente escogió una mesa en el jardín lateral al abrigo de una alta estufa.

Por un momento cerré los ojos y observé el brillo rojo a través de mis párpados. Sentí que era capaz de separarme de mi cuerpo, la desgracia es que no lograba alejarme demasiado.

Mientras nos acomodábamos, aprovisionaron la mesa con botellas de agua mineral, pan, manteca y quitaron el cuarto cubierto para dividir mejor el espacio en la mesa circular. En el jardín había otras tres mesas, pero de ellas nos separaba una muralla de vegetación que crecía en masetas individuales, y de los comensales en el interior nos escondía una puerta vaivén de enrejado de listones planos de madera.

Los nervios tenían todos mis sentidos saturados, así que si había demonios allí, no sería capaz de identificarlos.

—Estoy aquí contigo —me susurró apretándome una mano—. Si de verdad es tu padre, lo mejor que puedes hacer es aceptarlo.

—Mi cabeza es un torbellino de confusión, primero lo creí un demonio y ahora resulta que se supone que es mi padre. Es demasiado.

Agradecí a Dios poder contar con él en este momento.

—¿Eliza?

El alma se me cayó a los pies y el poco pan con manteca que había picoteado por ansiedad, más que por apetito, me subió a la boca. Me di vuelta para asegurarme que su voz no había sido producto de una alucinación; incluso cuando lo vi allí parado, a menos de un paso de distancia de mi silla me costó creer que fuese real. ¿Este hombre es mi padre? —me pregunté mientras lo examinaba buscando algo con lo que identificarme sin éxito.

Vicente se puso de pie pero yo no pude moverme.

—Hola —me saludó Trueba intentando sonreír, algo en su rostro me decía que esperaba encontrarme a solas; sí, el disgusto era evidente. Seguro que lo tenía todo fríamente calculado: enfrentarme a solas, sin testigos, o posiblemente siquiera pensaba contarme la verdad, tal vez esperaba poder seguir jugando su juego de: hago todo esto porque me caes bien y bla, bla bla.

Le devolví el saludo.

Trueba nos miró a Vicente y a mí, por turnos. Fue directo a Vicente y le tendió la mano.

—¿Vicente? —le preguntó al amor de mi vida identificándolo sin dudar. Se estrecharon las manos—. Al fin. Deseaba conocerte, he oído mucho de ti.

Por un fugaz instante Vicente desvió sus ojos hasta mí, con la mirada procuré decirle que no le había contado nada comprometedor.

—Estoy sorprendido. ¿A qué se debe el honor?

Me miró directo a los ojos, todavía tenía la mano derecha de Vicente envuelta entre las suyas.

Me puse de pié.

—Vicente vino para acompañarme.

—¿Debo entender que tu intención no era presentármelo? —soltó a Vicente—.

¿Qué te sucede, tienes mala cara?

Se me acercó para darme un beso pero instintivamente me aparté; mi reacción lo dejó medio sin gracia.

Vicente vino a pararse detrás de mí.

—Tenemos que hablar.

Trueba le echó una mirada a Vicente por encima de mi hombro.

—¿De qué quieres hablar con él presente?

En su tono detecté algo inusual, ¿indignación?, pero a razón de qué.

—Por qué no se sienta —le dijo Vicente, pero Trueba no se movió ni un ápice.

—¿Qué es esto? —Eleazar dejó de sonreír y me miró seriamente.

—Siéntese.

—¿Desde cuándo usas ese tono conmigo?

—Siéntese —repetí alzando la voz.

—Tú no eres quién para darme órdenes —replicó con el rostro transfigurado.

—Y usted en este momento no está aquí en calidad de jefe, de modo que le sugiero que se sienta.

—La paciencia y la moderación no son rasgos que adornen mi carácter, Eliza; te estás pasando de la raya y no pienso tolerarlo.

—¿Por qué no me dice la verdad?! ¿A qué espera para dar la cara?

—No sé de qué hablas.

—Estoy hablando de los verdaderos motivos que lo hicieron meterse en mi vida.

—¿No me he metido en tu vida! —me midió con la mirada—. Hoy no eres tú misma.

—Pues así me siento ya que no tengo ni la menor idea de quién soy. Quiere que lo hagamos de este modo, pues a mí me da igual. Resulta que esta mañana mi padre me esperaba en la puerta de mi casa para decirme que se fue de casa, y sabe usted por qué.

—¿Debería constarme?

—¿Usted es mi padre, ella se lo confesó!

En el jardín del restaurante se hizo un profundo silencio; hasta los pájaros que cantaban en los árboles cercanos enmudecieron. Los ojos de Trueba se soldaron a los míos.

—¿Es una mentira, no es cierto? —Me hormigueaban las manos y los brazos.

Rogué no desmayarme.

Trueba me esquivó y se acomodó en una de las sillas. El que no lo negase de inmediato solamente podía significar una cosa.

Vicente tuvo que empujarme para que tomase asiento.

—Hasta lo que yo sé, es muy probable, y por lo que siento por ti, soy capaz de asegurar que así es. Si tu madre lo confirmó, entonces ya no me quedan dudas —. Hizo una breve pausa—. Estoy orgulloso de ser tu padre.

—Yo ya tengo un padre y usted ya tiene un hijo.

—Eliza, no seas inmadura, me imagino que la noticia supone un gran cambio para ti, pero no es detalle que puedas cambiar simplemente por ignorarlo; haz lo que hazas y pienses lo que pienses, siempre serás una parte de mí. No puedes renegar de lo que eres; nadie logrará jamás huir de sí mismo y tú no serás la excepción.

—No reniego de lo que soy, reniego de usted. Es un embustero, un hipócrita. ¡Usted destruyó mi familia!—. A esa afirmación le faltaba una parte, mi madre también era en parte responsable, pero no sé por qué, no quería otra cosa más que culparlo a él de todos mis males, eso, por destruir el pilar de confianza sobre el que yo había asentado el peso de mi cuerpo. Qué estúpida fui por permitir que me engañase.

Trueba golpeó la mesa con su mano derecha. Las copas, los platos, los cubiertos y las botellas se sacudieron y tintinearón. Vicente dio un respingo y se puso a la defensiva.

—Soy tu padre y me debes respeto —vociferó Trueba.

—¡No le debo nada! Usted no está en condiciones de exigirme nada.

—Casi entiendo tu odio, yo me sentiría igual en tu lugar, somos demasiado parecidos, por si no te has dado cuenta, tenemos las mismas manos, pero permíteme hacerte una sugerencia, quema esa etapa pronto, no podrás continuar viviendo si no afrontas la realidad. Soy tú padre.

—Ni si quiera se molesta en intentar tener una actitud conciliadora.

—Eso no serviría de nada, para mal o para bien estás unida a mí.

—No soy suya ni nunca lo seré.

Su mirada se transformó en un profundo pozo negro, frío y pestilente, y a mí el pulso comenzó a arderme debajo de la piel. Un manto de nubes tapó por completo el sol.

—Eres tú la que ha venido a discutir —su voz sonó densa como una bocanada de barro salido de ese pozo oscuro cuya boca eran sus pupilas—, yo por mi parte estoy dispuesto a darte todo, lo estuve desde un principio, mi objetivo ha

sido ayudarte y lo sigue siendo. El problema aquí es que tú no estás lista para esto, o prefieres hacerme creer que no lo estás. Me pregunto si es que te da miedo asimilar la verdad—. Trueba empujó la silla hacia atrás y se levantó—. Tarde o temprano te darás cuenta de que la verdad es la única opción posible.

—¿Por qué no me contó la verdad desde el principio?

—Todo llega a su debido tiempo, nada hubiésemos ganado con adelantarnos a los hechos—. Se acomodó el saco del traje sobre los hombros y lo abotonó—. Por extraño que pueda parecer no esperaba otra cosa de ti; no había un modo sencillo de sacar a la luz la verdad.

—Se equivoca.

—Escúchame bien, Eliza, he batallado por esto, reconocerte como sangre de mi sangre ha sido el mayor logro que alcanzara jamás; tú has cambiado mi existencia y el curso del universo en que habito. Si hay algo que no pienso permitirte, es que tires todo por la borda. Recomponte del golpe y sigue adelante, no hagas que me arrepienta de haber apostado todas mis fichas por ti. Me dio una punzada de ansiedad en el estómago.

—Tú siempre supiste que dabas para mucho más, no te rebajes ahora que solamente te separa un mísero paso para alcanzar tu destino.

—Mi momento culmine no es asimilar que soy su hija.

—Eso lo dices ahora, pero en el futuro no pensarás igual.

—Usted no controla mi destino.

—No, pero soy capaz de hacer cualquier cosa por ti, lo que sea necesario, si es preciso estoy dispuesto a romper todas las reglas, incluso las que yo impongo.

—¿Qué espera que haga con eso que acaba de decirme?

—Tú misma descubrirás la respuesta a la pregunta, si es que no la conoces ya, como te dije, creo fervientemente que la postura detrás de la que te escondes en este momento no es más que una burda mentira—. Me puso una mano sobre el hombro—. Ve a casa y medita sobre lo que te he dicho. No pierdas el tiempo y llámame cuando estés lista, seguro que para ese entonces, los tres tendremos mucho de qué hablar—. Quitó su mano de encima de mí—. Vicente, ha sido un placer conocerte, espero volver a verte pronto. Cuida de mi hija por favor, es lo más valioso que tengo.

Vicente permaneció mudo.

El mundo se convertía en un lugar cada vez más extraño.

—No podía haber salido peor.

—Él no fue precisamente una vertiente de conciliación pero tú no se lo has puesto fácil.

—¿Debería?

—Si es tu padre...

—En este momento no me nace correr a abrazarlo.

—Supongo que se imagina que así son las cosas.

—No me veo a mi misma llamándolo papá.

—Tienes toda una vida para acostúmbrate a la idea.

—Sí, claro, por supuesto —bufé.

—Es sólo un primer paso.

—Antes él me agradaba.

—No sé si lo expuso con las mejores palabras mas resulta evidente que le importas.

—Más sonó a como si creyese que tiene el derecho a disponer de mí y no me gustó el tono en que dijo que era capaz de hacer cualquier cosa por mí.

—Es la tensión la que habla y siente por ti en este momento, cuando acabe, todo será diferente.

—Quiero irme a casa —entoné al tiempo que me levantaba.

...

Un celular sonó en el exacto momento en que atravesábamos la puerta del restaurante; no era el mío, sino el de Vicente.

—¿Gaspar?

Un sudor frío me baño la espalda.

Vicente se detuvo frenándome a mí también al tirar de mi antebrazo derecho. Se quedó quieto prestando atención a la voz que le hablaba por la línea telefónica.

—Eso no tiene sentido —soltó frunciendo el entrecejo—. A qué hora llega Ciro—. Mientras Gaspar le contestaba, alzó la muñeca izquierda y le echó un vistazo a su reloj—. Falta mucho para eso. ¿Y qué dices que hizo él después de salir del departamento? —Su rostro se puso verde al oír la respuesta. Le tomó un buen par de segundos volver a hablar—. No, claro que no, nos vamos directo a tu casa.

Malas noticias. Por lo visto yo no tengo suficiente de éstas.

—No, no hace falta que mandes a ninguno de tus hijos; a más tardar en cuarenta minutos estaremos allí. Gracias —Vicente cortó y se guardó el

celular en el bolsillo.

—¿Salieron de su escondite? —pregunté refiriéndome a los demonios que nos dieron tan corta tregua.

—No, no es eso; te lo explico en el auto.

—Alguien visitó tu departamento mientras estábamos fuera. ¿Te suena el nombre de Sergio?

—¿Sergio? Te refieres al mismo Sergio que Ariel...

—El mismo —convino Vicente.

—¿Qué hacía en mi casa?

—Gaspar no lo sabe, pero por las dudas no volveremos allí.

—¿Ariel lo mandó a mi casa?

—Lucas llevó a Sergio en su automóvil hasta tu departamento.

Me atragante.

—¿Qué? Eso no es posible.

—Era su auto.

—¿Lo vieron a él? Un auto lo puede manejar cualquiera.

—Era su auto y punto —zanjó masticando las palabras con una furia ciega.

—No me alcanza con eso, es Lucas, no un extraño.

—A mí sí, la última vez que tuve contacto con Lucía ella estaba entrando en casa de Lucas, cortó conmigo, entro a su casa y después de eso no supe más nada de ella.

—Lucas no puede tener nada que ver con la desaparición de tu sobrina. Vamos Vicente, los dos conocemos a Lucas.

—Lucía es capaz de cerrar sus pensamientos pero es obvio que Lucas ha desarrollado mucho sus poderes en este último tiempo, supongo que supo aprovechar mi distanciamiento de Ariel para ganarse un lugar a su lado.

—Eso si que no me lo creo, a mí no podría mentirme.

—Ten la certeza de que tratas con individuos que son capaces de todo.

—Lo que dices es que Ariel está detrás de todo esto.

—Si no es él, entonces tendrá que darme un par de explicaciones.

—Puede que Ariel sea el responsable pero me rehusó a creer que Lucas lo apoye.

—Si yo tomo tu alma y luego me matan, Ariel heredará el gobierno de tu poder y por extensión, Lucas gozará de los mismos privilegios que Ariel reciba cuando haga uso de tus capacidades.

—No digo que a Ariel le falten motivos... te lo dije muchas veces y tú lo

negaste.

—Qué esperabas que te dijese que yo también tenía mis motivos para sospechar de él, negué todo e igual te importó un cuerno y fuiste a enfrentarlo.

—¿Y qué te da tanta seguridad ahora?

—Que Sergio y Lucas no estaban solos. Salvador se quedó esperando en su automóvil.

—Salvador —jadeé sintiendo una fuerte presión en el pecho. Qué tiene que ver él.

—Ariel nunca haría nada deliberado en contra mía, lo juzgarían por matarme.

—¿Y a Salvador no?

Negó con la cabeza.

—Probablemente no, él es un caso especial. La cuestión es que Salvador me aborrece y que probablemente se ofreció gustoso a terminar conmigo.

—Pero eso qué tiene que ver, no lo entiendo.

—Ariel quiere quedarse contigo y yo le molesto, por eso es que debe haberse aliado con Salvador. Matarán dos pájaros de un tiro.

—¿Y Sergio qué rol cumple? Tiene muy poco tiempo de convertido.

—Ese es un favor que le has hecho a Ariel, uno muy grande. Sergio es una bestia.

—Una bestia...y es...

—Malo, muy malo. Sergio es una de esas criaturas imposibles de dominar, es pura fuerza bruta, probablemente no le dure mucho como arma, ya que este tipo de demonios acaban cometiendo errores muy pronto, errores que les cuestan la muerte, pero me figuro que Ariel especula que Sergio viva lo suficiente para terminar conmigo.

—¿Tiene la capacidad?

—La capacidad y las ganas, tú lo guiaste hacia el peor infierno en el que podía haber caído, y todo, por buscarme a mí.

Tragué saliva.

—He conocido a muy pocos del tipo de Sergio en mi vida, y créeme, pese a eso he aprendido que el dolor y el sufrimiento va más allá de los límites de lo imaginable. Ese hombre debe estar viviendo un calvario y su único objetivo en este momento es cortar con parte de ese dolor—. Subió las manos por el volante y con la vista fija en la calle añadió—. A nadie le gusta traerlos al mundo, pero nada de lo otro que hizo le dio resultado. Esta es una lucha sin cuartel, sin reglas.

—Lucas no puede estar de acuerdo con esto.

—Conmigo fuera de juego le quedará el camino libre para llegar a ti.

—Lucas ya no piensa en mí de ese modo, me lo dijo la otra noche.

—¿Cuándo? —me increpó con cara de pocos amigos pisando el freno tanto que el automóvil se frenó en seco.

—Fui a buscarlo a su casa la noche que perdí el control y él no me tocó ni intentó apoderarse de mí. Dormí en su casa, si su intención hubiese sido entregarme a Ariel lo habría hecho, ¿no te parece? Además prometió no contarle que me vio.

—Las promesas se pueden romper con suma facilidad.

—Lucas es mi amigo, si de verdad condujo su auto hasta mi casa, llevando a Sergio consigo, no debía tener ni la menor idea de lo que hacía. Apartó su mirada de mí; puso un cambio y pisó el acelerador.

—Ciro llega esta noche.

—¿Si el responsable es Ariel, sirve de algo que él venga?

—No puede ordenarle nada pero sí puede procurar disuadirlo.

—¿Con amenazas?

—Qué más da si conseguimos que te deje en paz.

—Viviré toda la vida con su sombra sobre mí.

—No.

—No sería más fácil que yo te entregue mi alma y que luego nos larguemos de aquí, quizá a Ciro le interese todavía más protegerme si me comprometo a de vez en cuando hacerle algún que otro favor.

—Eso me revuelve las tripas. No está dentro de las posibilidades ponerte a ti en esas circunstancias.

—Y si Ciro no lo convence, no será todo aún peor.

—No me quedará más remedio que acabar con todos ellos.

—Estarías cavando tu tumba.

—Mejor la mía que la tuya.

—Larguémonos de aquí, por favor. Trueba posee cientos de propiedades en las que podemos escondernos, cuando le conté sobre ti le sugerí que existía gente relacionada a tu entono a la que no le agradaba vernos juntos, él se ofreció a ayudarme, creo que entendió que eran mafiosos o algo así, el caso es que estaba dispuesto a cualquier cosa, quizá pueda ocultarnos.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarían en encontrarnos? Como mucho un par de semanas.

—Me rehusó a pasar por esto.

—Prometiste quedarte de nuestro lado.

—Mi lado es tu lado, pero no voy a permitir que te sacrifiques por mí cuando hay otra opción.

—¡No la hay! —me gritó. Un fogonazo de brutal agonía se desprendió de su voz—. No la hay. Me aseguraré de liberarte, de salvar a mi sobrina si es que aún... nada más importa.

En el más completo y desolador silencio, viajamos hasta la casa de Gaspar.

33. Santos y pecadores.

Que todos estuviesen en la sala esperándonos, lo empeoró aún más. El clan Salleses en su totalidad, posó sus ojos sobre mí, cuando acompañada del patriarca de la familia, y de Vicente, atravesé la puerta de entrada.

El ánimo era sombrío. Me pregunté a dónde habían ido parar las esperanzas de todos. Como nunca antes, me parecieron demonios; ni falta que hacía que sacasen a la luz del día, sus cuernos y sus alas, no era la maldad, sino una fría determinación lo que los diferenciaba de mí. Soldados del Infierno que creen que ya no tienen nada que perder, hombres y mujeres, santos y pecadores, sentimiento en su más pura esencia, fuerza de vida llevada al límite, eso era lo que siempre habían sido para mí, una candente explosión de vida, el universo concentrado dentro de un cuerpo creado, según las santas escrituras, a imagen y semejanza de su padre.

Me sentí horrorosamente lejos de ellos, tanto es así que moría de ganas de salir corriendo, todo esto, sin contar que me moría de vergüenza por lo que les hice pasar dos días atrás.

—Pasen y tomen asiento, por favor —nos dijo Gaspar. Lo vi serio y preocupado.

Vicente me puso una mano en la cintura y me empujó.

Mientras caminábamos hasta los sillones me dio la sensación de que me hubiese venido muy bien, contar con el apoyo de un buen abogado defensor, para que me ayudase a imponer mi punto de vista, y para defenderme de las posibles —y muy probables acusaciones— que me lloverían después de lo que les hice.

Para mi desgracia, la mirada de Leandro se encontró con la mía; no demostraba enojo ni nada; al verlo, recordé el estado en que quedara como consecuencia del choque. Me sentí fatal.

Aparte del clan Salleses en su plantilla completa, se encontraba allí también la

pareja de Eva. Además de él había otras personas que yo ya conocía de antemano, pero que llevaba mucho tiempo sin ver: eran las mellizas que servían bebidas en la fiesta que dio Vicente en su casa y Jan (mi corazón se sobresaltó al verlo, él era el hombre que tal vez pudiese darme algunas respuestas). Otros dos hombres más, de aspecto fornido y ojos duros, completaban el círculo.

Vicente me sentó en una silla del comedor, que habían agregado al mobiliario del living, ya que éramos demasiados para entrar en los sillones, y fue a sentarse en una pequeña porción de almohadón que Julián le dejó al apretarse contra su hermana. Si bien Vicente no quedó a más de treinta centímetros de mí, me sentí como si hubiese ido a sentarse a la China.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Me quedé gravitando sola en una dimensión desconocida.

Gaspar se sentó junto a Diogo, éste, estiró una mano y la posó sobre su antebrazo pero se separaron pronto, Gaspar se puso de pie.

—Bien, ante todo me gustaría agradecerles en nombre de Vicente, Eliza, y mío, a todos por estar aquí. Su inmediata respuesta a nuestro llamado de auxilio no hace más que corroborar que todavía hay quienes dan crédito al valor de la amistad y la lealtad. Todos somos conscientes de que el mero hecho de ocupar un lugar en nuestra reunión, supone un gran riesgo por diversos motivos —Gaspar efectuó una pausa, espío en mi dirección y luego volvió a ampliar su atención al grupo—, nos enfrentamos a un enemigo cuyo rostro aún no termina de visualizarse, el cual cabe la posibilidad de que arrastre tras de sí una estela todavía mucho más peligrosa y hostil que su propia persona. No voy a entrar en detalles, todos conocen cual es la situación aquí.

Sentí que todas las miradas se posaban sobre mí. Soy parte del problema —pensé.

—Los insto a ser prudentes —continuó diciendo la cabeza del clan Salleses —, a erradicar de sus corazones hasta la última gota de egoísmo. Me consta el esfuerzo al que se están sometiendo todos y ante la dignidad y fuerza que demuestran, me quito el sombrero ante ustedes. Los indignos han quedado fuera de las puertas de esta casa, los fracasos y los desaciertos han sido pagados, ya no quedan cuentas pendientes, la entrega desinteresada salda hasta la última deuda. A partir de ahora y por el tiempo que el destino nos brinde, todos nosotros caminaremos más livianos; que nadie les prohíba mantener la cabeza en alto.

Y los pecadores así se volvieron santos, se purificaron por medio del martirio. Me dio la impresión de que Gaspar más que un discurso, les daba la extremaunción. Se estaban preparando para morir, pero por qué... Me paralizó la posibilidad de verlos a todos morir por mí. Quise decir algo, armar un escándalo, sin embargo mi cuerpo se negó a obedecer las órdenes que mi cerebro enviaba por medio del intrincado sistema nervioso. El grito de “paren, ustedes están locos, no quiero que mueran por mí”, hizo eco una y otra vez dentro de mi cabeza mas no llegó a salir de la bóveda de mi boca, que bajo siete llaves, una fuerza incomprensible cerró.

Gaspar siguió adelante dando por terminado mi momento para censurar sus planes, esa oportunidad ya era parte del pasado.

—Pescadores de almas, es probable que aquí termine el camino, pero si de nosotros depende, debemos hacer prevalecer el valor de este último ánima por sobre todas las cosas.

El living quedó en silencio, examinado uno por uno los rostros reunidos aquí, no encontré más que férrea disposición a cumplir con el cometido que Gaspar acababa de enunciar.

—Aleccionemos a un mundo que se niega a ver la verdad. Que se terminen los engaños y las mentiras.

—Sí, pateemos un par de traseros —exclamó Julián con una sonrisa tensa, así y todo, supongo que todos (yo en primer lugar) agradecemos salir del solemne transe. Hubo unas cuantas risas pálidas que en cuanto se sofocaron, permitieron a la sombra de la incertidumbre todavía con más peso.

Gaspar tomó asiento.

—Tenemos que decidir cómo actuaremos.

Uno de los hombres que yo no conocía, tomó la palabra.

—Primero que todo, deberíamos aclarar la cuestión de las responsabilidades. No debemos actuar sin tener la certeza más absoluta.

—Dima, me gustaría darte una confesión escrita de puño y letra de Ariel, pero no puedo —entonó mordaz Vicente al tiempo que se giraba para hablarle al hombre que entonaba cada palabra con un inconfundible acento de Europa del este.

—No espero tanto, Vicente.

—Por favor, mantengamos la paz. Vicente —Gaspar lo miró fijo—, Dima tiene razón, por el bien de todos, necesitamos pruebas fehacientes de que Ariel tiene al menos parte de la responsabilidad. Ciro va a reclamar explicaciones. Puede que lo convencieras de venir hasta aquí, pero no va a mover un dedo sin que la

historia esté lo suficientemente clara.

—¿De qué pruebas podemos proveerle? —preguntó Leandro.

—Tiene una bestia —soltó Massimo—, nadie crea una sino tiene planificado de antemano, utilizarla para algo en particular.

—Nadie le recriminará a Ariel por tener una bestia —dijo Kumiko poniendo los ojos en blanco—. Su reputación va mucho más allá de los peligros de un desliz, se protegerá diciendo que simplemente lo hizo por diversión, en tanto y en cuanto ese tal Sergio no provoque un desastre, no tenemos nada.

—Eso es totalmente cierto —convino Sofia—. No es suficiente.

—Si logramos ponerlo en evidencia con respecto a la desaparición de Lucía quizá tengamos por dónde empezar —entonó el compañero de Eva—. Si le explicamos a Ciro que ella actuaba por pedido de Vicente, quedará claro que Ariel la identificó como una amenaza.

—El problema es que no hay rastro de Lucía—. Julián estiró la cabeza para mirar a los ojos a Rafael—, Petra y yo la hemos estado buscando desde que desapareció.

—¿Y que hay de Lucas, por qué no lo traemos aquí y lo hacemos confesar? —propuso el otro hombre al que yo no conocía. La propuesta de este arrancó susurros de todos. Las mellizas se miraron e intercambiaron unas cuantas palabras una al oído de la otra. A mí, se me desbocó el corazón, la propuesta no sonaba demasiado amistosa.

Gaspar y Diogo se miraron.

—No es una mala idea, Mainque —soltó Vicente. La frialdad con la que pronunció aquellas palabras me revolvió las tripas—. Creo que existe más de un modo de atraerlo hacia aquí.

—Vicente —Eva abrió la boca por primera vez en lo que iba de la reunión, siquiera había intercambiado comentarios entre susurros con su pareja. Sus ojos azules se habían puesto del color del hielo muy antiguo, con esos ojos llamó a su mirada gris, Vicente volvió la cabeza hacia ella en el acto—, eres tú el que tiene que estar dispuesto a todo, Ciro no acostumbra andar con cosas pequeñas, si nos echamos a andar por ese camino, no habrá vuelta atrás.

—Esa parte de mi vida se terminó.

—Lucas no va a poner un pie en esta casa si de verdad trabaja para Ariel —exclamó Massimo.

—Sí lo hará —le respondió Vicente sin mirarlo. Su cabeza caída hacia delante asintió sin levantar demasiado la frente. Un momento más tarde, rotó el cuello y me miró de refilón.

“Carnada de usos múltiples por aquí”. Solamente me faltaba escribir esa frase en un cartel y colgármelo del cuello para que todos lo vieran.

Hasta aquí llegamos —me dije.

—De ninguna manera —estallé saltando de mi silla con un impulso del que jamás me hubiese creído apta. Absolutamente todos los músculos de mi cuerpo tironearon brutalmente de las articulaciones. Podría haber jurado que me desgarré hasta la última fibra muscular—. Lucas no tiene nada que ver—. Los ojos de Anita y Marie impactaron en mí como certeros flechazos.

—Eliza —Jan se puso de pie lentamente al tiempo que pronunciaba mi nombre, hasta ahora no había parecido más que un maniquí hundido en el sillón, con los ojos serios y las mejillas rígidas—, nadie aquí tiene la certeza de que Lucas sea completamente libre de toda culpa, o todo lo contrario: que haya estado jugando contigo. Si no ha actuado de mala fe, quedará libre de hacer lo que quiera, cuando nos hayamos asegurado de que tú ya no corres peligro.

—No voy a permitir que le pongas las manos encima. ¡Esto es ridículo! ¡Vicente! —con desgana alzó la cabeza y me miró—. ¡Por el amor de Dios, hablamos de Lucas!

—No discutiré contigo sobre esto—. Giró sobre su asiento y se dirigió a Jan—. ¿Vas a ayudarme? —le preguntó.

—Estoy aquí, ¿no es cierto? Lucía y tú son muy queridos para mí, ya lo sabes, los protegería a ambos a muerte.

—Vicente, quedamos en que todos los pasos a seguir serían consensuados —entonó Gaspar.

—Así es, pero hay cosas sobre las que no pienso ceder, ya lo sabes, Lucía es una de ellas.

—Prométeme que no harás nada estúpido.

—Es un poco tarde para eso —me oí decir. Vicente me fulminó con la mirada.

—Cualquier acción paralela podría llevarnos a la ruina a todos, tienes que comprometerte a no desviarte del plan.

—No te preocupes, te avisaré si decido ajustar cuentas con él.

Me dieron ganas de darle vuelta la cara de una bofetada; puedo comprender su dolor por la desaparición de Lucía, incluso el pesar que la causaba la presencia de todos sus amigos aquí, pero que de una buena vez cortara con esa pose macho recalcitrante que no tiene dos neuronas para pensar con claridad.

Gaspar me indicó que me sentara.

—Queda claro que un buen punto de partida sería averiguar quién actuó en

contra de Lucía, Ciro se va a interesar por ella, lo cual juega a nuestro favor. Lo siguiente es averiguar qué rol ejecuta Salvador en todo esto. Para serles sincero a todos, me incomoda demasiado su presencia, no es ajeno a ninguno de ustedes, que desde hace mucho, demuestra una inexplicable animosidad.

—No es inexplicable, le tiene rencor a Vicente porque desde siempre ha querido ocupar un lugar en Las Doce Sillas —recitó Julián en su típico tono burlón de siempre—. Todo el mundo sabe eso.

—Es cierto —convino Massimo—, pero aquí hay algo que no cuadra del todo.

—¿Qué? —preguntó Leandro.

—Salvador está en posición de saber si alguno de nosotros se ha puesto en contacto con Las Doce Sillas; para cuando Salvador, Sergio y Lucas...

Ante la mención del nombre de mi amigo, solté un gruñido. Massimo siguió adelante luego de aclararse la garganta.

—Decía que para cuando Salvador acompañó a los demás a casa de Eliza, la noticia de que Vicente requirió la presencia de Ciro aquí, y que de hecho él ya estaba en camino, debía ser de dominio público.

—¿Estás sugiriendo que no le tiene miedo? —preguntó Petra soltándose de las manos de su cuñada.

—Eso o se cree con el suficiente derecho de hacer lo que le de la regalada gana.

—¿Puede hacer eso? —inquirió Sofía girando la cabeza en dirección a su padre, a quién tenía sentado enfrente más allá de la mesa ratona.

Gaspar se tomó su tiempo para responder, antes de hacerlo, intercambió una mirada cómplice con Diogo.

—No estoy seguro de cual es la respuesta a esa pregunta. Salvador ha sido siempre muy reservado en lo que respecta a su vida privada, no es ajeno para nuestro mundo que cuenta con influencia y apoyo de las altas esferas, pero sin embargo, por alguna razón no ha logrado escalar tan alto como siempre quiso.

—Puede ser que ahora sí haya encontrado la pieza que le faltaba a su escalera para ascender hasta donde pretende —entonó Jan.

—No puede ser Ariel —dijo Dima—, ¿o sí?—. La pregunta iba dirigida a Gaspar.

—¿Mainqué? —Eva llamó al otro hombre que yo no conocía.

El interpelado negó con la cabeza. - Si no me equivoco, si así fuese, Ciro no vendría en camino.

—Mientras no venga para ponerse de su parte —murmuró Julián por lo bajo.

—No, durante los últimos días de mi estadía en París me quedó claro que Ciro

no está muy contento con las actitudes de Ariel.

Eso era cierto yo le había oído decir con un tono nada satisfecho, que Ariel no respondía a sus llamados para aclarar los acontecimientos.

—De todos modos debemos permanecer atentos, si nos relajamos en exceso, estaríamos pecando de confianzudos y no deberíamos darnos ese lujo—. Gaspar terminó la frase y se puso de pie—. No tenemos más que un par de horas hasta el arribo de Ciro de modo que deberemos darnos prisa. Nos dividiremos en grupos.

Dima se puso de pie.

—Gaspar, Vicente, estoy con ustedes, pero creo conveniente recordarles que lo mejor será no tomar ninguna decisión drástica.

—Dimitri, no podría estar más de acuerdo —reconoció Gaspar —sin embargo como tú has dicho antes, necesitamos pruebas—. Ni bien terminó la frase caminó hasta donde yo me encontraba y se arrodilló ante mí—. Necesitamos a Lucas, Eliza —dijo en un tono casi suplicante—. Te prometo que nadie le hará daño.

Corrí mis ojos hasta Vicente, su mirada no decía lo mismo.

—Nadie más que él, puede estar al tanto de cada uno de los movimientos de Ariel.

—¿Esperan que les dé mi permiso para usar la fuerza contra él?

Vicente sacudió la cabeza bufando.

—Te doy mi palabra de que si él es inocente, nada le sucederá.

—No estoy de acuerdo—. Mi voz apenas si salió de mi boca.

—Lucas estará entre nosotros para cuando Ciro pise Buenos Aires.

—¿Qué vamos a hacer con respecto a Salvador? —preguntó Leandro.

Mainqué fue el encargado de contestarle.

—Yo puedo ocuparme de eso, tengo unos cuantos contactos que me deben un par de favores.

—Nosotras podemos ayudar con Lucas —dijeron a coro Marie y Anita.

—Gracias muchachas —empezó a decir Vicente—, prefiero que solamente me acompañe Jan.

—Vicente, ellas lo conocen.

—Sí, ya lo sé Gaspar, pero esta no será una visita social.

—Con más razón, se sentirá amenazado si Jan y tú le caen de sorpresa, Marie y Anita pueden remediar eso; no creemos que piense que lo estamos atacando, así no se prestará a cooperar.

—Lo pensaré—. Vicente miró a Jan y éste el devolvió la mirada. Me dio la

sensación de que se decían algo que no logré comprender.

—Tan solo nos falta tomar una resolución: por dónde seguimos buscando a Lucía.

—Probablemente Lucas sepa dónde está —soltó Vicente—, en cuanto nos diga dónde está organizaremos su rescate.

Nadie comentó nada.

—¿Y qué hacemos con la bestia? —Quiso saber Kumiko—. No me reconforta mucho saber que esa cosa anda por ahí suelta, podría atacarnos en cualquier momento.

—Si lo hace entonces tendremos una prueba fehaciente que darle a Ciro —masculló Vicente.

Kumiko se asomó por delante de Petra y Sofía para contestarle a Vicente.

—Esa cosa podría atacar a Eliza.

Por una fugaz milésima de segundo, Vicente volvió a posar sus ojos sobre mí.

—Tú no puedes estar en dos lugares al mismo tiempo, alguien tiene que cuidar de Eliza.

—Yo me encargaré de eso —anunció Diogo—, claro, solamente si tú estás de acuerdo, Vicente.

Vicente le contestó que sí con la cabeza.

—Yo ayudaré —anunció Sofía sonriéndome.

—Bien—. Gaspar se levantó—. Por lo demás, mantendremos las mismas guardias de siempre. Eliza —se volvió en mi dirección—, tengo entendido que tu padre salió de la ciudad.

Como olvidarme de esa otro desastroso escenario.

—Así es—. Me pregunté si Vicente ya había puesto a Gaspar al corriente de los hechos.

—No te preocupes, cuidaremos bien de tu madre y de tu padre.

El que lo mencionase hizo que empezara a preocuparme. Y por otro lado, el que se refiriese a mi padre, no mis padres, tanto el biológico como el que me crió, me hizo entender que no sabía ni una palabra del remate final que terminó por descolocar mi existencia.

Vicente saltó enseguida y le pidió a Gaspar si podía hablar con él un momento a solas; no hacía falta tener el poder de un mentalista para adivinar lo que iba a contarle, a partir de hoy Trueba iba a tener custodia demoníaca, a demás de la humana que ya velaba por su seguridad.

Así sin más, la sesión se levantó. Gaspar y Vicente fueron los primeros en alejarse, se fueron por el corredor que daba a la biblioteca.

—No te preocupes Eliza, todo saldrá bien —me dijo Diogo dándome unas palmaditas en el hombro.

Sofia y Kumiko también vinieron a darme ánimo.

Petra, Julián me saludaron, pero se alejaron pronto, desde lejos, también reconocieron mi presencia, Marie y Anita. Rafael me dedicó un gesto con la cabeza y Eva me ignoró, ella se puso a conversar con Dimitri y con Mainqué. Massimo me dedicó un ademán de pulgares arriba, le dio una palmada a Leandro en la espalda y se fue directo a la cocina, de pronto, me quedé sola frente a frente con Leandro.

—¿Eres consciente de que podrías haberme matado?

No supe identificar si estaba enojado o si su intención era otra en vez de recriminarme lo sucedido.

—Supongo que no tenía muy claro lo que hacía. Perdóname.

—Yo creo que sí.

Tierra trágame —exclamé dentro de mi cabeza.

—Es por eso que no lo hiciste.

Mi cuerpo se aflojó tanto que creí que me derrumbaría sobre la silla.

Leandro me puso una mano encima.

—¿Entiendes que no te guardo ningún rencor?

—¿De verdad?

—Son gajes del oficio. Yo al igual que todos los demás aquí, te consideran parte de la familia; solamente nos tenemos entre nosotros, Eliza.

—Gracias.

—Quédate tranquila, todo saldrá bien.

Le sonreí, él dio un paso atrás y se alejó. Cuando se apartó, vi que Jan continuaba sentado en su sillón, me miraba fijo.

—Puedo salir a tomar un poco de aire —le pregunté a Diogo—. Juro que no voy a intentar escaparme, me quedaré aquí frente a la puerta, lo prometo.

—No te alejes demasiado —me recomendó.

Negué con la cabeza.

Dejé que la puerta se cerrase detrás de mí, di dos pasos más, cerré los ojos e inspiré hondo. El aire estaba frío, el brillo del sol comenzaba a declinar. En otro tiempo de mi vida antes de salir me hubiese armado de un abrigo pero en este momento el frío me hacía sentir bien. Abrí los ojos, di un par de pasos más y me detuve a admirar el verde de la vegetación iluminado por luces estratégicamente colocadas las cuales acaban de encenderse. La mezcla entre

el color del atardecer y del de las luces provocaba un efecto extraño y bonito registrado por una lente nacarada que destaca los azules, los rosas y los amarillos.

Oí que la puerta se abría y cerraba. Espié por encima de mi hombro y me encontré con el rostro de Jan.

—¿Te molesta si te hago compañía?

Negué con la cabeza; esperaba tener un momento a solas con él.

—Que bueno, porque me vendrá bien un poco de aire fresco, semejante concentración de demonios en un solo ambiente hace que la temperatura se eleve demasiado para mi gusto —bromeó, pero allí dentro de verdad que hacía mucho calor, no me había puesto a pensar que pudiese ser por eso.

—Les costó dar contigo —comenté mientras él avanzaba a paso lento hacia mí.

—Un poco —contestó con la cabeza gacha mirándose los pies, con la punta del zapato movía una flor seca caída de un arbusto que crecía pegado a la explanada.

—Se preocuparon por ti.

—Sí, fue una tontería de mi parte, si quieres saber, la verdad es que me asusté. No me molesta reconocerlo. Fui un idiota; el caso es que a tiempo entendí que tenía que volver.

—¿Te amenazaron para que te fueses?

—No, no fue exactamente así —irguió la cabeza y miró a lo lejos—. Vi la amenaza latente en la situación, no tenía muy claro si provenía de ti, de quienes te persiguen o de quién.

—Jan.

—¿Sí? —contestó él luego de ensanchar el pecho, sentí que inhalaba hondo.

—¿Conoces la verdad?

—Lo que yo sé es que nunca comprenderemos el real alcance de la situación porque Vicente no quiere que seas una de los nuestros, lo cual me parece completamente coherente, no porque yo mismo le haya dicho que tu cambio podría desencadenar una serie de acontecimientos que podrían cambiar todo lo que conocemos, sino porque él quiere lo mejor para ti, y eso me parece respetable, quién soy yo para decirle lo que debe hacer o dejar de hacer.

—Te refieres a mí como si yo fuese un vaticinio del fin del mundo.

—Te pueden dominar, te pueden corromper pero serás siempre tú la que tenga la última palabra, y por eso me arriesgo a decir que no te prestarías a nada malo, pero también sé qué si antepusieran el bienestar de aquellos a los que

amas, a tu propio sacrificio, te rendirías, así es como todo resultaría mal.

—Me lo imaginaba —murmuré siguiendo con los ojos la dirección de su mirada, todo allí adelante era verde y plácido.

—De todos modos, la última palabra no está dicha. Todo poder es susceptible de ser utilizado tanto para el mal, como para el bien, incluso los más extraordinarios y apabullantes.

—En este momento desearía poder volver a ser tan común y corriente como siempre fui.

—Ningún ser humano jamás es común y corriente, a algunos les cuesta un poco más darse cuenta de ese don que llevan dentro, pero todos nacemos con las mismas posibilidades, a veces tenemos que batallar un poco más —ladeó la cabeza—, otros cuentan con ayuditas extra, pero al fin y al cabo todos somos susceptibles de desperdiciar el tiempo que tenemos para vivir.

—¿No vas a darme una respuesta directa, eh?

—La respuesta más directa que puedo darte es que hay alguien que no quiere que sepamos qué es exactamente lo que podrías dar.

Giré la cabeza y lo miré, él continuó dándome su perfil.

—¿Alguien no quiere que se sepa de que soy capaz de hacer hasta que no haya cambiado?

—Es más o menos eso, pero sea lo que sea, es obvio que es grande, o no estaríamos todos nosotros aquí.

—¿Quién es ese alguien?

—Lo siento, no tengo ni la menor idea, solamente veo que hay algo encapsulado en lo más profundo de ti. He pensado en ello y no logro imaginarme quién podría estar detrás de eso, conozco a muchos demonios capaces de hacer las cosas más extrañas, pero nunca supe de ninguno que fuese capaz de contener las fuerzas de otro. Eso ha asustado a Vicente y me ha asustado a mí, no nos queda muy claro qué es lo que pretende ese individuo. No te preocupes, no le permitiremos llegar a ti—. Se removió sobre sus pies —. Regreso a la casa, ¿vienes conmigo?

—En un momento.

—No te alejes.

—No.

Jan dio media vuelta y se fue.

Como si estuviésemos participando de una competencia de postas, Vicente relevó a Jan. Los oí intercambiar unos cuantos murmullos sin llegar a comprender qué se decía. Al cabo de un par de segundos, Vicente se

encontraba a mi lado.

— En una hora a más tardar, estaremos listos.

—Para hacer exactamente qué.

—Jan y yo saldremos a buscar a Lucas.

Dejé clara mi protesta con un gruñido.

—No tiene que gustarte ni es necesario que estés de acuerdo, simplemente es algo necesario. Lo creas o no, es por tu bien.

—Vas a sentirte como un idiota cuando descubras que Lucas no tiene nada que ver.

—Ya me siento como un idiota, intento defender a la mujer que amo y ella no hace más que despreciar mi gesto.

Dolida, me di vuelta y lo enfrenté.

—Eso no es cierto. No te desprecio, eres tú el que con suma facilidad intenta desprenderse de mí.

—Esto es monstruosamente difícil para mí.

—¿Me castigas por haberme lanzado a sus brazos cuando te fuiste? ¿Es por eso que tienes tantas ganas de enfrentarte a Lucas, quieres que pague por lo que pasó? Pues permíteme decirte una cosa, ese chico no tiene la culpa. Los únicos responsables aquí somos tú y yo. No le pongas un dedo encima o ambos lo lamentaremos por siempre.

—Prefiero lamentarlo por él y no por ti. Nosotros, él y yo, siquiera tenemos derecho a estar aquí.

—Lleva a Marie y a Anita contigo.

Negó con la cabeza.

—Jan y yo podemos solos.

—Por favor, te lo ruego.

—La piedad ha quedado fuera de juego desde que Lucía desapareció.

—Comienzas a hablar como un verdadero demonio.

—Es lo que soy. Sí llegan aquí antes de que Jan y yo regresemos, o si algo malo sucede, recuerda eso: ellos tampoco tendrán piedad de ti. Tendrás que luchar. Si puedes, quémalos, les estarás haciendo un favor al mundo.

Recordé el brazo quemado de Vicente y me dio un escalofrío. Nunca en la vida se me había cruzado por la cabeza matar a alguien, si hasta me daba pena pisar una cucaracha y eso que me daban muchísimo asco.

—No puedes acobardarte ahora, tendrás que hacer lo que sea necesario, recuerda lo que Horacio te hizo a ti, recuerda mi pelea con Lucas.

Sangre, vi mucha sangre de por medio

—No soy gallina... es que tengo un saludable respeto por la condición humana.

Vicente puso los ojos en blanco.

—Ellos no son humanos, ten eso siempre presente. Sé que eres capaz de hacerles morder el polvo.

No exactamente —pensé, en este momento me sentía más propensa a permitir que me atrapasen que a huir y mucho menos a luchar.

—Sí algo te sucediese me desharía del dolor. Eres la única que puede derrotarme. Los demás pueden lastimarme pero no son capaces de terminar conmigo, tú sí.

—No quiero hacerte daño.

—Entonces prométeme que saldrás de esta con vida.

—Tienes que hacer lo mismo por mí.

—Yo ya estoy muerto.

Alguien llamó a Vicente con un grito. Salté del susto. Era Jan.

Vicente puso tan mala cara que me dio miedo.

—Es Lucía —le comunicó Jan mientras hacía un gesto para que entrase a la casa.

Vicente salió disparado y yo tras él.

—¿Qué? —inquirió con voz entrecortada al tiempo que los tres juntos atravesábamos la puerta hacia el interior. Dentro me encontré con muchos rostros crispados de preocupación.

—Ariel la tuvo encerrada en su casa hasta hace apenas unas horas —entonó Gaspar tomando el control de la situación.

Vi que casi todos se aprestaban para salir.

A Vicente le costó digerir esa información, me dio la sensación de que se le había caído el alma al suelo, tanto por saber que Lucía estaba aún cautiva, aunque sana y salva, tanto como por confirmar que el responsable de que la vida de su sobrina corriese riesgo, era el mismo hombre que un día lo había salvado a él, el mismo que le dio abrigo bajo sus alas, que lo llevó a absorber todo el conocimientos del que disponía su raza, el mismo que le entregara el derecho de quedarse con mi alma. Su progenitor, su maestro, el hombre en que siempre había confiado.

—Franco llamó hace dos segundos.

—¿Cómo se enteró?

—Estaba en el puerto esperando una lancha que lo llevase a casa de Ariel para ir a entregarle unos papeles de parte de Carlota. Allí se encontró con una

de las mujeres que trabaja en la casa, ella le contó muy preocupada, que esa misma mañana había visto como varios de los empelados de Ariel sacaban a una chica del “santuario”.

—El santuario es un espacio que Ariel usa... —comenzó a explicarme Jan, pero yo lo interrumpí alzando una mano.

—Creo que tuve la oportunidad de conocer ese lugar al que llama “santuario”, allí dentro tomó el alma de Sergio.

Todos me miraron.

—La mujer quedó impresionada porque dice que la chica estaba en muy malas condiciones, delgada, sucia, golpeada y con... —se cortó.

—¿Y con qué?! —demandó saber Vicente con un aullido que hizo temblar los cristales de las ventanas y de las mamparas que protegían del polvo y demás riesgos, una completa colección de antigüedades.

—Quemada —jadeó Gaspar. Tragó en seco y siguió—. La mujer le contó a Franco que quedó impresionada con las quemaduras. Le dijo que nunca antes había visto a nadie en esas condiciones que todavía pudiese mantenerse en pie.

—¿Exactamente hace cuánto tiempo que sucedió esto? —Vicente apenas si podía hablar, su rostro estaba rojo. Las venas de su cuello sobresalían. Su respiración era un jadeo seco y profundo impregnado en un pútrido olor a podrido.

—Tres horas —confesó Gaspar bajando la vista.

—¿Le ha tomado tres horas llamar? —estalló Vicente.

—Es que la historia no termina ahí, Franco se ha salvado por los pelos. La mujer no terminaba de contarle la historia, cuando Ariel apareció por detrás de ambos.

—¿En el puerto?

Gaspar asintió con la cabeza.

—La lancha llegó al instante, Ariel los obligó a ambos a subirse. Oyó toda la conversación de Franco con la mujer, a mitad de camino entre el puerto y su casa se deshizo de ella; le prohibió a Franco que dijese una sola palabra. Franco tuvo que seguir como si nada, acompañó a Ariel a su casa, le entregó los papeles que Carlota le enviaba y discutió con él ciertos negocios.

—Tendría que haberlo matado ahí mismo sobre la lancha —bramó Vicente.

—Franco no tiene la fuerza suficiente para enfrentarse a él, además, si lo hubiese intentado y fallado, habría puesto a Carlota en peligro, ella no puede defenderse sola, ya lo sabes, necesita de Franco. Bastante riesgo corre ya al

habernos llamado. Carlota y Franco no tienen la fuerza ni la posición para alzarse en contra de Ariel, confían en nosotros y por eso me llamó. La mujer le describió a Lucía casi a la perfección.

—¿Llegó a decirle si tenía alguna idea de dónde la llevaron, de lo que hicieron con ella?

—Solo que la subieron a un barco.

Vicente se agarró la cabeza.

—Lucía no soporta el agua —musitó afligido.

—Lo sé, pero el agua es su menor problema ahora.

Vicente alzó la cabeza.

—¿De Lucas o de la bestia sabemos algo?

Anita tomó la palabra.

—Hasta ahora nadie de nuestro grupo logra darnos alguna pista de su paradero, lleva horas sin dar señales de vida, los últimos que los vieron fueron Petra y Julián, en la puerta del departamento de ella —me apuntó con la cabeza.

—Les recuerdo que nadie lo vio, el que estaba allí era su automóvil.

—Deja de ser tan crédula Eliza —me espetó Vicente.

—Tenemos que ponernos en marcha ahora mismo —anunció Gaspar—. Tal vez no podamos llevar a delante nuestros planes, pero tampoco podemos quedarnos de brazos cruzados, es obvio que Ariel trama algo. Para esta altura ya debe saber que estamos todos aquí y que Ciro viene en camino.

—Ha de ser por eso que sacó a Lucía de su casa —soltó Rafael.

—Eso presumo—. Gaspar dio un paso atrás abrió el puño, dentro sostenía un celular—. Si se ven obligados a usarlos, procuren no revelar nada que los comprometa a ustedes o a los demás, si Ariel se decide a atacarnos, necesitará pruebas para luego no ser enjuiciado, no se las den, y por sobre todo recuerden: el perdón es una gracia divina, crean en ella.

Jan me miró por el rabillo del ojo y me susurró: es probable que muchos de nosotros no regresemos aquí esta noche, ni nunca más.

Se me puso la piel de gallina.

—Nosotros tenemos un dicho: existen cosas mucho peores que la muerte.

—El Infierno —balbucí.

—No te preocupes, yo acostumbro soñar con el paraíso. Ya veremos dónde voy a parar.

—Si creyese en Dios le pediría que te perdone a ti, y a todos los demás.

—Hazlo te todas maneras, quizá te oiga.

Me pareció notar algo de miedo en su voz.

34. Infierno y Paraíso.

—Permite que te acompañe —le rogué, él se había rezagado, los demás se montaban en las motocicletas y en los autos.

Me puso una mano entre el cuello, sus dedos estaban sobre mi nuca, unidos entre mi cabello.

—Tu lugar es aquí. Quisiera poder llevarte conmigo para protegerte de cerca, pero no haría más que acentuar el peligro que corres.

—Ya sea al Infierno o al Paraíso, quiero ir contigo. No puedo vivir sin ti. No me hagas esto, Vicente, por favor, te lo suplico. Si te pierdo me muero.

—Procura no morir.

—Te necesito y te voy a necesitar siempre, sí quieres que me case contigo lo haré, si quieres que no vuelva a ver a Lucas, no lo veré jamás, pero no me pidas que me aparte de ti otra vez.

—Ojalá algún día puedas perdonarme, sinceramente espero que así sea, no por mí, sino porque no me gustaría irme sabiendo que te he dejado de recuerdo algo tan horrible y despreciable como el odio.

—No puedo odiarte.

La mano de Vicente apretó mi carne, se me acercó y me plantó un beso en los labios. inmediatamente me prendí de él.

—No te vayas —jadeé; sentía que me asfixiaba.

—Gracias por permitirme experimentar a tu lado el Paraíso—. Tomó mis muñecas entre sus tenaces dedos, y quitó mis brazos de alrededor de su cuello —. Llegó la hora de que regrese al lugar al que pertenezco.

Por detrás, alguien me tomó por ambos hombros, giré la cabeza y divisé la piel oscura de Diogo.

—Nosotros la cuidaremos —le aseguró a Vicente.

Jan, desde su llamativo vehículo rojo, contemplaba la escena.

—No permitan que nada le suceda.

—Cuídate mucho—. Sofía pasó por mi lado y abrazó a Vicente—. Tú y todos los demás tienen que regresar a casa.

Kumiko también intercambió un calido abrazo con quien consideraba su hermano.

—Patea unos cuantos traseros y regresa a casa para que lo festejemos todos

juntos.

La garganta se me cerró. Existía una fuerte posibilidad de que esta maravillosa familia quedase desmembrada antes de la noche muriese en la mañana de mañana y la culpa, no era más que mía; un cuerno con eso de que la responsabilidad era de muchos. Este descalabro era por mí.

Diogo me apartó de en medio (Sofía y Kumiko me recibieron entre sus manos, no sé si para hacerme sentir confiada o segura, o para evitar que saliese corriendo detrás de Vicente).

—Desde el primer día eres parte de esta familia y siempre lo serás.

Se palmearon las espaldas mutuamente, sonó como a tambores siendo azotados con fuerza.

—Cuídate.

Vicente hizo un gesto con la cabeza.

—Nos mantendremos en contacto.

—Estaremos aquí esperando ansiosas por noticias —dijo Sofia con un hilo de voz. Noté que sus ojos iban directo hacia la moto en la que se montara su hermano de sangre, Julián ya llevaba puesto su casco, pero no por eso pude dejar de ver sus ojos al unirse con los de su hermana.

Julián dio el puntapié inicial al patear el pedal de su moto.

El vehículo rojo de Jan se puso a ronronear igual que una fiera salvaje.

Vicente me miró por última vez, me tocó por última vez y luego... luego simplemente dio la media vuelta y se fue, dejándome allí, en el mismísimo Infierno.

Ser coaccionada por demonios era inquietante, pasar por el Purgatorio fue horrible, pero sin duda, poner los pies en el Infierno no tenía paralelo con absolutamente nada de este mundo.

Los demonios en sus automóviles y motos comenzaron a alejarse de la casa. Jan tuvo que esperar a que los demás vehículos salieran para girar por la explanada. Aproveché su demora, para desprenderme de las manos de Sofia y Kumiko, supongo que me dejaron ir porque yo no tenía ninguna oportunidad de alcanzarlos. Corrí detrás del automóvil rojo hasta que éste atravesó la verja. Desde la loma me quedé petrificada viendo al mundo cerrarse detrás de ese pesado portón de hierro que yo había escalado una vez.

No podía siquiera pensar en la posibilidad de no volver a verlo nunca más.

El silencio me envenenaba de a poco, el miedo me carcomía por dentro, de mí no quedaría más que un envase endeble e inservible.

El sol caía, la noche se nos venía encima. Ni Diogo, ni Sofia, ni Kumiko se preocuparon por encender alguna luz, ellos no la necesitaban para ver en la oscuridad, y yo no tenía nada que ver.

Subí los pies al sillón y me abrasé las piernas, la casa de repente se había vuelto muy fría. Recosté el peso de mi cabeza sobre las rodillas. Mis ojos se posaron sobre los tres celulares que descansaban sobre la mesa. Mudos, así estaban. Habían pasado dos horas y no teníamos ninguna noticia; nada, cero, todos podían estar muertos ya.

Los párpados me cayeron pesados. Me agarré la cabeza y lo llamé en susurros, escondiéndome dentro de la bola que formé con mi espalda y piernas.

Mi susurro, completamente audible para cualquier demonio, desencadenó la primera reacción de la noche.

—Llamaré a Julián —lanzó Sofia levantándose de su sitio. Llegó hasta la mesa, alcanzó a tomar el celular, pero no pudo hacer más que eso.

—No es buena ida—. Diogo la frenó encerrando su mano en la de él—. Es peligroso.

—No puedo seguir esperando.

—No nos queda otra opción.

—Tengo qué saber lo que está sucediendo.

—Si no sabes nada probablemente sea porque aún no ha sucedido nada.

—No soporto quedarme aquí encerrada —exclamó Sofia.

Somos dos —pensé.

—Nos comprometimos a cuidar de Eliza.

Kumiko se puso de pie.

—Ya llamarán —le aseguró a Sofia intentando tranquilizarla.

—Tendrían que haber esperado a que Ciro llegase. No fue buena idea—. Los ojos de Sofia irradiaban miedo.

—Esperaremos una hora más —comenzó a decir Diogo al tiempo que le sacaba el celular de las manos—, si no tenemos noticias para entonces, llamaré a Ciro, y juntos tomaremos nuevas decisiones sobre qué camino seguir.

—Para entonces podría ser muy tarde. No quiero perder a mi hermano.

Sofia se desmoronó. Diogo la abrazó y Kumiko descansó su cabeza sobre ellos.

Me sentí como una intrusa, la intrusa responsable. Me bajé del sillón y salí corriendo al baño. Azoté la puerta detrás de mí y resbalé con la espalda por su superficie.

Un poco de luz entraba por el paño de vidrio que iba del piso al techo pero finalmente, la luz se extinguió.

Al poco rato, llamaron a la puerta.

—Eliza, ven a la cocina, te prepararé algo de comer.

Era la voz de Diogo.

—No tengo apetito.

—No importa, deja que te cuide como acostumbro cuidar de los demás—.

Pausa—. Vamos, sal de ahí, la soledad no siempre es buena consejera —llamó suavemente otra vez—. ¿Por favor?

No me convenció con la comida, sino con permitirle intentar seguir con el ritmo de su hogar. Más de media familia hallaba fuera de casa y existía la posibilidad de que no pudiesen regresar.

—La pasta ya está en el agua —fue lo primero que me dijo después de sonreírme, en cuanto abrí la puerta.

Con calma, caminamos hasta la cocina.

Las luces de debajo de las alacenas, eran la única fuente de iluminación utilizada.

Diogo decía la verdad, sobre una de las hornallas, hervía una cacerola llena de agua que Sofía removió con un largo tenedor para pasta.

—La cena estará lista en un momento —me informó Kumiko apartando la sartén con la salsa, del fuego.

La mesa ya lista, con sitio para cuatro.

Cuando Sofía se dio vuelta para ocuparse de la pasta, vi que llevaba su celular metido en uno de los bolsillos traseros de sus pantalones de jean. Un celular, que no fue el de ella, sonó. Los cuatro dimos un salto.

—Gaspar.

Cuando me di vuelta Diogo ya tenía el celular pegado a la oreja.

Automáticamente se me puso la piel de gallina.

—¿Qué? —jadeó al teléfono.

Se me aflojaron las rodillas cuando Diogo dirigió sus oscuros ojos a mí. Sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo.

—Encuétralo —le pidió Diogo a Gaspar.

—¿Está vivo? ¡Dime que está bien! ¡Vicente tiene que estar bien! —Una vez que comencé a gritar, ya no pude parar. Sofía me agarró por la cintura—. No puede morir, Vicente no puede morir. ¡Díganme que van a encontrarlo! ¡Prométanme que lo harán!

Mirándome de reojo, Diogo le dijo a Gaspar que él se ocuparía, ¿de qué?, me pregunté.

Diogo se guardó el celular en el bolsillo.

—No está muerto, solo desaparecido. Los atacaron, a Jan y a él; todos están buscándolos. Las cosas salieron mal, muy mal.

—¿Quién los atacó? —chillé desesperada. El mundo se estaba terminando. El fin de los tiempos, pensé; hasta aquí llegamos.

—Tenemos que sacarla de aquí —les dijo a Sofía y a Kumiko—. Gaspar cree que viene directo hacia aquí; es demasiado fuerte. No podremos pararlo si nos ataca.

Kumiko y Sofía se miraron.

—A dónde iremos —preguntó Sofía.

—Gaspar quiere que nos reunamos con él, todavía no hemos acordado un

sitio, me llamará en un par de minutos, lo importante es que salgamos de aquí cuanto antes.

35. La bestia.

El ventanal del lado izquierdo de la cocina estalló por los aires con un estruendo que dejó mis oídos zumbando. Cuatro pesadas manos me obligaron a tirarme al piso, los dos cuerpos formaron una concha protectora por encima de mi espalda.

En cuanto el estallido terminó de hacer eco en mis oídos, me llegó el desgarrador tono de un aullido capaz de quebrantar la valía del ser humano más corajoso.

—Llévensela —gritó Diogo poniéndose de pie.

Por detrás de sus hombros apareció una figura enorme, la bestia era mitad humana, mitad demonio, es por eso que lo reconocí. Su nombre brotó de mis labios sin que me diese cuenta de lo que hacía; él, como respondiendo a mi llamado, extendió las alas y las sacudió, su lado derecho barrió con los platos, los vasos y los cubiertos.

—Mierda —jadeó Sofía al verlo.

La luz escondida debajo de las alacenas resaltaba las hendiduras entre sus huesos y carne, parecía que alguien había pintado en su piel, las sombras que naturalmente cada forma de su fisonomía, marcaría a la luz rasante.

Su aspecto daba miedo. Llevaba el pelo revuelto y sucio, tenía sangre en las manos y en el pecho desnudo. Sus pantalones (la única pieza de vestir que llevaba puesta, ya que no tenía camisa y zapatos) estaban tan raídos y sucios que daba la sensación de que llevaba un año corrido usándolos.

No exagero al decir que su masa muscular sino se había cuadruplicado, al menos era el triple de grande que la primera y última vez en que estuvimos frente a frente.

—¿Me recuerdas?

Su voz no era la misma.

—Me condenaste.

Tragué en seco.

Estirando el cuello y el pecho, Sergio soltó un rugido aterrador que reventó los cristales que habían quedado en pie.

Sucedió todo demasiado rápido: Diogo me empujó dándome un golpe en el

pecho, las manos de Sofía me rescataron de caer de espaldas; Sergio dio un salto, lo vi elevarse en el aire pero no presencié su caída, fui arrancada de la cocina a los tirones.

Por el ruido, creí que alguien había tirado una pared abajo. La casa se estremeció. Grité el nombre de Diogo y tropecé. Kumiko cayó a mi lado entre una lluvia de escombros, cristales y sillas. La bestia volvió a rugir. Oí un grito y quise morirme, provenía de la garganta de Diogo.

—Corre —me ordenó Sofía.

Kumiko se levantó. Su muslo izquierdo sangraba profusamente de un corte que podía verse a través del rasgón en sus pantalones.

Casi llegábamos a la puerta que conectaba el comedor con el living cuando Sofía me propinó un empujón. En la pared de enfrente nuestro se clavaron un centenar de cubiertos entre tenedores y cuchillos. Algunas de las piezas de plata quedaron incrustadas en la pared, otras se desprendieron y cayeron sobre nosotras.

—Puede mover cosas —le gritó Sofía a Kumiko.

Y sí que podía, uno de los sillones del living golpeó contra la abertura de la puerta y cayó al suelo sobre su parte posterior.

Trastabillando, Sofía me obligó a saltar el obstáculo. Me di vuelta para verlas pasar y se me cortó el aliento al ver que Sergio tomaba a Kumiko por el pelo y la lanzaba hacia atrás.

Kumiko soltó un alarido.

—¡Vete! —me gritó Sofía dándose la vuelta.

Titubeé, no quería dejarla allí para que enfrentase sola a aquella cosa, quizá si corría pudiese llegar a la verja de hierro, pero no mucho más allá.

—¡Lárgate, es posible que Vicente todavía esté con vida! ¡Vete!

Todo el mobiliario del living, incluido el sillón que se estrelló contra la puerta, sobre el cual todavía estamos medio paradas las dos, se alzó por los aires.

Yo caí de espaldas para ver tan escalofriante espectáculo. Las cosas flotaron contra el techo por uno o dos segundos, y luego, como gobernadas por una fuerza centrífuga descomunal, fueron lanzadas contra las paredes.

Por un momento perdí de vista a Sofía, pero cuando volví a encontrarla, Sergio la tenía sujeta por un tobillo. Volvió a gritarme que me fuera y por desgracia, eso hice. Abrí la puerta y me eché a correr por la oscuridad de la noche convencida de que la bestia no me permitiría volver a ver la luz del sol.

Fui directo al garaje, allí quedaban dos automóviles, pero las puertas se cerraron ante mi cara y no pude volver a abrirlas por más que tironeé de las manijas y paté las cerraduras.

No sé si primero divisé las luces o escuché el sonido de los motores. Por una fracción de segundo me sentí aliviada, un par de vehículos venía remontando la loma. Pero la ilusión se disolvió rápido, sonaba la alarma en el interior de la casa, quién entró probablemente había tirado la puerta abajo.

Vi la moto negra y me eché a correr. No era ni Julián ni ningún integrante del clan Salleses. Piqué y salí corriendo hacia la parte posterior de la casa procurando ocultarme entre la oscuridad del bosque. Ya había dejado atrás la parte parquisada del terreno, cuando sentí que detrás de mí, se quebraban vidrios. Una bola negra atravesó la pared posterior de la cocina. Sergio.

Mis pies encontraron solos, el camino semi escondido que Gaspar tomara aquella noche en que él y yo conversamos abiertamente sobre nuestras vidas. Sergio se metió en el bosque por detrás de mí corriendo a una velocidad monstruosa. Apreté el paso lo más que pude, sabía que mi vida dependía de qué tan rápido pudiese correr (puse especial cuidado en no chocar ni tropezar con nada, si caía podría darme por muerta).

Pasamos junto al roble. A diferencia de la vez anterior, llegué mucho más pronto al zigzag que el camino dibujaba entre los árboles. Una alarma comenzó a sonar dentro de mi cerebro: aquí a pocos metros de mí, me toparía con un pequeño claro cúspide de la loma en la que se terminaba la tierra firme. Más allá no había nada más que el río.

Me había olvidado que este camino no tenía salida.

Ahora sí puedes darte por muerta —me dije.

No frenes, sigue corriendo. Así sea nadando como un perro, tienes que volver a la superficie —me ordené tomando el mayor impulso posible para procurar caer en una zona lo suficientemente profunda que evitase que al zambullirme, golpeará con el fondo.

Inspiré hondo mientras caía.

No se arrojará, no se arrojara —repetí durante toda la caída. No cerré los ojos en un principio y por eso vi el agua venírseme encima, no parecía agua, sino concreto sólido.

Cerré los ojos. El agua me devoró y el golpe contra ésta, arrancó todo rastro de aire de mis pulmones.

Me fui directo al fondo igual que una pesa de plomo.

El agua tranquila y quieta me meció suavemente en las profundidades.

Los pulmones comenzaron a árdeme, pedían oxígeno a los gritos. Abrí los ojos e intenté ver algo a mi alrededor, pero el agua era demasiado turbia; no había escuchado a nadie caer cerca de mí, estaba casi segura de que Sergio no había saltado.

Pataleando me impulsé hacia la superficie, me costó organizar mis movimientos. Logré sacar la cabeza, pero no lo suficiente. El miedo no me permitía mantenerme al flote con la constancia suficiente para que mis pulmones llegasen a absorber el aire necesario. Iba a ahogarme si no tomaba medidas pronto.

Te está esperando —me dije—. Él espera por ti, no puedes morirte ahogada, eso sería terriblemente patético—. ¡Piensa en él! ¡Flota! Piensa en él, flota y nada hacia la orilla. ¡Ahora!

Relajé la espalda y el cuello, me impulsé con las piernas y marqué un rumbo con mis brazos. Todo estaba muy oscuro, pero como dentro de la oscuridad divisé una pared más opaca, supuse que esa debía ser la barranca por la que había caído, o al menos el dibujo que continuaba la costa.

Hacia allí nadé, tragando agua por momentos. Acalambrándome por otros. El agua estaba muy fría. Los dientes me castañeteaban y pensé que jamás llegaría. Cuando las puntas de mis pies rozaron el fondo sentí que volvía a tener una posibilidad.

La costa estaba ahí nomás, a unos siete metros de mí, y no había demonios a la vista.

Era una playita arcillosa, oscura cuya única salida era trepando por una subida bastante pronunciada, pero por suerte, contaba con suficiente vegetación fuerte al alcance de la mano, como para tener de qué sujetarme.

Agotada, con un frío que me calaba los huesos, chorreando agua, puse un pie sobre la vereda de una calle que no tenía otra salida que ese angosto camino al río por el que yo había llegado. Pese a que no podía con mi alma, me obligué a correr, debía alejarme de allí lo antes posible.

36. Ningún lugar en el que esconderse.

No tenía ni idea de qué hacer o dónde ir, ni siquiera tenía dinero para llamar por teléfono a Vicente o a Gaspar. Por un momento se me cruzó por la cabeza regresar a la casa de los Salleses, pensar que Sofía, Kumiko y Diogo habían quedado allí a merced de Sergio y los otros demonios, me asustaba, pero era

demasiado arriesgado, cabía la posibilidad de que estuviesen todavía allí, esperando por mí. No tenía un plan y necesitaba ayuda. ¿Qué les había sucedido a todos, por que nadie de la familia regresó? Pensar en que cualquiera de ellos pudiese haber muerto me partía el alma, tenía ganas de ponerle un freno al tiempo y regresar las horas atrás, para intentar convencerlos de que luchar no valía la pena; lo que querían era a mí, y eso mismo debimos haberles dado. Mi vida no era ni más preciada o importante que la de ninguno de ellos, de hecho, ellos con su valentía demostraban tener un espíritu todavía mucho más grande que el mío.

Me detuve en una esquina y me puse a pensar, no podía continuar toda la noche vagando por la ciudad sin tomar una decisión, ellos esperaban por mí.

Las luces de los automóviles que venían de frente me lastimaban los ojos. Me estaba congelando.

Ya no queda ningún lugar en el que esconderse, llegó la hora de la verdad.

Estiré un brazo y detuve un taxi. Le indiqué al chofer la dirección de mi madre, desde su casa intentaría ponerme en contacto con los demás y si no lograba encontrarlos pues entonces iría directo a casa de Lucas. Tanto para bien, como para mal, era hora de comenzar a enfrentar de una buena vez la verdad, la verdad era que esos demonios estaban dispuestos a todos por llegar a mí, y yo estaba dispuesta a todo por salvar a todos los demás, si es que todavía no era demasiado tarde para la mayoría de ellos... y si así es, entonces ya de nada sirve continuar respirando; si todos ellos murieron, por más que sea un pésimo modo de pagarles, de que vale mi vida.

—Disculpen lo que voy a hacer —les pedí pensando en cada uno de ellos—. Vicente, lo siento, te amo pero ya no puedo seguir escondiéndome.

Gracias al escaso tránsito nocturno llegamos rapidísimo a casa de mi madre.

Llamé a su puerta, el taxista esperaba estacionado junto al cordón, por el costo del viaje. Toqué una vez más, ansiosa porque no me respondía, era tarde pero no creía que estuviese durmiendo ya, y todavía más me costaba creer que hubiese salido, mi padre se había ido de casa y su familia estaba casi desmembrada, sin duda no podía tener ánimo para salir de paseo o nada parecido.

La puerta se abrió.

—¿Eliza?

—¿Qué hace usted aquí?

Creo que mis ojos se desorbitaron al ver a Trueba parado frente a mí, como si nada.

—Más respeto que soy tu padre.

—No exija lo que no se merece —le espeté empujándolo hacia adentro—. ¿Dónde está mi madre?

—Adentro, recostada, no se siente bien, por eso me llamó. Vine a cuidarla.

—¡Usted no tiene vergüenza!

—¡Y tu careces por completo de educación! —exclamó apunalandose sobre el piso.

—¡Déjeme pasar!

—Dónde has estado y por qué estás toda mojada y... —estiró una mano que yo intenté esquivar inútilmente, sin duda yo no había heredado sus reflejos. Internó sus dedos entre mi cabello y en cuanto me tocó el cuero cabelludo sentí una punzada de dolor—. Sangras.

—Muévase.

—El taxista tiene cara de impaciente —se llevó la mano al bolsillo de los pantalones y extrajo un fajo de dinero—. Ve a pagarle, me dijo dándome un montón de billetes que excedía con creces el monto de la suma que le debía al conductor—. Seguro has dejado el asiento trasero empapado.

No me moví.

—Ve a pagarle, no eres dueña del tiempo de ese individuo —me regañó golpeando los billetes contra mi mano vacía. Me rehusé a tomarlos. Los billetes cayeron al suelo.

—Eres una necia —me gruñó haciéndome a un lado. No tomó los billetes que habían caído al piso, sino que fue directo al taxi. Aproveché que tenía el camino libre y me metí en la casa.

Fui directo al buscar el teléfono, lo recogí de su base y marqué el número de Gaspar, mientras me dirigía hacia el cuarto de mi madre, pero no llegué allí, iba yo por el pasillo cuando ella me llamó desde la cocina.

—¿Qué te sucedió a ti? —inquirió posando el vaso de agua que sostenía con ambas manos, sobre la mesa en la que como familia habíamos comido todos los días desde que yo tengo uso de razón.

—Es muy largo de explicar.

Entré en la cocina. Corté y volví a marcar, temiendo haber tecleado mal los números. La línea llamaba otra vez.

—¿Por qué estás mojada? ¿Estás sangrando? ¿Vienes de tu casa?

Mientras oía que llamaba y llamaba pero que Gaspar no contestaba, me acerqué a la pileta, abrí el agua y me incliné hacia delante para lavar la herida de mi cabeza.

Colgué y marqué otra vez.

—Sí, estás sangrando —exclamó mi madre por detrás de mí—. ¿A quién llamas? ¡¿Por Dios Eliza, qué fue lo que te pasó?! ¿Tienen esto algo que ver con la reaparición de Vicente en tu vida?

Como no le contesté me arrancó el teléfono de las manos y lo hizo volar por el aire.

—Eleazar me ha dicho que te apareciste con él en un almuerzo que se suponía era para hacer las paces.

Cerré la llave de agua de un manotazo.

—¿¿Para hacer las paces?! ¡Yo jamás insinué que tuviese intenciones de congraciarme con él, simplemente quería una explicación! —Tiré del repasador que colgaba de la manija del horno y lo apreté contra mi cabeza—. Y por cierto, hablando de explicaciones, qué está haciendo el aquí, no me dijiste que lo mejor para mí sería sacarlo de mi vida para siempre. Me dijiste que no era bueno, lo que lo peor que te había sucedido fue conocerlo a él.

—Las cosas cambian —entonó Trueba tranquilamente recostándose sobre el marco de la puerta.

Le lancé una mirada a mi madre y ella simplemente desvió sus ojos en dirección a Trueba.

—Necesitas ayuda —continuó diciendo él al tiempo que se enderezaba—, y por lo que intuyo, Vicente también. ¿Qué sucedió, los atacaron?

—Nada de esto es asunto de ustedes dos, menos de usted —mi intención fue fulminarlo con la mirada, pero Trueba ni se mosqueó. Arrojé el repasador mojado y manchado de sangre sobre la mesada y fui a recoger el teléfono que había caído a los pies de la heladera, por suerte, al menos en apariencia, éste no sufrió más daños que la pérdida momentánea de sus baterías, las cuales coloqué en su sitio. Presioné el botón de encendido y funcionó. Apreté el botón de *redial* y esperé a que Gaspar contestara, tenía que contestar.

—¿A quién llamas con tanta insistencia? ¿Es a la policía, es cierto, te atacaron? ¡¿Por qué no me dices lo que está sucediendo aquí?! —soltó mi madre en un tono por demás histérico.

—La policía debería quedar fuera —se metió Trueba—. Cuéntame lo que sucedió. Quién te atacó, dónde está Vicente y por que apareces así mojada, sin dinero y herida.

—Por desgracia me vi obligada a darme un chapuzón en el río —rezongué por lo bajo mientras intentaba con el que creía era el nuevo número de Vicente.

—¡Me estás tomando el pelo! —chilló mi madre—. ¿Cómo es eso de que te

diste un chapuzón en el río? ¡No sabes nadar!

—Por lo visto sé lo suficiente como para no ahogarme.

—¿Te escapaste de quienes te perseguía tirándote al río? —Trueba estaba sorprendido—. Dónde y cuándo fue eso. ¡Dime quién te hizo esto! Nadie toca a mi hija y vive para contarlo.

Me dieron ganas de revolearle el teléfono por la cabeza pero desgraciadamente lo necesitaba. Corté y volví a marcar el número de Gaspar.

—¡Dame eso aquí! —Trueba me arrancó el teléfono de la mano—. Dime de una vez quienes son esas personas que no permiten que Vicente y tú vivan en paz.

—De nada serviría que se lo contara y ya no sé si quiero contárselo.

—¡Eliza! —me tomó de la muñeca derecha y me miró a los ojos—. Dime quién te ha hecho esto.

—Si de verdad desea hacer algo bien, quédese aquí y cuide de mi madre, lo que me suceda a mí ya no está en sus manos.

—¿Qué pasa con Vicente y contigo? —me preguntó mi madre angustiada.

—Puedes prestarme de dinero —le pedí sin responder a su pregunta.

—¿Para qué quieres dinero?

—Necesito ir a ver a Lucas y no tengo mi camioneta.

—No puedes ir a ninguna parte así, empapada.

—No tengo tiempo para ir a cambiarme a casa y lo que menos me importa en este momento es si me pesco una pulmonía o no.

—¿Quién es Lucas y por qué vas a ir a su casa? —disparó Trueba, entrometiéndose en la conversación que mantenía con mi madre.

Le lancé otra mirada de pocos amigos por meterse.

—Lucas es amigo de Vicente, Eliza estuvo viviendo con él cuando Vicente se fue, eran amigos —le explicó mi madre y luego me miró a mí—, ¿o algo más?

Apreté los puños para procurar contenerme.

—Ah, sí cierto, me hablaste de él. No necesitas que tu madre te dé dinero, mi auto espera afuera, puedo llevarte dónde necesites.

Le arrebaté el teléfono y marqué el número de Gaspar una vez más. Nada.

—Llevaremos a tu madre a mi casa, allí estará segura, luego te acompañaré dónde necesites ir.

—No —exclamé categórica. Eleazar no me llevó el apunte.

—Noemí toma tus cosas.

Mi madre dio media vuelta y salió por la puerta de la cocina en busca de un abrigo y su cartera.

—Usted no entiende —le dije cuando nos quedamos solos—, no hace ninguna diferencia a dónde vayamos o con quién estemos, ellos nos encontrarán donde sea, sólo quiero que mi madre no esté sola si ellos aparecen—. Sola y con miedo, se me erizó la piel. Tenía que terminar con esto antes de que llegasen a ella.

—Nadie la tocará, te lo prometo. Tú también estarás segura si te quedas conmigo.

Negué con la cabeza.

—Necesito encontrar a Vicente, es posible que lastimaran, tengo que llegar a él antes de que algo verdaderamente malo le suceda.

—Dime quién está detrás de esto.

Negué con la cabeza.

—Eliza, por favor.

—Cuide de mi madre.

Nunca mejor dicho, escuché un estallido y luego los gritos de mi madre.

Es muy tarde.

Trueba giró sobre sus talones soltando toda una retahíla de insultos que nunca imaginé oírle decir.

Mi madre entró en la cocina corriendo y jadeando.

—Ladrones —exclamó.

Por anticipado ya sabía que los que acaban de irrumpir en la casa no eran ladrones.

Con pasos pesados que rebumbaban igual que si estuviésemos dentro de una cueva, Sergio llegó a la puerta, ahora se veía más humano, sin sus alas, pero igual de peligroso. Estaba seco, no se había tirado al río detrás de mí.

Sus ojos rojos de ira, nos miraron por turnos, en última instancia a Trueba, quién era al que tenía más cerca.

La situación fue más que extraña por un par de segundos, era obvio que él no estaba armado, y que no estaba aquí para robar, en ningún momento demandó dinero o amenazó con llevarse nada de valor, simplemente se quedó allí mirándonos, petrificado sin decidirse a atacar. Es que acaso tenía planeado matarme solamente a mí, no quería testigos, o meditaba cómo matarnos a todos sin que se le escapase ninguno en el intento.

—No sé lo que te prometieron por llevar a cabo esto; puedo darte mucho más

—le dijo Trueba a Sergio dando un paso al frente.

—Sergio, no los toques, viniste a buscarme a mí, podemos irnos en este instante, te juro que no voy a intentar escapar otra vez.

Mi madre me miró con los ojos abiertos cual platos.

—Hijo, puedo pagarte más, puedo darte más, no hagas algo de lo que te arrepentirás por el resto de la eternidad.

—Trueba, no se meta en esto. Me prometió que cuidaría de mi madre.

—¿Quién es este tipo y por qué sabes su nombre? —me preguntó mi madre en un tono sumamente agudo.

—Estoy a tu disposición —le dije a Sergio pasando por delante de Trueba—, ellos no tienen nada que ver. En cuanto yo avancé, Sergio retrocedió, ¿me tenía miedo? ¿Desde cuando?

—Si la tocas, si le haces daño —gruñó Trueba y se interrumpió para apretar los dientes—. Si le pones un dedo encima, te buscaré, te encontraré y te haré pagar por esto.

—¡Cierre la boca! Usted no tiene ni la menor idea de con quién habla. ¡¿Quiere hacer que lo maten?!

Trueba soltó una carcajada.

Que mundo de locos; este hombre está chiflado.

—No le hagas caso —me di vuelta y enfrenté a Sergio, me descolocó ver la cara de susto que lucía su rostro.

Trueba pasó por mi lado y le propinó un empujón a Sergio, empleó tanta fuerza en ello, que los dos terminaron en el living.

Va a matarlo —me dije, y me refería a Sergio, era una bestia, probablemente no tuviese que hacer ni el más mínimo esfuerzo para romperle el cuello a Eleazar.

—¿Quién te mandó? ¿Para quién trabajas? —con cada pregunta Trueba golpeó la cabeza de Sergio contra el piso. Lo tenía agarrado del cuello. Es que Sergio había perdido sus fuerzas; tenía sus manos sobre las muñecas de Eleazar pero no parecía capaz de hacer nada para librarse de su agarre—. ¿Dime quién te mandó o te haré sufrir por el resto de su condenada existencia?

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Por lo visto Sergio no había perdido su fuerza, simplemente pasó por un breve letargo. Reaccionó y en esa reacción se levantó del suelo de un salto, empujando a Trueba hacia mi madre y hacia mí.

Trueba trastabilló pero gracias a mi madre pudo mantener la verticalidad.

—Larguémonos de aquí—. Les grité tirando de la puerta—. Salgamos cuanto antes.

Que no estén todos los demás afuera —rogué.

No sé qué fue lo que Sergio se quedó haciendo dentro de la casa de mi madre,

pero si nos siguió, se tardó demasiado. Llegamos a la calle.

—¡Suban a mi auto! —nos ordenó apuntando en dirección al vehículo estacionado justo por delante de dónde había quedado mi taxi. Trueba me arrojó las llaves y amenazó con volver a entrar en la casa.

—De ningún modo —me prendí de su muñeca y tiré de él. Usted conduce—. Exclamé devolviéndole las llaves. Teníamos que salir de aquí, los demás no debían andar muy lejos.

—¡No, ese tipo me va a...!

—¡Si usted se queda, yo también! —le advertí interrumpiéndolo.

—Yo no pienso moverme de aquí si ustedes no vienen conmigo —chilló mi madre al borde de un ataque de histeria.

A Trueba le costó tomar una decisión, al final, nos empujó en dirección al automóvil; él se subió del lado del conductor y yo ayudé a mi madre a subir del lado del acompañante.

Tenía que dejarlos para que el peligro se fuese conmigo.

Trueba ya tenía el motor en marcha.

—Cuide de ella —le dije para luego azotar la puerta y salir corriendo en sentido contrario al que corría el tránsito por aquella calle. No miré atrás ni me detuve pese a que mi madre me llamó. Seguí corriendo y confié en que Trueba no cometiese ninguna otra estupidez del tipo de enfrentar a Sergio o algo así. Creí escuchar unas ruedas chirriar sobre el adoquinado, recé por que fuesen ellos y no otros demonios.

Suerte que mi madre había dejado unos billetes sobre la mesa de entrada (los tomé en un parpadeo mientras Trueba golpeaba la cabeza de Sergio contra el piso de la sala de estar de la casa de mis padres. Me tomó poco más de una cuadra encontrar un taxi. Antes de indicarle una dirección al chofer, le pedí que diese toda la vuelta, no podía volver a pasar por la puerta de la casa de mi madre.

Llévesela a su casa, llévesela a su casa —repetí dentro de mi mente como si pretendiese enviarle un mensaje telepático a Trueba.

Antes de que se detuviese, frente a la entrada del edificio de Lucas, le pedí al chofer que diese una vuelta manzana para asegurarme de que no había nadie esperándome con una trampa. Si me ponía a pensar cómo Vicente lo más probable es que pudiese afirmar que iba directo a una, pero yo me negaba a creer que Lucas consintiese en lo más mínimo los planes de Ariel, si es que en definitiva, era Ariel quién estaba detrás de esto.

Por estos días dependo más de la intuición que de la razón.

Le pagué al chofer y salí del auto.

Mi dedo se pegó al botón del portero eléctrico.

—Lucas, soy yo —le grité al chisporroteo que me llegó por el intercomunicador.

—Enseguida bajo —contestó.

En cuanto me abrió la puerta lo empujé hacia adentro.

—Júrame que no tienes nada que ver con esto, que no sabes dónde está Vicente, que no le has puesto un dedo encima y que no tienes nada que ver con la desaparición de Lucía. Dime que no estás del lado de Ariel, que jamás traicionarías a Vicente y que no me mentirías. ¡Júramelo! Necesito que me mires a los ojos y que me digas que no eres como ellos.

—Creí que ya me conocías.

—Sé más claro.

—No sé qué fue lo que Vicente te metió en la cabeza, pero yo no soy así, velo por ti misma, tú puedes leer mis pensamientos si quieres—. Tomó mi temblorosa mano derecha y la colocó sobre su sien—. No tengo ni la menor idea de dónde está Vicente y no le he hecho daño. Recién luego, he estado fuera estos últimos días, viajé al sur, Ariel me mandó allí para... bien, para nada —soltó —resultó que no había nada para mí allí, es más, él todavía no sabe que estoy de regreso, supuestamente volvería a casa en un vuelo mañana por la mañana pero ya no soportaba estar ahí, rodeado de esos demonios. Tenía que volver.

Vi en mi cabeza que cada cosa que decía era cierta, lo vi él el acompañado de un grupo de demonios con rostros serios y malvados, caminando por una horilla medio congelada, en un día sombrío.

—No llevaste tu auto.

Lucas frunció el entrecejo.

—No, claro que no, fui en avión, me mandaron al fin del mundo, ¿esperabas que manejase hasta allí?

Saltando de alegría me colgué de su cuello.

—¿Qué es lo que tienes esta noche? —me preguntó medio en broma medio enserio y me abrazó—. Tienes la ropa húmeda.

Lo aparté de mí.

—Lucas, tenemos que salir de aquí, Ariel tiene una bestia, nos atacó en casa de Gaspar. Temo que les haya hecho daño a Sofía, a Kumiko y a Diogo. Todos los demás habían salido para intentar encontrar a Lucía, Ariel la tenía, alguien

de confianza de Gaspar lo llamó mientras nos encontrábamos en su casa, para avisarnos que la sacaron de su casa en el delta hoy temprano.

—¿¿Ariel?! ¿Está bien? ¿Está viva? Si le hizo daño —soltó un gruñido profundo que me asustó.

—Ciro llegará esta madrugada.

—¿Ciro?

—Uno de esos demonios que viven en París...

—Sí, ya sé quién es Ciro lo que no entiendo es...

—Vicente le pidió que viniera para terminar con esto, hoy cuando todos salieron de la casa iban en busca de pruebas con las que demostrarle a Ciro y a todas Las Doce Sillas que Ariel y Salvador traman algo, algo en contra mío y posiblemente en contra de Vicente. No sé si quieren quedarse con mi alma, matarme o si esperan adueñarse de mi poder... ya sabemos que Salvador odia a Vicente. Usaron tu automóvil para...

—Apártate de la puerta —exclamó Lucas tirando de mí hacia dentro del hall. Me di vuelta justo a tiempo para ver estallar el panel de vidrio que conformaba la abertura en miles y miles de diminutos trocitos.

Sergio atravesó el umbral, y tras él, Ariel.

—Gracias por regresar a casa tan temprano, y gracias por esto también —le dijo apuntándome a mí con la cabeza.

—¿Qué significa esto?

—Sergio, hazme el favor —entonó Ariel formando una floritura en el aire la que concluyó apuntando a Lucas.

Inmediatamente me coloqué delante de mi amigo. No podía creer que hubiesen llegado aquí tan rápido, por un lado era bueno, significaba que dejaron a mi madre y a Trueba en paz.

—Te apartas de en medio o te aparta él —me previno.

—Sergio, lamento mucho lo que te sucedió, es mi culpa, no tienes que tomarla contra los demás, Lucas no te ha hecho ningún daño.

—Cierra la boca —me gritó Ariel—. Estoy harto de escuchar tus constantes lloriqueos. Eres insufrible. ¡Sergio! —su voz al llamarlo se impuso en el aire.

Ni siquiera lo vi venir. Las manos de Sergio me apartaron del camino para lanzarme contra la pared lateral, mi cuerpo se estrelló contra el macetero. Mi hombro derecho se llevó la peor parte. El golpe fue tan duro que el macetero se rajó y quebró en varias partes, dejando a la vista un bloque de tierra armado con intrincadas y delgadas raíces.

—No lo mates, aún creo que puedo encontrarle alguna utilidad —entonó Ariel

con un tono placido y despreocupado. Lo siguiente que oí fueron sus gritos y pasos que avanzaban hacia mí. No puedo precisar mucho más, la cabeza me daba vueltas y me costaba horrores enfocar los ojos en algo.

Dos pares de manos hirvientes me levantaron y me sacaron de allí.

Perdí la conciencia luego de que me arrojaron contra el fondo negro de una camioneta.

Se acabó —fue lo último que pensé antes de sumirme en la negrura del forzoso sueño.

37. El bien supremo, el mal absoluto.

El mundo continuaba negro, pero al menos recuperé la audición.

—Déjenla allí —les escuché decir. Reconocí el origen del calor que sentía por debajo de las axilas—. Sujétenla bien, no quiero ninguna desagradable sorpresa más.

Me esforcé y abrí los ojos, mi cabeza se bamboleaba de un lado a otro. Había mucha luz a mi alrededor, el brillo me encandiló. Parpadeé varias veces y volví abrirlos para ver venírseme encima una aparatosa silla de hierro, con respaldo y apoyabrazos, la primera impresión que me dio fue que era una silla eléctrica, pero no encontré cable de alimentación alguno, solamente unos trozos de alambre que evidentemente recién habían sido cortados de un rollo puesto que todavía mantenían la forma circular.

Me arrojaron sobre la silla. Mis rodillas golpearon contra el borde del asiento. Solté un grito de dolor y para no caer intenté atajarme del respaldo; la silla era tan pesada que soportó el tirón de mi cuerpo sin siquiera balancearse ni un poco.

Los demonios me recogieron y me acomodaron en la silla para luego atarme las manos con el alambre, a los apoyabrazos. No se preocuparon por permitir que la circulación de sangre entre mis manos y mis brazos continuara normalmente. El alambre estaba tan ajustado que se me clavaba en la carne. Aún confusa y con poco dominio de mi cuerpo, alcé la cabeza y abrí los ojos. Dos demonios vestidos de negro agachados ante mí, sujetaban mis tobillos a las patas delanteras de las sillas. En escena, aparecieron un par de piernas, levanté la mirada y me topé con el rostro de Ariel.

—Bienvenida al Santuario una vez más.

En cuanto lo nombró, reconocí el lugar de inmediato, en mi visita anterior no

había tanta luz, pero el piso era el mismo, de eso no cabía la menor duda. El Santuario era una especie de burbuja de concreto enorme, la cúpula del techo estaba pintada simulando un gran cielo mayormente nublado en el que luchaban demonios y ángeles, no costaba comprender que la intención del artista fue que resultase claro quien iba ganando la batalla, la mayoría de los ángeles, cada uno sostenido por al menos dos o tres demonios en su forma más escalofriante (la mayoría numérica era obvia), tenía una daga o lanza clavada en el pecho del lado del corazón, o yacían bañados con la sangre que les corría desde la garganta abierta. Varios perros negros inmensos de pelo hirsuto devoraban la carne lacerada entre rayos de tormenta y otras alimañas que esperaban para tomar cuenta de la carroña resultante de la matanza. La escena era más que escalofriante, recordé la capilla Sixtina (la visité con Trueba uno de los días que pasamos en Roma), este fresco tenía la misma preciada factura de aquella obra, solo que uno no se quedaba admirado al observarla, provocaba repulsa.

En lo más alto del techo, dentro de un marco dorado adornado con rosas y ramas espinosas brillaba con energía propia, un círculo negro sin la menor macula. Aquel centro parecía una boca dispuesta a devorarlo todo, o quizás fuese una puerta hacia otro mundo, o mejor dicho, hacia el Infierno.

Con arcadas, bajé los ojos, mirar a las paredes tampoco suponía un alivio, si bien lucían el austero color del concreto, en algunos sitios había manchas de un rojo oscuro (sangre seca, me imagine), que me daba una vaga idea de las cosas que habían sucedido aquí dentro con anterioridad.

—Te has quedado boquiabierto —dijo Ariel dando lentos pasos hacia mí, los dos demonios ya habían concluido su trabajo, por lo que le quedó el camino libre—. El artista desgraciadamente tuvo que morir al terminar la obra, pero creo que hizo un magnífico trabajo, irrepetible me atrevo a decir. Fue una pena perderlo. Ni modo. Ojalá hubiésemos tenido tiempo para conversar sobre lo que se ve por encima de nuestras cabezas; cada escena tiene una explicación. Nuestra historia es sumamente rica y se nutre más día a día, los hombres juegan a nuestro favor —comentó con una sonrisa divertida—. Pronto tendremos tema para llenar las paredes.

Gruñendo forcejé contra mis ataduras, las vueltas de alambre estaban bien cerradas y lo único que logré fue arañarme toda la piel.

—Uso eso contra demonios así es que dudo que tú puedas hacer algo por soltarte.

—¿Qué es lo que quieres?

Ariel dio un largo parpadeo ladeando la cabeza y luego respondió.

—Me alegra mucho que estés tan dispuesta a negociar, lamentablemente llegar a un trato contigo no sería tan sencillo. Quedan tantos asuntos pendientes por resolver.

—¿Qué asuntos pendientes?! ¡Aquí todo está muy claro! Traicionaste a Vicente, engañaste a Lucas y vas en contra de todas las leyes de tu condenado mundo; hasta lo que yo veo, tienes el agua al cuello.

—Primero quieres negociar y ahora me amenazas. Vamos Eliza, de qué lado estás tú.

—No es eso obvio.

—No, para nada, lo que yo entiendo es que hay dos caminos: uno, es el bien supremo —dijo con una mueca burlona—, el otro —apuntó con los dedos hacía arriba—, el mal absoluto, y tú te has quedado en el medio, bueno, eso intentas.

—En el medio hay una gran gama de variedades.

—En el medio están los humanos y ustedes son desechables si así nos place.

—Nosotros podemos equivocarnos y aprender.

—Si es que de verdad logran comprender el significado de la vida, cuando lo hacen, ya es muy tarde.

—Eso no es cierto, existen muchas formas de cambiar lo que se ha hecho, siempre hay tiempo.

—Si mueres ya no te queda tiempo.

—Eso lo dice un hombre que compra almas.

—Por eso mismo.

—Todos tenemos derecho a redimirnos, tan solo basta con querer.

—Que hermoso sentimiento —entonó sarcástico—, el día que vea un alma que fue a parar al Infierno, ascender al Cielo, lo marcaré en mi almanaque por ti.

—Es probable que tú nunca logres ver nada más allá de tu nariz.

—¿Esperas que me ofenda? —Soltó una carcajada—. No me da vergüenza ser lo que soy, es más, estoy muy orgulloso de haber llegado a este punto, tenerte aquí esta noche simplemente es una muestra de que tan lejos he llegado. Gracias por eso —sacudió el dedo índice mientras me apuntaba—. Estoy al amparo de la oscuridad —entonó con autoridad solemne—. Cada paso que he dado en mis más de quinientos años de existencia, cobrará un significado hoy. Voy a ser grande, más grande de lo que ningún otro haya sido antes, voy a volverme parte del mal absoluto—. Con el mismo dedo índice apunto hacia arriba otra vez—. ¿Ves eso? —Me preguntó señalándome el círculo negro—,

eso seré yo gracias a ti—. Hizo una pausa y dio otro paso para detenerse ante mis pies—. Dios no está aquí esta noche... yo sí.

Tenía la boca casi seca, igual logré juntar algo de saliva que le escupí a la cara. Ariel dio un paso atrás al tiempo que se limpiaba el rostro con la manga de su saco.

—Esas actitudes tuyas nos serán de suma utilidad en el futuro, espero que nos las pierdas por el camino, pero como por ahora todavía eres humana —se abalanzó sobre mí con el puño derecho cerrado, el golpe fue directo al dorso de mi mano izquierda. La palma de mi mano quedó incrustada contra la placa de hierro que tenía más o menos el mismo ancho que mi dedo índice y anular juntos. El sonido de mis huesos al romperse hizo eco por todo el domo, también el grito de dolor que se escapó desde lo más profundo de mi ser. No fui capaz de controlar los aullidos, el dolor que me trepaba por el brazo hasta el hombro era insoportable. Poco a poco se me fueron entumeciendo todos los músculos de ese brazo. Di vuelta la cabeza y le eché un vistazo a mi mano, los dedos caían flácidos por los costados del apoyabrazos de hierro, parecía un guante relleno de arena que se desparrama sola. La mano seguía en su lugar gracias únicamente al alambre que aprisionaba mi muñeca contra la estructura. Me puse a llorar.

—Me lo perdonarás algún día, no te preocupes.

—Mi mano importa un cuerno, ¿crees que lograrás algo con hacerme sentir dolor?

—Usualmente el método da resultado, la historia avala que la tortura es muy eficaz a la hora de arrancar confesiones y lograr que las personas hagan lo que tú quieres que hagan. Además cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el poder.

—¿Eso qué significa?

—Lo descubrirás.

—Entonces tu plan es causarme dolor para incrementar mis poderes.

—Algo así. Todos nosotros sabemos que si deseas obtener el máximo de rendimiento de un alma tan prometedora como la tuya, no puedes hacer las cosas a la ligera. Es como un buen vino, la uva por si sola no sería nada sin los cuidados que le prodiga el viñador. Puede que tu adorado Vicente no te haya contado nada de esto, pero es así; el dolor, el sufrimiento forjan el carácter y el alma, una doble recompensa para nosotros si es que sabemos esperar. No te hará feliz que te lo diga, pero llevo mucho, mucho tiempo trabajando contigo, esforzándome para tornarte cada día más dura, más resistente y lo bien que ha resultado, prácticamente te has convertido en una de

nosotros sin serlo. Admito que mucha de la responsabilidad es tuya, no se encuentran muchos seres con tus aptitudes y menos que menos tan dispuestos a ayudar. Pero sin alguien como yo de guía, quizás hubiese muerto sin siquiera saber que este mundo tenía un lugar muy importante reservado para ti—. Se me acercó otra vez—. Encontrarte fue una suerte, pero todo el resto se llevó adelante a base de esfuerzo. Delante de tus pasos fui acomodando el suelo que tú pisarías, mandé esa chica a trabajar contigo en ese local porque ella tenía una historia que un día me vendría muy bien que te contase e hice todo lo que estuvo a mi alcance para mantenerte ahí el tiempo suficiente para que empezases a frustrarte, luego conocí a tu novio, podría decirse que nos hicimos buenos amigos. Le prometí el oro y el moro, y él no tardó ni medio segundo en aceptar mi propuesta. Fui yo quién le insinuó que debía proponerte matrimonio, fui yo quién puso en sus manos ese Atlas para que te ayudase a escoger el lugar que quizá un día, te sirviese de pista para llegar hasta mí. Yo le regalé los pasajes y la estaba en mi isla, aunque no tenía pensado que ustedes llegasen a visitarme allí. Lamento decirte esto, pero no me costó demasiado hacer que eligiese dejarte para huir con Ana, a quién por cierto, yo le presenté. Te uní a Vicente, te mostré a Lucas haciendo algo tan simple como que el repartidor olvidase llevar la caja de entrega que Vicente esperaba; te permití que conocieses más de nuestro mundo de lo que ningún humano ha conocido jamás, al proponerle a Vicente que si te mostraba que existe mucho más que un simple intercambio, tú accederías de inmediato. Ayudé a Vicente hasta lo increíble para que soportarse quedarse a tu lado pese a que él quiso dejarte partir casi de inmediato. Fui yo quien envió a esos demonios a la casa de campo de Vicente para que te diesen un buen susto, fui yo quien trastocó un poco a Lucas para que tuviese aquella pelea con su hermano y protector. Permittiéndote ver lo que yo quería que vieses te enseñé que el sufrimiento nunca se termina, que incluso tienes que soportar dudar de aquellos que son el objeto de tu afecto. Por supuesto fui yo quien mató a Cristian, quien mandó esas motos para que te atropellasen... por supuesto el plan no era que te mataran. He hecho tantas cosas que casi me resulta imposible seguir la cuenta —soltó un suspiro—. Incluso te di un empujoncito los otros días en la casa de Gaspar, para que te animases a darle una probada a lo que se siente ser uno de nosotros... y te gustó—. Se inclinó y deslizó la yema de uno de sus dedos sobre la piel que comenzaba a amarrotarse de mi mano rota. El tacto de su piel contra la mía fue fuego que inflamó el dolor hasta lo impensado—. He estado detrás de cada ínfimo detalle.

—¡Eres un maldito! ¡Dime dónde está Lucas y qué le has hecho! Si quieres algo de mí, tendrás que darme algo a cambio. Suéltalo a él y a Lucía y apártate de la vida de todos los demás.

—Calma, calma, no te alteres; no hay necesidad de precipitarse.

Otra vez forcejeé con los alambres procurando no mover el brazo de la mano rota. Los alambres no se movieron.

—Te dislocarás un hombro. No nos vendría nada mal más de dolor y sufrimiento aquí, pero tenía otra cosa en mente.

Le sostuve la mirada.

—Debo sincerarme contigo, en éste último tiempo, he contado con un poco de ayuda extra, de ningún otro modo hubiese conseguido quitar del medio a los Salleses.

Mi sangre llegó a punto ebullición de un segundo para el otro.

—Pero el resultado de esa acción no es algo que vaya a quitarme el sueño. ¡Bueno, que digo, si yo no duermo! —se carcajeó—. Fue una combinación de intereses que además me asegurará la completa inmunidad. Y de paso, me ha ayudado a quitarme de encima a ciertos individuos indeseables que nadie extrañará.

—Si Sergio les hizo algo... —comencé a gruñí, pero él no me dejó terminar.

—¿Qué, qué vas a hacer?! ¿Matarme? Por estas alturas ni siquiera Vicente puede hacerlo, entre mis fuerzas aliadas cuento con alguien que tiene sus mismas capacidades y absolutamente ningún remordimiento. Si él se creía el único, pues lo lamento, he roto la maravillosa burbuja en la que vivía. Tiene un poder especial, sí, pero existen otros que son maravillosos, capaces de quitarte el aliento. Tú serás una de esos seres, Sergio lo es y ese chico... —meneó la cabeza sonriente—. Vicente no ha podido con él.

—Si veo que le has tocado un solo pelo, te juro Ariel, jamás obtendrás nada de mí.

—Eso ya lo veremos. Como te expliqué antes, es posible hacer que el dolor y el sufrimiento no tengan fin... ambas cosas son como ese círculo negro en el cielo, interminable, eterno... ¡Max!

El llamado de Ariel retumbó hasta perderse.

Una puerta se abrió por detrás de mí. Quise girar el cuerpo para ver qué sucedía, pero cada vez que me movía terminaba tirando de la mano rota y el dolor se tornaba insoportable.

Identifiqué que los pasos eran de más de una persona.

Poco después por mi derecha apareció un grupo, al primero que vi fue a

Sergio.

—¿Qué has hecho? —gritó Vicente. Su rostro se asomó por detrás de la cabeza de Sergio—. Ariel, vas a pagar por esto, te lo juro —exclamó tironeando de los dos demonios que lo tenían sujeto. El otro era un muchacho dos cabezas más bajo que Vicente, de aspecto algo retacón y musculoso, tenía el cabello muy rubio, más corto por los laterales y con la cúspide parada como púas que formaban una cresta en dirección a la frente; los ojos negros del demonio me llevaron por delante. Una sensación fría se instaló en mi estomago arrasando por completo con el alivio que me había provocado ver a Vicente sano y salvo.

Las manos de Vicente estaban atadas al igual que las mías, pero el que rodeaba sus muñecas no era alambre común y corriente, sino de púas, el mismo que utilizaron en París para inmovilizarlo. ¿Acaso esto era una práctica común y corriente entre los demonios, o qué?

A los tirones lo arrastraron hasta colocarlo justo delante de mí; Ariel se había apartado a un lado. Con un gesto el demonio les indicó que lo bajaran.

A base de patadas en las rodillas, Sergio y el otro demonio, obligaron a Vicente a arrodillarse. Mientras tanto un grupo formado por unos diez demonios hombres y mujeres, se acomodaron con la espalda contra la pared, a una distancia de unos dos o tres metros unos de otros, se llevaron las manos a la espalda y allí se quedaron a la espera.

Vicente bufó y continuó peleando, pero con las manos atadas detrás de la espalda y de rodillas no era mucho lo que podía hacer. Sergio se hizo a un lado. El demonio rubio se plantó por detrás de Vicente y colocó una mano a cada lado de su cuello.

—Muy bien, ahora es cuando la conversación se vuelve más seria. ¿Max?

El demonio rubio asintió con la cabeza y paseó los dedos por el cuello de Vicente, metiéndolos por dentro de la camisa, daba la impresión de que lo estaba acariciando, sin embargo al instante esos movimientos se volvieron bruscos, de un tirón apartó la camisa de sus hombros haciendo saltar por lo aires todos los botones. Con otro tirón más que hizo a Vicente tambalearse, rasgó la camisa en dos por la parte de la espalda. La prenda convertirá en dos jirones de tela, quedó colgando de cada una de sus brazos. Las manos de Max se posaron a los lados del cuello sobre los notorios trapecios.

—Veamos que tanto están dispuestos a dar el uno por el otro—. Entonó Ariel, y sin más previo aviso una llamarada resplandeció dentro del domo por detrás de Vicente. Fue como el fuego lanzado por un lanza llamas.

—¡No! —Grité y tironeé para zafarme sin embargo no conseguí más que causarme mucho dolor, sobre todo en la mano rota.

Vicente cayó hacia delante y Max dio un paso atrás sonriendo satisfecho.

La parte alta de la espalda de Vicente estaba en carne viva. El aire se llenó casi de inmediato, de olor a pelo y carne chamuscados. Oí a Vicente quejarse y gruñir. Su respiración acelerada le sacudía todo el cuerpo. Le tomó un par de segundos, pero al final, contrayendo los músculos de la zona lumbar, alzó el torso y se apostó otra vez sobre sus rodillas. Su cara y cuello estaban rojos, tenía la boca apretada, supongo, para no quejarse del dolor. El sudor provocado por el esfuerzo físico de tolerar el dolor de la quemadura, ya humedecía su frente y sus mejillas.

—Bien, fue un buen primer intento —festejó Ariel avanzando hacia Vicente—, algo flojo, pero en cuanto avance la noche sin duda esto se pondrá más divertido.

—Déjala ir —soltó Vicente resoplando de dolor y furia—. Te daré lo que sea, lo juro.

—Sí, sin duda vas a entregarme lo que yo te pida, pero ella no se irá a ninguna parte.

—Ariel, te lo suplico.

—Ni siquiera de rodillas me convences. Puede que traicionara, pero tú tampoco te has quedado atrás. Me intriga saber qué artimañas utilizaste para convencer a Ciro de que dejase París.

—También puedo convencerlo de que te deje en paz, de que te dé lo que tú desees.

—Que generoso, de tu parte. El asunto es que estoy a un paso de conseguir lo que quiero.

—No debes quedarte con su alma.

—¿No debo? Y eso por qué es, exactamente.

—Sí la obligas a hacer algo que no quiere se volverá contra ti —le dijo lanzándome una mirada—. No podrás dominarla, ninguno de los engendros que aquí tienes, podrá. Ni siquiera él —apuntó con la cabeza en dirección a Max.

—Gracias por la advertencia; creo que de cualquier modo me arriesgaré.

—Hagas lo que hagas no saldrás de aquí con vida, Gaspar y los demás deben estar buscándonos, ellos traerán a Ciro, y así tu juego se terminará.

—Si recién comienza —rió Ariel. Dio una media vuelta y se puso a pasear por detrás de Vicente—. Sergio, ven a darnos una mano aquí.

Sergio obedeció a su maestro y tomó el lugar de Max, en vez de posar sus manos sobre la espalda de Vicente, se le acercó y le dio una patada al costado del cuerpo, a la altura de los riñones. Vicente cayó pesado hacia la derecha quejándose de dolor. Max vino directo a mí, me sonrió.

—¿Tienes los ojos abiertos? —le preguntó Ariel a Vicente curvándose por encima de él para poder mirarlo a la cara. Los ojos de Vicente parecían a punto de salirse de las órbitas—. Perfecto, no te perderás el experimento que tengo preparado para esta noche.

Max me puso una mano por encima de la muñeca y la otra a la altura del hombro. Su piel ardía mucho más que la de Vicente, es más, se puede decir que quemaba.

—¿Lista? —me preguntó Max en un susurro.

Apreté los dientes y cerré los ojos, especulé con que si no miraba, quizá doliese menos.

Fue como si alguien metiese mi brazo dentro de una cacerola con agua hirviendo. El dolor recubrió primero toda la piel, luego se metió en la carne, penetrando como delgadísimas espinas de un cactus, para luego finalmente concentrarse en profanar la masa ósea. El dolor como un pincho caliente, me subió por el brazo y más allá del hombro, se esparció perdiendo intensidad por todo mi ser. La quemadura empezó a latir. Abrí los ojos y vi que Max se había alejado, estaba ahora peleando junto con Sergio para mantener a Vicente contra el piso. Mi visión se llenó de manchas negras. Apoyé la cabeza contra la parte posterior de la silla e intenté respirar hondo, pero el dolor era tanto que me costaba respirar, y todavía más, si intentaba hacerlo profundamente.

—Eres más fuerte a cada segundo —exclamó Ariel exultante.

—¡¿Qué es lo que quieres?! —bramó Vicente.

—Ya sabes lo que quiero.

—No tomaré su alma.

—Si no lo haces la quemaré pedacito por pedacito hasta que muera.

—¡Ya me tienes a mí, déjala en paz!

—Tu momento de gloria pasó hace mucho, hijo.

—No puedo hacer lo que me pides.

—Pues entonces Max tendrá vía libre para hacer lo que más le gusta.

—Tiene que existir otro modo de solucionar esto.

Ariel negó con la cabeza.

—No, este es el único camino. O muere, o vive eternamente, tú eliges.

—Esto no es vida.

—Es lo que ella quería y me figuro que no quiere morir. ¿Quieres morir? —me preguntó.

La verdad, es que no, no quiero morir, pero este dolor me está matando —pensé.

—Tal vez debamos intentar por otro camino —dijo dirigiéndose a Vicente—. Tú ya no eres mi hijo, me traicionaste, me decepcionaste e incluso planeaste atacarme, tengo motivos suficientes para tomar para mí, el privilegio que quise darte.

—Su alma es mía, no tuya —bramó Vicente.

—Max, me harías el favor de poner un poco de orden aquí.

En cuanto noté que Sergio se movía, abrí los ojos del todo.

—¡No, por favor, no, déjelo en paz!

La llamarada se alzó hasta unos dos metros por detrás de Vicente y lo abrazó al tiempo que el se encorvaba convirtiéndose en una bola de músculos.

Esa vez el aire no se contaminó de olor a quemado, sino a desagradable podredumbre, a azufre. Max se tuvo que echarse hacia atrás, cuando de la espalda de Vicente brotaron unas amplias alas negras que apartaron el fuego restante.

—Bueno, bueno —canturreó Ariel—. ¿No tienes miedo de ahuyentarla con semejante demostración? —le preguntó a Vicente y luego volvió su rostro a mí—. Esto es lo que te digo, Vicente claramente ha tomado un bando.

Por debajo de la piel quemada asomaba una piel negra, dura y algo escamosa.

—Para tu desgracia Ariel, lo que yo siento por Vicente va mucho más allá de lo que sea, o de cómo se vea. Yo lo amo. Nada más importa—. En este momento lo único que deseaba era poder soltarme de la silla para ir a abrazarlo.

—Me importan un cuerno todas esas fruslerías. La tuya es una causa perdida, ¿crees que tus pequeños milagros servirán de algo? —Soltó ofuscado, me dio la sensación de que había perdido la paciencia—. Max, despojemos a Romeo de su máscara.

—¡No! ¡No por favor!

Alex movió las manos como si estuviese haciendo malabares con una bola gigante, sus brazos se retorcieron formando una espiral que se volvió hacia atrás igual que un tirabuzón desprendiendo un estallido de fuego que duró una fracción de segundo, pero que engulló a Vicente por completo. Sentí el calor en mi rostro y en mis piernas.

El corazón se me encogió. Si él moría, yo también, la ecuación era así de

simple.

—Tu control sobre el fuego no deja de sorprenderme, Max. Eres increíble. Lo suficientemente caliente para herirlo, pero no demasiado como para matarlo. Vicente nunca fue capaz de controlar su poder hasta ese punto. Bien, él es muchísimo más joven que tú, pero supongo que nunca sabremos si sería capaz de aprender de su poder tanto como tú.

—Déjenlo en paz —tiré de los alambres—. Estoy dispuesta a entregarte mi alma voluntariamente, sólo si lo dejas tranquilo. No le hagas más daño o no tendrás nada de mí—. Desesperada busqué a Vicente. No quedaba ni rastro de su apariencia humana, era un demonio con cuernos, alas y garras. Ni así me dio miedo. Él bajó la cabeza rehuendo mi mirada—. Te amo —le recordé alto y fuerte para que no le quedasen dudas—. No importa lo que pase, voy a seguir queriéndote siempre.

Vicente alzó la cabeza y me miró a los ojos.

—Te amo.

38. El demonio de la perversidad.

—¡Ariel!

El portazo y el grito sonaron por detrás de mi espalda.

Por una fracción de segundo, Ariel pareció perdido. Todas las cabezas se volvieron hacia quien avanzaba en dirección al centro del Santuario.

—¿Qué significa esto?

La pieza que faltaba acababa de llegar. Salvador fulminó a Ariel con la mirada.

—¿Quién te dijo que podías llevarte a Max y desaparecer con Vicente?

Por la cara que puso me figuro que Ariel no se esperaba semejante reclamo.

—Fuiste tú quien se retrasó.

—¿No pensabas esperarme? Y a propósito —me apuntó con la mano en la que sostenía un cigarrillo—. ¿Planeabas ocultarme esto?

—¡Claro que no! —lanzó Ariel dando un respingo con un fingiendo haber sido ofendido en lo más profundo de sus valores.

—Tus poderes no sirven conmigo, jamás has podido influenciarme y no lo lograrás ahora, he hecho tratos contigo porque me pareció que el acuerdo era justo, pero has roto todas las reglas.

—Puedes irte si quieres, no me importa, sabes donde está la puerta.

Salvador soltó una carcajada.

—¿Con quién crees que hablas? Deberías tener un poco más de respeto.

—¿Por quién, por alguien que lleva ocho siglos intentando conseguir en lugar en las “Las Doce Sillas”? —escupió mofándose—. ¡Tú no eres capaz de conseguir una cita con Ciro para discutir tu postulación para un lugar en el grupo y él logró convencerlo de que venga! —Apuntó a Vicente —¡Ciro está en camino, su avión aterrizará en cualquier momento! ¡¿Todavía quieres esperar?!

—Deberías ser perfectamente consciente de que no hubieses conseguido nada sin mí.

—Sí, eres un buen escudo, obviamente tienes muchos contactos, pero a la hora de tomar decisiones no sirves de nada. No me hagas reír, Salvador, tu vida no pasa de la de un parásito.

Obviamente Vicente y yo pasamos a ser simples espectadores. No fue el pensamiento más noble que he tenido en toda mi vida, pero deseé que se mataran entre ellos.

—Ariel, ya me cansé de ti. Soportarte durante estos últimos años ha supuesto un suplicio inimaginable. Eres tú, cuya función no pasa de la de un mero títere. ¿Crees que la encontraste a ella de pura suerte?—me apuntó con sus fríos ojos —. Yo la puse en tu camino; necesitaba de un chivo expiatorio y tú has cumplido muy bien tu rol. ¡Max, Oscar, Miranda!

Max se envaró, los otros dos aludidos, un hombre de cabello castaño cortado en forma de casco, con hombros del tamaño de un ropero y más de dos metros de alto, y la mujer, una figura larga, musculosa y atlética de cabello color paja, se separaron del grupo para avanzar hacia el centro de la sala. El resto de los demonios también dieron un paso al frente. La verdad es que no entendía muy bien qué significaba todo esto.

—Sergio, por tu bien te sugiero que te unas a nosotros, eres fuerte sí, y probablemente nos daría mucho trabajo deshacernos de ti, aunque igualmente lo lograríamos. Piénsalo, Ariel tenía planeado borrarle del mundo en cuanto dejases de serle de utilidad. Todos los que están aquí dentro, y los que están afuera, acatan únicamente mis órdenes. Ariel ya no es nadie, es más, le diré a Ciro que fue mi decisión eliminarlo... “era un riesgo para la causa” —entonó poniendo cara de santo.

Sergio no lo meditó demasiado, dio un paso atrás dejando a Ariel por su cuenta y riesgo.

—Eres inteligente —entonó Salvador dedicándole una reverencia con la

cabeza—. Ariel, me imagino que le has sacado a Vicente todas las ganas de defenderte que pudiesen quedarte.

Los asustados ojos de Ariel fueron directo a los de Vicente.

—Oscar, Miranda, aparten a Vicente de en medio.

Todavía no terminaba de apartar a Vicente cuando una monstruosidad de fuego tomó cuenta del cuerpo de Ariel. Max se había pegado a su cuerpo, lo tenía sujeto con ambos brazos y una de sus piernas. Ariel hizo el intento de solarse, pero en vez de gastar energías en lo imposible, las consumió soltando alaridos que me helaron la sangre.

El calor era tal que se veía en el aire mucho más allá de las llamas, para mí fue como estar delante de un gigantesco horno de leña calentado a más de trescientos grados.

Ariel gritaba y gritaba. Max lo soltó, y al hacerlo arrastró consigo parte de las ropas de Ariel, las cuales se desprendían de su cuerpo a pedazos, quedé horrorizada cuando me di cuenta de que además de tela, caían al suelo trozos de carne derretida. De haber tenido algo en el estómago, lo hubiese vomitado.

La bola de fuego y calor se ensanchó todavía más. Empecé a sudar, creí que yo también me derretiría. Mis pantalones me quemaban las piernas, los dedos de las manos me ardían. Antes de cerrar los ojos para evitar que se me quemasen, se me grabó en las retinas la imagen de Ariel convertido en demonio; sus alas empezaban a chamuscarse. El olor a azufre era insoportable.

La temperatura subió y subió hasta que se oyó un chillido como el de una olla a presión. Seguido a eso se sintió como si algo gigante absorbiese todo el aire de la sala. Esa presión que amenazó con devorarnos a todos y que incluso llegó a levantarme de la silla reavivando el dolor de la muñeca rota y por consiguiente el de la quemadura de mi brazo, duró un par de segundos interminables en que todo quedó en silencio y oscuro.

Estallido.

El estruendo fue feroz y su fuerza me aplastó contra la silla empujando el aire fuera de mis pulmones y a mi estómago contra mi columna.

Me calló encima una fina lluvia de ceniza en partículas diminutas.

Abrí los ojos. Las luces parpadeaban, Ariel ya no existía más.

—Estaba ansioso por ver esto. Ha sido genial —exclamó Salvado—. No podría estar más complacido, y eso que todavía falta lo mejor—. Nos miró a Vicente y a mí—. Ahora ustedes dos son míos.

Sin que se verbalizase ninguna orden, Max trajo otra vez a Vicente hacia el centro del espacio. Sus pisadas dejaron huellas en la ceniza de Ariel.

—Eliza, te parece que soy perverso, ¿no es así?

No le contesté.

—Espera a ver lo que está por venir, es probable que sólo así te convenzas de arrepentirte de haber nacido.

Salvador alzó su brazo e inmediatamente después, la puerta que estaba por detrás de nosotros se abrió.

—Denle la bienvenida al tercio que completa el triángulo amoroso.

Trajeron a Lucas atado y amordazado. Por todos lados tenía marcas de golpes: restos de sangre, costras, moretones. Entró arrastrando los pies con la mirada perdida, no parecía entender muy bien dónde se encontraba ni lo que sucedía, es más, no estoy muy segura de que me haya visto o reconocido, siquiera cuando lo colocaron frente a mí a unos dos metros distancia; parecía completamente ido.

—Espero que no enloquezcas con esto —me dijo Salvador aproximándose a la silla—, quiero que seas testigo de cada cosa que suceda aquí, ya que todo esto, no es más que tu culpa—. Reculó rápidamente y así como se dio vuelta sacó un cuchillo de la cintura de sus pantalones y apuñaló al Lucas en el abdomen, éste soltó un grito por entre la mordaza. Los que sostenían a Lucas lo dejaron caer luego de que Salvador tirase del cuchillo hacia fuera permitiendo así a la sangre, brotar libremente.

—¡No, Lucas, no! ¡Por Dios!

Lucas cayó de rodillas tomándose el abdomen.

—¡Él no tienen anda que ver, por qué le hace esto! ¡Lucas!

—No te preocupes —continuó diciendo mientras limpiaba la hoja del cuchillo en la espalda de Lucas—. Se recuperará en un momento, pero de que le duele, no hay ninguna duda. La hoja se ha enterrado hasta lo más profundo en su carne.

—¿Qué es lo que quieres?! —grité llorando por Lucas, por Vicente y por toda la condenada situación.

Apuntó a Vicente con el puñal. —Quiero que él me ceda el derecho sobre tu alma, convéncelo o convertiré a Lucas en un colador.

Miré a Lucas, la sangre brotaba de entre los dedos con los que intentaba tapar su herida, un hilo de sangre comenzó a caer desde su boca (se me estrujó el alma, ese cuchillo tendría que haberse clavado en mí, no en él); miré a Vicente, su respuesta a mi suplica fue negar con la cabeza. Lágrimas de odio me ardían en las mejillas.

—Cómo ustedes gusten—. Salvador se inclinó sobre Lucas y le clavó el puñal

en los riñones; no se conformó con eso, lo hizo girar dentro de su carne.

Lucas soltó un alarido y yo su nombre. Su rostro se puso rojo y tenso, sus ojos se abrieron desmesuradamente, se le escaparon unos gruesos lagrimones. Esto era peor que cualquier pesadilla que yo hubiese tenido jamás, su dolor me partía el alma, el pecho me dolía tanto que parecía que alguien intentaba llegar a mi corazón a base de golpes para destrozar la carne y luego las costillas.

—¡Vicente por favor! ¡Por favor! ¡Dale lo que pide!

—No —me contestó con una voz fría que si bien sonaba como la suya tenía una inflexión escalofriante suficiente para asustar a cualquiera.

—Está sufriendo —jadeé desesperada. El dolor de mi carne ya no importaba en lo más mínimo, cada puñalada que le daban iba directo a mí, me cuesta admitirlo, pero ver a Lucas sufriendo era incluso más insoportable que haber presenciado las torturas a Vicente. No sé si su dolor me llegaba gracias a nuestra conexión, por la cual desde un principio, nos resultó tan sencillo comunicarnos sin necesidad de pronunciar ni una sola palabra. Me sentí más parte de él de lo que me hubiese sentido nunca, con locura precisaba interponerme entre él y el puñal de Salvador.

—Tú sufrirás todavía más si yo le sedo los derechos sobre tú alma, no puedo permitirlo, tu alma es lo único de valor en este lugar —entonó Vicente.

—¿Tardarán mucho en ponerse de acuerdo? —curioseó Salvador poniendo una cínica cara de inocente. Metiéndose el cuchillo debajo del brazo, sacó una cajetilla de cigarrillos, se llevó uno a los labios y lo encendió con su Zippo. Tranquilamente guardó las cosas, le dio un par de caladas.

Con el cigarrillo marrón colgando de los labios se agachó junto a Lucas, al lado del charco de sangre que se nutría cada vez más.

—Vicente, deberías hacer lo que ella dice —entonó justo antes de tomar la muñeca derecha de Lucas; estampó la palma de su mano contra el suelo, alzó la mano en la que tenía el cuchillo y la bajó a toda velocidad. El puñal se clavó justo en el centro del dorso de su mano. Con una claridad espeluznante se oyó con el metal golpeando contra el piso de concreto. Lucas volvió a gritar a través de la mordaza. Sus sollozos eran una tortura para mí—. Lo siguiente será su garganta y les aseguro, no será un espectáculo muy bonito —nos avisó Salvador.

—¡No voy a darte su alma, no pienso pedirle a Eliza que se entregue por nadie!

Vicente sacudió sus alas e intentó soltarse, en respuesta recibió varios golpes en la boca del estómago que lo obligaron callar.

—Pero si yo no te estoy pidiendo nada de eso Vicente—. Puso cara de animal herido. La sangre fría de Salvador era feroz.

—Simplemente requiero que me cedas un derecho que no pude obtener en un principio, eso es todo. De lo que haga Eliza con su alma luego, ya no será tu responsabilidad y mucho menos tu culpa. No tienes por qué sentir remordimientos.

—¡Vicente, has lo que te pide!

—Sé que Lucas moriría por ti gustoso.

—No me vengas con estupideces, la muerte de Lucas no será el final y tú lo sabes.

—Ella tiene razón —acotó Salvador—. Tú no me caes bien.

—Mátame ahora si quieres, así, no obtendrás nada —soltó Vicente con la determinación férrea de un monolito.

Salvador gruñó y se lanzó en una nueva embestida contra Lucas. Se le puso por detrás y levantándole el mentón hasta que se le notaron las venas del cuello presionó el cuchillo contra su piel marcando una línea blanca debido a la presión que su mano ejercía.

—Contaré hasta tres. ¿Seguro que quieres que vea esto? —le preguntó a Vicente.

—Cualquier cosa es mejor que lo que tú le harás pasar si la pongo en tus manos.

—Es tu hermano —articuló provocador.

Vicente apartó la cara.

Mi alma se desgarró.

—Hazlo —le grité a Vicente—, hazlo ahora—. El corazón amenazó con salirseme del pecho. Tiré de mis ataduras con todas mis fuerzas. Algo sonó de mi lado izquierdo; fue mi muñeca—. ¡Hazlo o me arranco las manos! —lo amenacé sin poder parar los lagrimones que el dolor me había hecho saltar. Tiré de nuevo, los huesos volvieron a crujir, el alambre ya estaba a la altura del dedo gordo. El dolor era insoportable, un nuevo nivel de sufrimiento se desplegaba ante mí: agonía, eso estaba experimentado ahora.

El alambre apretaba mi mano rota, la cual ya mostraba un color morado de cuidado. Un tirón más y probablemente lograrse pasar los nudillos, solamente tenía que juntar el coraje para hacerlo. Inspiré hondo y alcé la mirada; tenía la espalda y la nuca empapadas de sudor.

—Quédate quieta, te estás haciendo daño. Eliza, basta de hacer eso, pones en riesgo tu vida.

¡Que comentario tan oportuno!

—¡Libera mi alma! ¡Hazlo en este instante, no tienes derecho a decidir sobre mí!

—Uno —contó Salvador interrumpiéndome. Lo miré y noté que una primera gota de sangre emergía—. Lo que le suceda a Lucas va a pesar sobre mi consciencia, no sobre la tuya, eres un egoísta. ¡Permíteme salvarlo! ¡No puedo verlo sufrir! No me hagas esto Vicente, te lo ruego, dale lo que quiere.

—Dos —contó Salvador sacudiendo su cigarrillo, las cenizas cayeron sobre el charco de sangre que rodeaba a Lucas.

Nunca en mi vida nada me dolió tanto como lo que hice a continuación: inspiré hondo, apreté los dientes, cerré los ojos y tiré de mi mano hasta el final. Mi brazo izquierdo quedó libre pero para lo único que servía yo en este momento era para gritar y gritar, mi lado derecha parecía congelada, sentía las mismas agujas sobre la piel que experimentaba cada vez que pasaba mucho tiempo revolviendo las cosas entre mi abarrotado freezer (en la época en que Lucas y yo compartíamos mi departamento) en busca de algo en particular, el contacto con el frío era doloroso de por sí, pero si luego pasaba mis manos de allí al agua caliente la sensación me aturdiría por completo; eso mismo me sucedía ahora, mitad de mi cuerpo estaba dormido, inutilizable.

Perdí la razón, me enfurecí. Esos calambres no iban a detenerme. El dolor ya no era más que una cosa más, logré apartarme de él y empecé a intentar soltarme, me sentía con la suficiente fuerza para tirar abajo todo el maldito lugar. Terminé parada medio apoyada contra el otro apoyabrazos, pero ahí me quedé, escuché que Salvador decía tres.

Grité “no” una y otra vez hasta que ya no pude más.

Cuando abrí los ojos Lucas yacía en un charco de sangre, un par de metros hacia el otro lado, Oscar, Max y Miranda sostenían a Vicente de frente a Salvador.

—Sabes una cosa, mi querido —comenzó a decirle a Vicente presionando la punta de la daga contra su cuello—, tú nunca has sido su dueño, aunque hubieses querido comprar su alma, no habría sido tuya. Esto fue tan divertido —rió meneando la cabeza—. Pasaron siglos desde la última vez que algo me divirtió tanto. ¡Que placer!

—¿Qué? —inquirimos Vicente y yo a coro.

El Santuario quedó en completo silencio. Salvador tiró al piso el cigarrillo a medio fumar y lo apagó pisándolo con el pie.

—Lucas se ha enterado unos pocos minutos antes de que irrumpiésemos en su

reunioncita familiar tan privada que Ariel pretendía ocultarme, y le ha devuelto a ella el derecho sobre su propio destino antes de que le cortase la garganta. Justo a tiempo —comentó—, es probable que le haya cortado las cuerdas vocales —se hincó de hombros—, bueno, de todos modos, si no llegué tan profundo de ningún modo podría hablar con la garganta llena de sangre, ¿no les parece?

Se me aflojaron las rodillas y caí sobre la silla, tuve una visión demasiado precisa del interior del organismo de Lucas: su garganta inundándose de sangre, la sangre corriendo hacia el estómago...

Lucas. Pensé en su nombre y luego lo pronuncié en voz alta. Los ojos se me empañaron, por lo que su cuerpo derrumbado sobre la sangre se convirtió en un borrón rojo carmesí que más que nada, yo deseaba curar. Mi corazón estaría con él siempre.

Salvador retomó su discurso explicativo.

—Yo sabía que este muchacho iba a ser mucho más fácil de convencer. A los demonios jóvenes todavía les pesa mucho el dolor y el sufrimiento, así como tantas otras costumbres humanas... —dejó que su mirada se perdiera, probablemente en la puerta a mis espaldas y luego siguió adelante—, esas cosas pueden contra su voluntad. Aun así no me ha entregado su potestad. Supongo que intentó mostrar algo de integridad devolviéndotela a ti. Tu alma es tuya otra vez, qué piensas hacer con ella —hizo una breve pausa en la que se concentró en apretar la daga contra el cuello de Vicente—. Te doy una pista: tu alma o se muere.

39. Renuncia.

¿Eso se puede hacer? No tenía ni la más mínima idea de que Lucas pudiese devolverme la potestad sobre mi propia alma, Vicente jamás mencionó algo semejante... bueno, ya me imagino porqué, si él lo hubiese hecho, yo habría ido directo con quién quisiese tomarla a cambio de convertirme en el demonio que yo precisaba ser para pasar el resto de mi existencia a su lado. Bueno, todo esto en el hipotético caso de que Vicente realmente hubiese tenido en sus manos algún derecho sobre mí. Obviamente los manejos de Salvador alcanzaban hasta lo inimaginable, fue él quién le ordenó a Ariel mandar a Vicente a la caza de mí alma cuando en realidad ese derecho le pertenecía a Lucas, pero quién le hubiese dado algo supuestamente tan importante como mi

poder a alguien tan joven, que ya había fallado una vez a la hora de comprar un alma que se comentaba, era demasiado para él. No imagino cómo es que Salvador supo que Vicente y yo terminaríamos enamorándonos, pero tampoco me sorprende que lo supiese de antemano, ellos se mueven en un universo que para nosotros es de ciencia ficción (y muchas veces, de terror también).

Eso era lo que me unía desesperadamente a Lucas, mi alma había sido suya y ninguno de los dos tuvimos ni la menor idea de eso hasta que fue demasiado tarde. Cuanto sufrimiento nos hubiésemos ahorrado.

Lucas yacía inconciente en el piso desangrado con la cara transida de miedo.

—Júrame que no volverás a tocarlos a ninguno de los dos —le demandé jadeando.

Salvador revoleó los ojos y resopló.

—Eliza, no hagas esto, por favor, nunca querrías para ti los cambios que padecerás si él se queda con tu alma. No lo hagas amor, te lo suplico, no te condenes al Infierno por algo que no vale la pena. ¡Si me amas no lo hagas! No nos hagas esto, tú y yo siempre estaremos juntos sin importar en dónde pasemos la eternidad.

Deseé no haber tenido oídos para escucharlo decir aquello. Su amor y entrega laceró mi corazón.

Cerré los ojos y le grité a Salvador que lo jurase.

—Dilo en voz alta, prométeme que los dejarás en paz y te daré lo que me pidas.

Saqueen a Lucas de aquí, llévenlo con Lucía, permitan que los dos se vayan.

Oír que Lucía estaba con vida calmó un poco mi corazón y supuse que causó el mismo efecto sobre Vicente.

Levantaron a Lucas del piso y se lo llevaron. Su garganta no sangraba más, pero estaba pálido cual papel y con ojeras grises debajo de los ojos, parecía muerto.

—Vicente no me agrada en lo más mínimo, pero supongo que disfrutaré sabiendo que para él será una tortura tener presente todos los días por el resto de la eternidad, que no pudo hacer nada para salvar a su amor—. Apretó la daga contra el cuello de Vicente un poco más y luego la bajó—. Bien, lo juro.

Vicente se puso a soltar patadas y a insultarlo. Oscar y Max descargaron una nueva ráfaga de golpes sobre él mientras Salvador se alejaba de ellos para acercarse a mí.

—Juro por el Infierno —comenzó a decir alzando la mano derecha—, por mi existencia y por todo lo que tú quieras que no voy a intentar matarlo, es más,

me ocuparé de cuidar de que viva muchos y largos siglos—. Sonrió con malevolencia—. Ahora es tu turno.

—¡No, por amor de Dios Eliza no lo hagas! ¡Te amo y te amaré siempre, no tienes que hacer esto por mí! ¡Tu vida vale miles de veces más que la mía!

El puño de Max impactó contra la quijada de Vicente. Por el aire voló un chorro de sangre desde su labio partido.

—Te amo, Vicente, nunca podría dejarte morir —le dije y luego le hablé a Salvador—. Renuncio a mi vida y a mi alma por él. Renuncio a todo por él.

El Infierno puede quedarse con mi alma con tal de que nada les suceda en el futuro, los dos son parte de mí, son mi amor y mi alma, si los pierdo quedaré literalmente muerta —grité dentro de mi cabeza —el mismísimo diablo puede venir a recogerla ahora si quiere.

—Apártenlo de mi vista—graznó Salvador—. Salgan todos de aquí. ¡Lárguense! —gritó con un volumen ensordecedor—. ¡Ahora mismo! ¡Fuera! —su voz atronó dentro de la cama. Los ángeles y los demonios pintados en el techo también lo oyeron; deben haberlo escuchado en el Cielo y en el Infierno también.

Ya no me asusta, pensé, siempre supe que estaba dispuesta a darlo todo por él y eso mismo estoy haciendo. Quizás la historia llevase mucho tiempo escrita, tan solo ayudaba a materializarla.

—¡No! ¡No hagas esto! ¡Por favor! ¡Por favor no! ¡Eliza noooo! ¡Por Dios nooo!

Se lo llevaron a rastras. Pataleó, gritó y me llamó, luego, la puerta se cerró con gran estruendo y todo quedó en silencio.

40. El principio sin fin.

—Basta de juegos, basta de engaños, ha llegado la hora de la verdad. Ahora solamente estamos tú y yo, como siempre debió ser—. Se paró delante de mí todavía con la daga en alto, su mano derecha rodeaba la empuñadura y con la yema del dedo anular izquierdo sostenía la hoja paralela al piso. Se inclinó sobre mí por lo que entré en la atmósfera de olor que de él emanaba: una mezcla de podredumbre y tabaco—. Mírame bien —entonó desafiante—, mira mis ojos —se me acercó todavía un poco más, su nariz y la mía casi se tocaron—. Esto será lo último que verás—. Colocó su mano izquierda sobre mi pecho, los latidos de mi corazón rebotaron contra su palma, mi corazón latía a

cien kilómetros por hora—. Dile adiós al mundo —entonó alejándose lentamente—, no pienso permitir que vivas eternamente. Adiós Eliza, dale mis recuerdos a mi padre.

Salvador tomó impulso y se abalanzó sobre mí. Con una pasmosa claridad percibí la daga adentrarse en mi cuerpo capa a capa, rasgando primero piel, la carne, empujando huesos, lacerando venas, lastimando órganos vitales. Dolió, dolió mucho, pero al instante el dolor se confundió con una sensación cálida que me mojó el abdomen y las piernas. Sentí como si estuviesen arrojándome con una manta tibia y húmeda. Bajé la vista y vi la sangre, mi sangre.

Mi ritmo cardíaco empezó a mermar, dando golpes desacompañados cada vez más lentos y trabajosos. Los pulmones se me pusieron pesados, con cada fracción de segundo que pasaba, me costaba más respirar. Mi cuerpo se fue durmiendo de apoco hasta que ya no sentí más el dolor de la mano rota, ni el ardor de la quemadura, pero mi consciencia seguía allí, inalterable. Me estaba separando de mí misma, de mi parte física.

Primero se fue la luz, luego desaparecieron los sonidos y por último las sensaciones. El dolor se esfumó por completo, así también el miedo, las dudas, los rencores, quedó solamente el amor, el amor y una sensación cálida. A pesar de que ya no sentía mi cuerpo, experimenté como si flotase en una burbuja negra pero al mismo tiempo llena de luz, en la que no existía arriba ni abajo, no me dio vértigo, esto era pura placidez y calma, así debía sentirse estar dentro del útero materno.

Buscar la libertad transformándome en un demonio parecía ridículo ahora, esta era una libertad más allá de lo imaginable. Felicidad suprema.

Energía pura, así soy —me dije expandiéndome al espacio.

Este es solo el principio, el principio sin fin.

Deseaba dejarme llevar, vivir por siempre en la calma y la alegría de éste lugar al que no sé cómo, vine a parar, pero algo me frenaba impidiéndome ir más allá... Vicente... no quiero separarme de Vicente; su sonrisa y sus ojos se aparecieron ante mí, recordé los mejores momentos a su lado, esas situaciones iban tan bien ahora, parecían hechas de lo mismo, sin embargo él no se encontraba aquí, no sé ha dónde se lo llevaron, no sé si está bien, ¿y si Salvador no cumple con su promesa, y si lo lastima o lo hacer sufrir?

—No puedo quedarme aquí —dije. Me llené de angustia.

Lo extrañaba, no quería apartarme de él. Toda esta belleza podría transformarse en un martirio si él no se unía a mí.

—¿Hacia dónde debo ir para volver? ¡Quiero volver! ¡Vicente!

—¡Eliza!

—¿Vicente? —Primero me puse contenta, creí que era su voz, pero no.

—¡Eliza abre los ojos en este instante! —me ordenaron sin amabilidad alguna. Que voz más fastidiosa —rezongué.

—¡Abre los ojos, mírame!

Un doloroso tirón se llevó consigo la calidez y la calma.

Experimenté dolor una vez más.

Volví a sentirme material, pesada y atada. Atada a la gravedad.

Los párpados me pesaban, no creí que tuviese la fuerza suficiente para moverlos. Finalmente los abrí y me encontré con una cara asustada, pero a esos labios no pertenecía la voz.

Salvador retrocedió con el cuchillo en alto, el cual chorreaba sangre.

—¿Qué has hecho?! —bramó furiosa la voz que me había llamado antes. Esa voz no podía estar aquí ahora, no era posible, estaba completamente fuera de contexto.

—Salvador, te estoy hablando. ¿Qué has hecho?! ¡Demando una explicación en este instante! ¿Cómo pudiste hacerme esto?!

Trueba apareció en mi campo visual.

—Quédate tranquila, te sentirás extraña por un tiempo, pero te repondrás.

Mi confusión no podía ser mayor.

Incliné la cabeza adelante y constaté que mis ropas estaban empapadas de sangre, de hecho, había sangre por todos lados, en mis pantalones, entre mis piernas, cayendo del borde de la silla, en el piso. Yo tenía entendido que cuando alguien se corta las venas, o cuando pierdes mucha sangre por una herida grave, sientes frío, pero yo sentía igual que si tuviese una estufa ardiendo dentro de mí, como si un motor caliente y poderoso hubiese tomado el lugar de mi corazón para hacer que mi cuerpo se transformase en una maquina incansable, potente, poderosa, rebosante de energía.

Casi me caigo de la silla cuando inconcientemente moví la mano derecha y no me desarmé de dolor. Me miré la mano y moví los dedos una vez más, los tendones, los huesos y la carne que un momento atrás no era más que un amasijo informe habían recobrado su lugar. Moví los dedos una vez más sin poder creerlo. Experimenté una sensación chistosa, un cosquilleo similar al de una leve descarga eléctrica, no dolía, sino que era una sutil molestia. Esa misma sensación se daba en mi brazo, mientras que el resto de mi cuerpo me aturdía con otras sensaciones imposibles de explicar. Era capaz de notar y sentir todo. Olía mi sangre, olía el tabaco de Salvador, el azufre que emanaba

de su boca, e incluso el olor a tintorería que siempre emanaba de los trajes de Trueba, en lo profundo de mi nariz se instaló el perfume del jabón de su camisa limpia. La silla de hierro tenía olor, mis ropas, mi cabello, la pintura del techo, la sangre de Lucas, incluso me llegó la tenue esencia del pasto, el olor del agua del río, el de las paredes de concreto. Mi cerebro quedó saturado cuando focalicé mis ojos en Trueba... la luz era tanta... excesiva; por qué no apagaban algunos reflectores, acaso deseaban dejarme ciega.

Entorné los ojos y me llevé la mano derecha a la altura de mi nariz deseando comprobar una teoría que se me acababa de ocurrir. Al enfocar mis ojos sobre la piel de mi palma vi una infinidad de líneas que nunca antes hubiese podido distinguir sin una lupa. Bajé la mano, alcé la cabeza y miré hacia el techo, el fresco del domo era increíblemente nítido, cada uno de sus colores era una explosión de luz y energía. Se me cayó la mandíbula.

—Esto es simplemente increíble—. Di un respingo al oír mi propia voz. Era mí voz, pero me costó reconocerla, sonó más afinada, menos chillona. Sonó bien, tersa y al mismo tiempo enérgica. Se me formó una sonrisa en el rostro. Recapitulemos —me dije—. El cuchillo se clavó en mí, muy dentro de mí, perdí mucha sangre, quedé inconsciente... ¿inconsciente? ¿Quién sobrevive a una herida así?

Examiné otra vez mi pecho, el agujero en la tela de mi remera era un desgarrón triangular en medio de mis costillas del lado izquierdo.

Recordé lo que le había sucedido a mi corazón... se detuvo... mi corazón se detuvo y estoy aquí ahora, respirando, sintiendo, viendo, experimentando todo de un modo desproporcional... abrí los ojos de par en par. ¿Sucedio? Sucedio. ¿Cómo? ¡Mierda! ¿Pasó o estoy delirando? ¿Qué pasa aquí, es esto real? ¿Qué hace Trueba aquí?

—¡Por Dios! —grité de la boca para afuera—. Sucedio. ¿Cómo? ¿A quién le di mi alma? ¡Soy un demonio! —chillé sin poder creérmelo—. Por Dios —jadeé mareada. Mi cabeza cayó contra el respaldo de la silla. Cerré los ojos.

Lo había dicho dentro de mi cabeza justo antes de que Salvador me atacase, le entregué mi alma al Diablo a cambio de que Vicente y Lucas estuviesen a salvo por siempre y por lo visto, el Diablo, estuviera donde estuviese, me había oído, y no solo eso, sino que también aceptó el trato. Me dejó morir, igual que dejó morir a Lucas, pero me trajo de regreso, me devolvió a la tierra para vivir eternamente, lo único verdaderamente extraño aquí, es que dudo que eso que experimenté, sea el Infierno.

—Cálmate —me susurró Trueba, poniéndome una mano sobre mi mano

todavía atada a la silla con alambre—, en un momento estaré contigo, antes tengo que resolver un asunto—. Con el rostro demudado en una mueca de violenta furia, se volvió hacia Salvador.

De su mano derecha todavía caían densas gotas de sangre.

—¿Cómo llegaste a ser tan insustancial, Salvador? —inquirió Trueba.

—De dónde... cómo es que... Eleazar, no te le acerques, no lo provoques, te matará —le grité, pero mi padre biológico dio uno y luego dos pasos más hacia él. Salvador retrocedía al mismo ritmo—. Suéltame, yo me encargaré de él, puedo hacerlo, estoy bien, he perdido sangre pero voy a estar bien. ¡Aléjate! Vete, sal de aquí cuanto antes—. Eleazar no demostró el más mínimo interés en mis palabras—. ¡Él es...! ¡Es una cosa...! ¡Es un demonio! ¡Lo juro, vete, es un demonio, te matará!

Salvador espío en mi dirección. Sus ojos, copados de miedo, hicieron que se me estremeciera. El arma se le resbaló de los dedos.

—Sé mejor que tú, qué y quién es Salvador, hija —me contestó Eleazar.

—¿No nos presentarás? —le espetó Salvador.

—No te mereces el privilegio de estar en su presencia, Salvador, me has traicionado—. Trueba se agachó y recogió la daga del piso-. ¿La sangre no tiene valor para ti?

Salvador dio otro paso atrás sin despegar los labios.

—No creí que fueses a caer tan bajo.

—Ella debía morir.

—¿Quién eres tú para decidir algo semejante?

—Lo vi —alzó una mano y me apuntó con el dedo índice—, ella te decepcionará más que nadie. Se convertirá en una vergüenza para todos, en especial para ti. Sus poderes jamás tendrán utilidad alguna, será como la mejor arma jamás construida solo que quedará fuera del alcance de mano alguna. ¡Lo vi, es cierto, así como vi todo lo demás!

—Debiste verme a mí llegando para arruinar tus planes.

—Todavía puede morir.

—Estoy aquí para protegerla, no para entregarla a las garras de Max, Salvador.

—¡Será tu ruina, la ruina de todos! —exclamó histérico.

—No puede serlo.

—Ni siquiera te has tomado un segundo para mirar.

—No hay nada que ver.

—Te equivocas.

—Me dio su alma —replicó Eleazar y mis pensamientos se hicieron un nudo.
¿Le di mi alma?

—¿Qué clase de hermano eres, Salvador? —le espetó Eleazar.

—¿Qué? —Esta vez formulé la pregunta en voz alta—. ¿Hermano? ¿Hermano de quién? Qué está pasando aquí.

Eleazar se volvió y me miró por encima de su hombro izquierdo.

—Hija, te presento a tu hermano.

El calor se evaporó de mi cuerpo. Salvador me miró directo a los ojos.

Este no puede ser mi hermano, no es posible que Trueba tenga un hijo de... — mi cerebro derrapó en con un aparatoso resbalón.

— ...ochocientos años —balbucí en voz alta—. Ochocientos años... —sentí como si tuviese una enorme roca sobre el pecho. Este no puede ser el hermano celoso que yo me imaginaba a bordo de ese Audi que parecía una nave espacial. No puedo tener un hermano de ochocientos años—. ¡No es cierto! — Me desgañité la garganta al gritar—. ¡¿Quién es usted?! —le grité a Trueba y él se dio cuenta al instante que la pregunta iba dirigida a su persona.

—Antes de las respuestas primero vendrán unas cuantas preguntas—. Trueba fijó sus ojos turquesa en Salvador—. ¿Realmente creías que iba a dejarte terminar con esto? Tú no has significado más que una decepción tras otra Salvador, tus visiones fueron de ayuda en su momento, pero poco a poco esas visiones han acabado por consumirte hasta convertirte en una patética sombra de ti mismo. Ya no eres digno de ser hijo de quién eres, si hasta tu madre humana debe estar revolcándose en su tumba al ver cuanto le has fallado. ¿Recuerdas que le prometiste que llegarías lejos?

—He vivido ochocientos años, no hay muchos demonios que logren algo semejante.

—Salvador, no te engañes, si has sobrevivido tanto, es gracias a mí, no por tu propio mérito.

“Los demonios no pueden engendrar hijos”, eso había dicho Vicente, pero ahí estaba Salvador... “tu madre humana”, dijo Eleazar... obviamente él no lo era. ¡Mi padre es un demonio! —exclamé dentro de mi cráneo. La revelación me noqueó. Mi madre y Eleazar... mi madre había pasado por lo mismo que pasé yo... No lo podía creer. Que alguien me dé una explicación por favor, porque creo que voy a enloquecer.

—Salvador, contéstame, ¿de verdad creíste que iba ponderar tu vida por encima de la de ella? Es la cosa más perfecta que yo haya engendrado jamás —dijo mirándome de costado, los ojos le brillaban—. Es absolutamente

perfecta... dotada de tantos magníficos poderes, con tanta energía, con tantas ganas de vivir.

—Ella nunca existirá de ese modo para ti. Lo acabo de ver, máatala y te ahorrarás que todo el mundo vuelva a reírse de ti.

El rostro de Eleazar se puso de un rojo vibrante.

—¿Quién osaría reírse de mí, hijo? —bramó con una estruendosa voz.

—Ellos —contestó Salvador apuntando hacia el único ángel que había sobrevivido indemne a la batalla pintada en el domo—. Ellos se mofarán de ti, por toda la eternidad.

Eleazar se abalanzó sobre Salvador.

—No esperes un trato especial allí abajo, hijo —diciendo esto atravesó el estomago de Salvador con la daga. Al instante el cuerpo del demonio cobró fuego y estalló en una nube de polvo gris que se disipó junto con un estruendo ensordecedor que hizo que la estructura de hormigón se estremeciese.

Todo volvió a ponerse negro, negro y tranquilo, sentí que me volvía liviana otra vez. En un momento abrí los ojos y me encontré a cielo abierto, recostada sobre algo que no sé qué era, cuatro hombres me cargaban. Oí voces, muchas voces, el lugar estaba lleno de gente que hablaba entre susurros, hombres y mujeres vestidos impecablemente de negro, de fondo se zumbaba el rugir de varios motores, el viento en los árboles. Moví la cabeza y vi que estábamos en una especie de playa de estacionamiento, de un lado había árboles, del otro, la costa del río y más allá una isla; entre los automóviles, camionetas y motos (todos de color negro), estaba estacionado un Audi negro, chocado por la parte delantera y con rayones del color ópalo de mi camioneta, sin duda era el auto de Salvador.

—El helicóptero llegara en dos minutos, Señor —entonó alguien con la rectitud y prontitud digna de la milicia.

Miré al cielo. ¿Helicóptero?

El rostro de Trueba apareció ocultando el cielo estrellado y la luna.

—En un momento estaremos muy lejos de aquí, descansa —me susurró.

Quedé inconciente otra vez.

41. Discurso ardoroso.

Un suave “clic” me hizo recuperar la consciencia. Abrí los ojos y me encontré en una suntuosa biblioteca, forrada de madrea y libros de piso al techo, sobre

dos importantes escritorios de madera oscura, ubicados uno a cada lado de la larga sala, había lámparas de lectura de tulipas verdes, encendidas, las bombillas apenas si irradiaban luz, sin embargo para mí, el brillo era suficiente hasta para notar las vetas de la madera de las paredes, y estantes, que no tenían betas, sino una especie de jaspeado delicado de un tono apenas más intenso que el fondo. A la nariz me llegó el perfume de la madera, los olores de los solventes del barniz, el olor del papel, de la tinta, pero por sobre todo mi nariz estaba impregnada del olor del cuero del sillón sobre el que alguien me había acostado, y el de la lana —quizá de llama o alpaca— de la suave manta que me abrigaba.

Estiré el cuello y todas mis treinta y tres vértebras sonaron igual que si se hubiese producido una reacción en cadena por todo mi cuerpo.

Todavía era de noche, a través de las cortinas penetraba la oscuridad.

Me incorporé para apoyarme sobre mis codos; todavía seguía abrumada por el cambio y por todo lo sucedido, me di cuenta de que me costaba mucho más que antes, realizar los simples movimientos como doblar una pierna, o estirar los dedos de las manos. Me sentía torpe igual que un potrillo recién nacido y tenía la constante sensación de que algo se me iba a escapar, tenía miedo de mí misma ya que me creía capaz de lo peor sin necesitar de ningún incentivo para desencadenarlo. La cabeza me iba a estallar. Me dejé caer otra vez sobre el sillón y cerré los ojos; con los brazos me tapé la cara.

Estaba allí, escondida debajo de la parte interna de mis codos, cuando escuche que una puerta se abría.

—Volviste —exclamó la voz de Eleazar rebosante de entusiasmo.

Nuestras miradas se encontraron.

—¿Qué tal te sientes? ¿Puedes moverte?

Asentí con la cabeza.

—¿Dónde estamos?

—En mi departamento.

Me refregué la cara.

—¿Cómo llegamos aquí, qué pasó?

—Ya todo está bien, no tienes de qué preocuparme.

Me agarré del respaldo del sillón y tiré de mis brazos para incorporarme, en el ínterin, Eleazar caminó hasta dónde yo me encontraba y se sentó a mis pies, sobre el último almohadón del sillón.

—Qué fue todo eso que sucedió en casa de Ariel.

—A qué de todo lo que pasó te refieres —me preguntó sonriéndome con un

gesto paternal.

—¿Qué es usted?

En respuesta Eleazar se movió en poco más hacia el extremo del sillón en el que yo me había acurrucado.

—Es una historia muy larga y comienza hace mucho pero muchos siglos atrás, dicen por ahí, que yo empecé sirviéndolo y luego me rebelé —inspiró y soltó un suspiro—. Algunos aventuran que fui corrompido, otros insinúan que actué por mí mismo, incluso existen aquellos que han llegado a pensar que me convertí en lo que soy, por envidia hacía los seres humanos, lo cierto es que habito dentro de cada hombre, de cada mujer y que mi papel en la historia, es uno de los más grandes que se hayan visto jamás —se detuvo y me miró fijo, sus ojos turquesa se oscurecieron hasta ponerse de color marrón, así sus ojos, se veían demasiado parecidos a los míos para mi gusto—. Soy protagonista y espectador complacido de la realidad que yo mismo articulo. Estoy maldito por toda la eternidad, condenado a vivir de las sobras putrefactas que dejan los ángeles luego de atiborrarse hasta quedar saciados —recitó y su cara fue demudando en una mueca de asco impresionantemente desagradable—. Mi morada es el Infierno y desde allí comando a mis huestes en la contienda contra las tropas celestiales cuyo campo de batalla es la Tierra.

Sinceramente me costaba creer que estuviese escuchando semejante discurso.

—Desde el principio de los tiempos, mis armas, al igual que las del enemigo son los seres humanos: criaturas de una complejidad apabullante, limitadas a la debilidad de la carne y a los límites de una mente que no se anima a traspasar las barreras de lo sustancial. Seres asolados por el miedo y un manojo de ridículas creencias que por lo general acaban jugándoles en contra —. Sonrió otra vez—. Pero lo importante no es la debilidad de la carne, la cáscara es en la mayoría de los casos, completamente desechable, lo único importante aquí es el bello, perfecto y valioso botín que obtienes al descartar el continente—. Su sonrisa se expandió hasta los confines de su rostro—. Almas, mi querida—. Dejó que sus parpados cayeran lentamente, de no sé dónde, empezó a brotar la música de piano; Trueba movió las manos al compás de los acordes compuestos por Chopin—. Las almas me dan poder y quien obtenga más poder, ganará esta guerra—. Abrió los ojos y me miró—. No necesito aclarar quien ganará la contienda, ¿o sí? —me contempló en silencio por un momento y luego siguió—. Sobre todo, si consideramos que yo he estado quedándome con las más valiosas por siglos y siglos.

Esto sonaba cada vez peor. Me negué a aceptar lo que mi cerebro afirmaba a

gritos.

Trueba se levantó y fue hasta el equipo de sonido que se encontraba en el otro extremo de la sala, medio escondido entre libros y cajas de cd's y dvd's, presionó unos botones, ahora Bach se apoderó del opresivo despacho.

Sin dedicarme siquiera una mirada de refilón y menos que menos una palabra, fue a sentarse en el gran butacón de cuero marrón, estilo *chesterfield*, que hacía juego con el sillón en el que yo estaba sentada.

—Mis oídos están llenos de historias absurdas, de mitos y ridiculeces increíbles. Las cosas que se han dicho sobre mí, alcanzarían para llenar más libros de los que tú pudieses leer en toda tu vida —con un ademán me indicó los miles de libros que nos rodeaban—. Entre tantas cosas dichas, algunas han acertado, al menos de refilón. Lo admito —se llevó una mano abierta al pecho—, hay quienes tiene su merito. Por ejemplo: mi afinidad por las sombras, el placer que me genera el fuego ardiendo en forma desmedida, devorándolo todo. Otras cosas sin embargo son tan rocambolescas como quienes las proponen. No soy peludo, no tengo patas de carnero, no llevo una corona de fuego sobre la cabeza, no tengo rabo y tampoco alas como las de un murciélago, los demonios las tienen, yo no las necesito, mi fuerza y poder son suficientes para poder trasladarme dónde quiero, cuando quiero, sin depender de un par de ridículas alas, o de mis piernas siquiera. En suma, todo esto es una reacción a la persistente necesidad de los seres humanos por dividir con una línea perfectamente marcada, lo bueno de lo malo. Los seres humanos tienen la molesta tendencia a agrupar todo por contrarios como si no hubiese medias tintas... La realidad es tan distinta; esto no se trata de los puros y limpios contra los impuros y sombríos. Desde su punto de vista todo es tan simple, pero me temo mi querida hija, que nada en el universo es así de simple de resumir —hizo una pausa y se quedó escuchando un brioso pasaje de la música que parecía acompañar su monólogo a la perfección—. Todos somos espíritus en pos de una causa, considerarla justa, o no, depende de quién lo mire—. Exhaló aire por la nariz ruidosamente—. Me fastidia que cataloguen las cosas según ese orden de los opuestos, si supieran que incluso las entidades más grandes son todas orgullosas, manipuladoras y en cierto modo tiránicas, soberbias y con cierta tendencia al egocentrismo...

—Puede ser, pero los intereses de ambos bandos son bien distintos —repuse.

—¿Tú crees? Mi querida, la diferencia es que un osado se ha propuesto embellecer uno de los bandos, es simplemente eso. ¡El bien contra el mal! —Exclamó alzando la voz—. Aquí no se trata de eso. ¿Bien, mal? ¿Cuál es la

diferencia? ¿Tú serías capaz de decírmelo? ¡No, claro que no! —soltó poniéndose de pie de un salto—, los humanos no tienen ni la menor idea. ¿De veras crees que yo soy cruel? ¡Por favor! ¡Ellos son cientos de veces más crueles que yo, cada día, cada hora, cada segundo, y nadie los juzga, siquiera tú! Esas criaturas celestes no son más que bellas representaciones de un ego bien insuflado por generaciones y generaciones de farsantes —voceó a todo pulmón. Terminó respirando agitado, con las venas del cuello palpitándole y sus ojos enrojecidos clavados en los míos. Pasaron un par de segundos hasta que volviese a hablar y cuando lo hizo su voz no fue más que un susurro—. ¿Crees que ellos no persiguen sus propios intereses a como dé lugar? —caminó hasta mí y se detuvo a menos de tres pasos del sillón—. Creerte la criatura más bondadosa del universo hace que se te suban los humos a la cabeza; si supieras con qué rapidez pueden olvidarse de sus piadosos y bienintencionados ideales.

Eleazar dio media vuelta y regresó a su sillón, allí se acomodó otra vez, el exabrupto de pasión había pasado. La música cesó, la biblioteca quedó sumida en un perturbador silencio.

—La humanidad tiende a creer que soy responsable de cada cosa mala que sucede en el mundo, desde una tostada que cae del lado del dulce, que te suba el colesterol, que dos amantes se separen, las lluvias torrenciales o la sequía, el calentamiento global, la crisis económica mundial, la mortalidad infantil, cualquier catástrofe que borre de la faz de la tierra un par de centenares de vidas humanas, e incluso me culpan de las más terribles y peligrosas adicciones; pero esta concepción de que todo lo malo del mundo se debe a mí, es tan errónea cuanto disparatada—. Se interrumpió y giró la cabeza hacia la izquierda para mirar en dirección hacia la chimenea que allí había, la madera para el fuego estaba preparada apagada, los leños se pusieron a arder después de que él parpadeó—. Nombres... no siempre son representativos de la entidad que identifican, a veces incluso se transforman en algo todavía más representativo que la entidad misma, si hasta pueden llegar a desvirtuar la verdad. A través de los siglos he visto a los humanos encogerse ante nombres como Lucifer, Satanás o Belcebú. La gente le tiene más miedo al nombre que a la entidad en sí, ¡es ridículo! ¡Tú no me temiste la primera vez que viste!, es más, ni siquiera me temes realmente ahora, tienes dudas, sí, pero ese miedo no es real, y sabes por qué, porque nunca te he dicho mi verdadero nombre. Eleazar, así me llamas tú; ese nombre no te dice nada de mí, ningún preconcepto viene atado a él, ¿lo comprendes?

Lo entendía, pero no contesté ni que sí, ni que no. Todavía no podía terminar de masticar la idea de que él hombre que estaba frente a mí era mucho más que un demonio, era el Diabolo mismo, y para peor, juraba ser mi padre.

Tengo que estar delirando, me dije, esto de ningún modo puede ser real.

—Soy lo que han querido crear de mí, eso es todo. Fueron ellos quienes me dieron este poder —entonó extendiendo los brazos hacia fuera del sillón—, quienes me hicieron grande, quienes día a día enaltecen más mi figura.

A sus palabras les siguió un profundo silencio.

—Anticristo, renegado, ángel caído —chasqueó la lengua—. Yo no soy el opuesto de nadie, yo siempre he sido y seré por mí mismo. No necesito de nadie al otro extremo de la línea, para demostrar cuanto más poderoso y fuerte soy, y mucho menos para demostrarme mis debilidades; sí Eliza, yo jamás me he declarado perfecto y mucho menos completo, todavía me quedan tantas cosas por vivir, experimentar y aprender. Pero no es momento para desviarnos de tema. Como te iba diciendo, mi verdadero nombre habla por sí mismo. Soy el Amo del fuego, y como tal, soy capaz de dar y conservar la vida, así como quitarla y exterminarla. Soy la Estrella de la noche, la luz en el camino de cientos de miles de millones que no creen en las patrañas que han intentado hacerles creer.

—Si su verdadero nombre habla por sí mismo, por qué no lo utiliza.

—Por la misma razón por la cual no estoy sentado en mi trono holgazaneando y atiborrándome de comida mientras contempló el injusto modo en el que el mundo y la humanidad son reducidos a pedazos insignificantes y putrefactos—. Lentamente se levantó del sillón—. Siempre he estado del lado de la humanidad, la he acompañado en todos sus momentos, me he ensuciado las manos y hasta los codos para intentar darle a este mundo un rumbo. Yo trabajo, acompaño y me intereso por lo que sucede aquí, nunca me agradó ser un simple espectador; a diferencia de otros no creo que sea rebajarse, echar manos a la masa por lo que uno quiere —alzó los ojos al cielo y luego los bajó con un suspiro cansino—. No es bueno dejar que siempre le lleven a uno la comida a la boca, hay que trabajar para ganarse el pan, y eso es lo que yo hago, trabajo codo a codo con mis hijos, comparto con ellos las miserias y las grandezas de la humanidad.

Dio una media vuelta alrededor del sillón y finalmente se detuvo del lateral opuesto por el que había comenzado su recorrido. El fuego de la chimenea le iluminó el perfil con llamas que bailoteaban de un modo hipnótico, era inquietante pensar que hasta un momento atrás, no habían estado allí.

—La mayoría de los demonios no saben quién soy, solamente conocen la verdad, aquellos que como tú, son sangre de mi sangre; todos los demás me creen morando en el Infierno, lejos de todas las penurias que ellos mismos deben soportar. Incluso creo que muchos, me imaginan con el mismo aspecto con el que me sueñan algunos humanos que desvarían. El Infierno puede haber sido mi cuna, pero la Tierra es mi hogar. Es aquí dónde se lleva a cabo la batalla, es aquí, dónde debo estar. Soy un general que va al frente con sus tropas, que comparte las barracas con sus soldados, que se muere de frío en una tienda de campaña junto a ellos, que comparte el poco pan y vino que les queda, a la hora de la cena, el mismo que sangra y sufre por las heridas de batalla. Nunca he sido un cobarde; jamás he pensando en permanecer a buen recaudo, como hacen algunos. Ahora tú lo sabes... sabes quién soy y aún así no me temes —su sonrisa se ensanchó todavía más—, ¿no te has preguntado por qué sucede tal cosa?

Tragué saliva. No me lo había preguntado ni tenía la menor idea. Había visto el miedo en los ojos de Salvador, pero yo ya no me sentía así, algo en mí había crecido hasta llenar todo mi cuerpo...la verdad: soy un demonio y estoy dispuesta a enfrentarlo, si tanto dio por mí, por algo ha de ser.

—Eso es porque tú también eres distinta a los demás—. Dijo en voz calma y dulce. Con pequeños pasos llegó hasta mí y se arrodilló delante de mis pies—. Tú puedes ver la verdad mejor que nadie, incluso la sientes.

Dio en el clavo.

Extendió sus brazos hacia mí y me tomó de las manos. El tacto de su piel ardía hasta lo inimaginable, pero aún así no me quemaba, supongo porque ahora mi piel debía estar tan caliente como la suya.

—Posees un grandioso don de valor incalculable y sabes qué más —me preguntó en un susurro apenas audible—, tú no tienes dueño... eres libre —recitó con delicadeza—. Libre como he sido yo, desde el glorioso día en que decidí soltarme de las cadenas y las mordazas que me tenían sujeto—. Me acarició la piel del dorso de las manos, con las yemas de sus dedos—. Eres especial, lo sé desde el primer día—. Me soltó las manos y colocó las suyas sobre mis rodillas— La vida puede ser tan miserable, tú lo sabes, pero todo puede cambiar; es tu decisión, no la mía y mucho menos de ellos. Puedo mostrarte aquello que todavía no logras ver, puedo contarte una historia increíble...

—No estoy segura de querer oír tal historia, no es por miedo que no quiero oírla, sino porque realmente no estoy interesada en ella. Solamente hay una

cosa que yo deseo en esta vida.

—Eres valiente.

—No más que el común denominador.

—No hay nada común en ti —me apretó las rodillas en un gesto que en otro contexto yo hubiese interpretado como el de un padre que intenta apoyar a su hija, pero que aquí quedaba falso y fuera de lugar—. Todo lo sucedido hasta ahora fue una desgracia, intenté protegerte pero no quería arriesgarme a contarte la verdad antes de tiempo, quería que descubrieses por ti sola cual era el camino que debías recorrer, y tú lo encontraste. Fue mi error no parar a Salvador a tiempo; siempre fue una alimaña rastrera que hacía todo a escondidas, y no averigüé la verdad de su participación en todo esto hasta esta noche. De todos modos, yo te salvé de Bruno, te cuidé de lo peor. Yo más que nadie, lamento lo sucedido, sin embargo, míranos ahora, el pasado ha quedado atrás, lo que está por venir es lo más importante.

—No entiendo qué es lo que espera de mí.

—Mi intención es hacer que comprendas que tienes total permiso para hacer todo aquello que llevas oculto en tu interior.

—Eso no me dice nada, no tengo deseos ocultos.

—Todo el mundo los tiene, el poder es una constante en el universo. Hija, tus poderes son superiores, eres capaz de lo inimaginable, siendo humana has hecho cosas que la mayoría de los demonios no podría aprender a hacer ni viviendo dos mil años, tú todavía ingenua y en desconocimiento total de tu verdadero origen previste que esos demonios irían por ti, te defendiste con calor cuando Vicente casi te estrangula, puedes leer el pensamiento y hasta comunicarte telepáticamente—. Se tomó un momento para inspirar profundo —. La inmortalidad no es sencilla, tiene muchos secretos, para muchos no es fácil de sobrellevar y puede tener consecuencias nefastas. ¡Pobres diablos, no tenían ni idea de lo que ostentaban! Lo importante para mantenerse cuerdo y sobrio, es tener aficiones, de otro modo, el tiempo te resultará insoportablemente largo. Mis pasatiempos preferidos son leer y estudiar. Tengo una biblioteca impresionante, no me refiero a estos libros que ves aquí, estos no son más que una milésima parte de lo que poseo, tengo cientos de viviendas alrededor del mundo, algunas ocupadas solamente por volúmenes y volúmenes de todos los temas, procedencias y épocas. En ocasiones leer te enseña más que graduarte con cualquier título, aun así me he recibido de cientos de cosas, desde abogado hasta médico; he estudiado filosofía, teología, veterinaria, arqueología, matemáticas, química, ingeniería, arte,

historia, etnología, hablo cientos de idiomas, entre ellos infinidad de lenguas vulgarmente llamadas muertas y soy capaz de entablar debates sobre ecología, política mundial y genética, así como de fútbol. Puedo apreciar la buena gastronomía, y como bien sabes, tengo pasión por la enología. Tú puedes vivir esto mismo también, te convertirás en lo que todos los hombres sueñan, si te quedas a mi lado, si me eliges a mí.

—¿Elegirlo a usted? Definitivamente usted no tiene ni la menor idea de quién soy yo.

—Eres mi hija, y los frutos nunca caen demasiado lejos del árbol. Los demonios abundan más que los insectos, dijo un hombre culto de la antigüedad, pero los verdaderos hijos de Eleazar Trueba, no son muchos.

—Usted no parece tener la menor idea de por qué entregué yo mi alma—. Me quité la manta de encima y me puse de pie, toda la biblioteca dio vueltas alrededor mío a causa del súbito mareo que me entró—. No me interesa absolutamente nada de lo que usted tenga para ofrecerme.

—Hija, no te pongas así —caminó hasta mí y me tomó por las manos—. Lamento haber sido tan efusivo, es que estoy feliz, más feliz de lo que he sido en toda mi eterna existencia. Tú cambiaste, eres ahora parte de mi mundo. Las cosas no salieron tal cual yo esperaba, aun así, te he dado la bienvenida. Solamente quiero que sepas que me entusiasma tenerte aquí. Quisiera compartir tantas cosas contigo.

—Nada de lo que usted mencionó ha estado nunca en mis planes, no tengo necesidad alguna de poder o gloria.

—Es que todo es muy reciente- insistió él.

—No, no tiene nada que ver con eso. Yo deseaba esto simplemente para poder estar con él, si hubiese podido comprar el perdón de Dios para que él fuese al Paraíso el día que deje de existir, lo habría hecho, pero como lamentablemente el único modo de que nosotros estuviésemos juntos por siempre, era quedándome yo aquí en la tierra, convertida en esto que soy ahora, tomé una decisión... mi alma siempre ha estado a disposición de Vicente, haya sido su derecho o no. Me entregué a esto por las dos personas que más quiero en este mundo, no por poder.

Trueba me soltó, dio la media vuelta y se alejó a paso lento.

—Obtuviste exactamente todo lo que querías —entonó dándome la espalda—. Todo...

—¿A qué se refiere? —le pregunté y él interrumpió su andar.

—Entregaste tu alma al Infierno por alguien más —dio media vuelta y me miró

—, eso se llama sacrificio. Te lo dije, tú eres libre, él también.

—¿Libre cómo?

—Yo no puedo mandar sobre ustedes a menos que ustedes se entreguen a mí. No tengo derecho a tocarlos. Vicente y tú pueden ir a donde quieran y hacer lo que quieran. Esta noche se han condonado muchas deudas.

—Eso significa que...

—Que todos los involucrados en esto ya no me pertenecen, al menos, por el momento.

—Pero yo creía qué...

—¿Que qué, que lo hecho, hecho está? El universo cambia a cada segundo hija, por eso, es que si tú quieres, yo puedo darte todo, solamente tienes que aceptar acompañarme.

—¿Dónde está Vicente? —solté dejando de oírlo, él y yo ya no teníamos más nada que discutir.

—Está descansando tranquilamente en una de las habitaciones en el piso de arriba, se está recuperando. Max y Oscar se entretuvieron con él, los detuve a tiempo.

—¿Lucas, Lucia... todos los demás?

—En unos días será como si nada hubiese pasado.

—Quiero ir con Vicente—. La urgencia de verlo se tronaba cada vez más insoportable.

—Claro, pero antes debes tomar una decisión.

—Mi decisión está tomada desde hace mucho tiempo, él es todo lo que quiero y necesito.

—Puedes tenerlo al igual que todo lo demás.

—Todo lo demás no me importa. ¿Puedo irme? —por un momento temí que no me lo permitiese.

—Enfrentarme a ti, sería como intentar enfrentarme a mí mismo: no puedo ni quiero. Para esa contienda no existe un vencedor.

Que me dijese que soy tan fuerte como él me hizo estremecerme; eso era lo que Vicente veía en mí, a una nueva versión del Diablo mismo en potencia, pero con lo que no contaba él, ni mi padre, ni nadie más, es que para mí eso no significaba nada.

—Gracias, tengo todo lo que necesito.

—No tienes que darme una respuesta inmediata, puedo esperar, el tiempo es nuestro, no lo olvides, siempre estaré aquí para ti, tú siempre serás mi hija. Al contrario de lo que muchos piensan, soy capaz de amar.

A mi modo de ver, creo que Eleazar confunde los términos, pero yo no soy quién para explicarle lo que significa el amor, si después de milenios aún no lo ha comprendido.

—Vicente está desesperado por saber de ti, probablemente tiene miedo de no volver a verte en una sola pieza—. Dio un paso adelante—. Recuerda hija, sea para lo que sea, todavía soy tu padre y siempre lo seré, para bien o para mal, tú nunca me defraudarás.

Esas palabras encerraban demasiadas contradicciones esenciales, al menos para el mundo que yo creía conocer hasta esta tarde, que el Diablo, mi padre, me diga que me quiere y que no le importa si me aparto de su lado, es algo que no puedo concebir, una parte de mí cree que esto no es más que una mentira con la que planea atraparme para que yo un día regrese a su lado y así juntos podamos apoderarnos del mundo, por otro, brilla tenuemente la esperanza de que este ángel caído, aún conserve alguna de sus plumas blancas (por expresarlo de algún modo), quizá nosotros no seamos los únicos que fuimos perdonados, quizá eso más grande que existe en el universo, sea lo que sea que es, le brinda absolutamente a todos, sin distinción la posibilidad de redimirse. Trueba se me acercó y me dio un beso en la frente.

—Volveremos a vernos —susurró.

Eso es algo que no puedo prometer y que ni siquiera sé si quiero, estar junto a él es algo a lo que dudo, pueda acostumbrarme, por el momento creo que no soy capaz de lidiar con semejantes dilemas existenciales. En lo único que puedo y quiero pensar en este momento es en él... el corazón se me llena de un gozo increíblemente grande de solo pensar que está vivo, que se pondrá bien, y que absolutamente nada puede interponerse entre nosotros ya.

Esta noche, la Tierra se convirtió en Paraíso, y mi vida en un sueño hecho realidad.

—Primer piso, segunda puerta a la derecha. Pueden irse cuando gusten, el automóvil de Vicente está abajo en la cochera, las llaves están en el encendido, y los esperan, a ambos... tú ya sabes dónde.

Sin prestar la menor atención a las torpezas de este cuerpo recién estrenado, salí corriendo a reunirme con él.

42. Iluminados por el fuego.

Empujé la puerta con tanta fuerza que ésta rebotó contra la pared. El demonio

que se encontraba parado a un lado, custodiando la reunión que yo tenía con mi padre, me miró con ojos desorbitados pero no intentó detenerme ni dijo nada. Yo no le hice caso. No entiendo muy bien cómo o porqué, mi cuerpo me guió por un camino que yo no conocía, el cual llevaba a él, fue igual que si mi corazón fuese una gran brújula y él, mi norte.

El corredor desembocó en un espacioso hall que daba a una escalera, al pie de esta, otros dos demonios vestidos de negro, vigilaban el lugar. No me preguntaron nada ni intentado detenerme, simplemente se hicieron a un lado para dejarme pasa. Subí la escalera dando grandes saltos, colgándome de la baranda para darme más impulso. Todavía no podía terminar de creer que lo único que me separaba de la felicidad más completa que hubiese experimentado nunca, se encontraba tan solo a unos cuantos escalones de distancia.

Por un instante mientras subía pensé en gritar su nombre, pero me arrepentí, no quería que pensase que algo malo me sucedía y que yo lo llamaba en busca de ayuda.

En el pasillo del primer piso dos demonios custodiaban una puerta... la de Vicente. Me detuve.

Los dos demonios agacharon las cabezas en una suerte de reverencia a la que procuré no darle mayor importancia, y se apartaron uno a cada lado para liberar la entrada.

Mi estómago se contorsionó de ansiedad. La cabeza me daba vueltas.

Me aproximé a la puerta, las manos me temblaban. Tenía tantas cosas en la cabeza, en cierto modo me sentía igual que si estuviese en un recital de rock, medio de una multitud enloquecida que coreaba las letras de las canciones que ensordecían desde potentes paredes de sonido formadas por cientos de parlantes.

La perilla resbaló debajo de mi mano traspirada a causa de los nervios, aun así, logré abrir la puerta; puedo jurar que oí el cerrojo saltar.

Su perfume me llegó por la abertura de un milímetro y cuando empujé la puerta del todo directamente me sentí en la gloria.

Estaba sentado a los pies de la cama, con los codos en las rodillas y las manos cubriéndole la cara, llevaba puestos unos pantalones y una camisa que no eran suyos (él nunca usaba ropa tan opulenta, mi padre debía habérsela prestado).

Al escuchar la puerta, se quitó las manos de la cara y me miró alzando la cabeza lentamente. Apuesto mi mano derecha a que no podía creer que era realmente yo.

Entré y empujé la puerta para que se cerrara.

Toda mi piel se erizó y se puso hipersensible. Quería seguir caminando pero me quedé dura, clavada al piso, tenía la sensación de que iba a desmoronarme de un momento a otro. Le sonreí.

—¿Eliza?

Su voz causó dentro de mí el mismo efecto que un terremoto.

Se puso de pie y volvió a pronunciar mi nombre.

Eso mismo que por un momento me detuvo, volvió a darme el impulso para salir corriendo hacia él. Salté sobre él, le di tal empujón que se tambaleó (me figuro que esto se debió a mi nueva condición, en mi forma humana jamás hubiese logrado moverlo ni un ápice), pero sus manos no titubearon, me atajó y yo me colgué de su cuello y lo besé como nunca antes lo había besado. Ya no teníamos porqué tener miedo, porqué cuidarnos, ahora éramos dos iguales, tal cual siempre nos habíamos sentido. Ya no existían diferencias entre nosotros, el mundo se había acomodado para hacernos un lugar.

Lo necesitaba y él me necesitaba a mí.

Su boca me supo mejor que nunca, su cuerpo debajo de mis dedos me pareció más perfecto de lo que yo jamás hubiese tenido la capacidad de notar antes. Fue lo más increíble que experimentara jamás, sentí que estallaba, que me fundía con el universo, que me volvía parte de él y que él se volvía parte de mí. Casi pierdo la cabeza en una maraña de sensaciones y sentimientos que mi cerero acostumbrado a la condición humana, no daba a basto a procesar. Estaba tan abrumada por todo que comencé a pensar que cuando hiciésemos el amor, acabaría por volverme loca; esto me haría perder la cabeza, simplemente era demasiado... mucho más de lo que imaginé que sería... realmente no tenía ni la menor idea.

—Un momento, un momento —exclamó mientras yo bajaba besándole el cuello—. Eliza, tenemos que hablar. Un segundo —dijo tomando mi rostro entre sus manos para ubicarlo frente al suyo—. ¿Qué fue lo que hiciste? —inquirió con una sonrisa amarga en los labios. Estaba tan feliz como yo, pero al mismo tiempo algo enorme pesaba sobre su cabeza.

—Hice lo que tenía que hacer.

—No, no tenías que hacer esto—. Se puso serio y negó con la cabeza—. De verdad que no.

—No, no tenía, es cierto, lo que pasa es que simplemente quería. Te amo, qué esperabas que hiciera.

—Lo que te he estado rogando: que no te entregases al Infierno por mí.

—Nací para estar contigo, quien algo quiere algo le cuesta. Además, no fue únicamente por ti, sino también por Lucas, y por mí, no puedo alejarme tu lado.

Me soltó y dio un paso atrás.

—No me arrepiento ni nunca me arrepentiré. En mi vida había estado tan segura de nada como lo estoy de esto.

—Ese hombre...

—Trueba es mi padre y además es mucho más que eso... más que un simple demonio... ¿No sé si me explico? —El tema me puso incómoda, solamente Dios sabe si algún día voy a terminar de asimilar lo que eso significa, aunque la verdad, es quién sea mi padre, no me condiciona en lo absoluto, él y yo podemos tener muchas cosas en común, sin embargo, lo que realmente pesa aquí, son nuestras diferencias.

Vicente parpadeó varias veces y luego abrió la boca, de sus labios no salió nada más que su perfume, el cual me hacía querer besarlo otra vez. Me contuve, le debía una explicación.

—Resulta que te enamoraste de la hija de tu jefe —le dije en broma.

Vicente torció la boca y me miró ceñudo.

—¿Lo sabías?

—Intuía que detrás de eso tan grande que sentía dentro de ti, debía existir algo verdaderamente —se interrumpió y sacudió la cabeza— ...nunca hubiese sospechado que era eso, y menos que él vive en la tierra o que... —su frente se frunció en una mueca de confusión total —no sé qué pensar.

—Según mi padre mis poderes son tan fuertes como los suyos, para ser más precisos, insinuó que si riñésemos sería un empate. Sigo siendo yo, todo lo que me ha ofrecido no me ha tentado en lo más mínimo. Es mi padre, me costará terminar de asimilarlo, pero que no espere más de mí, yo no tengo intenciones de unirme a su causa ni ahora ni nunca, la política me importa un cuerno, menos que menos la celestial y la del Infierno.

—Nunca te permitirá apartarte de su lado, además, si le entregaste tu alma a Salvador.

—Salvador ya no existe, Vicente, Trueba lo devolvió al Infierno y por cierto, él era mi hermano.

Vicente se quedó de piedra; mis esfuerzos de soltarle las novedades en un tono ligero y a modo de broma no evitaban que él se atragantase con mi nueva realidad.

—Eso no importa, mi alma es libre y la tuya también.

—¿Qué estás diciendo?

—Que Dios o quien sea, es capaz de dar segundas oportunidades.

La frente de Vicente se arrugó.

—Me alegra haber podido hacer por ti algo semejante, no podía pagarte de un modo mejor, lo que has hecho por mí.

—Lo que yo hice por ti...

—Tu amor simplemente me dio nueva vida, una segunda vida, una nueva oportunidad. Te amo, lo hice una vez y lo haría cientos de veces más por salvarte de todo y de todos... Esto simplemente tenía que ser así Vicente, te amo como jamás amé a nadie más y como seguro no conseguiré amar otra vez.

—Estás loca... estás loca —replicó él entre risas con los ojos llenos de lágrimas.

Me dieron ganas de comérmelo de amor.

—Quizá un poco, pero sabía que la única forma de ponerle fin era entregando mi alma, mis motivos no fueron precisamente los que el Diablo tenía en mente, ni modo, si iba a entregarme que fuese por algo que valiese la pena—. Tomé su rostro entre mis manos—. Que otra cosa puede tener más valor para mí que tú, que tu paz, que tu libertad, que tu salvación. Te amo Vicente y siempre te amaré.

—No más de lo que yo te amo a ti —me dio un rápido beso-, espero que algún día puedas perdonarme todas las estupideces que hice, todo el daño que te he causado.

—Permitamos que el fuego consuma el pasado, nací de nuevo esta noche, el mundo acaba de empezar para mí... —le acaricié la línea de los labios con las yemas de los dedos—...todo es tan... tan...—me quedé sin palabras. Se me cayeron unas cuantas lágrimas de felicidad—. No permitas que nadie me despierte de este hermoso sueño.

—No es un sueño, es real, el Cielo y el Infierno se fusionaron esta noche y ahora los tengo delante de mí, viviendo en un cuerpo que puedo tener entre mis brazos. Cada miserable día de mí vida hoy cobró una razón de ser—. Meneó la cabeza—. No tienes ni la menor idea de lo que has hecho por mí.

Nos besamos otra vez y fue todavía mejor.

Fuimos iluminados por el fuego y ahora vivíamos dentro de éste... el fuego nos daba vida y nos consumía al mismo tiempo en un ciclo que bien podía ser eterno sobre la tierra o no, pero que sin duda, duraría por siempre a dónde sea que vaya la energía cuando deja de estar atada a un cuerpo.

Pegada al pecho de Vicente, caminé hasta el ascensor por un departamento que parecía haber sido abandonado en un parpadeo. En cuanto salimos de la habitación supe que todos se habían ido, ya no los sentía ni podía olerlos, no más que los tenues rastros que habían dejando al pasar, pero ya no estaba allí, mi padre no estaba allí.

En silencio, intercambiado caricias y mirada que eran mucho más elocuentes y profundas que cualquier palabra jamás inventada, llegamos al estacionamiento. En la inmensa playa solamente había dos automóviles, el Audi chocado de Salvador y el Mercedes-Benz de Vicente.

Las llaves estaban en el encendido.

Se sentía tan surreal estar sentada otra vez dentro de su auto, me dieron ganas de echarme a llorar otra vez de pura felicidad, por delante de mis ojos pasaron las imágenes de aquella vez que me llevó a esa estancia para ver una obra de Shakespeare, todos esos recuerdos ahora volvían a ser felices y ya no los sentía angustiantes. Recuerdo perfectamente los celos que sentí al pensar que en esa casita junto al lago lo esperaba una mujer... se me pone la piel de gallina al verme a mi misma caminando hacia él para luego sentarme a su lado en la escalera que ascendía hacia el porche. Hoy lo amo todavía más que entonces, es más, me cuesta pensar en que hubo un tiempo en mi vida en que no amé de este modo... ese tiempo me parecía perdido, inútilmente desperdiciado.

Vicente le dio contacto al encendido y el motor rugió.

Me incliné hacia él y lo besé, él me sonrió.

—¿Y eso por qué?

—Por haber intentado salvarme pese a que no era tu responsabilidad, por ponerte en riesgo por mí, por anteponer mí dicha a la tuya.

—Hiciste lo mismo por mí y yo todavía te debo mucho más.

—Digamos que estamos a mano.

—Nunca.

—No discutas conmigo, puedo obligarte a darme la razón —bromeé.

—Inténtalo, todavía eres una neófita, con grandes poderes o no, todavía tienes mucho que aprender.

—El alumno siempre tiene la posibilidad de sobrepasar al maestro.

—No me queda la menor duda de eso, pero hasta entonces, estamos a mano.

Puso primera. El Mercedes salió quemando llantas del estacionamiento.

Los dos teníamos muchas ganas y mucha necesidad de salir de allí cuanto antes.

A medida que nos acercábamos a la casa de Gaspar y su familia, fui poniéndome cada vez más nerviosa, Vicente se había negado a contarme nada de lo sucedido cuando la familia salió al rescate de Lucía y de pruebas que presentar ante Ciro, solamente se limitó a decir que los atacaron, que hubo heridos pero que todos deberían estar bien ahora, eso mismo dijo Eleazar, pero esta noche, así como todas las veces que alguien de la familia y del grupo de amigos de Vicente, se había arriesgado por mí, me pesaba en una larga cuenta que no tenía ni idea de cómo saldar. Vicente intentó tranquilizarme contándome que uno de los hombres de mi padre le había dicho que Trueba había dado ordenes de escoltar a toda la familia a la casa y que también se había encargado de borrar de la faz de la tierra a todos los indeseables (Vicente lo expresó con estas mismas palabras, sin embargo yo de sobra sabía que no eran tuyas sino de alguien que se sentía en cierto modo, dueño del derecho de hacer sobre la tierra lo que le viniese en gana, siempre supeditado a otra voluntad que él no podía controlar, pero en fin...).

—¿Lucas también estará aquí? —le consulté retorciéndome los dedos a causa de la ansiedad. El cuello se me había puesto duro y la garganta se me había encogido, me costaba mucho tragar.

—Sí, todos están aquí, Lucía también.

—Me alegro tanto que tu sobrina esté bien—. Era un verdadero alivio, además, me entusiasmaba mucho la perspectiva de poder conversar con ella sobre el pasado de su familia y de tenerla como familia.

Vicente me tomó de la mano.

—Tranquila, respira profundo, intenta relajarte.

—No puedo tranquilizarme, siento igual que si hubiese tomado un centenar de latitas de bebida energizante, junto con algún sedante muy fuerte: mi cerebro está atascado pero a mi cuerpo le sobra fuerza, y en el medio, me siento terriblemente torpe.

—Sí —se sonrió—, sé cómo te sientes. Así son las cosas al principio... tendrás que tener paciencia, alcanzar la madurez lleva su proceso.

—¿Madurez? —se me escapó una risita tonta—. Está bien, igual no tengo prisa, es que... —le señalé el reloj en el tablero—. Son las cuatro de la mañana y ni siquiera estoy cansada y la noche... la noche se ve más linda que nunca. Todo se ve mejor que antes —dije pasando un dedo por el tablero frontal, todo me parecía mucho más bonito ahora... perfecto. Lo miré, él se había convertido en una visión magnífica, imposiblemente perfecta, un ángel.

Alcé una mano y le toqué la cara, su piel era extremadamente suave y lisa—. Parece que estuvieses hecho de... —tragué saliva, otra vez había perdido el control de mí misma, esa sensación de estar a punto de explotar era increíble, al mismo tiempo, desconcertante— ...de luz —completé cuando recuperé el aliento.

—Tenemos que buscarte un espejo pronto.

—¿Un espejo, para qué?

—Para que te veas —me contestó riendo.

—No gracias, paso, no creo que tenga muy buena pinta, no después de semejante noche.

—Los demonios están hechos para atraer— Ante mi cara de “qué estás diciendo”, completó la idea—. Todos tus mejores rasgos externos se exacerban al cambiar, se perfeccionan para resultar tentadores.

—No todos los demonios tienen buena apariencia —repliqué.

—Eso es cierto, no sé cómo funciona, ni por qué en unos se nota más que en otros... —se sonrió y para mi sorpresa, enrojeció—, insisto en que deberías mirarte al espejo.

—¿Tan fea era antes?

—Siempre fuiste la mujer más hermosa que yo haya visto jamás.

—Se agradece la mentira—. Aceptar elogios no era lo mío. Sentí que el rubor me subía por el cuello hasta el rostro y las orejas.

—Es cierto, es hora de que empieces a verte a ti misma como realmente eres.

—¿Cómo soy ahora o cómo era antes? —pregunté, todo esto me ponía incomoda, todavía me sentía muy extraña dentro de mi propio cuerpo, en algún punto me sentía fuerte, bella y poderosa (sé que suena algo egocéntrico, pero es así, sentía que dentro de mí fluía algo increíblemente potente capaz de hacerme levitar, de poder ver por encima de todas las cabezas), y por otro lado, tenía ganas de esconder la cabeza debajo de la tierra.

—Sigues siendo la misma, solo que hay algo... —enmudeció y se quedó observándome fijamente—. No podría asegurar qué es, pero se nota, está allí.

Mientras él manejaba, yo, disimuladamente, bajé el parasol y me miré en el pequeño espejo, entre las manchas de sangre visualicé un brillo muy particular que nunca había visto antes en mí. Mi piel en extremo lozana parecía la de un bebé, completamente libre de marcas de expresión, cicatrices o cualquier otra imperfección, mis ojos refulgían llenos de un no sé qué inexplicable que tornaba mi mirada profunda y le daba un aire misterioso, hipnótico, me dio la sensación de que si llegaba a pasarme mucho tiempo mirándome los ojos al

espejo acabaría perdiéndome dentro de mi propia mirada... era tan extraño; mi cabello me sorprendió todavía más, por lo general indomable y algo opaco, lo que siempre lo hacía parecer desalineado, tenía el aspecto sedoso del terciopelo (no tenía ni una sola hebra fuera de lugar), se había convertido en una cortina pareja, reluciente, digna de una publicidad de shampoo. Me costó asimilar que ese rostro fuese el mío. Era yo, pero no parecía yo, era una versión mejorada y casi perfecta de mí. Me puse roja de vergüenza, si bien era algo sutil, me veía mejor que antes, sin duda era como si algo irradiase desde muy dentro de mí... ha de ser porque ahora soy la persona más feliz del universo, porque tengo a la persona a la que amo a mi lado...

Subí el parasol, mi mirada se cruzó con la de Vicente, él me sonrió, estiró una mano y me tomó la mía, nuestras manos entrelazadas parecían una escultura de piedra pulida hasta la perfección. Mi aspecto ahora era similar al suyo, una barrera menos entre nosotros, y creo que ya no quedaba ninguna.

La verja de la casa de los Salleses se materializó ante nosotros, me asombró verla en pie, creí que para entrar, los demonios que habían traído a Sergio la habían derribado; evidentemente no fue así, deben haberla forzado de otro modo.

Se me cortó la respiración, sin querer le clavé las uñas al tapizado de cuero de la butaca; me daba vergüenza enfrentarlos, no tenía ni idea cómo agradecerles todo lo que hicieron por mí, intenté pensar en un discurso, o al menos en una frase, pero todas las palabras me resultaban vanas, muy poco elocuentes para lo que yo deseaba expresar.

Vicente volvió a pedirme que me calmara, luego detuvo el auto sobre el camino de entrada, bajó la ventanilla de su lado, presionó el botón del intercomunicador y alzó la cabeza hacia la cámara de seguridad, por el parlante nos llegó toda una serie de gritos de algarabía para nada contenida, que casi taparon la voz de Gaspar que nos pedía que entrásemos.

La verja rezongó al abrirse, el metal chirriaba por todas partes, obviamente algo le habían forzado al abrirla y por eso ahora no corría con la suavidad de antes.

El Mercedes trepó por la colina lentamente. El corazón se me subió a la boca cuando el camino viró a la derecha dejando atrás los árboles que ocultaban la casa.

Sentí cargas eléctricas moviéndose dentro de mí cada vez más rápido.

Todos salieron a recibirnos... absolutamente todos.

No puedo explicar lo que sentí al ver a Lucas sano y salvo, y todo lo que pasó

dentro de mi cabeza al comprender lo que nos había unido y lo que nos uniría por siempre. Este chico se merecía mucho más que mi alma.

Lucas bajó la cabeza y se escondió detrás del grupo al verme.

Vicente detuvo el auto frente a la casa.

Gaspar se apresuró para llegar a mi lado, me abrió la puerta del auto, y en cuanto salí, me dio un abrazo que me hizo llorar. Yo no entendía del todo lo que ocurría aquí, sobre todo porque me dio la sensación de que él estaba todavía más feliz y agradecido que yo. El que no pronunciase ni una sola palabra fue incluso más extraño. Todos los demás enmudecieron.

Gaspar finalmente me aparto de su lado y sin soltarme, me observó con sus brillantes ojos miel, que en este momento parecían dos grandes trozos de ámbar bellamente pulido.

—Gracias —me dijo con voz entrecortada.

—¿Gracias? Gaspar, por mi culpa toda tu familia corrió riesgo de vida, soy yo la que les va a estar eternamente agradecida y en deuda; siento que ni siquiera tengo derecho de estar aquí.

- Date la vuelta y míralos a la cara —continuó diciendo él.

Con miedo, giré noventa grados y los enfrente, me encontré más que nada con sonrisas, con ojos solemnes y con algún que otro corte y moretones, pero en este momento ninguno de ellos parecía odiarme, siquiera Eva, tampoco Lucía, ni siquiera el pobre de Leandro que tantas había pasado por mi culpa.

—Esos son los rostros de las almas que has salvado esta noche.

Se me atraganto algo, no sé qué. Sentí que me ponía lívida.

—Yo no...ustedes...ustedes fueron.

Gaspar me puso una mano sobre el hombro.

—No tienes ni idea de aquello a lo que te enfrentaste esta noche —me susurró al oído—, fuiste muy valiente.

—No, no lo soy Gaspar. No soy ni fuerte, ni valiente, simplemente hice lo que creí necesario hacer, lo que yo necesitaba dar para estar en paz, para ser feliz, eso es todo, fue simplemente eso.

—Es lo mismo.

—No, ustedes se salvaron a sí mismos, escogiendo lo que creían justo, al igual que yo. Obtuvieron la recompensa que se merecía por lo arriesgado y valiente de su elección, no fui yo la que les consiguió el perdón o lo que sea lo que sea que todos obtuvimos de esto, ustedes mismos se lo consiguieron, es por eso que todavía les debo todo lo que tengo.

—Di lo que quieras, yo siempre sabré que fuiste tú la que salvó a mis hijos, si

hubieses tenido miedo, si hubiese permitido que el egoísmo te dominase, si no hubieses escogido el poder al amor, el resultado no hubiese sido el mismo y tú lo sabes —me dijo al oído y luego me apretó contra su pecho—. Están vivos gracias a ti.

Vicente llegó hasta nosotros y me tomó de la mano. Gaspar me soltó y fue a abrazar a Vicente, le dio unas fuertes palmadas en la espalda y le dijo cuan feliz estaba de verlo otra vez.

—Espero que ambos accedan a formar parte de esta familia—. Nos miró a ambos por turnos, sus ojos nos decían que no aceptarían un no por respuesta y sinceramente, ni Vicente ni yo pensábamos declinar su ofrecimiento.

Jan se inclinó hacia atrás y le susurró algo a Diogo al oído sin dejar de sonreír, puedo jurar que le dijo algo así como: ahora a Vicente no le quedará más opción que aceptar. Era un comentario en broma, pero tenía un trasfondo muy significativo para Vicente.

—Va a ser un honor —me apresuré a contestar.

Vicente me rodeó los hombros con un brazo y contestó que sí con la cabeza.

—Gracias a todos —entonó en voz alta—, Eliza es lo mejor que he tendió en este mundo y les debo a ustedes que ella esté ahora aquí conmigo.

—Tendrá que pagárnoslo de alguna manera —bromeó Julián alzando la voz—. Tres de mis motos quedaron para chatarra.

Sofía le propinó un codazo en las costillas al tiempo que Petra le daba un pellizco en el brazo.

—¿¿Qué?! Era broma, todos saben que era broma. ¡Que poco sentido del humor que tienen!

Sus hermanos le gritaron que se callara y todos rieron. Parecía increíble volver a verlos como aquella primera vez que visité su casa, tan distendidos y felices, incluso todavía más que aquella vez.

—¡Bienvenidos a la familia! —exclamó Diogo y luego vino a abrazarnos.

La siguiente en acercarse a nosotros, fue Lucía, me angustió ver en detalle lo delgada y demacrada que estaba, sus ojos habían perdido el brillo y la potencia que tanto me recordaba a los de Vicente, pero se repondría. Quise evitar el mal trago, sin embargo no logré evitar especular con las cosas que debía haber sufrido de manos de Ariel; me sentí horrorosamente culpable, espero un día pueda hacer algo para compensar todo lo que sufrió por mí.

Vicente y Lucía compartieron un abrazo que me enterneció y las palabras fueron más lacrimógenas aún. A ellos dos no los unía solamente la sangre sino también una relación que yo recién ahora comenzaba a comprender, puede que

todas las almas tengan un solo dueño, pero aquí en la Tierra, hay algunas que cuentan con una ayuda extra, con un ángel guardián que incluso fracasando a su cometido final, puede demostrarte el verdadero significado de tu existencia. Busqué a Lucas y me di cuenta de que había desaparecido.

—Bueno, ya nos habían presentado sin embargo esta es la primera vez que nos vemos cara a cara sabiendo realmente quienes somos —me dijo Lucía tomándome de la man—. Lamento haberte ocultado la verdad, creímos que lo que habíamos sería lo mejor para todos. Mi tío me ha hablado mucho de ti, con esas palabras que él me dijo, me ayudó a comprender cuanto te quería, por eso accedí a ayudarlo. Valió la pena, de eso no me cabe la menor duda—. Me sonrió—. Es agradable que la familia se agrande... añoraba eso, usualmente el concepto de familia es algo que se pierde cuando te conviertes en demonio. Quizá podamos comenzar un clan como el de los Salleses —bromeó.

—Lucía —salmodió Vicente.

Lucía me abrazó con más fuerza de la que yo esperaba.

—Bienvenida a la familia—. Me tomó de las manos—. Tenemos tanto de que hablar. Estoy tan entusiasmada. Para lo que quieras, si necesitas algo, lo que sea, en lo que te pueda ayudar, tan solo dímelo. Acostúmbrate a esto puede ser difícil...

—Ya, ya... —la interrumpió Vicente.

—Por ahora creo que lo llevo bastante bien —le contesté feliz de saber que había ganado muchas cosas extras, además de un amor eterno el cual ya era suficiente bendición.

—Mucho mejor que otros —acotó Massimo lanzándole una mirada a Kumiko —, te acuerdas la vez que conocimos a ese chico... creo que fue en Transilvana, el que creía que lo había mordido un vampiro y fue por toda la ciudad intentando chuparle la sangre a sus vecinos.

Julián soltó una carcajada.

—Eso no fue gracioso —entonó Kumiko—, el pobre estaba completamente desorientado, el demonio que tomó su alma no le explicó nada y...

—Oigan —exclamó Gaspar—, no es momento para eso, muchachos. Por qué no mejor vamos a dentro, Eliza y Vicente necesitan descansar, ha sido una noche muy larga. Vamos, todos ustedes saben lo que se siente tener apenas unas horas...

Yo me sentía dentro de todo, bastante bien, o al menos eso creo, solamente quedaba algo que me tenía inquieta: Lucas; necesitaba cruzar algunas palabras con él, no me gustó nada que se fuera sin saludarme.

—¿Tienes sed, o tal vez hambre? Puedo preñarte algo de comer, es más, casi amanece, qué tal un desayuno completo—. Me ofreció Diogo.

—¡Se me hace agua la boca! —exclamó Julián entrando a la casa de la mano con Petra. Ella a modo de juego, le apretó la boca con una mano y le dio un beso para hacerlo callar.

—Necesitaré ayuda en la cocina —anunció Diogo sin esperar a que le respondiera.

Eva, Rafael, Sofia, Anita y Marie, se ofrecieron a ayudar, pero en cuanto pusimos un pie dentro de la casa, fueron muchos más los que fueron directo a la cocina siguiendo a Diogo. Creo que nos dejaron solos a propósito.

Lucas se encontraba sentado en un sillón de espaldas a la puerta, Jan fue a sentarse con él, le dijo algo que no alcancé a oír y él negó con la cabeza.

Vicente me tomó de la mano y me llevó hasta uno de los sillones, quedamos de frente a Lucas, pero él en ningún momento alzó la cabeza.

Gaspar se sentó en una de las poltronas, quedando a la cabeza de lo que me parecía, sería una reunión privada y seria (cosa que a mi modo de ver era innecesaria; estaba harta de las discusiones serias, de los ambientes sombríos, era el momento de ser felices, no de recriminaciones ni amarguras).

Las conversaciones alegres que nos llegaban desde la cocina, de pronto se opacaron; me imaginé a Diogo cerrando la puerta par darnos algo de privacidad.

—De qué se trata esto —curioseé envarándome, Vicente se había recostado sobre el sillón pero yo estaba tensa como la cuerda de un arco.

—Te prometo que esta será la última cosa desagradable que tengas que hacer —entonó Gaspar.

—¿Desagradable? —repetí; se me había hecho un nudo en el estómago-. ¿Van a explicarme de qué se trata? —inquirí volviéndome hacia Vicente.

Jan se adelantó en el almohadón del sillón, se inclinó hacia delante y tomó la palabra.

—Todavía somos demonios.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirí. Esta situación me daba muy mala espina, sobre todo porque Lucas no se atrevía a mirarme a la cara.

—Libres o no, todavía quedan reglas a las que debemos apegarnos —articuló Jan y luego le cedió la palabra a Gaspar.

—Tienes todo el derecho del mundo a decidir.

—A decidir qué; por qué están dando tantas vueltas. ¡Lucas! lo llamé alzando la voz, él me miró pero al instante volvió a bajar la vista.

—Ninguno de nosotros tenía ni la menor idea de que él era el verdadero responsable de tu alma.

—¿Y cuál es el problema? Ya no importa.

—Te entregué—. La voz de Lucas sonó rasposa, ¿el corte que le infligió Salvador en la garganta había sido así de profundo, por eso su voz sonaba rara ahora? tenía muy mal aspecto, pero todos se veían igual que si acabasen de volver de la guerra.

—Eso ya no tiene la menor importancia —le expliqué.

—Eliza, comprendo que todo esto es incómodo, pero hay alguien que espera que tomes una decisión.

—¿Qué tipo de decisión, Gaspar?

—De todas formas necesitas un maestro —acotó Jan.

—¿Quién dice? —protesté.

Escuché los pasos y luego lo vi aparecer por el corredor que llevaba a la biblioteca. Ciro camino hasta llegar al sillón en el que se encontraban Jan y Lucas.

—Las leyes lo dicen, yo lo digo, mi padre lo dice —entonó cruzándose de brazos. Hizo una pausa muy teatral y después continuó—. Los demás no lo saben.

Vicente se enderezó y me puso una mano sobre el hombro, nos miramos por una fracción de segundo.

—Los demás no tienen idea de la verdad y te pido que contribuyas con tu esfuerzo para que así siga siendo, Eleazar lleva siglos en la tierra sin que nadie lo sepa y su intención es que así continué siendo —dijo Ciro apoyando las puntas de los dedos sobre la parte posterior del sillón.

A todas luces nos acababa de soltar una advertencia, nadie podía saber nunca jamás que el Diablo moraba en la Tierra.

—Mi padre me ha llamado poco más de una hora atrás para informarme; Eleazar se puso en contacto conmigo en cuanto tú lo dejaste en la biblioteca para ir a buscarlo a él —apuntó con la cabeza en dirección a Vicente.

Resulta que ahora me sobran hermanos. Esto ya parecía broma, pero trágicamente, no lo era.

Ciro se llevó una mano al pecho.

—Admito que no tenía ni la menor idea de quién eras cuando te conocí, supongo que todos aquellos que tuviesen los dones suficientes han sido capaces de darse cuenta de tu potencial; nadie se imaginaba esto.

La mano de Vicente me apretó el hombro.

—Todos han sido perdonados, no por ello han dejado de ser demonios y es mi responsabilidad ver que ustedes cumplan las leyes.

—¿Tengo que tener un maestro si o sí? ¿Es eso?

—Así es —contestó Ciro moviendo la cabeza afirmativamente—. Por el modo en que sucedieron las cosas, tienes derecho a elegir. Me ofrezco a ti encantado, nada me complacería más que poder ayudarte a desarrollar todo tu poder.

Y a Eleazar le encantaría eso —pensé yo.

—También se han ofrecido Jan, Gaspar y me figuro que a Vicente le agradaría mucho que aceptases ponerte bajo su tutela, pero —alzó un dedo —la opción primigenia es este muchacho de aquí —bajó el dedo y con él apuntó a Lucas—. En teoría, él es el responsable.

Lucas me lanzó una mirada fugaz tan corta que creí que había alucinado con ver sus ojos negros.

—¿Me están pidiendo que elija entre todos ustedes?

—Vas a necesitar de alguien, amor —me susurró Vicente pegándose más a mí—. Todavía estás en estado de shock, los próximos meses demandarán mucho esfuerzo de tu parte y de parte de quién esté a tu lado.

—Yo no tengo ningún derecho a estar aquí—. Entonó Lucas en voz muy baja—. La defraudé una vez y es muy probable que lo vuelva a hacer, no tengo lo que ella necesita.

—Su alma era tuya —sentenció Ciro zanjando cualquier duda.

Esto era una verdadera mierda, por qué no me dejaban ser feliz de una buena vez.

—¿Pueden darme un momento? —consulté poniéndome de pie.

—Sí, claro —contestó Ciro.

—Lucas, necesitamos hablar... a solas.

Vicente hizo el ademán de ponerse de pie, pero lo frené con una mano. Dadas las condiciones no podía ni quería tomar una decisión; ante nada, quería hacerle entender a Lucas que no le tenía ningún resentimiento, eso era una locura, no lo culpaba ni lo culparía nunca.

—Ven afuera conmigo un momento, Lucas.

Alzó los ojos hacia mí.

—Por favor—. No le di tiempo a contestar porque no quería que me dijese que no; fui hasta la puerta, la abrí y lo esperé del lado de afuera. Vicente me miró desde el sillón, me dio la sensación de que tenía miedo.

Finalmente Lucas se levantó y caminó hacia mí, retomé la marcha. Mis pies

eligieron el camino. Sería todo un cambio volver a lo más alto de la loma para ver el sol salir dentro del río. Lucas me siguió en el más completo mutismo, nuestras respiraciones y pasos se mezclaron con el canto de los pájaros.

Inspiré hondo llenado mis pulmones con el aire de la mañana... eran tan rico, tan fresco.

—Podrías dejar comportarte como un tonto necio—. El mensaje llegó directo a su cerebro sin necesidad de palabras o gestos. Me miró sorprendido—. ¡Idiota!

—Lo siento tanto —me dijo en voz alta.

—Lucas...

—No, no digas nada, tendría que haberte defendido hasta el final, eres mi amiga.

—Ya está, sigo siéndolo mientras tú quieras que lo sea.

—Deberías odiarme, probablemente de no ser porque ese hombre es tu padre, todo habría terminado para el traste, Salvador no quería dejarte vivir.

—Y yo nunca hubiese aceptado verte morir. Olvidado ¿sí? —le di un abrazo, al principio intentó escabullirse, terminó cediendo.

—Esto es muy extraño —dijo con su voz que amenazaba con agotarse de un momento a otro.

—¿Qué es lo extraño?

—No sentirte fría, ahora tienes nuestra temperatura.

—No tenía ni idea que me sintieses fría.

—Un cubito —precisó con una sonrisa triste.

Nos quedamos un momento en silencio mirándonos. En su cuello brillaba un largo tajo blanco, estiré una mano y lo toqué con las yemas de los dedos.

Puso su mano sobre la mía.

—Gaspar dice que con el tiempo mi voz regresará a ser la de siempre, el problema es que dudo que yo vuelva a ser el de antes.

—Vamos...

—Escoge a Vicente —me dijo.

—¿No quieres ayudarme tú?

—No puedo. La verdad es que en cuanto esto termine, tengo planeado irme una temporada.

—¿Irte? ¿A dónde?

—Tanto da, solamente necesito un poco de soledad... para pensar.

—No quiero que te vayas a ninguna parte.

—Si no quieres que sea Vicente, puedes pedirle a Gaspar... bueno, no, igual

él de todos modos te ayudará, Jan también, ambos están muy entusiasmados contigo, toda la familia lo está, todos quieren ver que tan lejos puedes llegar, están ansiosos por ayudarte a llegar a tu potencial máximo lo antes posible... para que luego puedas vivir tu vida tranquila —terminó diciendo en un suspiro.

—¿No estás entusiasmado?

—Yo estoy avergonzado de lo que hice, recuerdas que una vez te dije que no quería que tu alma fuese a parar al Infierno.

—Pero por un tiempo estuviste dispuesto a ayudarme a conseguir lo que yo quería.

—Hice mal en ese momento y lo hice pésimo esta noche, a toda costa debía haber evitado que terminases así. No tengo perdón de Dios.

—No digas eso. Soy la persona más feliz que haya pisado este mundo.

—Corrección: el demonio.

—Soy el demonio más feliz del universo —me corregí sonriendo, continuaba sin parecerme una ofensa.

—No es algo de lo que se deba estar orgullosa.

—Estoy orgullosa de estar rodeada de gente que me quiere. Cada uno de ustedes eligió, yo también tenía derecho a hacerlo. Lucas, si no quieres ocuparte de mí lo entiendo, pero no te vayas, no al menos así a las apuradas, huyendo... no hay necesidad. Te lo juro, no hay necesidad. ¿Por favor?

Lucas ladeo la cabeza.

—Por lo que dicen voy a necesitar toda la ayuda posible.

Sonrí. Su sonrisa me hizo sentir algo de esperanza.

Nos tomamos nuestro tiempo para regresar a la casa, primero vimos salir el sol y luego caminamos tranquilos mientras nos contábamos los acontecimientos de la noche que oficialmente acababa de terminar.

Hice el ademán de abrir la puerta de la casa, pero Lucas me detuvo.

—Tengo que decirte una cosa más, antes de que tomes una decisión tienes que saber algo.

—Tienes todo el derecho a ser mi maestro —le dije; quería que me acompañase en esto.

—Vicente se muere por ser él... lo vi, desde que Ciro anunció que debías escoger a uno de nosotros, no ha hecho más que pensar en lo que podrían compartir juntos. Quién podría recriminarle querer estar a tu lado todo el tiempo posible; creo que se lo merece, es mi maestro, mi amigo, mi hermano...dale a él la oportunidad, eso te haría feliz a ti también, lo sé. Y si

no resulta puedes venir a pedirme ayuda —bromeó.

—¿Estás seguro de esto? Es horrible tener que elegir entre ustedes dos.

—Nada de eso, simplemente entra ahí y dile a Ciro que quieres que Vicente sea tu guía. Lo que te dije fue en serio, prometo que estaré ahí para ti cuando me necesites, igual que estarán Gaspar, Jan y todos los demás, pero nadie podrá protegerte mejor que Vicente.

—Sabes que lo que nos une a nosotros... —no me permitió terminar.

—Lo sé perfectamente —puso una mano sobre la manija de la puerta—, nada romperá ese lazo jamás. Llevo un tiempo queriendo contarte algo pero no se si... tal vez no sea el momento adecuado pero... no me gusta ocultarte nada... todavía eres mi mejor amiga.

Eso casi me hace llorar.

—¿Qué es?

—Primero prométeme que no dirás nada —se puso serio.

—Lo juro —entone alzando una mano.

—No te rías ¿sí?

—Por qué iría a reírme.

—Te conozco María Eliza Pérsico —me dijo entornando los ojos, claro que me conocía.

—Vamos —le lancé un golpe que él atajó sin problemas, el choque de mi mano contra la suya no me dolió, lo cual significaba todo un avance.

—Lucía —comenzó a decir y yo lo interrumpí.

—¿Qué, qué pasa con ella?

De repente se puso colorado como un tomate. Estaba lleno de vergüenza, tanto es así que alevosamente esquivó mis ojos.

—Creo que siento algo por ella —dijo mirándose los pies.

Se me escapó un grito de alegría y él se enojó, soltó la puerta y me apartó de la casa a empujones pidiéndome que dejase de hacer escándalo, que nos oirían.

—Vicente no tiene idea y me parece que no es momento aún para decírselo.

—Pero Lucía y tú... —la alegría se completaba a cada segundo.

Asintió con la cabeza.

—Algo así. Desde poco antes de que te fueses del país, nos fuimos volviendo cada vez más unidos.

—Es genial.

—No va a serlo más cuando Vicente se entere, debe odiarme y si no me odia aún —puso una cara muy cómica—, me odiará cuando le diga que estoy

saliendo con su sobrina.

—Voy a prohibirle que se oponga, yo les doy mi bendición.

—Su odio se duplicará, no va a gustarle que yo te ponga en su contra.

Me puse seria.

—Lucas, si Vicente se opone, es que no ha entendido nada de lo que nos ha sucedido. Significaría que no tienen ni la menor idea de lo que es el amor y por tanto, que lo que siente por mí no es real.

—Él te ama.

—Entonces lo entenderá.

—Se lo diré cuando las cosas se hayan calmado.

Lo abracé una vez más, y luego, regresamos a la casa.

—Quiero que Vicente sea mi maestro —anuncié luego de sentarme a su lado para tomarlo de la mano. Su respuesta fue un ligero apretón involuntario. Lo miré, sus ojos se habían puesto a brillar, estaba exultante de felicidad.

—Muy bien —entonó Ciro—. Así será. Es lamentable, pero debo dejarlos; mi padre quiere verme.

Gaspar, Jan, Vicente y yo nos pusimos de pie, Lucas se quedó dónde estaba ya que no se había sentado. Ciro saludo a todos con un apretón de manos, a mí me dio un abrazo.

—Espero volver a verte muy pronto —me dijo—. París te recibirá de brazos abiertos cuando quieras ir. Mi casa está abierta para ti y será un honor para mí poder ayudarte con lo que necesites.

—Gracias—. Le contesté, aunque sabía muy bien lo que eso implicaba, por eso mismo, no tenía pensado pedir su ayuda.

Le dio un apretón a Vicente.

—Lo mismo te digo a ti, sabes que siempre eres bienvenido.

Vicente hizo una silenciosa reverencia con la cabeza.

—Huelo a café —dijo Ciro sonriendo—. Los esperan con el desayuno.

—Ciro, te acompaño afuera —le dijo Gaspar moviéndose en paralelo a la mesita del café para salir del ambiente del living. Unos segundos más tarde ya habían salido por la puerta; Jan y Lucas se fueron a la cocina, éste último me guiñó un ojo antes de salir.

Agradecí que me dejasen a solas con él.

Suspiré y apoyé la cabeza contra su pecho.

—¿Le costó mucho convencerte?

Levanté la cabeza.

—¿Qué? —solté haciendo de cuenta que no tenía ni la menor idea de qué me hablaba.

Alzó las cejas y sonrió.

—No, no le costó nada—. Le respondí y le di un beso—. Lucas se siente mal por todo lo sucedido.

Vicente permaneció en silencio.

—Creo que piensa que lo odias.

Negó con la cabeza.

—Si se presenta la oportunidad, díselo, sé que le gustaría oírlo de tu boca.

—No hoy, hoy solamente puedo y quiero pensar en ti.

—No voy a oponerme a eso.

Me besó.

—Eliza.

—¿Sí?

—¿Te casarías conmigo?

—¿Es chiste?

—No —me miró fijo—. Quiero que seas mi esposa.

—Por favor —solté dándole un empujoncito.

—Nada opulento, solo nosotros dos, dónde tú elijas; si tú quieres puede ser sin torta, sin invitados, sin nada.

—Siempre y cuando jures pasar la eternidad a mi lado.

—Lo juro.

Revoleé los ojos.

—Uff, esto va a ser duro.

—¿Qué, pasar la eternidad a mi lado?

—No, lo del casamiento.

—A tus padres les gustaría asistir a tu boda.

—Ya me lo imagino.

—A Susana y a Matías también.

Resoplé.

—Y supongo que tu familia no se opondrá a tener que asistir a una fiesta.

—Eso no se vale —rezongué.

—Podemos invitar a Gaspar y a su familia.

—Y a Lucía.

—Sí, a Lucía también.

—Y a Lucas.

—Claro—. Fue su turno de revolear los ojos.

—Después de eso, podemos tomarnos todo el tiempo del mundo para perdernos en alguna isla escondida o en alguna ciudad tan tumultuosa que nadie repare en nosotros.

—La idea suena terriblemente bien—. Se me hacía agua la boca con solo pensar en eso.

—Tengo una fecha... ¿Qué tal el próximo diecinueve de diciembre? Se cumplirán dos años desde que nos conocemos.

—No puede ser mañana, cuanto antes terminemos con eso mejor.

—Te vendrá bien un tiempo para amoldarte a tus nuevas fuerzas.

—Hablando de mis fuerzas... —me estiré y rosé sus labios con los míos—, por que no me llevas a tu casa, no estoy cansada.

Me miró y se sonrió, ya no le quedaban excusas y por la impresión que me dio, no tenía intención de buscar ninguna; los dos habíamos esperado mucho por este momento.

Gaspar nos vio partir y no dijo nada.

Ese fue el principio de una serie de días y noches tan perfectas que recordaría individualmente por el resto de la eternidad.

43. Demonio.

La adrenalina no es necesaria para conservación de la vida, y en condiciones normales, su presencia en la sangre es insignificante, no obstante, en momentos de gran excitación, las glándulas suprarrenales secretan grandes cantidades, que actúan sobre el cuerpo estimulando el corazón, estrechando los vasos sanguíneos, elevando la presión arterial al tiempo que libera el azúcar almacenado en el hígado y relaja ciertos músculos involuntarios mientras contrae otros, preparando el cuerpo para grandes esfuerzos físicos, para emociones fuertes.

En la vida junto a un demonio y como demonio, la adrenalina parece estar presente a cada segundo, sin falta, y sin duda llega a hacerse tan común su presencia en la sangre, que la vida sin ésta parece imposible de concebir, igual que la vida sin ese demonio.

Nuestra fiesta de casamiento no fue la tortura que creí que sería, tampoco así todo lo previo, admito que verme en un vestido de novia fue de lo más bizarro, sobre todo porque Susana insistió en que debía mandar a hacer mi vestido en la misma casa en la que ella se lo había hecho (lo cual me trajo muchos y

abrumadores recuerdos). De ser por mí, me hubiese llevado el más sencillo y simple de todos, pero mi madre también estaba allí. Terminé con algo que me hacía parecer una torta, pero en fin, al menos ahora tenía la fuerza para acarrear con todos estos metros de tela de aquí para allá, durante toda una noche, sin que fuese a inmutarme por el esfuerzo (lo que más me preocupaba del vestido era su largo, y la torpeza que en mí crecía día a día, gracias a que cada vez estaba más fuerte, cualidad a la que mi cerebro todavía no se acostumbraba).

Otras muchas cosas cambiaron en mí y en mi vida desde la mañana que dejamos la casa de Gaspar hasta el día de mi boda. Mis padres regresaron juntos, dejé mi departamento y me mudé con Vicente. Aprendí a andar en moto y comencé mi instrucción para aprender a desarrollar mis poderes. Dejé de tener pesadillas (bien, ya no necesita dormir, pero cuando me dejaba ir para descansar, tal cual lo hacía Vicente, solamente tenía visiones bonitas y agradables); nunca más volví a sentirme acechada y las noches en vez de convertirse en un suplicio se volvieron la parte más gloriosa del día.

Poco a poco, Lucas y Vicente fueron recomponiendo su amistad, primero que nada llegó la confesión de Lucas, eso de una semana más tarde de la noche de mi cambio, Lucía y él se aparecieron en casa para hablar con Vicente y le contaron la verdad, Vicente no lo tomó muy bien al principio, creo que lo que más lo descolocó fue experimentar lo que puede pasar un padre cuando un hombre va a pedirle la mano de su hija, y no porque fuese precisamente Lucas quién se había enamorado de su sobrina. Sin terminar de entender lo que hacía, les dio su bendición. En los días que siguieron, masticó la idea y terminó de asimilar que su sobrina estaba enamorada de su aprendiz... y por lo visto, las cosas quedaban siempre en familia. Y hablando de familias, a mí me adoptó una fiel y amorosa a la que no tuve problemas en presentar ante mi familia sanguínea.

Las fiestas de fin de año, de ese año fueron hermosas, Vicente puso nuestra casa a disposición y allí se reunieron todos, los Salleses, los Pérsico, nuestros amigos, fue un descontrol de gente y demonios, pero así como mi boda, fue uno de los momentos más felices, porque Vicente y yo, terminamos de entender que esa unión era realmente posible, y para bien.

El primero de enero, junto con un nuevo año, empezamos una nueva vida, una que no tenía fecha de caducidad, una que me hizo, me hace y me haría, cada vez más feliz.

Epilogo.

Diría que la mayoría de las veces es casi imposible hacer que una persona no lleve la decisión que ya ha tomado, adelante. Pero nunca es tarde, nosotros podemos hacer que esa decisión, la cual podía ser la peor de toda su existencia vea algo de luz de esperanza, nosotros somos capaces de mostrarle que incluso, habiendo llegado tan lejos existe un modo de no perderlo y arruinarlo todo. Incluso, siendo lo que somos, podemos demostrarle a la gente que siempre hay tiempo para recomponer lo que está mal, o al menos, para intentarlo y sobre todo, para no empeorarlo aún más.

Somos parte del enemigo y en cierto modo, luchamos para que los del otro bando ganen. No estoy segura de qué será de nuestras almas el día que dejemos de existir, pero algo me dice que no existe nada peor que la Tierra; Vicente tenía razón en eso, aquí puedes presenciar todo tipo de atrocidades, el Infierno puede estar a la vuelta de la esquina. Por lo que respecta a mí, yo vivo con el Paraíso a mi lado, él me dice que me ama, me acompaña, me cuida y aunque no confíe mucho en lo que le digo, sé que si algún día esto se termina, tendremos la chance de conocer algo que serán igual de intenso y maravilloso que nuestro amor. El Paraíso espera por nosotros, a cada segundo, a cada minuto, a cada hora, mientras tanto, nosotros le damos vueltas al mundo ayudando a Gaspar a encontrar a esos demonios que si caen en manos de mi padre, podrían convertirse en una amenaza para la humanidad. No es una tarea fácil, ni agradable, pero cuando volvemos a casa y nos quedamos solos con Vicente, abrazados... eso hace que todo valga la pena.

Yo soy la viña verdadera,
y mi Padre es el viñador.
Todo sarmiento que en mí no de fruto, lo corta,
y todo el fruto que dé, lo limpia,
para que dé más fruto...
Si alguno no permanece en mí,
es arrojado fuera, como el sarmiento,

y se seca:

Luego los recogen, los echan al fuego, y arden.

Juan, 15, 1-6

Saga “Todos mis demonios”:

1 “Todos mis demonios”

2 “Purgatorio” 2

3 “Infierno y Paraíso”

Pronto la cuarta entrega de esta historia. No te la puedes perder.

Table of Contents

- [1. Almas de piedra.](#)
- [2. Lee mi mente.](#)
- [3. Ilusión perfecta.](#)
- [4. Paranoica.](#)
- [5. No soy un ángel.](#)
- [6. Revelaciones.](#)
- [7. Entusiasmo.](#)
- [8. Un hombre en la multitud.](#)
- [9. Errores que corregir.](#)
- [10. Trabajo.](#)
- [11. Cuando el infierno se congele.](#)
- [12. Decepción.](#)
- [13. El tiempo del sueño.](#)
- [14. Preocupación.](#)
- [15. Reducida a nada.](#)
- [16. Trasgresión.](#)
- [17. Audacia y Locura.](#)
- [18. Alicia en el país de las maravillas.](#)
- [19. Tres buenas razones.](#)
- [20. Donde hubo fuego cenizas quedan.](#)
- [21. Protégeme de lo que amo.](#)
- [22. El amor no duele, mata.](#)
- [23. Insubordinación.](#)
- [24. Las doce sillas.](#)
- [25. Marca de nacimiento.](#)
- [26. Confianza.](#)
- [27. Si nadie habla de las cosas que importan.](#)
- [28. La voz del mal.](#)
- [29. Chica buena volviéndose mala.](#)
- [30. Ceguera.](#)
- [31. Confesiones.](#)
- [32. En el amor y en la guerra.](#)
- [33. Santos y pecadores.](#)

34. Infierno y Paraíso.

35. La bestia.

36. Ningún lugar en el que esconderse.

37. El bien supremo, el mal absoluto.

38. El demonio de la perversidad.

39. Renuncia.

40. El principio sin fin.

41. Discurso ardoroso.

42. Iluminados por el fuego.

43. Demonio.

Epilogo.